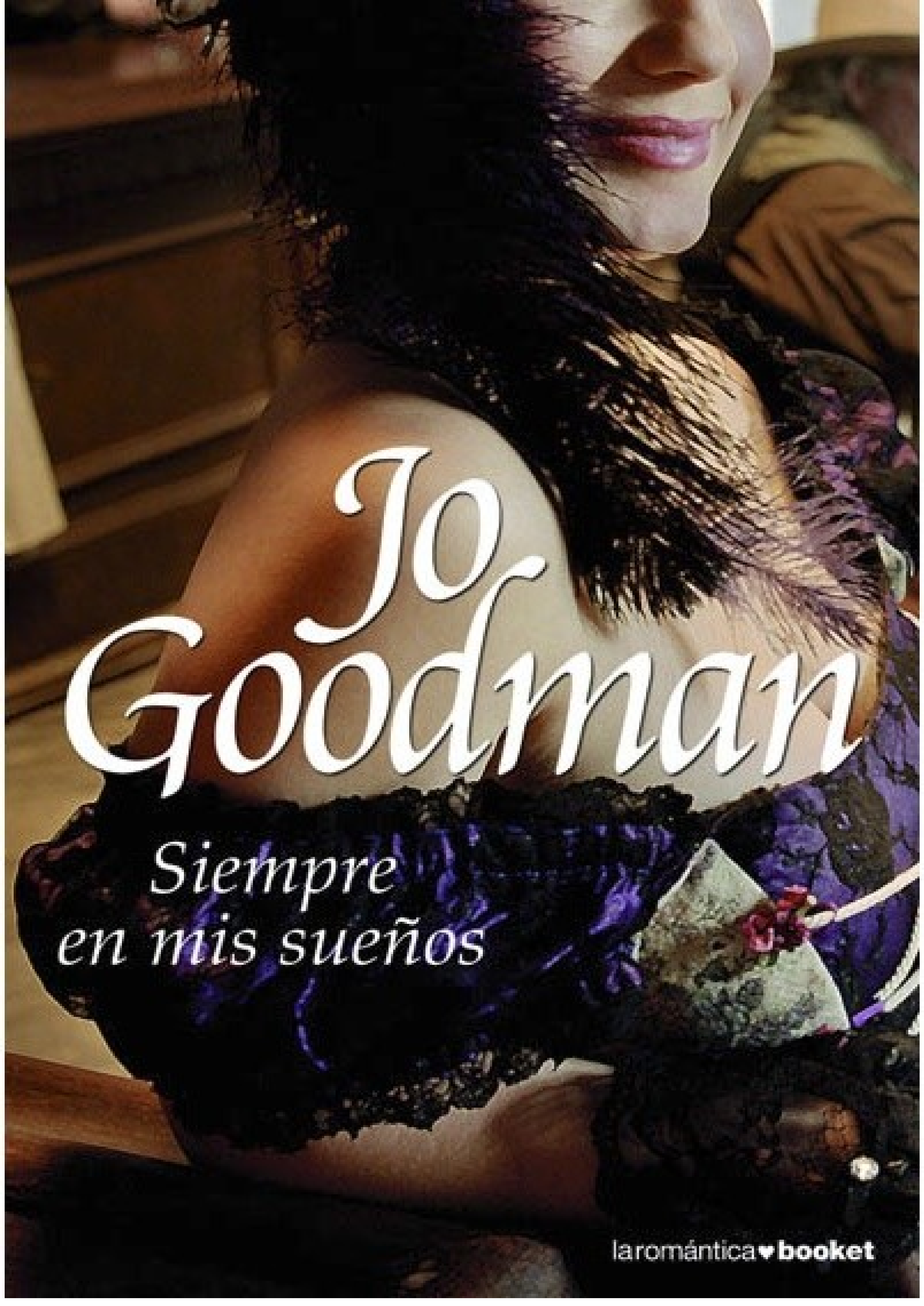

Jo Goodman
Siempre en mis sueños
laromántica♥booket

HERMANAS DENNEHY 04

SIEMPRE EN MIS SUEÑOS

Jo Goodman

Para Walter, por ayudarme a pensar en la familia.

Capítulo 1

Nueva York, invierno de 1881

—¿Me estás diciendo que quieres que espíe para ti?

El tono de Mary Schyler Dennehy expresaba incredulidad, y sus ojos, muy abiertos, y sus cejas alzadas no desmerecían de su voz; hasta relajó un poco la mandíbula cuando, sorprendida, clavó la vista en su padre. Este se limitó a decir:

—No seas tan melodramática. Yo no emplearía la palabra «espiar».

Skye lanzó una breve mirada de reojo a su madre y entonces Moira intervino con ironía; un dulce deje irlandés limó el filo de su sarcasmo.

—Desde luego sí es la palabra que usaría yo… Este asunto no me gusta, Jay Mac: parece peligroso.

Skye cerró la inquieta y expresiva boca y la redujo a una línea; luego soltó un bufido muy poco delicado.

—A mí el peligro no me preocupa ni esto —proclamó, al tiempo que chasqueaba los dedos para subrayar su opinión—. Es sólo que no acabo de creer que Jay Mac esté pidiéndome que haga de espía.

El nombre de John MacKenzie Worth ocupaba un lugar destacado en la lista de ricos y poderosos, ya fuera en la ciudad de Nueva York como en el campo. Era el fundador de Northeast Rail, una red de transportes cuyo nombre se le había quedado pequeño hacía tiempo, ya que, a medida que iban descubriéndose minas de oro y plata, la línea férrea se

había ido extendiendo más allá del Mississippi, hasta California, Nevada y Colorado. Worth poseía excelentes bienes raíces en torno a Central Park; una inversión que iba centuplicando sus ganancias a medida que quienes podían permitírselo compraban terreno en los barrios altos para construirse mansiones de piedra marrón y gris. El hombre pertenecía a algunos de los consejos más relevantes de la ciudad, y entre sus amigos se contaban seis senadores, cinco congresistas y un presidente; además salía bien parado de su vieja enemistad, pública y notoria, con el alcalde, y a menudo otros capitanes de la industria le pedían asesoramiento. Y, con mayor frecuencia aún, quienes se interesaban por la ciencia, el arte y la política lo buscaban como promotor financiero. Entregaba generosas sumas a las buenas causas que, por lo general, excluían todo cariz político.

Con escasas excepciones, a John MacKenzie Worth, conocido en casi todo el país sencillamente como «Jay Mac», se lo consideraba con un respeto próximo a la reverencia. Las escasas excepciones se daban en el palacio de piedra que él mismo había mandado construir en la esquina de la calle Cincuenta con Broadway. Tras la verja de barrotes de hierro y los rosales podados con esmero también se lo conocía como Jay Mac… pero allí, rodeado casi siempre por sus cinco hijas y la madre de éstas, el apelativo perdía sin duda solemnidad y ganaba afecto.

La atención de Jay Mac iba y venía de su esposa a su hija menor. Moira planteaba sus objeciones con mucha seriedad, pero él tenía arrogancia suficiente como para pensar que podía manejarla. Por otro

lado, y aunque daba la impresión de estar horrorizada por su sugerencia, era evidente que Skye estaba intrigada; él sabía cómo interpretar aquel destello de sus brillantes ojos verdes y el asomo de hoyuelo a cada lado de su generosa boca.

—Pero si no es peligroso… —dijo, dirigiéndose a las dos.

Moira seguía vacilando, aunque ya parecía más dispuesta a dejar que la convencieran; Mary Schyler intentó ocultar su decepción. Jay Mac dedujo entonces que su confianza estaba bien fundada: ya las tenía a las dos. La clave estaba en calmar los temores de la una a la vez que convertía el asunto en una aventura para la otra.

Se levantó de la mesa y fue hasta el aparador. Mientras se servía un vaso de whisky escocés, la señora Cavanaugh entró en la habitación para calibrar el éxito de la comida. Jay Mac oyó a su esposa elogiar a la cocinera por su manera especial de preparar el pescado; por su parte, Skye hizo un comentario sobre el sorbete de piña y preguntó con cortesía si sería posible que no lo tomaran más. Moira reprendió la falta de tacto de su hija mientras la señora Cavanaugh se limitaba a soltar una risilla. Al padre le pareció que había algo entrañable en la escena que acababa de tener lugar detrás de él: encontraba tranquilizadores la alegre franqueza de su hija, la amable regañina de su esposa, la risa de la cocinera y hasta su propio regocijo… Y, por un momento, sintió una punzada de alarma al pensar en que iba a mandar a Skye fuera. Era la última de sus hijas, la única de las cinco «Mary» que vivía con ellos… ¿Cómo sería la casa sin ella?

Dominó la momentánea oleada de temor preguntando si alguien quería una copa. Moira y Skye dijeron que no, y en su lugar tomaron té.

—¿Pues cómo lo llamarías, si no es espiar? —preguntó Skye cuando su padre regresó a la mesa; con gesto ausente, ella se colocó un mechón de encendido cabello rojo detrás de la oreja, pero casi al instante le volvió a resbalar.

—¿Investigar? —propuso él.

Por encima del borde de su taza de té, Moira miró muy seria a su marido.

—¿Estás afirmando o preguntando? Por tu tono no estoy muy segura.

—Investigar —repitió él con mayor firmeza; luego se quitó los lentes y se frotó el puente de la nariz entre el pulgar y el índice. Aquel gesto pretendía comunicar que lo irritaba un poco la incapacidad de Moira para entender la diferencia—. Skye investigaría el paradero del invento. Creí haberme explicado respecto a esa cuestión.

—Estoy segura de que creías haberlo hecho —respondió Moira con una cierta aspereza—. Pero ya ves que a Skye le parece que eso es espiar, y yo estoy de acuerdo con ella.

Antes de que Jay Mac replicara, Skye interrumpió la conversación.

—Por favor, mamá: quiero oír a Jay Mac hasta el final.

Por un instante, pareció que Moira iba a poner algún reparo, sin embargo, aunque sus ojos seguían mostrando preocupación, cedió con una breve inclinación de cabeza. Skye se lo agradeció con su amplia

sonrisa con hoyuelos y luego miró a su padre.

—Háblame del invento.

—Es una máquina, o para ser más exactos, una parte de una máquina.

Con tono inocente, Skye preguntó:

—¿Qué parte? ¿La rueda, el quitapiedras, la chimenea…?

Jay Mac volvió a ponerse los lentes y clavó los ojos en su hija, preguntándose sí estaría tomándole el pelo.

—Me refiero al motor —dijo—. El motor de la locomotora.

—Ah —repuso ella, bajando la voz—. Perdona.

Detrás de su taza, Moira se permitió sonreír; por un momento, dio la impresión de que Jay Mac se arrepentía de haber sacado el tema.

—¿Qué es tan especial en ese motor?

—El combustible que utiliza: el inventor jura que no va a ir propulsado por vapor. Que va a usar un producto derivado del petróleo, algo parecido al queroseno. Será increíblemente potente, por no hablar de más ligero y más rápido que todo lo que existe hoy en día. Cambiaría el concepto que todos tenemos del transporte. No imagináis las posibilidades de su aplicación. —A medida que iba emocionándose, Jay Mac alzó un poco la voz—. Es algo en lo que están trabajando científicos de todo el mundo, no sólo en este país. Se intenta desarrollar algún tipo de motor de turbina a vapor, no los que ya existen, pesados y poco prácticos, sino algo aerodinámico y eficaz; el impacto de semejante invento sería enorme… Y, sin embargo, puedo decir con sinceridad que

todo eso palidece comparado con lo que sería posible hacer con el motor que este inventor me ha ofrecido.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran. Skye estaba impresionada, y a Moira, a pesar de sí misma, también parecía interesarle. Cuando volvió a hablar, Jay Mac empleó un tono bajo y grave con el que daba a entender que iba a comentar algo que no compartiría con cualquiera.

—A Rockefeller le interesa, y ya imaginaréis las implicaciones que eso tendría para una compañía como Standard Oil. John D. ya ha hecho una fortuna con el queroseno… Pensad en sus ganancias si utilizara unos productos que ahora, prácticamente, son de desecho.

—¿Y Westinghouse? —preguntó Skye.

Observó que a su padre le sorprendía que conociera el nombre, y no supo si sentirse insultada o halagada; casi siempre se esforzaba mucho por aparentar ser frívola, y pensó que tal vez se hubiera esforzado en exceso. Para asegurarse de que Jay Mac supiera que su comentario no había surgido por chiripa, añadió:

—Los frenos neumáticos. Quizá yo no sepa tanto como Rennie, pero tendría que haber sido sorda para ignorar que ésa fue una época emocionante para Northeast Rail.

Al oír mencionar a Rennie, Jay Mac y Moira sonrieron. Mary Renee debía de tener unos diecisiete años cuando George Westinghouse patentó sus frenos neumáticos. Para la hermana de Skye, que siempre deseó formar parte del imperio de Jay Mac desde dentro y había

cumplido su sueño, el invento del freno neumático automático para el ferrocarril supuso un verdadero hito.

—Rennie sólo hablaba de eso —comentó Moira pensativa, volviendo la mirada hacia su marido—. Supongo que a Rennie y Jarret les habrás hablado de esta novedad…

Jay Mac meneó la cabeza.

—En realidad muy poco. Cuando surgió el asunto estaban en Colorado y en Nevada, y no deseo confiarlo a los telegrafistas; la verdad: ni siquiera he querido hacerlo por escrito. Hay mucho en juego, tal vez demasiado, como para que de momento se enteren ni siquiera los empleados más leales.

Moira frunció el ceño y luego se alisó el pelo sobre las sienes, no porque se le hubiera descolocado algún cabello, sino por hacer algo con las manos. Recordaba muy bien lo ocurrido sólo unos años atrás: Jay Mac había sido objetivo de un plan de asesinato que tal vez hubiera arrebatado el control de Northeast Rail de manos de la familia. ¿Cómo podía decir ahora que aquél no era un tema peligroso…? Un suspiro y una belicosa mirada expresaron las palabras que no pronunció en voz alta…

Pero una vez más, Skye se las arregló para distraer a su madre. Inclinada hacia delante en la butaca, con el perfecto óvalo de su rostro lleno de interés, y más entusiasmada de lo aconsejable en una dama, preguntó:

—¿Quieres que robe el invento para ti?

Por el rabillo del ojo, advirtió la consternación de su madre, e intentó rectificar con un tibio intento de parecer avergonzada que no engañó a nadie; le dio la impresión de que hasta el cabello de Jay Mac se volvía de repente más gris.

Su padre consiguió apenas acabar de beber sin atragantarse.

—No quiero que robes nada —dijo—. Quiero que me lo devuelvas.

Desconcertada, Skye se limitó a mirarlo; la réplica de Moira subrayó su confusión.

—Me perdonarás si no distingo la diferencia.

Jay Mac dejó el vaso en la mesa; un círculo de agua se marcó en el brillante tablero.

—No se roba lo que ya le pertenece a uno —explicó en tono paciente.

—¿Ese motor ya es tuyo? —preguntó Skye.

Él asintió despacio.

—He comprado y pagado cada parte de su desarrollo.

—Entonces, ¿por qué no lo tienes?

—He esperado a tener informes detallados del inventor acerca de sus avances. No se trata en absoluto de un producto acabado, porque aún no se ha comprobado de modo fiable, pero lo que supe al principio me hizo pensar que el inventor iba por buen camino y estaba cerca de lograrlo. Le he preguntado en qué momento se encuentra ahora, pero la información que me llega no está clara. —Se removió en su butaca—. Me preocupa que esté echándose atrás del proyecto, o peor: que quizá haya pensado vender la idea a otro, aunque eso lo prohíba el contrato que tengo con él.

Lo que deseo es que averigües si mis temores están fundados… Y si puedes hacerte con los planos, o con el motor, tanto mejor.

Moira se echó atrás en la butaca de golpe y se persignó.

—Santo Dios —dijo en voz baja—. No es posible que haya oído bien… Esto es algo que deberías encomendar a uno de tus hombres, Jay Mac, no a tu hija menor.

Ante su reacción, Skye se enfadó y, herida, preguntó a su madre:

—¿Mamá, cómo puedes decir eso?

Moira siempre había apoyado a sus hijas en todo cuanto habían querido hacer; hasta entonces, era Jay Mac quien siempre aguaba la fiesta. Se mostraba ferozmente protector de todas sus hijas, no paraba de hacer planes para ellas, de azuzarlas y empujarlas, por lo común en direcciones hacia las que no querían ir. Se opuso cuando su hija mayor decidió entrar en un convento, pero Mary Francis se mantuvo firme e hizo lo que quería. Luego, al darse cuenta de que Mary Michael sería reportera con o sin su respaldo, intentó guiar su carrera como periodista… Y cuando trató de comprarle un puesto en el *Herald,* ella se apresuró a aceptar un empleo en el *Chronicle* de Nueva York. Mary Renee tuvo que demostrar con creces su valía para conseguir un puesto de ingeniera en Northeast Rail…, y en cuanto a Mary Margaret, estaba estudiando en una facultad de medicina gracias al apoyo de su marido, no de su padre.

También había actuado con mano férrea en sus maquinaciones para verlas casadas y establecidas. Mary Francis se le escabulló, pero Michael,

Rennie y Maggie le proporcionaron más de un momento de frustración mientras intentaban esquivar sus descaradas manipulaciones.

Pero Skye ambicionaba algo muy distinto, y la suya era una ambición que hasta entonces había mantenido oculta a su padre. No tenía ningún deseo de servir a Dios, informar al público, erigir puentes o cuidar a los enfermos. Ella quería ser aventurera.

Aunque no fuera precisamente un objetivo elevado, en su corazón se sentía apta para ese destino; y de hecho, dispuesta a conseguir su sueño, que a su manera perseguía de forma tan resuelta como lo habían hecho todas las otras «Mary». Mucho tiempo atrás pensó en qué cualidades eran las más necesarias para correr aventuras y desde entonces se empeñó en adquirirlas. Skye Dennehy era una excelente amazona y manejaba la fusta de primera; en público montaba a mujeriegas, y en privado a horcajadas. Se encontraba en su salsa en su faetón, comandando un fogoso tiro de caballos mientras daba un alegre paseo por los campos del norte de la ciudad, o bien manteniéndolos controlados en una concurrida calle de Nueva York. La gente comentaba que lo suyo era una pasión; ella lo consideraba sólo el medio de llegar a un fin.

Estudió arte, antigüedades y arquitectura; devoró libros que trataban sobre la historia y geografía de los lugares adonde quería ir… E igual que cabalgar a horcajadas, lo hizo fuera del ojo público; ni siquiera su familia sospechaba la amplitud de sus saberes. Para ellos, Maggie era la estudiosa, y Skye, el diablillo. Estaba convencida de que si hubieran

sabido sus objetivos, la habrían animado, pero también habrían buscado el modo de oponerse a sus planes. No le costó demasiado trabajo mantener en secreto sus logros: su último año de universidad no iba nada bien; en realidad, había suspendido casi todas las asignaturas, y no tenía la menor intención de regresar en primavera.

No era que le resultara difícil seguir el curso: todo lo contrario. Con pocas excepciones, sabía que su plan de estudios privado la hacía avanzar mucho más de lo que sus profesores esperarían, de modo que, al no encontrar retos en las clases, no acudía a casi ninguna; en cambio, se había buscado clases particulares para las actividades que le interesaban.

Así fue como dominó el uso de las armas; no sólo era una arquera experta, sino que sabía esgrima y también se encontraba cómoda con diversas armas de fuego. La llegada del invierno redujo sus clases de vela en el río Hudson, pero hacía poco había conocido a una persona que la estaba adiestrando en el campo de la fotografía.

—Háblame de ese inventor —le pidió Skye a su padre—. ¿Qué clase de persona es?

Jay Mac se arrellanó en la butaca y cogió su bebida; hizo girar el vaso entre las palmas de las manos con gesto despreocupado, mientras escogía las palabras con atención.

—Es un hombre serio —dijo—; sí, eso lo describe bien. Resulta difícil saber qué es lo que piensa, pero los planes que me esbozó eran geniales. Geniales.

A la mente de Skye acudió otra palabra: *Aburrido.* El hombre en

cuestión debía de ser serio y pesado hasta el aburrimiento, y, probablemente, más listo de lo que le convenía. Había conocido a unos cuantos así en reuniones sociales; siempre ocurría lo mismo: no eran capaces de hablar ni del tiempo sin contar todo lo que sabían acerca de él… Con ellos, Skye se sentía a punto de bostezar.

Moira intervino entonces:

—Y en ese caso, ¿por qué un hombre así iba a querer tener cerca a nuestra Skye?

Al instante, la boca de Skye esbozó una sonrisa ambigua. Su madre, sin resultar demasiado halagadora, había preguntado algo que ella también deseaba saber.

Jay Mac dio un suspiro.

—Él no quiere tener cerca a Skye. No la conoce; ni a ella ni nada que tenga que ver con ella. En realidad, sus círculos sociales son muy distintos de los de Mary Schyler. Pero lo que sí necesita es un ama de llaves, y Skye sería perfecta.

Esta levantó una ceja.

—¿Como ama de llaves? No lo creo, Jay Mac. —Se levantó y obsequió a sus padres con otra inocente sonrisa con hoyuelos—. En cambio, sería una espía estupenda.

Rodeó la mesa y depositó un leve beso en la mejilla de su padre.

—Déjamelo pensar… Pero ahora mismo tengo que marcharme. Hoy nos reunimos en el parque, que está estupendo para patinar, y Daniel me recoge dentro de… —echó una ojeada al reloj que había en el aparador

—, caramba, ya llego tarde.

Se apresuró a completar la vuelta a la mesa y besó a su madre.

—Volveré antes de las diez, pero no os preocupéis si llego un poco más tarde.

No dio opción a que nadie le respondiera. Con un frufrú de las tiesas enaguas que llevaba debajo de la falda de patinaje, de lana afelpada, salió de prisa del salón.

Jay Mac miró a su esposa.

—Su hija es una cabeza loca, señora; nunca me acostumbraré.

—«Nuestra» hija —rectificó Moira— es una bocanada de aire fresco… No puedes controlarla.

—Me contentaría con que se quedase sentada diez minutos…

Moira hizo caso omiso de su intento de despistarla.

—Creo que más vale que me cuentes de verdad lo que está pasando. No dejaré que Skye se exponga a ningún peligro, y me parece que tú tampoco vas a hacerlo. Hay algo que no acaba de encajar, y no creo que tenga que ver con ese inventor. Estás tramando un plan… Lo sé.

—¿Un plan? —preguntó él con un exagerado alarde de inocencia. Soltó una risilla, tomó la mano de Moira y la hizo ponerse en pie; luego se levantó él mismo y, con gesto descuidado, posó las manos a ambos lados de la cintura de su mujer. Le gustó el modo en que, automáticamente, ella colocó las palmas de las manos sobre sus brazos y alzó la cara hacia él. Después de treinta años juntos, le parecía aún más hermosa.

—Vamos a la sala.

Moira se puso de puntillas, besó a su marido en la boca y dejó que la sacara del comedor. En voz baja, añadió:

—Dijo la araña a la mosca.

—¿Cómo, cariño?

—Nada, Jay Mac. Vamos.

—¿Que quiere que seas espía?

Skye siguió atándose los patines sin molestarse en lanzar ni una ojeada a su acompañante.

—No seas tan melodramático —dijo, repitiendo las palabras de su padre—. Estamos hablando de Jay Mac, ¿te acuerdas?

Daniel Pendergrass meneó la cabeza y contestó:

—No es probable que lo olvide. —Se quitó un trozo de nieve de la punta de un patín mientras, con tono melancólico, añadía—: Me detesta.

—Mira que eres ridículo. No te detesta; bien mirado, apenas te conoce. —Alzó la vista de su tarea y dedicó a su amigo una abierta sonrisa—. Lo que detesta es la idea de ti.

La melancólica mirada de Daniel se volvió malhumorada; Skye se rió.

—No estamos hechos el uno para el otro, y los dos lo sabemos. Lo sabemos desde aquel primer beso.

Las pálidas mejillas de Daniel se ruborizaron.

—¿Tienes que sacar eso a colación? No sabía lo que hacía; estoy seguro de que ahora lo haría mejor.

Skye terminó con los patines y metió las manos en su manguito de armiño. Sin rastro de celos dijo:

—Eso es porque has estado practicando con Evelyn Hardy.

Después se puso de pie. El banco del parque no era un lugar demasiado cómodo para demorarse en la conversación. Un viento frío soplaba desde el estanque, y el grupo de patinadores con quienes iban trazaba ya círculos en el lado opuesto del hielo. Skye oyó sus risas.

—Vamos, Daniel. Tus amigos esperan. Daniel la observó entrar con cautela en el hielo. Cuando él se levantó, ella ya se alejaba, deslizándose con seguridad y elegancia. El joven se ajustó el sombrero sobre el pelo claro y se ciñó bien la bufanda en torno al cuello; con veintidós años, alto y delgaducho, parecía que aún no hubiese acabado de llenar la piel en su proceso de crecimiento. Su trayecto por el hielo fue mucho menos elegante que el de Skye y muchísimo menos seguro… Pero como era amable y buena persona, se reía con buen humor de sus propios defectos. Aunque no le interesaba, Skye le aseguraba que era bastante guapo, y él sonreía abiertamente; Evelyn Hardy creía lo mismo.

Cuando llegó hasta el grupo de amigos, Skye estaba patinando sola, dedicada a trazar un círculo perfecto en el hielo. La sonrisa relajada de Daniel se esfumo. Aquello no era una casualidad. La mayoría de sus amigos se limitaba a soportar la presencia de Skye, y solo la toleraban porque él insistía en invitarla. Por eso ella había elegido sus palabras con

mucho cuidado: el grupo de patinadores al que estaba a punto de sumarse lo formaban los amigos de él, no de ella, y si había ido a patinar era gracias a la invitación de Daniel, no de ellos. A este e parecía increíble que a alguien siguiera importándole que fuera bastarda.

Skye alzó la mirada mientras Daniel se acercaba, y no tardó en desviarse de la línea que había estado dibujando.

—¿Has visto lo que me ha pasado por tu culpa? —dijo—. Sí que has tardado en llegar.

Si el vacío de los otros la hería, no lo demostró. Se la veía aún más bonita gracias a su animada sonrisa, al brillo de sus ojos verdes y al color de sus mejillas. El sombrero se le inclinaba hacia delante en un ángulo garboso, y el ribete de piel blanca le tocaba la frente. A poca distancia, una hoguera encendida en la orilla envolvía a los patinadores que se encontraban dentro de su círculo de luz en un resplandor dorado y naranja. El cabello de Skye, que asomaba por debajo del sombrero y la bufanda, era como una llama.

Daniel hizo un gesto con el codo y esperó a que ella se enlazara en su brazo. Le pareció que aquella noche se agarraba más fuerte, como si él le ofreciera una cuerda de salvamento. Volvió a observar su rostro; no, no había ni rastro de que algo fuera mal. Skye no dejaría que nadie viera lo que sentía; rara vez dejaba que alguien supiese lo que pensaba.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras patinaban hacia sus amigos; alguien lo llamó por su nombre, y él respondió saludando con la mano.

—No ha pasado nada.

—Skye…

—No ha pasado nada —repitió—. Sólo eso: me han hecho el vacío.

Daniel meneó la cabeza casi sin comprender; por lo general, sus amigos no eran tan premeditadamente fríos con Skye. Al fin se sumaron a las parejas de patinadores que evolucionaban por el hielo, y miró a su alrededor. Una banda tocaba en la orilla, lo bastante fuerte como para que, si querían, se moviesen al ritmo de la música, pero no tan alto como para estorbar la conversación.

—Hola, Charlie, Alice… —dirigió una rápida sonrisa por encima del hombro, pendiente sin embargo de sus movimientos—. Os acordáis de Skye, ¿verdad?

Era evidente que Charlie parecía incómodo; se le movió la nuez al tragar saliva. Por su parte, Alice esbozó una sonrisa lánguida.

—Skye… Qué gusto.

Los dos saludaron al mismo tiempo y, como sorprendidos por el volumen de sus palabras sonando juntas, en seguida inclinaron la cabeza y se concentraron en el movimiento de sus pies.

La risa de Skye sonó ligera y suelta, pero se apoyó más en Daniel.

—Conozco a Alice Hobbs desde que teníamos seis años —susurró—. Y, justo la semana pasada, Charlie me confió que pretendía pedir su mano…

Detrás de ellos, Charlie y Alice habían abandonado el círculo y esperaban para incorporarse a él algo más atrás.

—¿Qué le pasa a todo el mundo? —preguntó Skye.

No era la primera vez que la desairaban; de hecho, obtenía cierto placer perverso obligando a la gente a reconocer su presencia, aunque no fuera más que a través del acto de ignorarla… Pero aquello era distinto. En el modo en que la excluían aquella noche había algo casi cruel. Daniel se encogió de hombros, diciendo:

—Maldito sea si lo sé.

La banda de la orilla atacó otra melodía; el añadido de un banjo aceleró el tempo, y los patinadores apresuraron el ritmo. Se veían brillantes destellos dorados y carmesíes cuando las mujeres giraban, y, al hacerlo, sus faldas descubrían enaguas blancas y medias de lana. Entonces fue Daniel quien se apoyó en Skye. Ella lo agarró bien y se aseguró de que los pies de ambos no se cruzaran al avanzar.

—No lo entenderé nunca. Las circunstancias de tu nacimiento no son culpa tuya.

Skye sabía que Daniel tenía buena intención; lo cierto era que para él no había ninguna diferencia. Ella lo advirtió desde el principio, y tal vez por eso él era quien mejor la conocía aparte de su familia. Pero Daniel abordaba el asunto con ingenuidad. Skye podría haberle hecho notar que los padres de él no la habían invitado nunca a su casa, aunque les habría complacido trabar conocimiento con Jay Mac.

En los últimos años, desde que John MacKenzie Worth se había casado con su amante, las circunstancias de su nacimiento, como había dicho Daniel, habían adoptado un giro nuevo. Para la élite social de

Nueva York supuso cierta diferencia que juzgara oportuno casarse tras la muerte de su esposa, aunque en privado lo culparan del suicidio de ésta. Hasta la muerte de Nina, Jay Mac había mantenido abiertamente a Moira Dennehy como su amante y había tenido cinco hijas bastardas con ella.

Y no era que a Skye la aceptaban en el círculo social de sus iguales más que a su madre o a sus hermanas; sencillamente, ella se empleaba más a fondo. Cuando Jay Mac se casó con Moira, se produjo una desconcertante transición, pero para entonces, la gente estaba tan habituada a excluir a las Dennehy que nadie supo cómo dejar de hacerlo. Además, estaba el hecho de que Skye no había decidido tomar «Worth» como apellido; había crecido como Dennehy, y no le entusiasmaba la idea de sustituirlo por otro nombre.

Este último pensamiento la hizo recordar la conversación mantenida con su padre.

—Esconde algo en la manga, ¿sabes?

Daniel frunció el cejo y sus claras cejas se unieron.

—¿Quién? ¿Charlie?

—No, Charlie no. Charlie, Alice o cualquiera de los demás me dan igual. —Aquello era más o menos la verdad—. Hablo de Jay Mac. Este asunto del inventor es un poco sospechoso. No es propio de mi…

De repente, sin previo aviso, el pie izquierdo de Daniel resbaló hacia un lado y se metió bajo la hoja del patín derecho de Skye. Ambos se tambalearon, aferrados el uno al otro, e intentaron con todas sus fuerzas mantener el equilibrio. Para asombro de Skye, fue Daniel quien,

doblando y desdoblando su larguirucha figura como si fuera un acordeón, consiguió no caerse. Mientras tanto, con un «Uuff» muy poco propio de una dama, Skye sí lo hizo y se quedó tendida en el hielo, boca abajo; en el último segundo había logrado levantar el manguito de armiño, lo que le protegió la cara. Mientras recuperaba el aliento, apoyó la cabeza en el hielo.

Tuvo la vaga conciencia de que ella y Daniel se convertían en el centro de cierto barullo y atención. Unas cuantas parejas consiguieron evitar chocar con ellos mientras daban tumbos por el hielo, pero otras dos que no prestaron atención se dieron un buen topetazo. Skye oyó su nombre pronunciado como una maldición, y sonrió cerrando los ojos, al tiempo que hacía un rápido inventario de las partes de su cuerpo. Más que verlo, sintió que Daniel se agachaba a su lado y que una multitud comenzaba a reunirse en torno a los dos.

—Skye, ¿estás bien? —preguntó él, tocándole la sien—. ¿Dónde te duele?

Ella abrió un ojo y, con ironía, contestó.

—Por todas partes.

—¿Te has roto algo?

Skye seguía con su inventario; estiró las piernas e hizo girar los tobillos.

—No hay nada roto.

En ese momento, alguien de entre la multitud susurró lo bastante fuerte como para que se oyera:

—¿Crees que habrá perdido el niño?

—No debería haber venido a patinar —dijo otra voz—. Probablemente quería deshacerse de él.

—Creo que se ha desmayado —comentó una tercera.

Aquella conversación era tan absurda, tan evidentemente ridícula, que al principio Skye no cayó en la cuenta de que el tema de la escandalosa especulación era ella. Fue el gesto afligido de Daniel lo que le hizo tomar conciencia de la charla y relacionarla al fin consigo misma.

En tono de susurro confidencial, que el viento llevó a todo el mundo, una voz con aire de enterada añadió:

—Ya ha ocurrido antes en su familia. A sus hermanas, ¿sabéis?

—Seguro que no a todas. ¿Una de ellas no es monja?

—¿Y por qué crees que se metió en el convento? —La respuesta fue pronunciada con la autoridad del evangelio.

—Mi madre dice que esto es el colmo —dijo una joven—. A mí ya no me permiten aceptar invitaciones si ella va a estar. Da igual quién sea su padre. Mi madre dice que eso es lo que pasa cuando un protestante como Jay Mac se junta con una católica.

Se produjo una breve pausa, como si quien hablaba estuviera estremeciéndose.

—Si supiera que está aquí esta noche…

Dejó la frase sin acabar, para que sus amigos imaginaran las consecuencias si su madre se enteraba de que había compartido estanque con Skye.

Ésta estaba demasiado enfadada como para sentir vergüenza. ¿Creían que era sorda? Le tendió la mano a Daniel y le pidió:

—¿Me ayudas a levantarme?

Él la tomó por la mano y el codo y la ayudó a sentarse.

—¿Seguro que estás bien?

—Lo estaré tan pronto como me saques de aquí.

Apenas reconoció su propia voz; había hablado con los dientes apretados.

Cuando Daniel ayudó a Skye a ponerse de pie, la multitud comenzó a dispersarse. Él tampoco guardaba demasiado el equilibrio, pero nadie se prestó a tenderle una mano. Pasó el brazo por debajo del de Skye y la sostuvo mientras se alejaban patinando de la reunión y llegaban al borde del estanque, al banco situado en la orilla. Cuando ella se sentó, él se arrodilló delante y empezó a desatarle los cordones de los patines.

—No deberías hacerles ningún caso, Skye —le dijo—; hablan sin pensar.

Skye soltó una risilla baja, desprovista de humor.

—Han dicho exactamente lo que piensan.

—Pues han demostrado su ignorancia.

Skye no tuvo nada que decir a aquello.

—¿Cómo empiezan estos rumores? Él se encogió de hombros.

—Parece como si tuviese que haber un chivo expiatorio —aventuró finalmente.

—Pero esta vez soy yo. Daniel le sacó los patines y buscó los zapatos

de Skye debajo del banco.

—Póntelos. Te llevaré a casa.

Se sentó junto a ella y empezó a batallar con sus propios cordones. Entonces Skye le preguntó:

—¿Te acuerdas del baile de máscaras de los Bilroth, el mes pasado?

—Claro que me acuerdo.

Él había despertado bastante atención vestido de bucanero… Y Skye también, pero, en su caso, por ser una de las dos mujeres que se desmayaron en la sofocante sala de baile, atestada de gente. La otra fue la señora Spencer: una matrona de unos sesenta años de quien se decía que sufría del corazón. Daniel supuso que aquello había sido lo que había dado origen a los rumores. Por su cambio de expresión, Skye dedujo que la comprendía.

—Imagino que tienen tendencia a pensar lo peor de mí. —Exhaló un suspiro—. Aunque, a decir verdad, hay muchas cosas peores que estar embarazada.

Daniel se ruborizó al oírla hablar con tanta franqueza.

—Baja la voz —le advirtió—. Te van a oír.

—¿Y qué más da? —replicó ella, temeraria. Al instante, y a propósito, alzó la voz y repitió—: Hay muchas cosas peores que estar embarazada.

A Daniel le entraron ganas de irse de allí disimuladamente y esconderse tras un ventisquero. Skye había elegido un momento perfecto: una pausa de la música permitió que su voz resonara sin obstáculos por todo el estanque. Vio que varios de los patinadores

miraban hacia ellos.

—Ya los has convencido.

—Ya estaban convencidos. Probablemente creen… —alzó la voz de nuevo— que tú eres el padre.

Daniel se volvió a mirarla mientras, de un tirón, se apartaba la bufanda de la cara.

—¡Skye! ¡Eso no tiene gracia!

Ella no se mostraba en absoluto arrepentida.

—¿Te avergonzaría ser el padre de mi hijo?

—No seas ridícula —se limitó a decir el joven.

Skye, que esperaba una ferviente negativa por su parte, no un comentario sobre lo absurdo de su afirmación, lo miró observando su perfil.

—Daniel, ¿así que te avergonzaría? —preguntó en voz baja.

Se fijó en la sucesión de emociones que afloraban a la cara de él, y su misma vacilación le brindó una respuesta para la que no estaba preparada; entonces, con tristeza dijo:

—Ay, Daniel. Tú también…

Él se sentó un poco más derecho y se defendió.

—No me has dejado contestar.

Ella terminó de ponerse los zapatos y recogió el manguito.

—Sí te he dejado… Pero da igual, no le des más vueltas. Yo no pienso hacerlo. Además, no es que quiera tener un hijo contigo, de modo que no sé por qué estoy decepcionada. Quizá sólo sea porque creía que eras mi

amigo.

—Y soy tu amigo.

—Pues entonces no deberías avergonzarte.

Se levantó, le dio la espalda a Daniel y empezó a alejarse. Él la llamó, pero aún tenía atados los cordones de sus patines. Skye no volvió la vista atrás y, al oír que la llamaba de nuevo, aceleró el paso; tenía que huir de Daniel en seguida. Lo que pensaran sus amigos la afectaba sólo un poco, pero la confesión silenciosa de Daniel le parecía una absoluta traición.

Llegó a uno de los senderos del parque y se metió por él, avanzando con rapidez. Donde no la habían limpiado, la nieve se había acumulado, y sus botas de cuero emitían un sonido crepitante al pisarla. Se concentró en ese sonido e intentó bloquear otros pensamientos más molestos, aunque sin demasiado éxito. En los intervalos de silencio, oía las voces que la condenaban; no sólo oía lo que habían dicho, sino que imaginaba lo que pensaban todos.

En su mente los oía llamar a su madre «prostituta católica irlandesa»; por cómo lo decían, era difícil saber cuál de las palabras contenía más desaprobación. También oía viejas frases familiares, como: «El hijo de la gata, ratones mata», y «De tal palo, tal astilla»… Daba igual que Moira Dennehy y Jay Mac Worth llevaran juntos más de un cuarto de siglo, o que su madre no hubiera amado a ningún otro hombre. Ella era una prostituta; sus cinco hijas, bastardas… Y si bien a veces la riqueza y la considerable influencia de Jay Mac influía en cómo se trataba a las Dennehy, su poder no llegaba hasta lograr cambiar lo que cualquiera

pensara de ellas.

Se dijo que su familia había capeado escándalos más dañinos que ese pequeño rumor, pero era el primero que la tocaba directamente. Se preguntó si su padre lo habría oído. ¿Por eso le ofrecía una oportunidad de huir? Merecía la pena pensarlo, y se propuso hablar con él a las claras del asunto. Frunciría el cejo ante su forma directa de expresarse y probablemente agitaría un dedo llamándola descarada, pero ella vería a través de sus fanfarronadas y sabría si estaba mintiendo.

De pronto, un sonido a sus espaldas le llamó la atención; interrumpió sus meditaciones y se detuvo en seco. Sintió que se le erizaba el pelo de la nuca cuando el sonido crepitante volvió a sonar, esta vez más cerca. Deseaba creer que eran sus propios pies los que hacían el ruido, que aquel sonido sólo era el eco de sus pasos… Pero ya no podía seguir fingiendo.

Se apartó del sendero y, buscando un escondrijo, se metió en una zona que sombreaban unos pinos. Se pegó a la áspera corteza de un árbol hasta volverse casi invisible. No sabía por qué de repente se sentía recelosa, por qué sospechaba que quien recorría su mismo sendero no era Daniel. Su respiración se hizo jadeante, y esperó y observó.

El hombre que apareció por el camino mantenía un paso presuroso y, a la vez, en cierto modo comedido, como si quisiera correr pero estuviera refrenándose de hacerlo. Skye lo vio detenerse no lejos de su bosquete. No miró hacia ella ni una sola vez, pero en cambio sí lo hizo hacia atrás, por encima del hombro. Entonces Skye se dio cuenta de que no tenía

nada que temer, porque el hombre no la seguía a ella: alguien lo seguía a él.

El aliento del desconocido pareció quedar suspendido en el aire un momento mientras se planteaba qué hacer. Se sopló las manos sin guantes para calentárselas mientras sus ojos recorrían rápidamente los alrededores, buscando protección entre los arbustos y los árboles. Skye oyó que se acercaban otros pasos, y entonces se dio cuenta de que los perseguidores eran al menos dos, tal vez más. Estaba a punto de llamar al hombre del sendero, de hacerle señas para que fuera junto a ella, cuando vio que él había tomado la decisión de no esconderse ni correr. Se volvió hacia el lugar por donde iban a llegar sus perseguidores, al tiempo que abría y cerraba ligeramente los puños a los costados.

El desconocido inclinó un poco su enjuto cuerpo, que se tensó de un modo que hacía pensar en un muelle comprimido hasta el límite. Pero sus pies no estaban plantados con pesadez en el suelo, ni sus hombros se adelantaban, dispuestos a recibir un ataque, sino que mantenía un porte suelto, nada rígido, dando impresión de fuerza ágil y relajada. No llevaba sombrero ni bufanda. A la luz de la luna Skye sólo advirtió que tenía el cabello oscuro y largo por la parte de atrás, donde le rozaba el cuello del gabán. Su perfil, completamente afeitado era severo, las líneas de su rostro, duras. Estaba tan quieto que parecía una estatua.

Los perseguidores se encontraron con él de repente. Eran dos, y a Skye la alivió que no fueran más, aunque no sabía por qué debía estar a favor de aquel solitario desconocido. Los dos eran robustos, de fuertes

músculos y hombros tan anchos que parecían igualar su altura. Ambos llevaban gorras de lana que les tapaban el pelo y las orejas; una de las gorras parecía negra, la otra, más clara, probablemente a la luz del día fuera amarilla. Tenían caras anchas y unas grandes patillas que les cubrían las mejillas. Sin barba.

—¡Ahí está! —chilló Gorra Negra.

Al instante, cargaron como si esperaran que su presa fuera a huir. Pero no lo hizo…, y no se detuvieron a pensar en lo que aquello significaría.

Gorra Amarilla saltó primero y se lanzó sobre el hombre para arrastrarlo con él al suelo. Skye se apretó los nudillos contra la boca para evitar gritar una advertencia. Mientras miraba, el hombre, con ademán sencillo y grácil, giró a un lado, y Gorra Amarilla cayó hacia delante, agitando los brazos hasta caer de bruces en el sendero. Soltó un fuerte gruñido, y su cálido aliento se condensó a la luz de la luna. Ver lo que le había ocurrido a su compañero hizo que Gorra Negra patinara hasta detenerse.

—¿Estás bien? —preguntó.

Se oyó un gruñido apagado que Gorra Negra aceptó como señal de que el otro no tenía daños graves. Entonces dedicó toda su atención a su presa y, despacio, fue describiendo un círculo, con los codos doblados y los enguantados puños alzados en una postura de pelea.

Amagando y lanzando bruscos golpes con la diestra, Gorra Negra cerró el círculo. Él perseguido fintó, escabullándose con facilidad y

esquivando los golpes. Un gancho de izquierda pasó por encima de su cabeza; un rápido golpe de derecha no lo alcanzó en las costillas por cuestión de centímetros. Skye vio que la frustración hacía que Gorra Negra lanzara puñetazos cada vez más violentos y más fuertes. En ese momento, Gorra Amarilla se arrodilló, enderezándose con esfuerzo. Dio uno o dos pasos tambaleándose, recuperó el equilibrio y se lanzó también al combate.

Con Gorra Negra y Gorra Amarilla lanzando puñetazos e intentando alcanzarlo, su víctima tenía que vigilar por delante y por detrás. Logró evitar los puñetazos, moviéndose y zigzagueando, hasta que sus dos atacantes gruñían de rabia. Sin que intercambiaran ni una palabra, ambos lo rodearon otra vez. Entonces Gorra Negra consiguió asestarle un puñetazo. La cabeza del desconocido retrocedió en un latigazo, y por un instante perdió pie, impulsado hacia atrás por la fuerza del golpe. Gorra Negra volvió a precipitarse sobre él, esta vez buscando las costillas, pero su víctima ya estaba recobrándose.

Desde el lugar donde se encontraba, a Skye le parecía que aquel desconocido se movía de forma tan precisa casi como si estuviera ejecutando pasos de ballet. Giraba y fintaba con la poderosa elegancia de un bailarín, y sus manos y brazos formaban un todo con el movimiento de sus piernas. Atacaba como una serpiente: permanecía tenso un momento y de pronto, al segundo siguiente, desataba una tremenda furia.

Con el canto de la mano derecha, como si éste fuera una cuchilla de

carnicero, dio un fuerte golpe a Gorra Negra en la curva del cuello y en el hombro. El grueso abrigo de éste no era lo bastante grueso como para amortiguar la potencia de ese golpe, y se le doblaron las rodillas; su gemido se debió tanto a la sorpresa del ataque como al dolor. La táctica de su víctima desconcertó a Gorra Amarilla, que retrocedió para poner distancia respecto a su presa e impedir así que el desconocido utilizara los brazos. Pero no se planteó que tal vez éste fuera a utilizar las piernas. Skye abrió más los ojos al ver que, en efecto, el desconocido saltaba con los pies hacia delante. El pie derecho conectó con el diafragma de Gorra Amarilla y, antes de que éste evaluara lo ocurrido, el pie izquierdo acompañó el golpe, empujándolo hacia atrás con fuerza suficiente como para dejarlo sin aliento. Boqueando, volvió a caer de rodillas, esta vez agarrándose la cintura; y cuando su cabeza se inclinó hacía delante, dejando al descubierto la vulnerable parte trasera del cuello, el desconocido golpeó de nuevo con el canto de la mano, como había hecho con Gorra Negra. Gorra Amarilla cayó de lado y se quedó allí tumbado; gruñó un momento hasta que su cuerpo dio una sacudida, y luego se quedó completamente quieto.

Entonces Skye alzó la vista del cuerpo inmóvil de Gorra Amarilla y miró a su compañero: Gorra Negra iba a atacar al desconocido por detrás. Ella abrió la boca para gritar una advertencia, pero sólo tardó un segundo en darse cuenta de que no hacía falta; la conciencia de aquel desconocido parecía ir más allá de lo que sus ojos veían. Giró sobre sus talones y se apartó del camino de la embestida de Gorra Negra; al mismo

tiempo, extendió la mano para cogerlo por el cogote y la región lumbar y después, usando el considerable peso y la velocidad de su adversario, lo empujó obligándolo a alejarse todavía más. Gorra Negra tropezó, cayó hacia delante y fue a desplomarse a cuatro patas justo a unos dos metros de donde estaba Skye. Ésta se quedó absolutamente inmóvil en su escondite, temerosa incluso de respirar. Gorra Negra se sacudió casi como si fuera un perro greñudo y empapado después de un baño; luego se levantó trabajosamente, se dio la vuelta y volvió a la carga.

A Skye le pareció que el desconocido esperaba hasta el último segundo para apartarse de su camino, y, una vez más, Gorra Negra recibió ayuda para avanzar en la dirección que ya llevaba. Esta vez patinó en el suelo sobre el estómago y la cara, mientras su ancha barbilla iba abriendo la nieve del camino como si fuera un arado. Por un momento se quedó quieto, y Skye creyó que tal vez tuviese el buen sentido de no levantarse… No podía ser. Se estremeció al ver que Gorra Negra se arrodillaba de nuevo con esfuerzo, se limpiaba el helado mentón con el dorso de la mano y miraba por encima del hombro a la presa convertida en depredador.

—Eres duro de pelar, ¿eh? —musitó—. ¿Te da miedo enfrentarte conmigo con los puños?

El desconocido se mantuvo firme, sin decir nada.

—Eso me parecía —prosiguió el otro.

Apenas dichas estas palabras, Gorra Negra se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una derringer: una arma mortal en las manos

adecuadas y a corta distancia.

—Entonces vamos a probar con esto, cabrón.

El desconocido no esperó a que acabara la frase para atacar. Su cuerpo ágil se convirtió en una borrosa mancha de movimiento que giraba, volaba, saltaba… Una patada hizo caer la pistola de la mano de Gorra Negra, cuya muñeca, desprovista de toda sensibilidad, quedó atrapada debajo del pie del desconocido. Una segunda patada enérgica al hígado lo dejó sin aliento. Gorra Negra se desplomó sin ver el golpe que recibía justo entre los omóplatos. Su cuerpo se estremeció una vez y luego se quedó tan quieto como el de su compañero.

A continuación, el desconocido retrocedió, y después se detuvo mirando a sus derribados asaltantes. Skye pensó que a lo mejor empleaba ese tiempo en recuperar el aliento, pero no jadeaba; sencillamente, se estaba permitiendo un instante de casi indiferente curiosidad. Skye lo observó mientras él miraba a sus anchas; de vez en cuando, meneaba la cabeza despacio a un lado y a otro, como si no acabara de creer la estupidez de sus atacantes o, al menos, como sí no la comprendiera. Aunque le daba la espalda, ella creyó ver su boca curvada en una especie de media sonrisa irónica.

—No ha estado usted en peligro en ningún momento, señora.

Skye se sobresaltó y parpadeó varias veces. Luego miró a su alrededor y dirigió la vista rápidamente a las sombras que había al otro lado del sendero; no era posible que estuviese hablando con ella.

—¿O es «señorita»? —preguntó él.

Mary Schyler se apartó despacio del árbol pero sin abandonar la protección de su dosel. Imitando el cantarín deje irlandés de su madre, dijo con descaro:

—Bueno, creo que eso no es para nada asunto suyo.

En ese momento él se dio la vuelta para mirarla, y la luna, al brillar sobre su cara, dejó ver a Skye el leve amago de una sonrisa algo amenazadora en su frialdad.

—Tiene razón —dijo él—. Pero más vale que siga su camino.

Sin embargo, Skye no quiso dejar la seguridad de los protectores pinos; para él era poco más que una sombra, y deseaba seguir siéndolo.

—Usted primero —dijo.

Él bajó la cabeza, y ella pensó que aquel ademán ocultaba una sonrisa más pronunciada. Deseó poder verlo mejor, aunque eso comprometiera su anonimato.

—Tengo que atender a estos hombres, ¿no cree? —le preguntó él.

Tanto Gorra Negra como Gorra Amarilla parecían completamente inconscientes, de modo que Skye sólo imaginó lo que implicaba ese «atender», y preguntó:

—¿Va a matarlos? ¿Aquí mismo, en el parque?

Le pareció que él soltaba una risita; aquel sonido bajo, ronco, como salido del fondo de la garganta, le hizo sentir un escalofrío en la columna…, aunque se dio cuenta de que no era temor lo que sentía, sino otra cosa; algo igual de elemental, pero infinitamente más íntimo.

—Voy a amarrarlos.

Recordando lo que había sacado Gorra Negra después de meter la mano en el bolsillo, Skye contuvo el aliento cuando la mano del desconocido se deslizó en el interior de su gabán. Retomó su ritmo normal de respiración al ver que él sacaba una cuerda y la levantaba colgando para que la viera.

—Venía usted preparado —dijo ella.

—He aprendido a estarlo.

Skye se preguntó qué clase de hombre preveía que un paseo por el parque pudiese ser tan peligroso; después se le ocurrió que ni siquiera sabía de qué lado de la ley estaba.

—¿Por qué iban detrás de usted? —preguntó.

—Bueno, creo que eso no es para nada asunto suyo —dijo él, repitiendo las palabras que ella había dicho antes, además de su acento.

Esta vez, Skye oyó su risa, aunque no la viera. Ella le hacía gracia, y eso no le sentó muy bien.

—Podría gritar —comentó—, y hacer que los policías de ronda le cayeran encima.

—En efecto, podría —convino él.

El desconocido se arrodilló junto a Gorra Negra, sacó un cuchillo y cortó un trozo de cuerda; en seguida tuvo al hombre bien amarrado, con las manos a la espalda y uno de sus propios guantes metido en la boca.

Skye no sabía por qué seguía allí…, salvo, quizá, porque aquello era lo más emocionante que le había ocurrido en la vida. Supuso que era una especie de práctica de lo que significaba ser una aventurera. De pronto,

por el rabillo del ojo, vio que Gorra Amarilla se movía. Fue a gritar una advertencia pero vio que no era preciso: una vez más, el desconocido parecía haber anticipado el problema. Giró sobre sí mismo y, ante el intento de Gorra Amarilla, lo golpeó limpiamente en el mentón con el puño; se oyó un crujido, y la cabeza del asaltante golpeó el suelo helado con un ruido sordo. Skye se estremeció.

—Así que sí sabe luchar con los puños —dijo, cuando recuperó la voz —. Igual que un gamberro callejero de Dublín.

El desconocido se limitó a encogerse de hombros y empezó a atar a Gorra Amarilla. Una vez hubo acabado, arrastró al hombre inconsciente hacia el escondite de Skye; ésta se apresuró a recular al tiempo que preguntaba:

—¿Qué hace? —Deseó que su voz hubiera mostrado más enfado y menos miedo.

—Lo aparto del sendero —dijo él con tranquilidad.

Ni siquiera el esfuerzo de arrastrar la considerable mole de Gorra Amarilla hasta el escondite lo había dejado sin aliento. Se acercó a poco más de un metro de Skye, pero ni una sola vez miró hacia ella. Después de apoyar a Gorra Amarilla contra el áspero tronco de un árbol, dedicó su atención a Gorra Negra y repitió el mismo proceso; al final, completó su acción levantando con los pies la nieve donde el arrastre de los cuerpos la había allanado. En menos de un minuto había ocultado el rastro que llevaba hasta ellos.

Cuando regresó al sendero, echó una mirada en dirección a Skye.

—Debería marcharse antes de que vuelvan en sí y la descubran a su lado.

Ella vaciló, esperando que el desconocido continuara su camino.

—Le garantizo que no serán ni la mitad de galantes que yo respecto al bienestar de una dama.

Skye se ruborizó y acentuó su deje.

—Me honra, señor, llamándome dama, pero para nada soy algo así de fino.

El desconocido se quedó un momento callado, pensando.

—Entonces a lo mejor accede a venir conmigo a algún sitio; sacaría dinero.

—Ha interpretado mal lo que quería decir, señor. He dicho que no era tan fina como una dama, pero eso no quiere decir que sea una ramera.

La sorpresa hizo que el desconocido se quedara mudo; luego se rió por lo bajo.

—Y usted ha interpretado mal lo que yo he querido decir. Me ayudaría si…

De repente se interrumpió; de sus espaldas, en el sendero, llegó un griterío de risas alborotadas, un combate vocal en el que tomaba parte más de una persona. Se oyó un nombre en voz alta, y una mujer respondió riendo; alguien contó un chiste y de nuevo sonaron más risas. El desconocido titubeó mirando hacia Skye, y ella lo instó a marcharse:

—Váyase. Váyase de aquí…

Lo habría repetido, pero no hizo falta insistir: él se esfumó delante de sus ojos.

Ella salió de su escondite, justo cuando Daniel y sus amigos llegaban al pequeño bosque de pinos.

—¡Skye! —exclamó Daniel parándose en seco—. Creía que te habrías ido a casa.

—Y ya veo que no has tardado nada en venir detrás de mí —repuso sarcástica.

Lanzó una mirada furiosa a los amigos de él, que no fueron tan rápidos como Daniel a la hora de mostrarse avergonzados. Los miró uno por uno. Louisa Edison y Alice Hobbs tenían la vista fija en ella, boquiabiertas; a Thomas Newman la risa se había quedado atascada en el fondo de la garganta; Charlie miraba fijamente al suelo, y, en cuanto a Richard Mili y Amy Scott, parecían querer estar en cualquier otra parte.

De pronto, Skye se sintió enormemente enfadada. Enfadada con Louisa y Alice por mirarla como si le hubiera brotado otra cabeza; enfadada con Thomas, por no compartir su risa; enfadada con Charlie, Richard y Amy por sentirse incómodos… Pero sobre todo, estaba enfadada con Daniel por no apoyarla. Ella era una dama, y nunca les había dado motivos para que pensaran otra cosa…

Y entonces, sin más, sus palabras salieron en tropel:

—¿No te preocupaba el niño, Daniel? —le preguntó—. ¿Y si le hubiera pasado algo al niño?

Amy, Alice y Louisa contuvieron simultáneamente la respiración; los

chicos miraron fijamente a Daniel, con gesto entre horrorizado y admirativo…

En ese momento, Skye les volvió la espalda y se marchó a buen paso.

* * *

Capítulo 2

—¡Skye! ¡Espérame!

Daniel miró a sus boquiabiertos amigos y se apresuró a justificarse.

—Se lo está inventando —dijo—. Sólo os dice lo que queréis oír. ¡Lo juro!

Luego echó a correr gritando de nuevo:

—¡Skye!

Ella no volvió la cabeza, pero tampoco apresuró el paso. Cuando él llegó a su altura, le preguntó:

—¿Te has disculpado por mí? Quizá les hayas dicho que estoy un poco malhumorada a causa del embarazo.

Daniel la tomó por el codo, pero ella se soltó de una sacudida.

—Estás siendo muy poco razonable. No sé por qué te empeñas en alimentar a propósito sus tontas especulaciones. Estás decidida a convertirte tú misma en una paria.

Skye apretó las manos dentro del manguito de armiño y bajó la cabeza caminando contra el viento mientras salían del parque.

—Siempre he sido una paria, Daniel. Esta noche sólo es la primera vez que se toca el tema de forma tan clara. —Hablaba tan bajo que el joven tuvo que acercarse para oírla—. No hay nada para mí en la ciudad;

nunca lo ha habido; no sé cómo no lo he sabido siempre, pero así es. Nunca he deseado tanto algo como deseo ahora irme de aquí.

Daniel se acercó al borde de la acera e hizo señas a un coche de alquiler; cuando se detuvo, dio al cochero la dirección de Skye y subieron los dos. Una vez dentro, preguntó:

—¿Y la facultad?

Ella se encogió de hombros.

—No pensaba volver para el trimestre de primavera.

—Pero…

Skye lo miró de frente.

—¿No crees que Jay Mac ya lo sospecha?

—No se me había ocurrido.

Ella soltó una risa breve y desprovista de humor.

—Eso es porque no lo conoces como yo. No sólo se ha dado cuenta de que estoy dispuesta a enfrentarme a él para no volver a la facultad, sino que me lleva ventaja… Ese ha sido el motivo de su sorprendente oferta de esta noche.

—¿Quieres decir que te ha puesto ese señuelo con la esperanza de que prefieras la facultad a ser ama de llaves?

Skye soltó un resoplido nada sutil.

—No comprendes en absoluto su manera de pensar, ¿verdad?

—Creo que no.

Skye sacó una mano del manguito y le dio una palmadita en el brazo.

—Da igual; después de todo es mí padre, no el tuyo, y durante años

he tenido oportunidad de verlo actuar con mis hermanas mayores. Comprenderás que tiene la mejor de las intenciones: quiere asegurarse de que siempre estemos bien.

Daniel suspiró. Luego levantó una pierna y, con aire descuidado, la puso en el asiento de enfrente mientras se repantigaba junto a su amiga.

—¿Sabes una cosa, Skye? Me parece que estoy encantado de que aquel primer beso resultara una chapuza… No estoy seguro querer a John MacKenzie Worth como suegro.

Ella se inclinó hacia él y apoyó la cabeza en su hombro.

—No te pierdes nada, Daniel —dijo sentidamente—. De verdad que no.

Él se rió de su comentario.

—¿No crees valer la pena?

—Dios mío, sé que no… —Alzó la vista hacia él—. Ya has visto lo que ha pasado esta noche: no sé quedarme al margen. Si me dan ocasión de ponerme en ridículo, no sólo la aprovecho, sino que además les doy las gracias.

Daniel esbozó una amplia sonrisa.

—Tú sí vales la pena —replicó—. Soy yo el que no llego al aprobado… —Antes de que ella pudiera contradecirlo, añadió—: Y sigo sin entender el plan de tu padre.

—La historia del motor y el inventor… Eso no son más que pamplinas.

—Pamplinas…

—Juegos de manos —prosiguió ella—. Un truco de magia para ocultar lo que pasa en realidad.

—Y lo que pasa en realidad es…

—Es que Jay Mac quiere que yo experimente el aburrimiento absoluto. Supone que, después de trabajar unas cuantas semanas o meses como ama de llaves de algún viejo rancio, le rogaré que me permita acabar los estudios en la facultad.

—Así que la aventura que te plantea es mentira.

Skye asintió.

—Así es. Las mentiras de Jay Mac no van mucho más allá de eso.

Daniel observó que estaba sonriendo.

—No parece que eso te irrite; creía que no te gustaba que te manipulasen.

—Y no me gusta. Pero si lo miro por el lado bueno, me encanta que Jay Mac haya intentado sobornarme con algo que encuentro atractivo. Eso quiere decir que, a su modo, entiende lo que deseo. Con mis hermanas no fue tan complaciente, ni mucho menos.

El vaivén del coche fue disminuyendo al reducir la marcha delante de la mansión Worth. Daniel ayudó a Skye a salir del carruaje y cruzó la verja con ella para acompañarla hasta la puerta principal.

—Entonces, ¿aceptarás la oferta de tu padre? —le preguntó.

—Probablemente. No estaba segura cuando sacó el tema, pero después de esta noche… Bueno, es mejor que me vaya a algún lado a tener el niño.

—¡Skye!

Ella le dedicó su sonrisa traviesa con su par de hoyuelos.

—No sé comportarme… —dijo—. No está en mi naturaleza.

Luego se puso de puntillas, posó las manos en los hombros de Daniel y lo besó en las mejillas.

—Ve a ocuparte de Evelyn Hardy —añadió—. Ella te hará más feliz de lo que yo te haría nunca.

Un momento después, Daniel se quedó solo en los escalones de piedra de la mansión, envuelto en la luz amarilla que se derramaba desde las imponentes ventanas en forma de arco. Y entonces pensó que no era cierto lo que había dicho Skye; porque, de haberlo sido, él no estaría tan absolutamente triste. Después, encorvó los hombros contra el viento y bajó la cabeza. El coche de alquiler lo esperaba para llevarlo a casa.

Moira alzó la vista de su *petit point* cuando Skye pasó por delante de la sala, y le dijo:

—Has vuelto temprano.

Skye retrocedió unos cuantos pasos y quedó enmarcada por la madera oscura de la entrada; se quitó el sombrero y el manguito y se los metió bajo el brazo.

—Hacía demasiado frío para patinar —mintió—. ¿Dónde está Jay Mac?

—En su estudio. ¿Dónde está Daniel?

—Lo he mandado a casa.

—Es un joven agradable.

Sin querer darle motivos de esperanza a su madre, Skye asintió con gesto distraído y preguntó:

—¿Ha comentado Jay Mac algo más de su idea?

—Casi no ha parado de hablar de eso desde que te fuiste —contestó Moira, sonriendo con indulgencia—. Lo he desterrado al estudio.

—¿A ti qué te parece?

Moira no vaciló; las arrugas de las comisuras de sus ojos y de su boca se acentuaron cuando dijo con seriedad:

—Creo que es una idea tan tonta como las que siempre se le ocurren a Jay Mac.

Skye se rió.

—Entonces coincidimos. ¿Qué crees que debería hacer?

—Lo que sea que a ti te haga feliz.

Esa respuesta la hizo vacilar. Se apoyó en el marco de la puerta y se colocó un rizo de cabello color rojo intenso detrás de la oreja; sus ojos verdes se oscurecieron, pensativos.

—¿No crees que sea feliz? —preguntó.

Las arrugas de la cara de Moira se suavizaron cuando dejó a un lado su bordado.

—Creo que te haces desgraciada a fuerza de luchar por ser muy feliz… Cuando eso no debería de ser tan difícil.

La mandíbula de Skye se descolgó un poco; su madre había resumido brevemente lo que llevaba meses, tal vez años, sintiendo.

—Entonces, ¿no te importará si no vuelvo a la facultad?

—Tienes que querer hacerlo por ti misma, Skye. Sólo porque tus hermanas hayan ido, tú no tienes que imitarlas.

—Quizá si no fuera un sitio tan agobiante… —dijo ella en tono casi de disculpa.

—No es el aula. Tú te sientes encerrada si no te mueves.

Al ver que su hija estaba a punto de interrumpirla, Moira alzó una mano.

—No me digas que estoy equivocada. Todas, Mary Francis, Michael, Rennie y Maggie, tenían objetivos, se dirigían a un lugar concreto. Mientras que tú… —la suave sonrisa le llegó a los ojos—, mientras que tú, Mary Schyler, quieres ir a todas partes.

—Sí, mamá, así es. —En su voz sonaba el timbre de la juventud, serio e ilusionado.

—Entonces tienes que tratar con tu padre, no conmigo. —Moira inclinó la cabeza e inspeccionó su labor de aguja—. Mira: he usado el color equivocado en esta rosa…

Pero no esperaba respuesta; sabía que estaba sola y que su hija había ido a ver a Jay Mac.

Skye abrió la puerta del estudio sin molestarse en llamar. Jay Mac estaba sentado a su escritorio y, a sus espaldas, las llamas crepitaban en la chimenea. En una esquina de la mesa había varios libros apilados de

cualquier manera, y el resto de la superficie estaba cubierto de libros mayores y papeles. Jay Mac se subió los lentes por el puente de la nariz y alzó la vista cuando Skye cerró la puerta.

—Demasiado frío para patinar, supongo —dijo. Luego se reclinó cómodamente en su gran sillón de cuero, y el suave tapizado color burdeos pareció envolverlo.

—Algo así —reconoció Skye.

—Ese chico, Pendergrass, no seguirá merodeando por aquí, ¿verdad?

Skye le dedicó una sonrisilla.

—No, papá, se ha ido a su casa. Creo que te tiene un poco de miedo.

—¿Cómo?

—No finjas que te sorprende: eso te encanta.

No le dio oportunidad de negarlo. Soltó el sombrero y el manguito en una butaca y luego hizo lo mismo con el abrigo, que colgó en el respaldo. Después se acercó a la chimenea y extendió las manos.

—¿Sabías que los amigos de Daniel creen que estoy encinta? —le preguntó sin rodeos.

La ancha cara de Jay Mac adoptó un tono rubicundo; agarró tan fuerte la pluma que tenía en la mano que los nudillos se le pusieron blancos. En tono cauteloso respondió:

—No, no lo sabía.

Skye se dio cuenta de que su padre estaba tenso hasta el límite.

—Pues no es verdad, Jay Mac, pero quería saber si tú habías oído el rumor. Creía que quizá por eso me habías sugerido que me fuera una

temporada a vivir con ese inventor.

—Bueno, pues no; no había oído esa tontería. ¿Quién anda diciéndolo?

Ella se encogió de hombros.

—Imagino que casi todo el mundo. A los amigos de Daniel se les ha escapado esta noche; yo no lo había oído hasta ahora. ¿Recuerdas que me desmayé en el baile de máscaras de los Bilroth? Os lo conté a mamá y a ti.

—Sí, me acuerdo. Daniel te trajo a casa. Dijisteis que hacía un calor asfixiante en el salón.

—En efecto, pero supongo que otros interpretaron el desvanecimiento de distinta manera.

Jay Mac hizo girar su sillón y quedó de cara al fuego. Skye era una esbelta silueta ante las llamas.

—Entonces, tal vez éste no sea el mejor momento para que te vayas de la ciudad.

Ella se volvió, sorprendida; un mechón de pelo le cayó sobre la frente y se lo echó hacia atrás.

—¿Qué quieres decir? Creía que querías que me fuera.

—Sí quería… Es decir, quiero… Pero pienso si será bueno para ti. Eso confirmaría los rumores: todos creerán que te marchas para tener el niño.

Skye sabía que estaba pensando en Maggie; eso fue lo que hizo su hermana cuando tuvo que enfrentarse a un dilema semejante.

—Y si me quedo, la gente supondrá que he abortado.

Los labios de Jay Mac se redujeron a una línea.

—No puedo decir que me agrade esa forma tan directa de hablar.

—La gente creerá lo que quiera —prosiguió ella—. Es lo que intentaba decir, nada más.

—No he dicho que no lo entendiera —señaló él—; sólo que no me gusta.

Jay Mac se quitó los lentes y limpió los cristales con un pañuelo que sacó del bolsillo de la pechera; era más bien un acto automático, mientras pensaba.

—Tus hermanas y tú habéis tenido que enfrentaros con muchos rumores maliciosos —continuó en voz baja, casi triste—. Si yo lo hubiera sabido…

Skye se sentó en el brazo del sillón de su padre y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué habrías hecho entonces? —preguntó—. ¿No amar a mamá? ¿No tener hijos con ella?

Él negó con la cabeza. La vida sin Moira era inimaginable; y sin sus cinco hijas él no habría sido, ni mucho menos, igual de feliz.

—No habría hecho nada —reconoció.

—Me encanta oírlo —replicó Skye, y lo dijo en serio; para ella el remordimiento era una pérdida de tiempo—. Y ahora, si estamos de acuerdo en que no hay nada que cambiar en tu vida, quizá estemos de acuerdo en que es hora de cambiar algo en la mía. He decidido que nada me gustaría más que espiar para ti.

—Mary Schyler —empezó él con dureza—, si piensas…

Ella le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya sé, ya sé. No quieres que espíe: quieres que robe… —Notó que los hombros de su padre subían y bajaban en un suspiro—. De acuerdo. Lo que de verdad quieres que haga es que me convierta en ama de llaves de…

Se detuvo y esperó a que Jay Mac dijera el nombre.

—Jonathan Parnell.

—Jonathan Parnell —repitió ella en tono pensativo—. Me parece que seré ama de llaves del señor Parnell. ¿Cómo conseguiré el puesto?

—En eso no hay trucos, Skye: tendrás que solicitarlo.

—¿Quieres decir que ha puesto un anuncio?

—En el *Chronicle* de esta mañana. Eso me ha dado la idea.

Eso hizo dudar a Skye; pensaba que su padre llevaba semanas, o tal vez meses, montando el plan. No era propio de él dejar las cosas al azar. Suponía que ya habría organizado el modo de asegurarse que el puesto fuera para ella… Y se preguntó si debía creer lo que había dicho.

—¿Tienes el periódico?

Jay Mac señaló el diario pulcramente doblado sobre una esquina de la mesa, y Skye se levantó del sillón y lo cogió. Tardó unos minutos en encontrar el anuncio; cuando lo hizo, alzó la mirada, sorprendida.

—Pero esa casa está en el valle del Hudson.

—¿Adónde creías que te enviaba?

—No sé… —Lo cierto es que esperaba que fuera más allá del estado

de Nueva York; sus cejas se unieron y su boca se convirtió en una línea mientras volvía a leer el anuncio—. Vaya, este sitio no debe de estar lejos de nuestra casa de verano.

Su padre percibió su decepción.

—No, no lo está.

Ella miró hacía arriba, pensativa.

—Me parece recordar que alguien compró la mansión Granville no hace muchos años… No dirás que…

Jay Mac estaba asintiendo:

—Sí, Parnell es el dueño.

Skye abrió más los ojos.

—Pero ¡si esa casa está embrujada…! —Tan pronto como pronunció esas palabras, enrojeció de vergüenza. Era una vieja historia, rumores que había oído desde que Jay Mac convirtió el valle en el hogar de veraneo de la familia; de eso hacía quince años. Como disimulando añadió—: Eso era lo que decía Rennie.

Su padre se echó a reír.

—De modo que te acuerdas de aquellos cuentos… Tenía mis dudas.

Skye se apoyó en la mesa, con los brazos cruzados con gesto despreocupado.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Todos los veranos constituía una fuente de conjeturas. —Sonrió al recordarlo—. ¿Abandonaría su casa el fantasma de Granville y vendría a por nosotras? Rennie nos asignó turnos de guardia a cada una; a mí me tocaba el primero, porque era la más

pequeña.

Jay Mac soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que alguna de tus hermanas seguía vigilando después de tí? —Sus ojos se arrugaron en las comisuras mientras escrutaba la expresión de Skye—. No lo sospechaste nunca, ¿verdad?

—Pero ¡qué mocosas…! No puedo creer que… Sí, sí puedo… Es típico de ellas. En particular de Rennie. ¡Ya verás cuando la vea! ¡Yo pasaba dos horas terroríficas sentada allá, en el desván, atenta a aquel fantasma…! ¡Creía que estaba protegiéndolas, y todo el rato estuvieron riéndose a mi costa!

Jay Mac creyó que no podría reírse más, pero el agravio de Skye iba absolutamente en serio. Daba la impresión de que sus hermanas le hubiesen gastado aquella broma el día antes, no hacía una docena de años, o más… Finalmente, se vio obligado a sacar un pañuelo y llevárselo a los húmedos ojos.

—Perdóname —consiguió decir al fin—. Es sólo que…

—Que yo era una completa idiota. Sí —replicó ella con aspereza, un poco herida por el regocijo de su padre—. Vaya si me gastaron una buena broma.

—Mary Francis acabó cortándola.

Eso no aplacó a Skye.

—Creo que tenía diez años cuando Rennie me dijo que dejara de hacer las guardias; por entonces hasta me ofrecía voluntaria para hacerlas. Dejaron que aquello siguiera durante años…

—Pídeles explicaciones a tus hermanas —dijo él—. Tu madre y yo no nos enteramos de nada hasta que se acabó; Mary Francis las hizo confesar a todas.

—Gracias a Dios que tuvo conciencia —exclamó Skye.

Jay Mac carraspeó; parecía sentirse un poco incómodo.

—Creo que en realidad, Mary Francis se hartó de tener que bajarte del desván en brazos cuando te quedabas dormida vigilando. —Se encogió de hombros con gesto de disculpa—. Al menos, eso es lo que recuerdo.

Skye soltó un resoplido nada delicado.

—Será un placer urdir mi venganza —comentó—. Y después de todo este tiempo, seguro que cuento con el elemento sorpresa.

Jay Mac casi sintió pena por sus demás hijas: estaba seguro de que Skye pensaría en algo. Sus ojos volvieron a fijarse en el periódico.

—¿Vas a escribirle al señor Parnell? —preguntó.

Skye tardó un instante en comprender la pregunta, porque sus pensamientos habían ido divagando en una dirección completamente distinta. Entonces, con aire resuelto, cogió el diario, lo enrolló y dio un golpecito con él en el borde de la mesa.

—Redactaré una carta esta misma noche. Supongo que necesitaré referencias.

Jay Mac ya había pensado en eso.

—He hablado con el doctor Turner y con Logan Marshall; ambos están dispuestos a escribir cartas de recomendación.

—E imagino que todo eso lo habrás hecho hoy… Estabas muy seguro de mi respuesta.

Él hizo un gesto negativo.

—Sólo tenía esperanzas.

—Eso significa que no iré a la facultad en el trimestre de primavera.

—¿Te resulta un sacrificio? —le preguntó—. No me daba la impresión de que estuvieras disfrutando mucho.

Por lo que Skye recordaba, su padre no creía que a la facultad se asistiera para disfrutar. Sus sermones incluían, invariablemente, el hecho de que debía estudiar más.

—No es un sacrificio; no me iba muy bien.

—No será porque no seas lo bastante lista —replicó él.

Temiendo que su padre preparaba un discurso, Skye se inclinó hacia delante, depositó un beso en su mejilla y le dio las buenas noches. Desde el pasillo, se despidió también de su madre antes de subir la escalera con paso ligero y grácil.

Su dormitorio estaba en un ala aparte de la de sus padres. En tiempos, la rodeaban sus hermanas; ahora estaba sola. Algunas noches echaba de menos el compartir, las confidencias, las risas y las lágrimas, pero esa noche no le importó su ausencia. Quizá alguna de ellas habría intentado disuadirla de que fuera al valle; alguna, probablemente Rennie, incluso habría sacado el tema del fantasma de Granville y habría intentado asustarla para que abandonara su plan.

Sorprendió su reflejo en el espejo de su tocador y vio que esbozaba

una media sonrisa; entonces meneó la cabeza y se rió de sí misma. Aquel fantasma… Desde el momento en que había sabido que su destino era la mansión Granville, había sentido un escalofrío de miedo que en seguida le había hecho pensar en sus hermanas. Pero no sólo de miedo: también había sentido curiosidad, casi avidez. La emoción le encogía el estómago y el corazón; era una especie de ansiedad que, esquivando el pánico, le daba una agitada energía. Aquella misma noche había sentido algo parecido, en el parque; no cuando estaba con Daniel y sus amigos, sino mientras se escondía entre los pinos, mientras observaba a aquel desconocido enfrentarse con sus adversarios.

Se sentó ante el tocador, dejó el diario entre sus perfumes, sus cremas y su carmín, y se quitó las horquillas del pelo; una vez suelto, su cabello parecía seda rojiza sobre la piel. Se dio un masaje en las sienes para aliviar la tensión que empezaba a notar allí. El desconocido… Se las había arreglado para olvidar aquel incidente, pero no las sensaciones que había experimentado; quería que su vida fuera así de emocionante. Antes no le había parecido que ser ama de llaves de Jonathan Parnell estuviera a la altura; ahora, pensando en que tendría que hacer frente al fantasma de su infancia, por más que sólo fuera un cuento destinado a asustarla, parecía que se le hubiese abierto una puerta… Y no tenía sentido no entrar por ella.

Empezó a desabrocharse el vestido, con cuerpo de terciopelo, pero se detuvo y volvió a abrir de golpe el periódico para leer de nuevo el anuncio de Parnell.

Se busca ama de llaves para período de un año. Personal reducido. Debe tener experiencia en el trabajo duro y también en el delicado. Alojamiento y manutención. 50 dólares mensuales. Solicitudes: Brooke Place, 224. Baileyboro, Nueva York.

Trabajo duro… Se preguntó si el ama de llaves iba a tener que mover los muebles además de quitarles el polvo… El sueldo era menor que la asignación que le daba su padre, pero no necesitaría más en Baileyboro: en aquella aldea no había dónde gastar el dinero. Personal reducido… Por lo que recordaba, la mansión Granville era tan grande como las casas de la Quinta Avenida. Era curioso que no necesitara una completa dotación de personal.

Se levantó del tocador y abrió la cama. Encendió una lámpara en su pequeño escritorio y luego fue al ropero y sacó un camisón y una bata. En el cuello, las mangas y el bajo, el camisón tenía un remate de encaje, además de botones de perla en el corpiño; abultaba tanto, que siempre le daba la impresión de estar envolviéndose en una nube. El corte del camisón, tan femenino, desapareció cuando Skye se puso su cómoda y vieja bata; era lisa, de algodón, y estaba un poco brillante en los codos, raída en el bajo y deshilachada en el cinturón; desde luego, había conocido tiempos mejores…, pero Skye no podía separarse de ella. Una

vez ceñida a la cintura, Skye se sentó para redactar su respuesta al anuncio, y necesitó varios intentos hasta dar con las palabras exactas. No deseaba parecer demasiado inexperta; temía que si el señor Parnell sospechaba que era joven, no quisiera ni entrevistarla. Las referencias del doctor Turner y de Logan Marshall le serían de ayuda, pero antes tenía que resultar aceptable. Sin darse cuenta del paso del tiempo, al fin echó un vistazo a su último borrador y decidió que era digno de pasarlo a limpio con su mejor letra. Por el rabillo del ojo, vio el reloj de la repisa de la chimenea; era más de la una. Demasiado tarde para que ni su padre ni su madre estuvieran despiertos. Hacía mucho que la señora Cavanaugh y su marido se habían retirado a sus aposentos, encima de la cochera, y en la casa no vivían más criados.

Y, sin embargo, oía el inconfundible sonido de unos pasos.

Se levantó con cautela de la silla, procurando no hacer ruido, y, descalza, fue de puntillas hasta la puerta. Mientras recorría el pasillo hasta la escalera de atrás, no paró de toquetear los gastados hilos del cinturón. En el piso de abajo se había hecho el silencio otra vez. Esperó, sin respirar apenas… Y justo cuando empezaba a creer que se lo había imaginado, volvió a oír movimiento, aunque no identificó de dónde procedía el ruido exactamente. Mientras bajaba con sigilo la escalera, confió en encontrar a su padre en la cocina, con un vaso de leche caliente, o a la señora Cavanaugh, que hubiese vuelto de la cochera porque le hubiese entrado un súbito deseo de hornear pan. Ninguna de las dos explicaciones parecía demasiado probable, y cuando llegó al pie de la

escalera se dio cuenta de que ninguna de las dos era cierta. La cocina estaba a oscuras y vacía, y los sonidos llegaban de algún lugar situado en el lado contrario del pasillo que quedaba detrás.

Hasta entonces, Skye no se había planteado la posibilidad de hacerse con un arma, pero entonces cogió un cuchillo de carnicero del tajo de madera y se internó en el pasillo. De nuevo se había hecho el silencio, y entonces experimentó lo ensordecedor que puede resultar. Oía la sangre palpitarle en los oídos, el corazón le golpeaba el pecho, y su imaginación avanzaba al galope. Sin tener una idea clara de lo que iba a hacer si se encontraba cara a cara con un intruso, siguió andando; fue abriendo una puerta tras otra, asomándose a todas las habitaciones y retrocediendo después al no encontrar a nadie.

Ante el estudio de su padre volvió a detenerse, y esta vez pegó la oreja a la puerta; luego se agachó y miró por el agujero de la cerradura. En la habitación se veía una luz difusa, y eso la sobresaltó, hasta que recordó que en el hogar el fuego había estado encendido. Al darse cuenta de que la luz provenía de las brasas, hizo girar el picaporte; sólo necesitó dar un paso para saber que no estaba sola en la habitación. Sintió la presencia de otra persona, el calor de un cuerpo cerca, la tensión del miedo, el zumbido apenas audible de una respiración controlada… Sus nudillos se volvieron blancos sobre el picaporte. Intentó cerrar de un portazo para retroceder a salvo hacia el pasillo, pero un pie lo impidió metiéndose entre la puerta y el marco. Abrió la boca para gritar y, casi al instante, algo tapó el sonido. Tardó un momento en identificar como una

mano lo que le cubría la boca, y la textura y el olor que se la tapaban como el cuero de un guante. Mientras luchaba por respirar, otra mano capturó su muñeca y apretó. En el mismo movimiento sintió que la arrastraban de vuelta a la habitación. Su arma era inútil en sus dedos sin fuerza, y la dejó caer cuando la puerta se cerró a sus espaldas; el cuchillo no hizo ruido al dar en la alfombra oriental.

La certeza de que nadie la oía, ni la había oído, hizo que Skye redoblara sus esfuerzos. Dio una patada hacia atrás, y en el forcejeo acertó dos veces, pero quien la sujetaba no cedió. Intentó morder, y de hecho consiguió coger una vez entre los dientes el guante de cuero antes de notar una progresiva oscuridad en el borde del ojo. La presión de su pecho se hizo enorme, y arañó la mano que le cubría la boca… Lo último que recordaría fue una voz cerca de la oreja, una respiración caliente y húmeda, que le decía que se callara.

No le pareció haber estado mucho tiempo inconsciente. Cuando despertó no podía moverse ni ver, y sólo podía respirar por la nariz. Qué raro, pensó, al reconocer la tela que la ataba y la amordazaba: eran trozos de la bata que llevaba puesta. Comprobó las ataduras de sus muñecas y tobillos; no estaban tan fuertes como para impedirle la circulación, pero eran más que suficientes para que no pudiera liberarse.

—Está despierta.

La voz le llegó del otro lado de la habitación; era sólo un ronco

susurro, pero no le costó entender las palabras. Su respuesta fue quedarse quieta otra vez.

—No voy a hacerle daño.

Salvo por un aflojamiento casi imperceptible de su rigidez, Skye no se movió.

—Pero eso ya lo sabe.

Ella deseó que no le hablara. No podía contestar, y además, en aquella voz baja y sibilante no había nada demasiado tranquilizador. Giró la cabeza hacia él y se esforzó por ver a través del retal de fino algodón que le tapaba los ojos. La escasa luz del hogar no bastaba para que distinguiera algo más que sombras. El intruso parecía estar en la zona de la mesa de su padre. Lo oía revolver papeles y abrir y cerrar los cajones de Jay Mac. ¿Qué estaba buscando? Al ir a preguntar, su lengua notó la bola de tela que le llenaba la boca. Arrugó la nariz mientras trataba de expulsarla.

—No puede hacer nada.

El intruso no estaba disculpándose; de hecho, parecía presumir, como si su impotencia lo satisficiera. Durante unos minutos, Skye no volvió a oírlo y supuso que estaría leyendo. A su espalda, retorció las muñecas y forcejeó con las ataduras.

—¿Hay una caja fuerte?

Skye volvió a oír un revolver de papeles y que se cerraba un cajón. Había un carácter definitivo en ese sonido, y le hizo pensar que ya habría terminado de desvalijar la mesa de Jay Mac.

—¿Una caja fuerte? —repitió el intruso.

Esta vez se acercó más, y en su voz se advirtió inquietud y algo de impaciencia. Ella no había oído que se moviera ni una silla, ni sus pasos cruzando la alfombra; era tan silencioso que se preguntó qué habría hecho al principio para llamar su atención.

—Usted no ve, no puede moverse y no puede hablar, pero sé que puede oír.

Se había agachado junto al sofá donde ella estaba echada y tenía la cara cerca de la suya; instintivamente, Skye trató de apartarse reculando sobre los cojines.

—¿La caja fuerte?

Esta vez el susurro era amenazador. Skye meneó la cabeza. No había caja fuerte en la casa; su padre guardaba los documentos importantes en el despacho de Northeast Rail.

—¿No hay caja fuerte en la casa?

Skye lo confirmó con la cabeza. Esperaba que él se alejaría, pero se quedó donde estaba. Entonces, una mano le tocó la coronilla, y Skye se encogió. La mano se movió despacio y fue deslizándose por su sien y su mejilla. El cuero estaba frío, y ella torció la cara para esquivarlo.

—¿El señor Worth guarda sus documentos en su oficina?

A Skye le pareció que habría resultado más natural que llamase a Jay Mac por su nombre, o se refiriese a él como su padre. Que no lo hiciera, le indicó que no sabía que eran familia. Se preguntó por qué iba a saberlo; no tenía motivos para pensar que ella fuese algo más que una

criada… En ese momento, la mano se trasladó del rostro al hombro y se quedó allí. Skye sintió el suave cuero del guante a través del encaje. ¿Estaría tocándola con tanta libertad si supiera que era la hija de Jay Mac? Se retorció. La mano se movió hasta la curva de su seno, y entonces todo el cuerpo de ella se tensó. Contuvo el aliento, más asustada en aquel instante que en todo el tiempo transcurrido desde que había entrado en el cuarto.

—¿En el Edificio Worth? —preguntó él con voz profunda e irritada.

Con el pulgar, le tocó un pezón, y Skye meneó la cabeza con violencia. Si el intruso suponía que era una criada, no esperaría que supiese más que el dato de que no había caja fuerte en la casa. Percibió que él se quedaba callado, pensando.

—Muy bien —dijo al fin.

No se apresuró a quitarle la mano del pecho, sino que dejó que resbalara por su curva y luego por la llanura de su vientre.

—Dele este mensaje a Jay Mac. —Esperó hasta que ella asintió despacio—. Él no es mi dueño.

Por encima de la tela que le tapaba los ojos, Skye alzó un poco las cejas.

—Él no es mi dueño —repitió el hombre.

En ese mensaje había una cólera helada, y Skye volvió a encogerse, esta vez por el tono de voz. Con la cabeza, hizo señas de que había comprendido, y adelantó la barbilla en un gesto de desafío. La breve risa del hombre la cogió por sorpresa, así como el contacto de sus manos

sobre las suyas. Los enguantados dedos tiraron de las ataduras, y ella sintió que se las desanudaban y que aflojaban la tela. Cuando quedó libre, el intruso le tomó las muñecas y se las masajeó un poco, luego la ayudó a sentarse.

Tal vez esperase que ella fuera a tirar de la tela que le cubría los ojos y la boca, pero a pesar de su recién recuperada libertad, Skye no lo hizo; en cambio, balanceó a ciegas la mano hacia atrás para imprimirle mayor fuerza y luego la proyectó hacia la cara del intruso. La fuerza del golpe lo hizo retroceder. Se tambaleó antes de recobrar el equilibrio, pero se las arregló para ponerse en pie antes de que ella se quitara la tela de la cara de un tirón; cuando Skye recuperó la visión de nuevo, sólo alcanzó a ver al hombre salir de la habitación.

Sofocando las arcadas, escupió la tela que tenía metida en la boca. Luego recobró el aliento, se agarró el estómago y se puso de pie. Se disponía a perseguirlo cuando, de forma dolorosa, recordó que seguía teniendo los tobillos atados; por suerte, el borde del sofá atenuó su caída, y el manoteo de sus brazos le protegió la cara. Gritó, confiando en que su madre o su padre la oyeran, pero el único sonido que le llegó fue el de la puerta principal que se abría y luego se cerraba de un portazo.

Sus dedos trastearon con los nudos de sus tobillos y los aflojó lo bastante como para poder liberarse por los pies; entonces salió corriendo hacia la puerta. Desde la parte superior de la amplia escalera, oyó que Jay Mac la llamaba. Hizo caso omiso, abrió la puerta y se lanzó hacia el sendero helado. La puerta de la verja aún se balanceaba. La abrió de

golpe, salió a la acera y miró a un lado y a otro de Broadway. Un carruaje doblaba la esquina con la calle Cuarenta y nueve, y dos peatones se detuvieron para dejarlo pasar. Un carro de leche se dirigía hacia el norte, con el traqueteo de las lecheras de acero acompañándolo.

Skye no vio nada sospechoso. Nadie corría; no había nadie solo… No fue consciente de lo indecoroso de su atuendo hasta que el lechero volvió la cabeza para mirarla y siguió mirando; ella bajó la vista hacia sus pies descalzos. A la luz de la farola de gas, su camisón había adquirido un tono amarillo, y el viento que la zarandeaba hacía que se le arremolinase en torno a las piernas; su encendido cabello rojo le azotaba la cara. En vista de la situación, Skye decidió echarle descaro e hizo una exagerada reverencia al carretero de la leche antes de retroceder hasta su jardín. De pronto, sintió el frío glacial y empezó a bailotear sobre el sendero helado mientras cerraba la verja; a continuación dio media vuelta y se dirigió a la casa.

Su padre la esperaba en la entrada; detrás vio a su madre en uno de los escalones inferiores de la escalera principal. Los dos tenían un aspecto preocupado.

—Skye, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí fuera vestida así?

Suspirando, ella subió los peldaños. Jay Mac tenía un brazo apoyado en la entrada, con lo que, sin darse cuenta, le bloqueaba el paso.

—Creo que más vale que os lo cuente dentro. —Se agachó y pasó por debajo del brazo de su padre—, Mamá, deberíamos ir a la sala.

—Deja que vaya a por tu bata —dijo su madre—. Y a por las

zapatillas.

Moira empezó a subir de nuevo la escalera, pero Skye le dijo:

—Sólo las zapatillas. Mi bata… Da igual. Con las zapatillas bastará.

Jay Mac cerró la puerta principal y dio unos cuantos pisotones fuertes para calentarse los pies, como si hubiera sido él quien hubiese estado fuera. Después, se apresuró a meter a Skye en la sala y encendió el fuego. Moira regresó con las zapatillas y un cubrecama de lana para que su hija se lo pusiera en el regazo.

—Había un intruso —empezó Skye cuando sus padres se sentaron.

Moira no apoyó la espalda en el respaldo de su asiento, sino que se quedó sentada en el borde, con las manos muy juntas.

—Tu padre creyó oír algo. Le dije que eran figuraciones suyas…

Jay Mac tocó la mano de su esposa.

—Está bien, Moira. No ha pasado nada. —Entornó los ojos y miró a Skye—. ¿O sí?

Ella meneó la cabeza despacio, preguntándose a qué se refería; al darse cuenta del sentido de la pregunta, Meneó la cabeza con más vigor.

—No, papá, no ha pasado nada. Lo sorprendí cuando estaba registrando tu mesa. Me ató, nada más.

«Casi nada más», pensó, pero no se sentía con valor para añadir otra cosa. Aún le parecía notar la enguantada mano posada ligeramente en su pecho; la sensación fue tan vivida que quiso bajar la vista para mirarse. Entonces, se oyó la temblorosa voz de Moira; se le notó más el acento irlandés al exclamar:

—¡Que te ató!

—Mamá, estoy bien. Lo que quería era algo de Jay Mac.

—¿Sólo era uno? —preguntó su padre.

—Sí, uno nada más. Pero no encontró lo que había venido a buscar.

Titubeó al preguntarse qué podía o debía decir delante de su madre. Entonces su padre pareció entender y, con una mínima mirada, le indicó que se guardara lo que estuviera pensando.

—Moira —dijo—: me parece que a Skye le vendría muy bien una taza de té.

La mirada de Moira Dennehy Worth fue del padre a la hija.

—No me chupo el dedo, Jay Mac, y no voy a dejar que me tratéis como si fuera tonta. Quiero oír lo que Skye tenga que decir, lo mismo que tú.

Su tono no admitía discusión.

—Me ha dado un mensaje —dijo Skye—. Para Jay Mac.

Su padre permaneció perfectamente inmóvil, esperando.

—«Él no es mi dueño.» Eso es lo que el hombre ha dicho.

Moira frunció el cejo al tiempo que miraba a su marido y le preguntaba:

—¿A qué se refiere?

Las pálidas cejas de Jay Mac se habían unido. Se rascó la sien, pensativo.

—No tengo ni idea. —Miró a Moira a los ojos y luego a su hija—. De verdad, no tengo ni idea.

—Quiero que llames a la policía —dijo Moira echando un vistazo al reloj—. A Liam O'Shea le quedan otros cuarenta minutos de ronda, y no quiero esperar tanto para que nos ayude. Alguien debería registrar el jardín ahora.

—Me vestiré e iré yo, mamá, si eso te tranquiliza, aunque creo que el intruso hace mucho que se ha marchado. —Skye se dirigió a su padre—. Pero sigue siendo buena idea llamar a la policía. Tal vez tus oficinas de Northeast corren peligro de ser registradas: el intruso quería saber dónde tenías una caja fuerte.

—¿Se lo dijiste?

Ella meneó la cabeza.

—No podía hablar: me amordazó. —Vio la mirada horrorizada de su madre y se apresuró a proseguir—. En realidad no esperaba que yo lo supiera: creyó que era una criada.

Jay Mac le dio unas palmaditas a Moira en la mano.

—Mandaré al señor Cavanaugh en busca de O'Shea. Skye, tú no vas a salir otra vez, ni vestida ni sin vestir. —Se puso de pie—. ¿Podrías describirme a ese hombre?

—No. Me tapó los ojos. —Oyó el jadeo de su madre y en seguida la tranquilizó—. Estoy bien, de verdad: estoy bien.

Pero Moira siguió mostrándose escéptica y escudriñó a Skye con meticulosidad; al fin le señaló la muñeca.

—Pues no recuerdo haber visto antes este cardenal.

Skye siguió la mirada de su madre; en efecto estaba formándosele un

moratón.

—Es que yo llevaba un cuchillo, y me obligó a soltarlo.

En ese momento, Moira se apoyó en el respaldo, se santiguó y susurró:

—Madre de Dios.

—Voy a por el señor Cavanaugh —dijo Jay Mac—. Skye: no le digas ni una palabra más a tu madre. Mejor aún, prepárale un té.

Salió a toda velocidad de la habitación, y entonces Skye se adelantó en su asiento.

—Mamá, ¿quieres un té?

—Un poco de whisky no estaría de más.

Ella sonrió.

—Muy bien. Creo que tampoco me vendría mal a mí: me parece que estoy temblando. —Alzó la mano y notó que se estremecía—. Vaya noche.

Se levantó y fue al comedor. Volvió con dos vasos con un poco de whisky en cada uno y le dio uno a su madre.

—¿Te ha contado Jay Mac lo que ha ocurrido esta tarde, cuando he ido a patinar al estanque? ¿Lo de que dicen que estoy embarazada?

—Creía que tu padre te había dicho que no me dijeras ni una palabra más —le recordó Moira con ironía—. En todo caso, estoy segura de que no quiero oír nada más.

Skye sonrió; por supuesto, su madre conocía la historia.

—Bueno, pues he acabado mi carta de presentación para el señor

Parnell. —Moira la miró sin comprender—. El inventor.

Su madre asintió.

—Ya veo. O sea que vas a hacerlo.

—Será divertido… —contestó ella—. Aunque no sea más que para desbaratar el plan de Jay Mac.

—¿Sabes si tiene un plan?

—Siempre lo tiene; no sé por qué ahora iba a ser distinto. —Recogió las piernas y se sentó sobre ellas; luego tiró de la manta y se la echó sobre los hombros—. ¿Es por el inventor? ¿Cree Jay Mac que sería un buen marido para mí?

Moira encontró motivo para sonreír.

—Sería típico de él, ¿verdad?

—¿No te lo ha contado?

—Nunca me confía esa clase de planes. No supe lo de Rennie y Jarret, ni tampoco lo del terrible lío de Maggie y Connor hasta que fue demasiado tarde. Él sabe que no apruebo ese tipo de intromisiones.

En ese momento Jay Mac regresó; llevaba en una mano el cuchillo de carnicero.

—El señor Cavanaugh ha ido a por la policía. He mirado en el estudio: parece que no se han llevado nada. —Sostuvo el cuchillo en alto —. He encontrado esto en el suelo. ¿En qué estabas pensando, Skye?

—Supongo que no pensaba —reconoció ésta—. Al menos, no con claridad.

Jay Mac sólo pudo menear la cabeza.

—Necesito una copa —dijo, y desapareció en el pasillo, llevándose el cuchillo consigo.

El policía de ronda llegó al cabo de diez minutos; en breve lo siguieron dos policías más, procedentes de la comisaría. El señor Cavanaugh esperó a prudente distancia hasta que Jay Mac le aseguró que ya no lo necesitaban.

Skye realizó su declaración aún envuelta en la manta, y luego Moira se apresuró a llevársela de allí en dirección a su cuarto. Jay Mac fue con uno de los policías al Edificio Worth, mientras otro permanecía en la casa para vigilar por si regresaba el intruso. Liam O'Shea volvió a su ronda, alerta ante cualquier peligro que pudiera correr el vecindario.

Skye tomó la mano de su madre y la sostuvo con firmeza entre las suyas.

—Estoy bien, mamá. Ha sido una noche de aventuras, nada más.

La respuesta de Moira fue un evasivo gruñido desde el fondo de la garganta. Skye sonrió al darle las buenas noches, pero por un instante, Moira no se movió. Escudriñó el rostro de su hija, las mejillas que parecían encendidas por la emoción, la forma satisfecha de su generosa boca, el brillo de sus ojos, de un verde tan resplandeciente que hubiesen hecho palidecer a un trébol… No creyó que fueran prejuicios suyos, nacidos de los lazos de sangre, pero estaba segura de que, en el lapso de unas cuantas horas, su hija había pasado de ser bonita a ser una belleza; estaba, sencillamente, radiante. En el fondo de sus ojos sintió la aparición de las lágrimas y parpadeó para retenerlas; entonces se inclinó para

besar la mejilla de Skye.

—Pequeña —dijo en voz baja—, eres extraordinaria.

Skye iba a preguntarle qué quería decir, pero Moira ya se alejaba de la cama y apagaba las lámparas. Skye se puso de costado y miró la rendija de luz que se veía por debajo de la puerta hasta que también ésta se apagó. Luego oyó los leves pasos de su madre alejarse por el pasillo.

Estaba casi dormida cuando se dio cuenta de que no le había contado a nadie su encuentro en el parque; aunque, al pensarlo mejor, supo que, en cierto modo, su descuido había sido intencionado. Y fue a ese secreto, el de aquel desconocido, un hombre cuya cara no había visto, cuya voz apenas había oído, a lo que se aferró mientras, poco a poco, iba quedándose dormida. Aquella noche el desconocido se convirtió en el hilo unificador de la tela de todos sus sueños.

Jonathan Parnell era un hombre atractivo. Para algunos, su encanto radicaba en parte en su actitud distante, casi severa. Aunque no era precisamente frío, se mostraba apenas interesado en lo que los demás hacían o decían; no sólo parecía estar a solas en una multitud, sino que cultivaba un aire introvertido y reservado que lo protegía de la conversación superficial y frívola. Su pelo, de un rubio pálido, camuflaba alguna prematura hebra gris, aunque al sol aún conservaba el brillo de la juventud. Sus ojos azules, de iris color añil, prestaban a su expresión cierta opaca monotonía que quizá resultaba inaccesible o, sencillamente,

misteriosa. Sus facciones estaban bien cinceladas, con líneas finas y aristocráticas que le marcaban la mandíbula y el mentón.

Al entrar en su suite del hotel Saint Mark, Parnell emitió un inequívoco sonido de desagrado con la boca. Walker Caine estaba sentado en un grande y mullido sillón, de cara a la puerta; la perfecta quietud de su rostro, la dura mirada de sus ojos, un poco entornados, fueron el único indicio de enfado que Parnell observó. En el breve tiempo que hacía que duraba su asociación, había descubierto que la cólera de Caine se parecía más al rayo que al trueno. Walker Caine seguía sin moverse. Observó cómo Parnell se quitaba el sombrero y el abrigo y los colgaba en la percha de la entrada del cuarto.

—¿Una mujer? —preguntó.

La respuesta fueron dos dedos alzados.

—En plural.

El gesto serio de la boca de Walker no cambió; sin alterarse, dijo:

—Esto no va a funcionar, señor Parnell. No puedo protegerlo si no sigue mis instrucciones. —Se levantó de un solo y fluido movimiento; luego metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes—. Tenga el sueldo de este mes: no me lo he ganado.

Y extendió la mano. Pero Parnell no hizo ademán de tomar lo que le ofrecían; se limitó a mirarlo con interés desapasionado.

—No puede dimitir —dijo al fin—. Está el asunto de mi vida.

Walker se encogió de hombros. Jonathan Parnell le llevaba quince años, pero aquella noche había actuado con el sentido común de un chico

de quince.

—Este viaje a la ciudad se ha llevado a cabo contra mi opinión, sin embargo, usted había aceptado ciertas reglas.

—Este viaje era una necesidad. Precisaba material para mi trabajo, cosas que no podía pedir —repuso Parnell; hizo un gesto brusco e impaciente con la mano y pasó muy cerca de Walker para dirigirse al aparador—. Ya se lo he explicado, y detesto repetirme.

Walker permaneció impasible ante la irritación de su jefe. Se metió de nuevo el rollo de billetes en el bolsillo y se volvió para ver cómo Parnell se servía una copa; cuando le ofreció una a él, meneó la cabeza.

—¿Adónde ha ido? —preguntó.

—A Las Siete Hermanas. Es un…

—Burdel.

Parnell alzó una ceja color dorado pálido y volvió a observar a Walker; esta vez asimiló una información distinta.

—Entiendo —dijo—. Usted lo conoce.

Se preguntaba cómo satisfaría Walker sus necesidades. No recordaba haberlo visto demostrar ningún interés por las empleadas, aunque era consciente de que sí existía interés en sentido contrario; suponía que a algunas mujeres las fascinaba su nariz, ligeramente torcida. De nuevo, la mirada de Parnell adoptó un aire vago, introspectivo; nunca comprendería a las mujeres.

—No íntimamente.

—¿Hmmm? —preguntó—. ¿Cómo dice?

Walker repitió sus palabras sin dar señales de que lo molestara la falta de atención de su jefe.

—No conozco el burdel personalmente.

—Ah…

Parnell se preguntó si Walker Caine pagaría alguna vez el placer. Por su parte, Walker se preguntó por qué Parnell pagaba por el suyo; el simple trayecto del día anterior por el vestíbulo del Saint Mark debía haberle bastado para mostrarle que despertaba el interés del sexo opuesto. ¿O es que de verdad no lo había notado?

—Debió quedarse aquí mientras yo salía. No he tardado mucho.

—¿Ha traído las cosas que le pedí?

—Algunas. Unas cuantas tiendas estaban cerradas, y en otra querían unas especificaciones concretas que no supe darles.

Parnell suspiró.

—Se lo dije.

—Ya lo sé. Mañana lo acompañaré a las tiendas.

Parnell se bebió la copa de un trago.

—Mañana, ¿eh? —repitió, mientras una comisura de su boca se alzaba en una sonrisa sardónica—. Supongo que eso quiere decir que no va a dimitir.

—Supongo que sí —respondió Walker sin cambiar el tono de voz.

Asintiendo, su jefe dio vueltas al vaso entre las manos.

—Le alegrará regresar al valle tanto como a mí.

—Allí está usted más seguro, y ambos lo sabemos.

—Yo pensaba en mi trabajo. Estoy deseando volver a él.

Walker se quedó callado, esperando. Parnell rara vez hablaba de su proyecto, y el espacio donde trabajaba estaba prohibido; además, no se sabía mucho sobre lo que hacía. Por fin, al cabo de unos instantes, advirtió que Parnell no iba a añadir nada más sobre el tema de momento.

—Quiero que consigamos el resto de sus cosas por la mañana y salir de la ciudad antes del mediodía. Es mejor que viajemos con luz.

Parnell asintió.

—Está bien. No tengo demasiados deseos de volver a tentar a la suerte.

Walker se fijó en la forma en que lo había expresado; tampoco le pasó por alto la marca roja de su mejilla, que lo hizo tocarse el lado de su propia cara.

—¿Volver? ¿Es que ha habido algún incidente esta noche?

Parnell carraspeó antes de contestar.

—No. Esta noche no ha habido… incidentes. Me refería a riesgos anteriores de mi vida.

—Entonces ha sido afortunado. Los que quieren apoderarse de su invento no dudarían en poner una prostituta en Las Siete Hermanas si creyeran que podía volver a aparecer por allí.

Parnell se detuvo a pensar en ello.

—Una idea fascinante. ¿Cree que me han seguido?

—Sé que a mí sí. —Observó que los ojos de su jefe se enturbiaban y luego se volvían distantes—. No se preocupe: los he despistado. Nadie

me ha visto comprar ninguna de las cosas de su lista.

Percibió un asomo de alivio.

—El secreto lo es todo.

—Usted lo ha dicho.

Parnell dejó su copa y se pasó los dedos por el pelo.

—Ya lo sé… Por eso va a sorprenderle una cosa que he hecho.

Walker dudaba que nada de lo que hiciera Parnell fuera a pillarlo desprevenido de verdad: lo había planificado todo muy bien. Aún no había cumplido treinta años, pero Walker era un experto en su trabajo.

—¿De qué se trata? —preguntó cortés.

—Antes de que dejáramos el valle, puse un anuncio en el *Chronicle* solicitando un ama de llaves. Ha salido en el periódico de esta mañana.

Entonces Walker se dio cuenta de que se había equivocado: sí lo había sorprendido. Alzó una de sus cejas, de un rubio tostado, y ladeó la cabeza mientras se limitaba a mirar fijamente a su jefe.

—Santo Dios —fue todo lo que dijo.

* * *

Capítulo 3

Baileyboro, Nueva York

Desde el salón, Walker Caine asomó la cabeza por el pasillo. Había tres mujeres sentadas en los bancos acolchados del vestíbulo; sólo dos alzaron la vista. La tercera, cuyo sombrero no acababa de ocultar una llamarada de brillante cabello rojo, mantuvo la mirada baja. Él se preguntó si estaría ensimismada o si, sencillamente, era tímida. ¿Se mostraba indiferente o sería sorda? O tal vez hubiera abandonado toda esperanza. Las mujeres que lo miraron tenían ojos ansiosos, manos inquietas y sonrisas tímidas aunque deseosas de agradar. Era la misma actitud, el mismo nerviosismo, el mismo asomo de desesperación de que había sido testigo toda la mañana. Hasta aquel momento, el desfile de mujeres que solicitaban el empleo ofrecido por Jonathan Parnell parecía inacabable. Walker no recordaba ninguna cara ni actitud concreta; tampoco se acordaba de ninguna mujer que destacara por su edad, experiencia o estado civil. Lo que no olvidaba era la necesidad común de trabajo. Hasta entonces, ninguna de ellas había dejado la mansión con una promesa de obtenerlo.

Volvió a meterse en el salón y miró a Parnell.

—Le quedan tres para elegir. Tiene pensado contratar a alguien hoy,

¿no?

—Eso creía. —Parnell dispuso los currículums y las cartas de referencia que tenía en la mano derecha como si estuviera jugando a los naipes, y los estudió con atención—. Ninguna de las solicitantes parece tan adecuada en persona como sobre el papel… No tengo tantas esperanzas como esta mañana.

—Tal vez si me dijera qué es lo que busca… —Walker trató de no parecer impaciente; ya había hecho antes la misma pregunta sin recibir una respuesta concreta, y esa vez tampoco la esperaba en realidad—. Todas las entrevistadas, sin excepción, estaban cualificadas para el puesto.

Parnell asintió.

—Es cierto. Pero ninguna ha destacado de verdad, ¿no? Son todas iguales… Y, además, tenemos que pensar en la señora Reading. La nueva ama de llaves ha de ser capaz de trabajar con ella.

Corina Reading era la cocinera de Parnell; no iba incluida con la casa en el momento en que Parnell la compró, pero cualquiera creería que era así, dada su actitud de propietaria de la misma.

—Si no quería usted disgustar a la señora Reading, debió dejar que realizara ella las entrevistas.

—Pero eso me habría disgustado a mí —contestó Parnell con seriedad—. Es más bien un camino de dos direcciones, ¿entiende?

Walker no lo comprendía demasiado, pero no dijo nada. No ganaba nada enfrentándose con su jefe; después de todo, por parte de Parnell era

una concesión permitir que asistiera a las entrevistas. Aunque sólo necesitó un pequeño recordatorio de las amenazas contra su vida para que su argumentación a favor de estar presente resultara convincente. Un mechón de cabello tostado cayó sobre la frente de Walker; se lo echó hacia atrás con la mano y esperó indicaciones de Parnell.

—Haga pasar primero a la señorita Staplehurst —dijo éste, tomando una súbita decisión—. Veremos qué tal es.

Skye Dennehy sabía que ya no quería el puesto; a decir verdad, lo supo en el mismo instante en que tomó asiento con las demás aspirantes en el vestíbulo. Una sencilla ojeada a sus competidoras le dejó claro quiénes necesitaban de verdad trabajar y quiénes no.

Justo entonces, consideró la posibilidad de levantarse y marcharse, pero varias mujeres empezaron a hablar entre ellas, y a Skye no se le ocurrió el modo de irse de manera airosa. Así que se quedó a escuchar… y a enterarse, por los retazos de conversación que oía, de que era un delito disputarles el puesto que pretendían. Estaba claro que Jay Mac no había prestado demasiada atención a ese aspecto cuando le sugirió que lo solicitara. No creía que su padre consintiera en arrebatarle el trabajo a alguien que lo necesitaba sólo para darle a ella una lección… Y Skye estaba plenamente convencida de que una lección era lo que Jay Mac tenía en mente cuando la había acompañado hasta el tren que iba a llevarla a Baileyboro. Intentó sonsacárselo en la estación, pero como

mantenía una actitud tan inescrutable, no confió mucho en obtener una respuesta.

Cuando llamaron a Annie Staplehurst para que pasara a la entrevista, Skye se recostó en la pared. Sintió que se le aplastaba la parte de atrás del sombrero, pero no levantó la mano para arreglarlo; ni siquiera el saber que todo aquel artefacto descansaba torcido en su cabeza la movió a quitárselo o a enderezárselo. Luego soltó un buen bostezo y cerró los ojos. Sólo cuando oyó que se cerraban las puertas correderas y supo que Annie estaba dentro, se permitió una pequeña sonrisa. Era muy consciente de que el hombre que había ido a recoger a todas las solicitantes la había sometido a un examen. Y, aunque Skye no estaba segura de cómo conseguir el trabajo en la mansión Granville, sí lo estaba de cómo no conseguirlo… Si aquel hombre era el propio Jonathan Parnell, tanto mejor, porque, por un momento, la había mirado como si tuviera tres cabezas.

—Creía que ésta estaría bien —dijo Walker, refiriéndose a la última mujer—. Y la de antes…, la señorita Staplehurst…, también estaba bastante bien. La señora Reading no la encontraría demasiado avasalladora.

—No estoy seguro —contestó Parnell—; tal vez no sea capaz de manejar a los demás. Es difícil saber qué hacer… En realidad he pensado concederle el puesto a ella, pero me parece que sería mejor conocerlas a

todas. Antes de que hiciera pasar a ésta me ha dicho que quedaban tres, ¿verdad? Así pues, hay una más…, a menos que haya echado a correr.

—No. Sigue ahí; durmiendo, me parece.

—¿Durmiendo? —se extrañó Parnell antes de soltar una breve risa—. Eso no dice mucho a su favor, ¿no?

Walker se estiró mientras se levantaba. No estaba acostumbrado a tanta inactividad. Pasar un día sentado, aunque fuera en un mullido sillón, lo había entumecido como no lo habría hecho una jornada cabalgando.

—Le diré que se vaya.

Parnell meneó la cabeza; después se inclinó hacia la mesa con sobre de mármol que había junto al sofá y rápidamente revolvió entre los currículums.

—No —dijo—. Es una a la que quiero conocer. Ha trabajado para Logan Marshall.

—¿El editor del *Chronicle* de Nueva York?

—Eso parece. Impresiona, ¿no cree?

Sí que era impresionante, pensó Walker…, y, por lo que había visto, también poco probable. Se preguntó si habría mentido en su currículum, como sospechaba que habían hecho varias más, y dijo:

—Hace que uno se plantee por qué solicita una colocación aquí.

Parnell había vuelto a dejar el currículum en el montón y estaba encendiendo la lámpara de la mesita auxiliar. Esperó a que prendiera la mecha; la vacilante luz, lamió las sombras que había en la pared que

tenía detrás y proyectó un resplandor anaranjado sobre las hebras grises que entreveraban su pelo.

—No —repuso lentamente—: hace que *usted* se pregunte por qué solicitaría una colocación aquí. Usted sospecha de todas… Pero bueno, por eso lo he contratado, y por eso está sentado ahí.

De pronto pareció recordar lo que estaba haciendo y apagó la cerilla que tenía en la mano antes de quemarse; después volvió a colocar la tulipa de vidrio en la lámpara. Los iris color añil de sus ojos se oscurecieron y agrandaron. Su aprecio por el hombre al que pagaba para que le guardara las espaldas era sincero.

—Ha sospechado que todas las mujeres a las que he entrevistado hoy iban a liquidarme con un plumero para el polvo… Creo que se ha ganado el sueldo. —Esbozó una leve sonrisa condescendiente—. Ahora relájese un poco y haga pasar a esta última.

Walker asintió con un movimiento de cabeza al tiempo que preguntaba:

—¿Se llama…?

—Señorita Mary Schyler Dennehy. —Parnell soltó una risa en voz baja—. Vaya un nombre kilométrico, ¿eh?

Walker repitió sólo el apellido, luego fue a la puerta y llamó a Skye para que pasara. Ella no estaba durmiendo, como él esperaba; lo que vio era peor aún. Y es que, en lugar de eso, estaba tumbada boca abajo sobre el banco acolchado, con el polisón apuntando hacia el techo mientras pescaba algo de debajo del asiento. Si se dio cuenta de que él estaba a sus

espaldas, no dio señales de ello. Con actitud nada recatada, se retorcía intentando rescatar lo que quiera que fuese que había perdido.

Walker carraspeó; la palma de su mano rabiaba por soltar un golpe bien dado en el polisón y en el trasero que aquél adornaba. Pero se contuvo y preguntó:

—¿Ha perdido algo?

Skye dio la vuelta en redondo y se enderezó de golpe, con la mano derecha cerrada en torno al objeto de su búsqueda.

—El agujón —dijo en tono triunfal.

—Sí —repuso él con ironía—. Ya veo.

Como había optado por hacerse la tonta, Skye no podía ofenderse porque se rieran de ella, aunque el tono estuviera delicadamente ribeteado de sarcasmo. Con todo, sintió fuertes deseos de clavarle el agujón a aquel imbécil pretencioso y deshincharlo allí mismo. Tras dominar el impulso con cierta dificultad, se ajustó el sombrero, se lo sujetó bien con el agujón y, por fin, se puso en pie.

—Veo que es mi turno.

—Así es.

No era lo que él decía, sino el modo de decirlo… Los verdes ojos de Skye se entornaron un segundo mientras escudriñaba sus facciones serenas y tranquilas. Siempre había creído que su padre escondía bien sus jugadas; pues bien: aquel hombre ni siquiera mostraba la baraja. De pronto, se sintió muy joven y muy desmañada. Allí había algo que no comprendía, y no estaba segura de querer comprenderlo.

Walker supo en qué momento aquella mujer sintió que la ponían en su sitio con firmeza, porque un rastro de rosa tiñó sus mejillas y desvió la mirada. Casi se arrepintió; había descubierto en ella algo al mismo tiempo divertido y admirable.

—Por aquí, señorita Dennehy —le dijo, mientras con un gesto de la mano le indicaba que entrara al salón delante de él.

Jonathan Parnell se puso de pie cuando Skye entró.

—Por favor —dijo, y se presentó; luego añadió:

—¿Desea tomar asiento? ¿Y algo de té, quizá? —Echó una ojeada por encima del hombro derecho a Walker—. Traerá té a la señorita Dennehy, ¿verdad, Walker? Para todos, mejor.

Walker se dio cuenta de que la situación había cambiado. Parnell no había tenido ese detalle con ninguna de las otras; antes, ni siquiera se había levantado o dicho su nombre. Supuso que no lo creía necesario, pero, por algún motivo, ahora Parnell creía que era importante…, y esa transformación lo preocupaba. Fue a poner objeciones a la idea del té, pero luego se lo pensó mejor. Confiando en hacer la gestión con rapidez, volvió a salir al pasillo y cerró las puertas tras él.

A Skye no le apetecía el té particularmente, pero desde que entró en la habitación parecía que se le hubiese secado la boca y que tuviese la lengua pegada al paladar; debió de emitir algún tipo de murmullo que se había interpretado como un asentimiento. De forma vaga, advirtió que las puertas se cerraban a sus espaldas y que se quedaban solas con Jonathan Parnell.

Este no era el rancio y viejo inventor que había esperado ver. Durante las tres semanas anteriores, mientras esperaba respuesta a su carta de solicitud, estuvo pensado en el hombre que su padre había calificado de penetrante y brillante, pero nada de cuanto había imaginado se acercaba a la realidad que tenía ante sí. Desde luego, sus ojos azules eran penetrantes, y el modo en que su pálido cabello rubio reflejaba la luz de la lámpara, que destacaba en él unas hebras de plata que bien podía calificarse de brillante… Pero tenía la sensación de que su padre no había dicho esas palabras justo con en ese sentido.

De pronto, reparó en que estaba mirándolo fijamente y recuperó la compostura. Resultaba una verdadera sorpresa descubrir que, a pesar de la diferencia de edad que había entre ellos, con aquel hombre no se sentía ni muchísimo menos tan joven ni tan torpe como con quien hasta entonces había estado rondando junto a la puerta. Parnell era correcto pero cortés, y a la segunda indicación que le hizo, Skye se sentó. El sillón estaba tibio; con retraso, se dio cuenta de que había tomado asiento en el lugar que estaba ocupando el otro hombre.

—No, quédese donde está —dijo Parnell—. Cuando vuelva, el señor Caine estará igualmente cómodo allí.

Y señaló un estrecho sillón de orejas situado a más de un metro de ella; tenía un aspecto rígido y duro, un lugar donde uno se sentaba, pero no se relajaba. Skye calculó que al señor Caine no debían de haberle pedido que cediera su sillón a ninguna de las mujeres que habían entrado antes, y de nuevo se preguntó si su padre habría llegado a algún

arreglo con el señor Parnell.

Echó una rápida mirada alrededor; era difícil ignorar el desorden que prácticamente dominaba todos los rincones. Cada superficie visible estaba cubierta de chales con flecos y grupos de recargadas figurillas, mientras en la repisa de la chimenea unos rechonchos querubines de porcelana se disputaban el espacio con unos candelabros de latón. Las cortinas de brocado color burdeos eran lo bastante gruesas como para asegurar que ni un hilo de sol desluciera el color de las telas que cubrían las butacas y el sofá; incluso a esa hora estaban corridas, con lo que dejaban fuera el poco sol que quedaba de la tarde invernal. De las paredes a ambos lados del piano colgaban retratos al óleo y paisajes del río Hudson. Unas partituras estaban esparcidas de cualquier modo sobre la tapa del piano vertical y el taburete, y el metrónomo estaba caído de lado.

Una torre de papeles cubría la mesa situada a la izquierda de Parnell, y otros documentos se amontonaban en precario equilibrio cerca de sus pies. Una bandeja de galletas a medio comer sobresalía de debajo del sofá. En la funda que protegía un brazo del sillón donde estaba sentada se veían manchas de café que también estropeaban los del sillón de él. El zócalo de la chimenea estaba cubierto con una fina capa de ceniza, y los azulejos estaban sucios de hollín. Ninguno de los utensilios de la chimenea colgaban de su soporte; todos estaban o bien apoyados en el hogar, esperando ser utilizados, o bien volcados. A pesar del calor que salía de la chimenea, en la habitación seguía notándose un fuerte olor a

humedad; se respiraba una atmósfera cerrada que una brigada de criadas tal vez encontraría de lo más estimulante.

—¿Empezamos? —preguntó Parnell.

Skye advirtió que parecía ajeno a cuanto lo rodeaba, y pensó que quizá la habitación fuese una especie de prueba: la solicitante que no palideciera ante el trabajo que tenía por delante, conseguía el puesto… Ella tenía la clarísima sensación de que estaba palideciendo.

Sin dejar de observarla atentamente, Parnell se recortó en su sillón y cruzó las piernas con ademán desenfadado. De la mesa que tenía junto a él cogió sus cartas de presentación y referencia.

—Es usted más joven de lo que imaginaba, a juzgar por su experiencia.

Era un comentario para el que estaba preparada.

—Tenía catorce años cuando empecé a trabajar para los Turner —dijo —. Primero me contrataron como acompañante de su hija menor. El doctor Turner pasaba mucho tiempo en el hospital, y su esposa tenía muchas responsabilidades como ayudante de él. Viví allí varios años, y cuando Amy fue demasiado mayor como para que alguien se quedara con ella, ya me había vuelto indispensable.

—Y sin embargo, se marchó… —intervino él, animándola a proseguir.

—Sí, cuando enviaron a Amy a la escuela de señoritas. Los Turner me habrían mantenido con ellos, pero a mí me apetecía cambiar. Me dieron muy buenas recomendaciones para los Marshall.

Una diminuta parte de la conciencia de Skye estaba auténticamente horrorizada al ver con cuánta facilidad le salían las mentiras. Tres semanas de práctica habían proporcionado a sus palabras el tono y la cadencia justos; casi ella misma creía haber hecho las cosas que decía haber hecho.

—¿Los Marshall del *Chronicle?*

—En efecto. ¿Los conoce?

No era el tipo de pregunta que se hiciera a un posible patrón, y Skye lo sabía. Confió en que esa pregunta tan directa la hiciese parecer demasiado agresiva e interesada en los asuntos ajenos como para encajar en el puesto.

—Los conozco, desde luego; mi trabajo ha despertado cierto interés, y bien hablado de sacar un artículo. La esposa de Marshall había sido actriz, creo.

Skye asintió. La llegada del té impidió que añadiera con impropiedad algún cotilleo subido de tono. Walker entró en el salón, y, a mitad de camino, se detuvo un instante y frunció un poco el cejo al ver su sillón ocupado. Apartó con el codo unos papeles y fotografías para hacer sitio a la bandeja, y luego se volvió a mirar a Skye con las cejas alzadas; entonces ella dijo:

—Estaré encantada de servirlo.

Cuando se levantó, casi esperaba que él le quitase el sillón, y supuso que tenía que estarle agradecida, porque se limitó a rondar cerca mientras ella cumplía la tarea. Skye se abstuvo de mostrar rastro alguno

de la elegancia con que acostumbraba a llevar a cabo ese ritual y consiguió salpicarlos a los dos de té caliente.

—Aquí está —dijo, pasándole una taza con un platillo—, tome.

Cuando la mirada entrecerrada de Walker se entornó un poco más, Skye supo que había captado el matiz insolente de su voz; entonces se apresuró a volverse y le pasó otra taza a Jonathan Parnell.

—¿Nata, señor? ¿Azúcar?

—Ninguna de las dos cosas —dijo él; la sonrisa que esbozaban sus labios se abrió por completo cuando echó una ojeada a Walker—. Pero creo que el señor Caine está un poco desconcertado porque no le haya preguntado a él.

Skye fingió que había sido un descuido involuntario y, en tono de disculpa, dijo:

—Perdóneme, señor Caine. ¿Nata o azúcar para usted?

—Ninguna de las dos cosas —contestó secamente—, pero gracias por preguntar.

A ella no se le pasó por alto que en su voz había demasiada frialdad para ser sincero; de todas formas, hizo caso omiso, volvió a su sillón y dejó que Walker Caine se las arreglara por su cuenta. Se preguntó qué papel desempeñaba él en las entrevistas, por qué le permitían quedarse. No tenía la actitud respetuosa de un buen mayordomo; sin embargo, respecto a Parnell se comportaba más como un empleado que como un amigo.

Walker no se sentó en el sillón de orejas, sino en el brazo del mismo.

Por el rabillo del ojo, Skye advirtió que extendía sus largas piernas hacia delante, cruzadas a la altura de los tobillos. Las delicadas proporciones de la taza y el plato de porcelana china no parecían en absoluto incongruentes en sus grandes manos; sus esbeltos dedos se doblaban un poco, en ademán casi elegante, en torno a los estriados bordes del platillo. Todo el rato la observaba con atención y no se esforzaba por fingir lo contrario. A Skye se le pasó por la cabeza la palabra «insolente»…; y después otra: «insufrible».

Parnell vio que, por un instante, la atención de Skye se desviaba de él, y que luego volvía a centrarse; entonces se dirigió a Walker.

—La señorita Dennehy estaba contándome que los Marshall para quienes trabajó tenían que ver con el *Chronicle.* Usted conoce a Logan Marshall, ¿verdad?

En tres semanas de preparativos, Skye no se había planteado ni una sola vez la posibilidad de que la pillaran tan rápido en sus mentiras.

—Trabajé para él en una ocasión —contestó Walker.

—¿Es usted periodista? —preguntó Skye.

Dio un sorbo a su té para disimular que tenía la boca seca. Su hermana Michael había trabajado para Logan Marshall en el *Chronicle;* ¿se habrían conocido?

—No. Periodista no. Hice… —Se detuvo un instante, buscando la forma correcta de expresarlo—. Hice una investigación para el señor Marshall.

Ella se las arregló para volver a depositar su taza en el platillo sin

ningún estrépito revelador. Luego miró a Parnell.

—Entiendo. En casa de los Marshall me encargué de supervisar una plantilla de diez personas. Mi puesto inicial con la familia fue muy parecido al que tuve con los Turner, pero su ama de llaves enfermó, y entonces yo me hice cargo de sus funciones.

Parnell echó una ojeada a la carta de Skye y estudió las fechas que había facilitado.

—No se quedó mucho tiempo con ellos.

—No. El ama de llaves se recuperó bien, y, en realidad, después no había un buen puesto para mí. Me encantaban los niños, desde luego, pero estaba preparada para asumir más responsabilidades.

—Aquí no hay ningún niño —observó Walker.

—Eso me había parecido, señor Caine; los niños añaden algo especial a un hogar. Hace muchos años que esta casa no ha visto a ninguno.

—Eso no lo sé —intervino Parnell—; tan sólo llevo aquí poco más de dos años. La gente del pueblo aún se refiere a ella como la mansión Granville, aunque yo le di otro nombre casi en seguida: Brooke Place.

—Parece una casa con historia —comentó ella mirando la habitación.

Esta vez observó algo más que el evidente desorden. Los muebles, antiguos pero de sólida factura, tenían las patas en forma de garra que sujetaba una bola, muy propias de otra época. Los suelos eran de roble oscuro con aguas, y se extendían ininterrumpidamente de pared a pared. Donde quedaban al descubierto las mesas auxiliares, Skye vio las vivas coloraciones de la veta verde del buen mármol de Vermont, y las

hechuras y elegancia propias de un hábil artesano. Se preguntó cuáles de entre aquella docena de retratos pertenecerían a la casa…, y también, cuál sería el fantasma de Granville que la había mantenido levantada en las húmedas noches de verano.

—Sí, me parece que así es —dijo Parnell.

Por un instante, pareció abismarse en sus pensamientos; los ojos se le volvieron opacos y se quedó mirando más allá del hombro de Skye. Esa retirada la fascinó, y se preguntó adonde lo habría conducido su mente. De repente, recobró el dominio de sí mismo y se disculpó con una leve sonrisa.

—¿No le darán miedo los fantasmas? —preguntó.

—Nunca he visto ninguno —respondió Skye con inquietud.

Se preguntó si convendría que se le quebrara la voz o que tartamudease para subrayar su impropiedad. No era nada nuevo para ella ponerse en una situación comprometida cuando perseguía algo que deseaba…, o, en este caso, que no deseaba: en cierta ocasión se había pasado toda una cena con un trozo de espinaca bien metido entre los incisivos para desalentar a un pretendiente. En el caso presente abrió mucho los ojos y dejó que un estremecimiento hiciera tintinear la taza de té y el platillo; luego graduó la voz hasta darle un timbre más agudo y preguntó:

—¿Esta casa está embrujada?

—Eso dicen —contestó Walker, observándola con atención.

—El señor Caine exagera —dijo Parnell quitándole importancia—.

Hemos oído contar esa historia a una o dos personas del pueblo, pero los criados no les hacen caso.

Con un gesto, Skye abarcó la habitación y repuso:

—En cuanto a sus criados, no es que hagan mucho caso a nada, señor Parnell; de modo que no sé yo si son de fiar para respaldar su argumento.

De donde estaba Walker Caine llegó un sonido ahogado, pero Skye no supo si estaba tragándose la risa o la indignación; después de todo, tal vez sí fuera uno de los criados… Fuera como fuese, prosiguió:

—Hay ciertas fuerzas con las que prefiero no ponerme a prueba. Sé arreglármelas con la mugre… —Hizo una pausa y dirigió a Walker una significativa mirada—. Sé incluso manejar a los criados, pero no intentaré enfrentarme a lo que no es de este mundo.

Skye se calló un instante para dejar que sus palabras calaran. Y no le sorprendió que Walker rompiera el silencio, diciendo:

—Sanseacabó.

A ella casi le pareció oír cómo se frotaba las manos descartándola, pero esperó lo que tuviera que decir Jonathan Parnell.

—Es usted muy franca, ¿verdad, señorita Dennehy? —dijo éste, y se rozó el mentón con el dorso de los nudillos mientras la observaba—. Nadie más ha comentado el estado de la casa, aunque creo que hablar de «mugre» es exagerar un poco.

Skye echó otra rápida mirada al salón, y sin rodeos repuso:

—No desde mi punto de vista.

Entonces Parnell se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas. Cuando volvió a hablar, su voz tenía el timbre de un hombre que ha tomado una decisión.

—Es usted justo el soplo de aire fresco que necesita este mausoleo mal ventilado.

—¿Mausoleo? —preguntó ella en un tono que sonó a falso y provocó una leve sonrisa del anfitrión.

—Me he quedado corto con las palabras. Dígame, señorita Dennehy, ¿qué le haría falta para convencerse de aceptar este trabajo?

Skye no estaba segura de haber oído bien.

—¿Está usted ofreciéndomelo? —preguntó.

—Si usted lo desea.

—Pero el fantasma… —dijo ella.

Parnell se limitó a hacer un gesto en el aire con la mano.

—Walker se deshará de él. Usted hace ese tipo de cosas, ¿verdad, Walker?

—Eso le va a costar caro —dijo éste sin alterar la voz.

—Entonces de acuerdo; puedo permitírmelo. —Volvió a mirar a Skye —. Considere exorcizado al fantasma, señorita Dennehy. Así pues, ¿aceptará el trabajo?

Ella vaciló y empezó a pensar frenéticamente; seguro que Jay Mac tenía algo que ver con aquello. No había ningún motivo para que Parnell la contratara, salvo que su padre hubiera arreglado que lo hiciese, porque, desde luego, en la entrevista no se había lucido. Pero por lo visto

su padre estaba decidido a procurar que sólo faltara un trimestre a la facultad. Incluso era probable que él fuera el responsable del estado en que se encontraba el salón; había algo premeditado en aquel imponente desbarajuste: el desorden, el hollín, los suelos estropeados, las cortinas polvorientas… Debía de haber costado días conseguir el efecto deseado. Casi le parecía oírlo decirle a Parnell: «No se lo ponga fácil. Dele mucho quehacer, y cuanto menos importante, mejor… Así estará encantada de regresar a la facultad».

Entonces pensó en todas las mujeres que habían entrado antes que ella, ignorantes de que su destino estaba marcado a causa de los manejos de Jay Mac. No era justo que les hicieran albergar falsas esperanzas sólo para darle a ella una lección…

Pero bueno, no en balde Mary Schyler Dennehy era hija de su padre.

Walker Caine presintió que habría problemas en el instante en que la vio enderezar la espalda. De perfil tenía una postura casi regia, con la pequeña barbilla alzada y la forma de la mandíbula suavemente delineada. Vio latir un diminuto músculo en ella, lo que daba idea de su decisión, y, aunque tenía las manos primorosamente recogidas en el regazo, había tensión en sus nudillos, que parecían blancos. El ademán resuelto de sus hombros impulsaba sus senos hacia delante y mostraba la curvada redondez de los mismos. Entonces la recordó en el vestíbulo, inclinada sobre el banco, toda polisón y trasero…

La verdad es que sería mejor que se fuese a casa, pensó…, y, sin embargo, de algún modo, supo que eso no iba a suceder. Antes la había

parecido que a ella le daba igual conseguir el trabajo; ahora estaba convencido de que había cambiado de opinión.

—¿A cuántas personas piensa usted contratar? —la oyó preguntarle a Parnell.

—Bueno, a una sola. Tengo más criados.

De nuevo, Skye señaló la habitación con un gesto.

—Quizá comprenda que siento tener que disentir —soltó—. ¿Cuántos criados tiene?

—Cinco. Seis si se incluye al señor Caine.

Walker meneó la cabeza cuando Skye volvió su atención hacia él.

—A mí no me incluya —comentó—. No se me ha contratado para limpiar la plata.

—En la medida en que esté usted domesticado —dijo ella con dulzura—, puede quedarse. —Sin darle oportunidad de responder a su estrambótico comentario, volvió a mirar a Parnell—. Impondré disciplina a todos los demás, y los que no se dejen adiestrar se irán a la calle. No admitiré interferencias de usted.

—La señora Reading debe quedarse —explicó Parnell—. Es la cocinera y lleva años conmigo.

Skye aceptó su condición guardando silencio, al tiempo que seguía mirando a Parnell.

—Quiero contratar a una mujer inmediatamente. Es fundamental que cuente con el respeto y la lealtad de al menos una persona.

—¿Teme no poder ganárselo por sí misma? —preguntó Walker.

Parnell le lanzó una agria mirada, pero Skye hizo caso omiso del comentario.

—El sueldo que se menciona en su anuncio no es suficiente para mí, pero estará muy bien para la señora Staplehurst. Y estoy segura de que esta casa es lo bastante grande como para alojarla a ella y a su hijito. Sabían que tenía un hijo, ¿no?

Suspirando, Walker Caine dijo:

—Ahora lo sabemos…

Luego se preguntó cómo había perdido el control de todo aquello. Sabía que Parnell satisfaría las exigencias de la muchacha, aunque no entendía por qué.

—¿No pueden quedarse en Baileyboro, como casi todos los demás?

—Ella no va a dejar solo al niño, y le sería un sacrificio contratar a alguien que se quedase con él. No estorbará, y le buscaremos trabajillos. Recuerden, tengo experiencia con los niños.

«Dios mío —pensó— realmente me creo mis propias mentiras…»

Walker meneó la cabeza.

—No me gusta esto —dijo—. Señor Parnell, creo que deberíamos hablar.

Eso le convenía a Skye; necesitaba tiempo para pensar con calma y de forma racional. Al ver que Parnell se disponía a ponerle objeciones a Walker, tomó la palabra.

—Llevaré el té de vuelta a la cocina mientras ustedes debaten lo que tengan que debatir; no se preocupen, ya encontraré el camino.

Y entonces, como un ave que se lanza en picado sobre su presa, recogió la bandeja del té y huyó de la habitación.

Mientras la miraba marcharse, Walker volvió a menear la cabeza… Esa vez no fue tanto un gesto de negación como de pura incredulidad. Después se apartó del sillón de orejas, donde se había apoyado en actitud despreocupada, y alzó su taza de té.

—Se ha olvidado esto.

Parnell sonrió y señaló la suya:

—La mía también…

Con ademán ceremonioso, cada uno depositó su taza y su platillo donde había estado la bandeja.

—¿Ha dicho en serio lo de contratarla? —preguntó Walker, aunque creía saber la respuesta.

—El trabajo es suyo, si ella lo quiere.

—¿Con exigencias y todo?

—Con exigencias y todo —confirmó Parnell; sus fuertes y atractivas facciones se mantuvieron inmóviles y su mirada permaneció alerta mientras Walker Caine sopesaba la situación—. ¿Qué reparos tiene usted?

Walker no contestó en seguida; en lugar de eso, fue hasta la chimenea, cogió el atizador y, con gesto ausente, removió la parte inferior de uno de los troncos, radiante y roja. Inmediatamente, las llamas saltaron y se propagaron por todo el leño. A continuación, Walker colgó el atizador en su sitio correcto en el soporte de hierro y latón, y se

volvió hacia su jefe.

—Si ha escuchado algo de lo que he dicho desde que volvimos de la ciudad, ya sabe algunos de mis reparos. —Alzó una mano para cortar a Parnell y se dispuso a contar con los dedos—. Pero voy a enumerarlos otra vez. Primero, está corriendo riesgos innecesarios al invitar a desconocidos a que vivan en esta casa con usted; cuando se dio cuenta de que la señora Reading no estaba en condiciones de asumir la tarea de hacerse cargo de la casa y dirigir a los empleados, debió decirme lo que tenía pensado antes de poner ese anuncio. Después, no sabe nada de las mujeres que han estado entrando y saliendo de aquí hoy sin parar, y no sirve de nada hablar de sus referencias; yo no suelo jugar mucho, señor Parnell, pero hasta yo apostaría a que el contenido de casi todos esos papeles son mentiras, y que sólo sirven para quemarlos.

—¿Incluida la señorita Dennehy? —preguntó Parnell.

—En particular la señorita Dennehy. ¿Se ha fijado en sus manos? Son suaves y lisas, y lleva las uñas muy arregladas.

—Quizá se ponga guantes para trabajar… O tal vez delegue en otros.

—O tal vez nunca haya levantado un dedo más que para servir el té.

—Eso es una idea absurda —se limitó a decir Parnell—. ¿Por qué iba entonces a solicitar el puesto?

—Precisamente es lo que decía yo.

Parnell se detuvo a pensar en ello.

—¿Cree usted que es una asesina?

—Sigue usted creyendo que esto tiene gracia —replicó Walker; sus

pestañas color castaño oscuro le sombrearon los ojos cuando miró a su jefe. Luego se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la repisa de la chimenea—. El asunto es que no sé lo que es, y usted tampoco.

—Ahí es donde se equivoca. —Parnell no compartía ninguna de las preocupaciones de Walker y nada de su tensión—: Yo sé cuanto necesito saber sobre ella.

Walker Caine levantó una oscura ceja con tranquilidad y lo animó a proseguir:

—Basándose en…

—En cosas que no tengo por qué contarle —dijo—. Tendrá que confiar en mí. A la que quiero es a ella. No va a hacerme daño.

—Entonces, ¿por qué pasar por la farsa de las entrevistas? Usted tenía sus cartas: pudo escogerla a dedo en lugar de pedirle a la señora Reading que respondiera a todas las solicitudes.

Parnell se levantó.

—Tenía que verla. —Se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa; ahora su voz era serena y bastante pensativa—. Es algo que merece la pena, ¿no cree?

Eso hizo vacilar a Walker.

—¿Va a contratarla porque resulta un placer para la vista?

Jon Parnell se frotó la barbilla con el dorso de la mano y respondió:

—Yo no he dicho exactamente eso, ¿no? —Luego entornó los ojos y se las arregló para expresar su resolución con la mirada.

—A la que quiero es a la señorita Dennehy, y usted no tiene que

saber nada más. Estoy convencido de que trabajará bien para mí, y mis instintos todavía no me han defraudado. Lo he contratado a usted, ¿verdad?

Walker se contuvo para no afirmar que a él no lo conocía ni la mitad de bien de lo que conocía a la señorita Dennehy… Pero no tenía sentido arrojar sospechas sobre sí mismo.

—De acuerdo —dijo al fin—. Veo que su decisión está tomada.

Parnell asintió.

—Dejaré que usted que se ocupe de los detalles relativos a su contratación, pero concédale lo que desee.

—¿El sueldo?

—Sí.

—¿Contratar a la señorita Staplehurst?

—Eso también. Por mí, que lleve la batuta. Yo necesito volver a mis proyectos.

Walker sabía lo que Parnell quería decir: que tenía que volver a sus proyectos en aquel preciso instante. En cierta ocasión, lo vio abandonar la mesa durante una cena, a mitad de un plato, al ocurrírsele una idea; después de eso, permaneció en su taller casi veinticuatro horas, para luego caer en la cama tambaleándose de cansancio. Con ojos entornados, Walker siguió el avance de Parnell a través de la habitación y, después de que saliera, siguió mirando la puerta, esperando el regreso de Skye Dennehy.

Ella apareció minutos después, con el sombrero en la mano; Walker

fue consciente de que, por lo que se refería a un arma, a ella le bastaba con emplear su agujón. Al ver que se quedaba rondando en la entrada, le dijo:

—Pase.

Skye avanzó y cerró las puertas a su espalda. Luego, sin dejar de toquetear el ala del sombrero, preguntó:

—¿Ha cambiado de opinión el señor Parnell?

No sabía si se sentiría aliviada o decepcionada en el caso de que así fuera; era difícil actuar con sensatez cuando estaba tan decidida a desquitarse de su padre… Y, además, el alejarse de Jonathan Parnell y Walker Caine no la había ayudado demasiado en cuanto a ver más claro.

—No —dijo Walker observándola de nuevo—. ¿Y usted?

Ella alzó un poco la barbilla y dio a su respuesta cierto aire de desafío:

—No.

Walker asintió, y en voz baja dijo:

—Entiendo.

—Su mirada no se apartó de ella; estaba más nerviosa de lo que quería aparentar, estaba seguro de ello. La carnosa forma de su labio inferior se desdibujaba por el modo en que lo mordisqueaba, y sólo dejó de hacerlo al sentir los ojos de él fijos en ese gesto que la traicionaba. Entonces, Walker paseó la vista por su pequeño y ovalado rostro. Llevaba unos pendientes con un colgante de azabache, que le rozaron el cuello cuando se volvió de lado para evitar su examen. Tenía las cejas y

las pestañas varios tonos más oscuras que el cabello, color de fuego. En ese instante sus cejas se fruncían sobre un par de ojos que iban adquiriendo un frío matiz esmeralda, a medida que el silencio entre ellos se alargaba.

De repente, ella se revolvió contra él.

—¿Está tratando de hacerme sentir incómoda a propósito? —preguntó.

—Sí —contestó él; alzó una comisura de la boca, y un hoyuelo restó fuerza a su arrogante sonrisa—. ¿Lo estoy consiguiendo?

Skye apartó su atención del engreído gesto de su boca y, en su lugar, clavó los ojos en su nariz, ligeramente torcida debido a una rotura anterior. Confió en que le hubiera dolido una barbaridad. Entonces Walker señaló la mano que Skye tenía apretada al costado y luego su propia nariz.

—Si está pensando en recomponérmela, tendrá que ponerse a la cola.

Al sentirse pillada, Skye abrió los puños con un gesto brusco, aunque no se disculpó por lo que había estado pensando.

—Supongo que debe de ser una cola larga —comentó.

La sonrisa de él se acentuó.

—Está en lo cierto. —Le indicó que tomara asiento—. El señor Parnell ha ido a su taller y me ha dejado a mí para que ultime su contratación.

Skye se sentó en el sillón que había ocupado antes y en seguida notó el inconveniente de que Walker siguiera de pie.

—¿Por qué? —preguntó—. Es evidente que usted no quiere que yo

esté aquí.

Él no intentó negarlo.

—Es cierto.

Skye lo miró cuando se apartó de la pared y se acercó a ella. Caminaba con un elegante balanceo, y su aproximación, incluso sobre aquel viejo suelo de madera, fue casi silenciosa. Se detuvo a poco más de un metro de distancia, y ella no tuvo más alternativa educada que alzar la cara para mirarle a los ojos en lugar de a la entrepierna.

—No quiero que usted esté aquí —dijo él—. Y más vale que sea consciente de ello, porque no voy a desvivirme por facilitarle las cosas. También debe darse cuenta de que yo trabajo para el señor Parnell, lo mismo que usted, y cuando él dice que quiere tenerla a usted aquí… —se encogió de hombros—, yo ignoro lo que me indica mi opinión y hago lo que él dice.

—Lo tendré presente —replicó ella al cabo de un momento—. Debe de ser difícil ocupar un puesto en el que uno ha de ceder ante el parecer ajeno.

Las motas doradas de los ojos de Walker parecieron convertirse en astillas.

—Eso quiere decir que usted renunciaría antes que hacer semejante cosa.

—Eso es justo lo que quiere decir.

Walker se quedó callado un instante; después se sentó en la butaca de Parnell y eligió las palabras con cuidado.

—Entonces debe de tener muchas más perspectivas que la veintena de mujeres que la han precedido hoy aquí.

—Quizá sí —respondió ella en tono neutro.

Walker cogió su carta de presentación de la mesa que tenía al lado y le echó un vistazo.

—Sin embargo, su experiencia no es tan distinta a la de las demás; incluso, en algunos aspectos, usted tiene bastante menos.

—Estoy segura de que así es.

—Entonces, ¿por qué cree que el señor Parnell la ha contratado?

—¿Porque soy un soplo de aire fresco? —preguntó con una sonrisa forzada que puso de relieve sus hoyuelos y que se disipó tan rápido como había aparecido—. ¿Acaso importa eso? Él me quiere aquí.

—Eso creo yo exactamente. —Se detuvo un segundo—. ¿Y usted? ¿También usted lo quiere?

Schyler parpadeó; luego abrió la boca y la cerró. Su sorpresa divirtió a Walker, aunque seguía receloso.

—Me pregunto si es usted tan joven como parece —comentó—. O si es una actriz muy buena.

Ella pensó que no quería decir joven, sino inexperta.

—Veo que me entiende —dijo él.

Y lo entendía. Muy bien. Pero no iba a dar entidad a aquella conversación haciendo un comentario, de modo que sólo le quedaba la opción de cambiar de tema.

—¿Se ha llegado a una decisión sobre contratar a Annie Staplehurst?

—preguntó.

—El señor Parnell accede.

—Pero usted tiene reparos.

—A todo.

—Ella necesita vivir aquí —insistió Skye.

—Eso lo entiendo. —Se detuvo un instante, pensativo—. ¿Había visto usted a la señorita Staplehurst antes de hoy?

—No. La he conocido mientras esperaba a que me entrevistaran. —Arrugó levemente la nariz—. Bueno, en realidad, no me he presentado; sólo la he oído hablar con algunas de las demás.

Annie necesitaba aquel trabajo, y por eso Skye la había convertido en requisito para su propia colocación.

Walker se arrellanó en la butaca y estiró las piernas; la punta de su zapato dio un empujoncito a una de las torres de papeles, y un alud de documentos resbaló por el suelo. No hizo ademán alguno de recogerlos, y en lugar de eso se cruzó de brazos.

—Es usted muy peculiar, señorita Dennehy.

—¿Ah, sí? Qué interesante… Yo estaba pensando algo parecido acerca de usted.

—¿En serio?

Al ver que él no respondía ninguna de sus preguntas, ella decidió volver al asunto que traían entre manos.

—¿Está dispuesto el señor Parnell a concederme la autoridad que necesito para mantener esta casa en buen estado?

—Creo que sus palabras exactas han sido: «Que lleve la batuta».

—¿Y el sueldo?

—Podría haber pedido más.

Skye deseó haberlo hecho…, no para sí misma, sino para Annie.

—El señor Parnell debe de ser muy rico.

Walker alzó una comisura de la boca, pero esta vez su arrogante sonrisa no tenía ningún encanto.

—Corre el peligro de disgustarme, señorita Dennehy; estaba seguro de que eso ya lo sabía usted. Por lo que parece, sólo ha trabajado para gente rica.

—Bueno, los Marshall tenían dinero, pero eso no tiene nada que ver con que trabajara allí. Primero trabajé para los Turner, y ellos no eran ricos.

—A casi todo el mundo, un médico de la categoría de Turner le parecería bastante acomodado; después de todo, dirige el hospital Jennings Memorial. Es interesante que usted no comparta esa opinión.

Demasiado tarde, Skye se dio cuenta de que había sido imprudente al elegir las palabras; luego se preguntó si importaba. Si de verdad Jonathan Parnell estaba confabulado con Jay Mac, éste no tardaría mucho en contratar también los servicios de Walker Caine.

—¿De verdad le interesa lo que yo piense, señor Caine?

Él sonrió ampliamente.

—No —dijo—. Supongo que no.

—Entonces, muy bien. ¿Querrá llevarme al pueblo? He dejado las

maletas en la estación. Quisiera recogerlas y ver también si puedo dar con Annie antes de que se vaya.

—Hank la llevará. Él se encarga de los caballos y el coche.

—Muy bien.

—Haré que preparen habitaciones para usted y para la señorita Staplehurst.

Skye se levantó y miró con atención en torno a la sala.

—Por favor, no moleste a nadie. Si esto sirve de ejemplo de la calidad del trabajo que se realiza aquí, más valdrá que Annie y yo nos las arreglemos solas.

Walker siguió su mirada.

—¿Sabe? —replicó, dirigiéndose más a sí mismo que a ella—, sólo se ha puesto así de mal en los últimos días.

Al oírlo, Skye recordó haber pensado ya que aquel efecto había sido ideado en su honor; entonces afirmó:

—Caine, es algo que no me extraña en absoluto.

Mientras la miraba salir del salón delante de él, Walker se preguntó a qué se refería.

Annie Staplehurst le dio las gracias de forma tan efusiva que Schyler se sintió avergonzada. Durante el viaje de vuelta a la mansión Granville, las lágrimas acudieron a los ojos de Annie media docena de veces mientras hablaba de su buena suerte.

—Tal vez cambie de idea —le dijo por fin Skye—. He tenido ocasión de ver algunas de las habitaciones, y el salón del piso de abajo es una de las zonas más limpias.

Annie sacó un pañuelo de la manga del vestido y se secó los ojos y la nariz. Estaban bastante hinchados y enrojecidos, prueba de que había estado llorando ya antes de que tuviera buenas noticias por las que llorar. Skye calculó que Annie Staplehurst era unos cuantos años mayor que ella, aunque era difícil saberlo con seguridad, porque su expresión de preocupación y cansancio había dejado arrugas definitivas en las comisuras de sus ojos grises, y su boca tendía a inclinarse continuamente hacia abajo. Tenía el pelo castaño claro, sin reflejos que le dieran brillo ni lustre. Era de complexión grande, y su aspecto habría resultado fornido a no ser porque la piel se le tensaba sobre los anchos pómulos y las muñecas; el resultado era un efecto de fragilidad más que de fuerza.

Pero si hasta en momentos de felicidad la expresión de Annie era algo adusta, no podía decirse lo mismo de su hijo, Matthew. Éste era un chaval alegre, que no paró de ir de un lado a otro del banco de cuero del carruaje para no perderse nada de lo que se veía a ambos costados. Le faltaban unos meses para su cuarto cumpleaños, pero a Skye le dio la impresión de que era muy listo para su edad. No dudó en absoluto a la hora de trepar a su regazo, y después entabló una conversación relativamente unilateral sin que su madre tuviera que animarlo a ello. Cuando se mencionaba su nombre, bajaba un poco la cabeza y miraba como si lo hiciera por encima de unos lentes invisibles; a veces ladeaba la

cabeza y lanzaba a Skye una traviesa mirada de reojo que a ella le parecía de lo más encantadora.

—Es un diablillo —dijo Annie en tono de disculpa al ver esa mirada—. No es que sea malo…, en realidad no me da problemas…, pero ya ve que él cree que sí.

—Es un niño precioso. Tiene usted mucha suerte de tenerlo.

La cara de Annie se suavizó.

—Sí, ¿verdad? —Vaciló—. ¿Tiene usted niños?

Skye meneó la cabeza.

—No estoy casada. —Inmediatamente maldijo su lengua imprudente—. Perdone. No pretendía… No…

Annie le dio unas palmaditas en la mano y asintió con complicidad.

—Comprendo, señorita Dennehy. No se preocupe. Es usted demasiado amable como para haberlo dicho con mala intención.

—Con todo, ha sido un comentario desconsiderado —dijo—. Y además, estúpido. Yo soy bastarda: debería saber que la gente no necesariamente tiene que estar casada para tener hijos.

Vio que había dejado a Annie muda de asombro.

—No suelo declararlo de forma tan pública, pero es algo de lo que tampoco me avergüenzo. Mis padres se amaban. Y aún se aman.

Annie asintió con aire de entendida y dijo:

—Así es. Yo quería de verdad al padre de Matthew. —Suspiró—. Pero no tenía que ser.

Skye no pidió más detalles; si Annie deseaba continuar con las

confidencias, quería que lo hiciese con libertad.

Pasaron por un tramo de carretera lleno de baches que sacudió el coche e hizo que Matthew se cayera del banco; Skye lo recogió con cuidado, y él esbozó una amplia y descarada sonrisa.

—Te ha gustado, ¿verdad? —le preguntó. Él asintió con la cabeza y se retorció para escapar de ella; luego volvió a subirse con esfuerzo al banco, con la esperanza de que aquello ocurriera otra vez.

—Tendremos un poco de trabajo esta noche para instalarnos —le comentó Skye a Annie.

Ya se había puesto el sol, y empezó a levantarse un viento que cruzó la loma que recorrían. Sobre las esqueléticas ramas de los árboles desnudos se veía una fina capa de escarcha. Durante un momento, la luna se liberó del denso manto de las nubes que la envolvían, y su luz proyectó un brillo dorado en la capa de nieve del suelo.

—Que yo sepa, en la mansión sólo vivimos unos cuantos. El señor Parnell, claro, y luego hay una tal señora Reading, la cocinera, a quien aún no he visto. El señor Parnell parece decidido a mantenerla en la casa, de modo que confío en que sea todo lo que espero de una cocinera. Nuestro conductor es Hank Ryder, que tiene aposentos propios en la cochera. Debe de haber por lo menos otras tres personas que completan la servidumbre, pero ninguna de ellas asomó cuando he dado una vuelta por allí; sospecho que van a sus casas a pasar la noche. Más vale que sepa que a nadie le ha agradado mucho que usted y su hijo vivan en la casa. El señor Parnell lo ha aceptado, pero el señor Caine trató de hacerlo

cambiar de idea.

Annie asintió.

—Lo entiendo. No causaremos problemas ni nos haremos notar demasiado.

—Estoy segura de ello.

—¿Qué es exactamente lo que hace el otro?

—¿El señor Caine, quiere decir?

—Ese mismo.

—No estoy segura. Es bastante raro; enigmático, en realidad.

Annie se tapó la boca y soltó una risilla.

—¿Por qué se ríe?

Su pálido cutis se ruborizó.

—La verdad es que no debería decirlo, pero como me ha preguntado… A mí me ha parecido que era guapo.

—Tiene razón —dijo Skye sin alterarse—. Pero no creo que debamos hablar de eso.

Annie se sentó más derecha.

—Perdone —dijo, y sus ojos grises se velaron cuando miró a Skye con recelo. Fue el miedo que matizaba su expresión lo que hizo que ésta se diera cuenta del poder que ejercía. Todavía no habían llegado a la mansión y Annie ya estaba temiendo que quizá pudieran despedirla…

—Por favor, Annie, no se preocupe. Soy yo quien ha dicho que era raro. No debí decirlo.

A Skye le pareció que su acompañante se quedaba un poquito más

aliviada; tanto como para preguntar:

—¿Y el señor Parnell? ¿Sabe algo de él?

—Nada en absoluto. No se habló de eso en mi entrevista. ¿Y en la suya?

Ella meneó la cabeza.

—En el pueblo he oído que es una especie de inventor. ¿Cree que es verdad?

—Puede ser. Mientras yo estaba allí, se ha retirado a su taller.

—Nunca he trabajado para un inventor.

—Yo tampoco —dijo Skye—. Pero, si se para a pensar, no es más que una especie de mecánico con más suerte que la mayoría.

Probablemente, semejante descripción no valoraba en mucho los dones de Jonathan Parnell, pero Skye no estaba segura de querer pensar en él en términos amables…, al menos, hasta saber qué papel representaba en los planes de Jay Mac. Daba la impresión de que Walker Caine creía saber el motivo por el que Parnell la había contratado, y ese motivo, a Skye no se le habría ocurrido; de ser verdad, quizá absolviera a Jay Mac. Además, en cierto modo, resultaba incluso un poco halagador.

Meneó la cabeza y se preguntó cuál sería la verdad. Sería muy típico de Jay Mac suponer que Jonathan Parnell pudiese ser un yerno apropiado; era sensato y serio, unas cualidades que a su padre le gustaría verle adquirir. La veintena de años de diferencia que había entre ambos quizá lo preocupaba un poco, pero no la tendría en cuenta si creía que Parnell podía refrenar la naturaleza impulsiva de su hija.

Skye suspiró. Jonathan Parnell le resultaba interesante, incluso atractivo, pero no congeniarían… Y se preguntó si podría aguantar otra cena con un trozo de espinaca entre los dientes.



Capítulo 4

Cuando Skye posó al fin la cabeza en una almohada, estaba exhausta; tanto que no le sorprendió demasiado que le costara trabajo conciliar el sueño. Entonces se volvió boca arriba, miró al techo y, en lugar de ovejas, empezó a contar los acontecimientos de la jornada.

Entre sus logros no incluyó el haber obtenido un trabajo; en cambio, sí que pensó en que le había conseguido colocación a Annie, así como un lugar donde pudieran quedarse ella y su hijo; era una de las mejores cosas que había hecho jamás. También se las había arreglado para fregar la pequeña suite que le habían dado para su uso particular, poner sábanas limpias en la cama y encender un buen fuego en la chimenea. Mientras se arrebujaba sobre el grueso colchón de plumas, esas cosas le parecían éxitos extraordinarios.

Asimismo, había conocido a la señora Reading y afirmado su puesto en el orden doméstico insistiendo en que la cocinera preparase comida para Annie y su hijo, ya que era tarde cuando regresaron a la casa. El gruñido de su estómago le recordó que ella misma había calmado su hambre sólo con una taza de leche caliente y un poco de pan; el espolvoreado de canela y azúcar le había añadido sabor, pero no demasiada sustancia. Su madre lo llamaba «guiso de camposanto», y lo

servía cuando alguna de las «Mary» se sentía indispuesta.

Del camposanto, la mente de Skye se desvió muy fácilmente hacia el fantasma; esbozó una débil sonrisa al recordar cómo, durante la entrevista, había intentado fingir miedo al mencionarse el fantasma de Granville. Miró las sombras que el fuego proyectaba en el techo y se dio cuenta de que en ese momento habría fingido el miedo muchísimo mejor… Entonces se apresuró a volver la cabeza; la puerta del balcón se había estremecido con la fuerza del viento, y algo había arañado un cristal. Un poco nerviosa, se rió de sí misma. Se dijo que lo que había oído debía de ser la rama de un árbol, o un gato extraviado buscando una entrada.

Entonces se puso de costado de cara a la chimenea; encontró consuelo en el chasquido de las llamas y en las relucientes brasas. Los paneles de nogal retenían el reflejo mate del fuego, y, divagando, Skye imaginó cómo brillaría aquel reflejo cuando la madera estuviera encerada. Divertida por la idea, sonrió soñolienta mientras se acurrucaba entre la almohada y el edredón…

Y en algún momento, entre su ensayo de discurso al personal y tramar una venganza para su padre, Mary Schyler Dennehy se quedó dormida.

—Soy la señorita Dennehy —dijo al personal reunido en la cocina—; como saben, el señor Parnell me contrató ayer. Tal vez no sepan que me

ha dado completa autoridad, y que pretendo emplearla para procurar que esta casa funcione.

Skye se detuvo un momento a escudriñar cada uno de los rostros vueltos hacia ella. Sus ojos no se detuvieron mucho en Annie, porque sabía que en ella tenía una aliada. A su lado, asintiendo despacio, estaba sentado Hank Ryder, de cara estrecha y melancólica. Skye recordó que el día anterior se había mostrado servicial a la hora de recoger las maletas de las dos y cargar el coche. Necesitaba orientación, y además sospechó que era algo torpe, pero se movía con rapidez y eficacia. Hank tenía un cuerpo delgado y nervudo, que ya había demostrado su fuerza transportando el equipaje hasta su cuarto como si fuera de plumón; también era un trabajador dispuesto, de manera que no esperaba tener dificultades con él.

Las mellizas, Daisy y Rose Farrow, eran otra cosa. Eran jóvenes robustas, de mejillas rojas y sonrisa de querubín; sin embargo, en sus ojos había una expresión vigilante y maliciosa, y Skye se dijo que estaban reservándose su opinión hasta que les demostrara lo que valía. Tal vez estuvieran dispuestas a trabajar mucho si se las ganaba, pero si les fallaba, serían unas holgazanas. Sospechó que eso era lo que habían sido hasta entonces.

En cuanto a Jenny Adams, aparentaba unos cincuenta años; era la mayor de cuantos estaban en la habitación. En el regazo tenía un surtido de ropa para remendar, llevaba un dedal en un dedo y sus manos, distraídas pero eficientes, no dejaron de trabajar mientras le devolvía la

mirada. Tenía los labios finos y los ojos juntos; en ellos se veía una expresión abiertamente escéptica.

Cuando se volvió hacia la señora Reading, Skye sintió que toda la atención de la habitación se concentraba en ella.

Corina Reading era una mujer bajita, de constitución menuda, y tendría treinta y pocos años. Sus facciones, desde la arqueada boca a unos ojos negros como la endrina, sombreados por largas pestañas, eran casi perfectas. Lo menudo de su figura, la delicadeza de su cuerpo, le daban una apariencia de frágil feminidad. Llevaba el espeso cabello color de ébano peinado hacia atrás, retirado de la cara y recogido con una redecilla negra, y vestía un cómodo traje negro que se ceñía a sus estrechos hombros y a su cintura diminuta.

Hasta que la conoció, Skye no se le había ocurrido que una cocinera pudiese tener un aspecto distinto al de la señora Cavanaugh, la mujer de generosas dimensiones que llevaba más de veinticinco años trabajando para Moira y Jay Mac. La figura de reloj de arena de Corina Reading hizo que se preguntara si aquella mujer probaba algo de lo que preparaba…, o si lo que preparaba valía algo. Reconociendo en su interior que aquélla era una opinión mezquina, optó por aplazar su dictamen definitivo hasta probar el desayuno; la taza de leche caliente y el pan de la noche anterior no constituían una prueba de las habilidades de la señora Reading en la cocina.

Corina Reading se levantó y le dedicó una leve sonrisa a guisa de saludo. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Skye sin vacilar.

—Creo hablar en nombre de todos los presentes cuando digo que estoy encantada de que haya conseguido el puesto. Su predecesora era…, bueno, no sirve de nada hablar mal de ella. —Su arqueada boca se relajó, y la sonrisa que esbozaba desapareció al instante—. Mis obligaciones se circunscriben a todo lo que tiene que ver con esta cocina; no creo que me encuentre faltas en ese sentido.

Skye era muy consciente de que la señora Reading estaba delimitando su territorio y sus responsabilidades; en su lugar, ella habría hecho lo mismo, y la admiró por imponerse. Pero también percibió un desafío, y supo que no podía pasarlo por alto.

—Está muy bien, señora Reading —dijo con frialdad—. Desde luego, la respetaré diciéndole sin rodeos si su trabajo me desagrada.

Vio que los ojos de la cocinera se entornaban un poco.

—Y ahora —prosiguió—, ¿ha tomado el desayuno ya el personal? Al menos, sé que yo no he desayunado.

Rose Farrow tomó la palabra.

—Yo y Daisy…

—Daisy y yo —la interrumpió Skye—. Debe aprender a cuidar su forma de hablar, Rose.

—Pues nosotras hemos desayunado antes de salir para la mansión.

Skye le preguntó a Jenny:

—¿Usted hace lo mismo?

La mujer asintió con la cabeza.

—Hank, ¿y usted? Usted vive aquí.

—La señorita Reading…, perdón, señora… La señora Reading me deja que coja algo de la cocina.

Sonriendo, Skye miró a Corina.

—Qué amable por su parte, señora Reading. Sin embargo, en adelante creo que lo haremos de otra forma: el desayuno para el personal se servirá a las seis y media, y todos lo tomarán aquí. Creo que con eso, la jornada empezará mejor, y tenemos mucho trabajo por delante. Annie la ayudará con los preparativos, puesto que ella también va a vivir aquí.

Antes de que nadie pudiese protestar, preguntó:

—¿A qué hora le sirve el desayuno al señor Parnell?

Entonces Skye descubrió que, cuando se enfadaba, Corina Reading no se ruborizaba, sino que se ponía pálida como la pared. Su forma de hablar pareció adquirir una aspereza entrecortada que consiguió controlar con dificultad.

—El señor Parnell toma el desayuno cuando lo juzga apropiado.

—Pues es usted muy flexible; qué admirable. —La sonrisa de Skye se mantuvo—. ¿Y el señor Caine? No lo veo esta mañana. ¿Significa eso que se lo considera aparte del resto de nosotros?

Jenny Adams alzó la vista de sus zurcidos.

—El señor Caine llegará en seguida. Es madrugador.

Skye miró el reloj del bolsillo de su blusa.

—Ya han dado las ocho —dijo—. Difícilmente se lo puede calificar de madrugador.

En ese momento, Annie Staplehurst hizo una mueca, arrugando la

nariz y frunciendo los labios hasta juntarlos, al tiempo que meneaba la cabeza en una rápida y automática negación. Rose Farrow le dio un codazo en las costillas a su hermana, y Daisy se llevó la mano a la boca para esconder una silenciosa risa. Hank dejó ver una sonrisa mellada, y Jenny chasqueó la lengua bajito. Por su parte, a Corina Reading se la veía tan contenta que su cara parecía más ancha que larga. Skye no tuvo que volverse para saber quién estaba en la entrada, detrás de ella.

—¿No quiere pasar, señor Caine? —dijo imperturbable—. Acabo de enterarme de algunos de sus hábitos matinales.

—Eso he oído —respondió él con ironía.

Walker se apartó de la jamba de la puerta y entró en la cocina. Llevaba puestos unos pantalones negros y una inmaculada camisa blanca. Su chaleco era negro con finas rayas grises, y cuando sacó una silla y se sentó en ella a horcajadas, el chaleco se le subió un poco, dejando ver unos tirantes rojos. Apoyó los antebrazos en el travesaño superior del respaldo y miró alrededor por la cocina.

—He venido a por el desayuno. La señora Reading suele tenerlo preparado a esta hora.

—Ahora iba a ello —comentó Corina con amabilidad.

—En el futuro, señor Caine —dijo Skye—, el desayuno del personal se servirá a las seis y media. Esperamos que nos acompañe.

—Señorita Dennehy —contestó él con tono paciente—: aun a riesgo de hacer que tenga usted mejor concepto de mí, debo decirle que esta mañana a las seis y media estaba cabalgando hacia Baileyboro para

realizar unas gestiones para el señor Parnell.

Skye le lanzó a Daisy una severa mirada de reojo cuando la joven volvió a soltar una risilla.

—Entonces es probable que hubiera agradecido comer algo antes de salir —replicó.

Los ojos de Walker fueron rápidamente de la cocinera a la nueva ama de llaves. Después, alzó las manos con las palmas hacia arriba y, con un gesto, dio a entender que no iba a meterse en su polémica.

—La señora Reading se encargará de ello —prosiguió Skye en tono animado—. Rose y Daisy: quiero que esta mañana trabajen con Jenny en el salón de abajo. Podemos empezar por ahí, ¿no? Hank, usted las ayudará cuando se lo pidan para mover los muebles.

Skye llevaba un delantal blanco liso que cubría la parte delantera de su falda color gris; metió la mano en el gran bolsillo central, sacó un trozo de papel doblado en dos y se lo dio a Rose preguntándole:

—Sabe leer, ¿no, Rose?

Cuando la chica asintió, prosiguió:

—Bien. He hecho una lista de las cosas que hay que hacer en esa habitación; de vez en cuando pasaré por allí.

Walker decidió que debía de ser verdad que había gente nacida para mandar. Se las arregló para que no se le notase el regocijo de ver a Skye dirigiendo a la tropa, y observó que hasta las gemelas parecían rápidas a las órdenes de la señorita Dennehy; salieron de la habitación casi a buen paso, con Hank pegado a sus talones. Por su parte, Jenny recogió su

labor y los siguió a paso más lento, aunque también decidido.

—Annie, traiga a Matthew aquí a la cocina; buscaremos algo para mantenerlo ocupado. No debe de gustarle mucho estar encerrado en su habitación.

Cuando Annie salió de la cocina, Skye se dirigió a la señora Reading.

—¿Tiene un menú preparado para la semana?

—Sí.

—Pues me gustaría verlo luego. Tal vez esta tarde pueda darme información también respecto a su presupuesto; después revisaremos el estado de la alacena. Ayer me di cuenta de que la carretera que viene de la ciudad está en unas condiciones bastante malas, y supongo que a veces resulta imposible pasar por ella. Quiero asegurarme de que estamos preparados para esa contingencia.

Dicho esto, bajó la vista hacia Walker con un gesto que, de hecho, dejaba al margen a la señora Reading.

—Necesito recorrer la casa, realizar un inventario y familiarizarme con las llaves y los armarios. Entiendo que acompañarme no forma parte de sus obligaciones habituales, pero me pregunto…

Walker estaba ya poniéndose en pie, desplegando el cuerpo con poco esfuerzo y mucha elegancia.

—Por supuesto que actuaré de guía. —Dedicó una breve mirada a la señora Reading; la cocinera tenía la mandíbula rígida—. ¿Bastará con treinta minutos, Corina?

—Bastará —contestó ella, lacónica; a continuación, con su pequeña

espalda tan tiesa como una vara de hierro, se dio la vuelta y se fue al fregadero a cebar la bomba del agua.

Walker acompañó a Skye a la puerta de la cocina.

—Haremos lo que podamos en treinta minutos, y terminaremos después del desayuno.

—Por mí, muy bien —dijo ella—. Yo también tengo hambre, y el niño de Annie no ha tomado nada desde anoche.

Walker condujo a Skye por el pasillo; la primera parada fue en el comedor. Tiró de las puertas correderas, que precisaban algo de fuerza para abrirse, y, al primer chirrido, ella empezó a garabatear algo en el cuadernito de tapas de cuero que llevaba. Walker se quedó en la entrada mientras Skye recorría la habitación mirando detenidamente el estado de la estancia, así como su estructura y disposición. Entonces se apoyó en la puerta y cruzó los brazos con gesto despreocupado.

—Me ha dejado impresionado —comentó.

—¿Ah, sí? —preguntó ella mientras seguía examinando el aparador oscuro. Estaba agrietado en los sitios donde se había dejado que la madera se secara. Recordó que la señora Cavanaugh mandaba a las criadas que bañaran, o poco menos, el mobiliario con aceite de limón; aquel aparador necesitaba el mismo cuidado.

—Desde luego, no es lo que me proponía.

Él esbozó una amplia sonrisa.

—No tengo duda alguna; sin embargo, ha tenido usted una buena actuación. Aunque se encuentra en una situación difícil.

Skye se encogió de hombros para disimular su sorpresa; no esperaba que el señor Caine fuera sensible a sus problemas con los empleados.

—Parece que tiene bien pensado lo que quiere hacer aquí —comentó él.

—Esta casa debió de ser preciosa en tiempos, señor Caine, y creo apreciar lo que podría volver a ser. —Skye cerró su cuaderno y alzó la mirada—. Volveré luego a esta estancia. ¿Quiere enseñarme algo más?

—Claro.

El solar de la mansión Granville como tal, ya existía en la época anterior a la revolución; por entonces, la casa constaba de dos habitaciones y una cocina independiente. Justo antes la guerra el edificio se quemó, y entonces se reconstruyó en grandioso estilo colonial. Desde el punto de vista de la Quinta Avenida, la casa original todavía era muy pequeña, pero los dueños posteriores, los descendientes de los Granville hasta hacía muy poco, fueron realizando añadidos, bien para alojar a sus familias en expansión o con el fin de adaptarla a sus gustos particulares. A Skye le dio la impresión de que el comedor, la biblioteca y la sala formaban parte del edificio más antiguo. La longitud del pasillo que unía la cocina con el resto de la casa le hizo sospechar que era probable que fuera un edificio aparte hasta una época relativamente reciente; además, no había un modo fácil de llevar la comida desde la cocina hasta la zona de comedor, cosa que seguro que habría existido si ambas habitaciones hubieran estado unidas desde el principio.

Otros añadidos recientes eran la sala de desayunos y el segundo

salón. La sala de desayunos tenía ventanas voladizas que daban al este y dejaban entrar el sol de la mañana. En cuanto al segundo salón, era una habitación enorme, que parecía haberse utilizado para grandes reuniones; quizá en la época navideña, cuando los Granville se reencontraban o recibían a todo el pueblo. El estado de la habitación, las corrientes de aire que se filtraban por debajo de los marcos de las ventanas, mal encajados y combados, y el techo con goteras daban fe de que llevaba muchos años sin ser escenario de ningún entretenimiento.

Al echar un vistazo en torno a la habitación, imaginando cómo debía de haber sido, llena de mujeres vestidas con trajes alegres que daban vueltas por ella y de flores de invernadero que decoraban sus esquinas, Skye no pudo contener un suspiro un poco melancólico.

—Debía de ser algo digno de verse —comentó Walker, siguiendo su mirada.

Skye se había olvidado de que no estaba sola.

—¿Se usa alguna vez? —preguntó.

—Desde que estoy yo aquí, no, pero tampoco creo que Parnell lo usara antes.

—Entonces usted no llegó con él.

—No. Me contrató hace sólo unos meses; él ya llevaba algún tiempo viviendo aquí.

Skye deseó saber qué hacía para el señor Parnell; su trabajo parecía estar envuelto en el misterio.

—¿La señora Reading estaba con él entonces?

—Eso es. Las mellizas llegaron después que yo, pero Hank y Jenny fueron contratados poco antes.

Walker miró su reloj de bolsillo; luego lo cerró con un chasquido y lo devolvió a su sitio diciendo con deje perezoso:

—Y hablando de la señora Reading…

—Es hora de volver —terminó Skye por él—. Señor Caine, después del desayuno me vendría bien su ayuda. Si quisiera…

—No hay problema. Parnell sigue en su taller; iré a ver si necesita algo antes de ir a la cocina. —Se calló un instante cuando ella pasó muy cerca de él para salir al corredor—. Aunque esa perspectiva me haría más feliz si usted me llamara Walker.

Ella titubeó.

—No sé si eso es…

—Y yo la llamaré Mary.

Skye meneó la cabeza.

—Más vale que no, al menos si espera que conteste: nadie me llama Mary. Siempre he sido Skye… O Mary Schyler, si estaba en apuros.

—De acuerdo… Skye.

Durante el desayuno, Skye trató de entender cómo la habían manipulado con tanta facilidad; y pensarlo no le sentó ni mucho menos tan bien como las galletas tibias y los huevos pasados por agua.

—Hace usted las mejores galletas, Corina… —dijo Walker, partiendo por la mitad su segunda galleta—. Y prepara el segundo mejor café.

Se inclinó hacia donde el joven Matt estaba sentado, e hizo alarde de

compartir un secreto.

—Porque *yo* soy quien prepara el mejor café —susurró, lo bastante fuerte como para que todos los de la mesa lo oyesen—: negro como el petróleo y espeso como el lodo del Mississippi.

Matthew soltó una risilla y golpeó con las manos en la mesa con gesto de aprobación mientras lanzaba una de sus adorables miradas de reojo a su madre; ésta le advirtió que callara poniéndose un dedo en los labios.

—Está bien —dijo Walker—. No lo reprenda por mí.

—Todos sabemos que tiene usted poca educación, Walker —intervino la señora Reading en tono desprovisto de humor—. Pero tal vez la madre del chico quiera algo mejor para su hijo.

—Bueno, Corina —replicó él, tratando de engatusarla con una sonrisa traviesa—, está siendo demasiado rigurosa conmigo… Y eso que he alabado sus galletas.

A pesar de la sonrisa, Skye notó que el halago no funcionaba con Corina; estaba enfadada con Walker por algún motivo que no podía descifrar. Y observó también que Walker se limitaba a no hacer caso de su irritación. Eso le hizo preguntarse qué tipo de relación existiría entre los dos. Por su parte, ella puso buen empeño en felicitar a la señora Reading por la comida, pero su comentario no la aplacó en absoluto.

Walker se dispuso a levantarse y se dirigió a Skye.

—En seguida vuelvo —dijo; su silla chirrió con fuerza contra el suelo al separarla de la mesa, lo que hizo que casi todos se encogieran—.

Perdón. Tengo que ir a ver si el señor Parnell necesita algo.

Skye se preguntó por qué era preciso hacerlo y por qué la tarea recaía en Walker Caine.

—No se preocupe —contestó entonces la señora Reading—. Voy a llevarle el desayuno. Probablemente lo encuentre dormido en su mesa de trabajo.

—Gracias —dijo él, y luego miró a Skye—. ¿Tiene que dirigirse a la tropa de nuevo, comandante, o pueden ocuparse de su trabajo con las órdenes de esta mañana?

Ella se ruborizó, pero se limitó a decir:

—Estoy lista para ver el resto de la casa. —Después se quedó callada hasta que estaban subiendo la escalera principal que conducía al primer piso. Eso ha sido impropio —soltó.

—¿Qué?

—Sabe muy bien qué. No voy a consentir que usted me desautorice delante de los demás. No me importa que no me lo ponga fácil aquí, pero ni en broma dejaré que me estorbe.

Walker enarcó de golpe las cejas rubias y se detuvo mientras ella subía otro escalón. Al darse la vuelta, Skye quedó al nivel de sus ojos, y con un brillo de fuego en los suyos, color verde, miró los de él, castaños con motas doradas. Entonces Walker le dio un golpecito en la punta de la nariz diciendo:

—Usted, Mary Schyler, es una auténtica bruja.

Luego bajó la mano y terminó de subir los escalones a paso ligero, sin

detenerse hasta llegar a la parte superior.

—¿Viene usted? —preguntó.

Por un momento, la generosa boca de Skye se contrajo en una línea.

—Sabía que estaba siendo demasiado amable esta mañana —musitó.

—¿Qué ha dicho?

Ella se limitó a menear la cabeza y no se dignó repetir sus palabras; además, le daba toda la impresión de que él la había oído la primera vez.

El recorrido de los dos pisos superiores de la mansión fue relativamente rápido. Skye se contuvo para no hacer demasiadas preguntas y se conformó con un somero examen de cada uno de los dormitorios, los armarios de la ropa blanca, el salón del piso de arriba y los aposentos de los criados en el segundo piso, donde se había acomodado a Annie y a su hijo. Dos escaleras daban acceso a las plantas superiores; la grandiosa escalera de la parte delantera de la casa se estrechaba de forma notable al curvarse para llegar al segundo piso. En cuanto a los escalones de la parte de atrás, ya de entrada eran estrechos, pues se habían construido para uso de los criados. En su recorrido, Skye descubrió cosas de la casa que no comentó con Walker Caine; cosas que pensó que investigaría cuando dispusiera del lujo de estar a solas.

La señora Reading tenía unas habitaciones en el ala norte, y Walker Caine ocupaba un solo dormitorio en el mismo pasillo. La noche anterior no se había dado cuenta, pero a Skye le habían adjudicado unos aposentos que lindaban con los de su patrón. En los cuartos que no estaban en uso se había dejado que reinara el polvo, y, en algunos casos,

el moho había podrido las alfombras y los cortinajes. Las sábanas de muselina que tapaban los muebles no servían casi de nada, pues se habían movido con el tiempo y ya sólo cubrían parcialmente las mesitas de tocador y los roperos. A las habitaciones ocupadas les había ido mejor. Los aposentos de la señora Reading estaban bien amueblados y limpios; en comparación, el cuarto de Walker era espartano, pero se veía pulcro y en orden. En cambio, entrar en la habitación de Jonathan Parnell significaba pasar por encima de ropa tirada, restos de bandejas de comida, un charco de agua del lavamanos y un pequeño montículo formado por una colcha de patchwork que una patada había hecho caer de la cama. Skye se limitó a menear la cabeza y emprender una presurosa retirada.

Annie Staplehurst había empezado a arreglar los aposentos de los criados, y Skye se alegró porque, a fin de cuentas, ella y su hijo iban a estar más cómodos en el segundo piso que en el primero.

Cuando bajaban, al pasar por delante de la habitación de Skye, Walker dijo:

—Sabe que aquí fue donde se voló los sesos, ¿verdad?

Esa imagen fue suficiente para que a ella se le revolviera el estómago, y que el suceso hubiera ocurrido en su habitación la trastornó.

—¿De qué habla? —preguntó con voz débil; aunque, desde luego, lo sabía… probablemente, mejor que él.

—De Hamilton Granville, el fantasma de la mansión. El señor Parnell le ha dado a usted sus aposentos.

Skye sólo pudo mirar fijamente a Walker, y él usó el dedo índice para cerrarle la boca.

—Así está mejor. Quedarse mirando boquiabierta no resulta especialmente atractivo… Ni siquiera en usted.

Ella seguía demasiado aturdida como para darse cuenta de que en sus palabras había un ambiguo cumplido.

—¿Me ha dado el señor Parnell esa habitación a propósito? —preguntó.

—Me dijo que la pusiera cerca de él. Se la he dado yo. —Sacudió el pulgar señalando las puertas que quedaban al otro lado del corredor.

—Supongo que podría haberle dado una de ésas…

Pero no brindó ninguna disculpa. Skye se las arregló para dominarse y preguntar, sin alterar el tono de voz:

—¿He hecho algo para producirle aversión, señor Caine?

Él fingió no tomarse la pregunta en serio, luego meneó la cabeza.

—No se me ocurre nada, Skye. —Su cordial sonrisa se desvaneció al mirar con atención la cara de ella levantada hacia él; entonces sus facciones adoptaron una expresión calmada—. En realidad, es todo lo contrario: tengo razones muy egoístas para desear que se vaya; éste no es lugar para usted.

Luego le mantuvo la atónita mirada largo rato, para, a continuación, bajar un poco la cabeza y acercarse al rostro de ella, vuelto hacia arriba… Pero de pronto, bruscamente, retrocedió y se dispuso a marcharse.

Skye tardó un instante en recobrar la voz.

—Espere un segundo —le pidió; a ella misma su voz le sonó tensa, y fue consciente de que el corazón le latía muy de prisa—. ¿Dónde puedo conseguir las llaves de los armarios que estaban cerrados?

A él no lo sorprendió que ella hiciera caso omiso de su advertencia.

—Supongo que para eso de los armarios tendrá que hablar con Parnell; no sé de nadie que los haya abierto.

Un mechón de pelo rojo había caído sobre la frente a Skye que, harta, sopló hacia arriba para echárselo a un lado.

—Pero ¿dónde puedo encontrar al señor Parnell? No me ha enseñado su taller.

—Está en el sótano —explicó él—. Pero usted no puede entrar allí.

—¿En el sótano o en el taller?

—En ninguno de los dos sitios. Todos, salvo el señor Parnell, la señora Reading y yo, tienen prohibido el acceso a esa parte de la casa. La forma más rápida de verse en la calle es aventurarse allí abajo.

—Entonces me sorprende que me lo haya dicho.

—Y a mí también —comentó él en voz baja—. Y a mí también.

Skye no vio a Jonathan Parnell hasta la cena, cuando la invitó a compartir su mesa. Pensó poner objeciones, pues sabía que en su condición de ama de llaves no le correspondía sentarse a la mesa con él, pero al parecer la mansión Granville funcionaba mejor con cierta falta de convencionalismos.

Aquella tarde, Skye había ido de una tarea a otra con una meta en la cabeza. Era lo bastante honesta como para admitir que, en el fondo, su motivación no tenía tanto que ver con el trabajo que tenía por delante como con evitar lo que iba acumulándose detrás; pues con la lista de faenas en la mano eludió discretamente todo contacto con Walker Caine.

De vez en cuando, ayudó un poco en el salón, donde el trabajo avanzaba a un ritmo más lento de lo que le habría gustado, aunque sí observó que no se dejaba desatendido ningún rincón. Jenny Adams y las mellizas eran minuciosas, aunque no fueran rápidas.

Después del almuerzo, Skye se sentó con la señora Reading a revisar los menús. Vio que la cocinera dedicaba tiempo y esfuerzo a planificar las cenas del señor Parnell; los platos eran variados en sabor, textura y temperatura, y tenían distintos color y presentación. Encontró interesante que la señora Reading se esforzara por ofrecer una cena formal, ya que el horario imprevisible del señor Parnell casi imposibilitaba que nadie supiera si estaría libre. Eso hizo que Skye se planteara para quién preparaba aquella cena en realidad… Y que se planteara también que Walker Caine no parecía compartir la intensidad laboral de su patrón. Aunque felicitó a la cocinera por su trabajo, vio que a ésta le importaba un comino que diera su aprobación o no; ella pretendía seguir como hasta entonces. Skye realizó varias sugerencias en cuanto a la compra de víveres para abastecer mejor la alacena, pero sin el menor deseo de discutir sobre su ejecución. Se dio cuenta de que, al tratar con Corina, tendría que escoger sus batallas con cuidado. Al

menos, se quedó convencida de haber representado bien el papel de que ella era alguien a quien Skye tenía en cuenta.

Después de la reunión con la señora Reading se tomó tiempo para establecer un orden de prioridades en las tareas generales de la casa. Luego continuó completando el inventario de lo que había que hacer en el comedor y empezando otro de la biblioteca. Estaba sentada ante la sólida mesa de caoba del inventor cuando el propio Jonathan Parnell llegó para acompañarla al comedor para la cena. No hizo notar su presencia, sino que se deslizó en la habitación silenciosamente, de modo que, cuando Skye alzó la vista de su trabajo, se preguntó cuánto tiempo llevaría mirándola. Aquello le resultó un poco inquietante. Aunque él la saludó con una sonrisa, Skye experimentó la rarísima sensación de que estaba molesto por algo; no tenía forma de saber si ella era la fuente de su disgusto ni de qué habría hecho para provocarlo, pero no le cupo duda de que lo vislumbró en sus pupilas.

Cuando se levantó del sillón y rodeó la mesa, un velo cayó rápidamente sobre la expresión de los ojos de Parnell.

Skye preguntó:

—No será ya la hora de la cena, ¿verdad?

Era consciente de que se le habían aflojado las horquillas, y de que algunos cabellos se le rizaban de forma poco favorecedora en torno a las sienes y a las orejas. Con un gesto impaciente, se los echó hacia atrás y remetió los que pudo bajo el pelo que seguía bien sujeto.

—No he tenido ni un momento para cambiarme. No estoy…

Él interrumpió sus disculpas señalando su propio atuendo. Llevaba puestos un par de holgados pantalones negros y una camisa blanca, bastante arrugada. Tenía las mangas de la camisa subidas hasta los codos, y un tiznón de grasa asomaba por debajo de uno de los pliegues. El cuello de la camisa estaba desabrochado, y no llevaba ni chaleco ni chaqueta.

—Si se cambia, me sentiré obligado a hacer lo mismo… —Su sonrisa tenía el mismo asomo de pícaro encanto que ella había visto el día anterior—. Y preferiría no hacerlo.

Al mirar aquella sonrisa, Skye se sintió incómoda; en tono suave, ocultando su vaga sensación de inquietud, dijo:

—Por supuesto. Debe usted sentirse cómodo en su propia casa.

—Me alegro de que piense así.

Skye se esforzó por resistir aquel don que tenía Parrell: la facilidad de hacerla sentirse como si fuera ella quien realizara una concesión cortés; si no iba con ojo, empezaría a considerarse una invitada y no una empleada… Tal vez todo ello formara parte del ambicioso plan de su padre, pero no era lo que ella quería para sí. Cuando él le ofreció el brazo, Skye meneó la cabeza rápidamente y se abstuvo de tomarlo.

—Es usted muy amable, señor Parnell, pero crea que ya dudo de si he de acompañarlo siquiera… La verdad, no creo que sea necesario que me dé el brazo hasta el comedor.

—Entiendo —contestó él en voz baja; escudriñando la decisión de sus facciones y alzando un poco las cejas—. Muy bien. Pero por aquí hay

falta de conversación, y espero que eso no vaya a negármelo. Por lo general, Walker es muy taciturno durante la cena.

Skye se dio cuenta de que se ponía rígida al oír el nombre de Walker, y trató de ocultar su reacción fingiendo tener problemas con las cintas del delantal; por desgracia, su maniobra de distracción hizo que su patrón deseara ayudarla.

—¿Problemas?

Skye levantó la cabeza de golpe. La voz que había sonado llena de irónico regocijo no pertenecía a Jonathan Parnell, sino a Walker Caine; en efecto, éste se había detenido en el pasillo, camino del comedor. Su leve sonrisa dejaba entrever lo que pensaba sobre el cuadro que tenía delante.

—Parece que se le ha hecho un nudo en las cintas —dijo Parnell, afable—. Maldito sea si puedo soltarlas.

Walker observó que la incomodidad de Skye aumentaba ante la simple posibilidad de que él se ofreciera a echar una mano. Se quedó un instante pensando y luego dijo:

—Por lo visto, yo llevaba razón. Es posible que su cara rivalice con el color de su pelo.

Si eso era posible, el color del cutis de Skye se encendió aún más. En ese instante, Parnell dejó de trastear con las cintas del delantal y miró con mucha atención el ruborizado perfil; su profunda risa se unió a la de Walker.

—Tiene razón, ¿sabe? El color rojo de una rosa.

—Qué amables son ustedes dos al señalarlo… —espetó ella;

entonces, se apartó de Parnell, le dio la vuelta al delantal y despachó en seguida el enredo de las cintas.

En el comedor se sentó a la derecha de Parnell, mientras Walker ocupaba su puesto acostumbrado, a la izquierda. Los platos los sirvieron Rose y Daisy, que, quizá a causa de la presencia de Skye, tendieron a estar un poco torpes. La cena empezó con un ligero consomé frío, seguido de crema de coliflor; continuó con pescado, y, tras él, finas tajadas de rosbif poco hecho en salsa de vino tinto. Las croquetas de patata se acompañaron de cuñas de tomates al horno y adornadas con queso espolvoreado, y después llegaron espárragos fríos y crepés rellenas. Durante la comida se sirvieron diversos vinos para estimular o limpiar el paladar. Sorbete, ensalada y un surtido de quesos completaron el menú.

Skye calculó cuánto podía costar aquella cena. No le había preguntado a la señora Reading por el presupuesto, pues al final decidió que era con el señor Parnell con quien tenía que hablar; sin embargo, a partir de su propia experiencia de los veranos de su niñez cerca de Baileyboro, sabía que menús tan variados como los que la cocinera le había enseñado implicaban traer gran cantidad de alimentos de la ciudad. Jay Mac podía permitírselo de sobra, pero cuando veraneaba en el valle del río Hudson, su familia optaba por vivir de un modo mucho más sencillo. Pero, por lo visto, Jonathan Parnell quería gozar de las comodidades de la ciudad en todas partes. Skye empezó a comprender por qué era tan exigente en lo de mantener a la señora Reading como

empleada.

—Me gustaría muchísimo ver su bodega —comentó ella, dando un sorbo a su copa de madeira.

Durante la cena, la conversación la habían llevado principalmente ella y Parnell. A Walker no se le había excluido a propósito, pero él no hizo el menor esfuerzo por añadir nada a la charla; por eso su interrupción fue inesperada:

—Ya le he explicado que el acceso al sótano está prohibido —le dijo a Parnell.

Aunque se había dirigido a su jefe, su fría mirada de advertencia era para Skye. En tono distraído, Parnell repuso:

—¿Ah, sí? Vaya, cómo me cuida usted, ¿eh? —Dio vueltas al pie de su copa de vino entre los dedos y se arrellanó en el asiento—. El señor Caine tiene toda la razón, señorita Dennehy. Por lo general, no me gusta que nadie esté en el sótano.

Las finas cejas de Skye se acercaron.

—No estoy segura de entender. Creía que hacer un inventario de sus vinos era una petición razonable; la señora Reading no tiene una lista de sus existencias.

Parnell se dio unos toquecitos en la sien con el índice.

—La señora Reading la tiene aquí. —Luego apoyó la mano en la mesa; sus dedos eran largos y delgados, de uñas cortas y con buena forma—. Sin embargo, veo que usted valora los buenos vinos, y sólo por ese motivo tal vez esté dispuesto a hacer una excepción.

Skye tardó unos momentos en entender la trascendencia de sus palabras; estaba mirando fijamente la mano de Parnell aunque no sabía qué era lo que la fascinaba de ella.

—¿Haría usted una excepción? —preguntó.

—No.

Quien contestó fue Walker, no Parnell; en su tono quedaba claro que no esperaba ser contradicho. Skye hizo caso omiso de él y miró con expectación a Jonathan Parnell, dando a entender a las claras que pensaba que era éste quien tenía la última palabra.

Parnell suspiró y dijo:

—El señor Caine tiene razón. —Se notaba cierto esfuerzo en su voz, como si le costara trabajo tener que hacer aquel comentario—: No es buena idea. Cuantas menos personas accedan al sótano, mejor.

Por el rabillo del ojo, Skye vio que Walker relajaba la mano con que agarraba el brazo de su silla; flojos ya, sus dedos tamborilearon ligeramente en el mismo.

—Por supuesto —asintió ella—. Será como usted desee.

A Parnell le gustó mucho aquella forma de expresarlo, y sus ojos se animaron con una luz de admiración; entonces preguntó:

—Dígame, señorita Dennehy, ¿ha trabajado usted para alguien más, además de los Turner o los Marshall?

La pregunta fue inesperada y la pilló desprevenida. Había estado todo el día debatiéndose con el tema de la confabulación entre Parnell y su padre; tan pronto estaba segura de que ésta existía como tenía serias

dudas… ¿Sabría aquel hombre quién era ella en realidad? Por eso le pareció que lo mejor era responder con una amable evasiva.

—¿Por qué lo pregunta?

En ese momento, Walker intervino diciendo:

—La señora Givens no distinguía el Moét et Chandon de un Montrachet.

—¿La señora Givens? —preguntó ella, esquivando de nuevo su respuesta.

—Nuestra anterior ama de llaves.

—Ah, no creo haber oído antes su nombre. —Volvió a dirigir la vista a Parnell, quien había hecho la pregunta; fue una forma sutil de poner a Walker Caine en su sitio—. Aunque eso no me sorprende de la señora Givens; al parecer no sabía mucho sobre cómo llevar una casa. Ayer tuve la impresión de que a los empleados les faltaba disciplina, quizá incluso destreza, pero hoy he descubierto que no hay que achacarles toda la responsabilidad del estado en que se encuentra esta casa.

—Yo también voy dándome cuenta. Pero ella me dio a entender algo muy distinto —dijo Parnell; se detuvo un instante y le brindó una sonrisa amplia y humilde—. Por otra parte, yo tampoco me detenía siquiera a fijarme en si algo estaba hecho un desastre.

Skye aprovechó la oportunidad para desviar con arte la conversación del asunto de su experiencia, y preguntó:

—¿Qué es lo que hace usted exactamente? Se oyen rumores, pero no sé qué creer.

—Hago unas cuantas chapuzas de mecánica —respondió él, encogiéndose de hombros.

—El señor Parnell es muy modesto —intervino Walker de nuevo—. Es dueño de veintisiete patentes y tiene cuatro en trámite.

—Cinco —corrigió Parnell—; lo que ha llevado al correo esta mañana era el papeleo de la quinta.

—Entonces ¡es verdad que es usted inventor!

Parnell dio un respingo ante la entusiasta sorpresa de ella. Un poco desconcertado, dijo:

—Bueno, sí… Alguien tiene que hacerlo, supongo.

En la sonrisa con hoyuelos de Skye había un gesto de disculpa.

—Perdone, imagino que mí asombro no parece muy halagador. Es sólo que con los rumores nunca se sabe, y como no se habló de ello en la entrevista… —Su voz se apagó al llevarse la copa de vino a los labios—. Entiendo por qué no quiere que nadie vaya al sótano. ¿Tiene un trabajo en marcha?

Walker entornó los ojos; en su mirada reflexiva se leía otra advertencia.

—Hace usted muchísimas preguntas, señorita Dennehy.

Ella se ruborizó y empezó a tartamudear una disculpa hacia su patrón; éste dijo:

—No se preocupe. No me importa en absoluto.

—Señor Parnell —empezó Walker en tono de aviso—, no creo…

Parnell volvió la cabeza hacia él; sus ojos azules eran tan severos y

fríos como su tono de voz.

—Lo que iba a decir era que, por mucho que me agrade hablar de mi trabajo, en este caso, es decir, en esta etapa del desarrollo de mi invento, sencillamente no sería prudente. —Miró de nuevo a Skye—. Eso no es nada personal hacia usted, sólo una norma que tengo respecto a mi tarea.

—Es muy comprensible —dijo Skye—. Tengo entendido que obtener una patente es un esfuerzo de lo más competitivo.

Parnell asintió.

—En la década de 1870 se concedieron trece mil patentes. Tengo entendido que la cifra ha aumentado hasta veintiuna mil.

—Dios mío —dijo Skye—. Lo de competitivo entonces se queda corto.

—Exactamente.

En aquel preciso instante, Skye decidió que iba a ver en qué trabajaba Parnell. Si tenía cierto aspecto de motor, eso confirmaría la historia de su padre y sus motivos para enviarla a Baileyboro; si no existía tal invento, ella tendría razón al pensar que Jay Mac andaba otra vez con sus viejos trucos. Conseguir ver el interior del taller no sería tan difícil, ni mucho menos, si no fuera por Walker Caine. Empezaba a entender que era una especie de protector de Parnell, de modo que tendría que pasar por encima de él para examinar el taller… Skye se lo tomó con filosofía; supuso que toda chatarrería tenía su perro guardián.

—A lo mejor nos explicaría usted el chiste —dijo Walker.

Con retraso, ella se dio cuenta de que estaba sonriendo ante la

imagen de un perro callejero, sarnoso y gruñón, que atendía al nombre de Walker Caine. Se apresuró a dejar la copa, borró su sonrisa con la servilleta y dijo:

—Le aseguro que no merecería la pena. —Vio que Parnell aceptaba sus palabras sin más, pero que Walker no quedaba convencido; entonces echó una ojeada al reloj de la repisa de la chimenea—. Tendrá que disculparme, señor Parnell. Gracias por su encantadora invitación a cenar.

Al instante, éste estaba ya de pie y la ayudaba con la silla.

—Desde luego, se unirá a nosotros otra vez.

—Ah, no. No podría. De verdad. Es muy amable por su parte, pero éste no es en absoluto mi sitio. Estoy segura de que lo entiende.

Con la mirada le rogó que no volviera a invitarla.

—Muy bien, señorita Dennehy. Debe usted hacer lo que considere adecuado.

Cuando ella se levantó de la butaca, le rozó ligeramente el hombro y su contacto la sobresaltó y le hizo sentir un escalofrío. Skye se apresuró a encogerse bajo su mano y evitó su inquisitiva mirada.

—Gracias de nuevo —dijo en voz baja, y le costó trabajo no salir corriendo de la habitación.

Parnell se quedó mirándola mientras se marchaba. Cuando la puerta se cerró tras ella, dijo:

—Es muy curiosa…

Era una afirmación sobre su personalidad, no sobre el hecho de que

planteara demasiadas preguntas. Walker sabía que Parnell estaba pensando en voz alta y no esperaba un comentario; de todos modos, eso no impidió que respondiera lacónicamente:

—No me fío de ella.

Parnell suspiró.

—Eso ya lo ha dicho; pero su trabajo es intachable. La señora Reading dice que tiene a todo el mundo en danza.

Como la fuente de información era Corina, Walker sospechó que se trataba más de una queja que de un cumplido.

—De todas formas, voy a vigilarla.

Parnell alzó un poco las cejas y dijo con voz sombría:

—Procure no hacer nada más.

Skye se disponía a acostarse cuando oyó que llamaban a la puerta. Ya era bastante tarde, pasaban unos minutos de la medianoche, pero se había quedado levantada para preparar una lista de cosas que quería hacer al día siguiente. Recopilar las tareas le había llevado más tiempo de lo esperado; como solía ocurrirle a menudo, su imaginación interrumpía sus pensamientos rutinarios… La plaga de su existencia, como habría dicho su padre.

El taller de Parnell seguía intrigándola. Se preguntó qué aspecto tendría el santuario de un «mecánico de chapuzas». Tal como ella lo imaginaba, dispondría de una mesa atestada de chismes y chirimbolos.

Un montón de desechos de armatostes de hojalata estaría apilado en un rincón, y cerca de la puerta se amontonarían polvorientos libros de consulta sobre las leyes físicas de la naturaleza. Las paredes serían grises, y la pequeña ventana de bisagras tendría los vidrios pintados de un enfermizo color verde guisante para que nadie pudiera mirar al interior. Habría martillos, clavos, palancas y leznas; también imanes y limaduras de hierro, tubos de cobre y plomo, botes de ácidos y sales. En medio del caos, sentado en un taburete, estaría el propio Parnell; sus distinguidas y atractivas facciones tendrían una expresión distante mientras pensaba en el trascendental problema de cómo aprovechar los elementos. Probablemente se acariciara un poco la base del mentón, y sus ojos azules mirarían a la pared de enfrente, aunque a nada en concreto; estaría viendo algo muy distinto, algo de su imaginación, algo que nadie que entrara en la habitación podría descifrar. Tal vez tendría el cejo fruncido, y sus iris color añil oscurecidos a causa de sus profundos pensamientos. De repente, se enderezaría de una sacudida, con los anchos hombros tensos como si fuera a recibir un golpe. Entonces alzaría una mano y se vería impelido a decir en voz alta: «¡Eureka!»

Skye se preguntó si de verdad la gente decía eso cuando hacía un descubrimiento. Desde luego, ella no lo habría hecho nunca; claro que, por otra parte, se recordó a sí misma que jamás había hecho ninguno.

La llamada sonó de nuevo, esta vez con fuerza suficiente como para sacarla de sus meditaciones. Dejó la pluma y se puso la bata.

—¿Quién es? preguntó mientras se acercaba a la puerta.

—Walker —fue la sucinta respuesta en voz baja.

Skye se quedó absolutamente estupefacta. ¿De verdad creía que iba a permitirle entrar? Ella estaba al tanto de los escándalos que habían envuelto a sus hermanas y, aunque no hubiera aprendido nada más, sí sabía que, por lo general, los problemas empezaban cuando una dejaba entrar a un hombre en su dormitorio.

—No voy a abrirle la puerta.

Su mirada se posó en el picaporte cuando Walker lo hizo girar.

—¡Váyase! —le dijo.

Con frenesí, trató de recordar si había echado o no la llave que sonaba en la cerradura. Apoyó un hombro en la puerta y añadió su peso por si acaso. El picaporte volvió a su posición original.

—Necesito hablar con usted —susurró Walker.

Skye no contestó en seguida. Por un instante, aquella voz tan baja la desconcertó; sintió una extraña oleada de pánico y no supo localizar la fuente del mismo. Él no iba a hacerle daño, ¿no? No había expresado ninguna amenaza…, y sin embargo se sentía amenazada.

—Váyase —repitió—. Gritaré… ¡Juro que gritaré!

Al otro lado de la puerta, Walker se detuvo un momento en la tarea de búsqueda de la llave del cuarto. Ella estaba reaccionando de forma completamente desproporcionada. No parecía preocuparle su pudor o su reputación: más bien parecía estar preocupada por su vida.

—Por el amor de Dios —musitó—. Está bien. Acuéstese. Hablaremos por la mañana.

Skye no se relajó hasta oír sus pasos alejarse por el pasillo. Entonces volvió a recostarse en la puerta, con el corazón golpeándole en el pecho. Bajó la mirada; habría jurado que veía cómo le palpitaba la pechera del camisón a cada violento latido.

Recuperó el aliento y regresó al pequeño escritorio junto a la chimenea. Ya no tenía más trabajo que hacer, pero la idea de meterse en la cama en aquel momento le resultaba muy poco atractiva; no creía que fuera a dormirse.

Con gesto distraído, sus dedos siguieron el limpio borde del papel de escribir que había estado usando. Era una idea tentadora escribirle a su padre y contarle que, con independencia del plan que tuviera escondido en la manga, seguro que no había contado con los gustos de Walker Caine; le produjo cierta satisfacción saber que su padre no había pensado en todo.

Al final, desechó por completo la idea de escribir. Y es que una carta a su madre, aunque empleara su apellido de soltera, tampoco estaría a salvo de Walker; no le extrañaría que, antes de echarla al correo, él leyese todo cuanto escribiera. Así pues, la correspondencia tendría que esperar hasta que ella misma pudiera enviar las cartas en persona.

Su mirada vagó hacia la puerta de nuevo, y se preguntó por qué habría ido Walker hasta allí.

—Sin duda ha creído que iba a robarme el beso que quería antes…

Al darse cuenta de que había hablado en voz alta, se puso dos dedos sobre la boca, y apretó sus labios un instante, lo suficiente como para

pensar en cómo habría sentido la boca de él sobre la suya.

Fuera, la profundidad de la noche había convertido los cristales del balcón en un espejo de vidrio negro. Skye vio el movimiento de su mano en la ventana; entonces se volvió y miró fijamente su reflejo. Casi sintió el calor que le subía a la cara. Walker Caine no tendría que haberle robado el beso: ella se lo habría dado. Entonces apartó la mirada del balcón y, en voz baja, dijo:

—Estoy loca. Completamente loca. —Meneó la cabeza, y, en ese momento, encontró algo humorístico en su reacción ante la llamada de Walker. Se prometió disculparse por la mañana. Tendría que hacerlo con cuidado, sin dejar que él vislumbrara lo absolutamente confundida que la había hecho sentirse. Nunca se había sentido tan poco segura de sí misma como cuando estaba cerca de Walker Caine…

Apenas pudo creer que de nuevo llamaran a la puerta.

—Le he dicho que se vaya —gritó, alzando la voz.

Se produjo un largo silencio, y luego sonó una nueva llamada, esta vez vacilante, más como un rasgueo de uñas que como unos nudillos que golpearan la madera. Desde luego, no sonaba a Walker; él no era tan tímido.

—¿Quién es? —preguntó con cautela, acercándose a la puerta.

—Annie. Le traigo…

Annie dio un pequeño respingo cuando la puerta se abrió de golpe y Skye prácticamente la metió dentro de un tirón. La bandeja que llevaba en la mano dio un brinco, y Annie tuvo que hacer juegos malabares con

ella para impedir que se volcara su contenido.

Skye exclamó:

—Dios mío. ¿Qué lleva ahí? —Cerró la puerta y tomó la bandeja de manos de Annie—. ¿De verdad ha traído esto para mí?

Annie asintió.

—Le comenté a la señora Reading que antes había visto luz debajo de su puerta, y pensamos que a lo mejor le gustaría tomar algo. Yo he ido a la cocina a buscar un poco de leche para Matt; esta noche está intranquilo.

—Como todos nosotros —susurró Skye con ironía.

Annie ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Qué?

Skye apartó con los codos los papeles que había sobre el escritorio y dejó en él la bandeja.

—Oh, nada. No tiene importancia —dijo—. Me sorprende que viera la luz de mi lámpara. Creía que usted usaba la escalera de atrás; desde luego, es un camino más cómodo para ir a la cocina desde sus habitaciones.

Annie se ruborizó y bajó los ojos; luego le lanzó una mirada furtiva y se apresuró a preguntar:

—No dirá nada, ¿verdad? Es que no me gusta usar la escalera trasera. Es que la usaba él, ¿sabe?

—¿Él?

—Ya sabe —insistió—: el fantasma.

—Ah —exclamó Skye, alargando la vocal—. Quiere decir Hamilton Granville.

—Sí. Ese.

Skye adoptó un tono paciente.

—Annie, el señor Granville era el dueño de esta casa. Dudo que usara mucho la escalera del servicio; seguro que lo consideraba degradante.

—Eso fue lo que dije yo cuando Rose me lo contó. Pero ella dice que el señor Granville tenía un motivo especial para usar esa escalera.

Sin dar más detalles, esperó a que Skye adivinara lo que quería decir a través de todo un despliegue de meneos de cejas y sugerentes movimientos de ojos.

—Ya entiendo —asintió Skye despacio—. Quiere decir que tenía relaciones íntimas con una de las criadas.

—¡Eso mismo! —confirmó Annie en tono triunfal.

A Skye le costó trabajo no reírse.

—Así que su fantasma se aparece por la escalera, ¿no? ¿Busca a su amor perdido?

Annie asintió con vigor. Sus grises ojos estaban muy abiertos y tenían una expresión muy solemne. Skye se dio unos golpecitos en el corazón con la palma de la mano.

—Vaya, pues es un alivio —dijo—. Estaba preocupada por si estaba aquí, en mi habitación.

Annie alzó las cejas con gesto interrogante.

—¿No se lo ha contado Rose? —preguntó Skye—. Aquí fue donde se voló los sesos.

* * *

Capítulo 5

Cuando Annie se marchó, Skye llevó la bandeja a la mesita de noche y se metió bajo el edredón; se arrepentía de haberle tomado el pelo, pero la ocasión era demasiado atractiva como para dejarla pasar. La pobre mujer había salido del cuarto lo más rápido que pudo. Skye pensó que había sido particularmente desconsiderada, puesto que Annie había tenido la amabilidad de llevarle la bandeja con leche caliente y pan con mantequilla; incluso se había acordado de la canela y el azúcar. Añadiendo mentalmente el nombre de Annie Staplehurst a la lista de disculpas que iba a presentar por la mañana, se recostó contra el cabezal de la cama y se rodeó de un trono de cojines. Luego rompió la tibia punta del pan en trozos pequeños y los echó en la leche. Mientras le echaba canela y una pizca de azúcar, sus ojos se dirigieron a la puerta. La silla que había apoyado contra el picaporte parecía estar bien firme. Se rió algo nerviosa; se sentía un poco hipócrita por mofarse de Annie y luego atrancar su propia puerta.

«No es a los fantasmas a los que tengo intenciones de no dejar entrar», pensó. En su mente oía la voz tranquilizadora de su madre: «Bueno, es un hombre de carne y hueso…» Entonces rodeó el tazón con las manos, se lo llevó a los labios y dio un sorbo sonriendo.

Tenía frío. Un leve escalofrío le recorrió la piel. Cerró los dedos con un brusco movimiento, pero sólo agarró la sábana que tenía debajo. ¿Dónde estaba la colcha de patchwork? ¿Y el edredón? Intentó ampliar su búsqueda, pero parecía que no pudiese alzar las manos. Volvió a tiritar, y esta vez fue tanto por el creciente pánico que la invadía como por el frío.

Algo le tocó la cara; instintivamente, apartó la cabeza de una sacudida. El roce volvió de nuevo, ligero contra su piel, desde la comisura de un ojo hasta la punta de la barbilla. Lo que producía aquel rastro no era carne humana, sino algo sedoso, tan incorpóreo como una telaraña.

El roce de aquello sobre su piel hizo que deseara gritar. A fuerza de voluntad consiguió abrir la boca y obligarse a emitir un sonido. Entonces aquella cosa le rozó los labios, acallando su voz.

Volvió a mover la cabeza, dando otra sacudida de lado para evitar el roce, y su garganta quedó entonces al descubierto. Sintió su arco desnudo cuando un roce como de alas de mariposa golpeó con suavidad toda su longitud. Algo cruzó sin prisas sus hombros desnudos. Se detuvo allí sólo un segundo; luego se deslizó como una niebla por su piel, tocando sus pechos y su cintura, y después más abajo, de modo que sintió cómo le rozaba el vientre, la cadera y el interior del muslo.

Todo su cuerpo se rebeló contra aquella íntima invasión, y sin

embargo, salvo por la pequeña sacudida negativa de su cabeza, no se movió.

Skye despertó despacio; sus miembros respondían con lentitud a las órdenes de su cerebro. Sentía punzadas en la cabeza, insistentes y casi dolorosas. Se tapó las orejas con las manos, pero el sonido apenas se amortiguó.

—No me evitará pasándose el día durmiendo; en algún momento tendrá que hablar conmigo.

Skye alzó los párpados un milímetro y se atrevió a mirar hacia la puerta. La fuerza del puño que la golpeaba la hacía retumbar en su marco, pero la silla la mantenía firme en su sitio. La consoló un poco saber que todo el golpeteo que oía no estaba sólo en el interior de su cabeza. Con ésta dándole vueltas, se levantó de la cama y extendió el brazo para equilibrarse; entonces se agarró al poste de la cama y se aferró bien.

—Ya voy —dijo con voz débil. Pero entonces se dio cuenta de que podría haberse ahorrado el aliento: con todo el estruendo que hacía, a Walker no le llegaban sus palabras. ¿Estaba empeñado en despertar a toda la casa?

La bata estaba echada a los pies de la cama; ni siquiera se tomó el trabajo de cogerla, no parecía suficiente como para protegerla del frío que le calaba hasta los huesos. En lugar de eso, agarró una esquina del grueso edredón y tiró de él hasta echárselo por los hombros como si fuera un chal. Notó que el camisón se le pegaba a la piel y que estaba

levemente húmedo. Se preguntó si no estaría incubando algo y se tocó la frente con el dorso de la mano; estaba un poco caliente, pero sabía que aquello no era realmente lo que le pasaba.

Fue hasta la puerta dando tumbos, apartó la silla de una patada y se apoyó pesadamente en ella. El martilleo de Walker no cesaba, y la puerta vibró por todo su cuerpo.

—¿Qué quiere? —preguntó. Su voz resultó apenas audible para ella misma, de modo que se dio cuenta de que no tenía más remedio que abrir. Dio vuelta a la llave e hizo girar el picaporte. Con la puerta abierta sólo una rendija, miró hacia fuera.

—Váyase —le pidió—. No tiene usted sentido común. Despertará a todo el mundo.

A la primera ojeada que le echó a Skye, Walker frunció las cejas. Las motas doradas de sus ojos centellearon como fragmentos de vidrio color ámbar, y con la mirada le recorrió la cara escrutándola.

—Todo el mundo está ya levantado —dijo—. El desayuno puntualmente a las seis y media, ¿recuerda?

—Sí, pero…

Interrumpió su propia objeción para mirar el reloj que estaba a su espalda, en la repisa de la chimenea; la boca se le aflojó.

—¡Son más de las siete! —exclamó, con una mezcla de asombro y desesperación. Fue suficiente distracción; no pudo detener más a Walker, que empujó y entró en su dormitorio.

Echó un vistazo a la silla apartada, pero no hizo ningún comentario;

no tenía sentido decirle que la silla no le habría impedido entrar. Toda su atención estaba puesta en Skye.

—Tiene usted un aspecto horroroso —le soltó sin rodeos, repasándola rápidamente con la vista.

Salvo por el color extrañamente subido de sus mejillas, su cutis estaba pálido. Sus labios, en particular el inferior, tenían un aspecto magullado. Mientras él la examinaba, ella empezó a mordisqueárselo, y la vio encogerse, como si sólo entonces se diera cuenta del dolor, y que alzaba la mano para tocárselo. Sin pedirle permiso, le puso el dorso de tres dedos en la frente.

—No tiene fiebre —confirmó, meneando la cabeza—. ¿Qué le ha pasado? Tiene un aspecto…

Ella lo interrumpió.

—Ya lo sé. Ya lo ha dicho. —Aferró el edredón más fuerte—. Debo de estar pillando un resfriado… Quizá una migraña.

A decir verdad, no lo sabía: se sentía como si estuviera recuperándose de una larga enfermedad más que comenzando una. Le dolían muchísimo los músculos y los huesos, y el sopor le llegaba hasta el cerebro. Sólo recordaba haberse sentido así de floja después de haber estado enferma durante días. Se apartó de los ojos un mechón, que en seguida volvió a caer sobre ellos; lo dejó correr y miró a Walker a través del cabello.

—Me parece que esta noche no he dormido bien —comentó.

Él adoptó una expresión sarcástica y repuso:

—Eso es quedarse un poquito corto.

La tomó por los hombros y le dio la vuelta de forma que quedara mirando a la cama, después le dio un suave empujón.

—Vaya a sentarse mientras enciendo un fuego; tal vez descongelarla sirva de algo.

Skye se preguntó si en aquella última afirmación había cierta sugerencia subida de tono…, o si sólo quería decir lo que decía. Meneó la cabeza en un intento de despejarla y pensó que no solía ser tan lenta de reflejos.

—No debería de estar usted aquí —articuló confusamente. Esa certeza acababa de ocurrírsele; realmente estaba lenta de reflejos esa mañana.

Agachado delante de la chimenea, Walker iba amontonando carbones y astillas.

—Sí, bueno —dijo con regodeo—. Pero la asamblea me ha elegido para meterme en la boca de la loba.

Por un momento, Skye dio vueltas en la cabeza a esas palabras.

—No creo que usted cupiese en la boca de una loba…, aunque, de todas formas, usted eso ni se lo plantearía.

Él soltó una leve risa de admiración y se volvió a mirarla por encima del hombro; ella se frotaba la barbilla con gesto distraído.

—Está volviendo en sí muy bien —comentó y regresó a su tarea. Cuando tuvo un fuego ardiendo, le hizo un gesto para que se acercara más. Con un empujoncito, giró una butaca hacia las llamas para que

sintiera el calor y, envuelta aún en el edredón, Skye se sentó.

Había encogido las piernas para sentarse encima de ellas, pero Walker le sacó los pies desnudos. Al primer toque de sus manos sobre su piel, Skye reaccionó con violencia y empezó a dar patadas tan rápido que Walker casi acabó en el fuego de un empujón.

Recobró el equilibrio y alzó las manos, no en un gesto de rendición, sino para mostrar que no pretendía causarle ningún daño.

Aunque, sin dejar de observarla atentamente, se dio cuenta de que daba igual lo que hiciera: Skye le devolvía la mirada con expresión vacía. Poco a poco, aquel estupor fue esfumándose y en su lugar apareció una oleada de confusión. Por fin, al cabo de unos segundos, ella reparó en él, en su postura, con las manos en alto…, y sólo entonces un rubor avergonzado pasó furtivamente por sus facciones y la conciencia hizo acto de presencia en sus ojos.

—Perdone —se apresuró a decir—. No pretendía.

Él desechó su disculpa con un gesto.

—Debí pedirle permiso. —Le señaló los pies; tenía los dedos curvados sobre la alfombra, y los iba adelantando muy poco a poco hacia el fuego—. ¿Puedo?

Skye asintió y dejó que él la tocara de nuevo. Las manos de Walker eran firmes y sus palmas, tibias. Su forma de tocar era sólida, no como… Sus pensamientos se detuvieron. «¿No como qué?», se preguntó. Fue consciente de que Walker estaba mirándola de nuevo, y entonces se acurrucó en el edredón; el fuego iba calentándola por fuera, pero en su

interior sentía hielo.

—Me gustaría que se marchara —le pidió—. He de vestirme.

—Su aspecto no es tan bueno como para que salga hoy del cuarto.

Pero su habitación era el último lugar donde ella quería estar.

—Estaré bien —dijo; con mayor firmeza, añadió—: Ya estoy bien…

Aunque Walker no estaba convencido, cedió.

—De acuerdo. Pero si no tiene mejor aspecto por la tarde, volverá aquí, aunque tenga que traerla yo en brazos.

Skye accedió porque creía que por la tarde se sentiría mejor, no porque fuera a permitirle llevarla en brazos a ningún sitio. Cuando él se fue, se levantó despacio y se despojó del edredón. Quitarse el camisón la hizo sentir menos frío casi al instante. Tocó la tela y se preguntó el porqué de su humedad; sólo se le ocurrió que tal vez hubiera pasado calor durante la noche, y se prometió no volver a encender un fuego tan grande.

Después de poner el camisón en el respaldo de una silla para que se secara, vertió agua del jarro azul de loza en la palangana del lavamanos. Luego metió las manos en la palangana y se pasó un poco de agua por la cara y la garganta. El agua se le escurrió por entre los pechos, y los pezones se le endurecieron. Entonces cogió una manopla y empezó sus abluciones, frotando más fuerte de lo habitual, aunque sin darse cuenta apenas.

En un espejo que había sobre el tocador vio su reflejo y de repente contuvo el aliento al ver lo roja que se le había puesto la piel; no era un

rubor rosado, saludable, sino un irritado color rojo encendido. Dejó caer la manopla y se apartó; a continuación se vistió con rapidez, sin echar más que una somera mirada al espejo mientras salía. Llevaba el magnífico cabello peinado tirante hacia atrás y pulcramente recogido en la nuca. Se había pellizcado para dar color a sus mejillas, y con un poco de polvos de arroz había ocultado las ojeras. Había elegido un ajustado vestido color gris brezo que, en aquel momento, la hacía parecer una aparición.

La señora Reading estaba sola en la cocina cuando Skye entró; su lugar aún seguía preparado en la mesa, y cerca había varios platos pequeños cubiertos con servilletas.

—Ha sido muy amable guardándome algo de desayuno —comentó —, pero me parece que no tengo demasiada hambre.

La cocinera no alzó la vista de su tarea de amasar. Llevaba las mangas subidas hasta los codos y tenía el dorso de las manos salpicado de harina; parecía tener una fuerza notable en los antebrazos y en los dedos mientras trabajaba la masa, dando palmadas, apretando y plegando.

En tono indiferente respondió:

—Como quiera.

Skye se sirvió té de la tetera que había calentándose en el hornillo. Luego le añadió una cucharada de miel y se lo bebió despacio, para suavizar su garganta. Las sordas punzadas de su cabeza habían adoptado el mismo ritmo que la masa que la señora Reading golpeaba en

la tabla del pan.

—¿Sabe usted algo del fantasma?

Las palabras le salieron antes de que se diera cuenta del todo de lo que iba a decir. Aunque Corina levantó la vista, no alteró su ritmo.

—¿El fantasma? —preguntó sin entender—. ¿La he oído bien?

Skye estuvo tentada de decir que no, pero antes de poder responder nada, la cocinera prosiguió:

—Ah, se refiere a esos cuentos sobre Hamilton Granville… —Encogió sus estrechos hombros—. No presto mucha atención a esa clase de cosas; no estoy segura de que pegara ojo si lo hiciera.

Entornó los ojos mientras realizaba una minuciosa valoración de la cara de Skye.

—¿Ha estado escuchando esas historias? No me diga que ése es su problema esta mañana…

—Dios mío, no… —se apresuró a decir Skye con una forzada sonrisa —. No, en realidad he dormido mal, aunque sin sueños. Sospecho que por eso me ha costado tanto trabajo despertarme esta mañana. Lo siento mucho. Me temo que no he dado un buen ejemplo.

La expresión de Corina no cambió.

—Tendrá que encargarse de arreglarlo, ¿no?

Skye se acabó el té. Aunque entonara un mea culpa, nada dejaría satisfecha a la señora Reading; sólo deseó que el resto de los empleados no fuera tan intratable.

Annie descartó las dos disculpas de Skye, una por levantarse tarde y

la otra por burlarse de ella.

—No hace ninguna falta —respondió con franqueza—. Debí de parecer una verdadera boba, con tanto no parar de hablar de ese fantasma. Me está bien empleado por ser tan tonta. Pero no me importa que me tomen el pelo de vez en cuando.

—Es muy amable —dijo Skye—, y prometo no aprovecharme de ello. ¿Dónde está Matt?

—El señor Caine se lo ha llevado. Iba a enseñarle el estanque de los cisnes.

—¿El estanque de los cisnes?

—Ha dicho que estaba atravesando el bosque. No estarán fuera más de una hora. —Por un momento adoptó una expresión preocupada—. ¿Cree que he hecho bien dejando que fuera Matt? Tal vez moleste al señor Caine, pero fue él quien lo sugirió.

—Entonces estoy convencida de que esperaba que aceptase su ofrecimiento. ¿Cuánto hace que se fueron?

—No se ha cruzado con ellos por poco.

Skye calculó que tenía cuarenta y cinco minutos de horizonte despejado antes de que regresaran.

—¿Y el señor Parnell?

—Se ha levantado antes que nadie, me parece. Vuelve a estar en su taller.

—¿Hank está atendiendo a los animales? —preguntó Skye sólo para asegurarse—. Y Rose…

—Está con su hermana y con Jenny en el salón; aunque usted no haya aparecido esta mañana, de todas formas todos se han puesto en marcha. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial—. Los únicos que han destacado más en su ausencia han sido la señora Reading y el señor Caine; él parecía preocupado de verdad, pero ella estaba metiendo cizaña.

«Y usted le hace eco», estuvo a punto de decirle Skye…, pero no dijo nada, pues pensó que Annie tenía buena intención.

—Creo que dentro de un rato iré a ver lo que hacen las mellizas y Jenny. De momento voy a subir para empezar un nuevo inventario.

Annie hizo un gesto afirmativo; se sentía importante al ver que Skye decidía comunicarle su paradero. Luego, cogió el plumero y se dedicó de lleno a las librerías.

Skye empezó por medir a pasos el pasillo que unía los dormitorios de su ala. Garabateó unos cuantos números en el cuaderno y después fue a su propio cuarto para medir su superficie. Calculando que su pie tenía alrededor de quince centímetros y que en un paso abarcaba unos sesenta y cinco centímetros, recorrió dos lados de su habitación e hizo sus cálculos. El vestidor y el cuarto de baño añadieron algún metro cuadrado más. Tomó nota de todo y añadió un somero boceto del trazado de la habitación.

El dormitorio de Parnell era mayor que el suyo pero formaba una L complementaria, de modo que ambos aposentos encajaban como piezas de un rompecabezas. A la izquierda de la chimenea de él, había una

puerta que daba al vestidor de ella; Skye comprobó el picaporte, igual que había hecho por el lado de su cuarto, y encontró la puerta bien cerrada. Una breve ojeada a la habitación no descubrió ninguna llave a la vista; incluso si existía tal llave, no se le pasó por la cabeza ponerse a revolver para buscarla. Al dar la vuelta para irse, sintió que algo tiraba del borde de su vestido; entonces bajó la vista y vio que la tela se había enganchado en la cabeza de un clavo. La soltó de un tirón y después se inclinó para examinar el clavo. Estaba en el marco de la puerta, doblado de lado para que actuara como cerrojo. Una inspección más detallada reveló que había cinco clavos iguales a lo largo del marco, tan pequeños que a Skye no le extrañó no haberlos visto en seguida. Dos estaban colocados cerca de cada esquina, en las jambas, y uno en mitad del travesaño superior. Decidió que no se iba a molestar en buscar una llave: resultaría bastante inútil, a menos que alguien estuviera dispuesto a arrancar los clavos que mantenían la puerta en su sitio.

Se rió en voz baja. En principio, sus vagas figuraciones le hicieron pensar en la importancia de hacer una inspección, pero ahora veía que no tenían base. De todas formas, tomó unas cuantas notas en su boceto al tiempo que medía con pasos el cuarto. Cuando terminó, volvió a deslizar el cuaderno en el bolsillo de su delantal y se metió el lápiz detrás de la oreja.

La habitación de Parnell estaba decorada de forma bastante parecida a la de ella. Los muebles tenían un tono algo más oscuro, y en su solidez y falta de ornamentos mostraban un aire más masculino. Dos puertas

daban a un balcón que era dos veces mayor que el de ella y que estaba separado del suyo por un espacio de más de tres metros y medio. Recogió unas cuantas prendas que estaban esparcidas por el suelo; se echó al brazo las que necesitaban ser lavadas y colgó en el ropero el batín color burdeos de Parnell. Ese mueble era tan grande que no cabía en el vestidor, por lo que estaba junto a la puerta claveteada, al otro lado de la pared que quedaba justo tras el ropero de ella.

Skye no fue consciente del tiempo transcurrido hasta que oyó el sonido de una risa infantil. Entonces recogió unas cuantas prendas más y se dirigió al pasillo; en ese instante chocó con Matt, que embistió directamente contra su falda con la intención de esconderse detrás de ella o más bien, según advirtió sobresaltada, debajo. Dio un respingo automático y se puso de puntillas mientras el chico se metía entre sus piernas. Walker, que llegaba al escalón superior, vio los piececitos de Matthew asomando por debajo del vestido de Skye. Mientras una picara sonrisa levantaba una comisura de su boca, dijo con sentimiento:

—Casi lo envidio…

Segura de que su siguiente comentario iba a ser otra comparación poco lisonjera entre su cara y su cabello, Skye soltó la brazada de ropa y cogió a Matt en brazos.

—Tu mamá me prometió que no estorbarías —dijo, dándole un golpecito en la nariz.

El chico le lanzó una mirada maliciosa que correspondía a alguien mucho mayor que él… Mucho, pero mucho mayor. Walker se acercó a

ellos y, al observar la maliciosa expresión de Matt, se rió.

—Eso mismo pensaba yo, jovencito.

Con cierta aspereza, ella repuso:

—Estoy segura de que su mente no es tan sucia como la de usted. —Hizo caso omiso de las manos extendidas de Walker y levantó a Matt para acomodarlo mejor en sus brazos—. Coja la ropa para lavar.

Walker la alcanzó de nuevo en la escalera de atrás, con los brazos cargados de prendas. La estrecha escalera no estaba iluminada, y, cuando llegaron abajo, la ventanita del descansillo del segundo piso no arrojaba mucha luz. Skye trastabilló una vez, pero recobró el equilibrio.

—¿Está usted bien? —preguntó Walker—. Este no es camino para recorrerlo sin una lámpara o una vela.

Ella lo recordaría en el futuro.

—Me las arreglo, gracias.

A sus espaldas, Walker sonrió; le gustaba el modo en que ella se irritaba por casi todo lo que él decía. Sin más indicación, llevó la colada a la parte de atrás de la cocina y la echó en una gran caldera de cobre vacía. Después, tras detenerse a la mesa lo justo para robar una magdalena de canela delante de la señora Reading, volvió a alcanzar a Skye en el comedor. Ésta dejó a Matt en una silla.

—¿Está usted siguiéndome? —preguntó—. ¿No tiene usted un jefe que necesita esa clase de atención?

Fue al aparador, abrió el cajón de en medio, del que sacó media docena de cucharas y un paño de abrillantar, y lo puso todo delante de

Matt. Después de una breve demostración de cómo limpiar las cucharas, se lo dio todo al niño; al cabo de unos segundos, éste estaba organizando un alegre estrépito, absolutamente entretenido con las brillantes cucharas.

Con gesto escéptico, Walker se cruzó de brazos para subrayar su expresión y dejó de masticar la magdalena.

—No creerá de verdad que Matt va a abrillantar la plata…

La mirada que le lanzó Skye le dio a entender lo ridículo que había sido su comentario.

—Lo que espero es que esté entretenido mientras usted busca a su madre y la trae aquí. Ella trabajará en esta habitación, y su hijo la ayudará a su pequeño modo.

Dicho eso, Skye retrocedió hacia el aparador, sacó el cajón entero y lo colocó sobre la mesa; después, con otro paño de abrillantar, empezó a limpiar de verdad la plata. Al ver que Walker no se movía, alzó la vista y enarcó una ceja inquisitiva.

—En el ejército —dijo él con deje perezoso—, cuando el capitán acababa con los soldados, por lo común berreaba: «Rompan filas».

Llevada por un impulso, Skye le sacó la lengua. Walker observó cómo luego se ruborizaba y sonrió burlón.

—Eso servirá —comentó.

Y, sin más, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

A medida que fue pasando el día, fue como si su malestar de la mañana no hubiera existido: su dolor de cabeza se esfumó y, el brillo volvió espontáneamente a sus ojos. Se mantuvo ocupada con su inventario, y a la hora de cenar, a excepción del sótano y algunos armarios cerrados con llave, ya había catalogado el contenido del piso bajo.

Comió muy poco en la cena, convencida de que los problemas que había sufrido tenían que ver con algo que habría cenado la noche anterior. Lo que la señora Reading sirvió en la cocina fue una versión a escala reducida de la comida que Parnell y Caine disfrutaban en el comedor; raciones que no eran fáciles de preparar en cantidades pequeñas. Rose y Daisy Farrow comieron por turnos mientras servían los platos. Annie ayudó a despejar las bandejas y a almacenar cuanta comida pudo en la fresquera del porche trasero. Skye compartió la mesa con Matt, Jenny y Hank; evitó adrede el pescado y las salsas fuertes, pero tomó sopas ligeras y verduras hasta saciarse. Annie la animó a que comiera más, pero ella no tuvo dificultad en resistir la tentación.

Aquella noche, cuando se dirigía a su cuarto se detuvo un momento al pasar ante el salón. Jonathan Parnell y Walker Caine estaban sentados el uno frente al otro, en los amplios sillones, fumando puros; una bruma azul rodeaba sus cabezas, y, cuando le indicaron con un gesto que entrara, ella no ocultó del todo su desagrado por aquel olor. Dio gracias a que su padre hubiera descartado su afición por los puros hacía años.

—Me parece que no sabe apreciar un buen puro —comentó Parnell.

—Una lástima —añadió Walker en voz baja, con cierto sarcasmo—. Él tenía muchas esperanzas cuando la vio mostrar buen gusto por el vino.

Simultáneamente, Skye y Parnell le dirigieron una reprobadora mirada. Walker se limitó a lanzar un círculo de humo al aire.

—Él sí que es una lástima —dijo Parnell—; esta noche se ha bebido la mayor parte de la cena.

Skye no hizo ningún comentario, aunque le sorprendió que Walker bebiera en exceso; eso no encajaba con la clase de hombre que sospechaba que era.

—¿Hay algo que necesite, señor?

—Un momento de su tiempo —respondió Parnell con seriedad—. ¿Hay algo que deba hacer ahora?

Ella meneó la cabeza.

—En realidad, deseaba hablar un momento con usted; tengo unas preguntas acerca de la casa que tal vez pueda contestarme.

Él le señaló el sillón de orejas vacío y le dijo:

—¿Quiere sentarse?

Skye iba a decir que no, pero se lo pensó mejor; ya iba aprendiendo que, a veces, la cortesía de su patrón contenía una orden; de verse obligado a ello, insistiría en que se sentase, y, en adelante, la conversación sería forzada e incómoda.

En vista de ello, Skye tomó asiento en el borde del sillón de orejas y, con remilgo, cruzó las manos en el regazo; aquella postura le resultaba

incómoda. En su casa, rara vez permanecía sentada mucho tiempo en un sitio. Ahora le parecía escuchar las advertencias de la señora Cavanaugh: «Revolotea usted demasiado. Manténgase quieta. La espalda recta. No sea tan rápida en mirar a todos a los ojos, pero tampoco aparte la vista demasiado tiempo…, da impresión de que oculte algo. Nadie quiere un ama de llaves que actúe con aire furtivo. Siempre despiertan sospechas sobre la plata». Skye no imaginaba a nadie menos furtivo que la señora Cavanaugh.

—Parece encontrarse usted a kilómetros de aquí —dijo Parnell al observar su expresión—. ¿Adónde ha ido?

Sus esfuerzos por interpretar bien el papel sólo habían servido para que la reprendieran por soñar despierta.

—Perdón —dijo—. Decía usted…

—En realidad, esperaba a oír lo que usted quería decir.

Ella se limitó a mirarlo sin comprender, y entonces él insistió:

—En cuanto a la casa.

—Ah, sí… Me parece que no tengo llaves para todos los armarios. En el ala de usted, hay dos que no se abren, y otro cerca del cuarto del señor Caine. Tampoco puedo abrir el de debajo de la escalera.

Parnell se quedó pensativo un instante.

—¿Sabe?, no estoy seguro de que existan llaves de esos armarios. ¿Le ha preguntado a la señora Reading?

—No.

—Si ella no las tiene, seguro que es que no hay nada dentro.

—Pues si están vacíos, quisiera usarlos para reorganizar algunos de los armarios de la ropa blanca que están más llenos. Y, además, el espacio de debajo de la escalera sería una zona estupenda para colgar abrigos y sombreros; la entrada no dispone de un sitio así.

Parnell parecía no haberlo observado y preguntó:

—¿Ah, no?

Luego frunció el cejo un poco, representándose el vestíbulo—. Vaya, lleva razón. —Y se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa—. No me había dado cuenta.

—Entonces, ¿me da permiso para reorganizar?

—Si encuentra las llaves, sí —dijo él—. Aunque no si eso significa sacar puertas de sus bisagras o abrir cerraduras con ganzúa; no creo que el esfuerzo merezca la pena.

—En realidad no sería difícil —empezó a explicar Skye—. Yo lo haría…

—No —la interrumpió él con una firmeza que aún no había empleado con ella; su atractiva sonrisa hacía menos brusca la orden, pero de todos modos seguía siendo una orden—. Hablo completamente en serio. Si las llaves no se encuentran, deje las puertas como están: no quiero que se organice jaleo por unos armarios. Tendrá que ser creativa a la hora de reorganizar el espacio.

—Muy bien —contestó ella ocultando su vergüenza; no creía haber hecho una petición poco razonable—. Estoy segura de que me las arreglaré.

—Estoy seguro de que sí —convino Parnell en tono grave—. ¿Había algo más?

—No.

—Entonces me toca a mí.

Skye esperó con expectación aunque no con impaciencia, mientras se esforzaba por evitar la mirada de Walker, a pesar de que notaba sus ojos clavados en ella. Hablar con Parnell en presencia de Walker resultaba desconcertante; sentía como si no se relajara del todo.

—Antes, la señora Reading ha mencionado que usted andaba haciendo preguntas sobre el fantasma.

Skye no tuvo forma de ocultar su sorpresa y ni siquiera lo intentó; sencillamente, no se había planteado la posibilidad de que la señora Reading fuera a transmitir un comentario sin importancia sobre el fantasma de los Granville.

—Creo que me limité a preguntarle qué sabía.

—Eso es lo que dijo. Pero veo que la he sobresaltado… Desde luego, puede hablar sobre el fantasma cuanto lo estime conveniente: no se me ocurriría censurar su lengua. —Dio una profunda calada a su cigarro y luego soltó lentamente el humo—. Sin embargo, deseo sugerirle que considere con quién saca el tema. La señora Reading opina, con razón, que Daisy y Rose Farrow son de lo más sugestionables en lo que se refiere a los cuentos sobre Hamilton Granville. A la señora Givens le costaba trabajo hacer que cualquiera de las dos fuese a cualquier lado de la casa sin la otra.

—Desde luego —asintió ella, esforzándose por no ponerse a la defensiva—. Sólo he hablado con la señora Reading, no con las mellizas.

—Eso tengo entendido. Sólo quiero que lo tenga en cuenta. —Se detuvo un instante y observó la rígida postura de Skye—. Creía que tal vez tendría alguna pregunta que hacerme a mí sobre el fantasma.

—No me atrevería a malgastar su tiempo con esa simpleza.

—¿Percibo un deje de desafío en su voz? —preguntó él en tono ligero, lanzando una mirada de reojo a Walker—. ¿Lo ha oído usted, señor Caine?

Walker apagó su cigarro y se puso de pie.

—Lo he oído —respondió lacónicamente.

Luego se acercó a la chimenea y atizó las llamas.

—¿Eso es todo, señor? —preguntó Skye, con la esperanza de que la despachara.

Si Parnell notó su nerviosismo, no dio señal alguna de ello. Por su parte, Skye se preguntó qué estaba poniendo de tan mal humor a Walker Caine, que parecía tan impaciente por marcharse como ella misma. Tal vez fuera el efecto de la bebida.

En ese momento, Parnell le dijo:

—En la biblioteca hay un libro que habla un poco de la historia de la familia Granville. Si le interesa, le sugiero que lo emplee como fuente; ninguno de los de aquí será tan fiable en los detalles. —Le dirigió una fugaz sonrisa—. Eso es todo, señorita Dennehy.

A Skye no le gustaba ser objeto de diversión para su patrón, y le

resultaba doblemente difícil aceptarlo con Walker observándolo todo. Hizo acopio de dignidad y dio a los dos las buenas noches.

Al cabo de dos horas tendida en la cama, Skye se rindió a la evidencia de que no iba a dormirse; por lo que se levantó de mala gana y se sentó en el borde de la cama durante unos minutos. El reloj de la repisa de la chimenea repiqueteaba en su cerebro, marcando el tiempo que pasaba. Ya había oído a Walker y a Parnell separarse en el pasillo cuando se retiraron a sus respectivas habitaciones. Mucho antes, Annie se había ido a sus aposentos con su hijo, y no tenía seguridad de que la señora Reading siguiera levantada, o, al menos, de que estuviera fuera de su cuarto.

La certeza de que estaría sola le dio ánimos para salir de la cama. Se puso las zapatillas y se envolvió en la gruesa bata de algodón; su cómoda familiaridad fue como sentir un abrazo por todo el cuerpo. Sonriendo para sí, tomó los cabellos que se le habían resbalado sobre los hombros y los dejó caer hacia la espalda; luego se apresuró a recogerse el pelo en una trenza floja que no se preocupó de atar. Seguía teniendo algunos rizos húmedos después del rápido lavado; si ahora los apretaba, seguirían húmedos por la mañana. Al menos, ésa fue la excusa que se dio para salir de la habitación sin peinar.

En la mano llevaba la lámpara de la mesita de noche, que daba luz suficiente para permitirle usar sin problema la escalera de los criados. Al

llegar abajo vaciló y se detuvo a escuchar por si oía algún sonido procedente de la cocina. Cuando sólo oyó el silencio, abrió la puerta con seguridad. Fue con la lámpara hasta la galería trasera, donde se guardaban unas jarras de gres llenas de leche para mantenerlas frescas. Al escoger uno de los recipientes más pequeños, pensó que allí el viento sonaba más fuerte; cada racha hacía vibrar la puerta exterior y crujir las vigas de madera. Su fuerza parecía más que suficiente para desgajar la galería del resto de la casa, y se apresuró a retroceder a la zona de la despensa con la lámpara y la jarra.

Las puso encima de la mesa y empezó a buscar una taza. La cocina era un territorio tan claramente de la señora Reading, que no tenía idea de dónde buscar… Con todo, localizar la taza resultó más fácil que dar con la canela y el azúcar entre las especias y legumbres de la cocinera. A continuación, encendió el hornillo y calentó la leche en un cacillo. Mientras trabajaba, su mirada no dejaba de dirigirse a la puerta que salía de la zona de la despensa. Cuando fue a la galería, y de nuevo en el camino de vuelta, había conseguido resistir el deseo de comprobar el picaporte, pero cada vez se le hacía más difícil encontrar motivos para no intentar, al menos, echarle un vistazo a la entrada del sótano.

Volvió a prestar atención por si oía algo que indicase que alguien estaba levantado; sólo oyó el fuego en el hornillo y el susurro de la leche calentándose en el cazo. La apartó del fuego y la dejó a un lado. Notó que de pronto se le habían humedecido las palmas de las manos y se las secó en la bata, mientras se encaminaba hacia la puerta que conducía al

sótano. Puso la mano en el picaporte y, antes de que le fallara la resolución, lo hizo girar. El corazón le golpeó el pecho cuando sintió ceder la puerta. Abrió una rendija, escuchó y luego la abrió más. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la oscuridad. Pensó en coger la lámpara, pero en seguida decidió que no; veía lo bastante bien como para bajar los escalones sin romperse el cuello, y se dijo que, además, seguro que había una lámpara en el taller.

Los escalones eran suaves, y estaban ligeramente hundidos en el centro por los numerosos pasos que habían debido soportar, arriba y abajo, al cabo de los años. Skye puso una mano en la húmeda y encalada pared para no perder el equilibrio y los bajó con precaución, uno por uno. Al llegar abajo, se detuvo. Tal vez sí hubiera una lámpara en el taller de Parnell, pero no veía lo bastante como para llegar allí. Tampoco sabía qué parte del sótano contendría los inventos y cuál el vino, de modo que no tenía más remedio que volver a por la lámpara.

Se dio la vuelta justo a tiempo de vislumbrar un último destello de luz antes de que la puerta se cerrara. De su garganta brotó un jadeo que sonó como un resuello. Se apresuró a subir trabajosamente la escalera y buscó a tientas el picaporte, pero éste sólo giró en su mano sin ceder: la puerta estaba cerrada con llave.

Pensando frenéticamente, Skye se apoyó en ella mientras recuperaba el aliento. Aquella puerta no se había cerrado de forma accidental, y menos todavía, con llave… Alguien pretendía que la descubrieran, y fue eso lo que le impidió ponerse a golpear la puerta y a suplicar que la

abriesen. Además, se negaba a creer que no hubiera otra salida.

La oscuridad del sótano resultaba opresiva, y el aire húmedo era agobiante. A pesar de todo, se esforzó por ver mientras ponía la mano izquierda en una pared y, con cautela, empezaba a reseguirla en torno al recinto.

Una vez, cuando aún era una niña, su padre había sugerido que visitaran un laberinto en un jardín. Pensando que se trataba de un jardín, la excursión dominical no entusiasmó demasiado a Skye, pero al llegar y verse frente a unos setos más altos que su padre, se dio cuenta de que allí había algo que no había comprendido.

Aún recordaba cómo escuchó con atención su explicación sobre el laberinto, absolutamente fascinada por aquel rompecabezas de tamaño natural. Sus cuatro hermanas se emparejaron en seguida: las gemelas juntas, y Mary Francis con Maggie. Eso la dejó a ella sola. Jay Mac y Moira decidieron acompañarla, pero no hubo forma de convencerla. Después de que sus hermanas desaparecieran en el laberinto, Skye fue detrás con paso prudente y reflexivo.

Tardó un poco, pero aun así acabó antes que ninguna de sus hermanas. Todas ellas, Mary Francis, Mary Michael, Mary Renee y Mary Margaret, pensaron que había hecho trampa cuando descubrieron cómo había salido del laberinto de setos. En cambio, a Jay Mac le pareció que había sido muy lista, y su madre proclamó que era un genio ante todo el que quiso escucharla.

Lo único que hizo fue mantener una mano en el seto en cada uno de

los giros y pasillos; así llegó al final como todos los demás.

Ahora usó el mismo método, segura de que si no llegaba a una entrada exterior, al menos regresaría al punto de partida sin sufrir mayores daños.

Prestó atención a la textura del camino que seguía para distinguir entre la pared de piedra y las puertas que daban a otras zonas del sótano. Aunque probó las dos puertas con que su mano entró en contacto, ninguna de ellas se abrió; sus esfuerzos sólo se vieron recompensados con una astilla clavada en el índice.

De vez en cuando sus pies encontraban obstáculos en el suelo. Por ejemplo, tuvo que rodear un montón de leña apilada contra una pared y luego, varios barriles tapados, puestos aparte en una esquina. También tropezó con un bote vacío y, cuando éste salió rodando, tuvo que ponerse a cuatro patas para buscarlo. Podía imaginar el desastre que estaría hecha tras andar gateando por aquel suelo de tierra.

Calculó que habría cubierto poco más de la mitad del perímetro del sótano cuando llegó a una abertura en la pared y dio con una escalera que partía de ella. Había cinco escalones de subida, y, al llegar arriba, encontró lo que estaba buscando: una doble puerta de madera con un pestillo que se abría hacia fuera, camino de la libertad.

—Eureka —dijo bajito.

Corrió el pestillo y empujó las puertas para abrirlas. La saludó un remolino de aire glacial, pero ella respiró profundamente; incluso a altas horas de la noche le resultaba fácil ver una vez fuera del sótano. La luz

de las estrellas y de la luna le permitió cerrar las puertas sin problemas, y rodear la casa sin miedo a caerse. No esperaba que la puerta principal estuviera abierta, y en efecto no lo estaba. Entonces se detuvo en los escalones, temblando, mientras decidía qué podía hacer.

Estaba pensando aún cuando la puerta se abrió a sus espaldas. Skye estuvo a punto de caerse rodando por los escalones, pero una mano la agarró por el cuello de la bata e impidió que eso pasara; otra mano le tapó la boca y acalló su sorpresa.

Al recordar el momento, no hacía demasiado tiempo, en que la habían agarrado de una forma parecida, descubrió que su forcejeo era tan instintivo como aterrado. Arañó la mano que tenía en la boca e intentó zafarse.

Entonces oyó la voz de Walker que decía:

—Tranquilícese.

Luego la alzó, más que arrastró, hacia dentro, y por fin la soltó. No le dio ni un instante para que recobrara el aliento, sino que la obligó a retroceder hasta la puerta, y después colocó un rígido brazo a cada lado de sus hombros. Cuando ella intentó agacharse para pasar por debajo, él hizo una finta en la misma dirección y la mantuvo bloqueada.

—No se enfrente conmigo —le aconsejó—. Ya tiene suficientes problemas.

Skye fue consciente de su proximidad, del calor de su cuerpo, del tibio y dulce aliento que le rozaba la cara cuando él hablaba. Se lo quedó mirando en silencio.

—¿Qué estaba haciendo ahí fuera? —preguntó él.

Le escudriñaba la cara como si pusiese ver la verdad impresa en sus facciones. A ella le daba igual. Creyó que no tenía más elección que mentir.

—He salido, nada más —dijo—. El viento… Hacía tanto ruido y oí…, creí oír algo que se soltaba del tejado.

Era difícil recuperar el aliento con Walker tan cerca… Y no estaba segura de que le gustara respirar el mismo aire que él, de que le robara el aire que necesitaba.

—… y salí… salí a investigar.

Por un momento él no dijo nada; se limitó a mirarla con gesto escéptico, sopesando su respuesta. Al fin preguntó suavemente:

—¿De veras?

Ella le devolvió la mirada sin decir nada.

—De acuerdo —aceptó él dejando caer un brazo—. Entre en la cocina.

Skye se apresuró a pasar a su lado, enderezándose el cuello de la bata y ciñéndose el cinturón. La leche seguía en el hornillo, ahora con una fina película sobre la superficie. Intentando mantener la mano firme, la quitó con una cuchara y vertió la leche en la taza; no se molestó en añadir canela ni azúcar.

—¿Va a bebérsela sola? —preguntó Walker desde la entrada.

Con las manos alrededor de la taza, Skye se encogió de hombros y se dirigió a la escalera de los criados.

Walker le cortó el paso.

—No tan rápido. Tome asiento a la mesa.

Ella alzó rebelde los ojos hacia él, pero al fin se vio obligada a apartar la vista. Se sentó.

—Eso está mejor.

Walker cogió una silla para él y se sentó a horcajadas. Luego preguntó:

—¿El tejado sigue de una pieza? Por un segundo, Skye no supo de qué hablaba y se preguntó si la confusión se le trasluciría en la cara. Entonces recordó su mentira.

—El tejado está bien —respondió—. Al menos, hasta donde yo sé.

—¿Se ha subido usted para investigar?

—¿Cómo?

Él le señaló las manos.

—Las tiene sucias; y la bata, y también las rodillas. Eso necesita un poco de explicación.

Skye estuvo a la altura.

—He tropezado y me he caído.

—Sin embargo, no tiene manchas de hierba.

«No se le ha escapado nada», pensó Skye.

—He tenido suerte, pero quizá se haya dado cuenta de que no hay mucha hierba en la parte de atrás.

—En cambio hay mucha escarcha, y tiene el bajo de la bata húmedo, pero no las rodillas; y sus manos están sucias, no mojadas.

—No sé a qué se debe —replicó Skye con aspereza—, pero me encantará escuchar su explicación, si es que tiene una.

Walker había estado esperando esa oportunidad.

—Yo diría que intentaba entrar en el sótano —dijo—. La puerta que comunica con la cocina está cerrada con llave, de modo que debió de pensar que podría hacerlo desde la entrada de fuera; sin embargo, esas puertas se cierran desde dentro, y no ha tenido éxito alguno. Pero se descuidó al salir de la casa, y la puerta se cerró detrás de usted. Quizá el viento haya tenido algo que ver con ello. —La observó atentamente—. ¿Algo de esto parece más o menos correcto?

Skye tragó un sorbo de leche y asintió.

—La parte sobre el viento y la puerta.

Al ver que no hacía la menor concesión, Walker alzó un poco las cejas.

—Entonces, ¿qué la ha traído aquí abajo?

Skye abrió mucho los ojos con gesto teatral, mientras fingía una absoluta estupefacción.

—¿Quiere decir que ha decidido todo eso sin apenas pruebas —preguntó con una afectada sonrisa—, y en cambio la leche en la hornilla, el tazón en la mesa, la canela y el azúcar no han bastado para ayudarlo a deducir que no podía conciliar el sueño?

Lejos de ofenderse por sus palabras, Walker se rió.

—De acuerdo. —Apoyó el antebrazo en el travesaño superior de la silla y miró a Skye fijamente—. Pero para que lo sepa, no me creo ni una

palabra. Creo que usted se trae algo entre manos, Mary Schyler.

El empleo de sus dos nombres era premeditado; por lo que a él se refería, estaba metida en un lío hasta más allá del cuello. Entonces Skye bostezó súbitamente; su intento de taparlo llegó demasiado tarde.

—He acabado con la leche —dijo, dejando la taza sobre la mesa—. ¿Ha terminado usted con sus preguntas?

Walker no le contestó en seguida. Estaba mirando su denso cabello, que le caía sobre el hombro; la punta de la trenza se había deshecho y descansaba en su bata. Rabiaba por tocarlo con los dedos, por ver si quemaba o si su textura era tan suave y lisa como una cascada. Con los ojos, siguió la curva del bruñido cabello desde su pecho hasta el hombro, y luego hasta la línea del ángulo de su mandíbula. Ella jugueteó con un mechón que tenía cerca de la oreja y se lo llevó a la boca en un movimiento nervioso.

La atención de Walker se dirigió entonces a sus labios. Mientras miraba el carnoso labio inferior, la boca de ella se entreabrió apenas y asomó la punta de la lengua. Él la miró inmediatamente a los ojos para juzgar la intención de aquel gesto, pero ella sólo pareció ser consciente del mismo cuando notó su mirada. Entonces, con expresión cautelosa, se enderezó y dejó caer el mechón con el que había estado jugando.

Walker meneó la cabeza.

—No sólo está usted metida en problemas, Mary Schyler —dijo en voz baja—. Es que usted misma es un problema.

Skye deseó que no lo hubiera dicho; al menos, no de aquel modo.

Quiso preguntarle si había sido él quien la había encerrado en el sótano, si pretendía darle una lección… Pero no podía hacerlo, al menos no sin mostrar sus cartas. Y Jay Mac la había enseñado a jugar al póquer mejor que eso; con mala o buena mano, debía hacer cuanto pudiera con lo que tenía. Así pues, fingió no comprender lo que él quería decir.

Al cabo de un instante, Walker se levantó. Fue al estrecho armario de pino que había junto al fregadero y sacó de allí una botella de whisky escocés llena en sus tres cuartas partes; luego buscó un vaso y se sirvió dos dedos de licor.

—¿Quiere? —preguntó a Skye.

Ella tuvo que sofocar otro bostezo para responder.

—No, gracias. Lo que necesitaba era la leche. Ahora quisiera irme a dormir.

—Dentro de un momento. —Walker se apoyó en el poyo del fregadero y dio un sorbo a su bebida—. Ayer reparé en que, cuando Parnell le preguntó si había trabajado para alguien aparte de los Marshall o los Turner, se las arregló para esquivar la pregunta.

—¿Ah, sí? —preguntó ella suavemente—. No me acuerdo. ¿Por qué cree usted que le importaba?

—Eso tendrá que preguntárselo usted. Ahora sólo quiero su respuesta.

—No me parece que eso sea asunto suyo, señor Caine.

—¿Conocía usted a Parnell antes de venir aquí?

Skye se levantó.

—No soy partidaria de los interrogatorios, y ya he tenido bastante por hoy. Anoche pensé que le debía una disculpa por mi grosería, pero creo que ya estamos en paz. Me alegra haberme ahorrado el esfuerzo. —Rodeó la mesa—. Buenas noches, señor Caine.

No sospechó que él fuera a impedirle marcharse. En un instante, Walker pasó de estar de pie con aire despreocupado y apoyado en el fregadero, a tirar de ella hasta pegarla a su cuerpo. Ni en sus ojos ni en sus manos hubo el menor indicio de lo que pretendía hacer; sólo la acción, veloz como el rayo, que la aproximó con la firmeza de un imán. Luego, su boca se cerró sobre la de ella. El beso fue ardiente, enérgico y breve.

Cuando la soltó, Skye retrocedió tambaleándose. La sensación de los labios de él persistía en los suyos.

—Ahora sí que creo que tengo algo por lo que disculparme —dijo él.

Pero no se tomó el trabajo de hacerlo. Skye sólo se dio cuenta de ello cuando se vio sola en la cocina.

De nuevo eran alas revoloteando con suavidad sobre sus mejillas. Al principio le hicieron cosquillas. Como no se detenían, volvió la cara para zafarse. El revoloteo la persiguió. Cuando se le hizo insoportable, se frotó la mejilla en la almohada. La sensación de cosquillas se limitó a rozarle los labios y la otra mejilla.

Estaba enfadada y frustrada, más aún por no poder levantar un

brazo para quitarse aquello con la mano. Unas hebras de seda le rozaban la cara, como si hubiera tropezado con una telaraña. Quiso abrir los ojos para ver si ése era el caso, pero sus párpados no la ayudaron; parecía como si una finísima banda de gasa los mantuviera en su sitio.

Un roce en la frente, luego en la barbilla… Sus labios sintieron acercarse un calor húmedo. Un gemido quedó atrapado en su garganta cuando le robaron el aire. Algo mojado le entreabrió la boca. No pudo cerrarla.

La sensación se desvaneció de repente y luego volvió, esta vez en el hueco de su garganta. Se le aceleró el corazón. Se arqueó, intentando obligar a su grito a salir, pero no emitió ningún sonido. El aire frío le tocaba los pechos y el vientre. Algo sedoso se deshizo serpenteando por el ombligo y se arrastró por su muslo.

Los pechos se le habían puesto pesados, con pezones duros y ansiosos. Casi le habría agradado sentir un roce allí, pero éste no llegó. Una caliente sensación de lengüetazo cruzó la clavícula y luego recorrió el interior del brazo.

Se le revolvió el estómago. Mil arañas recorriéndole la piel no le habrían producido más repugnancia.

Skye se retorció. Las lágrimas le quemaban los ojos. Un peso la cubrió, y entonces soltó un gemido. Su cuerpo estaba estirado, rígido, y sus piernas no se movían. Encorvó los dedos hasta convertirlos en puños, y las uñas le mordieron las palmas de las manos. El dolor que se infligió a sí misma la volvió lúcida, y, en ese instante, empezó a ascender

la cuesta que llevaba hasta el estado de conciencia. Fue entonces cuando le llegó la voz. Las palabras no se entendían, pero la amenaza que había en ellas estaba clarísima.

Un sollozo la estremeció entera. El peso se apartó de su cuerpo, y entonces le pareció flotar hacia arriba, libre de tensión. Tras sus párpados cerrados, la oscuridad se hizo añicos en fragmentos de luz blanca y brillante.

Volvió a caer en la cama al tiempo que se quedaba dormida.

* * *

Capítulo 6

Skye se despertó casi como el día anterior; esta vez supo quién estaba en la puerta.

Sólo con echarle una ojeada, Walker tomó una decisión y la cogió en brazos. Se dio cuenta de que ella no protestaba. Luego, cerró la puerta con el pie y la llevó de vuelta a la cama.

—Levante los brazos —le dijo; Skye se las arregló para alzarlos a medias. Mientras tiraba del camisón de dormir, él comentó:

—Tiene el camisón empapado; debe quitárselo.

—No necesito su ayuda.

Sus palabras le parecieron mal articuladas y apenas inteligibles incluso a ella misma; no le extrañó que Walker no le hiciera ni caso.

—Míreme —dijo él, tirando más fuerte de la tela—. Estoy cerrando los ojos, de modo que no veo nada.

Skye le miró la cara y le dio la impresión de atisbar las motas doradas que daban aquel toque de luz a sus ojos.

—Está mirando a hurtadillas.

—Sólo un poquito.

Ella asintió:

—Entonces está bien.

Walker se dio cuenta de que los pensamientos de Skye estaban tan confusos como los de un borracho, y se inclinó para acercarse más. Entonces ella echó la cabeza atrás y se apresuró a decir:

—No me bese.

—No iba a hacerlo.

En su aliento no se olía alcohol.

—Levántese —le ordenó él, mientras le bajaba el camisón hasta las caderas.

Ella se levantó y sintió que le quitaban el camisón con un movimiento brusco; inmediatamente, él la cubrió con una colcha de patchwork y luego buscó otro camisón. No tardó en encontrar uno, pero cuando volvió a la cama, a Skye le castañeteaban los dientes. Ella no quiso soltar la colcha, y Walker se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera —le dijo—. Me da igual si se mete debajo de esas mantas desnuda.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado: en ese momento ella alzó los brazos y permitió que le pasara el camisón por la cabeza. Luego, la ayudó a acomodarse bajo las mantas y por fin se sentó en el borde de la cama. A Skye le costaba trabajo permanecer despierta, y cuando cerró los ojos, Walker le tocó ligeramente la frente para comprobar la temperatura.

La reacción de ella fue inmediata y violenta: se echó atrás con una sacudida e intentó darle un cachete en la mano. Las mantas la envolvían y retenían sus brazos, y él consiguió ponerse fuera de su alcance.

Atónito, Walker sostuvo un instante la mano de ella en el aire y

luego, despacio, volvió a ponérsela al costado. Skye lo miraba fijamente, con ojos atentos y recelosos; hacía unos segundos, a él le había parecido vislumbrar terror en ellos.

—No debería tocarme —dijo ella con voz débil; estaba sin aliento, como si hubiera corrido una larga distancia, y el corazón seguía latiéndole con fuerza. Le costaba trabajo oírse a sí misma por encima de la oleada de sangre que fluía hacia sus oídos.

—No debería —repitió con voz indecisa, pero la súplica era apremiante.

—¿Y por qué? —preguntó Walker en voz baja. Pensó que ella se expresaba de una forma extraña; tal vez no le habría parecido raro un «No me toque», pero lo que decía era algo distinto—. ¿Por qué no debería tocarla?

Al fruncir las cejas, en la frente de Skye apareció una arruguita vertical. Entonces liberó un brazo de debajo de las mantas y se llevó la mano hasta la sien; se la masajeó mientras pensaba la pregunta, sin acabar de entender cómo no se le ocurría una buena respuesta.

—No está bien —dijo por fin—. Me… Me parece que no me gusta.

—Anoche la besé.

Skye había estado pensándolo también, y preguntándose qué lo hacía distinto… Porque sí era distinto: estaba segura.

—Tampoco quería que lo hiciera —dijo.

Pero entonces no había tenido miedo de él, pensó Walker, ni estaba especialmente indignada. Ni siquiera intentó darle una bofetada en

respuesta… Decidió dejarlo estar.

—Muy bien —dijo, levantándose de la cama—. Mandaré a Annie para que suba una bandeja. Creo que conseguiré que venga el médico dentro de unas horas.

Skye se forzó a incorporarse.

—No —protestó—. Médico no. No necesito un médico.

—Me temo que no tiene elección. La que está en la cama es usted, y yo soy quien va a ir a caballo a Baileyboro.

—No lo haga —insistió ella con mirada suplicante—. De verdad que yo no…

Sus ojos se apartaron de los de Walker cuando la puerta se abrió tras él. Era Parnell. La señora Reading le pisaba los talones. Fue ella quien habló cuando la vista de Parnell recayó en Walker.

—Le dije que estaba aquí. Esto no es decoroso. Rose y Daisy contarán por todo el pueblo que ha contratado usted a una prostituta.

Skye se quedó sin aliento y miró inquieta a su patrón. La cara de éste parecía imperturbable, y aunque se dirigió a la señora Reading, mantuvo los ojos clavados en Walker.

—Eso ha sido innecesariamente cruel —dijo.

La señora Reading se ruborizó, pero se negó a retractarse.

—«Quien bien te quiere te hará llorar»; más vale que lo oiga de uno de nosotros antes que a uno del pueblo. Éste es el segundo día que lo recibe, y no es más que su tercera mañana aquí.

Dicho esto, miró fijamente a Skye, desafiándola a que lo negara.

—Voy a por un médico —comunicó Walker con firmeza; y, sin esperar ningún comentario, salió de la habitación.

Parnell lo observó marcharse; después echó una mirada a la señora Reading.

—Ya ha dicho bastante. Déjenos.

Los ojos de ella fueron nerviosos de Skye a su patrón.

—Pero…

Jonathan Parnell se limitó a señalar la puerta. Entonces Corina Reading giró sobre sus talones bruscamente; al hacerlo, el bajo de su vestido se meció en los tobillos.

—Para esas chicas Farrow da igual que quien esté aquí dentro sea el señor Caine o usted —insistió.

—Cierre la puerta al salir —repuso Parnell.

Cuando ella se marchó, éste se volvió hacia Skye.

—Me quedaré sólo un momento —dijo—. Tal vez la señora Reading haya sido cruel, pero vale la pena prestar atención a sus comentarios; sin embargo, no me gusta reprender a un empleado en presencia de otro. No volverá usted a recibir al señor Caine en su dormitorio bajo ninguna circunstancia. Hablaré también con él más tarde.

No parecía que esperara respuesta, y Skye no respondió. La cara de Parnell se dulcificó un poco.

—¿Está enferma? —preguntó, pero sin darle tiempo a decir nada, prosiguió—. Sí, ya veo que algo no marcha del todo bien.

Un resto de vanidad hizo que Skye subiera la mano hasta la cara y se

echara al lado unos cabellos sueltos.

—No sé qué me pasa —dijo—. No pretendía alterar su casa.

Vio que Parnell había estado trabajando en el sótano otra vez. Llevaba las mangas subidas hasta los codos, y tenía manchas de grasa y petróleo en los antebrazos. Aunque él no hizo ningún comentario sobre que hubieran interrumpido su trabajo, esos indicios se lo dieron a entender a Skye, que dijo:

—Perdone.

Se quedó callado tanto rato que a ella se le ocurrió que, después de todo, tal vez sí pretendiera despedirla. Al entrar en el cuarto no había parecido que ésa fuera su intención, pero en aquel momento no tenía ni idea de qué estaba pensando.

—No volverá a ocurrir.

Parnell meditó esas palabras.

—No. Estoy seguro de que no. Usted no es en absoluto como cree la señora Reading.

Skye se ruborizó. Deseó que él no hubiera hecho alusión al comentario de la cocinera. Casi parecía que hubiera albergado dudas sobre ella, y se sintió más incómoda en su presencia.

—Ahora me gustaría quedarme sola —dijo.

Con los penetrantes ojos azules oscurecidos, él le examinó la cara; al cabo de un instante, su expresión cambió.

—En absoluto. Alguien se quedará con usted hasta que llegue el médico.

Skye pensó en protestar, pero se contuvo; al parecer, no tenía elección. Jonathan Parnell haría lo que quisiera, igual que había hecho Walker. En lugar de eso dijo:

—Gracias.

Él hizo un breve gesto afirmativo y luego la dejó.

Annie llegó mientras Skye estaba casi acabando de vestirse.

—¿Qué hace? —preguntó—. El señor Parnell me ha dicho que estaba enferma, y el señor Caine ha ido a buscar al médico.

—Nadie me ha preguntado qué es lo que quiero yo —replicó Skye—. Venga, ayúdeme a abrocharme el vestido.

El traje se abotonaba por la espalda y era casi imposible hacerlo sin ayuda de una criada. No resultaba nada práctico para un ama de llaves, pero Skye lo había llevado porque era uno de sus vestidos más sencillos: era morado, aunque parecía casi negro de tan oscuro, y salvo por los puños blancos, no tenía ningún adorno. Cuando Annie terminó con los botones, se prendió un broche en el cuello; a continuación, sentada ante su tocador, se cepilló el pelo con pasadas enérgicas y briosas y luego se lo recogió en un moño. Se lo sujetó bien con una peineta de carey y echó una breve ojeada a su reflejo.

—Ya ve usted misma que no estoy enferma —le dijo a Annie.

Esta chasqueó la lengua en voz baja.

—Y sé lo que es engañarse cuando lo veo. Lo que hay en sus mejillas no son rosas: ha hecho falta un buen pellizco para poner ese color ahí.

El rubor que subió entonces al rostro de Skye fue auténtico, y destacó

la verdad de las palabras de Annie.

—Bueno —dijo—, aunque antes no me sintiera demasiado bien, ahora estoy mucho mejor. No necesito gente deshaciéndose en atenciones hacia mí.

—¿Como el señor Parnell? —preguntó Annie levantando las cejas; una sonrisa afloró a su boca—. No puedo decir que yo me opusiera a eso… Ni al señor Caine tampoco. A lo mejor están colados por usted.

—Annie —exclamó Skye refrenándola—. Por favor, no diga cosas así. Alguien podría tomarlo en serio.

—Pero si yo hablaba en serio… —Captó la severa mirada de Skye—. Ay, bueno. Ni siquiera lo pensaré si es lo que quiere.

Asintiendo, Skye se levantó del tocador, pero Annie le bloqueó el paso cuando se dirigía hacia la puerta.

—Ah, no. No va a salir usted de esta habitación. Una cosa es vestirse y otra salir. No pienso consentir que el señor Parnell se queje de algo que yo haya hecho.

Skye se conformó, aunque no con mucha cortesía.

—Muy bien, pero no ande dando vueltas por aquí; no lo soporto.

Annie no se sintió ofendida en absoluto. Le señaló una de las butacas, atizó el fuego y empezó a hacer la cama y a ordenar el cuarto. Hasta que no terminó, no se dio cuenta de que Skye se había quedado dormida.

—Justo lo que debía hacer —dijo en voz baja.

Walker se agachó junto al sillón y la tocó ligeramente en la muñeca; Skye no se movió. Entonces alzó la vista hacia el médico.

—Llévela a la cama —dijo el doctor Emmet—. Va a tener un tremendo ataque de tortícolis durmiendo de ese modo.

Con suavidad y cautela, Walker deslizó los brazos por debajo de Skye, uno bajo las rodillas y el otro por la espalda. La cabeza de ella se recostó en su hombro cuando la trasladó a la cama, y al dejarla allí, ella murmuró algo que él no consiguió entender; había un mínimo rastro de sonrisa en su cara. Walker retrocedió y se apartó del lecho, pero no se marchó.

El doctor Emmet dejó su maletín de cuero negro en la mesita de noche y lo abrió. Sin alzar la mirada, dijo:

—Ahora tendría que irse. No voy reconocerla con usted aquí.

Al ver que Walker vacilaba, alzó la vista y frunció el cejo. Entonces señaló a Annie, que estaba al pie de la cama.

—Ella puede quedarse. De todos modos, no parece que vaya a moverla ni un cartucho de dinamita.

—No pasará nada, señor Caine —le dijo Annie—. Vaya a esperar al pasillo.

Dejando bien claro que aquello no le gustaba, Walker se marchó y esperó impaciente en el corredor. A juzgar por los sonidos amortiguados que se oían en la habitación, advirtió que Skye había despertado. Imaginó sus objeciones sin necesidad de oírlas; el doctor iba a tener bastante trabajo. El reconocimiento duró poco más de veinte minutos.

Cuando el médico salió al pasillo, Walker se apartó de la puerta donde había estado apoyado y preguntó:

—¿Y bien?

El doctor Emmet contestó:

—Bueno, nada. —Tenía unas cejas tiesas y tupidas que sobresalían bajo su frente como un nevado risco de montaña; se unieron formando una sola línea cuando se metió el maletín debajo del brazo—. Yo no tengo que hablar con usted. Hablaré con el señor Parnell. La señora Reading ha sido muy clara respecto a eso.

Walker pensó que tal vez habría sido distinto si Corina no los hubiera recibido en la puerta y declarado los terminantes deseos de su patrón en lo que se refería a Skye Dennehy.

—Voy a buscarlo. Espere abajo, en el salón.

Parnell tardó en abrir la puerta de su taller. Walker tuvo que golpear dos veces y llamarlo por su nombre. Cuando finalmente asomó la cabeza, le dijo:

—El médico ha terminado con la señorita Dennehy.

El rostro de Parnell estaba un poco sofocado, y sus ojos tenían una expresión furtiva, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo que no quería explicar. Walker lo advirtió, pero no hizo ningún comentario.

—Muy bien —respondió lacónico—. Estaré allí dentro de un momento.

Luego le cerró la puerta en la cara. Walker Caine miró la puerta cerrada, en el punto exacto donde había aparecido brevemente la cara de

Jonathan Parnell. Aunque sus facciones siguieron impasibles, se le ocurrieron ciertas imágenes violentas. Lo difícil no fue rechazar las escenas que transitaban por su mente, sino no demostrar el placer que le proporcionaban.

En menos de un minuto, Parnell apareció de nuevo, esta vez con aspecto tranquilo y dueño de sí mismo. Walker lo siguió hasta el salón y esperó en la puerta por si lo invitaban a escuchar lo que el médico tuviera que decir. No se sorprendió al verse despachado sin mucha ceremonia. Salió y cerró las puertas justo cuando su patrón le ofrecía una bebida al médico; entonces miró la escalera principal y se planteó qué opciones tenía. Tal vez Parnell no le contase nada referente al estado de Skye, y no era seguro que ésta tuviera mucho que decir. Pero ¿y Annie? Walker sonrió para sí… Annie a lo mejor era comunicativa.

La alcanzó en el pasillo, justo delante de la habitación de Skye.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella con desconfianza—. Usted no puede entrar ahí.

—Ni se me ocurriría.

Su voz indicó claramente que estaba pensando lo contrario, y Annie dijo:

—Venga ya. Sé cuándo están tomándome el pelo. —Le puso en los brazos con fuerza la bandeja que llevaba—. Vámonos de aquí. No estaría bien que supiera que estábamos hablando de ella.

—Entonces, ¿me dirá usted lo que ha dicho el médico?

Annie lo miró con expresión dolorida.

—Yo no he dicho eso. Al doctor Emmet no le gustaría, y tampoco a la señorita Dennehy.

Walker le tocó el codo; primero hizo que caminara más despacio y luego, que se detuviera por completo.

—Es importante que yo lo sepa, Annie.

—Por favor, señor Caine, no me haga decírselo.

Él vaciló, deseando insistir en el tema, pero luego decidió que no. Annie debía su puesto en la casa a Skye, y no era justo pedirle que traicionara su confianza.

—De acuerdo —aceptó. Le dio un empujoncito con la mano, instándola a avanzar, y no fue detrás ni siquiera cuando ella se volvió para mirarlo.

—Siga, siga —le dijo—. Lleve la bandeja a la cocina.

No se movió hasta que Annie desapareció por una esquina del pasillo. Entonces entró en el cuarto de Skye sin anunciarse. Ella estaba de pie ante el balcón, mirando hacia fuera, y no se volvió. No estaba seguro de si sabía siquiera que él se encontraba en la habitación. Dedicó aquellos instantes a observarla sin miedo a represalias. Skye tenía un cuerpo pequeño y elegante, de cintura estrecha y piernas largas. No le había supuesto esfuerzo alguno cogerla o llevarla en brazos; tenía fuerza, pero no era rival para la de él. Mientras la miraba, ella cruzó los brazos, se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el frío vidrio. Imaginó que cerraba los ojos, y se preguntó qué estaría pensando.

—¿Qué quiere? —preguntó ella en tono cansado.

Un pequeño estremecimiento le recorrió los hombros y le bajó por la espalda; entonces se sacó un pañuelo del puño del vestido y se lo llevó a cada ojo antes de darse la vuelta para mirarlo. Mantenía el trozo de tela apretado en el puño izquierdo.

—No importa; sé que quiere verme despedida. Ese es el verdadero motivo de que haya venido, ¿no?

Cuando Walker la miró sin comprender, añadió:

—El señor Parnell me echará si lo cogen a usted aquí.

—¿Ha dicho eso?

—No, pero ha dicho claramente que esperaba que yo no volviera a «recibirlo» —suspiró, irritada consigo misma por dar explicaciones—. Por favor, váyase.

En lugar de eso, Walker hizo girar la llave de la puerta que quedaba a sus espaldas, de forma que ambos estaban encerrados en la habitación.

—Nadie sabrá que estoy aquí —susurró—. Lo prometo.

Se acercó a Skye casi sin hacer ruido. Ella se mantuvo firme hasta que él estuvo a poco más de un metro de distancia; luego se inclinó hacia atrás y se apoyó en las puertas del balcón. Walter se detuvo.

—¿Qué ha dicho el doctor Emmet?

Los ojos de ella mantuvieron su mirada, preocupada y nerviosa.

—No es asun… —Él no se iría si no se lo decía; podía verlo en su expresión implacable, en la actitud decidida de sus hombros—. Ha dicho que mostraba señales de agotamiento.

—¿Eso es todo?

Ella asintió.

—Ya le dije que no había estado durmiendo bien.

—Me dijo que creía que no había dormido bien; no es lo mismo en absoluto.

Skye se encogió de hombros mientras abría y cerraba los dedos en torno al pañuelo.

—¿No está embarazada?

—No —respondió; en su voz había enfado y amargura—. No estoy embarazada. ¿Esa es la primera conclusión a la que llega todo el mundo? ¿O ha sido usted quien ha metido esa idea en el diminuto cerebro del médico? ¿Por eso insistió en…?

No terminó la frase. No pudo. El simple recuerdo resultaba humillante; hablar de ello con alguien era doloroso.

—¿La ha reconocido? —preguntó Walker sin rodeos.

A Skye se le saltaron las lágrimas; se olvidó del pañuelo y se las apartó con los nudillos de la mano derecha. Tragándose un sollozo, dijo:

—No tenía que haberlo traído. —Las lágrimas ya no se reprimieron y le resbalaron por las mejillas; habló en tono lastimero—. ¿Cree que yo quería tener sus manos encima de mí?

Walker no había pensado en aquello.

—Creía que yo era el único que no podía tocarla.

Skye se abrazó a sí misma y meneó la cabeza. Le asustaba lo que le estaba ocurriendo, y más aún reconocerlo ante nadie.

—Por favor, váyase, señor Caine. No quiero que esté aquí. Sólo

necesito descansar hoy. —Señaló la mesita de noche—. El médico me ha dejado una cosa.

Walker echó una ojeada a la botellita color marrón que estaba cerca de la lámpara.

—¿Láudano? —preguntó.

—Sí.

—Tenga cuidado con él.

Los opiáceos que contenía el láudano eran adictivos.

—Conozco sus peligros. Mi hermana me lo ha contado todo al respecto. —Mientras se preparaba para su examen de ingreso a la Facultad de Medicina, Maggie había estudiado mucho, y antes o después, Skye se veía obligada a oír casi todo lo que aprendía—. Va a ser… Se detuvo al darse cuenta de lo que había estado a punto de soltar. Estaba más cansada de lo que creía; una palabra más, y habría contando abiertamente los planes de Maggie para convertirse en médico.

—Va a ser adicta cualquier día de éstos si no se anda con cuidado.

«Perdóname, Maggie.»

Walker frunció el cejo, pero dejó la botella.

—No sabía que tuviera una hermana.

—No creo haber comentado nunca con usted mi vida privada. —La generosa boca de Skye se apretó un poco—. Ni creo que me apetezca hacerlo.

Estaba a punto de suplicarle otra vez que se fuera, cuando una llamada a la puerta aceleró las cosas. Sus ojos llenos de pánico volaron

hasta su cara, y él se puso un dedo en los labios. Se había preparado para esa contingencia cuando echó la llave en la puerta. Señaló el balcón y, con un gesto, le indicó que se hiciera a un lado; después le abrió y salió. Un aire helado se deslizó en el interior del cuarto antes de que ella lo cerrara dejándolo fuera.

En ese momento volvieron a llamar a la puerta, y Skye empezó a retroceder hacia ella, incapaz de apartar los ojos de Walker. Era perfectamente visible. ¿Adónde creía que iba a ir? Contuvo el aliento cuando él se subió a la barandilla del balcón; por sus propios cálculos, Skye sabía que estaba al menos a tres metros y medio del balcón de Parnell. Sin tomar carrerilla, ¿cómo esperaba…? Le dolía el pecho de tanto contener la respiración. Y, de repente, él saltó. Skye se olvidó de la puerta; el único golpeteo insistente que oía era el de su propio corazón. Corrió al balcón y miró afuera; Walker estaba trepando por la barandilla de piedra de Parnell.

—Un momento —dijo, calmándose.

Se secó las húmedas palmas en el vestido y volvió a meterse el pañuelo en el puño del mismo. Entonces abrió la puerta al propio Parnell, que la miró extrañado.

—No esperaba que su puerta estuviera cerrada con llave —comentó.

—El doctor Emmet ha dicho que debía descansar; creí que sería mejor que no me molestaran.

Él tuvo la cortesía de ruborizarse.

—Le pido disculpas. Sólo pensaba en su bienestar… El médico acaba

de irse. Hank lo va a llevar a la ciudad porque no hemos localizado a Walker.

Mientras hablaba, su mirada vagó hasta más allá del hombro de Skye, intentando echar un vistazo al cuarto. Ella fingió no darse cuenta de su intención y abrió más la puerta con gesto despreocupado. Parnell no solicitó entrar, ni ella lo invitó a hacerlo; dejó que el silencio hablara de su inocencia. Él volvió a centrar su atención en Skye.

—La señora Reading les comentará al resto de los empleados su enfermedad.

—Es que no estoy enferma.

—No, claro que no —se apresuró a decir él—. Quería decir que, sencillamente, les dirá que usted necesita descansar un poco.

—No creo que eso hable muy bien de mí, señor Parnell. ¿Está seguro de que no prefiere despedirme ya?

La pregunta era un desafío, y él pareció quedarse un poco desconcertado.

—¿Despedirla, señorita Dennehy? ¿Sólo porque necesita un día de descanso? No sé a lo que estaba usted acostumbrada en otros sitios, pero así no es como hago yo las cosas. Confío en que mañana esté bien.

Las dudas volvieron a inquietar a Skye. ¿Eran Jonathan Parnell y Jay Mac cómplices en algún plan, o sentía Parnell un auténtico interés hacia ella? Ambas cosas explicarían por qué se mostraba inflexible con que Walker no entrara en su habitación. ¿Cuál era la verdad? Quizá las dos… Quizá ninguna. Se frotó la nuca; de repente, sentía que allí iba

aumentándole la tensión.

—¿Algo más, señor Parnell?

Él vaciló.

—¿Sería osado pedirle que me llamara Jon? Es decir, cuando estemos a solas.

—Sí —replicó ella—. Sería osado.

Entonces, muy suavemente, pero con evidente intención, le cerró la puerta en la cara.

Skye sabía que aquello iba a ocurrir. Durmió a intervalos durante toda la mañana y primera hora de la tarde, y ya anochecido estaba inquieta. También estaba bastante asustada. Inquieta y asustada… Tanto lo uno como lo otro le habrían quitado el sueño hasta después de medianoche; las combinación de ambas cosas, pensó, la haría seguir despierta hasta después del amanecer.

Todas las lámparas del cuarto estaban encendidas. Hank había llevado más leños a su habitación, y ahora ardía un buen fuego; no había miedo alguno de que fuera a apagarse en ningún momento. Su cena a medio comer estaba en una bandeja, junto a la puerta; Annie se negó a llevársela al ver que no se la había acabado. Los platos estaban cubiertos, pero a Skye le parecía olerlos de todos modos; el olor de la trucha asada le revolvía el estómago. A aquellas alturas, la tetera estaba fría y el té, amargo y fuerte. No le sentaría mejor que la primera taza que se había

servido. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba el tiempo con angustiosa lentitud. A veces miraba por el balcón; una vez incluso llegó a salir. Apenas pasadas las diez, sacó la bandeja al pasillo; a las once se sentó al escritorio para escribir una carta; a medianoche rompió la carta y probó con la poesía. Cuando no se le ocurrió ninguna palabra que rimara con «espeluznante», lo dejó.

Se sentía como si estuviera otra vez con todas sus hermanas; la emoción y el terror se mezclaban en su mente. Era como si estuviese en el desván de su casa de verano, sentada en el asiento de al lado de la ventana, atenta por si aparecía el fantasma. Experimentaba la misma sensación de expectativa que despertaba su imaginación. Las sombras del fuego saltaban de forma misteriosa.

—Ridículo —dijo en voz baja.

Se recostó en la cama y miró fijamente el techo. Luego oyó el reloj y se puso a contar: eso debería darle sueño… A la una en punto seguía completamente despierta.

La casa estaba en silencio cuando Skye bajó de puntillas la escalera principal. Llevaba una lámpara, y su sombra dio un salto cuando pasó los dos últimos escalones de golpe. Aquella noche, su primer destino no era la cocina, sino la biblioteca. La habitación estaba insoportablemente fría cuando dejó la alfombra y pisó el suelo de tablones. Puso la lámpara a un lado y se ciñó más la bata; luego se sacudió un poco de tierra de la manga, resto de la excursión de la noche anterior. Tardó un rato en dar con el libro; después de preparar trabajos sobre temas tan distintos como

los castillos medievales y la química de la dinamita, conocía las bibliotecas lo bastante bien como para saber que aquélla en concreto estaba organizada sin mucha lógica. La historia de la familia Granville estaba situada entre *El origen del hombre,* de Darwin, y *Principios de economía política,* de Stuart Mili; echó un vistazo a estos dos títulos e hizo una pequeña mueca. En voz baja, dijo:

—Cosas que mis hermanas leerían. Cosas que probablemente ya han leído.

Cuando no se preparaba para la aventura, sus gustos particulares se decantaban hacia Poe y Hawthorne… Entonces sacó la historia de los Granville con cuidado y se la deslizó bajo un brazo.

El plan de Skye no era regresar inmediatamente a su habitación; aquel libro le proporcionaba una excusa para estar en el piso bajo. Apenas se atrevía a respirar cuando, sin hacer ruido, recorrió el pasillo hacia la cocina; se detuvo en varias ocasiones para asegurarse de que nadie más de la casa estaba levantado. La puerta que daba al sótano estaba cerrada con llave. Hizo girar el picaporte dos veces sólo para cerciorarse y, decepcionada, decidió ir por la entrada exterior. Entonces, después de dejar allí el libro pero llevando consigo la lámpara, salió del porche trasero. Cogió de la despensa un bote de remolacha y lo colocó en la puerta para que no se cerrara; luego rodeó la parte de atrás de la casa.

Aquella noche no la acompañaban la luna y las estrellas, y estuvo encantada de tener la lámpara. Hacía un viento glacial. Skye ya estaba temblando antes de llegar a la inclinada entrada de doble puerta; una

vez allí, se agachó y dio un tirón a uno de los picaportes esperando que se abriera. Pero la puerta no cedió. Desconcertada, lo intentó con la otra, pero ésta tampoco se movió. Las puertas volvían a tener pasado el cerrojo por dentro. Tenía demasiado frío para quedarse allí fuera preguntándose cómo habría sido eso, quién las habría encontrado abiertas y habría echado el cerrojo, o por qué a nadie se le había recriminado aquel desliz. Lo que estaba claro era que al menos una persona de la casa sabía que ella había estado en el sótano la noche anterior. Sin más dilación, se apresuró a desandar sus pasos, apartó el bote de remolacha y cerró la puerta trasera. Dando unas ligeras patadas para calentarse los pies, echó la llave y regresó a la cocina.

Sentado a la mesa, hojeando con gesto despreocupado la historia de los Granville, estaba Walker Caine; no alzó la vista cuando ella se quedó de una pieza en la entrada.

—Esto parece una lectura interesante —comentó, pasando otra página.

—Por eso lo he cogido —dijo ella con voz débil.

Él alzó la mirada.

—Supongo que otra vez no podía dormir.

—Exacto.

Walker asintió con aire pensativo, con la mirada fija aún en el libro.

—Y mientras estaba usted aquí abajo, ha oído algo fuera.

—Sí.

—De modo que ha ido a investigar.

—Sí.

—Es usted intrépida, Skye; lo reconozco.

En otro lugar, en otro momento, aquella valoración de su carácter la habría puesto muy contenta; sin embargo, no se fiaba de la opinión de Walker. Respondió con voz débil:

—Lo intento.

Una leve sonrisa apareció en los labios de él. Luego cerró el libro que tenía delante y le dirigió una mirada reflexiva.

—En cambio, no miente muy bien. —Alzó la mano para detener la interrupción y la protesta que ella se disponía a formular—. Salga conmigo. Quiero mostrarle una cosa.

—No creo…

Esta vez él le paró los pies con una dura mirada. La amabilidad se esfumó de su voz.

—No era una invitación, Skye: era una orden.

El pavor le apretó el estómago; fue una sensación tan poderosa, tan auténtica, que se pasó los brazos por la cintura. Sus ojos lo siguieron con recelo mientras él rodeaba la mesa. Walker extendió la palma de la mano y le hizo señas para que pasara delante. Cuando estaban a punto de salir le dijo:

—Tenga. Póngase esto. —Y quitándose la chaqueta que llevaba puesta sobre el pijama se la dio a Skye.

—¿Y usted? —preguntó ella; aquella prenda de algodón no era a prueba de frío—. Necesita algo.

Él le dirigió una mirada extraña; luego volvió a alargar la chaqueta hacia ella.

—Póngasela —repitió.

—Lo sé —dijo ella suspirando—. No es una invitación: es una orden.

Tan pronto tuvo puesta la chaqueta, sintió las manos de él en la base de la espalda, empujándola para que saliera fuera. En el último escalón tropezó.

—Debería haber cogido usted la lámpara.

—Eso es lo que la ha metido en problemas, para empezar.

Skye echó una ojeada por encima del hombro.

—¿Qué quiere decir?

—Por aquí.

Walker señaló a su izquierda. Como al parecer Skye no se movía lo bastante rápido para su gusto, dijo:

—Deme la mano.

Ella vaciló un instante y luego se la tendió. Él la tomó rodeándola con la suya. Sintió el temblor que la recorría, y supo que no tenía nada que ver con el frío.

—¿Se encuentra bien? —preguntó—. Si está diciéndomelo con la cabeza, no lo veo muy bien.

—Estoy bien —respondió ella.

Al decirlo, le sorprendió que fuera cierto; la mano que envolvía la suya era reconfortante, y no lo comprendía.

—Bueno. Vamos.

Walker fue tirando de ella alrededor del perímetro de la casa hasta que llegaron a las puertas del sótano. Entonces le soltó la mano y preguntó:

—¿Observa algo?

Ella miró a su alrededor; no tenía una idea clara de lo que pretendía que viera, y desconfiaba por si caía en una trampa que le hubiera tendido.

—Lo que dice no tiene sentido. Veo la entrada… Supongo que lleva al sótano.

—Me parece que sabe que sí. ¿Qué más?

Skye se volvió. La casa estaba rodeada por ramas secas y heladas de rosales; imaginó que en primavera y verano su fragancia llegaría hasta el interior con las ventanas abiertas. Después le llamaron la atención las ventanas en sí. Señaló la más próxima; era una ventana grande, de doble arco, y sólo el gran salón abandonado las tenía así. Al fin meneó la cabeza negativamente, sin entender la finalidad de aquella excursión.

—Más arriba —le indicó Walker.

Skye alzó la cabeza. De la primera planta sobresalía un pequeño balcón frente a un par de puerta-ventanas.

Frunció el cejo mientras intentaba situar las habitaciones y a sus ocupantes; de repente, su rostro reflejó que había dado con la respuesta.

—Ese es su cuarto —dijo.

—Exacto.

—Supongo que desde su balcón tendrá una buena vista.

Él asintió.

—Muy buena… En otoño, los árboles que bordean toda esta loma se llenan de color; y ahora que es invierno, se ve el río en distintos tramos.

Skye no apreció la tortura a la que Walker la sometía.

—Ya sabe lo que quiero decir —espetó secamente.

—¿Y por qué no lo dice?

No podía hacerlo: eso significaría poner las cartas boca arriba. Skye meneó la cabeza; era Walker quien tenía que decirlo. Debía estar segura de que no estaba faroleando.

—Muy bien —asintió él—. Usted ha sacado esa lámpara y ha intentado abrir estas puertas. Yo estaba observándola. Las puertas estaban con el cerrojo corrido, y usted ha renunciado en seguida. Le hubiese convenido más no haber traído la lámpara: para empezar, la luz es lo que me ha llevado a la ventana.

—¿Y adónde quiere llegar? —preguntó ella.

Su pregunta hizo que Walker se sorprendiera.

—Quiero llegar a que la he visto intentando entrar en el sótano.

Skye meneó la cabeza; entonces recordó que él no veía su gesto y dijo rotundamente:

—No.

—¿No?

—Lo que usted ha visto ha sido cómo comprobada las puertas para asegurarme de que estaban cerradas. Le he dicho que he oído algo fuera y he salido a investigar. Soy intrépida, ¿recuerda? Como el señor Parnell

es tan firme en lo de que nadie, salvo unos cuantos escogidos, entre en el sótano, he pensado que era preferible comprobarlo.

—¿Esa es su historia?

—Esa es la verdad.

Walker tenía los hombros rígidos de frío.

—Aquí fuera no hay nada más que decir. Vamos otra vez dentro.

Esta vez no le brindó ayuda a Skye y se metió las manos en los bolsillos. Cuando estuvieron de vuelta en la cocina, encendió el hornillo y puso agua a hervir. Al ver que Skye empezaba a quitarse la chaqueta, la detuvo; se la veía casi perdida dentro de ella, pero los dientes le castañeteaban. Ella le dedicó una mirada agradecida.

Walker se apoyó en el fogón con los brazos cruzados. El único hoyuelo que a veces subrayaba su sonrisa no se veía por ningún lado. Tenía la cara demacrada, y la línea algo torcida de la nariz, más pronunciada. En sus ojos entornados había una expresión distante; su mirada iba más allá de Skye, hacia algún punto o pensamiento lejano.

—El agua está hirviendo —dijo Skye por segunda vez.

—¿Qué? Ah.

Se apartó del hornillo, sobresaltado, y llenó dos tazas. Tras dejar el té un rato, coló los posos y le dio un tazón a Skye.

—¿Azúcar?

Cuando ella asintió, Walker buscó una cuchara y la puso en la mesa, al lado del azucarero. Él no se sentó sino que prefirió quedarse junto al resto de calor del hogar.

—¿Juega mucho al póquer, Skye?

Para evitar escupir el té, ella se lo tragó de golpe; sintió que el líquido la quemaba mientras bajaba hasta su estómago. Consiguiendo a duras penas no atragantarse con las palabras, contestó:

—No es un juego de mujeres.

—Eso no es la respuesta a la pregunta que le he hecho.

—He jugado un poco —reconoció ella.

Jay Mac había enseñado a todas sus hijas a jugar. Michael era muy buena, y Mary Francis incluso un poco mejor; Rennie no sabía farolear en absoluto: su cara era demasiado expresiva. A Maggie no le gustaba mucho, pero detestaba decepcionar a Jay Mac no participando. En cuanto a Skye, sus dotes se situaban entre las de Michael y las de Rennie. Lo que tenía a su favor era la suerte: cuando la tenía de cara, parecía que pudiese hacer cualquier cosa; era el asombro de toda la familia.

Justo en aquel instante, Skye se sentía como si estuviera al final de una buena racha.

—Eso creía —comentó Walker; luego exhaló la respiración despacio, no exactamente como un suspiro, sino más bien como una señal de que su paciencia se había acabado—. Mire, no hay una razón especial por la que deba confiar en mí, o al menos, no se me ocurre ninguna; de todos modos, sería mejor que se resignara a la derrota conmigo en vez de enfrentarse a mí.

La perplejidad de Skye no fue del todo fingida.

—¿Resignarme a la derrota con usted? —preguntó.

—Su fisgoneo va a hacerle daño. Debería terminar y preguntarme sencillamente lo que quiera que desee saber.

Pero claro, ella no podía hacer eso… Y dio un nuevo sorbo a su té.

Walker dejó que el silencio se alargara un rato antes de decir:

—Han amenazado de muerte Parnell.

—No creerá usted…

—¿Usted? —Él se encogió de hombros—. En realidad no lo sé, ¿no?

—Pero ¿cuándo? ¿Quiere decir que lo han amenazado justamente hoy?

—No. La cosa empezó hace meses, unas semanas antes de que me contrataran; ése es el motivo de que yo esté aquí: me contrataron para protegerlo.

Skye frunció el cejo; aquélla era una información inesperada. Había supuesto que la presencia de Walker tenía como finalidad proteger el invento, no al propio inventor… ¿Qué verdad había en lo que su padre le había contado? ¿Se atrevía a aceptar sin más todo lo que le había dicho? En todo caso, Jay Mac no estaba enterado de todo, porque si no jamás la habría enviado a que corriera ningún tipo de peligro.

—Me parece que no sé por qué usted cree que eso tiene que ver conmigo —reflexionó ella en voz alta.

—Pensaba que al menos eso era evidente: si su propósito es hacerle daño de algún modo, no dejaré que lo haga.

—¿Hacerle daño? —Skye estaba muda de asombro—. ¿Hacer daño al señor Parnell? Tiene usted unas ideas rarísimas. ¿Ha mantenido esta

conversación con alguien más? ¿Con la señora Reading, por ejemplo? ¿O con las mellizas?

—Vigilo a todo el mundo —respondió él—, pero al parecer usted me llama la atención con mayor frecuencia.

—Supongo que eso no pretende ser halagador.

La boca de Walker se redujo a una línea cuando meneó la cabeza; unos dorados puntos de luz destellaron en sus ojos.

—Entiendo —afirmó ella despacio, dejando el tazón.

—No creo.

Él acabó su té y se apartó del hornillo. Cuando se acercó a la mesa tampoco cogió una silla; se quedó de pie a propósito, dominando a Skye.

—He decidido que vale la pena vigilarla con más cuidado.

—¡Pero si prácticamente ya no me deja ni a sol ni a sombra!

La voz de Skye había subido de tono, lo que era un indicio de su alarma. Fue a levantarse, pero Walker extendió la mano y la dejó flotando sobre su hombro, sin tocarla. Ella se sentó de nuevo, despacio.

—No me fío de que no vaya a andar vagando por la casa de noche, y no pienso perder más sueño por esa razón.

Skye no estaba segura de que le gustara adónde parecía ir a parar Walker. La única conclusión que sacaba era…

—De modo que usted compartirá mi cuarto o yo compartiré el suyo —acabó él.

Skye había acertado… aunque en ello había poco consuelo.

—Está usted completamente loco —dijo sin alterar la voz.

—Y hablo completamente en serio.

—El señor Parnell no lo admitirá. Si no quería que estuviera usted en mi habitación ni un momento…, ¿cómo le va a permitir pasar la noche allí?

Walker se encogió de hombros.

—Pregúnteselo por la mañana.

Skye tenía intención de preguntárselo en seguida, y su propósito se traslució perfectamente en su cara. Walker retrocedió y la dejó levantarse.

—Vamos —le animó—: vaya a despertar a Parnell.

Skye titubeó. Por el modo en que lo dijo, parecía que despertar a Parnell no fuera una decisión demasiado prudente. Estaba convencida de que Walker había pretendido darle esa impresión a propósito… y también estaba bastante segura de que tenía razón.

—Hablaré con él por la mañana.

—Como desee.

—No voy a quedarme en su cuarto —dijo ella.

—Entonces me quedaré yo en el suyo; le he dicho que usted elegía.

—Entre Escila y Caribdis —comentó ella en voz baja. Al darse cuenta de lo que había dicho, Skye se apresuró a mirar a Walker; no era probable que una ama de llaves citara la *Odisea* de Homero. En su lugar deseó haber dicho algo sobre la espada y la pared…, pero fue un alivio que Walker no lo oyera o, al menos, que no hiciera ningún comentario.

Él señaló la escalera de los criados.

—Iremos por ahí a mi habitación; tengo que coger unas mantas. —Puso el libro en las manos de Skye y levantó la lámpara—. Yo iré primero.

Skye siguió a Walker a su cuarto y esperó en la puerta mientras él recogía mantas y una almohada. Casi deseó que la señora Reading saliera de su habitación y los sorprendiera; no le parecía que la cocinera fuera a meditar mucho lo de ir a despertar a Parnell… Y lo cierto era que le preocupaba su propia reticencia a hacerlo. Walker la había llamado intrépida, pero se sentía francamente cobarde. En aquellos mismos momentos tenía una oportunidad perfecta para huir; luego podía encerrarse con llave en su cuarto y acabar así con su intromisión…, al menos durante aquella noche. Y, sin embargo, no se movió. Como no creía que su acción, o más bien su ausencia de acción, soportara un mediano análisis, no pensó más en ello, y cuando Walker acabó de recoger sus cosas, lo siguió hasta su propia habitación sin decir una palabra.

Tan pronto como estuvieron dentro, él cerró la puerta con llave y dejó ésta puesta en la cerradura.

—Nadie ha de saber que he estado aquí —dijo él—. De usted depende.

—No se me ocurre un motivo por el que desee guardármelo para mí —comentó ella con frialdad.

—Como guste —replicó él en tono indiferente—. Ya le he dicho que de usted depende.

Skye dejó el libro en la mesita de noche, junto a la botella de láudano sin abrir. En su ausencia, el fuego se había reducido a brasas, de modo que atizó los leños y añadió más. Walker ya había apartado una butaca y estaba extendiendo una de las mantas sobre la alfombra; no le resultaría muy cómodo, pero Skye no le ofreció compartir su cama. Apagó todas las lámparas salvo la de su mesita de noche, y se quitó la chaqueta de Walker. Al tendérsela, dijo:

—Quizá la necesite. Ahí tal vez haga frío.

Él la colgó en una butaca próxima y preguntó:

—¿Va usted a leer?

—¿Le molesta?

En cuanto pronunció esas palabras, Skye se ruborizó, plenamente consciente de que aquél era el tipo de pregunta que su madre le habría hecho a su padre. Era la clase de pregunta que provenía de una cómoda relación; algo que se preguntaba al tener en cuenta el interés del otro. Antes de que él le respondiera, se apresuró a decir:

—No voy a leer. Voy a tratar de dormir. —Y extrañamente, pensó que esa noche sí sería capaz hacerlo. Eso tampoco resistiría un examen. Levantó la tulipa de vidrio que cubría la lámpara y sopló la llama con suavidad; salvo por la luz del fuego, su dormitorio estaba a oscuras. Luego, colocó de nuevo la tulipa y se volvió de espaldas a Walker. Entonces se quitó la bata.

—Felices sueños —dijo él.

Ella no recordaba haber soñado desde que había llegado a la

mansión. Lo pensó mientras se metía en la cama y se subía el edredón hasta el cuello. Walker ya estaba tendido en el suelo, delante del fuego; la silueta de su largo cuerpo destacaba contra la luz.

—¿Cómo se rompió la nariz? —preguntó; observó que el oscuro contorno del cuerpo de él cambiaba de forma y supo que se tocaba el puente ligeramente torcido—. ¿Se metió en una pelea?

—Me he metido en muchas peleas —respondió él—. Pero me rompí la nariz al caerme por una escalera.

—Ah…

Aunque sabía que no lo veía, Walker sonrió; esta vez, el único hoyuelo tan característico de él sí apareció en una comisura de su boca.

—¿Decepcionada?

—No, claro que no.

Pero sí lo estaba. Había imaginado algo muy distinto: una reyerta en un *saloon* de Dodge City, o una pelea entre bandas en el barrio del Bowery…, incluso un asalto en Central Park. Subió las rodillas y se las acercó al pecho. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había pensado en el desconocido del parque. Suspiró.

—¿Me tendría en mayor consideración si le dijera que me empujaron?

—Ni hablar —contestó ella remilgada; luego, más bajito añadió—: ¿Lo empujaron?

Él soltó una risita.

—No, pero estaba dispuesto a inventarme una historia.

Skye se quedó pensando.

—¿Le gustaría que yo lo tuviera en mayor consideración? —quiso saber.

—Algo así.

No había un buen motivo para que se sintiese tan atraída por él. Jonathan Parnell tenía facciones bastante más atractivas, y era más elegante, menos irritante…, probablemente más inteligente, definitivamente más adinerado, y… posiblemente, la persona que su padre había elegido para ella. Esa última razón inclinaba mucho la balanza a favor de Walker, pero Skye era lo bastante sensata como para saber que no era una buena razón. Y, sin embargo, sensata o no, la atracción hacia Walker existía.

Se volvió más de costado, deslizó un brazo por debajo de la almohada y cerró los ojos. Había otras preguntas que quería hacerle… pero se quedó dormida mientras una de ellas se le formaba en los labios.

Lo primero que sintió fue el roce palpitante en la mejilla. Skye arrugó la nariz y volvió la cabeza. No había forma de esquivarlo. Le cubría la cara, el cuello… Después pasó arrastrándose ligeramente por sus pechos. Contuvo el aliento cuando la sensación bajó hasta cruzar su vientre y sus muslos. Intentó levantar un brazo, luego la rodilla… Sólo consiguió retorcerse de un lado a otro al mover la cabeza.

Alzó un poco las pestañas, que volvieron a cerrarse mientras luchaba

por recuperar la conciencia. Oyó una voz; unas palabras que no acababa de entender se filtraban hacia ella. Se esforzó por escuchar, pero los oídos le fallaron, igual que habían hecho antes sus brazos y sus piernas.

La voz se desvaneció, y con ella el peso que la mantenía en su sitio. Levantó un brazo, luego el otro… Los dos cayeron en seguida sobre el colchón sin fuerzas, exhaustos por aquel pequeño movimiento. Levantó unos centímetros la rodilla. El agotamiento la hizo estremecer.

De pronto, la oscuridad se levantó, y, al desaparecer, Skye se despertó por completo, con los ojos muy abiertos. Sentía una presión en el pecho, un ansia que deseaba liberar a toda costa. Se obligó a sentarse. Sus dedos aferraron la sábana y abrió la boca.

La tremenda presión de su pecho, el ansia que precisaba liberarse, era un grito de angustia.

La deriva de Walker hacia la conciencia fue más lenta incluso que la de Skye. Al incorporarse, no pudo contener del todo un gruñido; se apretó las orejas con ambas manos, pero eso no alivió las punzadas que sentía en la cabeza ni el agudo dolor de sus oídos.

Al darse cuenta de que las cosas que tenía dentro de la cabeza ocurrían también fuera, abrió los ojos.

El golpeteo procedía de la puerta; la fuente del punzante dolor de sus oídos era Skye. Con esfuerzo, se apresuró a ponerse de píe; su acostumbrado y elegante equilibrio tuvo que vencer la oscuridad y una

sensación de ardor en la nuca. Tropezó, se enderezó agarrándose al respaldo de una silla y por fin fue derecho hacía Skye.

Ésta estaba sentada en el borde de la cama, con el cuerpo rígido. Los anchos tirantes del camisón se le habían deslizado de los hombros y tenía la tela enrollada por debajo de sus pechos; el bajo estaba enrollado en la parte superior de sus muslos. Estaba prácticamente desnuda y no parecía darse cuenta.

—¿Qué está pasando ahí dentro?

El grito, mezclado con el golpeteo, procedía del otro lado de la puerta. Era Parnell. Un momento después, se le unió el ruego de Annie Staplehurst. Walker hizo caso omiso de ambos y se dirigió a Skye, susurrando su nombre con suavidad. El grito de ella se deshizo convertido en sollozo, y él intentó calmar su temblor abrazándola.

—No pasa nada —la tranquilizó en voz baja—. Está usted bien. Ha sido un sueño.

Lo dijo porque esperaba que fuera cierto; más difícil era explicar el dolor que él mismo sentía en la parte de atrás de la cabeza. Al cabo de un instante, la soltó despacio, temeroso de que su roce provocara una reacción opuesta a la que deseaba. Ella seguía temblando, con una sonrisa desprovista de toda calidez.

—Deje que la ayude —dijo él.

Skye bajó la vista y se miró. Se asustó de su desnudez. No recordaba… Miró de reojo a Walker. Fuera del cuarto, Parnell seguía golpeando la puerta con el puño. Skye oyó a Annie, luego a Corina

Reading. Sus gritos habían despertado a todo el mundo… Y allí estaba Walker, delicado y atento, sentado junto a ella y diciéndole que había sido un sueño.

—¿Lo ha hecho usted?

—¿Que si he qué? —Walker no estaba seguro de lo que le preguntaba.

Skye enganchó un dedo en un tirante del camisón y se lo subió hasta el hombro. Con la otra mano, tiró del bajo y se tapó los muslos. Estar cubierta le dio valor para plantear la pregunta.

—¿Me ha violado?

* * *

Capítulo 7

—Dios santo —fue lo único que dijo Walker.

Skye lo vio levantarse despacio e ir hacia la puerta. Entonces forcejeó con la llave y la abrió. Annie Staplehurst casi se cayó dentro de la habitación; Jonathan Parnell estaba justo detrás de ella, con una lámpara en la mano izquierda. La alzó al entrar y echó un vistazo a la escena que tenía delante sin perderse un detalle. Skye se limitó a mirarlo fijamente, sabiendo que las apariencias resultaban condenatorias. Pensó que él querría una explicación, pero ¿cómo iba a explicar nada si ella misma no lo entendía?

Mientras tanto, Walker se puso los pantalones y se remetió los faldones de la camisa del pijama. Sus modales no denotaban culpabilidad, ni apresuramiento, ni torpeza. Luego recogió la bata de Skye y se la alcanzó.

—Tenga, póngase esto.

Ella extendió una mano temblorosa, pero él tuvo que meterle el brazo en la manga, y al cabo de un momento acabar de ponérsela, echándole el pelo a un lado y colocándole bien el cuello.

—Apártese de ella, Walker.

Despacio, Parnell levantó la mano derecha, y entonces todas las

miradas se centraron en el arma que sostenía. Con cautela, dejó la lámpara sin desviar ni un instante la vista de Walker.

—Quítele las malditas manos de encima. —El arma estaba tan firme como su voz—. Lo digo en serio: apártese ya.

Los dedos de Walker soltaron el cuello de la bata de Skye al retirar la mano y levantarla poco a poco. Su cara no tenía ninguna expresión. No miraba el arma que había en la mano de Parnell; miraba a Parnell. El duro nudo que Skye sentía en la garganta apenas le permitía hablar; a pesar de todo, consiguió pronunciar unas palabras, ásperas y secas, y rezó para que se entendieran.

—No… Por favor, no… No es…

Parnell no escuchaba; cerró con más fuerza la mano sobre el arma y, de una sacudida, señaló a Walker hacia dónde debía moverse.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó.

Walker no respondió; se limitó a mantener los ojos clavados en él.

—Diga algo, maldita sea.

—Usted ya cree saber lo que he hecho —contestó—. Sería idiota si hablara mientras me apunta con un arma.

Parnell enmarcó las cejas levemente y lo miró a los ojos.

—Sería idiota si no lo hiciera.

A Skye le temblaban las piernas cuando se puso de pie. Se agarró al poste de la esquina de la cama buscando apoyo.

—Por amor de Dios, aparte el arma…

Lo que ocurrió entonces sólo duró unos segundos, pero a Skye le

pareció que los actores se movían lentamente, como si el aire hubiera adoptado la densidad del agua. Primero vio que Parnell miraba hacia ella; detrás de él, la cabeza de Annie se volvió hacia Walker, y la boca de la señora Reading se abrió para gritar una advertencia. En ese mismo instante, Walker giró sobre el pie izquierdo y se puso de cara a la repisa de la chimenea. Como formando parte del mismo movimiento, su pierna derecha lanzó un golpe, y con el borde de la planta del pie dio una súbita patada a la mano de Parnell. En un gesto igual de fluido, Walker avanzó, se acercó más y le asestó un golpe fulminante en la muñeca con la mano ahuecada. Dando vueltas, el arma se soltó de los dedos entumecidos y dio contra la pared con sordo estrépito; al fin fue rebotando por el suelo y se estampó contra la otra pared sin dispararse. Parnell retrocedió tambaleándose, agarrándose la muñeca herida. Chocó con Annie, que perdió el equilibrio, y la señora Reading tuvo que salir al pasillo para evitar que la aplastaran contra el marco de la puerta. Con su larga y ágil zancada, Walker llegó en seguida hasta el arma; con calma, la recogió y abrió de golpe el cargador. Tras sacar las balas y echárselas a un bolsillo, la examinó con mayor detalle.

—Es un Cok 45 de cañón corto —dijo sin alterarse.

En su voz no había ni rastro de emoción; no se había quedado sin aliento, ni estaba acalorado. Su postura era despreocupada, relajada, y en él no había señales visibles de que acabara de ocurrir ningún contratiempo. Skye observó que frotaba el frío Cok gris azulado con sus largos dedos, como Aladino debió de frotar su lámpara. El susto y la

fascinación la estimulaban. Sus palabras le llegaban como si procedieran de muy lejos… Y entonces recordó otro lugar y otro momento en que había visto a un hombre arremeter de forma igualmente peligrosa… y elegante.

Walker alzó la mirada del Cok a Parnell; en ella había una pregunta.

—Esta arma la usan quienes se ganan la vida con los revólveres —dijo.

El cañón de cuatro pulgadas y tres cuartos era el preferido de los pistoleros por su fácil manejo; tenía la culata de madera de arce, y una hendidura en el arco del guardamonte que le ahorraba al tirador una fracción de segundo a la hora de llegar al gatillo.

—No esperaba que usted tuviera esto.

Parnell apartó a Annie y se sacudió la mano herida. No respondió al comentario de Walker y en lugar de eso miró a Skye.

—¿Se encuentra bien? La hemos oído gritar.

Medio aturdida por lo que había presenciado, Skye asintió.

—Estoy bien.

—Entonces, ¿a qué diablos ha venido todo? —preguntó él en tono impaciente.

Con la frente fruncida, se pasó los dedos por el espeso cabello. Primero miró a Skye, y luego a Walker.

Fue éste quien habló, mientras sus ojos iban como un rayo de Annie a la señora Reading.

—Vamos a hablarlo en privado —dijo.

Con un gesto afirmativo, Parnell repuso:

—Muy bien.

—Se disponía a hacer una señal para que las mujeres se marcharan cuando Walker lo interrumpió:

—Abajo. Hablaremos en el salón.

Jonathan Parnell dejó ver su evidente irritación con un gesto de la boca. No le gustaba recibir órdenes de su propio empleado, sin embargo, no hizo ningún comentario, porque, desde luego, la situación de Walker como empleado iba a cambiar. Sus facciones sólo se suavizaron cuando miró a Skye.

—Señorita Dennehy, ¿desea decir algo antes de que yo escuche la explicación del señor Caine?

Walker volvió a interrumpirlo.

—Ella vendrá con nosotros.

Parnell apretó la mandíbula, y un músculo palpitó en ella. Pasado un momento, le preguntó a Skye:

—¿Es eso lo que usted desea?

Ella asintió otra vez.

—Quisiera vestirme, por favor.

—Desde luego. La dejaremos a solas.

Al ver que Walker no se movía, Parnell especificó lo que quería decir:

—Todos nosotros la dejaremos a solas.

—Esperó junto a la puerta hasta que al fin Walker se puso en marcha; luego tendió la mano pidiendo su arma, y Walker la dejó caer en su

palma abierta. Por último, se dirigió de nuevo a Skye—. ¿Tendrá suficiente con quince minutos?

—Sí —se limitó a decir ella.

—No me desautorice usted jamás delante de otros —dijo Parnell.

Sus iris, de un intenso añil, tenían una expresión dura. Los planos y ángulos de su rostro estaban tensos a causa de la cólera. Su boca era una línea, y unas diminutas arrugas blancas se le marcaban en las comisuras. Estaba en el aparador del salón, sirviéndose una copa, pero toda su atención se concentraba en Walker. Volvió a colocar el tapón de vidrio en la licorera.

—Esta noche se ha excedido.

Walker Caine no esperaba que le ofrecieran una copa y tampoco iba a pedirla; en aquel preciso instante necesitaba todos sus sentidos intactos. Se quedó de pie junto a la chimenea, al otro lado de la habitación, de cara a Parnell. Con tranquilidad, repuso:

—Y usted me ha apuntado con un arma cargada. Eso me ofende a mí. —No apartó los ojos de la intensa mirada de Parnell—. No debería ocurrir más.

Su amenaza implícita quedó flotando en el aire. Lentamente, Parnell se llevó el vaso a los labios y bebió de golpe un gran trago; luego se sirvió otro.

—Debería despedirlo —comentó con indiferencia.

A Walker le sorprendía que no lo hubiera hecho aún, y preguntó:

—¿Eso va a hacer?

En su voz había cierta curiosidad imparcial, como si no estuviera en juego su propio destino. Sabía que Parnell disfrutaría deshaciéndose de él; toleraba su presencia, pero no confiaba en él.

—Aún no lo he decidido —respondió Parnell; se apartó del aparador y se sentó en su sillón de siempre. Antes de mirar a Walker otra vez, echó un vistazo a la habitación y reconoció los cambios propiciados por Skye Dennehy—. Ella ha hecho un trabajo impecable aquí —dijo.

Casi todos los chales y fundas protectoras que antes cubrían los muebles habían desaparecido, y los que quedaban tenían colores vivos o eran de un blanco reluciente, producto de un buen lavado. A todas las mesitas auxiliares del salón se les había dado cera. Los ceniceros estaban vacíos, y el único montón de papeles de la habitación era una pequeña pila de partituras que había sobre el piano. Las figurillas de la repisa de la chimenea estaban reordenadas, y ahora, en lugar de parecer trastos, tenían el atractivo aspecto de *objets d'art*. Incluso las profundas hendiduras de los recargados marcos de los retratos estaban limpias, lo que daba una apariencia más favorecedora a toda una generación de Granville. A Parnell le impresionó lo que había logrado en cuestión de días; bajo su dirección, quién sabía lo que el personal sería capaz de hacer con la casa. Por fin, miró a Walker y preguntó:

—¿Por qué no me cuenta qué está pasando? ¿Recibió ella de buen grado sus insinuaciones, o la ha forzado usted?

Walker esperaba aquello.

—No ha habido insinuaciones y no ha habido violación. Todo lo que ella diga en sentido contrario es mentira.

Parnell arqueó una ceja.

—¿Y ella va a decir algo en sentido contrario?

—Siempre es posible —contestó Walker; se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza y con los dedos tocó con suavidad el contorno de la creciente hinchazón—. Pero yo no le he hecho nada para merecer esto.

Frunciendo el cejo, Parnell dobló un dedo y le indicó a Walker que se acercara. Cuando éste se inclinó, palpó el bulto y soltó un suave silbido.

—Vaya huevo de ganso.

—Debería tenerlo usted en su cabeza —comentó Walker; luego regresó hasta la chimenea y se agachó para echar otro leño en las escasas llamas. Al enderezarse, insistió—: Sí, en realidad, debería ser usted quien lo tuviese.

—¿Qué está diciendo? ¿Que la víctima tenía que haber sido yo?

Parnell frunció sus claras cejas, y sus ojos adoptaron una expresión reflexiva.

—Pero ¿quién…? —Sus facciones cambiaron—. No creerá usted que ella…

—¿Quién si no? —preguntó Walker; le dio un momento para que lo asimilara, sin insistir, y luego se explicó tranquilamente—. La puerta de la habitación estaba cerrada con llave; eso ya lo sabe usted, que se topó con ella. Los únicos que estábamos dentro éramos la señorita Dennehy y

yo. A no ser que crea que yo mismo me he dado con un atizador o con lo que diablos fuera, entonces tiene que pensar que lo ha hecho ella.

A continuación, esbozó una leve sonrisa y alzó una comisura de la boca con gesto cínico.

—A menos que crea usted en el fantasma de Granville.

—Ridículo.

—En ese caso… —lo animó Walker.

—Entonces ella es quien le ha dado a usted ese golpe —dijo Parnell —. Pero ¿con qué fin?

Walker se encogió de hombros.

—Para desacreditarme, o para llegar hasta usted… Cualquiera de las dos cosas le vendría bien. Tiene la llave de casi todas las habitaciones de esta casa, ¿recuerda?, de modo que una puerta cerrada con llave no le plantea demasiados obstáculos. Si hubiera tenido suerte, tal vez lo habría hecho esta noche. —En ese momento, se acercó al aparador y se sirvió dos dedos de whisky; allí estaba lo bastante cerca de la puerta como para oír si Skye se acercaba—. Mire, señor Parnell: esta noche la he encontrado fuera, fisgoneando; es la segunda noche que ha estado dando vueltas por la casa mientras todos dormían.

—¿La segunda noche? ¿Por qué no dijo usted…?

—Porque yo me encargaba del asunto; para eso me paga usted. ¿De verdad quería que lo distrajeran de su trabajo?

—No, pero…

Walker interrumpió los reparos de su patrón.

—Al pillarla esta noche, decidí que no iba a perderla de vista. Le di a escoger su habitación o la mía, y ella eligió la suya. Yo me acosté en el suelo, y ella en su cama. Cuando se quedó dormida, registré sus cosas. Hay algo que usted debería ver.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó los cartuchos del Cok de Parnell junto con un pequeño cuaderno; dejó los cartuchos en el aparador y el cuaderno se lo dio a Parnell. Mientras éste lo hojeaba, explicó:

—Como verá, sobre todo es una lista de cosas que quiere hacer. Tiene un inventario de las posesiones de usted, notas sobre cómo arreglar algunas habitaciones, sugerencias para telas, colores, cosas así… —Observó que Parnell dejaba de hojear el cuaderno y se concentraba en un dibujo—. Sí, creí que seguramente eso le parecería interesante; a mí me lo ha parecido.

—Parece mi habitación —comentó Parnell—. Y la de ella.

—Eso es: ha tomado nota de las dimensiones, la disposición del mobiliario, la distancia entre los balcones. No me sorprendería que lo haya memorizado para poder caminar por la habitación de usted a oscuras. No está seguro con ella aquí, señor Parnell.

Con los labios apretados en una línea fina, Parnell meneó la cabeza pensativo, cerró el cuaderno y se lo devolvió a Walker, diciendo:

—Entonces es una perra mentirosa. —En su voz había más decepción que indignación—. Yo esperaba… —Su voz fue apagándose con melancolía, y su mirada se volvió distante y vaga—. ¿Qué sugiere usted?

—Echarla. Que Hank la lleve a Baileyboro ahora mismo. Esta noche no ha tenido éxito, pero lo intentará otra vez.

Parnell vaciló.

—No estoy seguro de querer…

—¿Qué más hace falta para convencerlo? —preguntó Walker—. Ya ha visto por sí mismo lo que…

Su jefe alzó una mano.

—Lo que he visto es a una joven muy asustada. Aún no he oído lo que ella tiene que decir. Tal vez ha tenido muy buenas razones para golpearlo con un atizador. Usted no ha explicado por qué gritaba ella, y, después de todo, han sido sus gritos los que nos han llevado a su habitación.

—Quién sabe lo que pasa por su cabeza, pero yo imagino que ha sido algo así: se dio cuenta demasiado tarde de que yo no estaba inconsciente; tal vez me removí o gruñí, pero eso bastó para que se pensara dos veces si volver a ir a por mí o si arriesgarse a ir a por usted. Esos gritos estaban calculados para que usted acudiera corriendo, y le ha seguido usted el juego de maravilla: la ha defendido con gallardía, incluso se ha planteado apretar el gatillo contra mí.

A juzgar por su aspecto, Parnell seguía planteándoselo.

—Si ella me quita a mí de en medio, usted es un blanco evidente. Deshágase de ella, señor Parnell: ni usted ni su invento están seguros.

Su atención se distrajo al oír movimiento en el pasillo y los tonos amortiguados de unas voces que susurraban. Señaló a la puerta para

anunciar la llegada de Skye. Parnell asintió y su voz bajó en consecuencia.

—Recibe usted un buen sueldo —comentó—. Tal vez es hora de que se lo gane.

Walker entornó los ojos; aquello no era lo que esperaba escuchar.

—¿Y qué significa eso?

Parnell se terminó su bebida y dejó el vaso en la mesa que tenía al lado. Luego se puso de pie y se dispuso a ir hacia las puertas correderas del salón.

—Significa que, por ahora, ella se queda.

—Pero…

—Estoy casi seguro de para quién trabaja —dijo—. Necesito saber si es cierto.

—¿Va usted a decirme su nombre?

Parnell meneó la cabeza.

—Este nombre no —replicó—. Haga lo que tenga que hacer con la señorita Dennehy, pero no voy a echarla de su puesto. ¿Queda claro?

Walker asintió. La negativa de su jefe a mencionar un nombre le dejó claro lo que insinuaba: sospechaba de una persona muy poderosa.

—Bien —dijo Parnell satisfecho—. Vamos a oír lo que nuestra aspirante a asesina tiene que decir. Después de todo, usted ha insistido en que nos acompañara.

—Corina y Annie estaban allí; esperaban que se le concediera la oportunidad de explicarse. Yo no podía ignorarlo, pero quería que usted

me oyera primero —respondió Walker.

—Y lo he hecho. Ahora oigamos a la señorita Dennehy. Será interesante, ¿no cree?

Acto seguido, abrió las puertas y se hizo a un lado.

Skye entró en el cuarto con expresión tranquila; tenía la cara pálida y los párpados un poco hinchados, pero no había más indicios de que estuviera sometida a ninguna tensión. Se había puesto su vestido de día color morado intenso y llevaba el cabello sujeto en la nuca con un pasador de amatista. Un pedacito de encaje asomaba por debajo del puño derecho del vestido; ese pañuelo era el único indicio del estado de sus ideas y de su inquietud por la inminente entrevista. Esperó a que le ofrecieran asiento, y entonces eligió el duro sillón de orejas; se sentó en el borde, serena, con las manos recogidas en el regazo. Respiraba despacio y de forma regular, y, a fuerza de voluntad, lograba mantenerse calmada.

Parnell señaló el aparador.

—¿Una copa de jerez?

—No, gracias —dijo ella—. Nada para mí.

Skye no apartó la vista de Parnell, y tuvo buen cuidado de evitar la mirada vigilante de Walker. Parnell volvió a su sillón.

—Comprenderá que tenga algunas preguntas que hacerle —empezó.

—Sí, desde luego.

Él hizo un gesto afirmativo y empezó a hablar.

—Contaba con que usted infundiera algo de vida en esta casa, pero,

desde luego, los acontecimientos de esta noche han sido algo extraordinario. Naturalmente, me preocupa lo ocurrido. Tal vez debería empezar cuando invitó al señor Caine a entrar en su habitación.

Fue difícil no mirar a Walker, pero Skye lo consiguió.

—Yo no lo invité; él no me dio elección.

—¿Entró por la fuerza?

Ella vaciló.

—No, pero de todas formas no me dio opción. Se le ha metido en la cabeza que pretendo causarle a usted algún tipo de daño.

—¿Y lo pretende?

—¡No!

—Entiendo —dijo Parnell despacio—. ¿Y el señor Caine no tiene motivos para suponer que usted vaya a hacerlo?

Esta vez la negativa no fue tan rotunda.

—No… Es decir, él cree que tiene motivos.

Le explicó la situación, empleando las mismas excusas que había usado con Walker para justificar haber salido de su habitación; Parnell no dejó traslucir si la creía o no.

—Y por eso el señor Caine creyó tener motivos para estar en mi habitación.

—¿Y en su cama? —preguntó Parnell.

Su pregunta hizo que Skye se sintiera baja y vulgar. Esta vez sí buscó a Walker; esperaba encontrar algo en su cara, en su actitud, que le indicara lo que debía decir pero no vio nada. Todo en él, su postura, la

línea de su boca, la expresión de sus ojos, era deliberadamente neutro. Entonces volvió a posar la mirada en Parnell.

—No sé lo que ha ocurrido en mi habitación esta noche —murmuró —. Alguien…, o algo estaba tocando…

—¿Algo? —le interrumpió Parnell—. ¿Y qué significa eso, señorita Dennehy?

Skye no tenía una respuesta que fuera aceptable para sí misma… No podía decirles lo que pensaba pero, inconscientemente, su mirada vagó hacia los retratos de la pared de enfrente. Parnell lo observó y dijo:

—No va a decirme que ha sido el fantasma, ¿verdad? Creo que el señor Caine ya calculaba que quizá diera esa razón.

—Yo no he dicho eso… —Pero lo había pensando, y los dos hombres lo sabían; ella alzó la barbilla—. Supongo que ha sido una pesadilla, nada más… Aunque parecía muy auténtica. Es la única justificación que estoy dispuesta a dar de mi conducta.

—Una pesadilla… —repitió él.

—Sí —confirmó ella con firmeza, casi desafiándolo—. ¿Estoy despedida, señor Parnell?

—El señor Caine cree que debería despedirla. ¿Qué opina usted, señorita Dennehy?

—Me parece que sólo importa lo que piense usted.

—Así es. Y haría usted bien en recordarlo. —Por un momento, volvió la cabeza en dirección a Walker. A continuación se puso de pie y se dirigió de nuevo a Skye—. ¿Quiere marcharse, señorita Dennehy? Yo

pensaba que la experiencia de esta noche tal vez la llevaría a hacer las maletas rápidamente. Nadie la tendría en peor concepto por eso.

Ese comentario, sencillamente, no significaba nada; a esas alturas, nadie tenía demasiado buen concepto de ella.

—No se deja un trabajo por una pesadilla, señor Parnell.

Sintió que éste la escrutaba con sus ojos color azul oscuro, y le costó trabajo quedarse quieta, aguantando su mirada. Sintió como si con ella la tocara físicamente, como si unos dedos se deslizaran sobre su cara, sus hombros, por sus brazos… Sabía que no iba a encontrar pruebas de que la hubieran agredido, nada que achacar a Walker Caine, que no había nada que encontrar… Pero, a pesar de lo que había sostenido delante de Parnell y de Walker, Skye sabía que le habían hecho algo. Y que aquello no había sido un sueño.

Tras recibir permiso de Parnell para retirarse, Skye se dirigió a su cuarto. Cuando ya casi estaba en la parte superior de la escalera, oyó que las puertas de abajo se abrían y volvían a cerrarse. Entonces presintió que Walker iba a seguirla, y aceleró el paso; pero no fue lo bastante rápida, y no pudo evitar que él se colara por la puerta antes de cerrarla. Inmediatamente, Skye puso distancia entre ambos. Cruzó los brazos en la cintura y se abrazó a sí misma en ademán protector.

—¿Qué quiere?

—A usted.

Ella se ruborizó y se apresuró a apartar los ojos, violenta por su franca mirada.

—No ha sido un sueño —afirmó en voz baja.

No sabía que iba a decir esas palabras hasta que las pronunció. Las facciones de él siguieron siendo inexpresivas.

—Venga conmigo —dijo—. Pasará el resto de la noche en mi habitación.

Skye alzó la cabeza.

—No. No quiero.

—No tiene elección. Ninguna.

—El señor Parnell no ha dicho eso.

—El señor Parnell me permite encargarme de este asunto. —Se apartó un paso y señaló la puerta—. Pregúntele si lo desea; ahora, antes de que se vuelva a la cama.

Al ver que no se movía, añadió:

—Usted sabe que estoy diciéndole la verdad.

Señaló su camisón y su bata.

—Recoja sus cosas y venga conmigo. —Él cogió sus mantas y su almohada del suelo—. Si esto no le gusta, siempre puede dimitir.

—No puedo permitírmelo.

Skye pensó que era cierto, aunque no del modo que él imaginaba; si dejaba la mansión Granville en aquel momento, siempre lo consideraría un fracaso.

Él se encogió de hombros.

—Entonces tendrá que aprender a sacar el mejor partido de estas circunstancias.

Skye recogió su camisón y le dijo:

—Permítame cambiarme aquí.

Allí tenía un vestidor que le ofrecía cierta intimidad, mientras que en la habitación de Walker no lo había. Walker se limitó a señalar hacia la puerta. La boca de Skye se convirtió en una línea; de un tirón, arrancó su bata del respaldo de una silla, recogió unas cuantas cosas del tocador y salió del cuarto casi a paso de carga.

—No he hecho nada para merecer este trato —dijo.

—Y yo sólo me aseguro de que siga siendo así.

—Está tratándome como a una delincuente.

—Entonces considérese afortunada —repuso él—. Me entran ganas de tratarla como a una prostituta.

Skye se quedó sin aliento. Luego, con los dientes apretados, dijo:

—Si me pone una mano encima, lo mataré.

Habían llegado al cuarto de Walker. Como premeditado desafío a su amenaza, él abrió la puerta, le puso la mano en la base de la espalda y empujó; Skye se vio impulsada dentro de la habitación. Al instante, se volvió contra él con expresión salvaje.

—Parnell cree que esta noche ya lo ha intentado usted una vez —le dijo él.

Esa tranquila declaración la detuvo. En lugar de dejar caer las cosas que llevaba en la mano para golpearlo, las agarró con más fuerza.

—¿Qué quiere decir?

Walker se acercó a ella. Le arrancó las cosas de los puños cerrados,

las lanzó a una silla y, sin darle tiempo a reaccionar, cerró los dedos sobre su muñeca y le alzó la mano llevándosela a la parte de atrás de su cabeza.

—Esto —dijo—. Tóquelo.

Con dedos temblorosos, Skye exploró los bordes del chichón; cuando Walker le permitió retirarlos, tenía las puntas manchadas de sangre. Se quedó mirándose la mano, y luego miró fijamente a Walker. Entonces, con la voz convertida en un ronco susurro, dijo:

—Yo no le he hecho eso. —Pero su negativa no fue tan firme como quizá hubiera deseado. Sus siguientes palabras apenas se oyeron, aunque era evidente que las formulaba en tono de interrogación—: ¿Verdad?

Walker sintió la pregunta como un auténtico golpe físico, que en su rostro se reflejó con un simple parpadeo. ¿Qué le había ocurrido a Skye exactamente aquella noche?

—¿No lo sabe usted?

En un instante, la cara de Skye pasó de pálida a cenicienta. Las ojeras se hicieron más profundas bajo sus ojos verdes y, para espanto de ella, se le saltaron las lágrimas. No quería mostrarse vulnerable delante de aquel hombre. Se mordió el labio inferior y se concentró en ese dolor en lugar de en su desorientación. La horrenda verdad era que en realidad no lo sabía…

Walker no volvió a plantear la pregunta; no necesitaba escuchar la respuesta para ver su confusión.

—Cámbiese de ropa —dijo, al tiempo que él tiraba de sus tirantes y se los bajaba por los hombros—. A menos que quiera dormir con el vestido puesto.

A ella se le secaron las lágrimas de golpe. Hizo un breve gesto negativo y se apartó. Los botones eran difíciles, y sin Annie para ayudarla, empezó a forcejear. Entonces Walker le apartó las manos y emprendió la tarea. Skye se puso rígida, pero se mantuvo quieta y no dijo nada. Él fue rápido, impersonal, pero cada vez que su nudillo le rozaba la piel, ella sentía que se quedaba sin aliento. Sin decir una palabra, Walker terminó y retrocedió. El silencio de la habitación era intenso.

Se quedó con las manos a los costados mientras Skye se quitaba el vestido. Tenía la cabeza inclinada, dejando al descubierto la nuca. En su acción no había nada provocativo, ningún flirteo intencionado, y sin embargo Walker sintió una oleada de deseo que le hizo imposible apartar la vista. Sujeto flojamente con el pasador, el llameante cabello le había caído sobre un hombro. Sólo con alargar una mano, podría agarrarlo y tirar de ella hasta acercarla a él… Ya la había sentido contra su cuerpo, sabía cómo sus contornos se acoplaban a los ángulos del suyo. Ella no le tenía demasiado miedo, al menos no el que él esperaba que le tuviese; incluso como deseaba que le tuviese; probablemente sería más exacto decir que tenía miedo de sí misma.

Skye dio un paso, salió del vestido y extendió la mano para coger el camisón; aún pudorosamente tapada por la camisola y una enagua, se lo

metió por la cabeza. Deseó que Walker dijera algo; sin darse la vuelta, sabía que estaba observándola. La fuerza de su mirada era como unas manos sobre su cuerpo. Se estremeció, y ese movimiento conjuró el silencio.

Soltando un juramento en voz baja, Walker retrocedió para apartarse de ella y se quitó los pantalones. A continuación abrió las ropas de cama, vertió un poco de agua en la palangana del lavamanos y empezó a ocuparse de su cabeza. Mientras tanto, metiendo la mano por debajo de su camisón, Skye se las arregló para quitarse la camisola y la enagua sin enseñar más carne que la que ya había enseñado. Bastante más satisfecha, se sentó en una silla para quitarse los zapatos y las medias. Mientras echaba mano a los cordones miró a Walker.

—Tal vez necesite que le den un punto —dijo.

—No lo creo.

—Ya lo he hecho antes —explicó ella—. Dar puntos, quiero decir.

Él le lanzó una mirada de evidente escepticismo.

—Bueno, he visto cómo los daba mi hermana; no parecía tan difícil.

—No, gracias.

Walker se lavó el bulto de la cabeza con precaución; luego lo investigó con los dedos y se encogió al tocar un sitio especialmente dolorido.

—Sobreviviré a esta herida mejor de lo que sobreviviría a las atenciones que usted le dedicara. —Se deshizo de la toalla y se la lanzó a ella—. Los dedos: tiene sangre en ellos.

Sólo tenía una manchita, apenas visible ya. Skye se la lavó y volvió a llevar la toalla junto a la palangana.

—Supongo que, como ésta es su habitación, querrá la cama.

—Así es —dijo él con franqueza—. Y a usted en ella conmigo.

Lo que ayudó a Skye a mantenerse tranquila fue la certeza de que Walker no quería en realidad que ella compartiera su cama. Al darse cuenta de que eso no era en absoluto una certeza, sino tan sólo una suposición, sintió que se le nublaba la vista y se agarró a la esquina del lavamanos.

—¿Va a desmayarse?

—No.

Su débil respuesta no la convenció ni siquiera a ella… Comprendió por qué Walker se limitó a tomarla en brazos y dejarla en la cama. Él se quedó un instante de pie a su lado, escudriñándole el rostro, inmóvil y cauteloso antes de taparla bien. Skye lo siguió con la mirada mientras él rodeaba la cama y entraba por el otro lado, y siguió con los ojos clavados en él incluso después de que apagara la lámpara de la mesita de noche. Walker le dio un puñetazo a su almohada hasta darle la forma que deseaba, se tumbó y luego se dio la vuelta para mirar a Skye, sosteniendo con el brazo la almohada y su cabeza.

—Alguna vez tendrá que dormir —dijo.

Durante un largo instante Skye no dijo nada; al fin preguntó:

—¿Es entonces cuando lo hará?

—¿Hacer qué?

—Tocarme…

—Violarla, quiere decir. —Se acercó lentamente a ella—. Es la segunda vez esta noche que me dice algo así. ¿Eso es lo que cree que quiero hacer?

—No lo sé.

Skye contestó con un hilo de voz. Ahora tenía la cara de él cerca de la suya; sentía su aliento en la piel con un leve olor a whisky, y recordó la bebida que tenía en la mano cuando estaban en el salón.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿A quién protege usted en realidad? ¿A Parnell? ¿A sí mismo?

—¿No lo sabe? —preguntó él en voz baja—. Estoy protegiéndola.

Había un sinfín de cosas que ella quería decir, pero todas se quedaron sin expresar cuando la boca de Walker tocó la suya. Sus labios eran firmes y cálidos, y su presión suave; insistente pero no invasora. Skye sabía que podía echarse atrás en cualquier momento: él no la tocaba con las manos, no movió la pierna para mantenerla cautiva… Sin embargo Skye no se retiró, ni siquiera cuando la boca de él entreabrió la suya y notó el húmedo calor de su lengua en el borde de los labios. El corazón se le aceleró, y su respiración se hizo más rápida. Ella sabía que podría haber algo más que ese beso, y en su cabeza el anhelo luchó con unas inquietantes imágenes.

Walker sintió su reticencia antes de que ella misma lo supiera; se apartó y le dijo:

—Duérmase.

A Skye se le escapó un diminuto suspiro, un leve sonido de decepción que no pudo contener del todo. Él sonrió.

—Tiene que optar por lo uno o por lo otro, Mary Schyler. O bien confía en mí, o no; o me desea, o no. Pero debe estar segura de ello.

A ella no se le ocurrió nada que decir a aquello. Estaba compartiendo cama con un hombre al que casi no conocía y apenas sabía por qué. Nunca había imaginado que el deseo no fuera una emoción clara; que aquella extraña ansia que asociaba con él no iba a aparecer de repente, sino en pequeñas punzadas que la agitaban. Nunca imaginó que el deseo subiría sigilosamente por detrás de ella, se quedaría planeando por allí arriba y luego desaparecería, dejándola intranquila y desconcertada. Su espíritu aventurero habría aceptado que la asaltara por sorpresa un ataque de pasión: estaba dispuesta a dejarse arrastrar por el amor…

Pero aquello era distinto.

Walker Caine sólo la deseaba, y ella no había imaginado desear a un hombre de ese modo. No era un asunto de grandes pasiones, ni de falsas promesas que la llevasen por mal camino. Sólo había un vacío, que anhelaba ser satisfecho cuando él estaba cerca.

Cuando Skye despertó, fuera aún estaba oscuro. Las esquirlas de aguanieve sonaban con un constante rasgueo contra los vidrios de la ventana, y el fuerte viento hacía crujir las puertas del balcón. La tormenta iba en aumento y parecía insuflar vida a la casa. Los tablones

rechinaban como si se preparasen para un esfuerzo; los canalones traqueteaban; un remolino de aire silbaba en el conducto de la chimenea… Sin embargo, a Skye la tormenta le confortaba más que la preocupaba. Se volvió de costado, encogió sus extendidos miembros y se hizo un ovillo entre el colchón y las mantas. Esbozó una soñolienta y satisfecha sonrisa, luego cerró los ojos…

Y no tardó en abrirlos de par en par al darse cuenta de dónde se encontraba. Walker ya no estaba en la cama. Hasta hacía un instante, ella la ocupaba casi por entero, con el cuerpo bien estirado; tenía todas las mantas, pero la almohada que abrazaba contra su pecho aún guardaba el aroma de Walker.

Despacio, se volvió de nuevo, esta vez para mirar el hogar. Allí estaba él; era casi una silueta recortada ante las llamas, una oscura aparición, salvo en los bordes, donde una luz naranja le bruñía la suave piel. Estaba de pie, delante de la repisa de la chimenea, y la suave línea de su hombro, su pecho y su brazo dejaban ver que estaba desnudo de cintura para arriba.

Fascinada por su premeditada quietud y por la actitud decidida de su esbelto cuerpo, Skye lo observó a través de sus pestañas. Walker inhaló a fondo y alzó los brazos a la altura del pecho; luego exhaló despacio el aire, bajando los brazos hasta los muslos en un movimiento fluido mientras doblaba un poco las rodillas. La magnífica línea de su espalda permaneció recta. Entonces giró, volviéndose hacia el sur y haciendo recaer su peso ligeramente sobre el pie derecho. Movió las

manos con inconsciente elegancia en torno a una rueda invisible, hasta que al fin su mano izquierda bajó del borde imaginario con la palma hacia atrás. Cuando su mano derecha llegó a la parte superior de la rueda, Walker la alzó hacia delante, como en un suave saludo al viento, manteniendo la palma hacia su cara; en el mismo movimiento, levantó la pierna derecha y dio un paso adelante, cambiando el peso en esa dirección. La respiración de Skye era ligera y superficial. Mientras él se estiraba y se movía, sus ojos se fueron llenando de la hermosa forma de Walker. Los brazos de él permanecían en continuo movimiento; se desplazaba de forma austera y fluida, con gestos armoniosos y equilibrados, cada uno de los cuales parecía tener un propósito o demostrar algún pensamiento de su mente. La luz del fuego se reflejaba en el fino brillo de la transpiración de su piel, prueba de que le costaba un esfuerzo ejecutar cada uno de esos movimientos que parecían tan naturales.

Pasó bastante tiempo hasta que Skye percibió que Walker estaba acabando. De nuevo, su cuerpo estaba de cara al este, y sus manos describiendo círculos hacia el exterior. Las alzó hasta la frente con las palmas vueltas, luego prosiguió el movimiento describiendo un amplio círculo antes de llevárselas al pecho, cruzadas esta vez, y luego las dejó caer con suavidad hasta los muslos. Hubo una brevísima pausa antes de que Walker doblase los brazos hacia dentro y alzara las manos a la altura del pecho con las muñecas relajadas. Despacio, volvió a bajar las manos hasta los muslos. Al cabo de un instante dijo:

—Se llama el Gran Círculo.

Entonces, sin hacer ruido, fue hasta el lavamanos y vertió agua limpia en la palangana.

—¿Sabía que estaba mirando?

—Sólo al final. El tai chi exige concentración; es difícil ser consciente de nada más.

Skye se incorporó. El tirante del camisón le resbaló por un hombro, pero antes de que pudiera subírselo, Walker se había inclinado hacia ella y se lo había enganchado con el dedo índice. El dorso de su nudillo le rozó levemente la piel. Él se retiró en seguida; cogió la manopla, la mojó en el agua y luego se la pasó por la cara, brazos y pecho. Echó una ojeada hacia Skye una vez, y cuando ella se dio cuenta de que estaba mirándolo de hito en hito, desvió la vista, avergonzada.

—¿Tai chi? —preguntó; como si su cara ruborizada no fuera suficiente prueba de que estaba nerviosa, el timbre de su voz sonó un poco demasiado agudo. Quiso echarse la ropa de cama por encima de la cabeza, pero se obligó a afrontar con descaro la situación—. Creí que había dicho que era el Gran Círculo.

—Eso es sólo un modo de practicar el tai chi. Si ha estado mirando un rato, ya habrá visto que algunos movimientos se repiten.

Ella había estado mirando desde el principio mismo, pero no se lo dijo.

—Es bonito —repuso con voz un poquito melancólica.

Cada gesto era amplio, y sin embargo suave. Walker se había movido

despacio, como si estuviese dentro del agua, zambulléndose y luego flotando.

—Lleva mucho tiempo haciéndolo, ¿verdad?

—Años.

—Tai chi… —volvió a decir ella, saboreando aquellas palabras desconocidas.

—Es chino.

—Eso me parecía. ¿Dónde lo aprendió?

—De un maestro.

Esa no era la respuesta que Skye esperaba escuchar.

—He querido decir dónde…

—Está haciendo muchas preguntas —observó Walker.

Aquel comentario hizo callar a Skye unos segundos; luego dijo:

—Usted emplea el tai chi para pelear.

Walker sonrió para sí. Terminó con la manopla, la escurrió y la puso en el borde de la palangana. Su batín estaba echado a los pies de la cama; lo cogió, se lo puso con rapidez y después se sentó en la butaca que estaba situada en ángulo con la chimenea.

—He reconocido los movimientos —prosiguió Skye; se puso un almohadón detrás de la base de la espalda alzó las rodillas y se las rodeó con los brazos mientras se las acercaba al pecho. Aunque oía el tictac del reloj, no distinguía la hora; no creía que fuese a quedarse dormida otra vez, aunque sólo fuera de madrugada—. Cuando le quitó de un golpe el arma de la mano al señor Parnell utilizó esa misma técnica.

—¿Ah, sí?

—Más rápido —aclaró ella—, aunque entonces no lo parecía. Recuerdo que pensé que era como si se moviera por el agua, y acabo de pensarlo de nuevo ahora mismo.

—Es muy observadora —comentó él.

Sus ojos castaños con motas doradas la contemplaron abiertamente. Ella estaba apoyada contra el cabezal, envuelta en el capullo de su propio camisón de algodón. Sus párpados seguían teniendo un aspecto cargado, entrecerrados, soñolientos y sensuales. Su luminoso cabello le caía suelto por los hombros. Su labio inferior era carnoso y estaba un poco húmedo donde ella se lo había tocado con la punta de la lengua. En ese instante era la tentación; al segundo siguiente, cuando Skye se lo mordió suavemente, la inocencia. Dos caras de la misma moneda, pensó él revolviéndose en el sillón. Tiró de los lados de su batín para taparse la lisa anchura del pecho y se lo ciñó.

—Sí, soy observadora —dijo ella—. Y curiosa. E intrépida.

Él volvió a sonreír.

—Todas las cosas que la meten en problemas, Mary Schyler.

Skye se miró fijamente las manos, cruzadas sobre sus rodillas y dijo con un suspiro:

—Eso supongo. —De repente dirigió la vista hacia él con expresión franca. —¿De verdad está protegiéndome? —preguntó.

—Sí.

Una arruguita vertical apareció entre sus finas cejas mientras pensaba

en esa respuesta y sopesaba su sinceridad.

—¿Se lo ha pedido alguien?

Entonces fue Walker quien frunció el cejo.

—¿Pedírmelo?

—Sí, ¿le han pedido que me proteja? ¿Lo han contratado, quizá?

Era una pregunta muy rara para que la planteara un ama de llaves, y Walker la archivó en lugar de ponerse a discutir sobre ello en aquel momento.

—Nadie me lo ha pedido, y nadie me ha ofrecido ningún dinero por ello. Aunque si alguna vez ha habido alguien que necesitara un guardián, ésa es usted.

La barbilla de ella se alzó.

—Eso es ofensivo.

—Eso es la verdad.

Skye bajó la cabeza de nuevo y apoyó el mentón en las rodillas; supuso que no le había dado demasiados motivos para que creyera otra cosa. Al cabo de un rato dijo:

—Sé quién es usted.

—¿Cómo?

Se dio cuenta de que la relajada postura de Walker era más simulada que auténtica; su misma quietud lo delató. No tuvo que verle los ojos para saber que en aquel momento la miraban atentos, con las motas doradas convertidas en destellos de luz.

—Sí, sé quién es —repitió—. O quizá sea más exacto decir que ya nos

hemos visto antes.

—¿Ah, sí?

Ella asintió, mirándolo fugazmente.

—Dudo que se acuerde —dijo; aunque ella reconocía que no lo olvidaría jamás—. Aquella noche tenía otras cosas en la cabeza.

Walker se inclinó hacia delante en su butaca y apoyó los codos en las rodillas. Intrigado por la idea de haber conocido a Skye antes, escudriñó su cara con atención. La sonrisa que asomaba a la boca de ella tenía un aire decididamente travieso; el sesgo de sus ojos sólo podría calificarse de pícaro, y el ligero color que le afloraba a las mejillas era una señal reveladora de que se sentía incómoda con su examen. Entonces, para mantener las manos ocupadas, se echó el cabello a un lado y se lo recogió en una gruesa trenza.

Él pensó que no habría olvidado aquel rostro, ni aquellos claros ojos verdes, ni el cabello encendido… Si no podía llamársela estrictamente hermosa, era, como mínimo, atractiva. No imaginaba en qué situación habría dejado de reparar en ella. Porque, ya fuera sin querer o a propósito, ella se hacía notar. La recordaba bien mientras esperaba en el vestíbulo para su entrevista, inclinada sobre el banco, con el polisón y el trasero apuntando al aire… Sí, se hacía notar, pensó de nuevo, aunque no fuera por su cara.

—¿Por qué me mira así? —preguntó ella, frotándose la punta de la nariz con gesto tímido—. ¿Tengo un…?

—No es nada. Por un momento mi mente se ha desviado —explicó

él; alzó las manos un instante—. Me temo que me lleva ventaja: no recuerdo haberla visto antes.

—En realidad no me vio.

Él frunció el cejo.

—Pero ¿nos hemos encontrado?

Ella asintió.

—Y hablamos.

—Esto es un acertijo —comentó él, levantándose—. Y me temo que no sé la respuesta.

En ese momento, se oyó la cadencia cantarina del acento irlandés en la voz de Skye.

—Bueno, no va a ir usted a rendirse tan rápido, ¿no? No puede ser tan difícil para un hombre tan listo como usted.

Durante un solo segundo, Walker se quedó paralizado. ¿Se habría dado cuenta ella?

—No debo de ser tan listo como cree, porque no se me ocurre nada.

Skye se sintió decepcionada; o no se acordaba, o fingía no acordarse.

—No importa —dijo, aunque su voz delataba lo contrario.

—¿Va a decirme dónde fue? —preguntó él.

Ella meneó la cabeza.

—No es importante. —De nuevo la mentira se traslucía en su voz.

—Tal vez me confunde con otro.

—Tal vez —convino ella en voz baja; pero no era así: estaba segura.

Walker se acercó a la cama y se sentó en el borde, cerca de donde

estaba Skye, meditabunda y hecha un ovillo. Puso una mano sobre la suya; ella lo miró, pero no rehuyó su contacto.

—La confianza debería ser mutua —dijo él.

Los ojos de Skye tenían una expresión solemne.

—Siempre lo he creído así.

Él dejó escapar el aliento despacio, como reflejo de su resignación; luego retiró la mano. La decisión estaba tomada.

—Fue en el parque —reconoció él—. En Central Park. Usted se escondía en uno de los senderos, entre los pinos. Después llamó a sus amigos para darme tiempo a huir.

—No eran mis amigos.

—Yo no estaba lejos. Vi que la conocían.

Skye se preguntó qué habría oído. Recordó que había seguido caminando con ellos, de modo que, a menos que los siguiera, ella y los demás no podían haber tardado en quedar fuera del alcance de sus oídos.

—Y yo los conocía a ellos —aceptó—. Pero excepto Daniel, no eran mis amigos.

La distinción parecía importarle, y Walker no insistió.

—¿Por qué no quería decirme que lo recordaba? —preguntó Skye.

—Tengo más práctica en guardar secretos que en compartirlos.

—Yo también sé guardar secretos.

—Más vale que sea verdad. —El tono de su voz era apagado, y sus ojos la miraban serios; entonces se inclinó hacia ella—. De lo contrario,

estará muerta.

Una mínima bocanada de aire pasó entre los labios entreabiertos de Skye, y sus pupilas se oscurecieron al agrandarse. Él iba a besarla, y esta vez se alegró de ello.

La boca de él se movió suavemente sobre la suya, sorbiendo, saboreando. Skye abrió las manos sobre las rodillas y las alzó a la altura de los hombros de Walker. Las dejó planeando allí, flotando, y luego las posó para agarrar las solapas del batín entre los pulgares y los índices. La tela era suave; su calidez provenía del cuerpo de Walker.

El borde húmedo de la lengua de él le tocó la boca, y ella la abrió. Su cuerpo se desplegó junto al de él cuando se tendió en la cama. Estaban de costado, con las bocas pegadas. Él exploró la suya, la carnosidad de su labio inferior, los redondeados ángulos del superior; le besó la comisura de la boca y luego dibujó el borde de su mandíbula. Con la cara le acarició la oreja, y con los dientes le atrapó el lóbulo y le dio un tironcito. Hundió los dedos en sus cabellos y los enredó en las sedosas llamas; su fragancia lo hizo acercarse. Más tarde, le quedaría una diminuta marca en la piel, donde él la había absorbido, justo en la curva del cuello.

Walker sintió el pulso de su sien en la boca, el repiqueteo de su corazón en la sensible cuerda de la garganta. Ella hizo un leve sonido anhelante cuando los labios de él resiguieron el redondeado escote del camisón, que se le pegaba a la piel donde su lengua lo humedecía. Tiró de la tela para apartarlo y la besó. Ella era tibia y suave. Toda la longitud de su cuerpo era flexible. Tomó en sus palmas la curva cóncava de su

cintura y la hizo girar hasta quedar debajo de ella. El ligero peso de Skye lo sujetó al colchón. Entonces ella alzó un poco la cabeza e interrumpió el beso. Las manos de Walker se quedaron quietas en su cintura.

—¿Qué pasa? —preguntó, el tacto de sus manos era cálido y firme.

—Creía que estaría asustada —susurró ella—. Pero no lo estoy.

—Bien —dijo él—. Porque yo estoy aterrorizado.

Su mentira la hizo sonreír, y la lumbre le dio calor. La luz bañó a Walker. Skye inclinó la cabeza y esta vez fue ella quien inició el beso. Con la nariz le dio un empujoncito a la de él para buscar la inclinación más cómoda. Apretó los labios contra los suyos, y compartieron el mismo aliento. Los pulgares de él frotaron la tela de su camisón en la base de la espalda. Ella sentía la presión que rozaba en su piel y experimentó la urgencia de empujar contra él. Su dura y rígida erección se acunaba entre sus muslos. Era lo más natural del mundo acentuar el beso y aceptar el suave gruñido que surgía del fondo de la garganta de él.

Walker fue tirando poco a poco del camisón de Skye, levantando el bajo sobre sus pantorrillas, sus corvas, sus muslos… El subir de la tela, aquel roce ligero e incorpóreo contra su piel, la hizo estremecerse, y, a diferencia del de Walker, su breve jadeo sonó teñido de inquietud, no de deseo. Con un solo gesto, alzó la cabeza y lo empujó por los hombros, retorciéndose y apartándose de él.

Walker no hizo ademán de perseguirla, sino que se quedó respirando de forma brusca e irregular, y tuvo que esforzarse para calmarse. Luego

se pasó los dedos por el pelo y exhaló despacio. Mientras tanto, Skye se había incorporado en el borde de la cama, rodeándose la cintura con los brazos, y con los hombros encorvados. Con voz ronca, áspera por el esfuerzo de contenerse, él dijo al fin:

—Ha sido una mala idea. No debería haber…

—No —se apresuró a decir ella con voz entrecortada—. No es culpa tuya. —Se enderezó y apretó los puños en la cintura; aquello la ayudó a respirar—. Es algo que tiene que ver conmigo; algo que no marcha bien.

Walker se preguntó si iba a explicarse, y esperó. Dejó que el silencio se alargara entre ellos tanto tiempo que casi llegó a convencerse de que no se lo diría. Iba a decirle ya que no tenía por qué hacerlo, cuando ella volvió la cabeza para mirarlo. Sus pensamientos contradictorios se reflejaban en las arruguitas que tenía en las comisuras de los ojos y de la boca. De nuevo se apretó la cintura con los puños, y entonces las palabras salieron en avalancha.

—¿Tú crees en los fantasmas?

* * *

Capítulo 8

Walker se incorporó apoyándose en los codos. No le preguntó a Skye si hablaba en serio; ya veía que era así.

—Fantasmas —dijo de forma inexpresiva—. Estás preguntando por fantasmas.

Ella estaba seria.

—Sí. ¿Crees que es posible?

Él respondió con una evasiva.

—Cualquier cosa es posible.

Skye estuvo a punto de apartar el puño con que se apretaba contra la cintura y hundirlo en la de él.

—No hagas eso: no me sigas la corriente. —Dejó que sus pies resbalaran del armazón de la cama y se levantó. Al recoger la bata, quedó lo bastante cerca del reloj de la repisa de la chimenea para ver la hora; eran casi las seis, hora de levantarse, de todas formas—. Vuelvo a mi habitación a prepararme. No hay motivo para que los demás sepan que he pasado la noche aquí.

Walker se incorporó y encendió la lámpara de la mesita.

—Parnell ya lo sabe… —le recordó—. Y Corina lo averiguará por él. Sospecho que será del conocimiento general entre los empleados para

cuando acabe el desayuno. Además, no voy a perderte de vista; todavía tengo que proteger a Parnell.

Aquello hizo que Skye se detuviera.

—Creía que estabas protegiéndome a mí.

—Y eso hago.

—Y también a ti, sin duda.

Él sonrió abiertamente cuando se puso de pie; su único hoyuelo se marcó en una comisura de su boca.

—Exacto.

Entonces la arrinconó contra el lavamanos y colocó un brazo a cada lado de ella; su sonrisa se desvaneció tan rápido como había surgido.

Sorprendida, Skye enderezó los hombros con ademán defensivo y alzó la barbilla. No la tocaba en ningún sitio, pero era tan consciente de él como cuando sus cuerpos se habían apretado juntos.

—Ahora, supón que me cuentas por qué me has preguntado por los fantasmas.

La boca de Skye se redujo a una línea, y él meneó la cabeza.

—No —le advirtió—. No te pongas hermética ahora. Tú has planteado la pregunta, y eres tú quien ha salido de nuestra cama de un salto.

«Nuestra cama…» Skye parpadeó abriendo mucho los ojos, muda de asombro por su modo de expresarlo. Walker Caine se tomaba muchas libertades.

—¿Y bien?

—Yo confiaba en ti —contestó ella con un hilo de voz.

Él clavó la mirada en sus ojos acusadores.

—Y aún puedes hacerlo. No te he mentido.

—Pero tampoco me has contado toda la verdad.

—Es cierto.

Skye no contaba con que lo admitiera tan fácilmente.

—¿Y vas a hacerlo?

—No creo.

—¿Y aun así todavía esperas que confíe en ti?

—Tu seguridad depende de ello; no puedo decirlo con más franqueza. —Escudriñó su cara y supo en qué instante ella se resignó a aceptar sus palabras sin darles más vueltas—. Ahora dime por qué has preguntado por los fantasmas.

No parecía importarle no haber respondido a su pregunta: Walker estaba decidido a obtener una respuesta a la suya.

—Lo he preguntado porque anoche había uno en mi habitación… —Esperó a que él se riera, pero su expresión no cambió—. Y creo que ha ocurrido antes.

—¿Qué te hace pensar eso?

Skye se esforzó por encontrar las palabras justas; sus esfuerzos fueron insuficientes incluso para sus propios oídos.

—Me pareció ligeramente familiar —dijo—. Tengo la… sensación…, no sé otro modo de decirlo, de que algo estaba tocándome. Y anoche la sensación fue más fuerte.

Walker apartó los brazos de ella y retrocedió un paso; casi al instante, una expresión de alivio se reflejó en los ojos de la joven. Él se dijo que posiblemente ella ni siquiera se había dado cuenta de ello. Luego pensó en el comportamiento de ella en la cama que habían compartido hacía unos minutos, y después pensó en el suyo. No podía decir que lo comprendiera, pero en su cabeza iba formándose una idea.

—Háblame de anoche —dijo—. Cuéntame lo que recuerdes.

Skye volvió a mirar el reloj; tenía que arreglarse, pero se sentía reacia a regresar a su cuarto. Entonces dio la espalda a Walker y empezó a lavarse en la palangana. Sintió que él volvía a la cama; de hecho, se sentó en el borde.

—Anoche la sensación fue más fuerte —explicó—. Si hubiera podido abrir los ojos un momento antes, lo habría visto.

—¿A *él?*

Skye sintió que se acaloraba, y el frío de la manopla en su piel; le habría resultado más cómodo enterrar allí la cara que responder a la pregunta de Walker… Pero la apartó y luego la escurrió. En voz baja dijo:

—Es que es *él.* Casi le pareció notar su escepticismo, y se encogió de hombros—. Lo sé.

Walker no discutió.

—¿Por qué no abriste los ojos?

—No podía. —Cogió el cepillo y empezó a pasárselo por el espeso cabello—. Es cierto que estaba asustada, pero ésa no fue la razón por la

que no miré; no miré porque no podía.

—¿Tenías algo encima de los ojos?

El cepillado se detuvo un segundo. Skye movió la cabeza en dirección a Walker con mirada distante a fuerza de pensativa.

—No, pero los párpados me pesaban tanto que no podía levantarlos. Lo intenté. Sé que lo intenté… —Volvió a cepillarse el pelo y miró a Walker—. Parece una locura, ¿verdad?

Él se reservó su opinión.

—Háblame de cómo te tocaba.

Skye habría desviado otra vez la mirada, pero los ojos de él seguían clavados en los suyos y fue incapaz de apartar la vista. Entonces habló con un hilo de voz.

—Era suave. Ligero como una pluma. Palpitante… Como alas de mariposa. A veces me roza la piel; otras sólo se desliza sobre mí sin tocarme. —Se obligó a contárselo todo—. Anoche… me tocó por todas partes.

Walker extendió la mano, cogió el cepillo de los dedos flojos de Skye y lo echó a los pies de la cama. Entonces le cogió la manga de la bata tiró de ella y la atrajo hasta situarla entre sus piernas abiertas; agarró una de sus manos en cada una de las suyas. Sentado en el borde de la cama como estaba, fue él quien tuvo que levantar la cara hacia Skye. Sus ojos castaños de motas doradas escrutaron sus facciones. Su voz no reflejó la ansiedad que sentía.

—¿Crees que era yo? —le preguntó.

Ella no titubeó.

—Sé que no eras tú. Yo no habría… —Sus ojos vagaron hacia las almohadas echadas una junto a la otra en la cama—. No podría…

Dejó incompleta la frase, incapaz de encontrar las palabras justas.

—No lo has hecho —le recordó él con delicadeza—. Nos hemos besado: no ha pasado nada más.

Ella sabía que tenía la cara ardiendo. Walker la miraba con expresión franca y nada avergonzada, y con los pulgares le frotaba el dorso de las manos. Aquellos besos, pensó ella, aquellos besos eran distintos de todo cuanto había experimentado… Lo cual significaba que no eran como los de Daniel, ni mucho menos como los del fantasma. Se habría sentido estúpida contándoselo a Walker, de modo que, en lugar de eso, con la voz reducida a un susurro, dijo:

—Ni siquiera habría dormido a tu lado.

Walker pudo haberle dicho que, en realidad, durante la mayor parte de la noche había estado sola; a él le había resultado mucho más difícil dormir que a ella. Después de dar vueltas durante casi una hora, se fue de la habitación y, a su regreso, apartó la butaca para tumbarse ante la chimenea; imaginó que no sería tan distinto la noche siguiente.

—Sabes que yo no voy a hacerte daño —dijo.

Skye pensó que probablemente sí se lo haría, aunque no de un modo físico; de todas formas, repuso:

—Lo sé.

Los dedos de Walker dejaron de masajearle las manos.

—Muy bien. Deja que me cambie de ropa, y luego iremos a tu cuarto para que puedas vestirte. En algún momento de hoy tendrás que trasladar tus cosas aquí.

—Pero…

Él meneó la cabeza y la interrumpió.

—Aquí —repitió—. Aquí es donde te quiero.

Durante la mañana, la voz de Walker no paró de sonar en los pensamientos de Skye. «Aquí es donde te quiero…» En distintos momentos, se sorprendió mirándolo fijamente, con la mente lejos de su trabajo. Por su parte, él parecía ajeno a su desorientación y la trataba de modo impersonal aunque cortés delante del resto de los empleados; cuando Parnell estaba presente, la trataba incluso con frialdad. Parecía igual de ajeno a las miradas que recibía de los demás, y Skye deseó que a ella le ocurriera lo mismo.

Annie la observaba con preocupación; Corina mostraba una expresión engreída. Las mellizas intercambiaban entre sí miraditas próximas a la risa tonta, y la boca de Jenny Adams describía una línea de áspero reproche.

Hank evitó el contacto ocular por completo, mientras que, por el contrario, Parnell la atravesaba con la mirada.

Aunque Parnell era el único que debía de saberlo, nadie le preguntó cómo era que Walker Caine se convirtiera en su sombra. Skye imaginaba

que les habría llegado una versión de la verdad a través de la señora Reading, justo como Walker había creído. Sus deberes la llevaron por toda la casa y, aunque no se podía decir que Walker le siguiera los pasos, siempre estaba cerca. Estuvo a su disposición para ayudarla a quitar ropa de las camas, mover muebles y reorganizar libros, pero al llegar el mediodía, Skye estaba a punto de gritar de frustración. A la hora del almuerzo, puso empeño en sentarse al otro extremo de la mesa del comedor sólo para apartarse de él; tras dedicarse unos instantes a dar vueltas a su comida en el plato, preguntó, exasperada:

—Pero ¿qué es exactamente lo que supone usted que voy a hacer? —Volvían a tratarse de usted—. El señor Parnell lleva en su taller casi toda la mañana. ¿Por qué no pasa usted el tiempo con él?

Walker fingió pensar sobre aquello un momento.

—Usted tiene los ojos más bonitos.

Skye frunció el entrecejo y lo señaló con el tenedor.

—No me adule. Me entran ganas de matarlo a usted.

—Me sorprende que no lo haya hecho ya.

Los dos miraron hacia la puerta simultáneamente. Quien había hablado era Parnell. Pasó la vista con rapidez de uno al otro; luego señaló a Walker con el índice e hizo un gesto de salida con el pulgar.

—Quiero hablar con la señorita Dennehy a solas —comentó.

Walker meditó sus alternativas y no se movió en seguida; al final, se dio cuenta de que no tenía elección.

En el mejor de los casos, su situación en la casa era precaria. Parnell

se limitaba a soportar su presencia sólo hasta que decidiera por sí mismo qué grado de amenaza representaba Skye Dennehy. Al cabo de un momento se levantó de la mesa.

—Estaré en el pasillo por si me necesita —dijo.

—Váyase más lejos —le ordenó Parnell, terminante—. Deseo tener una conversación privada.

—Muy bien.

Mientras salía de la habitación, Walker no miró a Skye, pero supuso que ella ya habría cambiado de opinión sobre no querer que él anduviera cerca.

Parnell esperó hasta que las puertas se cerraron y oyó los pasos de Walker alejándose por el pasillo. Entonces eligió la silla que quedaba en ángulo recto respecto a la de Skye y se sentó.

—Por favor —pidió con amabilidad—, termine su comida. Yo ya he almorzado. Cuando trabajo, mi horario no parece ajustarse al de nadie más.

—Me he dado cuenta.

No creía que su comida fuera a resultarle más sabrosa que el serrín, pero con el mejor de los ánimos levantó el tenedor. Su mirada se posó en los delgados dedos de Parnell y en sus afiladas uñas, y se preguntó qué había en aquellas manos que le molestaba.

—¿En qué puedo ayudarlo?

La sonrisa de Parnell surgió despacio.

—De hecho, creía que era yo quien podría ayudarla a usted; es decir,

si se ha cansado de la compañía de Walker.

Skye apenas supo qué decir.

—No ha sido precisamente un acompañante; más bien no me ha dado tregua.

—Entonces pase el resto del día conmigo —le propuso él.

Le resultó difícil controlar el asombro.

—Pero…

La expresión de Parnell se volvió seria.

—Me gustaría que viera en qué he estado trabajando.

Los ojos de Skye se abrieron más, y su incredulidad resultó evidente.

—¿Habla de su taller? —preguntó—. ¿Me dejaría verlo?

—Por eso está usted aquí, ¿no?

A Skye casi se le escapó un mudo gesto de asentimiento, pero en seguida recobró la compostura y se las arregló para preguntar con calma:

—¿Qué quiere decir?

En ese instante, vio que una sombra atravesaba las facciones de él. ¿Era decepción lo que había vislumbrado?

—Estoy aquí porque usted puso un anuncio buscando un ama de llaves.

—Sí —dijo él al fin—. Sí. —Se puso de pie y añadió—: Pero le gustaría ver mi invento.

—Si aún mantiene su oferta… —respondió ella—. Sinceramente, me fascinaría.

La sonrisa que regresó a la boca de Parnell se convirtió en cinismo al

alcanzar sus ojos.

—¿De verdad, señorita Dennehy? ¿Qué sabe usted de motores de cuatro tiempos de combustión interna?

—Nada.

Él asintió, satisfecho con su respuesta:

—Al menos, eso lo admite…

A continuación le ofreció el brazo; esta vez no iba a aceptar que no lo tomara. Con una reticencia que tuvo cuidado de no mostrar, Skye deslizó la mano bajo el codo de Parnell. Cuando cruzaron la cocina, las únicas personas que allí había eran Corina Reading y Walker Caine; hablaban en voz baja ante el fregadero mientras Corina apilaba platos. Los dos alzaron la vista y se quedaron callados cuando los vieron entrar.

—Llevo a la señorita Dennehy al taller —explicó Parnell—. Calculo que tardaremos un rato.

Skye esperó que alguien pusiera objeciones. La señora Reading pareció que quizá iba a hacerlo, pero algo la hizo callarse; en cuanto a Walker, se limitó a encogerse de hombros.

Con un candil, Parnell bajó la escalera precediendo a Skye. El sótano no era tan siniestro como le había parecido a ella en la única ocasión que había tenido de visitarlo anteriormente; las ásperas paredes de piedra estaban encaladas, y eso, con el añadido de la luz del candil, hacía que la zona pareciera menos agobiante. Seguía habiendo un cúmulo de barriles, tarros y papeles junto a las paredes, pero ahora el camino hasta el taller estaba expedito.

Al echar una mirada a su alrededor, Skye se dio cuenta de que ninguna de las puertas que había encontrado mientras intentaba escapar del sótano llevaba al taller de Parnell; una era probablemente la bodega, y la otra tal vez fuera un almacén de frutas, verduras y alimentos enlatados. El taller de Parnell quedaba por la parte del sótano que no había explorado. Tenía una puerta sólida, reforzada con una fina plancha de acero; una barra metálica la atravesaba y estaba asegurada con un candado. Parnell se sacó la llave del bolsillo y la hizo girar en el candado. Luego alzó la barra, tiró de la puerta e hizo pasar a Skye al interior. Una vez dentro, al observar su cara, dijo:

—No es exactamente lo que esperaba, ¿verdad?

Exceptuando la mesa que había en mitad de la habitación, no era ni mucho menos lo que ella había imaginado. Un estrecho banco de trabajo recorría el perímetro de la habitación; había unas cuantas herramientas encima, pero nada que no le resultara familiar. El suelo del taller estaba relativamente limpio; debajo de la mesa se veía un montoncito de virutas de metal barridas. Apenas se había fijado en el montón y ya lo estaba Parnell recogiendo, no con un recogedor y una escoba, sino con un imán.

—Ingenioso —dijo ella, cuando él dejó el imán en el banco.

—Más fácil que el sistema convencional.

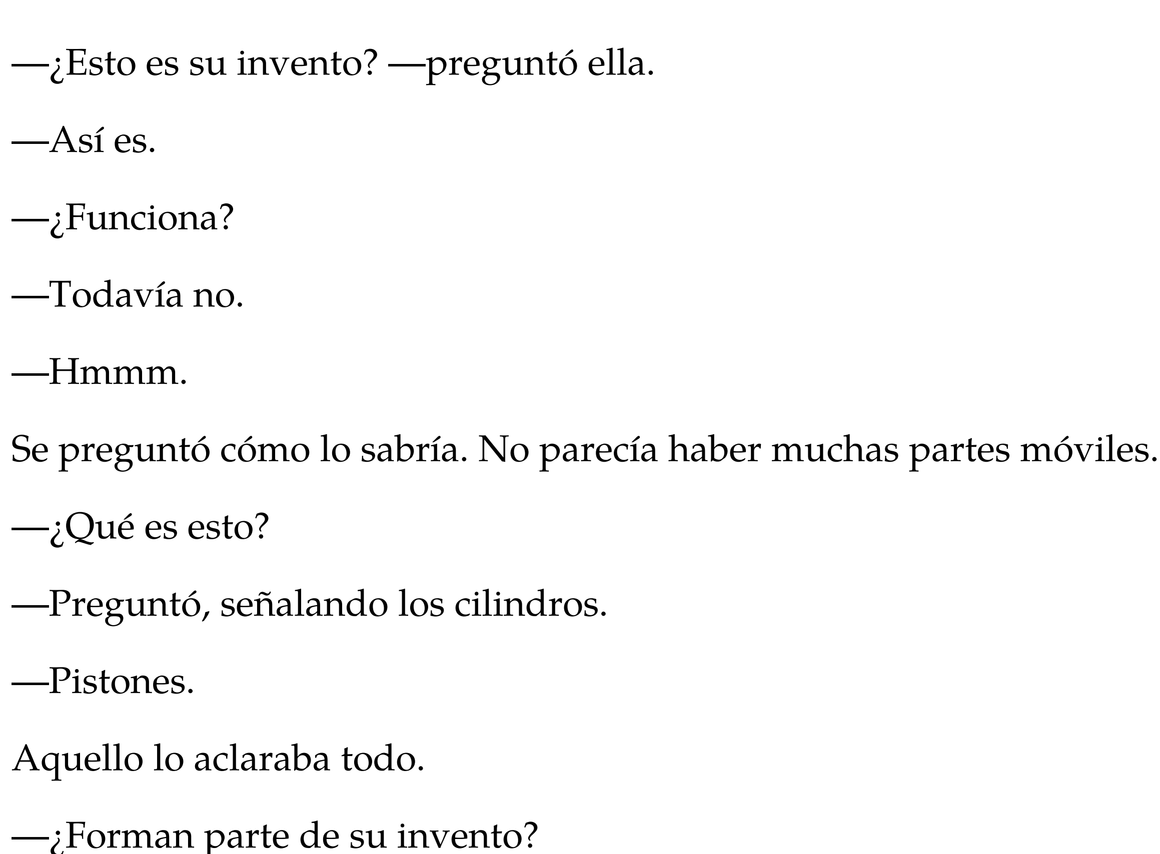
—Supongo que no funciona con el polvo.

Él meneó la cabeza.

—Lástima.

Skye fue hacia la mesa. Sobre ella había un artilugio de hierro y acero

que pensó que debía de ser el motor; no le pareció gran cosa. No supo distinguir la parte de delante de la de atrás, ni qué era lo de arriba y lo de abajo. Junto a él había otras piezas de apariencia achaparrada y cilíndrica, entre las que sobresalía un trozo de metal de extraña forma, como el badajo de una campana. Un charco de denso aceite se había acumulado en un hueco de la madera.



—¿Esto es su invento? —preguntó ella.

—Así es.

—¿Funciona?

—Todavía no.

—Hmmm.

Se preguntó cómo lo sabría. No parecía haber muchas partes móviles.

—¿Qué es esto?

—Preguntó, señalando los cilindros.

—Pistones.

Aquello lo aclaraba todo.

—¿Forman parte de su invento?

Parnell asintió.

—¿Qué es lo que hace usted todo el día? —le preguntó ella.

—A veces me siento a pensar —respondió él, encogiéndose ligeramente de hombros—. Y a veces sólo me siento.

Skye sonrió porque era lo que se esperaba de ella; Parnell había hablado con una tranquilidad fruto de la experiencia. Se dio cuenta de que él no tenía intenciones de dar muchas explicaciones sobre su trabajo,

aunque, por algún motivo, había querido que ella lo viera. Volvió a mirar a su alrededor con aire despreocupado, intentando memorizar cuanto veía. No tenía la más mínima posibilidad de robar aquella monstruosidad negra y grasienta para su padre. ¿Qué creía Jay Mac, que podía meterlo en la maleta? Su única esperanza era aprenderse su aspecto de memoria.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando unos grandes frascos de cristal que había en el suelo, llenos de un líquido de color ambarino muy ligero; de hecho no parecía más denso que el agua.

—Combustible.

—Entiendo… —dijo ella—. No huele muy bien, ¿no? Peor que el queroseno.

—Se parece mucho al queroseno —explicó él—. Y es muy inflamable. No es algo que pueda manipularse sin precaución, se lo aseguro.

Parnell se apoyó en la puerta mientras Skye rodeaba la mesa, mirando su invento desde todos los puntos de vista. Sin dejar de observarla, dijo:

—Está examinándolo como si fuera una pieza de museo.

—No conozco ningún otro modo de mirar —respondió ella con franqueza; luego su voz adoptó un tono un poco avergonzado—. No es tan interesante como creí que sería.

Se atrevió a mirar a Parnell para ver si estaba ofendido; todo lo contrario: le estaba sonriendo.

—Tiene usted un tipo de encanto que desarma, señorita Dennehy —

dijo él.

La atención de Skye regresó al motor; de repente, sin ningún motivo racional, se le había puesto la carne de gallina. Sentía recelo. Algo había cambiado en la habitación. ¿Era sólo la conversación, o más bien su propio punto de vista? Para dominar el apremiante impulso que sentía de echarse a temblar, cruzó los brazos.

—¿Es eso lo que el señor Caine encuentra tan atractivo? —preguntó Parnell.

—No lo sé.

—¿Quiere decir que él no se lo ha dicho?

Skye lo miró directamente.

—Ése no es un tema adecuado para comentar. Está haciendo que me sienta incómoda.

Impertérrito, él le devolvió la mirada y alzó levemente una ceja.

—A usted le gusta el señor Caine, ¿verdad? —No esperó a que ella respondiera—. Da lo mismo: la verdad está ahí, en sus ojos. Él también debe de haberlo visto.

Skye se notó las palmas de las manos húmedas.

—Me gustaría subir ya —dijo con una calma que no sentía.

—Dentro de un momento.

Al apartarse, Parnell tiró de la puerta hasta encajarla en su sitio. Luego dejó el candil sobre la mesa; en sus ojos había curiosidad.

—Vaya, señorita Dennehy —comentó—. Creo que la he asustado.

—He dicho que me hacía sentir incómoda. —Parnell se le acercó

rodeando la mesa, y ella retrocedió hacía el banco de trabajo—. ¿Qué es lo que desea?

—Lo mismo que le da usted al señor Caine —respondió él en tono despreocupado—. Yo la vi primero… Y la deseé primero. Cuando la contraté, él debió de saber cómo quería yo que fueran las cosas. Lo cierto es que no está bien que Walker la haya tomado para sí. Y menos en mi casa, y delante mismo de mis narices.

Los pensamientos de Skye estaban en plena confusión cuando Parnell se acercó más; su voz sonó como un crispado susurro.

—¿No cree que yo esté intentando matarlo?

—¿Lo está intentando?

—Si se acerca más, quizá.

Él escudriñó su rostro con sus fríos ojos azules.

—Me arriesgaré.

Skye fintó hacia la izquierda para esquivar sus brazos extendidos, pero Parnell era rápido: le agarró las muñecas, se las sujetó detrás de la espalda y después la empujó contra el banco de trabajo. El afilado borde del banco se le clavó en la base de la espalda y el dolor la hizo jadear. Al ver su boca entreabierta, él no necesitó más invitación. Skye sintió el violento contacto de sus labios contra los suyos, su crispada boca cubriendo la de ella, el choque de sus dientes cuando le metió a la fuerza la lengua en la boca.

Skye forcejeó y arremetió con las piernas, pero sus faldas la inmovilizaban; fue incapaz de alzar una rodilla con energía. Intentó

echar la cabeza hacia atrás, pero entonces él también se inclinó, siguiendo su movimiento y aumentando así su dolor… A Skye sólo le quedaba una táctica: se dejó caer flácida.

Parnell no reaccionó en seguida. Su boca siguió besándola, insistente, como si así fuera a conseguir una respuesta, pero al ver que no la había, alzó la cabeza despacio. Mientras se enderezaba, aflojó la fuerza con que le agarraba las muñecas y la miró. Se la veía pálida, con unas débiles líneas azules en la piel de los párpados; en contraste con su tez cenicienta, su boca tenía un color encendido, y clavó los ojos en ella.

De pronto, Skye se apartó bruscamente, y la sorpresa hizo que Parnell reaccionara con lentitud. La joven se dirigió hacia la puerta, y al pasar dando tumbos por delante de la mesa se golpeó la cadera con una esquina; el candil se tambaleó en el borde y Parnell le gritó que lo cogiera. Ella apenas comprendió lo que le decía, pero la urgencia de su mensaje le llamó la atención. Con un agitado movimiento de brazos, alargó la mano y cogió el candil en el aire, cuando ya caía hacia el suelo.

Respirando con dificultad, lo sostuvo contra la cintura y sujetó bien la frágil tulipa de vidrio; al fin, la llama, que vacilaba con violencia, se estabilizó. Durante el forcejeo anterior se había volcado uno de los frascos de combustible; no se había roto, pero el tapón estaba suelto, y unas gotitas de líquido iban formando un charco en el suelo.

Skye miró a Parnell y entonces comprendió su alarma: sus ojos iban y venían, veloces, del frasco volcado al candil. En ese instante, aprovechó su ventaja y, con absoluta presencia de ánimo, le sonrió; su sonrisa fue

tan fría como cruel.

—Supongo que esto responde a su pregunta respecto a mis intenciones, ¿verdad?

Despacio, levantó la tulipa de vidrio y dejó la llama al descubierto. Sin apartarla vista de Jonathan Parnell, fue retrocediendo hasta la puerta.

—Me pregunto si su invento sobrevivirá al fuego —comentó en tono despreocupado—. Lo que es seguro es que usted no sobrevivirá.

Parnell no parpadeó. Skye pensó que debía de tener hielo en las venas; entonces alzó el candil y preguntó:

—¿Cree que no seré capaz de hacerlo?

La respuesta llegó de su espalda.

—Creo que el señor Parnell cuenta conmigo —dijo Walker.

A Skye le temblaron las manos.

—Tranquila, Skye: más vale que no cometa un error.

La rodeó con los brazos y cogió el candil y la tulipa; a continuación, en lugar de volver a colocar la tulipa para proteger la llama, sopló y la apagó. El taller y el sótano adyacente quedaron a oscuras.

—Estoy seguro de que encontrará usted el camino, señor Parnell. Yo me llevo a Skye.

Walker dejó el candil en el suelo y, de un tirón, sacó a Skye del taller; luego, casi la empujó escaleras arriba hasta la cocina y, sin detenerse, le mostró la escalera de los criados. Ella tuvo que levantarse las faldas para ir tan rápido como él quería. Una vez en el primer piso, Walker le señaló su habitación.

—Entra ahí.

—No es lo que parece —se apresuró a decir ella—. No tienes…

—Entra ahí. —Pronunció las palabras con los dientes apretados, sin mover los labios—. O puede que te mate yo antes de que lo haga Parnell.

Realmente tenía aspecto de ir a hacerlo; Skye no recordaba haber visto a nadie tan enfadado como a Walker Caine. Ojalá la dejara explicarse… Él no entendía lo que había ocurrido en el taller; si no, no la condenaría con tanta rapidez.

Al ver que vacilaba, Walker le puso una mano en la espalda y la empujó; Skye entró tambaleándose en la habitación, y entonces él cerró la puerta y echó la llave. Casi al instante, ella empezó a dar golpes; él aguardó a una pausa en el ruido para decirle:

—Ahí dentro estarás a salvo.

Luego se fue en busca de Parnell.

Encontró a su jefe en el salón; con ayuda de la señora Reading, estaba buscando el arma que había dejado allí la noche anterior.

—La cogí yo —dijo Walker—. Bajé cuando todo el mundo dormía y la guardé. No voy a decirle dónde está.

Parnell se volvió contra él, con los ojos como témpanos de hielo.

—Esa zorra me iba a matar —dijo.

—Se lo advertí —repuso Walker; con un gesto, señaló a la señora Reading, que no había detenido la búsqueda—. Salga de aquí, Corina; su lealtad es admirable, pero en este caso se equivoca.

Ella no reaccionó a su orden, sino al breve ademán afirmativo de

Parnell; al salir de la habitación, dijo enfadada, en voz baja:

—¿Qué sabrá usted de lealtades equivocadas?

Walker no respondió, aunque supuso que su respuesta la habría sorprendido: sí sabía, bastante.

—¿En qué estaba pensando al llevarla allá abajo?

Parnell inspiró hondo para tranquilizarse.

—Creía que me había mentido sobre ella —dijo—. Creí que sólo la quería para usted.

Walker soltó un juramento en voz baja; luego, incrédulo, preguntó:

—¿De modo que le tendió una trampa? ¿Que la forzó a actuar…? Quizá sea usted una especie de genio en su taller, señor Parnell, pero fuera de él no tiene ni idea de lo que hace. Déjeme a Skye Dennehy a mí. —Guardó silencio un momento—. A menos que quiera que se vaya… Sigo ofreciéndome para meterla en el coche y llevarla a Baileyboro; diablos, la llevaré de vuelta a Nueva York, si usted así lo desea.

No contaba con que Parnell fuera a pensárselo, pero lo hizo.

—Tengo una idea mejor —dijo éste al cabo de un instante—. Deje que crea que está despedida. Me interesa ver adonde va y lo que hace.

—¿Y luego?

—Tráigala de nuevo aquí, por supuesto. Tendrá que contestar unas cuantas preguntas.

Walker meneó la cabeza.

—Deje que se vaya sin más, señor Parnell. Si yo me dedico a seguirla, ¿quién le guardará a usted las espaldas?

—Con ella fuera de aquí, no es preciso que nadie me guarde las espaldas. —Se acercó al aparador—. Estoy decidido, Walker, y si usted no quiere hacerlo, buscaré a alguien que lo haga.

Dejó que Walker se convenciera de su resolución y añadió:

—Sabe que lo haré: igual que di con usted.

—De acuerdo —contestó Walker al fin—. Se irá por la mañana. La llevaré a Baileyboro y después la seguiré. Pero ya sabe que existe la posibilidad de que luego no regrese conmigo.

—Entonces no regrese usted tampoco.

A Walker le habría gustado darle un tiento a Parnell… En lugar de eso, salió de la habitación.

Walker hizo girar la llave en la puerta. Creyó que tal vez encontraría a Skye echada boca abajo en la cama, agotada de llorar, pero se equivocaba: estaba sentada ante su pequeño escritorio y, a juzgar por su postura, era evidente que había estado trabajando. Un pedacito de papel le asomaba del bolsillo del delantal; en sus prisas por tapar el tintero había salpicado el escritorio con una gotita de tinta… y además tenía una mirada levemente culpable.

—Te ha despedido —le comunicó; luego entró en la habitación y cerró la puerta con llave tras él.

Ella asintió.

—No pareces sorprendida.

Skye replicó en tono filosófico:

—No podía hacer otra cosa, ¿no? Cree que iba a matarlo.

—¿Y no ibas a hacerlo? —preguntó él con ironía.

—No, no iba a hacerlo. —Se puso de pie y alisó la tela de su vestido gris en la cintura—. Lo que iba a hacer, lo que hice en realidad, fue darle un susto de muerte.

—Estarás satisfecha de ti misma.

Ella entornó los brillantes ojos.

—El bastardo se lo merecía.

—Pues ese bastardo se fue directo a buscar su arma.

Parte de la furia de Skye se desvaneció, y entonces se limitó a clavar los ojos en Walker. Estaba claro que seguía enfadado con ella.

—¿Y la ha encontrado? —preguntó.

—No por falta de intentarlo… Pero yo la escondí antes.

Skye reaccionó con un comentario frívolo.

—Parece que nos has protegido a todos otra vez… Espero que te pague bien, porque da la impresión de que eres capaz de prever todo tipo de situaciones.

En ese instante posó la mirada en el costado de Walker; su mano derecha se abría y se cerraba. Skye se dio cuenta de que a él le habría gustado ponerle aquella mano en la garganta, y tragó saliva. Sintiendo cierta satisfacción al ver que se ponía nerviosa, Walker le preguntó:

—¿Por qué fuiste con Parnell?

—Quería ver su invento. No fue idea mía: fue él quien se ofreció.

—¿Y eso no te pareció sospechoso?

—No sé… Sí… Supongo que sí. No pensé en eso.

Al menos, no con claridad.

—Dios, realmente necesitas un guardián.

—Pues nadie está contratándote para ese puesto —le espetó ella, enojada.

Walker se echó hacia atrás el mechón de espeso y leonado cabello que le había caído sobre la frente; esa breve pausa lo ayudó a ordenar sus pensamientos y a enfriar su cólera.

—¿Qué ha pasado allí abajo? —preguntó en tono firme.

Skye fingió sorpresa y, con una sonrisa afectada, dijo:

—Ah, ¿te refieres a que tal vez algo me ha incitado a amenazarlo con prenderle fuego?

Las motas doradas de los ojos de Walker brillaron. Con los dientes apretados, la agarró del codo y tiró de ella hacia la cama. Luego la sentó allí con fuerza y se quedó de pie, vigilante.

—Dime qué ha ocurrido.

Skye tuvo que alzar la cara para mirarlo.

—Se me ha insinuado.

—¿Qué significa eso?

Ella le lanzó una mirada agria e incrédula.

—Sabes perfectamente…

—Te lo estoy preguntando.

—Me ha besado.

Walker esperó a que dijera más cosas; al ver que se mantenía callada, la animó con una sola palabra:

—¿Y?

Los verdes ojos de Skye se oscurecieron; su mirada entornada era al tiempo testaruda y desafiante.

—Y yo no quería que lo hiciera.

Él exhaló despacio, y en voz baja dijo:

—Eso era todo lo que tenía que saber. —Se sentó junto a ella—. ¿Estás bien?

Skye fijó su mirada en las manos, que tenía en el regazo, y asintió.

—Pude huir de él. ¿Te ha dicho el señor Parnell que yo recibí bien sus insinuaciones?

—No. No me ha dicho nada de eso.

Claro que la acción de Parnell no encajaba precisamente en el concepto de tender una trampa a Skye… Ésta volvió la cara y lo miró con expresión ansiosa.

—¿Me crees?

—Sí —contestó él.

En su rostro, Skye vio que decía la verdad; era importante que no dudara de ella en ese momento, y menos sobre aquella cuestión. Entonces Walker le tomó las manos, se las levantó desde su regazo y les dio la vuelta para inspeccionarle las muñecas. La piel que rodeaba sus finas articulaciones seguía roja.

—¿Esto lo ha hecho él? —preguntó.

Ella bajó la vista y se miró; al día siguiente tendría una pulsera de moratones en cada muñeca.

—Eso supongo.

Todo había ocurrido tan rápido… No tuvo tiempo de pensar en lo que él hacía, sino sólo en que se lo hacía a ella… Cerró los ojos y revivió el momento. Se vio a sí misma, obligada a inclinarse dolorosamente sobre el banco de trabajo, con los brazos sujetos detrás. Parnell la había hecho bajar para que su propio peso le sujetase los brazos…, y también era otro peso sobre ella su boca, que le recorría sin miramientos los labios, los dientes, la lengua… Skye se estremeció.

Walker la observaba; la experiencia no la había dejado tan indiferente como quería hacerle creer. Entonces le soltó las manos y le tomó la cara con la palma. Skye abrió los ojos y, por un momento, sencillamente lo miró sin entender. Cuando sus ojos se centraron, le dedicó una débil sonrisa. Con suavidad, los dedos de él vagaron por su cara; le tocó el arco de la mejilla, la sien… Dejó que las puntas de sus dedos siguieran la curva de su mandíbula, y luego le pasó el pulgar sobre el labio inferior.

Su contacto era suave y dulce. En la oscuridad de la noche, en su propio cuarto, a Skye tal vez le habría repugnado esa misma levedad, pero ahora era por la tarde. Un pálido sol de invierno se colaba por el balcón y proyectaba un largo rectángulo de luz en el suelo de madera. Veía que quien la tocaba era Walker, y ni en las aristas firmemente talladas de su cara ni en la línea algo torcida de su nariz había nada incorpóreo ni de ultratumba. Mientras le escudriñaba la cara, sus ojos iban oscureciéndose; en ellos había deseo…, y también una pregunta.

Skye se recostó en él; frotó la mejilla contra su palma y se volvió

hacia su caricia. Walker bajó un poco la cabeza mientras ella subía las manos y las deslizaba detrás de su cuello; hundió los dedos en el cabello de su nuca, lo miró y, con las puntas de los dedos, lo animó a avanzar. Entre los dos, el aire poco menos que ardía. La boca de Walker se apoderó de la de ella, sosteniendo el beso con un ansia fuerte y embriagadora. Sus labios se movieron insistentes, codiciosos de su sabor, y luego su lengua exigió paso; no le bastaba con tocar la comisura de su boca, con dibujar el contorno de sus labios.

Las manos de Skye bajaron del cuello de Walker hasta sus hombros. Ante las caricias dulcemente urgentes de él, su boca se entreabrió más, y el beso se hizo más profundo. Ella respondió empujando contra él, no sólo con la lengua sino con todo su cuerpo; la intimidad del beso encontraba eco en todo sus ser. Entonces se sintió caer hacia atrás, acunada primero por los brazos de Walker y luego por la cama. Él la siguió y ella sostuvo su peso; por un instante tuvo el pecho de él completamente pegado a sus senos, y fue la carne de ella la que cedió. Reconoció la dura longitud de las piernas de él por la separación de las suyas, y la anchura de su espalda cuando sus brazos lo agarraron firmemente. Luego, él se movió girando de modo que quedaran tendidos en la cama. Su beso intenso y profundo se había convertido en una docena de besos rápidos e insistentes. Ella sintió la huella de su boca sobre los ojos, la mejilla, en la base de la garganta… Su lengua le buscó el lugar sensible que había justo detrás de su oreja y, al tocarla allí su cuerpo se arqueó, y los nudillos de sus dedos, que le sujetaban la camisa,

se volvieron blancos.

Walker no tenía paciencia para los botones, y dio un tirón a los que había en la espalda de Skye; luego empujó el escote abierto sobre sus hombros, junto con los tirantes de su camisola, y deslizó la mano por debajo del cuerpo del vestido. Ella se encogió, no por la intimidad de su contacto, sino por su calor; sin embargo, él se interrumpió y la miró. Ella no apartó los ojos. Walker notó en la palma su acelerado corazón, y el borde de su mano le cubrió el seno; entonces ella se volvió un poco, de modo que el hueco de la palma sostuviera sólo el seno. Él le pasó ligeramente el pulgar por el pezón, y al ver que la respiración de Skye se entrecortaba, inclinó la cabeza y la besó de nuevo, dándole el aliento que había perdido en ese instante.

Aquello era agradable: su peso, su lengua, la forma de su mano contra la piel… Un murmullo de placer surgió de Skye, que tiró de los faldones de la camisa de Walker, liberándolos de los pantalones. Entonces sus manos se deslizaron bajo la tela y acariciaron la piel de él; la carne masculina se retrajo bajo su rápida caricia. Walker se incorporó lo suficiente para deshacerse de la camisa, y ésta salió volando por encima de la cama mientras ella tendía la mano para tocarlo otra vez.

Walker empujó el borde del cuerpo de su vestido por debajo de sus pechos; donde su pulgar le había rozado el pezón; éste era como un duro guijarro rosa. Se inclinó, y su boca se cerró sobre la punta, mordisqueándolo con suavidad entre los dientes. Skye sintió el escalofrío que la recorría, como si hubiera tirado de unas cintas de pura sensación.

Despacio, ella fue subiendo las puntas de los dedos por su columna vertebral; Walker alzó la cabeza. Ella intentó decir algo, pero enmudeció cuando él dedicó su atención al otro pecho; sus dedos se agarraron más fuerte a las puntas del pelo de Walker, en su nuca, mientras él dejaba un rastro de besos entre sus pechos, besos que fueron subiendo y terminaron en la curva de su cuello; una vez allí, él la chupó. Skye se movió debajo, y su muslo quedó apretado contra la ingle de él; espontáneamente, las caderas de Walker empujaron contra ella.

—Dios bendito —gruñó él.

La piel de Skye parecía vibrar bajo el húmedo calor de su boca. Walker levantó un poco la cabeza; ella estaba mirándolo, con los ojos oscurecidos, muy abiertos. La pasión los había vuelto más bien alerta que soñolientos. En su deseo había cierta porfía; su madurez sensual no había dejado del todo atrás su inocencia. No estaba desafiándolo, pensó: estaba retándose a sí misma.

Skye percibió su vacilación; entonces alzó la cara y le tocó la boca con la suya. Sus labios se movieron como él le había enseñado; su lengua dibujó los bordes de su boca y luego se deslizó por su labio superior. Dejó que el estremecimiento de él pasara por ella y que su peso la envolviera de nuevo, y a continuación entablaron una dulce batalla en la que la boca de él era un arma temible y las manos de ella no suponían en absoluto un escudo.

El vestido de Skye bajó hasta sus caderas, y luego más aún, hasta más allá de los muslos y las rodillas, hasta que al fin resbaló por el borde de la

cama. La camisola se le bajó hasta la cintura. Sus enaguas eran ya un enredo por encima de las piernas, subidas a la altura de las rodillas. Desnudas y suaves, sus pantorrillas tocaron la ropa de cama; entonces ella alzó una pierna y la enroscó en torno a la de él, y a continuación se estiró con gracia felina para sentirlo más. Walker soltó un suave gruñido cuando sus palmas le acariciaron la espalda y los brazos. Los dedos de ella pasaban lentos por la cintura de sus pantalones, y a veces se escondían por debajo. La piel le ardía donde lo tocaba.

En ese instante, Walker se apartó rodando de Skye y se deshizo con rapidez de la ropa. No hizo ningún intento por esconder su erección, sino que se volvió hacia ella sin avergonzarse de la respuesta de su cuerpo.

Skye se ruborizó por completo, pero en ningún momento se le ocurrió desviar la vista; la verdad es que estaba fascinada, asustada y un poco impresionada.

—Madre mía —dijo en voz baja. Después miró las tensas facciones de Walker, las arrugas de las comisuras de sus ojos, el músculo que le latía en la mandíbula, y con voz preocupada preguntó:

—¿Duele?

Él la miró fijamente un momento, un poco asombrado; luego, una picara sonrisa transformó sus facciones cuando se inclinó sobre ella.

—Más de lo que imaginas —poco menos que gruñó.

La besó de lleno en la boca, y sus manos se encargaron de la ropa interior de Skye hasta que los dos estuvieron completamente desnudos.

Ella lo acarició con las manos hasta la base de la espalda, y luego siguió por sus nalgas; la textura de su piel le encantó. Le besó el hombro y después más abajo. Con la uña rozó la plana tetilla, y con la lengua la despertó. Pensó que, con independencia de lo que ocurriese en aquella cama, ella no iba a permanecer pasiva: sino que también participaría. La idea de ese poder resultaba embriagadora.

La mano de Walker le recorrió el muslo; fue una caricia apremiante, y un escalofrío de deseo invadió a Skye. La boca de él cubrió la suya mientras con los dedos le acariciaba la parte inferior de su alzada rodilla; luego los llevó hasta el dorso del muslo y hacia la suave parte interior. Los labios de ella se entreabrieron, lo mismo que sus piernas. Él la tocó íntimamente, explorándola con delicadeza con los dedos; estaba tensa, pero no mostraba resistencia. Cuando alzó la cabeza para mirarla, ella jadeaba.

La respuesta de su cuerpo la sorprendía: se sentía cálida y húmeda donde él la tocaba. Apartó las manos de la nuca de él y agarró la ropa de cama que tenía debajo. Él tenía la mano entre sus piernas, pero estaba mirándola. Skye sólo podía mirarlo a él, y sentir aquel calor. Iba poniéndose al rojo vivo al contacto de sus dedos, y él la tocaba de un modo que hacía que saltaran chispas por la superficie de su piel. Se mordió el labio inferior al inspirar. La sensación empezó a enroscarse dentro de ella, y Skye alzó un poco las caderas, empujando con los talones contra el colchón. Sus dedos se apretaron. Sus ojos se cerraron.

Él dio un empujoncito con su boca en la boca de ella y luego la besó

con suavidad.

—Ábrete para mí —le pidió en un susurro.

Ella alzó los párpados, y sus piernas se separaron más. A él le satisficieron ambas respuestas.

—Eres tan hermosa —murmuró.

Metió con cuidado un dedo en ella; estaba tensa, pero no lo rechazó. Mientras la besaba de nuevo, a fondo y a conciencia, retiró la mano; entonces cambió de postura y le separó más los muslos con las rodillas. Deslizó las manos por debajo de su trasero y la levantó. Ella había apartado la mirada de él y ahora miraba los cuerpos de los dos. Alargó la mano, pero sus brazos cayeron inútiles, y sus dedos volvieron a agarrar la ropa de cama cuando, esa vez, él la penetró.

Ahora fue el dolor, no la pasión, lo que oscureció sus ojos. Él se refrenó y le dio tiempo a adaptarse antes de moverse de nuevo; entonces se inclinó hacia delante y entró en ella con un solo empujón fuerte. De no ser por la boca que cubría la suya, ella habría gritado; su cuerpo tembló debajo del de él, y trató de golpearle los hombros. Él la tranquilizó con palabras tiernas. Skye sintió su respiración, dulce y suave, contra la piel; con la boca, él recorrió su oreja y besó las lágrimas que le humedecían las pestañas. Se mantuvo muy quieto, y la contención le grabó arrugas en la cara. Al fin, sintió que Skye se relajaba, y que incluso se movía ligeramente para acomodarlo. Pero su mirada seguía siendo un poco acusadora.

—Me has hecho daño —susurró.

—Lo sé —contestó él—. Lo siento. No volverá a suceder.

Los ojos de Skye se nublaron. ¿Qué no volvería a suceder? ¿El dolor o el placer? Estaba a punto de preguntárselo cuando Walker empezó a besarle el cuello; los senos de ella parecieron hincharse contra su pecho. Él se movía en su interior lenta y pausadamente, y ella levantaba las caderas para buscarlo con independencia de cualquier idea que tuviera en sentido contrario. La espiral de placer iba subiendo desde el punto exacto donde se había detenido. La primera ráfaga fue intensa, y a partir de ahí no hizo más que aumentar. El impulso del cuerpo de él era rítmico, y a Skye la cautivó aquella provocativa cadencia; incluso su respiración subía y bajaba en el mismo arco de deseo.

Lo agarró por los hombros, después por la parte superior de los brazos, y luego le pasó las manos por el torso. Lo sostuvo contra ella y arqueó el cuello. Él le besó el hueco de la garganta y la parte inferior de la barbilla. Con los muslos, Skye apretó los lados de sus nalgas; entonces buscó asidero en el colchón y empujó contra él.

Él la acunó. Ella lo meció. Hubo momentos en que Skye creyó no ser capaz de soportar el placer, y otros en que no soportaba que se acabara. La sensación subió de forma veloz y profunda, y en la misma cumbre, gritó. Él empujó más fuerte, y luego más rápido, lanzándose más allá del mismo límite adonde la había llevado. Skye le miró la cara cuando se le desencajó de placer, y luego compartió su estremecimiento y aceptó su semilla.

El cuerpo de Skye se fue quedando quieto; sus músculos fueron

relajándose poco a poco, y volvieron a temblar cuando él salió de ella con cuidado. Se resistía a dejarlo marchar, pero no hizo nada, salvo pasarle los dedos por la espalda cuando se apartó.

Walker se puso de costado. El ángulo del sol había cambiado, y ahora la luz oblicua recorría el borde de la cama y acariciaba la curva del hombro de Skye y parte de su cabello; donde le daba el sol, el color era tan vivo que parecía que fuera a quemarle la piel. Fascinado, Walker enrolló y desenrolló un rizo con un dedo, y luego inclinó la cabeza y la besó en la boca. Sus labios eran dóciles y suaves. El beso se prolongó. Al fin, cuando se retiró, ella sólo dijo:

—Mmmm.

Walker sonrió. Skye tenía los párpados cargados, y en su carnosa boca había un gesto soñoliento, casi como un mohín. Pasó la mano por encima de ella y tiró del cubrecama para cubrirle los muslos y la cintura. Ella cerró los ojos del todo y se movió un poco, sin fuerzas, mientras él rodaba hasta salir por el otro extremo de la cama y luego la envolvía con el resto del cubrecama.

La última vislumbre de sus pechos lo hizo suspirar, y entonces soltó una risa baja. La última vez que había suspirado a la vista de un seno había sido quince años antes; en aquella ocasión había sorprendido a la hija del embajador en China permitiendo que el mozo de cuadra probara sus nada desdeñables encantos. El mismo los probó mucho más tarde, y lo cierto fue que su segunda inspección no lo impresionó tanto como la primera.

Mientras rodeaba la cama recogió su ropa y, antes de vestirse, se lavó en la palangana. Sus ojos seguían vagando hacia Skye. No sabía casi nada de ella, salvo que no era un ama de llaves, y ella sabía todavía menos de él… A juzgar por lo que acababa de ocurrir en su lecho, eso no parecía importar. A él no le había preocupado antes, y deseó que no fuera a hacerlo ahora.

Recogió también la ropa de Skye y la puso en el respaldo de una silla. En ese momento, el papel que ella había estado escribiendo antes de que él entrara en la habitación se cayó del bolsillo del delantal. A Walker le costó trabajo creer que se hubiera olvidado de él; lo interpretó como otra señal de que estaba bien metido en un lío.

Se agachó y cogió el papel, que estaba doblado descuidadamente en cuatro. Lo abrió, lo miró con atención…, y soltó un silbido por lo bajo. Según su propio y limitado contacto con el invento de Parnell, le pareció que el dibujo de Skye era bastante exacto. Entonces se preguntó cuánto sabría ella de motores en realidad. ¿Lo había dibujado sólo de memoria, o comprendía su funcionamiento? Por encima del hombro, echó una mirada a la cama. Skye seguía durmiendo, de espaldas a él.

Con gesto ausente, Walker dobló el papel y lo metió otra vez en el bolsillo del delantal; luego se levantó y apoyó la cadera en el filo del escritorio. Se preguntó para cuál de los inversionistas de Parnell trabajaría. ¿Cuántos había a los que él no conocía aún? Parnell tenía establecido un tipo de acuerdo comercial que se parecía más a un timo que a un proyecto; no era de extrañar que prefiriera una arma tan rápida

de disparar como el Cok del otro día…

Se apartó de la mesa y fue al ropero; el arma de Parnell seguía donde la había escondido, y supuso que allí estaría bastante segura. Al día siguiente se la llevaría consigo. Parnell y la señora Reading ya podían buscar cuanto quisieran, pero el arma iba a salir de la casa: no le hacía gracia la idea de que su jefe le apuntara otra vez con ella. No pensaba que la cosa llegara hasta el punto que tener que matar al inventor, pero si aquello volvía a ocurrir, era posible; su advertencia no había sido en vano. Retrocedió un paso y cerró con cuidado la puerta del ropero.

—No hace falta que seas tan silencioso —dijo Skye—. Estoy despierta.

Sus ojos seguían cerrados y su voz no era más que un soñoliento susurro, pero había hecho el esfuerzo de volverse de costado hacia él. Walker sonrió.

—Vuelve a dormirte. Me voy.

—Mmmm.

Su murmullo lo llevó hasta la cama; se sentó en el borde y le puso una mano sobre el hombro desnudo; le acarició la piel con el pulgar.

—Haré que te suban la cena. No te preocupes; mandaré a Annie.

Ella rodó hasta ponerse boca arriba y levantó los párpados a medias; se tocó la frente con el dorso de la mano al echarse a un lado un mechón de pelo.

—¿Te tienes que ir? —preguntó.

Él asintió.

—Ya he pasado demasiado tiempo aquí.

Ella se sorprendió ruborizándose, pero se alegró del beso que obtuvo en respuesta. Cuando él se levantó, preguntó:

—¿La cerradura impedirá que entre Parnell?

Él asintió.

—Ésta sí. No hay copia de la llave de esta habitación; o, mejor dicho, la hay, pero yo tengo las dos. —Se dio una palmadita en el bolsillo de los pantalones—. Y no, no voy a darte una.

Skye no tenía el menor deseo de que la encerrara con llave, pero la alternativa la preocupaba más.

—¿Me traerás algo para leer? —preguntó—. Hoy no he tenido tiempo de trasladar aquí mis cosas, y parece que ya no vale la pena. ¿Quieres traerme el libro que cogí de la biblioteca?

—¿El de la familia Granville?

—Sí. Como no creo que vaya a saber nada más sobre el fantasma, más vale que sepa algo de él en su vida corpórea.

Walker se rió.

—Hablas en serio de ese fantasma, ¿verdad?

—Hasta que pueda probar lo contrario… —respondió ella, indiferente ante su regocijo—, merece la pena tomar en consideración todas las posibilidades.

—Intentaré recordarlo —contestó él con guasa.

Ella se incorporó sobre los codos. El cubrecama resbaló unos centímetros sobre su pecho y descansó en la curva exterior de sus senos.

—Supongo que tienes una explicación sobre cómo conseguiste ese bulto en la parte de atrás de la cabeza…

Walker apenas oyó la pregunta; se descubrió totalmente fascinado por el hecho de que el cubrecama se quedara posado justo de aquel modo sobre los pechos de Skye, que subiera y bajara con cada respiración, pero sin resbalar siquiera una fracción de centímetro. A la vez divertida y desarmada por su sonrisa juvenil, Skye bajó la vista y se miró. Sin pensar, comentó:

—Una vez llevé un vestido de baile con un cuerpo como éste en casa de los Astor; era de satén esmeralda y tenía más volantes que las enaguas de una chica de una sala de fiestas. Por supuesto, tenía ballenas dentro para sostenerlo, y además, yo llevaba un corsé, y con él es imposible respirar. —Señaló la turgencia de sus pechos y la línea del cubrecama—. ¿Quién sabe lo que mantiene esto en alto?

Entonces alzó la vista hacia Walker con una sonrisa de fingida inocencia y una expresión llena de astuta coquetería. Él no sonreía.

—Pero ¿quién diablos eres tú?

* * *

Capítulo 9

—¿A qué te refieres? —preguntó Skye.

—Vestidos de baile de satén esmeralda… —respondió él—. ¿Cómo es que tenías uno y has acabado trabajando para Jonathan Parnell?

Sabía que no era un ama de llaves, pero no se había planteado a fondo cuáles serían sus antecedentes. ¿Había sido la amante de alguien? No, de eso estaba seguro; al menos no hasta aquel momento…

Skye ni siquiera parpadeó al responder:

—Ese vestido era una prenda usada. —Y eso era absolutamente cierto. Su madre no quería que todas sus hijas estrenaran trajes nuevos cada temporada; el esmeralda de pícaro escote había pertenecido a Rennie.

—Pero lo llevaste en casa de los Astor —señaló él—. Las invitaciones para ir allí no se dan sin más a cualquiera.

—Y yo no soy cualquiera —replicó ella—. Se trataba de una función benéfica para el hospital Jennings Memorial, y el doctor Turner y su esposa insistieron en que los acompañara.

El baile benéfico había sido un auténtico acontecimiento, pero no fue allí donde llevó el vestido esmeralda, y tampoco la fiesta tenía la finalidad de recaudar dinero para el hospital; ni siquiera recordaba si en

esa ocasión había visto a Scott y a Susan Turner. A Skye le mortificó bastante ver la facilidad con que, a aquellas alturas, ensartaba mentiras.

—Asistió mucha gente que, de otro modo, nunca habría entrado en casa de los Astor. El doctor Turner se las arregló para meter a casi cincuenta pacientes en la lista de invitados, algunos de ellos indigentes del barrio de Bowery y de la plaza Paradise. Todo aquel asunto levantó bastante revuelo, pero se recaudó dinero.

Walker estaba observándola con atención; las explicaciones parecían salir de su boca con toda soltura.

—Me parece que tú tienes un poquito de labia, Mary Schyler.

Y más que un poquito… Cualquiera de su familia podía habérselo dicho. Skye consiguió adoptar un aire convenientemente ofendido, pero él en seguida empezó a besarla, y entonces se dio cuenta de que, en realidad, no le importaba quién fuera ella: le gustaba, y nada más. Esa idea la emocionó. Despacio, le rodeó la espalda con los brazos, y el cubrecama, finalmente, resbaló de sus pechos. Walker tuvo que hacer visibles esfuerzos para apartarse. Bajó la vista hacia el caído cubrecama que ella no tenía prisa alguna por alzar; de no ser por el calor de sus mejillas, casi la habría acusado de descarada.

—Justo ahora tenía que resbalar… —dijo, suspirando.

—Todo el mundo habla de ello —explicó Annie.

Despejó la mesita de noche para hacer sitio y dejó la bandeja de la

cena; mientras tanto, Matt intentaba subirse a la cama donde Skye estaba sentada. Annie se disponía a regañarlo cuando Skye dejó a un lado su libro y tiró de él por encima del borde.

—Está bien aquí —le preguntó, acercándoselo hasta ponérselo en el regazo. Estaba sentada apoyada contra el cabezal de la cama, con las piernas cruzadas y una almohada en la base de la espalda, y empezó a jugar con el niño al tiempo que hablaba.

—Supongo que estarán encantados al saber que me voy.

Annie meneó la cabeza, y su boca se redujo a una línea.

—Eso no es cierto en absoluto. —Skye la miró con escepticismo—. Bueno, quizá la señora Reading piense así… pero las mellizas van a echarla de menos, y Hank dice que usted valía para el puesto. Jenny se reserva la opinión, pero no es malintencionada… Y yo de mí, sé que lamento que el señor Parnell la despida.

—Pues yo no puedo decir que lo sienta —replicó Skye sinceramente —. Pero, de todas formas, la echaré a usted de menos. ¿Le han pedido que asuma el trabajo de ama de llaves?

Ella asintió, mientras toqueteaba los platos cubiertos de la bandeja. No habría sido correcto mostrar demasiado regocijo; después de todo, su nueva colocación era a costa de Skye.

—Él habló conmigo antes de la cena, y la señora Reading se lo anunció a los demás.

—Me alegro por usted —exclamó Skye con franqueza—. Lo hará muy bien.

La adusta expresión de Annie se volvió más alegre.

—Gracias; eso significa mucho para mí. No tendría esta oportunidad de no haber sido por usted.

Con un gesto, Skye le quitó importancia a su gratitud y luego apoyó la barbilla en la rubia cabeza de Matthew; como de pasada dijo:

—¿Sabe, Annie?, he estado pensando en anoche.

La nueva ama de llaves dispuso la plata en la bandeja y se limitó a murmurar:

—¿Hmmm?

—Acudió usted muy de prisa a mi grito. No creo haberle expresado mi agradecimiento.

—No espero que me lo agradezca —contestó Annie—. En realidad, yo no hice nada.

—Pero, con todo, vino… Y me sorprende un poco que me oyera: no suponía que se me oyera desde arriba. Espero no haber asustado a Matt.

—Ah, no —dijo ella meneando la cabeza—. Matt durmió de un tirón todo el rato. Probablemente yo lo hubiese hecho también, de no haber estado levantada ya. Iba por el pasillo, camino de la cocina, cuando la oí gritar. No me importa decir que en ese momento casi se me paró el corazón; estuvo muy cerca de salírseme del pecho.

—Así que entonces estaba usted en el pasillo.

La voz de Annie bajó hasta un susurro.

—Usted sabe que no soporto esa escalera de atrás, y que apenas la uso para ir al segundo piso. Me entran todos los miedos cuando se trata

de cosas como fantasmas.

Skye hizo una mueca y señaló el libro que tenía al lado.

—Estoy empezando a pensar que a mí me pasa lo mismo. —Dejó que Matt le cogiera la mano y tirase de ella para volver al juego—. Así que debía de ir usted a la planta baja…

Annie asintió.

—Sí. —Las comisuras de su boca cayeron un poco más—. Pero ¿qué le hace pensar en eso?

—No traía nada de la cocina.

—Podría haberme tomado una taza de té allí —observó.

—Podría… —convino Skye—, pero no imagino que se quedase usted sentada abajo cuando podía estar de vuelta con su hijo.

Annie reconoció que era lo mismo que se le habría pasado a ella por la cabeza.

—Es usted muy observadora —dijo—. Lo vi desde el principio.

Tendió las manos a su hijo, y Skye le entregó a Matt con un pequeño impulso, para ayudarlo a alcanzar los brazos tendidos de su madre.

—Entonces usted también es observadora. Supongo que forma parte de ser una buena ama de llaves.

Annie cogió a Matt, que no dejaba de retorcerse, y se lo apoyó en la cadera.

—Eso es verdad —contestó—. Y yo aspiro a ser una buena ama de llaves.

Cuando Annie y Matthew se fueron, Skye tiró de la bandeja hasta

ponérsela en el regazo y luego empezó a comer sin dejar de leer. La historia de los Granville era infinitamente más interesante que toda la comida que la señora Reading le había preparado; tanto, que no tardó en apartar la bandeja para concentrarse en el libro.

El origen de la familia Granville se remontaba a un matrimonio concertado entre lady Jane Suffolk y Edward Granville. En el libro se hablaba algo del linaje de lady Jane, pero sobre el nacimiento y la familia de Edward Granville se apuntaba poco, y Skye intentó adivinar el motivo. Aun así, en la presentación del apellido Granville, mencionaban algo.

De entre los primeros hechos de la familia, el más significativo era la participación de Edward en los viajes al Nuevo Mundo. Estuvo navegando con Walter Raleigh hasta que Isabel de Inglaterra hizo que a éste le cortaran la cabeza; en ese momento, consciente del riesgo de desagradar a la reina, Edward Granville aceptó un nombramiento como capitán de sus propios barcos y, lejos de incurrir en el desagrado de la reina, se distinguió en su servicio. Mediante el asalto a los cofres de los galeones españoles amasó un tesoro para ella y una pequeña fortuna para sí mismo; en recompensa, recibió tierras en América.

Edward Granville no hizo demasiado uso de su finca en vida; por lo visto, prefería piratear a plantar, y sólo visitó sus propiedades en dos ocasiones. En el segundo viaje, unos buques corsarios atacaron su barco, cargado de tesoros, en el río Hudson. Granville perdió una fortuna, su barco y casi su vida, y nunca regresó a América.

Eso quedó para su hijo menor, que, sin otras perspectivas en su Inglaterra natal, reclamó la tierra para sí. Al llegar al continente, Robert no estaba casado, pero una vez establecido allí, mandó pedir una novia inglesa. Skye imaginó que el joven colono habría exagerado tanto su buena fortuna como su importancia, pues se las arregló para hacer una boda que no habría hecho de haberse quedado en Londres. Su novia, lady Emma Cordery, era hija del conde de Whitested. Pudo escoger al pretendiente que quisiera, pero eligió al hijo menor de un corsario bastardo. En el libro no quedaba claro si en realidad el conde respaldaba el casamiento, o si lady Emma lo desobedeció para contraer matrimonio con Robert Granville; tampoco estaba claro si Robert y Emma se conocían antes de la boda. Daba la impresión de que los historiadores de la familia se mostraban reticentes a la hora de poner por escrito ciertas cosas…

Lo que seguía a continuación era un relato de los años que vivieron juntos. Tuvieron que hacer frente a reclamaciones sobre su tierra por parte de holandeses e indios, a sequías que aniquilaron las cosechas y a inundaciones que acabaron con las sequías. Lady Emma demostró no ser una flor de invernadero: le dio a Robert ocho hijos, cinco de los cuales vivieron hasta bien entrada la edad adulta y a su vez tuvieron hijos.

La historia se ampliaba en este punto, pero al detallar las vidas de cada uno de los descendientes se mencionaba una idea tentadora: que nadie había sacado nunca el tesoro del barco perdido de Edward Granville.

Walker no entró en el cuarto de forma especialmente silenciosa, pero Skye no dio señal alguna de haberse dado cuenta de su presencia. Impresionado por su concentración, se apoyó contra la puerta y aprovechó aquel instante para observarla. Estaba tumbada sobre el estómago con la cabeza apoyada en los codos; el suelto cabello le caía por encima de los hombros y formaba una cortina sobre una parte de su cara. Estaba de cara a los pies de la cama, y, a juzgar por el lío de la ropa de la misma, Walker dedujo que en las últimas horas había estado tumbada en todas las direcciones posibles.

Una pierna la tenía doblada por la corva, con la pantorrilla y el pie desnudos y alzados hacia el techo. Mientras leía, hacía girar el tobillo en pequeños círculos; a veces, sencillamente, dejaba caer la pierna de nuevo sobre el colchón, donde rebotaba hasta volver al punto de partida, y de nuevo su piececito empezaba a describir círculos. Tenía el bajo del vestido subido hasta las rodillas y se veía más enagua que tela del traje; el rígido cuello debía de resultarle incómodo, porque se había desabrochado los botones. Una mínima vislumbre del hueco de su garganta le pareció a Walker tan atractiva como la desnudez de sus piernas.

Esa vislumbre de piel y su propia reacción le recordó que Mary Schyler Dennehy no era tan joven como su postura la hacía parecer, o al menos, no tan inocente. Entonces se le ocurrió que ni siquiera sabía qué

edad tenía… Y le molestó más el hecho de que eso le preocupara que el hecho de no saberlo.

Cuando se apartó de la puerta, ésta se cerró, y fue ese leve sonido lo que captó la atención de Skye, que alzó la vista, parpadeó solemnemente y dijo lo primero que se le ocurrió:

—Estás frunciendo el cejo.

Él se limitó a hacer un sonido en voz baja que podía haber sido de asentimiento o de sorpresa.

Ella se encogió de hombros, cambió de postura y siguió leyendo; sólo tardó unos momentos en sumergirse de lleno otra vez en el relato de los Granville. Ajena a Walker, no advirtió que él añadía leños al fuego y atizaba las llamas; no lo vio quitarse la chaqueta y colgarla en el ropero, ni se dio cuenta de que había salido al balcón hasta que sintió una corriente de aire en la pierna cuando las puertas se abrieron y se cerraron. Su primer instinto no fue ir con él, sino taparse, pero el enredo de las mantas desbarató su intento.

Entonces cerró el libro y rodó hasta ponerse de costado. Fuera estaba demasiado oscuro como para ver lo que él hacía: los vidrios se limitaban a reflejar el interior de la habitación. Skye se sentó, salió por el borde de la cama y caminó sin hacer ruido hasta las puertas del balcón.

—Vuelve —le dijo ella una vez fuera.

Él estaba apoyado en la balaustrada, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas extendidas hacia delante. El viento lo despeinaba el cabello.

—Aquí fuera hace demasiado frío para ti —se limitó a decir él.

—Para ti tanto como para mí —insistió ella.

Los dientes habían empezado a castañetearle, y bajo sus pies descalzos, el frío suelo del balcón era como el hielo; bailoteó un poco para cambiar el peso del cuerpo de un pie al otro y mantenerse caliente.

—Por amor de Dios —exclamó él—. Si vas sin zapatos…

Ella cruzó los brazos abrazándose a sí misma y repuso:

—Y también sin medias, pero bueno, tú no llevas… —En ese momento, él abrió la puerta con una mano, con la otra la levantó y luego la metió dentro—… Chaqueta —acabó Skye la frase sin mucha convicción.

—Y eso era justo lo que quería —le dijo él, aunque un baño en el río Hudson le habría ido mejor. La empujó hacia la cama—. Vuelve en seguida ahí dentro, antes de que se te hielen los pies y se te queden pegados al suelo.

No hubo que decírselo dos veces: Skye casi se zambulló en la cama. Metió los pies debajo del montículo de ropa y los frotó arriba y abajo contra el colchón.

—¿Por qué has salido fuera? —preguntó.

Walker volvió la butaca que estaba junto al fuego de manera que mirase hacia la cama y se sentó en ella.

—No tiene importancia.

Decepcionada, ella no lo miró. ¿Creía que no lo entendería, o era sólo que no quería que lo supiese? Daba igual; en cierto modo, aquello

parecía un insulto.

—He estado leyendo —dijo, cambiando de tema.

—Ya me he dado cuenta. Estabas absorta cuando he entrado.

—¿Absorta? —preguntó sorprendida.

La arruguita vertical que se formaba entre sus cejas se hizo más profunda; recordaba haber alzado la vista en cuanto lo había oído… Cuando miró a Walker, éste sonreía levemente.

—He estado aquí un minuto, quizá dos, sin que te dieras cuenta.

Skye no estaba segura de que eso le gustara.

—Debiste hacer notar tu presencia —dijo.

—No estaba escondiéndome.

Eso era cierto… Y Skye recordó también que tenía el entrecejo fruncido cuando ella alzó la mirada; hasta ese momento, no se había planteado que su humor tal vez estuviera relacionado con algo que ella hubiera hecho. Lo miró más atentamente, pero sus facciones revelaron poco sobre la naturaleza de sus pensamientos; incluso su sonrisa se había desvanecido.

—¿Qué has hecho durante todo el día?

Walker se quitó los gemelos de los puños y, despacio, se subió las mangas hasta los codos.

—He llevado unas cartas del señor Parnell a Baileyboro, al correo.

Las cejas de ella se alzaron un poco.

—¿Y me has dejado aquí sola?

—No tenía mucha elección; ya te dije que yo tenía la única llave de

esta habitación: has estado segura.

—No creía lo contrario; sé cuidar de mí misma —contestó ella con una pizca de frialdad—. Pero, es sólo que me sorprende que tú lo creyeras.

Él no le siguió la corriente.

—Le pedí a Hank que vigilara; cosa que también sabía Parnell.

Aunque esa era una respuesta previsible no impidió que Skye se enfureciera. Irguió la espalda y enderezó los hombros; sus ojos centellearon dispuesta a desafiarlo… Pero nada de aquello obró el efecto deseado: en lugar de arredrar a Walker, sólo sirvió para que se levantara de su butaca. Con unas pocas zancadas de sus largas piernas, cubrió la distancia hasta la cama en el espacio de un segundo. Skye levantó la cara, pero al instante su actitud perdió todo rastro de obcecado reto, y la expresión de sus ojos se dulcificó.

Walker le agarró los brazos y tiró de ella hasta ponerla de rodillas; luego inclinó la cabeza y la besó. Skye no ofreció resistencia. Sus labios suaves y flexibles le devolvieron el beso con toda intensidad, y sus manos, que habían caído de forma natural contra el pecho de él, subieron poco a poco y le aferraron la parte de atrás del cuello. Sus dedos tiraron de los leonados cabellos de la nuca, y entonces el beso se hizo más profundo, como si hubiera tirado de una cuerda sensible. Murmuró su placer contra la boca de él cuando la bajó hasta el colchón.

Walker echó a un lado el montículo de mantas, y casi todas cayeron al suelo cuando su cuerpo cubrió el de Skye. Ella se arqueó contra él; la

planta de su pie se frotó contra su pantorrilla mientras sus manos soltaban su pelo y volvían a deslizarse entre los cuerpos de los dos, esta vez a la altura de la cintura de Walker. Sacó los faldones de la camisa con los dedos hasta que pudo deslizar las manos por debajo de la tela y posar las palmas contra su piel.

Él tiró del vestido y se lo levantó hasta los muslos; la enagua se arrolló, y Skye gimió en voz baja, compartiendo su urgencia cuando él dio un tirón a su ropa interior. Alzó las caderas y luego sintió el calor de la mano de él en la parte interior del muslo, sobre la piel desnuda. Para entonces él tiraba de su propia ropa, y ella estaba desabrochándose el vestido. Sus pechos quedaron al descubierto, con los pezones duros y doloridos. La boca de él se cerró sobre uno de ellos, y el intenso placer hizo gritar a Skye. Entreabrió los muslos, y cuando él alzó la cabeza para mirarla, asintió y le pasó las palmas de las manos por los brazos cuando la penetró.

Él la miró mientras lo hacía, y la vio morderse el labio inferior. Sabía que debía retirarse, darle placer de otro modo, pero la quería en aquel instante, tal como estaba, y le pareció que no tenía fuerzas para ser nada más que ser egoísta en aquellos momentos. Se quedó quieto cuanto pudo. Mientras tanto, Skye lo estrechaba tan bien, con tanta suavidad y dando tanta impresión de no ser consciente de que se contraía en torno a él, que Walker alzó las caderas y volvió a entrar bruscamente en ella. Oyó que se le entrecortaba el aliento, sintió las yemas de sus dedos clavársele en la espalda, y deseó que lo mirara y le dijera que deseaba lo

que estaban haciendo. Ella supo lo que necesitaba oír.

—Me gusta —dijo con un hilo de voz—. Es lo que quiero.

Walker se dio cuenta de que era incapaz de protegerla de su propia terquedad. Entonces bajó la boca sobre la suya e invitó a su lengua a la misma íntima danza que mantenían sus cuerpos. Sintió que Skye se alzaba para apretarse contra él, que se arqueaba en su embate y le daba lo que él no podía darle. Ella lo abrazó fuerte, y cuando el placer lo recorrió vibrando, siguió abrazándolo, aunque Walker estaba convencido de que ella no lo había experimentado en absoluto.

Cuando se apartó de su cuerpo y se sentó, su respiración seguía siendo irregular, y lo sorprendió que ella pareciera resistirse a dejarlo marchar. Luego se subió los pantalones, hizo un descuidado intento de remeterse el faldón de la camisa y al fin se levantó de la cama. Pasándose una mano por el pelo, se volvió para mirarla de nuevo. Skye estaba sentada, se había bajado el traje pudorosamente en torno a las recogidas piernas y estaba abrochándose unos cuantos botones del vestido.

—Perdona.

Los dos pronunciaron la palabra al mismo tiempo; luego se miraron con el entrecejo fruncido.

—¿Por qué pides perdón tú?

De nuevo las palabras sonaron al unísono. Los dos abrieron la boca para contestar y después la cerraron bruscamente. Durante un instante, ninguno habló, pero Walker fue capaz de prolongar el silencio más tiempo que Skye. Ella tiró de una almohada y la abrazó, usándola como

escudo; con dedos nerviosos, empezó a pellizcar una esquina.

—Yo sí quería —empezó en voz baja, sin mirarlo. Y en seguida se apresuró a añadir—: Así que no creas que no quería. —Se arriesgó a echarle una ojeada—. Pero me parece que no soy muy buena en esto. De modo que… por eso pido perdón. Y no estoy segura de querer hacerlo más contigo.

En ese momento lo miró con franqueza. Su vergüenza iba desvaneciéndose a la luz de su confesión, y pensó que ésta era buena para el alma.

—¿Sabes que no tengo ni la menor idea de cómo llamarlo? —prosiguió—. Es decir, «hacer el amor» es un poquito atrevido; no me refiero al acto en sí, aunque claro que también es atrevido, sino al modo de expresarlo. Y las otras palabras descriptivas que conozco son o bien científicas o bien vulgares. Eso no ayuda a que sea un tema fácil de discutir, ¿verdad?

Fascinado, Walker se limitó a mirarla fijamente.

—Está claro que no —continuó ella—, porque si no, tendrías algo que decir.

Sin dejar de mirarla, Walker se sentó despacio.

Skye se frotó la nariz con las puntas de los dedos.

—Ya estás haciéndolo otra vez —dijo—, mirándome de hito en hito. ¿Tengo algo en la nariz?

Él meneó la cabeza. Un mechón de pelo se salió de su sitio y cayó sobre la frente de Skye que, exasperada, sopló para quitárselo.

—Bueno, ¿qué pasa?

Walker se sintió aturdido por la emoción. Una emoción tan fuerte que lo doblaba y no daba respiro a la increíble presión que sentía en el pecho. Nunca había tenido que esforzarse tanto por ocultar sus propósitos. Al fin, dijo una palabra; una sola, pronunciada a la ligera, casi expulsada, sin rastro de la intensidad que la rodeaba en su sentir.

—Tú. —Y añadió—: Sólo tú.

Skye pensó de nuevo que debía de parecerle muy joven, hablando siempre adelantándose a sus pensamientos… Se arrellanó un poco y abrazó más fuerte la almohada. Entonces Walker añadió:

—Me haces olvidar que no eres tan experimentada como quieres hacerme creer.

Skye no se ruborizó: se encendió. Apenas logró no apretarse las mejillas con las manos.

—Sé que tú querías hacer el amor. —A diferencia de Skye, él no divagó acerca de lo apropiado de la palabra; podía haberle dicho que se ajustaba perfectamente a lo que tenía en la cabeza—. Pero yo debería haber pensado en que quizá no estuvieras preparada para ello: aún estás dolorida de esta mañana, y yo debería haberte dejado descansar. No pretendía hacerte daño. Por eso he pedido perdón… No porque tú hayas hecho nada mal.

Alzó una ceja y le dedicó una sonrisa de medio lado, humilde.

—Deberías esperar menos de ti misma, Skye Dennehy, y un poco más de mí.

Con un parpadeo, como si saliera de un trance, ella dijo en voz baja:

—Ah.

Sus mejillas seguían calientes, pero el color iba desvaneciéndose de forma agradable; soltó un poco la almohada. Entonces dijo:

—El principio siempre está muy bien.

—¿El principio? —repitió él con guasa.

—Los besos.

—Aaah —dijo—. Te gustan los besos.

Ella asintió.

—Y las caricias.

Él se quedó pensando.

—Entonces has cambiado de opinión: no siempre ha sido así.

—Lo sé. —Frunció el cejo, perpleja ella misma por su revelación—. Tal vez sea porque yo también te toco.

Pensar en eso hizo que Walker se revolviera incómodo en la silla. Era una suprema tortura estar así, con media habitación entre ellos, y oírla hablar de lo que le había hecho. Le parecía sentir sus manos en la piel. Los firmes músculos de su abdomen que se le encogieron al recordar los dedos de ella metiéndose debajo de sus pantalones… Se obligó a mirarla a los ojos, sin reparar en los movimientos ausentes y despreocupados de sus manos sobre la almohada.

—Tal vez —asintió.

Las manos de Skye se detuvieron un instante.

—No mucho antes de venir aquí, en realidad, la misma noche de

nuestro encuentro en el parque, un hombre, un ladrón, entró en mi casa a robar. Me ató mientras buscaba unas cosas, y antes de soltarme se arrodilló junto a mí en el diván y… y me tocó. Sus dedos eran muy leves sobre mi cara, luego sobre mi cuello… mis pechos. —Su voz se volvió casi un susurro, y Walker se esforzó por oírla; ella se estremeció—.Yo estaba con los ojos vendados y amordazada, y, como no veía, no sabía dónde sería su próximo contacto. La otra noche, en mi cuarto, fue otra vez así. Ya no distingo la realidad del recuerdo… No comprendo lo de las caricias, pero contigo parece distinto.

Con visible esfuerzo, se arrancó de su ensueño. En ese instante, se preguntó si debía habérselo contado a Walker, y él leyó perfectamente la pregunta en sus ojos.

—Debiste habérmelo contado antes.

Pero ni siquiera él sabía cuándo habría sido un buen momento. Para esconder en parte su desconcierto y desahogar un poco su cólera, se levantó y atizó las llamas. Tras añadir más leña, fue al ropero y sacó el camisón de Skye; se lo dio y luego empezó a prepararse para acostarse.

—Así habría entendido mejor tu miedo. —Al menos eso esperaba; aquello no le habría impedido desearla…, ni tomarla, probablemente. Pero le habría gustado saberlo—. Entiendo a un intruso mejor que a un fantasma.

Skye se puso rápidamente el camisón y, como había hecho la noche anterior, se quitó la ropa cobijada dentro de él. Walker se fijó en sus gestos y sonrió para sí; le parecía que tomaba ciertas medidas demasiado

tarde, pero no dijo nada. Su comentario sobre el fantasma no parecía haberla dejado muy contenta. Apagó la luz y después recogió la ropa de cama que se había caído; a continuación, la extendió y la puso bien. Ella lo ayudó a hacer la cama desde dentro, remetiendo la ropa entre el colchón y el armazón. Cuando acabaron, alzó una esquina y lo invitó a deslizarse entre las mantas y la sábana. Skye se tendió boca arriba; por su parte, él rodó hasta ponerse de lado y se incorporó sobre un codo.

La luz de la lumbre iluminaba el perfil de ella; quiso pasarle el dedo índice por el puente de la nariz, rozarle los labios… Se contuvo; en lugar de eso, dijo:

—Háblame del intruso.

—No hay mucho que contar.

—Has dicho que entró a robar en tu casa. ¿Dónde era eso?

Skye no se había dado cuenta de que había cometido ese error; lo rectificó al instante.

—Quise decir en casa de los Marshall; ésa era mi casa entonces.

Walker se limitó a aceptar la información.

—¿Cómo fue que tropezaste con él? ¿O fue él quien tropezó contigo?

—Yo tropecé con él —explicó ella—. Era más de medianoche. Oí un ruido y fui a investigar.

A Walker no le costó trabajo creerlo.

—¿No se te ocurrió despertar a alguien?

—No —contestó ella sencillamente—. No se me ocurrió. Podía haber sido cualquier cosa.

Walker percibió el tono de enfado que había en su voz: no le gustaba defenderse ante él. Con el nudillo le apartó un mechón de la cara.

—Pero no fue cualquier cosa —susurró él—. No quiero ni pensar que quizá nunca te hubiera conocido.

Ella lo miró de reojo para calibrar su sinceridad. Cuando Walker vio que, aunque cautelosa, se había apaciguado un poco, le preguntó:

—¿Cómo te escapaste?

—Él me soltó. No encontró lo que buscaba. Creo que decidió que debía de estar en la oficina de mi… del señor Marshall.

—Entonces no tenía intención de robar la plata o las joyas de la señora Marshall.

—Cielos, no. Cuando yo llegué estaba rebuscando la mesa del señor Marshall. Lo oí registrar los papeles.

Un músculo latió en la mandíbula de Walker.

—¿Cuando llegaste? —repitió.

Ella asintió.

—Al principio hubo un forcejeo, aunque no mucho: me quitó el cuchillo casi en seguida, y cuando me tapó la boca con una mano, no podía respirar. Entonces no fui tan lista como para fingir que me desmayaba, como he hecho hoy con Parnell; aquella noche me desmayé de verdad.

Walker se inclinó sobre ella.

—¿El cuchillo? —preguntó.

—No creerás que iba a ir a investigar un ruido con las manos

vacías… —replicó ella—. Podía haber sido cualquier cosa.

Él meneó la cabeza y, en silencio, le dio las gracias a su ángel de la guarda, sobrecargado de trabajo y al que, seguramente, nadie reconocía su valía. Irónico, le comentó:

—Has usado ese mismo argumento para explicar por qué no despertaste a nadie. Me parece que no puedes usarlo dos veces.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de ella al preguntar:

—¿Es una regla?

Walker recordó que a ella le gustaban los besos, y él se moría por besarla. Apretó la boca con la suya y dejó que aquello durase justo un segundo de más para no ser un simple roce de labios. Entonces, como quería saber más de la historia, dijo:

—Debería serlo. ¿Qué ocurrió cuando te soltó?

—Sólo me desató las manos. Supongo que lo que yo debí hacer entonces era quitarme la venda de los ojos o arrancarme la mordaza para gritar… Pero lo único en que pensé fue que deseaba hacerle daño por haberse tomado aquellas libertades conmigo. Entonces eché atrás la mano y lo abofeteé. No creo que lo esperase, porque acerté en mi objetivo.

Walker percibió la satisfacción en su voz y comentó:

—Yo podría enseñarte a que la palma de tu mano hiciera un poco más de daño que una simple bofetada.

Skye recordó los golpes que él había asestado a los hombres del parque, y cómo había desarmado a Parnell.

—¿Me lo enseñarías? —preguntó.

Él asintió.

—¿Cuándo?

La pregunta lo pilló por sorpresa.

—Algún día.

Skye volvió un poco la cabeza, preguntándose si hablaba en serio; daba igual. Se había jurado a sí misma que no pediría nada más que las horas que les quedaban. Su pacto de enseñarle «algún día» quizá contuviera una promesa de futuro…, o quizá no significara nada en absoluto.

—Me gustaría aprender —fue todo lo que dijo.

Él la imaginó realizando el Gran Círculo del tai chi; se la vería elegante, con su ágil y flexible cuerpo haciendo fluir cada gesto hasta desembocar en el siguiente. Al principio querría apresurar los movimientos: tendría prisa por «Tocar el viento sur» o «Coger la flor»; debería cultivar la paciencia y dejar que su espíritu fluyera en armonía con su entorno, en vez de en oposición a él. Y, al final, eso la haría más fuerte.

—Algún día —volvió a decir; le posó ligeramente la mano en el hombro y, con el pulgar, le masajeó la curva del brazo—. ¿Volvió alguna vez el intruso?

Skye deseó que la besara de nuevo.

—No que yo sepa —dijo—; no mientras estuve allí.

—¿Tuvo algo que ver eso con que dejases a los Marshall?

—Algo. —Su boca se contrajo un poco: señal de su negativa a responder más preguntas; no le parecía justo que él hiciera tantas y ella apenas pudiera formular una—. ¿A qué hora me voy mañana?

—El tren sale a las diez. Hoy he hecho algo más en Baileyboro.

Cuando Skye lo miró de manera inquisitiva, le explicó:

—Comprar tu billete.

Pero no añadió que también había comprado uno para él. Ella tenía asiento con los demás pasajeros; para poder viajar en el vagón del correo, él había tenido que hacer arreglos especiales. No iba a arriesgarse a que ella se desplazase por los vagones y se topase con él.

—Entonces te debo dinero —dijo Skye.

—No: lo ha pagado Parnell.

Dadas las circunstancias, era lo mínimo que podía hacer, pensó la joven. Entonces se quedó callada, pensando en qué diría su padre cuando la viese aparecer por casa. Se alegraría por el motor, desde luego, y probablemente le sorprendería que hubiera concluido el asunto con tanta celeridad… Pero lo decepcionaría que ella no lo llevara consigo, y quizá se sintiera incluso un poco frustrado porque su éxito no le hubiera supuesto aburrimiento… Al final suspiró: era imposible prever la reacción de Jay Mac. Cuando descubriera que no iba a volver a la universidad, quizá considerase aquel ambicioso proyecto uno de sus pocos fracasos personales… Y no iba a darle las gracias por ello.

Walker observó el abanico de emociones que pasaban por la cara de Skye. Asombrado por su expresión preocupada, le preguntó:

—¿De qué se trata?

—¿Hmmm?

Él repitió la pregunta, y ella se encogió un poco de hombros.

—Pensaba, nada más —respondió—. Sólo porque no me hayas dejado ni a sol ni a sombra, eso no significa que vaya a dejarte vivir dentro de mis pensamientos.

Él supo lo que quería decir, pero en sus palabras había un significado más profundo que ella no negaba; era como si planeara adrede el modo de borrarlo de su memoria. ¿Era él tan olvidable, o tendría que esforzarse para conseguirlo? Movió los dedos de la curva de su brazo hasta su clavícula; luego tiró de la tela del camisón y lo apartó para acariciar su piel desnuda. Ella experimentó un pequeño escalofrío y él reconoció que no era de placer.

—¿Te molesta esto? —preguntó.

Le molestaba.

—Un poco —reconoció.

Walker interrumpió el ligero roce de sus dedos por su piel; se apartó, se dio la vuelta y encendió la lámpara de su mesita de noche. Después, le puso el dorso de la mano en la mejilla; una caricia suave, apenas un roce, y observó la reacción de ella: se volvió hacia él como un gatito. No tuvo que preguntarle si la luz le agradaba más; la respuesta se la dio el modo en que reaccionó a su contacto. Con los nudillos, le rozó la línea de la mandíbula y la parte inferior de la barbilla, y luego bajó hasta la base de la garganta. Inclinó la cabeza y dejó la boca planeando justo encima de la

suya, pero cuando la besó no fue en los labios. Ella hizo un leve sonido de decepción y deseo cuando él agachó la cabeza y le tocó el cuello con la boca, justo por debajo de la oreja. La fragancia embriagadora de su cabello se mezclaba con la de su piel.

Los labios de Walker pasaron lentos por su garganta, descansaron en la curva de la misma y después chuparon suavemente, saboreando y provocando. Ella le pasó los dedos, inquietos, por el cabello, y sólo vaciló una vez, cuando su atención se trasladó más abajo.

Tenía abierto el cuello del camisón, y Walker fue dejando besos entre sus pechos. Después, para besárselos no le quitó el camisón de los hombros, sino que su boca se cerró sobre el pezón a través de la tela; su lengua lamió un húmedo círculo sobre la punta rosa, y el tejido le provocó una especial sensación de placer en la piel. Ella se movió inquieta debajo de él, impaciente por sentir su boca en el otro pecho. Sus dedos sujetaron con más fuerza el pelo de él y su aliento se entrecortó cuando los labios de Walker se cerraron sobre el hinchado capullo de rosa.

La ropa de cama volvió a enredárseles en las piernas, y la apartaron. Ella frotó su pierna contra la de él, y Walker le puso las manos sobre las caderas y fue subiéndole el camisón mientras su boca se movía hacia la parte inferior de su seno. Se detuvo allí un instante y luego se movió aún más abajo, lentamente por su abdomen, hundiendo un poco la tela a la altura del ombligo. El liso vientre de Skye se encogió esperando su contacto; sus dedos dejaron el cabello de él, se acercaron a sus costados y

cogieron la sábana que tenían debajo. La retorcieron fuerte cuando él posó su boca sobre la piel suave y sensible del interior del muslo.

Él alzó la cabeza al notar que la sensación la sacudía levemente.

—Ábrete para mí, Skye.

Ella estaba tensa, y no estaba segura de querer que él le hiciera aquello. Sin dejar de observarla, calibrando su reacción, él volvió a acariciarle el muslo con insistencia suave y dulcemente.

—Ábrete para mí —repitió. Se subió y le besó el pecho, luego la garganta. Deslizó la mano entre sus muslos mientras con la boca le rozaba los labios—. Ábrete.

Ella entreabrió la boca y aceptó su beso, y entreabrió las piernas y aceptó la caricia de sus dedos… Más tarde, aceptó la caricia de su boca, el contacto de su lengua, y el placer que llegó con aquella nueva intimidad.

Walker la sostuvo mientras se estremecía en sus brazos, saboreando el rubor que tenía su piel y la oscura y soñolienta excitación que le ensanchó las pupilas. Al darse cuenta de que la miraba fijamente, ella se apartó y se bajó el camisón, incómoda por su entrega; un poco avergonzada por haberle dejado hacer las cosas que había hecho… Walker le tocó la barbilla y le volvió la cara de nuevo hacia él mientras levantaba las mantas.

—No has hecho nada malo —dijo.

Los verdes ojos lo miraban con expresión ansiosa; Skye se mordisqueó el labio inferior mientras se preguntaba cómo explicárselo.

—Es que no estoy segura de que debiera disfrutarlo tantísimo… —soltó por fin—. Y no tengo ni idea de cómo llamarlo.

Él parpadeó. Al cabo de un instante, la risa contenida se convirtió en una presión en su pecho, y una amplia y picara sonrisa hizo que se le acentuara su único hoyuelo. La besó con pasión en la boca.

—Es parte de hacer el amor, y puedes llamarlo así… —Acercó la boca a su oreja—. O así. —Y volvió a susurrarle algo. Luego, levantó la cabeza para ver su expresión.

Ella estaba torciendo la cara con una encantadora falta de malicia.

—No puede gustarme cómo suena eso —dijo.

—No creí que te gustara —contestó él con seriedad—; sencillamente, te lo he ofrecido como alternativa.

Skye sabía que estaba riéndose de ella, pero descubrió que no le importaba. Nunca se había tomado a sí misma tan en serio como Mary Michael o Mary Renee, y también estaba más predispuesta que Mary Margaret o Mary Francis a ver el humor en las situaciones cotidianas.

—¿En qué estás pensando?

Skye se planteó por qué se lo preguntaba, y entonces se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—En mis hermanas —explicó.

—Hermanas… —repitió él—. Aunque quizá debería preocuparme por tus hermanos. ¿Tienes alguno?

—No. Y esto es lo último que voy a decirte. —Se acurrucó contra él y curvó su cuerpo con el suyo—. Además, deberías estar muy preocupado

por lo que te harán las «Mary».

Se ciñó la cintura con el brazo de él y lo mantuvo allí; luego cerró los ojos.

Las «Mary» —pensó Walker—… ¿Qué querría decir con eso?

Por la mañana, Walker la dejó sola mientras se preparaba para marcharse. Annie le llevó el desayuno, pero casi todo se quedó sin comer en la bandeja; el nudo de su garganta le hacía difícil tragar, y el nudo de su estómago, como un puño apretado en la cintura, le hizo pensar que, de todos modos, no habría retenido la comida. Nadie más fue a verla, y tampoco lo esperaba. Incluso le sorprendía que Walker le hubiera confiado a Annie la llave de la habitación; dudó que él se la hubiera dado a nadie más.

Fue mientras hacía las maletas cuando echó de menos su cuadernillo. No era demasiado importante, pensó, porque sólo contenía información sobre la casa; en realidad no había tenido tiempo de explorarla como quería, ni de completar sus dibujos. Cuando Walker se convirtió en su sombra, ni siquiera pensó mucho en cómo demostrar o rebatir ninguna teoría sobre el extraño diseño de la casa. Pero le preocupaba no encontrar el cuaderno. No recordaba haberlo guardado en ningún sitio que no fuera el bolsillo del delantal, y sólo tenía dos delantales. Después de revisarlos, llevó a cabo una minuciosa búsqueda en todos sus vestidos. Más tarde, pasó la mano por el fondo de la maleta y del baúl, por si

quizá había caído en un desgarrón del forro. La última vez que recordaba haberlo tenido, todavía se alojaba en el otro dormitorio. Si estaba en algún lado, seguía allí. A pesar de eso, miró debajo de la cama, en el tocador, bajo la alfombra y en el ropero de Walker. De este modo fue como encontró la pistola de Parnell. El Colt estaba en la parte de atrás del ropero, y al tocar el frío acero azul grisáceo se le helaron los dedos. Entonces la sacó con cautela y comprobó si estaba cargado. No lo estaba.

Soltando una respiración que no sabía que estaba conteniendo, Skye se dispuso a devolverlo a su sitio, pero a mitad de camino se detuvo, sacó la mano otra vez y metió el arma en el fondo de su maleta. No tenía una necesidad especial de aquel Colt, sus preferencias iban hacia un Remington 22 de cinco tiros, pero llenarse el Colt de la mansión Granville le pareció mejor que dejarlo allí.

Su dibujo del motor estaba en el bolsillo donde recordaba haberlo puesto. Entonces, agradecida por no haber perdido lo más importante, dejó de preocuparse por el cuaderno y desdobló el papel del boceto. Seguía sin parecer gran cosa, pero su padre tenía empleados que quizá comprendieran lo que había dibujado; probablemente, su hermana Rennie sería capaz de descifrarlo.

Cuando volvió a doblar el papel, se dio cuenta de que se plegaba con esmero en limpias líneas regulares; entonces lo observó con atención, frunció el cejo e intentó recordar, tratando de evocar las circunstancias en que lo había dibujado. Se levantó desde su posición arrodillada delante

del ropero y se sentó al escritorio de Walker. Sacó otro papel y repasó el gesto de dibujar en él. De una sacudida levantó la cabeza al recordar cuando había oído que Walker se acercaba, su mano en la puerta y el sonido de la llave en la cerradura. A continuación, agarró el papel y se lo metió de prisa en el bolsillo.

Luego bajó la vista hacia sus manos: el papel no estaba doblado como el que había encontrado; había actuado con demasiada prisa como para plegarlo con esmero. Volvió a mirar su dibujo: era su bosquejo, su letra… Aquello, al menos, no era distinto.

Sólo podía llegar a una conclusión: alguien más lo había visto; otra persona lo había doblado y lo había devuelto a su bolsillo.

Esa persona era Walker Caine. Tenía que serlo.

Skye se preguntó cuánto debía preocuparle el hecho de que Walker hubiera visto su obra. Desde luego, no debió de creer que fuese tan importante como para quitárselo; pero, por otro lado, ella no sabía a quién más se lo habría enseñado, o si lo había copiado. Si Parnell albergaba dudas sobre si despacharla, aquel boceto debió de inclinar la balanza en su contra.

Colocó el dibujo en el fondo de su baúl, junto al arma; luego volvió a meter su ropa doblada encima y cerró la tapa. Estaba terminando con la maleta cuando entró Walker. El reloj de la repisa de la chimenea acababa de dar las nueve.

—Deberíamos irnos —le dijo él.

Skye asintió, al tiempo que echaba una mirada alrededor para ver si

se le olvidaba algo. Su cepillo del pelo seguía en el tocador de Walker; lo cogió por el mango de ébano y lo dejó caer en la maleta. La superficie del tocador se veía extraña, vacía, sin sus tarros de crema, perfumes y polvos.

—Entonces ya está —comentó él al cabo de un instante.

—Ya está.

Ella se sintió incómoda, y se alisó los pliegues del vestido color gris. El peso de Walker cambió de un pie al otro.

—Coge tú la maleta —le dijo él—. Hank está fuera con el coche: mándalo arriba para que me ayude con este baúl.

—De acuerdo.

Skye cogió la maleta, y él le dio el abrigo, el sombrero y el manguito. Descubrió que no podía mirar a Walker a los ojos y se apresuró a salir de la habitación, luchando contra el apremiante deseo de llorar.

Cuando Walker se reunió con ella en el coche, ya se había serenado. Al montarse él y tomar asiento enfrente, el carruaje osciló. Un momento después, Skye oyó a Hank dar una orden a los caballos, que se pusieron en marcha.

Miró por la ventanilla del carruaje. La luz deslumbradora del frío sol de invierno la hacía entornar los ojos, y eso la ayudó a controlar las lágrimas.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Walker.

Ella había estado temiendo aquel momento. La pregunta era una espada de doble filo; en cierto modo, demostraba que le importaba algo,

quizá que incluso querría buscarla algún día…, pero ella no tenía más remedio que mentirle.

—No tardaré en encontrar otra colocación —dijo—. Tengo un poco de dinero. Probablemente me hospedaré en el Saint Mark.

—¿Un hotel? —preguntó él—. ¿No irás con tus hermanas?

—No, con mis hermanas no.

—¿No querrán acogerte?

—Lo harían, pero no voy a pedírselo. Hay cosas que tengo que hacer sola.

Walker sintió que con eso ella cerraba el tema de su familia y él aún no sabía lo suficiente para su gusto… Prosiguieron en silencio casi dos kilómetros.

—¿No hay nada que quieras preguntarme?

Skye tenía una docena de preguntas, aunque no iba a expresar ninguna… Meneó la cabeza. Él frunció el cejo.

—¿Tan difícil te resulta pedirle algo a alguien?

—No es que me resulte difícil —contestó Skye—. Pero me he prometido que no lo haría y no lo haré.

Todo aquello formaba parte de ser una aventurera; tenía que ser capaz de seguir su camino.

Walker sabía que iba a volver a verla, y además sabía cuándo, pero ella no. Su veta testaruda era exasperante.

—¿Y si estás embarazada, Skye? ¿Has pensado en eso?

Ella dejó de mirar por la ventanilla y se volvió para mirarlo.

—Yo soy bastarda —dijo—; por supuesto que he pensado en eso.

—¿Y qué?

—¿Y qué? No sé qué quieres que diga. Sé las posibles consecuencias de haberme acostado contigo. —«De mentirte», podría haber añadido—. Y elegí hacerlo de todas formas.

—Y yo también. Por eso, si hay un niño, quiero saberlo.

—¿Para qué? ¿Darme dinero? ¿Casarte conmigo? ¿Instalarme en un pisito? O quizá sea que, sencillamente, quieres mantenerte al corriente de tus bastardos.

Él se sobrecogió un poco ante su frío análisis.

—Yo no tengo hijos —replicó él—. Y no pretendo tener bastardos.

—Entonces es buena cosa que no vaya a tener tu hijo, porque yo no iba a llevar tu apellido.

Walker se las arregló para refrenar su genio, y en voz baja dijo:

—Eso es ridículo. Pasarán semanas hasta que sepas si es de un modo o del otro. —La miró con dureza—. ¿No?

Ella se encogió de hombros.

—Lo sabré cuando lo sepa. No tiene por qué ser asunto tuyo.

—¿De dónde sacas esas ideas? —preguntó él—. ¿Por qué piensas que yo no querría saberlo?

—El caso es que no sé lo que piensas. No sé mucho de ti, y tú no has hecho nada para animarme a averiguarlo.

Se calló un momento esperando a ver si él decía algo, y luego añadió:

—En realidad, has hecho todo lo contrario.

Saber que ella tenía razón no hacía que aquello fuera más fácil de soportar.

—Ya te he dicho que estoy más acostumbrado a guardar secretos que a compartirlos.

—Y yo lo he aceptado —respondió ella en voz baja y tranquila—. Ahora te toca a ti aceptar que quizá yo desee guardar algunos secretos propios.

A él no le gustó, pero no había nada que hacer.

Baileyboro apareció cuando el coche dobló la última curva del camino lleno de baches. La estación de ferrocarril estaba al otro extremo del pueblo, fuera de la línea de visión de Walker. Sospechó que sólo habría una o dos personas esperando en el andén; casi todo el tráfico de aquella línea procedía de Albany en el norte, y de la ciudad de Nueva York, en dirección sur. Baileyboro era una parada insignificante de la ruta, aunque crucial para los aldeanos.

Walker le dio a Skye el billete. Parnell le había dicho que le transmitiera sus saludos, pero él no le dio el mensaje. Entonces intentó ponerse en lugar de Skye, y se preguntó si la duda lo habría llevado a insistir en un razonamiento como había hecho ella. ¿Era acaso que aquella actitud le hacía más fácil marcharse?

Hank Ryder abrió la portezuela del coche y tendió la mano a Skye. Mientras la ayudaba a apearse, le dijo:

—Lamento que haya resultado así. Me parece que no le han dado un trato justo.

—Gracias, Hank —sonrió ella—. Aunque ahora me gustaría recibirlo.

Al principio, él no entendió lo que quería decir, pero luego, al sentir que ella le estrechaba la mano, soltó una risilla, mostrando su amplia dentadura mellada, y le sacudió la mano con entusiasmo.

—Cuando acabéis… —dijo Walker con guasa, sin preocuparse por acabar la frase.

Hank se ruborizó y la soltó. Skye metió la mano en el manguito y se apresuró a dirigirse al andén. El viento era tan fuerte que formaba una cresta de espuma blanca en el río. Unos trozos de hielo moteaban la superficie y quedaban atrapados en los afloramientos rocosos. Mientras fueran por la ribera, desde el tren tendría una vista desolada, lo que encajaría perfectamente con su estado de ánimo.

Walker fue con ella al andén llevando el equipaje, mientras Hank regresaba a esperar junto al coche. En la distancia, Skye oyó acercarse el tren. Siguió con la mirada fija en el río, pero Walker se volvió aparentemente para mirar las vías; sin embargo en realidad sus ojos se demoraron en el impasible perfil de Skye.

—No quería discutir contigo —dijo.

—Lo sé.

El sol centelleaba en su rojo cabello, mientras el viento le agitaba el borde de pieles del sombrero y el flequillo sobre la frente. Ella no quería mirarlo; él se preguntó si no iría a hacerlo.

Cuando el tren paró en el andén, ambos retrocedieron. El humo y la ceniza nublaron el aire. Minutos después, un mozo acarreaba la maleta y

el baúl de Skye. Sólo entonces se volvió ella hacia Walker. Sin saber qué otra cosa hacer, le tendió la mano. Él se quedó mirando fijamente esa mano y luego, despacio, meneó la cabeza. Con los ojos, le comunicó su propósito y, además, le dio tiempo a apartarse. Ella se limitó a alzar la cara para ofrecerle la boca. Él la besó largo rato, con fuerza e intensidad y, cuando se apartó, ambos se estremecieron por la energía de aquel beso.

—Adiós, Mary Schyler —dijo él en voz baja.

Ella no dijo nada; en lugar de eso, se volvió hacia el mozo que esperaba a la puerta de su vagón. Walker la vio subir y tomar asiento junto a una ventanilla, en el extremo opuesto del vagón. No quiso mirarlo, y luego alguien se sentó en el banco más próximo a él y tapó a Skye. Walker vaciló un instante más y luego se dirigió hacia el carruaje a recoger sus cosas. Viajar en el vagón del correo no prometía un trayecto demasiado cómodo; saber que vería a Skye al final, incluso aunque ella no lo viera a él, era lo único que hacía soportable semejante perspectiva.

* * *

Capítulo 10

Ella no estaba allí.

Walker se apeó tan pronto como el tren llegó a la Estación Central. Los andenes estaban abarrotados, como siempre, pero él se situó en un banco desde donde abarcaba todo el movimiento. No pasó por alto ninguno de aquellos rostros anónimos. Reparó en madres jóvenes con sus hijos a remolque y en preocupados hombres de negocios que se ajustaban idénticos sombreros hongos con gestos idénticos. Observó a una mujer que avanzaba por el borde del andén, casi arrastrada por una pareja de perritos, y a una vendedora de flores que intentaba vender su mercancía. Ni de la locomotora número 49 de Northeast Rail ni de sus vagones se bajó nadie que él noviera…

Y Skye no estaba allí.

No podía creerlo. ¿Le había revelado de alguna forma su intención, y ella la había frustrado a propósito, o es que había cometido algún error de novato que le había permitido irse del andén sin que la viera?

Walker viajaba ligero de equipaje y dio gracias por haber tenido, al menos, la precaución de hacer aquello bien. Le pasó la maleta a un mozo y le pidió que la dejara en consigna; ya se preocuparía de volver por ella más tarde. Luego subió al primer vagón y fue avanzando poco a poco,

inspeccionando los pasillos y mirando por debajo de los asientos. El tren estaba prácticamente vacío. Sólo faltaban unas cuantas paradas al sur de la ciudad, y después el tren regresaba a la estación e iba de nuevo al norte. En cada uno de los cuatro vagones de pasajeros había menos de medía docena de personas; y ninguna de ellas era Skye Dennehy.

Cuando estaba acabando de comprobar el último vagón, el revisor lo vio y le preguntó:

—Eh, oiga, ¿qué cree que está haciendo? —Tenía el pelo gris, y unas patillas tupidas y tiesas le rellenaban las hundidas mejillas; llevaba la gorra negra apenas posada en la cabeza, y se había erguido en toda su altura para hacer frente a Walker—. Si viaja en esta línea tendrá que comprar un billete.

—Me bajo aquí —dijo Walker—. Y además busco a una persona, una joven que tenía billete en este vagón. Se subió en Baileyboro.

El revisor asintió.

—Sé a quién se refiere usted exactamente —dijo—. Una señorita preciosa de pelo rojo.

Walker sintió que sus esperanzas crecían.

—¿La ha visto bajarse?

—Claro que sí. —El revisor se frotó la barbilla con el pulgar y el índice—. No me consideraría de mucha utilidad para Jay Mac Worth si no reparara en cosas como ésa. Dejó el tren en West Point.

Walker soltó un juramento por lo bajo.

—Pero West Point estaba sólo a unas cuantas paradas al sur de

Baileyboro…

—Por lo que sé, sigue estando ahí. Y allí fue donde se bajó.

—¿Y su equipaje?

—Fue con ella, imagino; es lo corriente.

Walker no apreció el regocijo del revisor. No daba crédito a su falta de previsión; ¿cómo no había pensado en aquella posibilidad?… Debía haber vigilado el desembarco de todos los pasajeros en cada parada.

—West Point… Maldita sea… —murmuró; se metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes—. Ahí es donde quiero ir.

El revisor señaló la salida y, más allá, la taquilla de la estación.

—Primero tendrá que pasar por allí.

Walker miró la cola de gente que esperaba billetes.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Este tren sale dentro de diez minutos, pero podría esperar al viaje de vuelta. El número 49 regresa por aquí dentro de dos horas, y luego vamos al norte.

Walker asintió; tenía hambre y estaba enfadado, y lo uno estimulaba lo otro.

—Muy bien —dijo—. Tomaré el tren de regreso.

El revisor lo miró irse. Cuando lo vio en la cola de la taquilla, fue a la puerta que había frente a la salida y la abrió: Skye estaba en las vías de detrás; desde el andén de la estación no la veía nadie.

—Ha venido a buscarla —le dijo—. Justo como usted dijo.

Los ojos de ella expresaban inquietud.

—¿Qué le ha dicho, señor Pennybacker?

—Que se bajó usted en West Point.

—¿Se lo ha creído?

—Debe de haberlo hecho: ahora está comprando un billete para ir allá. —Se rascó el mentón con aire pensativo—. ¿Está usted metida en algún lío, señorita Dennehy? ¿La clase de lío que yo debería comunicar a su padre?

Decididamente, viajar con Northeast Rail tenía sus inconvenientes. Cierto que el conocer al señor Pennybacker le había permitido esquivar a Walker, pero el revisor no iba a pasar por alto sus responsabilidades para con John MacKenzie Worth.

—Mi padre no tiene por qué saber nada de esto —contestó Skye—. Y además no le agradecerá que se lo cuente; probablemente, matará al mensajero.

El señor Pennybacker la miró con gesto escéptico.

—Tendré que pensármelo —dijo—. Y ahora, más vale que se encargue usted de su equipaje. El señor ha preguntado por él, y hasta podría ser que compruebe si bajó del tren con usted.

A Skye se le encorvaron los hombros; eso no se lo había planteado… Pero en seguida preguntó:

—¿Quiere ayudarme?

Mientras él dudaba, prosiguió:

—Busque a alguien que lleve mis cosas al Edificio Worth sin alertar al señor Caine. Eso puede hacerlo usted, ¿verdad, señor Pennybacker?

—Sí puedo —respondió él—. Lo que no sé es si es buena cosa hacerlo.

En aquel instante, estaba recordando todas las diabluras infantiles que Skye y sus hermanas habían perpetrado contra los revisores, mozos, maquinistas y guardafrenos de Northeast Rail. Ella adivinó los pensamientos del señor Pennybacker y dijo:

—Ya no tengo once años… Y, de todas maneras, fue Rennie quien me levantó para que me subiera al techo del furgón de cola.

No añadió que el tren iba moviéndose, ni que el desafío de Rennie había sido que debía caminar por todo el tren, desde el furgón de cola hasta la máquina. Estaba claro que el señor Pennybacker recordaba el incidente con suficiente claridad como para poner en duda su sentido común en aquel momento.

—Por favor —rogó Skye.

Él se frotó la barbilla otra vez.

—De acuerdo; me ocuparé de ello. Ahora lo mejor es que se mueva. —Señaló una puerta que quedaba al otro lado de las vías, y que sólo utilizaban los trabajadores de la estación y los empleados del ferrocarril —. Tome esa salida; si va por el lado del carril, no la verá. Y tenga cuidado de no caerse en las vías.

Skye le dedicó una sonrisa agradecida antes de alejarse corriendo. Por encima del hombro le gritó:

—No se arrepentirá de esto, señor Pennybacker.

Al verla casi tropezar con las traviesas de los carriles por culpa de las

prisas, el señor Pennybacker meneó la cabeza y se ajustó la gorra.

—Ya estoy arrepintiéndome, Mary Schyler.

El Edificio Worth estaba en Broadway, cerca de la calle Ann; no se encontraba lejos del palacio de mármol blanco que albergaba el *Herald* de Nueva York y del monolito oscuro que era la sede del *Chronicle.* Su situación, tan cerca de Publisher's Square, no era casualidad: John MacKenzie Worth conocía el poder que los editores ejercían en la ciudad, y era mejor saber qué se traían entre manos que fingir que sus editoriales y sus mordaces dibujos políticos no influían en el público. Como uno de los llamados «magnates desaprensivos», junto con Vanderbilt, Gould y Rockefeller, le parecía que su empresa ferroviaria era objeto de nuevas leyes o investigaciones con exasperante regularidad… E, invariablemente, el *Herald* y el *Chronicle* lo sabían primero. Por eso John MacKenzie Worth leía los diarios mientras la tinta estaba aún húmeda y el papel todavía tibio.

Jay Mac bajó el periódico que estaba leyendo en aquel momento y giró en su sillón de cuero color burdeos; frente a él tenía la puerta, al otro lado de la amplia extensión de una maciza mesa de escritorio de caoba. Si hubiera bajado la vista, habría visto su propio rostro reflejado en la brillante superficie… con el cejo fruncido. En parte, su expresión se debía a lo que había leído en el *Chronicle,* pero se había acentuado al oír el alboroto que le llegaba del exterior del despacho.

Su secretario, por lo general imperturbable aunque siempre bastante altivo, parecía incapaz de manejar lo que fuera que estuviese ocurriendo. Entonces dobló el diario con esmero y lo dejó caer sobre la mesa. Estaba a punto de levantarse, cuando identificó la voz que discutía con el secretario. En seguida el profundo tono de voz de Jay Mac se dejó oír sin problemas en la antesala proclamando:

—La recibiré.

La puerta que daba a su despacho se abrió casi al instante, y por la rendija apareció la cabeza de su secretario. Jay Mac se compadeció del aspecto francamente agotado del hombre.

—Es como la marea, Wilson: no hay forma de contenerla. Hágala pasar.

Las oficinas de Jay Mac estaban en el segundo piso, y Skye había subido los escalones de dos en dos; apenas había recuperado el aliento cuando Wilson la hizo pasar. Al entrar, arrugó la nariz, y cuando la puerta se cerró tras ella, preguntó a su padre:

—¿Podría ser más entrometido ese hombre?

—Le pago para que haga lo que hace.

El sombrero de Skye estaba ligeramente ladeado; se lo quitó, junto con el abrigo, y dejó caer los dos en una de las butacas que había delante de la mesa de Jay Mac.

—¿Y qué es eso, exactamente?

—Me protege.

—¿De tus propias hijas?

—A mí no me dan problema las hijas de nadie más.

Skye se rió y señaló el pequeño aparador que contenía una selección de licores.

—¿Te sirvo algo de beber?

—¿Lo necesitaré?

Jay Mac se reclinó en el sillón. Aunque llevaba años sin fumar, el cuero seguía conservando el leve aroma de los cigarros. Inspiró hondo, pero no se planteó alargar la mano hasta la caja de teca que había en una esquina de su mesa; los habanos que contenía eran para invitados especiales, y no contó a su hija entre ellos. En respuesta a su pregunta, Skye se encogió de hombros mientras se servía un poco de jerez.

—No imaginas el frío que hace fuera —dijo—. No he conseguido un coche en la estación: todos estaban ocupados. He tenido que venir casi todo el camino andando.

Jay Mac sopesó la excursión de su hija desde la estación, al anochecer y sin acompañante… No le gustaba considerarse anticuado, pero seguía creyendo que había ciertos convencionalismos que debían guardarse; le pareció un milagro que no la hubieran tomado por una prostituta y la hubieran abordado.

—Creo que sí tomaré esa copa, después de todo me caerá bien —aceptó.

Lo justificó diciéndose que era el final de su jornada laboral…, al menos de su jornada laboral en el despacho. Debajo de la mesa tenía un maletín de cuero lleno de documentos, peticiones y propuestas a los que

no había tenido ocasión de echar un vistazo. En realidad, estaba deseando sentarse en su estudio aquella noche a revisar papeles mientras Moira leía o cosía; la simple presencia de su esposa aligeraría la tarea. Miró a Skye y se ajustó los lentes.

—Que sea doble.

Ella sonrió y añadió un poquitín más de whisky escocés al vaso de su padre, luego dejó la bebida sobre la mesa, se inclinó para besarlo en la mejilla y lo miró a la cara.

—Mejor —dijo en tono de aprobación.

—¿Mejor?

—Tenías el cejo fruncido; no ha sido una bienvenida muy cordial.

Jay Mac enrojeció de vergüenza y señaló el periódico doblado.

—El ceño era un resto de antes —explicó—. No tenía que ver contigo.

Aquello tranquilizó a Skye, que dio un sorbo a su jerez mientras hojeaba el diario.

—Hmmm. El *Chronicle…* Y Logan Marshall es un amigo.

Jay Mac gruñó.

—Es amigo de tu hermana. Yo quería que Mary Michael trabajara en el *Herald,* ¿recuerdas?

—De todas formas, siempre han sido justos contigo.

Eso era cierto: por lo general, Jay Mac contaba con que el *Chronicle* fuera imparcial en sus reportajes. Se quitó los lentes, se frotó el puente de la nariz y luego volvió a ponérselos.

—Mira la página del editorial.

Skye dejó la copa y abrió el diario; el editorial de Logan Marshall era un artículo feroz sobre la última metedura de pata política del alcalde. Escudriñó las columnas, buscando alguna mención de su padre, pero al ver lo que hacía, Jay Mac señaló la esquina inferior de la página.

—Ahí —dijo—. El dibujo.

La viñeta no tenía nada que ver con el artículo de Marshall sobre el alcalde, sino que se refería a otro asunto. En ella se veían sendas caricaturas de Jay Mac, Andrew Carnegie y J. P. Morgan; a sus pies, atado a las vías del tren, un anónimo hombre de la calle llevaba puesto un sombrero con el rótulo: «OBREROS». Al fondo, una locomotora con los distintivos de Northeast Rail corría a toda velocidad hacia el desventurado.

—No es muy halagador, ¿verdad? —comentó Skye, que se dispuso a tomarle el pelo a su padre—. No creo que el artista hubiera debido resaltar tu nariz de ese modo: no es tu rasgo más destacado.

Después, volvió a doblar el periódico, lo dejó en la mesa y sonrió con gesto inocente. Jay Mac repuso:

—Debía haber supuesto que no podía esperar comprensión de ti; probablemente coincides con el juicio del artista sobre mi carácter.

—Más que con su caricatura.

Jay Mac soltó un resoplido, y entonces Skye sí se mostró comprensiva. Habían pintado a su padre con el mismo pincel que a Carnegie y Morgan, y eso no le había sentado bien. A John MacKenzie Worth le gustaba pensar que él era alguien independiente y, además, que

trataba de forma justa a sus empleados.

—¿Ha habido rumores sobre una huelga? —preguntó ella.

—Siempre hay rumores… Rennie y Jarret han tenido que hacer frente a la amenaza de una en California.

—¿Se ha ofrecido Morgan a financiarte si los trabajadores van a la huelga?

Jay Mac asintió y repuso:

—Pero en ese caso se haría el dueño de Northeast Rail.

Por otro lado, Skye imaginó sin problemas el consejo que le habría dado Carnegie; su reacción ante la huelga de los trabajadores siderúrgicos había sido contratar matones de la agencia Pinkerton.

—¿Has hablado con los dos? —preguntó ella.

—Sí, y por lo visto alguien del *Chronicle* lo ha averiguado. Ese artista ha sacado conclusiones precipitadas —dijo dando un suspiro—, aunque no tiene sentido hablarle a Marshall del asunto. En general, los trabajadores que se ponen en huelga no cuentan con respaldo del público… Pero hay que dejar que este tipo de cosas se olviden solas. Un desmentido sólo me haría parecer culpable.

Alzó su bebida y observó a su hija por encima del borde del vaso.

—¿Y tú, Mary Schyler? ¿Andas metida en líos?

Skye se dejó caer en la butaca que estaba frente al escritorio y sonrió con encantadora franqueza.

—Un desmentido sólo me haría parecer culpable.

A Jay Mac le costó trabajo no reírse; en lugar de eso, tomó un poco de

whisky.

—¿Qué ha pasado?

—Me han despedido. —Se inclinó hacia delante con gesto preocupado cuando su padre se atragantó con la bebida—. ¿Estás bien?

Él levantó una mano y le indicó que no se levantara antes de toser de nuevo, se las arregló para decir:

—Lo estaré.

El acceso de tos duró unos segundos y, cuando estuvo seguro de que se le había pasado, dio un sorbo a la bebida para aliviar la irritación de su garganta.

—Confieso que es el único resultado que no había previsto, Skye; creí que te saldría mejor. —Meneó la cabeza, más en señal de decepción que de desaprobación—. ¿Lo sabe tu madre?

—He venido directamente aquí; creía que debía explicártelo a ti primero. —Vaciló—. Porque quieres enterarte, ¿verdad?

Jay Mac no siempre estaba de acuerdo con sus hijas, ni mucho menos, pero había aprendido a dejar que terminaran de hablar. En aquel momento, se dio cuenta de que había estado peligrosamente cerca de sacar sus propias conclusiones sobre el despido de Skye.

—Sí, quiero enterarme —confirmó.

Skye lo observó con atención, calculando cómo reaccionaría.

—Jonathan Parnell se me insinuó, y yo me opuse.

Para la mayoría de los padres, aquello hubiera sido una explicación suficiente…, pero la mayoría de los padres no eran el padre de Skye.

—Defíneme «oponerte» —pidió.

—Levanté una llama descubierta sobre el combustible del motor y lo amenacé con quemarlo vivo.

Jay Mac asintió con gesto solemne.

—Ésa es la definición que había imaginado.

—Después de eso, al señor Parnell no le pareció que yo fuera a convenirle… —prosiguió ella con seriedad—. Y, sinceramente, a mí tampoco él.

Skye no consiguió adivinar qué expresaba la mirada de su padre.

—Así que he vuelto a casa. ¿Estás muy enfadado conmigo?

—Sólo porque no me hayas concedido el privilegio de defender yo mismo tu honor.

—Entonces, ¿no tenías pensado que quizá yo me encaprichara del señor Parnell? —Skye no creía que su padre fuera tan buen actor como para fingir una sorpresa tan realista—. ¿No esperabas que hubiera una proposición de algún tipo?

Jay Mac carraspeó secamente.

—Parece que en realidad sí hubo una proposición… —dijo—. Y no de las que son de mi gusto.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó ella—: una proposición de matrimonio.

—¿Qué te hace pensar que iba a albergar semejante idea?

Skye contó sus motivos con tres dedos.

—Mary Michael, Mary Renee y Mary Margaret. Habrías intrigado

también para Mary Francis, pero el Señor se la llevó primero.

Su sonrisa quitó hierro a sus palabras. Y aunque él resopló un poco, al final reconoció que tenía razón.

—Pero yo no había pensado en Jonathan Parnell y tú.

Skye se dio cuenta de que lo creía.

—Eso me gusta; él y yo no nos habríamos avenido, y no estaba segura de si tú te habías dado cuenta. —Meneó la cabeza para sacudirse los pensamientos desagradables relacionados con su antiguo patrón—. Nos marcharemos a casa tan pronto como llegue mi equipaje.

—¿Has mandado que lo entreguen aquí? —preguntó él—. Skye, ¿estás segura de que te encuentras bien?

A pesar de sus manifiestos esfuerzos para indicar lo contrario, en la conducta de Skye había algo levemente ansioso, aunque Jay Mac no sabría precisar qué era lo que lo había puesto en guardia. Los ojos de su hija estaban despejados y tranquilos; sus hombros parecían relajados… Pero su sonrisa era poco sincera. Quizá fuera sólo que, dadas las circunstancias, no era lógico que pareciera tan despreocupada…, o quizá era que hacía cosas raras.

—¿Por qué has mandado que traigan tus cosas aquí?

—Porque lo que quiero que veas está en mi baúl —dijo ella.

En parte, era verdad. Claro que aún no había decidido lo que iba contarle a su padre sobre Walker Caine, porque lo cierto era que ni ella misma sabía qué pensar de su conducta.

—No, no es el motor —se apresuró a añadir—. No sé cómo se te

ocurrió que fuese a poder robarlo.

—No creo haber empleado la palabra «robar».

—Llámalo como quieras, pero yo sola no podría haberlo sacado de allí: abulta y pesa demasiado.

—Entonces lo has visto… —En su voz había un tono de emoción—. ¿Existe de verdad?

Ella asintió.

—Existe: Parnell me invitó a verlo. —No añadió que para el inventor aquella invitación había sido una especie de caricias preliminares; Skye era sincera con Jay Mac sólo hasta cierto punto—. Lo he dibujado lo mejor que he podido, pero he pensado que a lo mejor alguien de aquí sabría qué hacer con el dibujo.

El comentario que Jay Mac iba a hacer fue interrumpido por la llamada de su secretario.

—¿Qué ocurre, Wilson?

El secretario no se movió del umbral para impedir la entrada a los dos hombres que estaban tras él.

—Estos hombres insisten en que la señorita Dennehy quiere que su baúl y su maleta se depositen aquí.

A pesar de que lo conocía desde hacía muchos años, Skye creía que Wilson jamás la había llamado más que «señorita Dennehy»; su formalidad era absurda, pero ya se había acostumbrado a ella.

—Sí lo quiero, señor Wilson. Haga que metan aquí mis cosas.

Los hombres entraron caminando pesadamente, cargados con el

baúl, y Skye les dio una propina; parecían incómodos por aceptar propina en presencia del dueño de la compañía, pero el mismo Jay Mac les aseguró que estaba bien.

—Mejor que salga de su bolsillo que del mío —les dijo.

Ellos sonrieron al unísono, se guardaron el dinero y luego siguieron a Wilson fuera del despacho.

—Porque ése era tu dinero, ¿no? —preguntó Jay Mac.

—Un salario honrado —respondió ella al tiempo que se arrodillaba frente al baúl; después se echó atrás un mechón que le había caído en la mejilla y se lo remetió detrás de la oreja—. Me han pagado mis pocos días de trabajo.

En realidad, le habían pagado de más, y supuso que la finalidad de aquel dinero extra era hacerla callar; al principio, se planteó no cogerlo, pero luego pensó en darle un uso mejor.

Skye abrió el baúl y rebuscó dentro. Primero encontró el Colt de Parnell y lo dejó donde estaba; no era seguro que su padre fuera a darle las gracias por hablarle de él. En lugar de eso, le entregó el dibujo doblado. Jay Mac lo abrió con cuidado y lo examinó largo rato antes de decir:

—Esto es muy interesante, Skye.

Walker Caine estaba cansado. Anochecía ya cuando llegó a West Point, y no tardó mucho en darse cuenta de que el señor Pennybacker le

había mentido: nadie de los que trabajaban en la estación recordaba que una mujer con las características de Skye hubiera llegado aquel día, y le resultaba difícil creer que el encendido cabello rojo de Skye no hubiera despertado cierto interés. Cuando acabó de hacer sus preguntas, la número 49 ya había salido por las agujas del norte, con lo que se vio obligado a esperar tres horas más hasta que llegó otro tren. Compró un billete de vuelta a la ciudad, completamente seguro de que se había dado por vencido con demasiada facilidad.

—Tiene usted un aspecto horrible.

Walker se removió en la dura silla de madera apoyada en la pared y abrió un ojo; de pie delante de él, Logan Marshall sostenía una taza de café en las manos.

—No creo que eso sea para mí —dijo.

—Ni hablar.

Antes de hacer girar el picaporte de la puerta, Logan se volvió a su secretario y le dijo:

—Tráigale otra taza al señor Caine, por favor. Estaremos en mi despacho.

Entonces miró a Walker.

—¿Viene?

Éste echó la silla hacia delante hasta volverla a pasar sobre sus cuatro patas.

—Justo detrás de usted.

Se levantó, se desperezó y contuvo un gruñido; le dolían los

músculos y tenía tortícolis. Se frotó el cuello mientras entraba en el despacho del editor, y, una vez dentro, echó un vistazo a su alrededor; le agradó ver que algunas cosas no cambiaban. El sanctasanctórum de Logan Marshall demostraba que existía algo calificable como desorganización planificada. A ambos lados de la habitación se alzaban unas estanterías que iban del suelo al techo, atestadas de carpetas, documentos, manuales y algún que otro libro. En una esquina se apoyaba un equipo fotográfico, y la superficie de su mesa rebosaba de manuscritos para leer. Los periódicos de la competencia ya habían llegado, y se apilaban en el suelo, junto a la puerta.

Cuando Walker cogió unos papeles que estaban sobre la butaca donde pretendía sentarse, Logan lo detuvo y dijo:

—Déjeme verlos.

Walker se los alargó para que les echara un vistazo.

—Van a la estantería de su derecha —dijo Logan—. Tercer estante por abajo.

Walker los colocó en su sitio, y luego pasó por encima de una pila de libros camino de la butaca.

—Conozco a un ama de llaves que daría buena cuenta de esta habitación.

—¿Sólo a una? —preguntó Logan, y alzó la mano—. No mencione nombres; sólo con saber que andan por ahí fuera ya me asusto. Me gusta este despacho justo como está.

Cuando llegó el café de Walker, Logan se sentó tras su mesa y

observó cómo lo cogía con gratitud.

—No quiero interrupciones —le dijo a su secretario, Samuel Carson; éste se marchó, y entonces Logan dedicó toda su atención a Walker—. Sam dice que estaba usted esperando en el vestíbulo cuando ha venido a trabajar esta mañana.

—He llegado aquí de madrugada —reconoció Walker.

Logan dio un sorbo a su café. Sus ojos eran de un frío color gris pizarra y su expresión impenetrable. Su hermoso rostro tenía un gesto severo que lo había hecho parecer mayor cuando era un hombre joven, y que, ahora que había alcanzado los cuarenta, lo rejuvenecía. Su cabello oscuro seguía teniendo reflejos cobrizos, sin el menor indicio de gris.

—Han pasado…, ¿cuánto? ¿Dos, quizá tres años?

—Casi cuatro.

—¡Dios! —dijo él con sentimiento—. ¿Cuántos años tenía usted entonces? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho?

Walker sonrió. Logan nunca le había preguntado su edad; al editor le bastaba con saber que tenía buenas recomendaciones.

—Tenía veinticuatro; pero si lo hace sentirse mejor, señor, ahora me parece como si tuviera noventa y cuatro años.

Logan puso los ojos en blanco.

—Lo que hará que me sienta mejor es que no vuelva a llamarme «señor».

—Muy bien. ¿Cómo está la señora Marshall?

—Katy está bien; esperamos otro hijo para junio.

—Enhorabuena.

Logan hizo un breve gesto afirmativo y repuso:

—Dudo que haya venido por algo relacionado con Katy o conmigo… Y sigue teniendo un aspecto horrible, de modo que, ¿qué desea?

—En realidad, he venido por un ama de llaves.

Logan parpadeó y echó un vistazo al despacho.

—¿Hablaba usted en serio?

—En cierto modo. La mujer por quien me intereso dice que trabajaba para usted, y me pregunto si es cierto.

En ese momento, Logan entornó sus ojos fríos y se recostó en el sillón.

—Va contra mi opinión decirle nada, pero al menos tendrá que darme su nombre.

—Mary Schyler Dennehy.

El editor se quedó impertérrito.

—Entiendo —comentó—. ¿Y cuál es su interés en ella?

—Prefiero no decirlo.

—Tendrá que hacerlo: mantengo una actitud algo protectora respecto a la señorita Dennehy.

—Entonces la conoce.

—Sí.

Walker se quedó pensando.

—¿Está en su casa?

—Tendrá que decirme algo más, no sólo que ha de obtener respuesta

a esa pregunta.

—¿Le suena el nombre de Jonathan Parnell? —preguntó Walker.

—En efecto. Es inventor, ¿verdad?

Walker sabía que Logan Marshall conocía la respuesta; pero, por algún motivo, el editor se mostraba reticente a hacer muchas revelaciones. ¿De verdad se sentía tan protector hacia Skye, o se trataba de algo completamente distinto?

—¿Tiene tratos con él? —preguntó—. ¿Tratos comerciales?

Logan no respondió en seguida; al fin, de mala gana, contestó:

—Me he planteado hacer indagaciones sobre él para el periódico.

Walker soltó un juramento en voz baja.

—¿Se ha planteado una investigación, o ha empezado una?

—El preludio está en marcha.

—¿Trabaja ella para usted?

Por un instante, Logan no comprendió.

—¿Se refiere a la señorita Dennehy?

Walker asintió.

—Exacto. ¿Trabaja para usted en el periódico? Creo que ya ha contratado mujeres como periodistas… Y sé que no es ama de llaves.

—El *Chronicle* tiene una reportera —dijo él—. Sólo una.

—¿No Skye?

—No —respondió él con cautela, serenamente—. No Skye.

Walker cerró los ojos y se frotó los párpados; se preguntó qué podía contarle a Marshall, qué trato podía cerrar… Mientras pensaba, Logan

planteó su propia pregunta.

—¿Qué tiene que ver Parnell con la señorita Dennehy?

Aquello era fácil de responder.

—Ella trabajaba para él.

—Como ama de llaves… —apuntó Logan, en tono de absoluta incredulidad.

—Es la verdad. —Walker se detuvo a pensar sus palabras con cuidado—. Se trata de un hombre peligroso, señor Marshall, pero supongo que ya tiene cierta idea de eso. Decir que no tiene escrúpulos es quedarse corto: es amoral.

Logan se inclinó hacia delante y depositó la taza de café en el escritorio; seguía rodeándola con ambas manos.

—Santo Dios —exclamó en voz baja—. Nunca entenderé qué pasa por la cabeza de su padre algunas veces. Si yo hubiera sabido que iba a ir allí, no habría aceptado firmar la recomendación. Él no me dijo dónde iba a colocarse; yo se lo pregunté, pero me contestó con evasivas.

—¿Quién? —preguntó Walker—. ¿Quién no le dijo qué?

—Su padre —contestó Logan con un suspiro—. Supongo que no puedo juzgarlo demasiado severamente, y menos cuando yo también tengo una hija que está convirtiéndose de prisa en una jovencita. Créame, Walker: los hombres no tienen derecho a tener hijas.

Walker se habría reído si Logan Marshall no hubiese dado la impresión de estar hablando tan absolutamente en serio. Entonces Logan vio que Walker no sabía cómo responder y optó por no añadir más

comentarios.

—No lo entenderá usted hasta que tenga una hija… Él tiene cinco.

Entonces Walker recordó una cosa que le había contado Skye.

—Las «Mary» —dijo.

—Eso es; entonces sí lo sabe.

Walker no estaba seguro de lo que sabía. Así iba a decírselo a Logan, pero éste había dejado a un lado su taza de café y estaba cogiendo la edición de la tarde del *Chronicle* del día anterior; luego se humedeció el pulgar y se apresuró a hojear las páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí está —abrió de golpe el diario y lo dobló con rapidez para destacar lo que creía que le interesaría a Walker Caine; después le pasó el periódico—. El dibujo.

Walker lo miró y luego volvió la vista a Logan.

—No creo que lo entienda.

—Sólo porque no quiere entenderlo.

La primera mañana después de su vuelta a casa, Skye desayunó en la cama.

—No se acostumbre a esto —le advirtió la señora Cavanaugh en tono enérgico—. No ha sido idea mía. Su madre, Dios la bendiga, cree que usted ha pasado un tremendo calvario… Y yo debería preguntarle entonces qué es lo que cree que hago yo por aquí. Usted fue ama de llaves de ese hombre una semana; yo llevo cuarenta años siéndolo.

Skye se mostró comprensiva.

—Entonces siéntese aquí —dijo—. Tómese mi desayuno, y tómeselo en mi cama si quiere. Esto tampoco ha sido idea mía.

El ama de llaves fingió pensárselo y al fin meneó la cabeza.

—Ya he desayunado —repuso.

El gesto de Skye la había aplacado, aunque salió refunfuñando de la habitación.

Después de desayunar, Skye se permitió el lujo de darse un baño caliente. Se recogió en alto el cabello y dejó que la húmeda y cálida fragancia de las sales de lavanda le perfumara la piel. Con la cabeza, apoyada en una toalla en el borde de la bañera, disfrutó de la soledad. Después de las revelaciones del día anterior, de las preguntas de su padre y del nerviosismo de su madre al llegar a la casa, le parecía que se merecía aquel tiempo a solas.

Hasta entonces, había tenido poco tiempo para pensar en Walker Caine; en aquel momento sólo pensaba en él, aunque creía que sus pensamientos habrían tomado un giro más agradable si él no la hubiera seguido desde Baileyboro.

Lo cierto era que lo había visto por pura casualidad. En el último segundo, decidió contarle que había cogido el arma de Parnell; dejó su asiento, fue a la puerta del vagón y miró a un lado y a otro del andén buscándolo; estaba en el coche, hablando con Hank, y llevaba una maleta. Al principio pensó que la maleta debía de ser suya, que se le habría olvidado, y estuvo a punto de llamarlo. Un minúsculo instante de

vacilación le permitió saber la verdad: con la maleta en la mano, Walker dio la vuelta y, en lugar de acercarse a su vagón, se metió en otro situado más cerca de la parte delantera del tren. Esperó a ver si se bajaba de nuevo, pero no lo hizo.

En ese momento, a Skye se le ocurrió que era una enorme suerte viajar en un tren de Northeast Rail, porque en ninguna otra línea habrían hecho caso a sus preguntas y peticiones. Una vez enterada de lo de Walker, no tardó mucho en averiguar que iba en el vagón del correo y que su destino era la ciudad. Casi sintió pena por él: ignoraba la ventaja que ella tenía en su juego del gato y el ratón.

—Pero no tanta pena como para delatarme —comentó Skye, pensando en voz alta.

El sonido de su propia voz la sobresaltó; se sentó en la bañera y se rió un poco nerviosa, mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie la había oído. Al ver que seguía sola del todo, se relajó. Entonces cogió la esponja y escurrió agua sobre sus hombros y entre sus pechos. Echó atrás la cabeza y dejó que el agua chorreara por la curva de su garganta. Luego cerró los ojos otra vez y pensó en Walker.

Pensó si siempre sería tan fácil traerlo a su memoria, o si su imagen se desvanecería o se desdibujaría con el tiempo. En aquel momento le parecía verlo con tanta claridad que podría haber estado allí de pie, al lado de ella. En su cara una sonrisa un poco picara y quizá un asomo de su único hoyuelo en la comisura. Sus ojos castaños con motas doradas irían oscureciéndose en el centro, pero su mirada seguiría siendo intensa;

la miraría con sincero aprecio, nada avergonzado de disfrutar haciéndolo. Su mirada era como un contacto físico, y Skye la sintió en la boca, en los hombros y luego sobre sus pechos. Su sonrisa se acentuaría al verla ruborizarse, y ella intentaría echarle la culpa al vapor que se alzaba del agua. Pero Walker lo sabría todo… Siempre lo sabía.

Probablemente, se agacharía junto a la bañera. El espeso cabello leonado le caería sobre la frente, y entonces se lo echaría atrás con los dedos con gesto descuidado. Con una mano tocaría el borde de la bañera; las puntas de sus dedos removerían el agua y provocarían ondas en la superficie, que se ampliarían en círculos cada vez mayores. Una gotita salpicaría a Skye y se quedaría brillando sobre su pecho; él la tocaría. Los dos observarían el camino que su índice seguía en la piel, y lo seguirían mirando cuando se escondiera por debajo del agua hasta desaparecer bajo la curva del pecho. Él le pasaría el pulgar por encima del pezón.

Entonces soltaría una risa, un sonido bajo, profundo, un poco áspero, que se alzaría desde el fondo de su garganta. Y a continuación se llevaría las manos al cuello de la camisa. Skye se veía mirándolo fijamente, atónita, mientras él se desabrochaba los botones y se quitaba la camisa; luego se levantaba lo suficiente para quitarse el resto de la ropa y, al fin, ya espléndida y gloriosamente desnudo, se metía en la bañera con ella.

El agua chapoteó por encima de los bordes y formó un charco sobre la alfombra.

—Aquí no hay sitio para ti —dijo ella.

—¿Con quién hablas? —preguntó Moira desde la alcoba—. ¿Me has dicho algo? —Asomó la cabeza por la esquina del vestidor de Skye y añadió—: He venido a enseñarte unos chales que compré ayer. No me vendría mal tu opinión. —Al ver la cara ruborizada de su hija, frunció el cejo—. ¿Estás segura de que te encuentras bien, Skye? Quizá debería mandar al señor Cavanaugh a buscar al doctor Turner.

—Estoy bien, mamá. Sólo hablaba conmigo misma… No te he oído entrar.

Al ver que su madre aceptaba su explicación y volvía a la habitación, Skye dio un suspiro; de todos modos, se dijo, había sido una interrupción oportuna. Seguro que la escena erótica que estaba representando en su imaginación la habría dejado insatisfecha. Entonces bajó la vista para mirarse; tenía las rodillas levantadas, los codos apenas contenidos por la bañera, y murmuró:

—De todas formas, aquí dentro no había sitio para los dos.

—Vas a tener que hablar más alto —dijo Moira.

—Perdona.

Skye cogió una toalla, se levantó y se envolvió en ella. Después de secarse rápidamente, se puso la bata; a continuación, descalza y sin hacer ruido, entró en el cuarto contiguo ciñéndose el cinturón. Tras haber desplegado media docena de chales en la cama, su madre retrocedía, observando con ojos críticos aquella colección llena de colorido.

—¿Los compraste todos ayer?

Moira asintió y esbozó una sonrisa un poco culpable.

—No sabía qué hacer. Tu padre estaba en el trabajo, tú no estabas y nada parecía interesarme; así que fui a la tienda de A. T. Stewart y empecé a comprar. Creo que me alivia ver que eso no me hizo sentirme mejor; si no, quizá le habría salido bastante cara a tu padre.

—Papá disfruta gastando dinero en ti —la tranquilizó Skye.

—A lo mejor es verdad, pero seis chales me parece excesivo… Al menos, hoy me lo parece. Ayúdame a decidir cuál me quedo, y devolveremos los demás.

—Tengo una idea mejor: vamos a llevárselos todos a Mary Francis y luego escogeremos uno nuevo y especial en la tienda de Stewart.

Moira no estaba del todo convencida.

—¿Y vamos a regalarlos todos?

—Mamá, no seas tacaña; la organización benéfica de Mary Francis los aprovechará mejor.

Moira suspiró, comprensiva.

—No te gusta ninguno, ¿verdad?

Es difícil ser diplomática cuando tu propia madre te acorrala.

—Son preciosos… —contestó Skye—, pero no creo que vayan con tu cabello.

Moira se lo pensó; cogió uno de los chales, se lo acercó al cuello y examinó su reflejo en el espejo. —Creo que tienes razón. —Entonces, ¿iremos a ver a Mary Francis? —La llevaremos a almorzar.

Las Hermanitas de los Pobres se encargaban de atender a los indigentes y necesitados de la zona de Queens. Moira y Skye encontraron a Mary Francis mientras ésta trabajaba en la cocina del hospital, preparando bandejas para los pacientes; en seguida se pusieron manos a la obra ellas también, y empezaron a cortar rebanadas de los tibios panes de molde y a servir caldo de pollo en pequeños cuencos.

—¿Así que la tarea del gobierno de la casa no ha sido de tu agrado? —preguntó Mary Francis con ironía.

Sus hermosas facciones estaban enmarcadas por el austero blanco y negro de su toca y su velo; la rígida tela no le impedía adoptar un tono decididamente burlón.

—En realidad, he descubierto que se me daba bien —respondió Skye —. Lo que no me gustaba era que mi patrón me metiera mano. Y no te tomes el trabajo de amenazarlo con romperle las rodillas por mí: ya me encargué yo de él.

—¿En serio? ¿Cómo?

Skye se lo contó.

—Vaya. Es muy impresionante —comentó su hermana.

Moira chasqueó la lengua en señal de advertencia al observar que las tres monjas que trabajaban con Mary Francis se habían detenido para escuchar; había percibido, más que visto, su vivo interés.

—No deberías animarla, Mary. No es decoroso y, además, no pienso oír una palabra más. —Empujó el carretón cargado con bandejas hacia la puerta de la cocina.

Voy a repartir esto por las habitaciones.

—Pobre mamá —dijo Mary Francis—. A veces no sabe qué pensar de nosotras.

Miró fijamente a sus compañeras, las Hermanas de la Caridad, que se apresuraron a regresar a su trabajo, y entonces tocó el codo de Skye.

—Vamos; hay un cuartito en la parte de atrás donde podemos hablar en privado.

Se quitó el delantal y lo colgó de un gancho junto a la puerta. En la habitación a la que llevó a Skye sólo había una silla y una mesa cubierta de papeles. Mary Francis dejó que Skye se sentara en la silla y apartó bruscamente los papeles para sentarse en la mesa. En relación con los papeles, explicó:

—Menús… Y cuentas del carnicero y del verdulero. Parece que el dinero nunca es suficiente.

—Tengo aún parte de mi sueldo; no es mucho, pero preferiría que lo tuvieras tú —dijo Skye; abrió su bolsito bordado de cuentas, sacó un monederito y le dio a su hermana algunos billetes y monedas—. Si me hubiera quedado más tiempo, habría podido saldar la cuenta del verdulero.

—Me parece que has hecho lo correcto marchándote. —Mary Francis puso el dinero sobre el montón de facturas y examinó a su hermana menor con franqueza—. No tenemos mucho tiempo. Dime por qué has venido; donar los chales es un gesto muy bonito, pero podía esperar.

—¿Cómo has…?

No tenía sentido acabar la pregunta; no importaba cómo Mary Francis lo sabía: sencillamente, lo sabía. Al cabo de un instante, Skye añadió:

—He conocido a una persona. Se llama Walker Caine.

Al principio, la historia brotó entre titubeos, y al final acabó en tono preocupado; en medio, para llenar los huecos del relato, hubo varias preguntas atentas de Mary Francis. Cuando Skye acabó, ésta se quedó callada largo rato.

—¿Vas a contarle lo del niño? —quiso saber.

La pregunta sobresaltó a Skye.

—Él también me lo preguntó… Pero no puedo pensar con tanta anticipación; ni siquiera sé si estoy encinta.

Las cejas de Mary Francis tenían un color rojo oscuro; una de ellas se alzó cuando dirigió a su hermana una mirada maliciosa.

—Pues hay toda una historia familiar a tomar en cuenta —le recordó—: Michael, Maggie e incluso nuestra propia madre; la fertilidad no parece ser un problema para las Dennehy. No creo que puedas confiar en ser lenta para empezar, como Rennie; me da la impresión de que ella es la excepción. Y si yo hubiera hecho una elección distinta, probablemente ya tendría media docena de hijos.

Casi gimiendo, Skye cruzó los antebrazos sobre la mesa y apoyó en ellos la cabeza. Sintió que Mary Francis le acariciaba con suavidad el cabello, y entonces dijo con voz amortiguada:

—Me parece que no deseaba oírlo.

—Lo sé.

—Quizá no suceda.

—Quizá no.

Skye ladeó la cabeza y estudió a su hermana con un solo ojo.

—Podrías ser más optimista.

Mary Francis se encogió de hombros, pero siguió confortándola con su caricia.

—Lo que es, es —respondió con amabilidad—. Pero ten en cuenta una cosa: si se da el caso, no creas que debes encargarte de todo sola.

—Era de esperar que hubiese aprendido de los errores de las demás.

—Es difícil saber si cometieron errores. Mamá tiene a Jay Mac, y lleva con él casi toda la vida. ¿Cuál de nosotras crees que fue un error?

—Rennie —se apresuró a decir Skye.

Mary Francis sonrió.

—¿Crees que Michael se arrepiente del nacimiento de Madison, o que Maggie se arrepiente del de Meredith? ¿Y qué me dices del amor que han encontrado en Ethan y en Connor? Supongo que a veces habrán pensado que cometían un error, pero ahora…, ¿quién sabe?

Skye alzó la cabeza y miró a su hermana con interés; Mary Francis parecía casi triste.

—¿Y tu elección? ¿Te arrepientes alguna vez?

Las manos de Mary Francis tomaron el rosario; sus largos y elegantes dedos se deslizaron sobre las frías cuentas de marfil, y se limitó a contestar:

—Pero estamos hablando de lo que has elegido tú…

Skye le permitió eludir su pregunta; en parte, porque no estaba segura de querer saber la respuesta. Mary Francis siempre parecía tan fuerte, tan segura de sus opiniones, de sus decisiones… Saber que tenía problemas tuvo la virtud de conmocionarla; era una lección de humildad darse cuenta de cuan poca independencia tenía en realidad.

—Hablaré contigo antes de tomar una decisión, sea la que sea.

—Yo no tengo las respuestas, Skye.

—Pero sí me dejarás que termine de hablar, y así me escucharé a mí misma. Con Walker cerca nunca puedo pensar claro.

—¿Y eso es buena o mala señal? Nunca estoy segura del todo…

Skye oyó el regocijo en la voz de su hermana y dijo:

—Yo no le veo la gracia.

A Mary Francis nunca se le daba bien mostrar arrepentimiento, pero al ver la aflicción de Skye hizo un esfuerzo.

—Claro que no es gracioso. Ojalá te resultara de mayor ayuda. ¿Vas a volver a ver a Walker?

—No lo sé. Supongo que depende de mí. Yo sé cómo encontrarlo, pero él en cambio no puede ponerse en contacto conmigo.

—Te has asegurado de que así fuera.

Skye asintió.

—Tuve que hacerlo. Aún no sé por qué iba siguiéndome, aunque estoy bastante segura de que lo movía más su trabajo para Parnell que el deseo de saber dónde encontrarme.

—En cierto modo, él representa un misterio, ¿verdad?

—Sí. No sé mucho de él; siempre ha tenido ventaja en ese sentido.

—¿Y ha sacado partido de esa ventaja de modo poco escrupuloso?

—No, todo lo contrario.

—Entonces tal vez te siguiera desde Baileyboro para protegerte.

—¿De qué? Parnell se quedó en la casa… Y él era el único peligro.

—¿Estás segura? —preguntó Mary Francis—. ¿Y el fantasma?

—Eso tampoco tiene gracia. Rennie, Maggie, Michael y tú tenéis la culpa…

—¿Yo?

—Sí, tú. Todas intervinisteis en aquellos horribles cuentos de fantasmas cuando yo era niña. Fue una crueldad. Y no puedo evitar pensar que aquella experiencia me ha predispuesto a suponer que me asaltaba el fantasma de Hamilton Granville.

—¿Estás diciendo ahora que no ocurrió así?

—Mary Francis, por favor… No finjas que has creído esa parte de mi historia. Ahora estoy diciendo que ni siquiera sé si llegó a ocurrir. No imaginas lo real que parecía entonces y lo irreal que me parece en este momento… Anoche no tuve la menor dificultad para dormir, y espero no tener problemas esta noche tampoco.

—¿Crees que Rennie y yo te metimos esa idea en la cabeza hace tantos años?

—Y Michael y Maggie también. Todas vosotras plantasteis la semilla; algunas la fertilizasteis un poco mejor que las demás, pero todas

intervinisteis. —Por un momento, se permitió disfrutar de la agobiada expresión de Mary—. Bueno, no lo lamentes tanto… Estoy urdiendo una buena venganza para cuando menos lo esperéis.

—Vaya, eso sí me tranquiliza —replicó Mary Francis con guasa—. Ni siquiera avisaré a las otras.

—Bien. Porque no se merecen un aviso. —Su sonrisa desmentía sus palabras; se levantó—. Supongo que deberíamos ir en busca de mamá.

Mary Francis se bajó de la mesa y abrazó a su hermana.

—Yo te respaldaré, Skye, en cualquier decisión que tomes. Y rezaré para que sea la decisión correcta.

Skye le devolvió el abrazo y luego dejó que sus manos resbalaran por los antebrazos de Mary hasta agarrarle las manos. Sus ojos escudriñaron las facciones de su hermana.

—Y yo haré lo mismo por ti —dijo—. Quiero decírtelo ahora por si no tengo otra oportunidad. Todas nos apoyamos tanto en ti, Mary… Tal vez no sea justo. ¿En quién te apoyas tú?

La respuesta de Mary Francis fue profundamente sencilla.

—En Dios.

Cuando volvieron a casa, Skye y Moira se habían hartado de comprar. El señor Cavanaugh necesitó dos viajes al coche para llevarlo todo dentro, y aún faltaban algunos artículos que la tienda de Stewart llevaría a la mañana siguiente.

—Creo que tu padre ya está en casa —comentó Moira mirando la puerta cerrada del estudio; por lo general, se dejaba abierta cuando la habitación no estaba ocupada. Titubeó en la escalera y echó un vistazo atrás, al reloj de pie que había en el vestíbulo; apenas pasaban de las seis, y eso era temprano para Jay Mac.

—Es extraño. Suele asistir a la junta municipal esta noche… —Se encogió de hombros—. A lo mejor ha enviado a alguien en su lugar. Mira si quiere comer temprano, Skye, y luego pregúntale a la señora Cavanaugh si puede poner un cubierto más. Yo voy a refrescarme un poco. —Luego sonrió y añadió en tono confidencial—: En realidad, quiero ponerme guapa para tu padre…

Skye sonrió abiertamente al ver que su madre se ruborizaba ante su propia confesión. Incluso al cabo de tantos años, pensó sorprendida. La miró mientras subía la escalera; Moira iba canturreando. Llevaba razón Mary Francis al pensar que, después de todo, quizá no hubiera habido tantos errores. Si a veces las Dennehy ponían el carro antes que el caballo, al menos sabían amar bien y con sensatez…, y seguro que habría algo que decir a favor de eso.

Skye se sorprendió tarareando para sí cuando abrió la puerta del estudio de su padre. Sentado detrás de la mesa, reclinado en su sillón, Jay Mac se limpiaba los lentes con un pañuelo que tenía sus iniciales bordadas. Skye reconoció su propio bordado y sintió que se emocionaba. Hacía diez años que le había bordado aquel pañuelo y otros cinco más como regalo de Navidad; hasta entonces no tenía ni idea de que Jay Mac

siguiera usándolos. Con sonrisa radiante, acabó de entrar en la habitación.

—Papá —dijo a modo de saludo—. Qué bien que…

En ese instante, Jay Mac se puso de pie, y lo mismo hizo alguien que estaba sentado en el sillón de orejas situado delante de la mesa. A Skye le pareció como si le vaciaran todo el aire de los pulmones. La voz de su padre le llegó desde muy lejos, y tuvo que esforzarse por oír sus palabras y concentrarse para entenderlas.

—Mary Schyler —estaba diciendo Jay Mac—, éste es el señor Walker Caine. Dice que ya os conocéis. ¿Es eso cierto?

* * *

Capítulo 11

Skye clavó los ojos en Walker. Le temblaban las piernas, y se dio cuenta de que estaba pensando más en sentarse que en responder a la pregunta de su padre; de todas formas, dijo:

—Nos hemos visto.

Le sorprendió que su voz sonara con un tono tan tranquilo y neutro. Le sudaban las palmas de las manos, y sospechaba que debía de tener un rastro de humedad en la frente y en el labio superior. Se sentía como si estuviera deshaciéndose, pero se lo tomaba con serenidad… Y la conciencia de que ambos elementos coexistían en ella simultáneamente, estuvo a punto de hacerle soltar una risa histérica.

—Siéntate, Mary Schyler —le indicó Jay Mac señalando el sillón que había junto al de Walker.

Skye no se movió.

—Mamá quiere saber si quieres cenar temprano; en teoría, he de darle instrucciones a la señora Cavanaugh.

—Eso puede esperar.

Aunque Jay Mac no había alzado la voz, en ella se advertía ahora un tono de crispación. A Skye se le daba mejor enfrentarse a su padre si no compartía habitación con él; no quería dejarlo en mal lugar delante de

Walker haciendo caso omiso de su orden, pero tampoco quería pasar vergüenza. Fue el propio Walker quien acudió en su ayuda al dirigirse a John MacKenzie Worth.

—Quizá sería más fácil si su hija fuera a transmitir esas instrucciones primero —sugirió—; así nos ahorramos una interrupción después.

Skye miró a su padre: ¿la obligaría a obedecer o le permitirá una salida airosa? Contuvo el aliento, y al fin su aturdimiento se desvaneció al verlo asentir con un breve movimiento de cabeza. Después, sólo necesitó unos momentos para calmarse y preguntar:

—¿Quieres pues cenar temprano?

—No. La hora de siempre estará bien. Y dile a la señora Cavanaugh que el señor Caine nos acompañará.

Skye se había temido aquello, pero no mostró su disgusto hasta que estuvo al otro lado de la puerta; entonces se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué hacía él allí? ¿Cómo la había encontrado? No era justo… Porque el siguiente encuentro debía haberse producido según sus propias condiciones.

La señora Cavanaugh se tomó con calma la noticia de que había un invitado para cenar. Después Skye fue a la habitación de su madre para comunicárselo.

—¿Quién es? —quiso saber Moira.

—Sólo un hombre que conocí cuando trabajaba en la casa Granville.

—¿Y ha venido aquí?

Skye asintió, sin darse cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas.

Entonces Moira se levantó del tocador y acudió a su lado; luego acercó a su hija a la cama y la instó a sentarse.

—¿Qué es todo esto, Skye? ¿Qué es lo que no me has contado?

Más bien se trataba de qué no les había contado a ninguno de sus progenitores.

—Tengo que volver abajo —dijo ella, zafándose del brete—. Jay Mac quiere hablar conmigo.

—¿Tienes algún problema?

—No —contestó—. No lo tengo.

Moira miró con atención a su hija y escudriñó su rostro, que le era tan familiar como el suyo propio; después le dio una palmadita en la mano.

—Muy bien. Habla con tu padre. Pero no dejes que te intimide; después de todo, fue idea suya… Quizá haga falta recordárselo.

A Skye le parecía que Moira nunca le había dado un consejo sobre cómo tratar con su padre; sus intromisiones, si es que optaba por entrometerse siquiera, eran mucho más sutiles que lo que acababa de oír. Casi siempre había sospechado que su madre le decía a Jay Mac todo lo que pensaba y, desde luego, no tenía por costumbre utilizar a sus hijas para transmitir lo que le pasaba por la cabeza. Entonces se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—Gracias, mamá. Siempre sabes justo lo que hay que decir.

La segunda vez que Skye entró en el estudio de su padre, era ella quien iba preparada con una pregunta.

—Yo tenía razón sobre tus motivos, ¿verdad? —le preguntó a su padre—. Me equivoqué de objetivo, nada más.

Jay Mac frunció el cejo, y las arrugas se hicieron más profundas en su ancha frente.

—Tendrás que explicarte, Skye; me temo que no entiendo una palabra de lo que dices.

En lugar de eso, ella se dirigió a Walker. Mientras tomaba asiento, le dijo:

—Por favor, siéntate. —Luego, añadió—: No te culpo: Jay Mac puede llegar a ser extraordinariamente persuasivo. No es tan difícil, cuando se tienen millones para acompañar los argumentos.

—Mary Schyler —intervino Jay Mac en tono de advertencia—. Creo que deberías detenerte. Si quieres ir a parar a donde yo creo, vas a hacer el ridículo.

Walker alzó la mano.

—Ah, no, por favor, déjela seguir; esta situación es absolutamente fascinante.

Las palabras de Walker hicieron que Skye se callara un segundo; pero el modo de decirlas, con aquella entonación irónica, a la vez regocijada y condescendiente, la movió a proseguir.

—Jay Mac ya ha pagado a otros hombres, ¿sabes? Aunque no por mí; o al menos, no que yo sepa, y no hasta ahora. Jarret Sullivan recibió diez

mil dólares para que detuviera la boda de Rennie…, y para que se la quedara él. A Maggie la vendieron por la escritura de propiedad de un rancho en Colorado… Seguro que mi padre será generoso si lo libras de mí así que espero que hayas negociado una buena cantidad; después de todo, soy la última «Mary».

—¿La última «Mary»? —preguntó Walker.

Skye levantó una mano y fue contando nombres con los dedos.

—Mary Francis, Mary Michael, Mary Renee, Mary Margaret… y yo.

—Mary Schyler —completó él.

—Sí.

Walker la contempló con interés; luego meneó la cabeza despacio y repitió:

—Mary Schyler. —Esta vez, al pronunciar su nombre, la avisó de que estaba en un apuro—. ¿Qué tal se siente uno haciendo el ridículo?

Con expresión indecisa, Skye se apresuró a mirar alternativamente a Walker y a su padre.

—No sé a qué te refieres —faroleó.

Jay Mac se reclinó en su sillón de piel y le dijo a Walker:

—Déjela que siga un poco más.

—No creo que esto sea muy gracioso —espetó Skye—. Le has pagado, ¿verdad?

Con las manos cruzadas, Jay Mac daba golpecitos uniendo los pulgares en un gesto ausente.

—¿Le he pagado?

No era tanto una afirmación como una pregunta. Exasperada, ella preguntó:

—¿Sí o no?

Entonces fue Walker quien interrumpió con una pregunta.

—¿Y para qué se supone exactamente que deberían haberme pagado?

—Para que muestres interés por mí.

Walker alzó las cejas y ladeó la cabeza mientras lo pensaba; en seguida preguntó:

—¿Sería ése un buen negocio?

Ella le dedicó una agria mirada antes de desviar de nuevo su atención hacia Jay Mac.

—Cuando acepté ir a Baileyboro, contrataste al señor Caine para asegurarte de que no sufriera ningún mal.

—He de decirte, Skye —replicó Jay Mac—, que ojalá lo hubiera contratado: está claro que necesitas un guardián.

Por el rabillo del ojo, ella vio la petulante sonrisa de Walker y admitió:

—Eso ya me lo han dicho antes.

Su comentario no hizo más que provocar otra mirada de Jay Mac a Walker, llena de renovado respeto, mientras le preguntaba:

—¿Es cierto?

—Sí, señor.

—¿Quiere ofrecerse voluntario?

Walker fingió pensárselo. Contempló las arreboladas mejillas de Skye y sus ojos enfadados; no soportaba que hablaran de ella como si no estuviera en la habitación.

—Quizá me hubiese ofrecido antes, señor Worth; pero desde que sé que es tan buen negocio, no pienso aceptar ese trabajo sin alguna recompensa.

A Jay Mac le agradó la respuesta; su sonrisa se ensanchó. Entonces Skye se puso de pie; le costó trabajo hablar a través del nudo que sentía en la garganta, pero logró decir con frialdad:

—Os dejaré que resolváis los detalles.

Luego dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Su padre se puso en pie y extendió un brazo por encima de la mesa intentando detenerla.

—Skye. Espera.

Pero ella no se volvió. Cuando se marchó, el estudio se quedó en silencio largo rato. Jay Mac se sentó despacio; entonces clavó la mirada en la puerta cerrada, suspiró y meneó la cabeza.

—Quizá nos hemos burlado en exceso.

Walker no estaba tan seguro; en tono evasivo dijo:

—Quizá.

—¿Va a ir tras ella?

—Lo estaba pensando. —Se puso de pie—. Pero el problema es que no he decidido qué hacer cuando la coja.

Jay Mac lo vio salir y dijo en voz baja:

—Sé exactamente cómo se siente.

Cuando se cerró la puerta, se reclinó en el respaldo; dejó caer la cabeza pesadamente sobre la suave piel, y curvó las manos sobre los brazos del sillón al tiempo que extendía las piernas por debajo del escritorio. Sin cambiar de postura, se quedó reflexionando acerca de la discusión que había tenido lugar hasta que la puerta se abrió de nuevo. Esta vez era Moira, quien no respetaba su intimidad. Después de mirar a su alrededor y ver que estaba completamente solo, entró.

—He conocido a un hombre de lo más interesante —comentó—. Ahora mismo iba por el pasillo, en busca de Skye.

—Le has dado indicaciones, espero.

—Sí. Aunque no estoy segura de si debía haberlo hecho; parecía bastante enfadado.

—Y lo está. Skye lo ha acusado de aceptar dinero de mí para que mostrara interés hacia ella.

El deje cantarín de Moira suavizó sus palabras.

—Vaya, ¿sí? ¿Y es cierto?

—Sospecho que ella le ha interesado por sí misma; la ha seguido desde Baileyboro, ¿no?

—No te hagas el torpe a propósito, Jay Mac. ¿Le has dado dinero a ese hombre?

Jay Mac dedicó toda su atención a su esposa.

—Antes de hoy, no lo había visto en mi vida.

—Lo cual no responde precisamente a mi pregunta.

Ofendido, él la miró con gesto severo.

—Me parece que tu duda no me halaga.

Moira rodeó la mesa y se acercó a él; luego depositó un beso en su frente para eliminar la dureza de su comentario.

—No pretendía halagarte, querido: sólo quería saber si las sospechas de Skye son ciertas. En su lugar, yo pensaría lo mismo.

—Nunca le he ofrecido nada al señor Caine —respondió él al cabo de un instante—. Nada de dinero ni ninguna propiedad. Y, desde luego, no le he ofrecido a tu hija.

Moira sonrió suavemente; Skye debía de haber herido un poco su orgullo si se refería a ella como «su» hija.

—Me alegra mucho oírlo, Jay Mac. —Le tomó una mano y se la estrechó—. Mucho.

Cuando Walker la alcanzó, Skye estaba deteniendo un coche de alquiler en Broadway; hizo caso omiso de él y empezó a montarse cuando el conductor se detuvo. Walker se limitó a tomarla por la cintura, alzarla y dejarla en la acera.

—No vamos a necesitar sus servicios —le comunicó al cochero.

Skye se retorció para apartarse de él y afirmó:

—Nosotros no. Yo sí.

El cochero se echó el sombrero a un lado para considerar mejor la situación; desde su posición elevada, la mujer parecía estar forcejeando, pero el hombre no se esforzaba en absoluto por sujetarla. Hacía mucho

que ya no se sorprendía por nada que viera en su trabajo; las mejores direcciones no eran garantía de los mejores modales.

—¿Es una fugitiva? —preguntó.

—Algo así —contestó Walker.

Skye lanzó una mirada asesina al conductor.

—¿No ve que está secuestrándome?

El cochero se lo pensó un momento.

—A mí me parece que es usted la que quiere ver mundo —dijo.

En ese momento, Skye bajó con fuerza el tacón de su zapato sobre el empeine de Walker, y éste aflojó el agarrón lo suficiente para soltarla. Con un gesto de la mano, ella le indicó al cochero que se marchara y echó a andar calle abajo.

—Parece que vamos a caminar —dijo Walker sonriendo mientras daba una propina al conductor por las molestias; luego siguió a Skye. Aunque iba con paso enérgico, no había miedo de que fuera a dejarlo atrás. Su paso ágil y oscilante lo llevó a su lado antes de que llegaran al final de la manzana. En lugar de cruzar la calle, Skye se volvió en la esquina. De cara al viento, bajó su cabeza descubierta; el pelo se le alborotó en la coronilla y en las sienes, y unos mechones sueltos le cayeron por la frente y las mejillas como llamas inquietas. Entonces se detuvo en seco, se echó el cabello atrás con impaciencia y alzó la cara hacia Walker.

—Di lo que tengas que decir —espetó—, y luego déjame en paz.

—No estoy seguro de tener algo que decirte, pero ha parecido justo

darte una oportunidad de que te disculparas.

Auténticamente sorprendida, Skye parpadeó.

—¿Disculparme?

Él asintió. El viento le alborotaba el pelo, y se tomó su tiempo en abotonarse el gabán; cuando terminó, metió las manos en los bolsillos. Hacía demasiado frío para quedarse quieto en un sitio, de modo que empezó a caminar, y tuvo buen cuidado de no mostrar su regocijo al ver que Skye iba tras él.

—¿Disculparme? —repitió ella con voz entrecortada—. ¿Y por qué diablos iba a hacerlo? Yo no te he invitado a que vinieras. Eso ha sido cosa de mi padre.

—No —replicó él con frialdad—, no ha sido cosa de tu padre; el que yo esté aquí no tiene nada que ver con tu padre. Pero si lo dudas, discútelo con él; por lo visto, te ha dado motivos para que pienses lo peor. Aunque yo no era consciente de haber hecho lo mismo.

—Entonces, ¿por qué estabas hablando con Jay Mac? ¿Por qué no preguntaste directamente por mí?

—Lo hice, pero tú no estabas en casa cuando llegué, ¿recuerdas? Primero me hicieron pasar al salón; luego tu ama de llaves debió de mencionar mi presencia a tu padre, y él me invitó a su estudio. No llevaba mucho tiempo allí cuando llegaste; tu padre y yo sólo hemos intercambiado unos cuantos cumplidos de rigor.

—Jay Mac no intercambia cumplidos de rigor —lo contradijo ella con energía—; él estudia a la gente.

—Estaba intentando ser cortés al hablar de alguien mayor.

La boca de Skye esbozó una leve sonrisa.

—No hay necesidad de eso: lo he visto hacer trizas a gente con una sola mirada. —Lo miró—. Tú no pareces desmejorado; ha debido de gustarle algo de lo que ha visto en ti.

Walker se encogió de hombros. Era muy consciente de que Jay Mac había estado juzgándolo, pero no tenía ni idea de cuál había sido el juicio; y, además, no le preocupaba demasiado.

—No he venido porque quiera la aprobación de tu padre. Ni la tuya.

Skye pensó que eso era lo que le habría gustado más a Jay Mac. Walker tenía un porte tranquilo, lleno de confianza. Su indiferencia acerca de lo que la gente pensara de él no era fingida, ni tampoco una señal de prepotencia: estaba cómodo en su piel, y le daba lo mismo la opinión de los demás… Aunque él habría seguido caminando, ella se paró bruscamente y le tocó el codo; luego le escudriñó la cara.

—No has cogido dinero de mi padre, ¿verdad?

—No. —Observó cómo ella asimilaba esa información; hasta entonces estaba segurísima de lo contrario—. Y para que quede completamente claro, tu padre no me ha ofrecido ningún dinero.

Skye apartó la vista y se remetió detrás de la oreja un mechón de pelo, que el viento volvió a sacar en seguida.

—No sé qué decir.

—Volvamos a tu casa. Cuando se te ocurran las palabras, quiero estar seguro de que el viento me deja oírlas.

Enlazó su brazo con el de ella y la condujo otra vez por el camino que habían recorrido.

La señora Cavanaugh los recibió en la puerta y recogió sus abrigos.

—No sé en qué estarían pensando para salir sin sombrero ni bufanda… Los dos. Es vergonzoso, eso es lo que es. Luego no se sorprenda si los vecinos hablan, Mary Schyler.

—¿Podríamos tomar té en el salón de delante, señora Cavanaugh? —preguntó Skye.

Tomó el suave chasquido de lengua del ama de llaves por una respuesta afirmativa y acompañó a Walker al salón. Cuando estuvieron solos, éste preguntó:

—¿Hablarán los vecinos?

Como antes no había tenido mucha ocasión de echar un vistazo al cuarto, lo hizo entonces; examinó con especial interés las fotografías que había sobre la repisa de la chimenea.

—Es probable —confirmó Skye—. Cuando se trata de las Dennehy, todos buscan de qué hablar.

—Sospecho que tú y tus hermanas les habréis dado motivo de vez en cuando.

Tomó un marco de bordes dorados en el que había una foto de las cinco «Mary». Los retratos fotográficos solían contener rostros solemnes y plácidos mirando a la cámara, pero aquél captaba un grupo muy animado; cada par de ojos estaba lleno de picaras diabluras. Skye se acercó a Walker, y señaló a su hermana mayor.

—Ésa es Mary Francis; entonces tenía diecisiete años. En la foto no se ve porque está detrás de Michael, pero estaba tirándole del pelo a Rennie.

Walker miró más en detalle y le pareció que la sonrisa de Rennie era un poquito más comedida que la de sus hermanas.

—La foto se tomó un año antes de que se fuera al convento —explicó Skye.

—¿Rennie?

—No. Mary Francis.

—La tiradora de pelo.

—Sí. Ella siempre ayudaba a mantener la disciplina —dijo Skye—. Rennie estaba haciendo…, bueno, estaba haciendo de Rennie; motivo más que suficiente para que le tiraran del pelo.

—Son gemelas.

Skye asintió.

—Ella y Michael; ahí tienen quince años. Ya ves que Michael intenta estar seria, pero en el último momento, Mary Francis la hizo reír.

—¿Michael está casada?

—Sí, con un *marshal* federal. Ethan y Michael viven en Denver; ella es periodista en el *Rocky Mountain News.*

Entonces a Walker se le ocurrió la conexión con Logan Marshall y el *Chronicle:* Mary Michael era aquella única periodista… Logan podría habérselo dicho. Se preguntó si el editor habría considerado que algo más no tenía importancia suficiente como para que él lo supiera.

—¿Rennie vive aquí? —preguntó.

—No. Ella y Jarret viven por todas partes: van adonde vaya la Northeast Rail. Rennie diseña puentes y decide dónde va a colocarse la vía. Ha trabajado para el ferrocarril desde que salió de la facultad.

—¿Y esta hermana? ¿El duendecillo?

—Ésa es Maggie; ahí tenía doce años. Sí que parece un duendecillo, ¿verdad?

Maggie estaba sentada en una silla demasiado grande para ella, y los pies le colgaban a un par de centímetros del suelo. Michael le tenía puesta una mano sobre la rodilla; probablemente la habría colocado allí para impedir que Maggie balanceara las piernas.

—Maggie estudia medicina. Está en Filadelfia, con su marido y su hijita.

Walker apenas escuchaba: estaba mirando a la «Mary» más pequeña, que se sostenía sobre un pie, inclinándose hacia Rennie, con un codo apoyado en el brazo de la butaca.

—¿Qué le pasaba a tu otra pierna?

—Estaba rascándome. Llevaba una enagua nueva, tan almidonada que casi me cortaba.

—Pareces un flamenco.

—Mi vestido era rosa… Sí que me sentía un flamenco.

Los tonos sepia de la fotografía no mostraban el contraste entre el vestido rosa de Skye y su cabello rojo llameante. Walker no pudo ocultar del todo su sonrisa, y deseó haberla visto entonces.

—¿Cuántos años tenías?

—Diez.

Él tendría dieciséis…, y quien le habría interesado habría sido Mary Francis o las gemelas. De haberse fijado en ella, habría sido para darle un tirón de trenzas. Volvió a dejar la fotografía en la repisa de la chimenea y luego le preguntó:

—¿Y tus ambiciones, Skye?

—Ah, he tenido buen cuidado de no cultivar ninguna —contestó ella con ligereza.

La llegada del té impidió que Walker respondiera; esperó hasta que volvieron a estar solos y Skye hubo servido para los dos para decir:

—No creo que no tengas ambiciones.

—No puedo evitar que creas lo que quieras. —Le pasó su taza—. Debí preguntarte si querías algo más fuerte. ¿Te apetece? No es molestia.

—Así está bien.

Walker se sentó en un gran sillón. El salón era una habitación amplia y cómoda. Las tapicerías eran azules y dorado oscuro. Los muebles estaban dispuestos de forma que invitaban a la conversación en lugar de estorbarla; se agrupaban en semicírculo en torno a la chimenea, y unas lámparas con tulipas de vidrio esmerilado iluminaban la zona.

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

—¿Quieres decir que por qué no te conté que era hija de Jay Mac? —preguntó ella—. ¿Es tan importante? Tú siempre sospechaste que yo no era una ama de llaves; supongo que estarás satisfecho al saber que tu

instinto no se equivocaba.

«¿Era importante? —se preguntó él—. ¿Cambiaba aquello algo?» Entonces le dijo:

—No fue mi instinto: fueron tus manos.

Skye se detuvo en el gesto de ir a levantar la taza y se inspeccionó una mano, volviéndola de un lado y de otro.

—¿Qué tienen de malo?

—Nada: ésa es la cuestión. Mira las de la señora Cavanaugh alguna vez.

Ella comprendió en seguida, y luego se preguntó cómo no había caído antes en la cuenta…

—¿Se lo comentaste al señor Parnell?

Él asintió.

—No creyó que importara. Estaba dispuesto a pasar por alto bastantes cosas en lo que a ti respecta.

—No me parece lógico.

Las motas doradas de los ojos de Walker brillaron más.

—¿Lo que pasó en aquel taller no te ha convencido? Él te deseaba; sigue deseándote… Y ante eso, no le importa nada más.

Skye dejó la taza, que tintineó un poco en el platillo.

—¿No te parece que eso es cargar un poco las tintas? Él me despidió.

—Lo sé.

La mirada entornada de Walker sombreó sus ojos y ocultó sus pensamientos. ¿Qué debía contarle? ¿Y cuándo?

—¿Te ha enviado él aquí? —preguntó ella.

—Sí.

Skye lo sospechaba, pero la confirmación resultó más decepcionante de lo que había creído.

—Entiendo…

Walker sabía que ella ni siquiera podía sospechar los motivos de Parnell…, ni los suyos.

—¿Sabías que yo iba en el tren? —preguntó.

—Te vi montarte en Baileyboro.

—Entonces te escondiste de mí a propósito.

—No fue muy difícil.

Walker sonrió con ironía.

—No valoré del todo la ventaja que tenías hasta que supe quién era tu padre; supongo que conocías a aquel revisor.

—El señor Pennybacker.

Eso respondía a su pregunta.

—Northeast Rail… —comentó en voz baja, sin acabar de creerlo aún —. No tenía ni idea.

—No sé cómo ibas a tenerla —comentó ella; le interesó que Walker pareciera creer que debía haberlo sabido—. Y, además, no creo que importe… Y menos aún cuando me has encontrado de todos modos.

Pero sí importaba, porque, en teoría, él no cometía errores como aquél; incluso concediéndole ventaja a Skye, no debió perderla en la estación… Entonces se preguntó si había sido buena idea ir allí; podía

haberse mantenido a distancia, esperar el momento oportuno y planear lo que iba a decirle a Parnell cuando regresara solo. Pero al ver la casa y observar cómo Jay Mac se apeaba del coche, tomaba el camino hasta la puerta principal, se abría la puerta y el gran hombre en persona desaparecía dentro, Walker se vio impelido a seguir aquel mismo camino. Quería conocer al hombre que había enviado a su hija a Baileyboro; al hombre que había valorado más una inversión que la seguridad de su hija.

Walker dejó su té a un lado; la infusión ya estaba fría y amarga. Se puso en pie de repente.

—Debería marcharme.

Eso sorprendió a Skye.

—Creía que Jay Mac te había invitado a cenar.

—Sí, pero yo no he aceptado. Tu padre supone muchas cosas.

—Sí lo hace. Está acostumbrado a que la gente acepte sus sugerencias, que haga las cosas a su modo.

—Yo no soy así.

—Lo sé. —Ella tomó aire—. Perdona.

Walker la miró con severidad.

—¿Que te perdone? ¿Por no doblegarme ante tu padre?

Skye se levantó; con dedos nerviosos se puso a plegar y desplegar la tela del vestido a sus costados e, incómoda, se apresuró a decir:

—No. No me refería a eso. Siento haber interpretado mal lo que he visto antes. Creía que estabas informándolo, contándole que estaba

perfectamente a pesar de mis experiencias en la mansión Granville. Cuando tienes un padre tan entrometido y protector como Jay Mac… —Se encogió de hombros y dejó la frase sin terminar. Al ver que él no respondía, ni siquiera después de dejar pasar unos instantes, añadió:

—Eso ha sido una disculpa.

—Sé lo que ha sido; estoy intentando asimilarla.

Su irónico sentido del humor la conmovió, y Skye plegó la boca a un lado mientras soltaba un resoplido burlón; el gesto no la favorecía en absoluto. Por eso lo último que esperaba en aquel momento era que Walker tirara de ella, la apretara contra él y la besara con tanta fuerza. Entonces alzó las manos, le tocó apenas los hombros, las echó atrás y luego volvió a tocarlo, esta vez agarrándolo bien. Después se arqueó contra él y sintió que él cruzaba los brazos en la base de su espalda. El beso se demoró, se hizo más profundo… Sus pechos se hincharon bajo su vestido cuando él la atrajo más cerca y la sostuvo con su cuerpo, duro y firme.

Jay Mac y Moira se detuvieron un instante en el umbral de la habitación e intercambiaron una mirada. Moira habría retrocedido con discreción hacia el pasillo, pero Jay Mac prefirió carraspear fuerte e intencionadamente. Entonces Moira lo regañó pronunciando su nombre en voz baja. Walker oyó el carraspeo, y Skye oyó la reprensión de su madre; fue Skye quien se retiró, a la vez aliviada e incómoda al ver que Walker no la soltaba por completo.

—¿Hasta qué punto conoce usted a mi hija? —preguntó Jay Mac.

—Papá, por favor… —rogó Skye; se dirigió a su padre, pero sus ojos suplicaban a su madre.

—Jay Mac —empezó Moira con suavidad—. Quizá deberíamos…

—No pienso consentir que me chisten como a un gato ni que me hagan callar —declaró Jay Mac en tono rotundo—. Quiero una respuesta, señor Caine. ¿Cuáles son sus intenciones respecto a mi hija?

—¡Papá!

—¡Jay Mac!

Por encima de ambas protestas, Walker se limitó a decir:

—Pretendo casarme con ella.

Entonces Skye salió del círculo de sus brazos. Se dio cuenta de que le costaba trabajo respirar; sentía una tensión en su pecho y un nudo en el estómago.

—No tienes por qué decir eso sólo porque nos haya visto besándonos. Jay Mac no es tan anticuado.

—Sí lo soy —insistió Jay Mac—. Díselo, Moira.

Walker se pasó los dedos por el pelo.

—No lo digo por lo que haya visto tu padre, sino por lo que ha preguntado. Y, además, ésas son mis intenciones.

—¿Y pensabas contármelo? —preguntó ella seca.

Una incómoda presión iba creciendo en el fondo de su garganta; estaba a punto de vomitar delante de todos.

—Te lo estoy contando ahora.

—Entonces deje que yo le cuente mis intenciones, señor Caine: no

tengo previsto casarme con nadie. Nunca.

Dicho eso, Skye salió apresuradamente de la habitación. Sus padres se apartaron lo suficiente como para dejarla pasar entre ellos y luego cerraron filas de nuevo.

—Esta vez no puedo decirle que vaya tras ella —comentó Jay Mac a Walker—. Se ha ido a su cuarto.

—Si quisiera seguirla, eso no me detendría.

Jay Mac se lo pensó. Walker Caine no le tenía ningún miedo…, y ni siquiera estaba seguro de que aquel joven lo respetara. Para él era una situación insólita que, sin embargo, no lo hizo enfadarse, sino sentir curiosidad.

—La señora Worth y yo hemos venido a decirle que están sirviendo la cena. ¿Va a acompañarnos?

Ahora el padre de Skye formulaba una pregunta, no lo daba por sentado… Y eso hizo que Walker cambiara de opinión.

—Creo que sí, gracias.

Moira alzó las manos; hasta hacía un momento, estaba convencida de que Walker iba a marcharse.

—Le aseguro que no entiendo a ninguno de ustedes dos.

Cuando su madre entró en su habitación, Skye estaba cepillándose el pelo con pasadas fuertes y enérgicas.

—¿Se ha ido?

—Pronto se irá, creo. Tu padre y Walker están tomando una copa en la biblioteca; no he querido acompañarlos en eso.

Se dio cuenta de que su madre se refería a Walker por su nombre de pila, algo que sugería cierta familiaridad o, como mínimo, cierta simpatía hacia él que a Skye no le pareció muy reconfortante.

—No voy a consentir que otros planifiquen mi vida —dijo—. He visto cómo Jay Mac lo ha hecho con mis hermanas y no pienso consentir que lo haga también conmigo.

—Le concedes demasiado mérito a tu padre —dijo Moira—; todas lo hacéis. Él no pudo impedir que Mary Francis entrara en una orden religiosa, ni que Michael trabajara en el *Chronicle.* Rennie entró en Northeast a pesar de sus deseos, y Maggie va a ser médico… tu padre no tenía esos planes, pero ellas han hecho esas cosas a pesar de Jay Mac.

—Han hecho esas cosas para herirlo.

Apenas dichas estas palabras, Skye no dio crédito a su temeridad. Dejó el cepillo. Le temblaba la mano y volvía a sentir un nudo en la garganta. Nunca había tenido tantas ganas de llorar…, y estaba segura de que su madre nunca había tenido tantas ganas de darle una bofetada.

—Perdona, mamá, pero yo no quería entablar una batalla de ese tipo con él. Creía que conmigo haría una excepción: nunca he querido ser nada importante.

—Ay, Skye —dijo Moira con tristeza. Se acercó al tocador, se puso detrás de su hija y escudriñó la imagen de Skye en el espejo. Luego le pasó los dedos por el pelo, acariciándoselo y trenzándolo con gesto

ausente.

—¿De verdad eso es lo que crees?

Skye se encogió de hombros con gesto indeciso.

—Yo no soy como mis hermanas.

—Ya lo sé.

—Tengo mis propias ideas sobre lo que quiero hacer con mi vida.

Moira asintió; su sonrisa era tan suave como sus dedos en el cabello de Skye.

—Y nadie me ha preguntado qué opino acerca de casarme.

—Creo que tu padre y Walker ya conocen la respuesta.

El tono irónico de su madre hizo vacilar a Skye.

—¿He montado una escena? No lo pretendía… A veces es que no puedo pensar con claridad cuando está él.

—¿Hablas de tu padre o del señor Caine?

—Hablaba de Walker, pero a veces me pasa lo mismo con Jay Mac. Estoy tan ocupada previendo qué dirá o qué hará, que apenas sé lo que digo yo.

Los dedos de Moira titubearon.

—¿Te has planteado alguna vez que, quizá, lo que no haces en realidad es escucharlo?

—¿Qué dices, mamá?

—Digo que a veces, cuando hacéis cosas para herir a vuestro padre, no hacéis más que heriros a vosotras mismas. —Apartó las manos del pelo de Skye y le dio unas palmaditas en el hombro—. Sólo es una idea

para que la medites.

Con expresión de duda, Skye se quedó mirándose fijamente en el espejo. Por su parte, Moira, a punto ya de salir del cuarto, se detuvo en el umbral.

—Me ha gustado mucho el señor Caine, Skye.

—Mamá…

—Vale que no es a mí a quien le ha pedido que se case con él, pero me ha gustado.

Skye dio la vuelta en su taburete.

—Sí, pero, ¿qué sabes de verdad sobre él?

—No tanto como tú, estoy segura —contestó Moira—. Nos ha contado que sus padres eran misioneros, y mucho me temo que eso me ha parecido tan fascinante que la conversación no ha avanzado mucho más allá. Tu padre estaba deseando atraparlo a solas.

—Para terminar el interrogatorio —dijo Skye.

Moira sonrió.

—Más bien para comenzarlo.

Era tarde cuando Walker Caine llegó al hotel Saint Mark. Moira le había comentado que quizá encontrase cómodas sus habitaciones, y él no mencionó que ya se había hospedado allí. Salvo por un comienzo embarazoso, la madre de Skye había sido una anfitriona cortés, y deseaba ayudarlo. Él no le aguó la fiesta.

Walker se inscribió en el mostrador de recepción. El vestíbulo estaba prácticamente desierto. Una pareja llegó de la calle con ropa de etiqueta; sonreían e intercambiaban cálidas miradas. Sus figuras se reflejaron en la lustrosa madera oscura de los paneles de la entrada. Se detuvieron en recepción a recoger la llave y luego subieron por la amplia escalera alfombrada hasta desaparecer. Como no tenía el menor deseo de sorprenderlos en la escalera o en un pasillo, Walker esperó un minuto entero para darles tiempo suficiente de llegar hasta su habitación. Si se diera el caso, ellos no repararían en él pero él no podría hacer lo mismo. Se sentía un poco vulnerable, un poco inquieto, y las copas que había compartido con Jay Mac después de la cena habían agudizado esa sensación en lugar de aliviarla.

Su cuarto estaba en el tercer piso; era pequeño, aproximadamente un tercio del tamaño de la suite que solía compartir con Parnell cuando iban a la ciudad. Echó su maleta sobre una silla y encendió la lámpara de la mesita de noche. Un ruido en el exterior lo hizo acercarse a la única ventana de la habitación, que tenía vistas a Broadway. Aunque el vestíbulo del Saint Mark estaba tranquilo, no ocurría lo mismo con la calle: los carruajes avanzaban a ritmo brioso, dejando atrás los carros de leche y los carretones de los granjeros. Un grupo de hombres salió de un restaurante; vestían idénticos atuendos: gabanes y sombreros hongo negros, bufandas y guantes blancos. Dos de ellos llevaban bastones de ébano. Su nuevo aspecto destilaba respetabilidad e importancia, y, sin embargo, Walker no se sorprendió al verlos marchar en dirección a otro

barrio más sórdido.

Se apartó de la ventana, deshizo la maleta y se dispuso a acostarse; no porque estuviera cansado, sino porque era tarde. Al meterse en la cama, descubrió que, en todos los sentidos, estaba tan solitaria como se temía. Alargó la mano hasta la lámpara y bajó la mecha. La luz de gas procedente de la calle se colaba en la habitación, y las sombras cubrían el papel estampado de la pared dándole un tono grisáceo. Walker escuchó el trajín de Broadway, los sonidos de la gente que se movía con un rumbo y una dirección. Se oía el chasquido constante de las ruedas de los carros y, de vez en cuando, un grito o una campechana carcajada; por lo general, sin embargo, aquella mezcla de voces llegaba a sus oídos convertida en un tranquilo y constante murmullo. Sin darse cuenta, la cadencia nocturna de la animada ciudad lo adormeció.

Walker había aprendido a dormir profundamente y a despertarse en un instante. Por eso, cuando un sonido especial se destacó del ruido de fondo, se sentó en seguida y escuchó, con todos los sentidos aguzados por la interrupción de su sueño. Allí estaba otra vez. Era algo parecido a un rasgueo de metal contra metal que sonaba de forma irregular: empezaba, se detenía y volvía a empezar.

Ladeó la cabeza para localizar el origen del sonido y se dio cuenta de que procedía de la puerta. Entonces se levantó y se puso el batín con rapidez. En la habitación había luz suficiente como para encontrar el camino sin chocar contra nada, y avanzó con paso silencioso. Al llegar a la puerta se detuvo a escuchar de nuevo y al fin identificó el sonido:

alguien intentaba mover la llave para sacarla de la cerradura. Se agachó de forma que sus ojos quedaran al nivel de ésta y vio que la llave se meneaba mientras alguien la empujaba desde el otro lado de la puerta. Por un momento se planteó ayudar al intruso: si le daba un golpecito a la llave y la dejaba caer al suelo, el otro podría recogerla fácilmente desde el pasillo. Al final decidió que no; prefería ver cuánta paciencia tenía el ladrón.

El intruso tardó un minuto entero en empujar la llave hasta hacerla caer. En cualquier momento podría haberlo sorprendido alguien que saliera al pasillo de una de las habitaciones de la planta, pero si semejante posibilidad lo preocupaba, no se le notó; actuaba con constancia, aunque no con mucha profesionalidad.

Walker estuvo a punto de dar un salto cuando la llave cayó al fin y aterrizó ruidosamente en el suelo de madera; también debió de sorprenderse el intruso, porque la puerta resonó contra el marco cuando el otro perdió el equilibrio contra ella. Después de ese ruido, todo volvió a quedar en silencio. Walker imaginó qué debía de estar ocurriendo al otro lado de la puerta: cómo el intruso habría tenido que sobreponerse a su pánico, y la ojeada furtiva que había debido echar en torno a él, mientras se preguntaba si iba a ser descubierto.

Durante unos instantes, Walker esperó. ¿Habría abandonado el ladrón?

No. Al cabo de un momento vio asomar por debajo de la puerta una varilla metálica; tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de

un abotonador, un recurso que le pareció muy ingenioso. Al intruso le costó varios intentos atrapar la punta de la negra llave, pero una vez agarrada, tiró de ella y la arrastró hacia el pasillo con toda facilidad. Entonces Walker dio unos pasos atrás y esperó.

La llave giró de nuevo, esta vez desde fuera, y la cerradura cedió. La puerta se abrió despacio y con cautela.

Walker se pasó los dedos por el pelo, aplastado por el sueño; la silueta que se enmarcaba en la entrada le resultaba muy familiar.

—Dios bendito —exclamó—. Debí figurarme que eras tú.

Luego empujó rápidamente a Skye dentro del cuarto y cerró la puerta. Le tapó la boca con una mano para contener el grito que iba subiéndole por la garganta y añadió:

—Yo soy el único que debería armar un escándalo aquí.

Al sentir que se relajaba, aflojó el agarrón. No fue casualidad que dejara la mano cerca de su cuello; le daban ganas de estrangularla.

—¡Me has asustado! —espetó ella en tono acusador.

—¿Que yo te he asustado a ti? —preguntó él, incrédulo—. ¿Qué ha sido de la costumbre de llamar a la puerta de las personas?

Skye se irguió muy tiesa.

—Estamos en mitad de la noche. Creía que estarías durmiendo.

Walker la soltó.

—Tu lógica no sólo se me escapa, sino que me asusta. Aunque, según tu modo de pensar, probablemente me lo tengo merecido.

—Exacto.

Él estuvo a punto de gruñir, pero en vez de eso meneó la cabeza; ese movimiento lo despejó sólo en parte. Se ciñó el cinturón del batín y encendió la lámpara de la mesita de noche. Skye ya se había quitado el abrigo, lo había colgado junto al de él, a la entrada, y estaba quitándose el sombrero ribeteado de piel. Llevaba el luminoso cabello echado hacia atrás, flojo y sujeto con una cinta negra; el peinado resultaba suave y favorecedor. Sus ojos parecían increíblemente grandes, con las pupilas tan oscuras y dilatadas que daban la impresión de ser más negros que verdes. Vestía un traje liso color verde oscuro, con ceñidas mangas raglán y escote cerrado en la base de la garganta; unos diminutos botones ajustaban el entallado cuerpo del vestido. En ese momento estaba toqueteando nerviosa uno de ellos, mientras miraba a Walker, intentando descifrar su reacción.

Él señaló la única butaca de la habitación y dijo:

—Siéntate.

Su tono no animaba a la discusión. Despareció en el vestidor y, al cabo de un instante, regresó llevando puestos un par de pantalones negros y una arrugada camisa blanca que ni siquiera se molestó en remeterse. El rubor de Skye le dio a entender que acababa de darse cuenta de que antes estaba desnudo bajo el batín.

—¿Sabe alguien dónde estás?

—¿Quién iba a saberlo? —preguntó Skye.

«Todo el vecindario», pensó él; era justo el tipo de cosas que los chismosos saborearían.

—¿Cómo has salido?

—Andando. La casa sólo tiene aspecto de fortaleza, pero no hay guardas en las puertas.

—Pues debería haberlos: tu padre debería contratar una docena, sólo para ti —dijo él, y luego suspiró; probablemente ya lo habría intentado —. ¿Por qué estás aquí?

—Quería hablar contigo.

—Hasta ahí llego, pero ¿cómo me has encontrado?

—Le pregunté a mi madre dónde te hospedabas, y ella me dijo que te había sugerido que lo hicieras aquí. Lo demás no ha sido tan difícil. Distraje al recepcionista mientras echaba un vistazo al libro de registro; tu nombre estaba justo allí, junto a la habitación 309. Después, cuando el recepcionista estaba ocupado con otra persona, subí.

Walker no pensaba aceptar una explicación tan sencilla y se concentró en la única palabra que le importaba.

—¿Que lo distrajiste? ¿Cómo?

—Al modo tradicional —se limitó a decir ella—: coqueteé con él.

Walker cerró los ojos y se frotó la cara con la palma de la mano; luego soltó una lenta exhalación y se planteó la posibilidad de que todo aquello fuera un sueño. Por el rabillo del ojo miró hacia Skye: seguía allí.

—¿Qué hora es?

—Eran justo las dos pasadas cuando llegué al vestíbulo, así que supongo que ahora deben de ser cerca de las dos y media.

La cuestión parecía no preocuparla en absoluto.

—¿Haces este tipo de cosas con frecuencia? —quiso saber él.

—Esta ha sido mi primera vez. —Miró a su alrededor con interés; la habitación era más sencilla que la que en tiempos había tenido Michael, pero de eso hacía años. Quizá todas fueran ya igual de funcionales—. ¿Tienes algo de beber aquí?

—Agua.

—Eso me va bien. —Adivinó la expresión de los ojos de él—. Sólo tengo sed: no necesito darme más valor.

Walker señaló el vestidor con un gesto.

—No creo que carezcas de valor sino, sencillamente, de sentido común.

Skye buscó un vaso y se sirvió agua. Cuando volvió a entrar en la alcoba, él estaba de pie junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante y se levantaba sobre la parte delantera de los pies desnudos. Dio un sorbo al agua mientras lo observaba. No parecía estar enfadado, y sin embargo arecía que fuese presa de cierta inquietud que intentaba contener. Y de repente el color leonado, la longitud y lo espeso de su pelo, así como la ágil fuerza de su perfil, despertaron una imagen en la mente de Skye: parecía un león en busca de una presa, orgulloso e imponente; solo, pero al mando de la situación. Le costó trabajo acercarse a él.

De pronto, él percibió su presencia y se volvió.

—Debería llevarte de vuelta —dijo—. Acábate el agua y me vestiré.

—No. No pienso ir contigo, y si intentas obligarme, te lo pondré muy

difícil. —Regresó a su butaca y dio otro sorbo al agua—. Sabes que puedo hacerlo.

Aquello era lo único que él sabía de verdad.

—De acuerdo —contestó él—. Puedes quedarte.

—Gracias —repuso ella en voz baja; lo miró fijamente antes de volver a hablar—. Les has contado a Jay Mae y a mi madre que tus padres eran misioneros.

De todo cuanto pensaba que podría decirle, él no había pensado ni una vez en aquello. Skye tenía la misteriosa capacidad de desconcertarlo por completo; de hecho, se sintió como si hubiera retrocedido tambaleándose, aunque sabía que no se había movido en absoluto. Mientras se preguntaba adonde quería ir a parar, y sin acabar de estar seguro de querer seguirla, confirmó su afirmación.

—Se lo he contado.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque mis padres son misioneros; o más bien lo eran. Llevan muertos más de quince años.

Skye dejó de dar vueltas al vaso entre las palmas de las manos y lo agarró con más fuerza.

—Lo siento.

Walker supo que lo decía en serio.

—No deberías sentirlo; eligieron su muerte al ofrecer sus servicios en una colonia de leprosos del sur del Pacífico.

No fueron sus palabras lo que llamó la atención de Skye, sino la falta

de inflexión de su voz. Sus muertes no le eran indiferentes, pero él lo fingía; tal vez incluso se hubiera convencido a sí mismo de ello. Quince años eran mucho tiempo para practicar el no sentir nada y perfeccionarse en ese sentimiento.

—¿Dónde estabas tú? —preguntó.

—Me dejaron en el continente.

—¿El continente?

—En China. Su misión estaba en Shangai.

—No me has contado nada de esto —dijo ella—. ¿No te parecía que fuera importante?

Walker sacó las manos de los bolsillos, se cruzó de brazos y se inclinó hacia atrás contra la ventana; sintió los fríos vidrios a través de la camisa.

—No estoy seguro de que ahora sea importante.

—Pero se lo has contado a mis padres.

—¿De eso se trata? —preguntó él—. ¿Por eso has venido atravesando la ciudad en mitad de la noche? ¿Vas a reprenderme por contarles a tus padres algo que no te he contado a ti?

—Eso es sólo una parte.

—Entonces quizá deberías contármelo todo, porque no comprendo qué pasa en esa cabeza tuya.

No había alzado la voz, pero su tono frío, áspero y crispado bastó para que Skye se estremeciera. A pesar de que su actitud parecía relajada, ella percibía su inquietud. Su mirada, con los ojos entrecerrados y fija, la atravesaba, y las motas doradas de sus iris parecían haberse

convertido en astillas brillantes. Skye dejó el vaso y se levantó. Luego se acercó a Walker y se detuvo cuando estaba sólo a unos treinta centímetros de él. Entonces se llevó las manos a los diminutos botones de azabache del vestido y empezó a desabrocharlos. No se miraba los dedos; lo miraba a él. Los ojos de Walker bajaron hasta las manos de Skye cuando se tocó el primer botón; la tela se abrió y vislumbró el hueco de su garganta. Un segundo botón se desabrochó, y apareció más piel. Ella desabrochó otro; luego otro… Él la miró de nuevo, esta vez con una pregunta en los ojos; ella se limitó a devolverle la mirada y mover los dedos hacia el siguiente botón.

—Skye.

En su voz había una cualidad profunda, áspera; y también una advertencia.

—¿Mmmm?

Aunque jugara a la tentadora, sonó inocente. Walker miró las curvas descubiertas de sus pechos cuando el cuerpo del vestido se abrió más.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Coquetear? —preguntó ella, esperanzada.

Walker casi gruñó.

—Espero que no sea esto lo que hiciste con el recepcionista.

Ella le sonrió como una sensual sirena sin responderle. Luego desabrochó otro botón y se bajó el vestido por los hombros; al cabo de unos segundos, estaba desnuda hasta la cintura. No tuvo que tocar otro botón.

Walker se apartó de la ventana. Con las palmas de las manos le rozó los brazos, los hombros; después le pasó los pulgares por la clavícula, para llevarlos luego más abajo, tocando apenas los lados de sus pechos. Se los acarició, cubriéndolos con la mano, rozando ligeramente sus pezones. Ella se inclinó hacia delante, alzó la cara y entreabrió los labios cuando se puso de puntillas y alargó las manos hasta él. Enredó sus dedos en la parte de atrás del cuello de él y tiró suavemente, acercándolo más… Al fin cerró su boca sobre la suya, ansiosa y exigente.

Walker la cogió en brazos. Skye sintió el borde de la cama en las corvas. Él tiró del vestido, que pasó por sus caderas y luego quedó extendido a sus pies, como un charco verde oscuro. Los zapatos, las medias y, por fin, la enagua lo siguieron. Cuando Walker la tumbó hacia atrás en la cama, ella tiró de él; el peso de su cuerpo la mantuvo quieta un instante, dejándola sin aliento. Él la cubrió, la rodeó. Los senos de ella se hincharon contra su pecho, y sus piernas se frotaron con las de él; entonces ella le besó la mandíbula y la mejilla, y depositó diminutos besos por su cuello, saboreándolo.

Walker rodó hasta quedar boca arriba, y ella se sentó a horcajadas sobre él. Se inclinó hacia delante y se quitó la cinta del pelo; luego agitó la cabeza sólo una vez, despacio, de un lado a otro, y su cabello suelto resbaló suavemente por sus hombros. Bajó un poco las caderas, para acomodarse sobre él. A través de la barrera de sus pantalones, lo sintió combarse contra la hendidura de sus muslos; entonces se meció sobre él, provocándolo con nuevos besos en la parte inferior de la mandíbula y

justo debajo de la oreja. Sintió que la respiración se le aceleraba y luego se le entrecortaba.

Volvió a besarlo suavemente, despacio. Antes de perderse en aquella sensación, alzó la cabeza; él le escudriñaba la cara, con los ojos oscurecidos. Entonces bajó de nuevo y le rozó la boca mientras le daba empujoncitos en la nariz; por encima de él, sonrió y dijo:

—Uno de nosotros lleva puesta demasiada ropa.

Walker pensó que era agradable que ambos pensaran de forma tan parecida.

* * *

Capítulo 12

Walker se quitó rápidamente la camisa y la lanzó por encima de la cama. Luego, cuando Skye tiró de sus pantalones, alzó las caderas; ella convirtió la maniobra en una dulce tortura, y fue besándolo mientras deslizaba la tela muy despacio por las caderas y los muslos. Cuando terminó, estaba tan dispuesto para ella que le dolía.

La abrazó y giró con Skye de forma que quedara otra vez debajo de él, esta vez boca abajo. Ella se quedó quieta, un poco desconcertada por el giro de los acontecimientos. Ahora fue su respiración la que se volvió cada vez más entrecortada cuando él le puso la palma de la mano en el muslo y luego fue subiéndola por el trasero, hasta más allá de la base de la espalda, deteniéndose en los omóplatos. Fue su piel la que se calentó, la que incluso ardió bajo su contacto; un suave y ansioso gemido entreabrió sus labios. Volvió la cabeza, y él le apartó el pelo a un lado; después le besó el cuello y susurró en su oído. Con la boca trazó un sendero que bajó por su columna vertebral. Luego, se movió detrás de ella y le alzó las caderas. Skye agarró las sábanas cuando él la penetró. Su avance fue fuerte, y el placer tan intenso que se mordió el labio para acallar un grito. Empujó hacia atrás contra él cuando volvió a embestir contra su cuerpo. Entonces la levantó un poco y la rodeó con las manos;

las deslizó por su vientre y después las subió hasta sus pechos. Éstos le llenaron las manos, y él los tomó. Los pezones estaban duros, y se endurecieron aún más cuando les pasó los pulgares por encima. Le hizo brotar un murmullo de placer desde lo más profundo de su garganta, que vibró en todo su cuerpo. La agarró y se apretó contra ella, llenándola. Ella sintió su boca caliente en la piel y lo oyó susurrar su nombre. Entonces lo sujetó, balanceándose con cada empuje, buscando su ritmo para que se movieran juntos. Su cuerpo se estremeció primero, y cuando él lo sintió, no pudo prolongar su propio placer ni aguantar para hacer que el de ella resurgiera. Sus caderas se movieron con cadencia rápida y superficial, y todo su cuerpo se contrajo con fuerza en el instante anterior al clímax.

Durante largo rato, ambos se limitaron a quedarse quietos, encajados el uno en el otro, con el brazo de él ciñéndole la cintura. Su aliento le movía levemente mechones de llameante pelo rojo, que la luz de la lámpara bruñía con hilos de oro y cobre. Cuando Skye se movió un poco, sólo para ajustar la postura en busca de comodidad, su trasero le dio un empujoncito en la ingle; la reacción de él fue un gruñido que apagó en su cabello.

—No te muevas —le pidió en voz baja.

—Pero…

—Todavía no.

Salvo por la mano que le puso en la frente, Skye se quedó como estaba; al cabo de un rato Walker se durmió.

Entonces ella se levantó de la cama y, con cuidado, fue a lavarse al vestidor sin hacer ruido; sobre su piel caldeada, sentía el agua de la palangana fresca, y se la dejó escurrir por los hombros y entre los pechos. Después se secó con una toalla que conservaba aún el aroma masculino de Walker; cuando estaba a punto de salir, vio su batín y se lo puso. Las costuras de los hombros le colgaban, y las mangas le cubrían la punta de los dedos. Levantó la solapa hasta llevársela a la cara y se frotó la mejilla contra la tela; luego volvió a meterse en la cama con el batín puesto.

Walker abrió un ojo. Deslizó la mano sobre el hombro de ella y entonces reconoció la textura de su batín.

—¿Por qué llevas esto?

—Porque es tuyo.

Una vez más, Walker se maravilló de su capacidad para desconcertarlo. Se incorporó sobre el codo cuando ella se volvió boca arriba.

—¿Cuándo vas a casarte conmigo, Skye?

—No voy a casarme contigo.

Esta vez su respuesta no lo sorprendió.

—¿Vas a decirme por qué?

En lugar de contestarle directamente, ella le hizo otra pregunta.

—¿Qué imaginas que quiero de la vida?

Walker supo que estaba en un aprieto, porque nunca había pensado en ello. Y entonces lo hizo; eso sí, pensándolo bien, pues era consciente de cuánto dependía de su respuesta. Se planteó lo que sabía de Mary

Schyler Dennehy, lo que había observado, lo que había oído… Pensó en las cosas que ella le había dicho y las que había sido incapaz de expresar con palabras; en aquellas cosas que había sentido profundamente y que sólo se mostraron en sus ojos.

La primera vez que la vio, la primera, Skye avanzaba con paso resuelto por un sendero de Central Park: una figura solitaria que había dejado atrás a sus amigos. Aquella noche se encontró en cierto peligro cuando lo atacaron a él, pero en lugar de echar a correr, había observado el desarrollo de la arriesgada escena. Conociéndola como la conocía ya, se dijo que tal vez incluso habría acudido a rescatarlo si los acontecimientos hubieran seguido un curso distinto. La siguiente vez que la vio fue en el vestíbulo de la mansión Granville. Estaba en una habitación llena de mujeres, pero, en cierto modo, también estaba sola en aquella ocasión. Se fijó en ella al instante; primero cuando fingía dormir, y luego cuando contoneó el trasero en el aire al inclinarse sobre el banco. En la entrevista se mostró aguda e inteligente, pero templó su ingenio de forma que no sobrepasara la frontera de la insolencia. Se las arregló no sólo para conseguir colocación, sino también para buscársela a otra mujer que, seguramente, se habría marchado sin ella. No creía que hubiera ido a la entrevista con Parnell con aquel propósito: fue una idea que se le ocurrió en algún momento de la entrevista, y la aprovechó. Skye no era de las que dejaban pasar una ocasión.

Sabía pensar rápido y ensartar trolas que resistían un examen detallado siempre que la pillaban. Y además no retrocedía ante el

peligro; más bien parecía ir a por él. Era un poco temeraria, incluso impulsiva…, pero antes de juzgarla con demasiada severidad, Walker repasó su propia vida y se dio cuenta de que hubo un tiempo en que a él lo habían juzgado más o menos del mismo modo.

Entonces pensó en cómo se habría criado… No era demasiado difícil imaginarse lo que debió de ser crecer siendo la hija bastarda de un hombre tan poderoso y conocido como John MacKenzie Worth. En su mente vio la fotografía de las cinco «Mary», y comprendió que las leves sonrisas eran premeditadas y sus miradas desafiantes. La gente debía de observarlas todo el rato, esperando a que cometieran el más leve desliz… Y Skye en especial parecía haber disfrutado dando material a los chismosos para su maledicencia; contaba con cuatro hermanas vivaces y encantadoras para estimular sus esfuerzos.

Finalmente, sus pensamientos volvieron hasta aquella misma noche; reflexionó sobre cómo había acudido a él sin reservas, sincera en su anhelo y sin avergonzarse de él. Era la emoción lo que le coloreaba la cara, no la vergüenza. Entonces le tocó la mejilla, dibujándole el pómulo con el índice, y le remetió un mechón detrás de la oreja. En voz baja y solemne dijo:

—Creo que lo que quieres de la vida es no desperdiciar ni un día. Creo que deseas abrazar la emoción cuando la encuentras, y saborear los momentos tranquilos cuando te topas con ellos. Para ti, lo peor es imaginar que cada día sea igual que el anterior, o saber que el día de mañana no contendrá ninguna aventura.

Por un momento, Skye se quedó callada; no podía hablar. Sentía un duro nudo en el interior de la garganta que le impedía decir nada. Era como si Walker hubiera metido la mano en su mente y le hubiera arrancado los pensamientos… Y al hacerlo, le había tocado el alma.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó al fin; su voz era al tiempo ansiosa y entrecortada, y en sus hermosos ojos había un brillo de lágrimas.

Entonces Walker le posó la mano en la curva del cuello y le pasó el nudillo por el borde de la mandíbula.

—Tú y yo no somos tan distintos —contestó—. Más bien creo que tenemos mucho en común.

Ella le lanzó una vacilante y llorosa sonrisa; tomó la mano de él y se la llevó al corazón.

—Lo sospechaba aquí —dijo—, mucho antes de entenderlo. Pero no paraba de dar vueltas a las cosas que no sabía de ti en lugar de concentrarme en lo que yo hacía. Toda mi vida he querido que me juzgaran por mí misma, no por quienes sean mis padres, por las circunstancias de mi nacimiento, por mi dirección o por mi fortuna. Sin embargo, cuando tuve la oportunidad de verte bajo ese aspecto, me descubrí no pensando en tu carácter, sino preguntándome por tu pasado… Creo que debo de haber sido la peor de las hipócritas.

Walker inclinó la cabeza y la besó levemente en los labios.

—Eres demasiado dura contigo misma —replicó—. Y, a pesar de lo que no sabes, no creo que hayas estado en mi cama en ninguna ocasión

sin deducir algo sobre mi carácter.

Eso era cierto.

—Sí —susurró ella—. Pero, ¿y si lo he deducido todo mal?

—Cuéntame —le pidió él; su tono serio estaba reñido con el destello de sus ojos—. Supongo que tendré que intentar estar a la altura.

Sonriendo, ella enlazó sus dedos con los de Walker.

—Primero, creo que no te tomas a ti mismo demasiado en serio —empezó ella—; tu actitud tiene más de despreocupada seguridad en ti mismo que de arrogancia. También creo que tienes claro qué cosas son importantes y no haces caso de lo demás. Me parece que en el fondo te divierte casi todo lo que ves en los otros, pero tienes cuidado de no mostrarte condescendiente. Y resulta interesante que de verdad no parezca importarte lo que los demás piensen de ti.

«Con una excepción», pensó él: le importaba mucho, tal vez demasiado, la opinión de Skye. Casi deseaba no haberla animado a hablar y, sin embargo, no se sentía con valor suficiente para detenerla.

—No creo que te gusten los enfrentamientos, pero desde luego no los rehúyes —prosiguió ella—. Sabes lo que quieres. Escuchas a los demás y aceptas su opinión sin tratar de cambiarla.

Skye le escudriñaba la cara; examinaba la línea de su nariz ligeramente torcida, la forma de su seria boca… Sus ojos castaños de motas doradas le devolvían la mirada sin expresión, pero en aquel preciso instante ella creía comprender lo que había en su mente; le apretó la mano con suavidad mientras preguntaba:

—¿Sospechabas que iba a limitarme a enumerar cualidades admirables, como valentía, inteligencia y fortaleza?

Él soltó una risa en voz baja, teñida de burla hacia sí mismo, y en tono irónico, dijo:

—Es buena cosa que no me tome a mí mismo demasiado en serio. —Se llevó la mano de ella a los labios y le besó los nudillos; entonces enarcó las cejas y sonrió con ironía—. Aunque lo cierto es que en eso de la fortaleza no había pensado…

Pero en esta ocasión, Skye no tenía intención de dejarse detener por su sentido del humor.

—Creo que eres protector y paciente, amable e ingenioso. Ves más de lo que demuestras, y compartes menos de lo que sabes… Y eso resulta a la vez molesto y frustrante. —Con sencilla franqueza, añadió—: Y también fascinante. Observó cómo el hermetismo volvía a caer sobre la expresión de él. Otra vez se frotaba los nudillos de ella contra la boca, en un gesto más ausente que sensual.

—Pero quizá no importe mucho lo que yo sienta: estoy hablando de quién eres tú, y eso no puedo cambiarlo. Puedo aceptarlo o no… Y por ahora, lo acepto.

—¿Y mañana?

Esas palabras parecieron ser pronunciadas casi contra la voluntad de Walker.

—No lo sé.

Walker la soltó; luego extendió la mano hasta la lámpara y la apagó,

y, por fin, se tendió del todo junto a ella. La sintió volverse hacia él, estirar el cuerpo para quedar pegada a cada plano y ángulo suyo, hasta que le puso la cabeza en hombro y le rodeó la cintura con un brazo.

—¿Vas a quedarte aquí esta noche? —preguntó él.

—Hasta el amanecer.

Walker se preguntó si sería tiempo suficiente… Al cabo de un momento dijo:

—Me alegra que hayas venido.

—Creía que a lo mejor me salía muy mal —confesó ella.

—¿Quieres decir si te pillaban?

—Quiero decir si tú no me hubieras deseado; o peor: si me hubieras deseado y luego me hubieras llamado ramera.

Walker estaba acariciándole el cabello y se detuvo de golpe. Si bien Skye tenía confianza en algunos aspectos de su carácter, también albergaba dudas.

—Ese comentario no es precisamente halagador para ninguno de los dos —le dijo—. ¿Te he hecho sentir como una ramera?

—No —contestó ella en voz baja—. Me haces sentirme deseada; verdadera y profundamente deseada.

—Es que eres deseada.

—Me parece que empiezo a creerlo.

Walker no entendía cómo podía haber creído lo contrario alguna vez.

—Sé que soy tu primer amante. —Quería haber dicho: *tu único amante…* Y en realidad pensaba: *tu último amante*—. Pero seguro que ha

habido…

—Chicos —completó Skye la frase; y entonces, como no quería que se sintiera demasiado orgulloso, se apresuró a añadir:

—Y hombres…

De todas formas, supuso que él estaría sonriendo, calándola, incluso en la oscuridad.

—No me han faltado acompañantes, pero no hacían cola en la acera de delante de mi casa. Algunos eran guapos, otros eran del montón… Casi todos le tenían echado el ojo a mi dinero; los que no, le tenían echado el ojo a algo más íntimo.

—¿Y Daniel? ¿Dónde encajaba?

¿Había mencionado ella a Daniel? Imaginó que sí, porque si no, Walker no sabría su nombre; daba la impresión de que no olvidaba nada.

—Daniel es mi amigo. Me invitó a entrar en su círculo, o quizá fue el único que me aceptó la primera vez que yo irrumpí en él —suspiró—. Hace tanto tiempo que no estoy segura de saberlo ya. Maggie y yo estábamos muy unidas, pero a ella no le gustaba meterse donde no la querían; en cambio, yo me lo propuse como una especie de reto. Daniel ha sido mi pasaporte y también mi confidente.

—¿Te ama?

Skye meneó la cabeza.

—No, en absoluto. Bueno, de vez en cuando se le metía en la cabeza que sí; incluso me besó una vez, pero los dos decidimos que, sencillamente, no encajábamos. —Bajó la voz hasta convertirla en

confidencial; su tono ronco y suave le agradó a Walker—. Daniel quiso intentarlo otra vez, pero creo que sólo era para demostrarse que lo haría mejor. Lo cierto es que le gusta otra.

—¿Y tú? —le preguntó él al cabo de un instante—. ¿Cuáles son tus sentimientos respecto a él?

—Me gusta, y espero que siempre sea mi amigo.

Walker dio un pequeño respingo; jamás querría oír esas palabras aplicadas a sí mismo.

—¿No ha habido nadie más? —preguntó—. ¿Nadie especial?

Ella meneó la cabeza y se preguntó por qué seguía sin comprenderlo.

—No soy muy tradicional, Walker —dijo sin rodeos, sin amargura—: soy bastarda; soy católica; soy hija de un «magnate desaprensivo» y de una criada irlandesa… Tengo el pelo de un color que parece como si le hubieran prendido fuego, y no soy demasiado experta en ninguna de las acostumbradas tareas femeninas.

—¿A saber…? —la animó él.

—Labor de aguja, pintar, cantar, bailar, tocar un instrumento o hacer de anfitriona.

—Entiendo. —En ese momento se le ocurrieron una o dos tareas femeninas que ella dominaba a la perfección, la menor de las cuales era coquetear—. ¿Y no sabes hacer ninguna de esas cosas?

Skye sabía que de nuevo le resultaba divertida, pero hacía mucho que había aceptado sus defectos; se encogió de hombros con gesto filosófico.

—Sé hacerlas todas, pero no me apasiona ninguna. A veces me gustaría ser de otra manera, o al menos aceptar la mediocridad como norma de vida.

Los dedos de Walker se detuvieron de nuevo en su cabello.

—Eso para ti sería la muerte —dijo; y lo dijo en serio.

En voz baja, ella repuso:

—Sí. Eso sería la muerte.

Luego volvió la cara un poco para besarle el hombro desnudo. Era agradable estar en sus brazos; sentir la tibieza de su cuerpo, el ritmo de su vida en el latido que cobijaba en la palma de la mano.

—Mis hermanas sienten igual, pero todas tienen algún don; y los dones se habían agotado cuando nací yo.

Walker soltó una risa baja y gutural que hizo vibrar su pecho. Skye la sintió en la mejilla.

—Es cierto —explicó ella—. Una es monja; otra, escritora; otra, ingeniero, y otra será médico.

Se produjo un silencio que Walker no se apresuró a llenar; en lugar de eso, pensó con cuidado en lo que iba a decir. No pretendía convencerla sino, sencillamente, exponer un hecho.

—Tu don no es lo que sabes hacer —dijo—, sino lo que eres.

—Porque soy…

—Magnífica e irresistiblemente original.

Skye cambió un poco de postura para extender la pierna junto a la de él, y luego se alzó para mirar mejor a Walker; él dejó que le tocara la cara

con la punta de los dedos. No había risa en la comisura de su boca, ni una sombría ironía en sus ojos. Sus facciones eran tan francas y sinceras como sus palabras.

—¿Y no te importa? —preguntó ella.

—Sería como si me importara que el sol dé color al horizonte al salir y al ponerse —contestó él—. O que la marea deje conchas en la playa en su movimiento. ¿Cómo va a importarme lo que es? Ése es tu talento, Skye, y yo lo valoro.

En ese instante, sintió que algo húmedo le mojaba una mejilla y se dio cuenta de que era una lágrima de Skye; a ésa le siguieron otras. Hundió los dedos en su cabello cuando ella se acurrucó contra él, y, mientras la rodeaba con un brazo, le iba acariciando los encendidos mechones de su pelo.

En un momento dado, la cadencia de la respiración de Skye cambió, y el corazón empezó a latirle con mayor fuerza entre los pechos. Walker apenas se dio cuenta de cuándo fue; sólo fue consciente de que esas cosas ocurrían, y de que el cuerpo de él absorbía esos ritmos vitales. Ella se movía sinuosamente, le besaba la boca, el pecho, la lisa llanura del abdomen. La piel se le encogía. Sentía el flujo caliente de la sangre y la tensión de los músculos. Sentía sus manos sobre los muslos, sus dedos tocaron la suave línea de las nalgas… y entonces ella lo tomó íntimamente con la boca.

Fogonazos de placer le lamían la piel y le latían en la ingle. Su cálida boca era insistente pero no apresurada; mantenía a raya la urgencia,

alargando la sensación con lento cuidado, hasta que él le enseñó a hacerlo de otra manera. Walker apretó fuerte las yemas de los dedos contra su pálida piel y luego se los enredó en el pelo; al fin llegó al clímax en una descarga de estremecimientos, hundiéndose profundamente en ella.

Skye se incorporó despacio y, con una leve sacudida de cabeza, se echó el cabello por detrás de los hombros. Dejó un instante la mano derecha en el muslo de Walker al bajar las piernas sobre el lado de la cama. Después, sin decir una palabra, fue sin hacer ruido a la habitación contigua y volvió con una palangana y una toalla húmeda; entonces se lavó y lo lavó a él, en un ritual tan tierno como íntimo.

Cuando terminó, volvió a meterse en la cama. El cuerpo de Walker se curvó al instante para acomodarla. Al cabo de un momento, de nuevo cambió la cadencia de la respiración de los dos; esta vez, su ritmo llevaba el sello del sueño.

—Abra esta puerta —exigió Jay Mac; su voz daba a entender que no toleraría discusión alguna, pero de todas formas estaba claro lo que se avecinaba. El desventurado recepcionista se atrevió a protestar, aunque sin dejar de buscar la llave.

—Señor, esto es el Saint Mark… Si me dejara usted hablar un momento con el director, estoy seguro…

A veces ser John MacKenzie Worth suponía una gran ventaja: sólo tuvo que decir su nombre para sofocar los reparos. La llave entró en la cerradura, y luego giraron el pomo de la puerta.

—Esto será todo —dijo Jay Mac, al tiempo que impedía la entrada del recepcionista en la habitación; le puso algo de dinero en la mano y esperó hasta ver que daba la vuelta para dirigirse a la escalera. Sólo entonces entró en la habitación 309.

Walker estaba erguido, muy derecho, en la cama. Skye, todavía escondida bajo un montículo de mantas, apenas se volvió de lado; en su cara había una sonrisa ausente: aquella interrupción la había sacado de un sueño muy agradable. Por debajo de las tupidas y rubias cejas y de las grandes patillas, el rostro de Jay Mac tenía un color rubicundo. Clavó la mirada en Walker, aunque una vez sus ojos se dirigieron rápidamente hacia el montículo de mantas que se movían.

—¿Es mi hija eso de ahí abajo?

—Sí, señor.

Las mantas se quedaron absolutamente quietas.

—¿No está despierta? —preguntó Jay Mac.

—Creo que ahora sí —contestó Walker. Levantó una punta de la manta; los ojos de Skye ya no estaban adormilados, sino que mostraban una expresión afligida. Bajó la manta—. Sí, señor: está despierta.

Jay Mac cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. Aunque iba apagándosele el color, justo por encima del almidonado cuello de su camisa la piel seguía estando visiblemente roja. Hinchó las mejillas al soltar un fuerte suspiro; luego bajó la mano, sacó los lentes y los desplegó con mucho cuidado. Con gesto serio dijo:

—Esta mañana no ha aparecido a la hora de desayunar; según

parece, se ha quedado dormida.

Walker no dijo nada. A través del montículo de mantas llegó el gruñido de Skye, y su padre lo consideró una respuesta.

—Se casará usted con ella, por supuesto —afirmó Jay Mac.

—Ayer le dije que ésas eran mis intenciones —confirmó Walker—. No han cambiado.

Skye dio una patada a las mantas, pero no se asomó. Entonces se oyó una voz que era casi un gemido:

—¡Nooo!

—Ya no tienes opción, Mary Schyler —replicó Jay Mac en tono rotundo; luego miró a Walker—. Pase por mi oficina a las diez; comentaremos los detalles en privado.

Walker asintió. Bruscamente, Jay Mac giró sobre los talones; tenía los hombros erguidos y rígidos, y la columna vertebral tiesa. Dio la impresión de que iba a salir dando un portazo, pero en vez de eso, cerró la puerta sin hacer ruido. De todos modos, Walker dio un respingo.

—Se ha marchado —dijo.

Skye se incorporó y se apartó el pelo de los ojos. Su expresión era feroz.

—¿Cómo has podido hacer eso?

—¿Cómo he podido hacer qué? —preguntó él sin perder la calma.

—¡Quedarte ahí sentado!

Walker levantó las mantas lo suficiente como para salir de la cama. Estaba desnudo.

—Me ha dado la impresión de que mi atavío no iba a ayudar a que tu padre cambiara de opinión.

Recogió la ropa tirada de la noche anterior y entró en el vestidor. Cuando cruzaba el umbral, una almohada le dio entre los omóplatos; sin detenerse, dijo:

—Buenos días.

Skye apartó rápidamente las mantas y salió de la cama. Volvió a ponerse el batín de Walker y se ató fuerte el cinturón. Luego empezó a andar arriba y bajo a los pies de la cama, con las finas cejas fruncidas y mordiéndose el labio inferior.

—No pienso casarme contigo —aseguró con aspereza—. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho esta noche? ¿Es que no creías lo que dijiste de mí?

Walker terminó de abrocharse los pantalones en la entrada del vestidor.

—¿De qué hablas? Claro que te he escuchado, y claro que creía todo lo que he dicho.

Los ojos de ella lo miraron con expresión implorante.

—Entonces ¡es que no lo has entendido!

Walker alargó la mano hacia su espalda y cogió una camisa, que se puso con rapidez.

—Supongo que no.

Ella dejó de pasear de un lado a otro.

—No tengo intención de casarme contigo —confirmó—. Seré tu

querida, tu amante, pero no me casaré contigo.

Walker imaginó que eso debía de tener que ver con el amor, pero como con Skye no había forma de estar seguro, preguntó:

—¿Por qué no?

—¡Porque quiero ser una aventurera! —casi le gritó ella—. Sé disparar, cabalgar, practicar esgrima y navegar; éstas son las aptitudes que he estado dominando. He estudiado historia, geografía, arte y arquitectura. Quiero ver mundo, Walker, ése es mi objetivo. ¡No puedo casarme contigo!

El silencio que siguió a sus palabras no pudo ser más intenso. Inmóvil, Walker se limitó a mirarla fijamente, con los pulgares metidos en la cintura de los pantalones y la cabeza un poco ladeada. Sólo parpadeó una vez.

—Una aventurera —la corrigió en voz baja— es quien planea casarse con un hombre rico, no quien busca aventuras. En la cena de anoche, mientras tú estabas enfurruñada en tu cuarto, tu padre dijo que esperaba que volvieras a la universidad; tal vez deberías hacerlo, Skye, para aprender la diferencia entre lo que quieres ser y lo que eres.

Skye sintió sus palabras como un golpe en el estómago: el aire se le escapó de los pulmones. Se sentó despacio en el borde de la cama y, a fuerza de voluntad, consiguió no apartar la mirada de Walker; hacerlo habría sido, en cierto modo, admitir que era tan joven, terca e irresponsable como se sentía en aquel momento.

—Vístete —le dijo él—. Te llevaré a casa.

—Ya sé ir yo…

—Te llevaré a casa —volvió a decir él; luego desapareció en el vestidor.

A pesar de que Walker llegó al Edificio Worth con diez minutos de adelanto, lo hicieron pasar al despacho de Jay Mac sin esperar. Se sentó en la butaca que él le señaló, mientras el propio Jay Mac optaba por quedarse de pie junto a la ventana; al cabo de un instante, sin apartar la vista de la ciudad, éste dijo:

—Es mi hija pequeña.

Allí, meciéndose sobre la parte delantera de los pies, con las manos juntas a la espalda, era la viva imagen de un magnate de la industria, sólo que su conversación no trataba de vías, traviesas y líneas; era una conversación personal, profundamente sentida.

—Supongo que para usted eso no significa nada —añadió—. Yo sólo pretendía darle un empujoncito para que volviera a la universidad; no pensaba en una boda para mi Mary Schyler, todavía no. Para ella habría pensado en algo mejor que usted.

Walker no dijo nada; esperó.

—Debería matarlo por lo que le ha hecho a mi hija.

—Creía que iba a hacerlo —repuso Walker en tono cuidadosamente neutro—. Esta mañana llevaba un arma metida en los pantalones. ¿Un Colt?

—Smith and Wesson. —Separó las manos y se dio una palmadita en el costado derecho; luego se volvió despacio y entreabrió la chaqueta para dejar al descubierto el extremo de la culata del arma—. Aún lo tengo, y a lo mejor aún lo uso.

Walker no creía que aquél fuera el método con que Jay Mac acostumbraba manejar un conflicto… Pero tampoco dudaba de que la amenaza fuera en serio.

Sin dejar de observarlo con atención, Jay Mac preguntó con aire distraído:

—Usted no se inmuta mucho, ¿no?

—No mucho.

—¿Juega al póquer?

—Un poco.

—¿Gana?

—Casi siempre.

Jay Mac sonrió despacio, con gesto pensativo; era justo la respuesta que esperaba.

—Me lo imaginaba.

Se sentó detrás de la mesa y se recostó en el sillón. El Smith and Wesson seguía estando cerca.

—No pienso dejarme engatusar con las respuestas que me dio usted anoche. Me importa un bledo quiénes fueran sus padres o lo que hacían, y no me importa si lo criaron en China, en Tombuctú o en Hackensack. A mi mujer le gusta esa clase de cosas; a mí me daría lo mismo que a usted

lo criaran los lobos. —Se detuvo un momento y dejó que sus palabras calaran; Walker pareció quedarse impasible—. Pero hay una cosa que usted no nos ha dicho, señor Caine. Algo que me ha ocultado a mí, a Moira y quizá incluso a mi hija. Y quiero saber lo que es.

De modo que Walker se lo contó.

Con las manos cruzadas en el regazo, Jay Mac empezó a escuchar dando golpecitos con los pulgares juntos. Antes de que acabara el relato de Walker, mantenía los pulgares quietos.

—¿Sabe Skye algo de esto?

—No. Sospecha que hay algo que no encaja, pero no sabe lo que le he contado a usted.

Jay Mac consultó su reloj; aunque eran casi las once y media, aún era demasiado temprano para una copa. Por una vez, no dejó que eso lo disuadiera: se levantó del sillón, fue al aparador y se sirvió un whisky escocés corto.

—¿Algo para usted? —preguntó.

Walker meneó la cabeza.

—Normalmente yo no…. —La voz de Jay Mac se desvaneció; se miró la mano que sostenía el vaso: estaba temblando.

Walker entendió su agitación.

—No tiene que dar explicaciones. Veo que usted no lo sabía.

—¿Creía que yo lo sabía?

—Me lo preguntaba.

Jay Mac soltó un juramento con vehemencia.

—Entonces ¡no habría enviado a Skye allí! Yo tenía un simple acuerdo con ese hombre sobre la financiación de su motor. Al ver su anuncio en el periódico, se me ocurrió que quizá Skye descubriría cómo iba el invento, o si es que existía en absoluto. Mi inversión no era grande, no más de veinte mil dólares, pero aunque fuese más; no hay suma de dinero que justificara poner en riesgo la vida de mi hija. Sólo he visto a Parnell una vez; parecía bastante agradable, no la clase de persona que haría… —No pudo terminar la frase y, en su lugar, dio un trago a su bebida—. Esperaba que al mandar a Skye a Granville la haría bajar a la tierra de nuevo. Estoy seguro de que ella sospechaba otros motivos, pero, como de costumbre, dejó que su imaginación sustituyera al pensamiento lúcido y bien fundamentado.

En ese preciso instante, a Walker le costó trabajo no sonreír; por lo visto, Jay Mac no creía que la imaginación de Skye se basara en algo tan bien fundamentado como sus manejos anteriores con sus demás hijas.

Jay Mac regresó a la mesa, aunque esta vez no se sentó, sino que apoyó una cadera en el borde. Miró a Walker con gesto reflexivo y, de repente, como si hiciera una confesión a la fuerza en lugar de hablar por voluntad propia, dijo:

—Usted ha demostrado que sabe mantenerla a salvo.

—Sí, señor. Creo haberlo demostrado.

—Aunque no ha mostrado aún que sepa cuidar de ella; ahora hablo de finanzas.

—Sí, lo he entendido. Cobro un sueldo fijo.

Jay Mac soltó un resoplido.

—Eso es lo único convencional de su trabajo… No puedo decir que me guste. —Entornó los ojos—. Aunque a Skye lo original le agrada.

—Sí, señor —contestó Walker muy serio—. Eso he llegado a comprenderlo.

La penetrante mirada de Jay Mac se volvió incluso más severa.

—¿Por qué me parece que está usted riéndose de algo?

Con retraso, Walker se dio cuenta de que una sonrisa iba aflorándole a la boca.

—No sabría decirle, señor.

—Más probable me parece que no quiera decírmelo. No importa; si es algo que se refiere a Skye, me parece que no deseo saberlo. —Se terminó la bebida—. Y llámeme Jay Mac de una vez. Todos mis yernos lo hacen… Y mis hijas también. Diablos: todo el país lo hace. No hay motivo para que usted sea una excepción.

—Sí, señor.

La respuesta fue automática, no una insolente forma de hacer caso omiso de los deseos del hombre mayor. John MacKenzie Worth tuvo que sonreír.

—Bueno, resulta fácil ver que no lo criaron los lobos.

Volvió a estudiar a Walker Caine; se fijó en su espeso cabello leonado, tal vez una pizca demasiado largo; en las arrugas de un rostro joven que lo hacían parecer mayor, y en los ojos francos e implacables que tan pronto desafiaban como intimidaban, o reflejaban su confianza

en sí mismo.

—¿Mi hija lo ama a usted?

—No. Siente curiosidad por mí, quizá esté un poco fascinada, pero no confundo eso con el amor.

Jay Mac se quedó pensativo.

—Eso lo hará difícil —dijo—. ¿La ama usted?

—Sí.

Jay Mac asintió con sabiduría.

—Eso lo hará más fácil.

Walker no volvió a ver a Skye hasta la boda. Los preparativos se hicieron de forma rápida y discreta, y no se invitó a nadie salvo a la familia. A instancias de Walker, no hubo nota en el periódico ni conocimiento alguno por parte de la comunidad de que la boda iba a tener lugar. Jay Mac entendió su lógica y dio su aprobación; la madre de la novia no. En cuanto a la propia novia, le dio igual. La ceremonia se celebró en la casa de los Worth, en el estudio de Jay Mac. Setenta y dos horas dieron tiempo suficiente para conseguir que las promesas no tuvieran que intercambiarse en el despacho del juez Halsey. Moira exigió que hubiera flores, y en cada superficie libre de la habitación se colocaron floreros de cristal tallado llenos de azahar y prímulas; la fragancia era dulce pero no empalagosa.

Walker llevaba un traje que el sastre de Jay Mac le preparó a toda

prisa. El frac y los pantalones negros estaban hábilmente cortados sobre las líneas de su delgado cuerpo; el chaleco de etiqueta era de brocado blanco, y la camisa, de un blanco inmaculado, llevaba un rígido cuello de puntas y puños almidonados. Se había recortado el pelo, pero aún le rozaba el cuello de la camisa. Del bolsillo superior del frac, primorosamente dispuesto, sobresalía un pañuelo de seda.

—Mamá dice que es usted muy guapo.

Aunque no reconocía la voz, Walker se dio cuenta de que era el objetivo de aquel comentario y se apartó del aparador; había estado sopesando la idea de emborracharse. Entonces se vio frente a un par de grandes ojos color verde selva, hermosamente enmarcados por una toca.

—Hermana Mary Francis.

—Y además, inteligente.

Walker alzó un poco las cejas ante su tono irónico y cáustico. Entonces, en voz baja, preguntó:

—¿La he ofendido de algún modo?

Mary Francis tuvo la cortesía de ruborizarse. La gente no solía enfrentarse a ella; o bien su hábito les producía un temor reverencial, o su franqueza hacía que se quedaran mudos de asombro. Pensó la respuesta con cuidado; era completamente consciente de que al otro lado del estudio sus padres hablaban con el juez y, al ver que Walker miraba un instante en aquella dirección, supo que en la charla se había producido una tregua. Le pareció sentir que los tres le perforaban la espalda con la mirada, recomendándole prudencia y comedimiento.

—Es la situación lo que encuentro ofensivo —contestó al fin, en voz baja. Echó un vistazo por encima del hombro y sonrió con calma a sus padres y al juez; la expresión ansiosa de los tres no pareció aliviarse. Luego se volvió otra vez hacia Walker, que la miraba con cortés interés y algo de regocijo—. Esto es intolerable. ¿Podemos hablar en privado en algún sitio?

Él se apresuró a mirar hacia la puerta.

—Ya que su hermana parece llegar tarde a su propia boda, no veo por qué no.

—Bien.

Sin dar explicación alguna a los demás, Mary Francis lo condujo al salón de delante, y después de entrar, cerró bien las puertas.

—Ea —dijo, satisfecha. Entonces miró a Walker y lo estudió detenidamente, pero sin expresar sus pensamientos.

Durante todo un minuto él le devolvió la mirada hasta que rompió el silencio.

—¿Va a decirme que ha huido?

—¿Huido? —La perplejidad de Mary Francis era auténtica—. ¿Skye? Cielos, no: ella no actúa así; bajará en seguida. Ahora mismo, la doncella está trasteando con su cabello, y antes ha tenido un problema con el traje.

—Entiendo —dijo él, aunque, desde luego, no era así—. Entonces, ¿ha estado con ella?

Mary asintió mientras se alisaba la delantera del hábito; con gesto inconsciente se llevó las manos al rosario y fue pasando las cuentas.

—Skye cree que puedo conseguir que usted no acceda a esta boda.

En ese momento, Walker sintió que se levantaba la niebla.

—De modo que está usted aquí en misión diplomática.

—Sí. Eso lo entiende usted, ¿verdad?

Walker no dijo nada; siguió mostrando un interés cortés, aunque se reservó sus pensamientos.

—No suelta usted prenda, ¿eh?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que está decidido a seguir con la boda.

Él se miró a sí mismo y luego a ella.

—Voy vestido para eso.

La carnosa boca de Mary Francis se ensanchó en una sonrisa de admiración.

—Sí. Y sería una pena desperdiciar ese traje. ¿El sastre de mi padre?

Él asintió.

—¿No va a intentar disuadirme de que me case con su hermana?

—Lo estoy intentando… —dijo ella—. Aunque un intento débil, se lo concedo. Mis padres y el juez creen que, en este instante, estoy metida en una violenta discusión con usted… Y Skye confía en que le rompa las rodillas.

Si podía elegir, Walker optaba por el daño físico antes que verse intercambiando dardos verbales con Mary Francis.

—¿Y no va a hacer ninguna de las dos cosas?

Ella meneó la cabeza.

—Pero siempre hay que guardar las apariencias; por eso le he pedido que venga aquí. Yo no quiero meterme, pero Skye no lo aceptaría; de este modo creerá que lo he intentado y he fracasado. —Mary Francis suspiró —. Y no es que crea que esta boda es una buena idea: ha de saber que ella no quiere casarse con usted.

—Y así lo ha dicho.

—¿De verdad los pilló papá a los dos en el Saint Mark?

Según la mentalidad de Walker, el vivo interés de Mary Francis no se avenía con su hábito. Primero sintió un incómodo sofoco y deseó haber tenido tiempo de servirse aquella copa; luego se planteó ofrecerle sencillamente las rodillas y acabar de una vez el interrogatorio. Si estaba chillando de dolor, no tendría que contestar a sus preguntas… Al fin, como no era persona que se rindiera fácilmente, atacó.

—En la cama. En cueros.

Entonces observó que su pálido cutis de marfil se ponía colorado. Sospechó que bajo la toca, igual que su hermana, era pelirroja.

—Se ruboriza usted —añadió. No estaba seguro.

Ella hizo una mueca.

—Supongo que me lo he merecido.

—De suponer, nada —contestó él con guasa.

—De acuerdo: sí me lo he merecido. —Si en el futuro se veía de nuevo en situación de tener que hacer una pregunta escandalosa, estaría mejor preparada para recibir una respuesta escandalosa. Aunque con Walker no habría una próxima vez: él era más que capaz de defenderse

—. Creo que debería usted volver al estudio. Yo subiré a informarle a Skye de que es usted intratable.

—Ella ya sabe que soy intratable —dijo él. «Dígale que la amo», pensó.

Mary Francis se detuvo un segundo en la puerta.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Ha dicho usted algo más?

¿Habría hablado en voz alta? Las palabras habían sonado justo allí, en su mente, en la punta de la lengua…

—Nada —respondió Walker al cabo de un instante—. Nada… Dígale que estoy esperando. Dígale que todos estamos esperando.

—No le meteré prisa, pero se lo mencionaré.

Walker comprendió; teniendo en cuenta lo que pensaba Skye, era casi como informar al condenado de que la multitud estaba reunida en torno a la horca.

Unos treinta minutos más tarde, cuando Skye bajó al estudio, Walker reajustó un poco su opinión; parecía estar en trance, y su actitud solemne le hizo pensar en los aristócratas franceses y en el recorrido en carreta desde la Bastilla hasta la guillotina.

Entonces echó un vistazo al cuarto, y la visión de su mente acabó de cobrar forma. El juez Halsey tenía el adusto semblante de un verdugo; Jay Mac, que conducía a Skye del brazo, era el que guiaba el carro que llevaba a los condenados a encontrarse con su destino. Moira era una angustiada espectadora, fascinada y temerosa a la vez, pero que al fin se sobreponía. Y en cuanto a Mary Francis, era la calma en la tormenta; su

serenidad contrastaba con toda la locura que veía a su alrededor, pero era incapaz de detenerla. Por su parte, su papel era el del soldado revolucionario que ayuda a la hermosa víctima a subir los escalones finales hasta la cuchilla de acero.

Tomó a Skye de la mano y la acercó a él. Ella avanzó sin resistencia, pero tenía la piel fría como el hielo.

—No quiero tu cabeza en un cesto —susurró él.

Por increíble que pareciera, ella lo miró, y en sus ojos mostró un aterrorizado reconocimiento. En ese momento, Walker supo que compartía su visión, y la última incómoda duda que le quedaba sobre si llevar a cabo la ceremonia se disipó. Le apretó la mano.

Las palabras del juez Halsey fueron breves, y sus instrucciones, sencillas: honor, amor, obediencia…; riqueza, pobreza; salud… Hasta la muerte. A Skye le tembló la voz cuando pronunció sus votos; en su mano seguía sin haber ni rastro de calidez, y no miró a Walker abiertamente a los ojos. Por su parte, él repitió las promesas escudriñándola, deseando que lo oyera hasta el final; pronunció sus votos con voz serena, lentamente, pero sospechó que ella no lo escuchaba. Había vuelto a recuperar una expresión distante y, cuando lo miró, lo hizo como si no existiera.

Después del intercambio de promesas llegaron las felicitaciones. Las de Jay Mac y las del juez fueron las más sinceras; la enhorabuena de Moira fue apagada. Mary Francis se las arregló para provocar la sonrisa de su hermana.

—Gracias a Dios —dijo al verla—. Parecías una condenada a muerte.

Skye se sentía así. Miró de reojo a Walker; daba la impresión de que el cambio de circunstancias de sus vidas no lo había afectado en absoluto.

—Tus cumplidos se me van a subir a la cabeza —le dijo a su hermana —. Mamá y la señora Cavanaugh han pasado mucho tiempo con este vestido.

«Todo el que permitían tres días y un matrimonio a la fuerza», pensó. Estaba planteándose decirlo así, pero vio una luz de advertencia en la mirada de su hermana y se lo pensó mejor. ¿De verdad estaba avisándola Mary Francis de que no presionara a Walker? Por un instante, se preguntó cómo habría sido la conversación que habían mantenido mientras ella paseaba arriba y abajo por su cuarto. Mary Francis sólo le dijo que nada había cambiado ni iba a cambiar, y que Skye debía pensar en cómo sacar el mejor partido de aquello. Ah, y también había dicho algo extraño; algo sobre las dos caras de una misma página… ¿Qué habría querido decir?

—Estás preciosa.

Skye parpadeó. El comentario no procedía de Mary Francis, sino de Walker. Ya la había llamado preciosa una vez, pero en aquella ocasión ella llevaba puesta bastante menos ropa.

Se preguntó qué vería ahora para decírselo, y se miró reflejada en el dorado espejo que había encima de la repisa de la chimenea. Su vestido era de pesada seda; tenía a la vez suavidad y cuerpo, y era de colores

contrastados: el cuerpo, verde claro; la falda, azul marino. El corte era entallado y resaltaba el busto, la cintura y las caderas. La parte de atrás iba levantada, plegada en un recargado polisón. El escote tenía forma de corazón y se adornaba con hilos de oro, que ribeteaban también los rígidos puños y el borde del bajo. En la garganta llevaba un camafeo sostenido por una delicada cadena de oro, y en las orejas, unos pequeños botones de oro. Su radiante cabello, casi domado, estaba recogido en un liso moño, aunque junto a las orejas y las sienes se veía algunos mechones más combativos; uno especialmente rebelde le caía suavemente por el cuello.

—Da las gracias —ordenó Mary Francis con firmeza; sus ojos fueron rápidos de la afligida novia hasta el estoico e imperturbable novio—. Tu esposo te ha hecho un cumplido muy bonito.

Skye se apresuró a apartar la mirada de su reflejo; en tono vacío dijo:

—Gracias.

Mary Francis meneó la cabeza y, por un instante, alzó los ojos al cielo pidiendo paciencia además de consejo. Skye pareció no encontrar nada gracioso en su gesto; en cambio, cuando Mary miró a Walker, su leve sonrisa le hizo ver que la comprendía.

—Tengo entendido que los velatorios irlandeses son muy alegres —dijo él con seria ironía.

Eso llamó la atención de Skye, que se apresuró a comentar:

—Pues podría organizarse uno…

Mary Francis le dedicó una amplia sonrisa a Walker.

—Creo que quiere decir que, a lo mejor, tú serías el queridísimo finado.

Walker asintió: había captado la indirecta de Skye. Entonces se fijó en Moira, que hablaba con la señora Cavanaugh en la puerta, y dijo:

—Creo que están a punto de llamarnos a cenar.

Cuando Walker la tomó del brazo, Skye se puso rígida, pero no se resistió. Él fingió no darse cuenta. No estaba dispuesta a darle cuartel, y aquél no era el momento de regañarla.

—Has bebido bastante en la cena —dijo Walker.

Cada plato de la interminable comida se había acompañado con un vino elegido especialmente, y que todos, salvo Skye, tomaron a sorbos… Y, además, entre las degustaciones de vino, todos, salvo Skye, habían comido.

Sentada ante el tocador, ella interrumpió un momento la tarea de quitarse las horquillas del pelo y alzó los ojos. Walker se reflejaba en el espejo, pero su imagen le pareció difuminada, indecisa y borrosa en sus contornos. Con cierta dificultad, escudriñó sus facciones buscando indicios de censura.

—No es más que un comentario —explicó él.

Ella entornó los ojos al ver la fina sonrisa que apenas esbozaban sus labios. ¿Era de burla o de regocijo? Tal vez las dos cosas… En su estado de desconcierto, no estaba segura. Volvió a llevarse los dedos al cabello y

empezó a hurgar en él sin conseguir quitarse las horquillas, como deseaba; soltó un juramento por lo bajo.

—Déjame a mí —le dijo él.

Walker se acercó hasta ponerse detrás de ella y le tocó los hombros. Primero le desabrochó el camafeo y lo dejó encima del tocador; luego le acarició la curva de la garganta. La mirada de Skye vagó hasta las manos de él sobre su piel. Los dedos eran largos, de uñas bien cuidadas; a la altura de la delicada línea de su clavícula, incluso la mínima presión le pareció un hierro al rojo. Su esbelto cuello parecía demasiado delgado para sostenerle la cabeza, y Skye se echó hacia atrás y apoyó la coronilla contra el duro y liso vientre de él. Las puntas de sus dedos le rozaron la garganta haciéndole sentir un escalofrío. Cerró los ojos y entonces sintió las manos en el cabello. Walker le quitó las horquillas con facilidad, y el pelo se le desparramó por los hombros. Él se lo peinó con los dedos, liberando una fragancia a lavanda y a lilas.

—¿Mejor? —preguntó en voz baja.

—Mmmm.

Walker supo como interpretar aquello y siguió peinándola. El fuego crepitaba en el hogar y parecía poner sonido al otro fuego que ardía en su pelo. En los dedos se le envolvían hilos dorados, naranja y rojos, como chispas de una hoguera.

—Por la mañana tendrás dolor de cabeza.

Sin abrir los ojos, Skye asintió con gesto plácido y despreocupado. Su coronilla se frotó contra la firme cintura de él.

—Supongo que crees que me lo merezco.

—Quiero creer que te lo has ganado.

—¿Como me he ganado esta boda? —preguntó ella.

Él no contestó en seguida.

—No quiero discutir sobre eso, Skye. Lo hecho, hecho está.

Ella abrió los ojos, irguió la espalda y tiró del pelo hacia delante para alejarlo de los dedos de Walker. En el silencio que había precedido a sus palabras, imaginó oír su respuesta: en todos los sentidos, ella misma se había preparado la cama, y ahora no tenía más remedio que acostarse en ella. Honor… Amor… Obediencia… Hasta la muerte…

Cogió el cepillo y se lo pasó por el pelo con gestos bruscos. Sus movimientos eran más torpes de lo que deseaba, y al cabo de sólo media docena de irregulares pasadas, lo arrojó con fuerza contra su propio reflejo. Fue el ángulo del lanzamiento, más que la cólera que había detrás, lo que hizo añicos el espejo. El vidrio se rajó y se astilló, y luego, centelleando, se desprendió del fondo plateado para aterrizar hecho añicos sobre el tocador de cerezo.

Angustiada, Skye miró fijamente el daño que había provocado; después alzó los ojos despacio y buscó a Walker, pero su reflejo había desaparecido. El pánico la dejó sin respiración. Entonces giró las manos en el regazo hasta que sus dedos encontraron la lisa alianza de oro que él le había dado para sellar sus promesas; inclinó la cabeza y respiró mejor. Al cabo de un momento tenía los ojos llenos de lágrimas, que empezaron a caer en silencio sobre su regazo; una le salpicó el dorso de la mano.

—Toma —le dijo él.

Situado en su borrosa línea de visión distinguió el pañuelo de seda que había adornado el frac negro de Walker. Skye lo cogió, aunque sin tener una idea clara de qué debía hacer. Lo mantuvo agarrado en lugar de llevárselo a la cara. Entonces él se arrodilló a su lado. Aunque había unos cuantos trozos de vidrio en el suelo, hizo caso omiso de ellos; uno incluso crujió bajo su rodilla.

—Así —dijo con paciencia.

Tomó el pañuelo de su mano y, con leves toquecitos, le limpió los ojos, las húmedas pestañas y las mejillas. Su indicación sirvió para ayudarla a encargarse ella misma de la tarea, pero no hizo que se detuviera el flujo de sus lágrimas. Un estremecimiento sacudió los hombros de Skye; era muy infeliz.

Mientras la observaba, Walker sintió como si su propio corazón estuviera siendo prensado en un torno. Se levantó despacio, se sacudió el polvo de vidrio de las rodillas y se dirigió al vestidor contiguo. Cuando volvió a salir, dijo:

—Aquí hay un sofá cama. Dormiré en él.

Skye estrujó el pañuelo más fuerte; tanto que los nudillos se le pusieron blancos. Un pequeño hipido interrumpió su sollozo. Entonces lo miró fijamente con vidriosos ojos verdes.

—¿Por qué?

—Creo que será mejor.

Skye frunció las cejas.

—¿Mejor?

Un músculo latió en la mandíbula de Walker que, sin embargo, habló con voz tranquila:

—Creía que lo preferirías.

—Quieres decir que lo preferirías tú.

—Sí hubiera querido decir eso, lo habría dicho. Intentaba ser amable.

—No quiero que seas amable. —La última lágrima se le derramó por el borde del ojo y ella se la secó con gesto impaciente mientras se ponía en pie—. Hasta ahora no has tenido en cuenta mis sentimientos; ¿por qué ibas a empezar a hacerlo en estos momentos?

—Siempre he tenido en cuenta tus sentimientos; lo que no me merece demasiado crédito es tu pensamiento.

Vio que su réplica bajaba los humos de Skye, que se quedó visiblemente desanimada. Con los hombros algo encorvados, apartó la mirada de él; otra vez parecía estar sola y por completo desorientada. El alcohol potenciaba la inestabilidad de su marea emocional: el flujo y reflujo de su enfado eran tan difíciles de pronosticar como de seguir. En tono cansino, Skye dijo entonces:

—Voy a prepararme para acostarme.

Se frotó la sien derecha con la punta de los dedos mientras se preguntaba qué había ocurrido. Hacía sólo unos minutos estaba apoyada cómodamente contra Walker, con los dedos de él en su pelo… Y su breve contacto había sido relajante.

—Duerme donde quieras —añadió.

Walker aceptó las palabras de Skye y regresó al vestidor.



Capítulo 13

La ropa de Skye estaba esparcida por todo el dormitorio. Mientras iba desde el vestidor hasta la cama, Walker tuvo que pasar por encima del vestido, el polisón, la cola, un corsé, una camisola, un par de medias, dos enaguas y un zapato; el otro estaba colocado con esmero debajo de la cama. Resultaba asombroso pensar cómo habría conseguido hacerlo.

En cuanto a la propia Skye, estaba tumbada sobre la cama, casi tapada por un edredón de encaje, dos colchas de patchwork y una sábana de un blanco inmaculado. Una pierna desnuda había apartado todas las mantas y ahora reposaba sin problema encima de ellas. Su cabello se abría en abanico sobre unos cuantos cojines; tenía la cabeza vuelta hacia él, con los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta. Su respiración, pesada y cansina, se parecía bastante a un leve ronquido.

Walter se quedó de pie junto a la cama, mirándola con una torcida sonrisa; un único hoyuelo se le marcaba en un lado de la boca. No era la noche de bodas que había imaginado. En su muy virginal lecho, su no tan virginal esposa estaba durmiendo las consecuencias de haber bebido mucho. Los padres de ella dormían en otra ala de la casa, probablemente con sueño ligero, pendientes de la primera señal de problemas que les llegara de los recién casados. Gracias a Dios, Mary Francis había vuelto

al convento.

Dándole un empujón nada suave, Walker cambió de lugar a Skye para hacerse sitio. Ella murmuró, soñolienta, algo que no sonó muy elogioso, pero se dejó manipular. Walker se deslizó a su lado, y su sonrisa se acentuó cuando se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Entonces se despojó de los calzones y se volvió de costado. Con el redondeado trasero de Skye bien encajado en la ingle y su espalda pegada al pecho, compartió su almohada, y una provocativa oleada de fragancia subió desde su cabello hasta las ventanas de su nariz. Le besó el hombro con suavidad, luego se relajó y cerró los ojos.

El calor que sentía justo debajo de los pechos, a Skye le resultaba cada vez más incómodo. Se revolvió inquieta, y con las piernas y el trasero empujó contra el peso que tenía a la espalda. De repente, se despertó con los ojos muy abiertos al darse cuenta de contra qué empujaba y cuál sería la reacción inevitable. En lugar de una sola fuente de calor, ahora había dos.

—No voy a atacarte —dijo él, con voz pastosa de sueño.

Ella susurró lo evidente.

—Estás despierto.

—Apenas.

—Lo siento.

Él también lo sentía: estaba teniendo un sueño magnífico. Dado que ella se había despertado, creyó que debía de ser más tarde. Con voz ronca preguntó:

—¿Quieres levantarte?

—Sí, por favor. No me siento bien.

La soltó al instante, y Skye salió como pudo de la cama y fue al vestidor a toda prisa. Walker se estremeció al oírla vomitar.

—¿Necesitas ayuda?

Su quejido podía significar cualquier cosa; Walker lo tomó como una negativa. Se frotó los ojos y luego se estiró hasta tocar la lámpara que había junto a la cama. La encendió, volvió a colocar la tulipa y se dejó caer de nuevo pesadamente en el colchón. Una soñolienta ojeada al reloj de la repisa de la chimenea le indicó que eran las cuatro y media. Eso lo sorprendió; le parecía que acababa de acostarse.

—¿Estás bien? —gritó.

Esta vez no hubo quejido ni respuesta de ninguna clase. Walker se incorporó de golpe. Estaba ya a punto de saltar de la cama cuando oyó que Skye vertía agua y que luego se lavaba los dientes; así pues, estaba bien. Se sentó sobre el lecho con los codos apoyados en las rodillas. Con la cabeza entre las manos, la vio salir del vestidor. Llevaba puesta la camisa de él; los faldones le quedaban por debajo de los muslos.

—¿Qué haces en mi cama? —preguntó ella desde la puerta.

—Esperarte —contestó Walker—. ¿Te sientes mejor?

—Creía que ibas a dormir en el sofá.

Él se encogió de hombros.

—Dijiste que lo hiciera donde quisiera, y he querido aquí. —Alzó las mantas y volvió a meterse en la cama; su voz sonó como una queja—. Ya

debes de sentirte mejor.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Ven a la cama —contestó él.

Cuando ella no se movió, añadió:

—O no, como prefieras.

Entonces se volvió de costado y le dio la espalda.

Skye echó una mirada al sofá cama que había en la habitación que tenía detrás; no parecía especialmente apetecible y, además, no era la cama que ella se había preparado. Haciendo caso omiso del desordenado montón de su propia ropa, fue a donde estaba Walker. Apagó la lámpara y se tumbó a su lado. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad; un rayo de luz de luna en el que no había reparado antes perfilaba los muebles con una bruma azul grisácea.

—¿Sigues despierto? —susurró.

—Depende —fue la ronca respuesta—. Si quieres discutir, estoy dormido.

Skye pensó que aquello era una muestra de sensatez.

—He armado un buen lío, ¿verdad?

Walker no creía que ella estuviera hablando del espejo destrozado ni de la ropa esparcida. Sin embargo, no se dio la vuelta; se quedó callado, dejando que ordenara sus ideas.

—Cuando Michael se casó con Ethan, todas estábamos juntas —prosiguió Skye en voz baja—; aunque se preparó sobre la marcha, conseguimos estar allí. Cuando Rennie se casó, Michael ya vivía en

Colorado y no vino. En la boda de Maggie, sólo estábamos Mary Francis y yo. Y ahora, sólo Mary Francis.

Parecía triste, pensó Walker; incluso un poco nostálgica al recordar cómo eran las cosas antes. Claro que habían recibido telegramas de las «Mary» que no asistieron, donde las enhorabuenas se mezclaban con advertencias sobre lo que Skye estaba a punto de hacer… Pero, por supuesto, no era lo mismo.

—Sé que es tonto —comentó ella—, pero esta noche he mirado la mesa y me he dado cuenta de lo vacía que estaba.

No era sólo que echase de menos a las «Mary», pensó: era que tampoco había nadie por parte de Walker. Entonces preguntó:

—¿Hay alguien a quien deberíamos haber invitado por ti?

—Moira ya me lo había preguntado. —Él se dio la vuelta y se apoyó en un codo; la bruma azul grisácea de luz de luna dibujaba el perfil de Skye—. No hay nadie.

Ella sintió que se le encogía el corazón.

—Entonces estás solo…

Él paseó la mirada por el esparcido cabello de Skye. Luego alzó la mano y, con dulzura, le tocó la mejilla con el dorso de los nudillos; su piel era suave, perfecta. Ella se volvió hacia él solo un poquito.

—Ya no —dijo.

Skye no respondió. Mantuvo la mano de él contra su cara un momento más y le besó los nudillos.

Luego, sin que intercambiaran ni una palabra, se desperezaron

simultáneamente. Sus cuerpos se volvieron, se acomodaron y, por fin, se apoyaron el uno en el otro, de modo que ella colocó una mejilla en su hombro y, tras doblar una pierna, la pasó sobre las de él. El aire de propietaria de ese gesto agradó a Walker; como le gustó el modo en que ella deslizó el brazo sobre su pecho, el modo en que su delgada figura se insinuaba contra él con perfecta elegancia felina. Vio que levantaba ligeramente la mano izquierda y la movía primero a un lado y luego al otro, para que la luz de la luna brillara en su alianza de boda.

Entonces, con voz ronca, sólo un poco más alta que un susurro, Walker dijo:

—No es lo que habías imaginado.

¿Hablaba del anillo o de lo que éste representaba? Skye volvió a posar la mano sobre su pecho.

—Es raro —comentó en voz baja—. Toda mi vida me han reprendido por mi imaginación y, sin embargo, aquí me ha fallado. Nunca me había figurado el matrimonio salvo para pensar cómo evitarlo. Cuando veía a mis hermanas casarse, poco menos que amenazaba a mi padre con que no se le ocurriera pensar lo mismo para mí. Y estaba tan ocupada vigilándolo a él que di marcha atrás…, y choqué contigo.

Skye le pasó con suavidad la palma de la mano por el pecho.

—Aún no estoy segura de lo que ha pasado.

Walker se preguntó si mantenerla desconcertada no sería la mejor manera de mantenerla cerca.

—¿Te arrepientes?

—Para arrepentirme tendría que haber tenido elección —dijo ella—. Y no la he tenido.

Sin embargo, él observó que ella no se apartaba.

—Yo no lo lamento —comentó Walker.

—Lo sé, pero no sé por qué. Yo habría sido tu amante.

—Eso dijiste.

Skye esperó más explicaciones, pero Walker no se las ofreció. Al cabo de un rato, los ojos de ella se cerraron, la caricia de su mano se hizo más lenta, el ritmo de su respiración cambió. Estaba dormida cuando Walker contestó al fin:

—Eso no habría sido suficiente.

Les sirvieron el desayuno en la habitación. Con cierta sorpresa, Skye observó que la señora Cavanaugh se preocupaba exageradamente de Walker, preguntándole si todo estaba a su gusto o si necesitaba algo más. Cuando el ama de llaves se marchó, dijo:

—Yo no me acostumbraría demasiado a esto; no suele ser tan zalamera.

La comida quedó dispuesta en una mesita cerca de la chimenea. Vestido con los pantalones y una camisa sólo a medio abotonar, Walker se sentó y empezó a llenarse el plato mientras le lanzaba una mirada de reojo.

—¿Fue ella la que te adiestró? —preguntó.

Skye lo miró con severidad. Se anudó el cinturón del batín y se sentó frente a él.

—¿Qué significa eso?

—Justo lo que he preguntado. —Walker se pasó una mano por el despeinado cabello y la observó con un sentimiento próximo a la exasperación—. Si hubiese pretendido decir que, como ama de llaves, tú no eras zalamera, lo diría, pero ésa no ha sido mi intención. Sencillamente, me preguntaba si la señora Cavanaugh te ayudó a prepararte para tu trabajo en casa de Parnell.

Skye se puso dos rodajas de naranja en el plato.

—Supongo que estoy quisquillosa esta mañana.

Eso era un eufemismo, pensó Walker: se había despertado de malas, ya enfurecida. Le habría gustado creer que fue el enfrentarse al espejo roto lo que le había puesto los nervios de punta, pero no le gustaba engañarse. Sencillamente, abrió los ojos, lo vio a él y se enfadó.

Skye se dio cuenta de que él no pensaba darle motivo para una pelea, mostrándose de acuerdo con ella… Aunque su humor no mejoró con la certeza de que hasta eso habría provocado una pelea. Aquella mañana parecía decidida a estar intratable. Con el filo de la cucharilla le dio unos golpecitos a la cascara del huevo pasado por agua y dijo:

—Sí, la señora Cavanaugh me ayudó a prepararme. Fue idea de mi madre. Por lo visto, Jay Mac no había tomado en cuenta que tal vez yo no estuviera capacitada para el puesto. —Empezó a quitar trocitos de cascara y a ponerlos con cuidado a un lado del plato—. Eso me hizo

sospechar todavía más de los auténticos motivos de mi padre para mandarme a Baileyboro. Parecía demasiado seguro de que no tenía más que llegar allí para conseguir la colocación.

—Creíste que estaba todo arreglado entre Parnell y tu padre.

Ella asintió.

—No era descabellado —prosiguió luego—. Y lo mismo podría decirse de ti y Jay Mac.

Walker se detuvo un instante mientras se llevaba la taza de café a la boca.

—Tú sabes que eso no es verdad.

—Sé que no era verdad entonces… Pero después no habéis tardado mucho en cerrar vuestros acuerdos. —Hizo caso omiso de los ojos de Walker, que la miraban entornados y vigilantes—. Después de la cena vi que Jay Mac te llevaba aparte; ¿fue entonces cuando te pagó por mí?

—Fue entonces cuando me advirtió que tú y el alcohol no combinabais bien.

Skye se ruborizó, pero no apartó la mirada.

—En China —añadió Walker— se arreglan matrimonios continuamente, y a nadie le parece mal; en realidad, es más bien al contrario: la novia se pone muy contenta al ver que sus padres son capaces de buscar un compañero apropiado a su pobre, mísero y despreciable ser.

Vio que ella le dedicaba toda su atención; tenía la boca un poco entreabierta, y los ojos muy abiertos. No sabía si creerlo…, y en caso de

creerlo, no estaba segura de si algo de lo que decía se refería a ella.

—Las novias no tienen dote —prosiguió él—. En lugar de eso, la familia del novio le da regalos.

Skye estaba a punto de comentar que era una buena costumbre, cuando Walker continuó:

—Los regalos no son para que se los quede ella: son para su familia. Es el precio de la novia. Su familia pierde una trabajadora útil, mientras que la familia del novio gana no sólo una trabajadora sino también una mujer en edad de procrear. En teoría, el precio de la novia es para compensar la pérdida.

Skye levantó un lado la boca y soltó un suave resoplido burlón.

—No me gustaría la idea de que me comprases.

—No esperaba que te gustase. —Walker dejó la taza de café—. Tu padre y yo no hemos intercambiado ningún dinero. ¿Eso te deja satisfecha?

Ella supuso que así tendría que ser; se encogió de hombros con gesto inseguro y se concentró en su comida. Observó que Walker estaba muy cómodo con su silencio: desplegó el periódico que la señora Cavanaugh había llevado con la bandeja y empezó a leerlo mientras comía. Molesta, contra toda lógica, por aquella falta de atención, Skye tamborileó con los dedos en el borde de la mesa.

Walker había olvidado su presencia: todo su interés se concentraba en un artículo del *Chronicle* que hablaba de un encuentro de ciencia y tecnología. Con el cejo un poco fruncido y una arruguita entre las cejas,

leyó de nuevo el artículo, tomando nota mentalmente del lugar y del programa. Entre los oradores anunciados se encontraba Jonathan Parnell… Walker se preguntó si él lo sabía. Era probable que el compromiso se hubiera acordado meses antes, incluso antes de que Parnell lo contratara. En todo aquel tiempo no recordaba que hubiera mencionado aquella conferencia, ni el hecho de que, en teoría, su charla fuese a girar sobre física de combustión interna.

La expresión de Walker despertó la curiosidad de Skye; podía ver que le preocupaba algo que estaba leyendo, aunque no distinguía si también estaba enfadado.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿La nota de nuestro enlace?

Sabía que él no quería que se publicase en el periódico, y ella no se opuso. Le pareció bien que se enterara de lo de la boda la menor cantidad de gente posible; así, llegado el caso, habría menos escándalo en torno al divorcio.

—¿Walker?

Con el cejo aún fruncido, él alzó la vista.

—¿Cómo? —preguntó, cerrando el periódico con ademán ausente—. ¿Decías algo?

—Preguntaba por lo que estabas leyendo.

—Ah.

Como él no dio más detalles, Skye dejó el tenedor y puso los brazos en jarras.

—¿Y bien? ¿Vas a contármelo o tengo que leerlo yo misma? Sé leer,

¿sabes? He ido a la universidad lo suficiente como para aprender.

El ceño de él se borró por completo, y la observó con cierta sorpresa; por primera vez se daba cuenta de cuánto la había herido su comentario sobre no saber la diferencia entre aventurero y aventurera. En aquella ocasión le había dicho que volviera a la universidad; desde luego, ella no lo había olvidado.

Empujó el periódico hacia ella y dijo:

—Léelo si quieres. Yo tengo que vestirme y salir un rato. —Vio la sorpresa reflejada en su rostro—. No creía que te molestara —comentó—. Nunca has dado a entender que contaras con una luna de miel de verdad y, además, esta mañana pareces preferir tu propia compañía.

Aquello era bastante evidente.

—Entonces no preguntaré adonde vas.

Skye cogió el periódico y lo abrió, poniendo cuidado en ignorar a Walker mientras éste se preparaba para marcharse. Cuando ya se iba, él le preguntó:

—¿Le pido a la señora Cavanaugh que se encargue del espejo roto?

«Siete años de mala suerte», pensó ella…

—Probablemente ya le haya dicho a una de las doncellas que se encargue de ello.

—Muy bien. Deberías pensar en ir haciendo las maletas. No pretendo que pasemos otra noche aquí.

Ella alzó la vista del periódico.

—¿Que no pasemos otra noche aquí? —preguntó extrañada—. Pero

¿dónde…?

—Lo hablaremos cuando vuelva.

Vaya si lo harían. La acida mirada de ella no le dejó lugar a dudas. Walker no se inmutó.

—No creo que esté fuera más de unas horas.

Skye volvió a mirar fijamente el periódico. Las palabras se emborronaron ante sus ojos, pero nadie habría dicho que no estaba absorta en su lectura. Hasta que no se cerró la puerta, no resbaló rápida su primera lágrima.

Lo primero que hizo Walker fue ir a la oficina del telégrafo, situada en la esquina de Broadway y la calle Treinta y cuatro; desde allí, mandó un rápido mensaje a la estación de Baileyboro para Parnell, mencionando el artículo que había aparecido en el *Chronicle.* Eso bastaría para despertar su interés y confirmar la idea de que Walker seguía siendo su empleado. Ese breve mensaje sería la primera comunicación que había mantenido con Parnell desde que se marchó de Baileyboro, y no le costaba trabajo imaginar que eso no tendría contento a su jefe; Parnell debía de preguntarse por qué tardaba tanto.

La segunda parada de Walker fue en la oficina del *Chronicle.* Tuvo que esperar casi una hora para ver a Logan Marshall, pero no tenía especial prisa; pasó el tiempo en la animada sala de redacción y corrección, observando la frenética actividad de los periodistas y los

tipógrafos con interés y regocijo. Así no le dio tiempo a darle vueltas a la difícil mañana que había vivido con Skye. Su reunión con Marshall fue breve, aunque consiguió reunir más información sobre la exposición. El material para el artículo lo habían proporcionado los patrocinadores del acto, y le dieron un nombre en concreto con quien contactar.

Todo en Franklin Dover era grande, salvo su voz; sus proporciones se correspondían a la perfección con su cuerpo de casi dos metros, y eso hacía aún más sorprendente que hablara de forma tan suave. Era de esperar que sus palabras retumbaran en su pecho fuerte y ancho y le saliera rugiendo desde los pulmones; en cambio Walker se sorprendió inclinándose hacia delante en la butaca, esforzándose por oír lo que el señor Dover le decía.

—Está usted completamente en lo cierto, desde luego —dijo éste—: los planes iniciales del encuentro se realizaron hace bastante más de un año. La idea era organizar algo entre científicos e inventores, un foro para discusión y debate de nuevas ideas.

—¿Y qué respuesta han obtenido? —preguntó Walker.

—Abrumadoramente favorable. Esperamos asistentes de todo el país, y hasta es posible que cincuenta o más procedentes de Europa.

Franklin Dover se reclinó en su sillón; la envergadura de su cuerpo tal vez lo habría empequeñecido, pero estaba construido especialmente para él. Sus oscuras patillas ampliaban un rostro ya ancho; con expresión pensativa, se acarició una con el pulgar.

—¿Cuál es su interés en ese encuentro? —preguntó—. ¿Tiene algo

que desee inscribir?

Walker meneó la cabeza.

—No, nada de eso. Y, de todas formas, supongo que ya sería demasiado tarde, ¿no?

—La comisión de planificación aún está estudiando algunas propuestas; aunque sólo algo muy notable se añadiría a estas alturas. Y lo que no es posible es cambiar el ciclo de conferencias; después de todo, sólo falta un mes para el evento.

—Entonces, ¿se ha confirmado la lista de quienes tienen previsto hablar?

Dover asintió. Unió sus grandes manos delante de él y formó con ellas una cúpula; sus dedos índices se dieron unos golpecitos.

—Exactamente.

—¿Incluido Jonathan Parnell?

—Todos. —Sus cejas se fruncieron un poco—. ¿Le interesa a usted su tema?

Walker se había presentado a Franklin Dover como representante de los intereses de John MacKenzie Worth y de la Northeast Rail; el nombre de Worth aparecía entre los de quienes financiaban la exposición. Cortésmente, se aludía a aquel grupo de hombres poderosos y acaudalados como «donantes», pero Walker se daba cuenta de que tenían en el encuentro un interés propio. Un arriesgado espíritu empresarial los impulsaba a dar dinero para el asunto, pero desde luego no lo hacían con el mismo espíritu con que colaboraban bibliotecas y

empresas artísticas.

—A Jay Mac le interesa el tema de Parnell —dijo; así rectificaba la posible impresión de que el asunto fuera algo relacionado con él.

—Por lo que sé, Parnell planea asistir; al menos, no me ha llegado nada en sentido contrario.

—¿Conoce usted al señor Parnell? —preguntó Walker.

—No. Es una especie de solitario… Por eso nos alegró tener su confirmación. Debe de estar muy emocionado con su trabajo, y además bastante adelantado si está dispuesto a compartir sus progresos. —El propio Dover no contenía del todo la emoción; sus ojos color azul pálido ardían con un brillo especial—. Imagino que vendrán representantes de la Northeast Rail.

Walker esbozó una débil sonrisa ante la pregunta que Franklin Dover no planteaba directamente.

—Creo que puede contar con la asistencia de Jay Mac.

—Eso sí es estupendo.

Walker se levantó de la butaca y tendió la mano a Dover; al instante, sus dedos parecieron ser engullidos por la mano grande y poderosa del otro. Mintiendo descaradamente, añadió:

—Jay Mac se preguntaba si quizá tendría usted una lista de quienes planean asistir.

—Estoy seguro de que sí —vaciló su anfitrión—. Pero no estoy…

—Es por negocios —explicó Walker—. Jay Mac espera ver allí a ciertas personas.

Franklin Dover se rindió con facilidad. No arriesgaba nada facilitando la lista; si eso contentaba a Jay Mac, tal vez habría algo que ganar con aquella colaboración.

—Se la traeré.

Cuando Walker se marchó, llevaba en el bolsillo una pulcra lista que entregó a Jay Mac en su despacho del Edificio Worth. Jay Mac la examinó con atención, ajustándose los lentes varias veces durante su lento examen; al fin, bajó el papel unos milímetros para mirar a Walker por encima del mismo.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó—. No parece que se haya excluido a nadie del campo de la industria.

Walker soltó un suspiro. Eso mismo fue lo primero que se le ocurrió a él al ver la lista.

—Necesito saber quiénes podrían estar más interesados por el trabajo de Parnell. ¿A quiénes beneficiaría más?

Jay Mac dejó la lista sobre la mesa, luego rebuscó una pluma en un cajón, la mojó en el tintero y empezó a marcar nombres.

—Rockefeller, Vanderbilt, William Barnaby, Stanford, Fisk, Gould, Rushton Holiday… —Miró a Walker—. Quizá prefiera que marque a quién no es probable que le interese.

—No, señor; está diciéndome lo que necesito saber.

Jay Mac siguió con su tarea; mientras, como sin darle importancia, comentó:

—¿Mi hija no ha sufrido mayores daños después de su abuso de

bebida?

—No, después de vomitar.

Jay Mac soltó una risilla.

—Se lo tiene bien merecido. Se comportó mal al mostrarse tan huraña y consentida.

—Se sentía sola —le disculpó Walker—. Echaba de menos a sus hermanas.

Jay Mac se detuvo un instante y alzó la vista.

—De haber podido, habrían estado allí.

—Y ella lo sabe. Pero como consuelo, sólo le funcionó hasta cierto punto.

—Entiendo. —Jay Mac Worth volvió al trabajo—. ¿Cuándo va a hablarle de usted?

—Esta noche. Sé que no he sido justo con ella, pero hoy se lo contaré todo. He de volver a casa de Parnell. No tengo ni idea de qué pretende con este encuentro. Yo debería estar allí… Tengo que estar allí.

—A Skye no le gustará.

—Lo sé.

Ya antes de leer la nota del periódico, Walker había pensando en regresar a Baileyboro. Sabía que iba a tener que explicárselo a Skye, dudaba, y se preguntaba si querría volver con él o si estaría encantada de verlo marchar.

—Esta noche vamos a tomar una habitación en el Saint Mark —le dijo a Jay Mac.

Éste asintió.

—Probablemente sea prudente; tienen que solucionar las cosas ustedes solos. ¿Lo sabe Moira?

—No la he visto esta mañana.

Era más fácil decir eso que admitir que acababa de decidir que Skye y él iban a marcharse.

—Les reservaré una suite —dijo Jay Mac—. Un regalo de boda.

—Es muy amable por su parte. Los dos se lo agradecemos.

El señor Worth alzó una mano cuando deslizó la lista por la mesa hacia Walker.

—No me dé las gracias todavía: a lo mejor lamenta que Skye no tenga posibilidades de echar a correr.

—Skye no es de las que salen corriendo: eso ya lo he aprendido. —Le sorprendía que Jay Mac no conociera mejor a su hija—. A disparar todos los torpedos y avante toda: ésa es Skye.

Jay Mac estudió a Walker con aire pensativo. Al cabo de un momento, dijo:

—Tiene razón; estaba pensando en su hermana. Maggie es dulce, más conciliadora…, más como su madre. Skye es más…

—¿Como usted?

Mientras se quitaba los lentes, Jay Mac meneó la cabeza.

—No —respondió—. Como yo no. Es como… como Skye. Todas mis hijas son únicas, pero en cada una de ellas me veo a mí o a Moira…, salvo en el caso de Mary Schyler.

—Ella cree que el talento ya se había agotado cuando le tocó nacer.

Jay Mac enarcó las cejas.

—¿Eso le ha dicho?

Walker asintió.

—Son casi sus palabras exactas.

A continuación, cogió la lista; sin mirar los nombres marcados, la dobló una vez y se la metió en el bolsillo. Estaba claro que le había dado a Jay Mac algo en que pensar… Ahora decidió concederle tiempo para que lo hiciera. Se dio un golpecito en el bolsillo y dijo:

—Tal vez no lo vea esta noche. Gracias. Ha sido muy amable.

Jay Mac asintió con gesto ausente, y Walker se dirigió solo hacia la puerta.

Skye no había preparado nada de equipaje, aunque Walker sabía que su falta de colaboración no podía achacarse a que fuera indecisa. El problema no era qué meter en la maleta; era haber recibido órdenes.

La encontró en la biblioteca. Estaba sola, ovillada en una butaca y con una manta encima de las piernas; un grueso libro se apoyaba en parte en su regazo y en parte sobre el brazo de la butaca. Tenía las finas cejas fruncidas debido a la concentración, y mientras leía, se pasaba un mechón de pelo entre los labios; la húmeda punta estaba oscura. Justo al entrar, Walker se quedó unos minutos de pie, observándola, hasta que al fin ella percibió su presencia; con voz desprovista de toda emoción, dijo:

—Has vuelto.

Walker pensó que tal vez volvería a la lectura sin más, sin embargo, deslizó un marcapáginas de piel en el libro y lo dejó en la mesa que tenía a su lado. Él lo reconoció: era el mismo que estaba leyendo en casa de Parnell.

—Lo has cogido de la biblioteca de Granville.

No era una acusación sino sólo un comentario, pero la conciencia culpable de Skye le hizo responder un poco a la defensiva.

—Tengo previsto devolverlo.

Walker estuvo a punto de brindarse a llevarlo de vuelta consigo, pero aquél no era un buen momento.

—He estado en tu cuarto y he visto que no has preparado nada de equipaje.

Ella se remetió la gruesa manta alrededor de las piernas.

—Tus poderes de observación siguen funcionando.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a ver a Mary Francis. ¿Por qué? ¿Vas a pegarme?

Skye se encogió cuando él alzó la mano, aunque se limitó a pasársela por el pelo; daba la impresión de estar pensando seriamente en cómo responder a su pregunta.

—Perdona —dijo ella al cabo de un instante—. No he debido decir eso.

Walker se apartó de la puerta y se sentó frente a ella. Su mirada se detuvo en la manta.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. No hay secuelas de lo de anoche. Tenía un poco de frío, nada más.

Él se levantó, atizó un momento el fuego, añadió leña y luego volvió a su asiento.

—¿Mejor?

Skye se encogió de hombros.

—Estaba bien antes —dijo—. No había necesidad de…

—¡Maldita sea, Skye! No soy tu enemigo. Nuestro matrimonio no tiene por qué ser una guerra. Contigo hasta el más sencillo intercambio verbal es un combate; cada mirada es una escaramuza.

Ella miró el reloj.

—Y apenas hace más de veinticuatro horas —comentó irónica—. ¿Te imaginas pasar años así?

—No —replicó él con firmeza.

En la sonrisa de ella no había nada de cordialidad.

—Yo tampoco. —Se puso de pie y le lanzó la manta—. Ahora voy a hacer las maletas. Iré a donde tú quieras, Walker, y te mostraré que puedo ser dócil a mi modo; sin embargo, debes saber que no tengo intención de compartir la cama contigo.

—Se te ha hecho un poco tarde para tomar esa decisión —contestó él —. Te habría sido más útil hace cuatro días, cuando apareciste en el Saint Mark vestida con un traje y poco más.

Vio que la sangre se arrebolaba en el pálido cutis de ella.

—Aun así, por mi parte estoy de acuerdo.

Al oír su declaración, si cabe, el rubor de ella se hizo más intenso. Era evidente que no esperaba que él fuera a mostrarse de acuerdo. Creyó haber establecido una estrategia de combate que él no podría ignorar… sólo para descubrir que estaba dispuesto a hacer justamente eso.

—Nos iremos tan pronto como regrese tu madre. Jay Mac va a reservarnos una suite en el Saint Mark y cuenta con que esta noche no estaremos con ellos.

Ella se dio la vuelta para marcharse; en voz muy baja, dijo:

—Es posible que yo ya lo supiera.

No fueron directamente al Saint Mark. El coche de alquiler que había contratado Walker los llevó a dar un lento y moroso paseo por Central Park. El estanque seguía helado, y unos cuantos patinadores aprovechaban la ocasión. Skye contempló a una pareja que hizo varios elegantes giros. Los colores del sol poniente se reflejaban en el hielo que tenían bajo los pies; franjas rosa, naranja, malvas y doradas centelleaban sobre la superficie y se fundían en una especie de arco iris invernal.

Dentro del manguito, Skye cruzó las manos y las apretó. No hizo ningún comentario sobre nada de lo que veía, y por lo visto Walker tampoco lo esperaba. Mientras el coche rodeaba despacio el estanque, aparecieron más patinadores. Unos faroles se encendieron en la orilla, y unas risas surgieron de un banco donde una madre, rodeada de hijos

pequeños, se disponía a soltarlos en el hielo.

Entonces, el coche giró por un sendero que ella reconoció al instante como el que había tomado cierta noche fatídica. No había oído que Walker le diera al cochero ninguna orden en particular, y sin embargo no creía que el recorrido fuera completamente casual.

—Aquí fue donde nos vimos por primera vez —dijo Walker en voz baja; no estaba mirando al sendero: miraba a Skye.

Ésta tuvo la extrañísima sensación de que Walker estaba cortejándola. Sintió la intensidad de su mirada y tuvo que hacer acopio de voluntad para seguir mirando por la ventanilla.

—Lo recuerdo —dijo—. Aquella noche te perseguían dos hombres.

Se negó a hacer la pregunta que siempre rondaba sus pensamientos. Como había reconocido el propio Walker, se le daba mejor mantener secretos que compartirlos; eso era algo que él iba a tener que cambiar.

—Antes de venir a Nueva York yo era… —Walker se detuvo un instante, buscando la palabra adecuada—. Supongo que podría llamársele un asistente diplomático.

Skye se había quedado muy quieta, y él sabía que ahora estaba prestando mucha atención.

—Estaba agregado a nuestra embajada en Londres. Uno de nuestros funcionarios de la embajada se había metido en líos hasta el cuello, y me pidieron que lo rescatara.

Skye había inclinado un poco la cabeza y había sacado las manos del manguito. Las mantenía quietas; ya no le daba vueltas a su alianza.

—Había entablado relaciones con una mujer casada; la esposa de un poderoso miembro de la Cámara de los Lores, según resultó. Él le dio un anillo, una reliquia de familia, fácilmente identificable como suyo. Cuando el marido se enteró de la aventura amorosa, no la afrontó con franqueza ni ante su esposa ni ante nuestro agente, sino que empezó a chantajearlos a ambos.

A pesar de sus propósitos, Skye se oyó preguntar:

—¿A su propia esposa?

—A su propia esposa —repitió él—. Ella tenía dinero por derecho propio, una fortuna que él intentaba explotar. Y nuestro agente era igual de acaudalado, pero no quiso pagar. Ninguno de los dos sabía que quien orquestaba el chantaje era el marido de ella, pues trabajaba a través de intermediarios, pero sabían que alguien había encontrado el anillo y lo había cogido, y que eso era lo que el chantajista tenía para utilizar contra ellos. Entonces me encargaron que lo recuperara.

Skye pensó que él hacía que sonara de lo más normal, como si aquello no quedara fuera de sus funciones acostumbradas… Se preguntó si sería cierto.

—Tardé cierto tiempo —prosiguió Walker—, pero una vez hube confirmado quién mantenía a los amantes como rehenes financieros, encontrar el anillo no fue demasiado difícil.

—¿Qué hiciste?

Ella estaba mirándolo, escudriñándole la cara.

—Volví a robarlo —se limitó a decir—. La gente no espera que hagas

esa clase de cosas, de modo que no se prepara para ello. El marido, que no sabía que lo habían descubierto, no había tomado precauciones especiales para esconder el anillo. Estaba en una caja, dentro de su caja fuerte, junto con otros objetos de valor; recuperarlo fue la parte más fácil de la misión.

Suspiró, y se encogió levemente de hombros.

—Todo se llevó a cabo de forma muy reservada y discreta. Nadie quería que el episodio saliera a la luz, y sospecho que fue la gratitud de nuestro agente lo que descubrió mi participación en él. Creo que recomendó mi trabajo a quien no debía; el caso es que el asunto llegó de nuevo a oídos de su señoría y éste demostró que sabía guardar rencor. Desde hace meses, sus matones contratados me siguen la pista. No creo que pretenda matarme, pero desde luego sí que desea alguna clase de satisfacción por las dificultades que le causé.

—¿Las dificultades que le causaste tú? —preguntó ella, sorprendida—. Pero ¡tú no eras quien tenía la aventura amorosa!

Walker esbozó una débil sonrisa.

—Muy cierto. Pero a su señoría la aventura no le importaba demasiado. Podía soportar la falta de su esposa, y probablemente lo hacía: él también tenía una querida en Mayfair. Lo que no admitió fue la intromisión en su plan. En realidad, yo maté a la gallina de los huevos de oro.

—Dices que llevan meses persiguiéndote. Entonces, ¿aquella noche del parque no era la primera vez que los veías?

—No, sí lo era: nunca son los mismos, y eso hace que me resulte difícil saber si me los he quitado de encima de verdad. Antes de salir de Inglaterra tuve tres encuentros; el que tú presenciaste fue mi segundo enfrentamiento aquí en Nueva York. Nadie me ha seguido la pista hasta Baileyboro, sólo es…

—En la ciudad donde estás en peligro —terminó ella por él; en sus ojos se traslucía la preocupación—. Cada día que pasas aquí es un riesgo.

El interés de ella lo animó; aquello le daba esperanzas, pero no podía dejar que Skye concediese demasiada importancia a su situación.

—No es tan peligroso. Y tal vez hayan renunciado.

—Eso no lo sabes.

Desde luego, ella tenía razón. No lo sabía.

—Aquí no me preocupa —dijo Walker—. Y no te lo he contado para que te preocupes tú por mí.

—Y entonces, ¿para qué me lo has contado?

Él no contestó en seguida. Quiso inclinarse sobre el espacio que los separaba y cogerle la mano; quiso borrar a besos la arruguita que había entre sus cejas y el gesto angustiado de la comisura de su boca… Pero no hizo ninguna de esas cosas.

—Ahora es parte de tu vida —explicó—, porque es parte de la mía. Tienes derecho a saberlo.

—Compartir un secreto conmigo —contestó ella en voz grave, baja— es lo mismo que guardarlo tú. Lo aprenderás con el tiempo o, sencillamente, puedes creerme ahora. Nada de lo que me digas saldrá de

mí. Jamás.

Lentamente, Walker notó que la tensión empezaba a desaparecer; se llevó una mano a la nuca y se la frotó, sintiendo cómo se aliviaba la presión. Con un suave balanceo, el coche salió del parque y tomó la calle principal hacia el corazón de la ciudad, y él se reclinó en los blandos cojines de piel. Estaba bastante oscuro ahora que el cochero había encendido los faroles exteriores del coche. Una mezcla de luz crepuscular y luz artificial bañaba el rostro de Skye; en aquel momento, sus facciones se veían más relajadas de lo que lo habían estado desde que se había despertado por la mañana. Sobre todo, había desaparecido la cólera que volvía huraños sus ojos; en su mirada no había ni rastro de acusación contra él.

—Siempre supuse —dijo ella con aire pensativo— que nuestro primer encuentro se relacionaba de algún modo con Parnell; es curioso descubrir que él no tenía nada que ver.

—Sólo de forma indirecta —comentó Walker—. Yo lo había acompañado a la ciudad por motivos de negocio. Parnell necesitaba materiales para su trabajo, y fui a varios sitios a pedirlos; supongo que fue entonces cuando me vieron.

—No pareces convencido.

No lo estaba, y debía de haberse dado cuenta de que ella lo notaría.

—Cuando regresé a la habitación del hotel donde en teoría me esperaba Parnell, él no estaba allí. Se me ocurrió adonde podría haber ido, de modo que hice unas cuantas preguntas. Nadie reconoció haberlo

visto, pero estoy bastante seguro de que fue entonces cuando me vieron.

—No estoy segura de entenderte. ¿Adónde fuiste?

—A los burdeles.

—Ah.

Walker vio que ella intentaba mostrar mucho mundo ante aquella información, pero la traicionó el leve rubor de sus mejillas.

—Después, él me dijo que había estado en Las Siete Hermanas, pero la dueña lo había negado cuando yo estuve allí. Aunque no creo que en realidad importe. Los hombres que vinieron a por mí quizá me vieron allí, o en casa de Josie, o en cualquiera de los otros sitios que visité. Al darme cuenta de que me seguían, no regresé al Saint Mark. —El recuerdo de la persecución hizo que esbozara una pequeña sonrisa—. Durante más de una hora, los llevé de acá para allá por el Bajo Manhattan antes de dirigirme al norte, hacia el parque; no se descorazonaban con facilidad, así que al final tuve que dar la media vuelta y plantarme.

Skye se apretó la cintura con las manos. Era fácil evocar aquella noche, y aún tenía el poder de hacerle sentir un nudo en el estómago.

—Y ahora estás aquí de nuevo —dijo—. Podrían descubrirte.

—En este viaje no he frecuentado ningún burdel —le recordó él—. He pasado casi todo el tiempo en tu casa o en el Saint Mark.

—Hasta hoy —dijo ella—; hoy has salido.

Walker no tuvo que contestar; el coche redujo la marcha hasta detenerse.

—Ya hemos llegado —dijo.

Skye había estado demasiado concentrada en él como para fijarse en el entorno exterior. Entonces miró por la ventanilla y dijo:

—Esto no es el Saint Mark.

—No es Delmonico's —confirmó Walker—. Primero la cena.

Los condujeron a una mesa apartada, un lugar desde donde ellos veían a los demás pero no eran a su vez vistos. Walker no había llevado a su esposa a uno de los principales restaurantes de Nueva York para alardear de posición social. Una vez estuvieron sentados, encargó el vino al camarero. Con la punta de los dedos, Skye alisó el borde del inmaculado mantel blanco; le resultaba difícil mirar a Walker a los ojos, pero se arriesgó a lanzarle una miradita de reojo.

—¿Estás seguro de que quieres pedir ese vino? —preguntó—. Quizá vuelvo a ponerme en ridículo.

—Nunca te has puesto en ridículo —dijo él—. Ni siquiera cuando estabas trompa.

—Muy galante —respondió ella—. Pero me temo que es mentira. Esta noche lo haré mejor.

—No estoy preocupado por eso.

Y no lo estaba.

Cuando llegó el vino, Walker lo probó y lo dio por bueno. El camarero les llenó las copas. Skye esperó hasta que el camarero desapareciera antes de probar el suyo con un sorbo cauteloso; luego dejó la copa a un lado mientras estudiaba el menú, y no volvió a cogerla hasta

que Walker hubo pedido los platos para los dos.

Entonces, mientras alzaba la mano en un gesto amplio que abarcaba el restaurante, preguntó:

—¿Ha sido esto idea de Jay Mac?

Walker siguió con la vista el atractivo giro de su muñeca y de sus dedos. Skye conseguía que hasta el movimiento más trivial se llenara de extraordinaria belleza, y parecía absolutamente inconsciente de ello. Cuando entraron en el restaurante, todos volvieron la cabeza, y Walker no creyó que fuera porque hubieran reconocido a la hija bastarda de Jay Mac Worth. A la gente no le llamaba la atención su manchado linaje: reaccionaba ante el espíritu poderoso y a la vez sencillo de su vida. La amplia sonrisa, los ojos brillantes, la energía de sus gestos… Ni siquiera en su vertiente más recatada, Skye tenía demasiado éxito a la hora de reprimir semejantes cualidades. Lo cierto era que irradiaba vida.

Al parecer, Delmonico's había sido una buena idea… Y había sido idea de él.

—Se me ocurrió que quizá te gustaría —contestó—. ¿Tenía razón?

Skye se dio cuenta de que Walker no parecía estar del todo seguro de sí mismo; sí, pensó: definitivamente, estaba cortejándola. Y aunque no era inmune a ese tipo de halago, también se sintió recelosa; no había bebido tanto vino como para olvidar su conversación anterior. ¿Qué pretendía él, salvar su matrimonio, o sólo llevársela otra vez a la cama? Y, lo más importante, ¿sería Skye capaz de distinguir la diferencia?

—La tenías —confirmó ella—. Me gusta Delmonico's. Y su sala de

baile es extraordinaria. ¿La has visto?

—No había estado aquí antes.

Skye observó que se mostraba absolutamente relajado. En las ocasiones en que había cenado con Daniel, éste estaba tan preocupado por si cometía algún *faux pas* gastronómico, como pedir un vino equivocado, o un sorbete con sabor a ron cuando lo que se consideraba correcto era el marrasquino, que el placer de la experiencia se empañaba para los dos. A Skye no le importaban demasiado los convencionalismos, pero, a su manera, Daniel era presa de ellos. Ella se lo perdonaba porque también estaba dispuesto a tomárselos a broma…, lo bastante como para llevarla a Delmonico's, para empezar.

—Debes de haber estado en sitios así en Londres —comentó.

—En Londres no —contestó él—, pero sí en París.

—¿Has estado en París? —No pudo evitar que la envidia se notara en a su voz—. Le he rogado a Jay Mac que me deje hacer un viaje por Europa, pero es inflexible con que tengo que terminar en la universidad.

Un camarero depositó una crema de coliflor delante de ella; Skye alzó la cuchara y espumó la superficie, luego animó a Walker a que hiciera lo mismo. Estaba deliciosa.

—Buena elección —le dijo ella—. Háblame de París.

Él empezó a describir la ciudad y sus habitantes, pero Skye levantó la mano y meneó la cabeza.

—Eso puedo leerlo —dijo—; en realidad, ya lo he hecho. Lo que quiero saber es por qué estabas en París.

—Antes de que me mandaran a Londres, fui agregado en nuestra embajada en París.

—¿Asistente diplomático?

—A falta de mejor calificativo…

—¿Otra aventura amorosa que enmendar? —preguntó ella con guasa.

Él meneó la cabeza con sonrisa irónica.

—A los franceses eso no les importa. Me pidieron que los ayudara a recuperar un cuadro robado del Louvre.

Skye adoptó una expresión escéptica.

—¿Le confiaron eso a un norteamericano?

—Se consideró que yo era quien más posibilidades tenía de recuperarlo, puesto que el robo lo habían perpetrado unos yanquis. Había en juego una buena cantidad de honor nacional.

—No me enteré de ese incidente.

—No me sorprende; nadie quería que trascendiera. Los franceses estaban incómodos porque sus medidas de seguridad habían fallado, y ya comprenderás el disgusto de nuestra embajada. El robo fue obra de un ayudante del propio embajador. Al principio no lo sabía nadie; cuando se descubrió, se decidió que todo el mundo saldría ganando si se mantenía el incidente en secreto.

—¿Cómo recuperaste el cuadro?

—Lo robé.

Ella no pudo contener la sonrisa.

—Tú no eres un asistente diplomático —dijo—: eres un ladrón.

Walker no se sintió ofendido. En tono más bien filosófico, revelando que hacía mucho que había asumido sus particulares talentos, repuso:

—Probablemente hay bastante de cierto en lo que dices.

—Entonces la observó con atención, pero no vio en Skye indicio alguno de que sus palabras la hubieran inquietado.

Los camareros les retiraron los platos vacíos de sopa con presteza, volvieron a servirles vino y a continuación les presentaron un ligero filete de róbalo, que se deshacía bajo el tenedor de Skye.

—No soy consciente de que tengamos embajada en Baileyboro —dijo ella.

Por un instante, él no la comprendió; al fin, con cierta reticencia y dureza en la voz, explicó:

—Parnell… Parnell es algo personal. Solicité un permiso para ir a trabajar con Parnell.

Skye no entendió qué significaba aquello, pero el lugar donde se encontraban no se prestaba a hablarlo. Aunque disfrutaban de un mínimo de intimidad, los camareros que entraban y salían podían oírlos; cualquiera que deseara escucharlos podría seguir su conversación sin dificultad. En tono cómplice, dijo:

—Puedo esperar…, hasta que estemos solos.

Durante los siguientes ocho platos, Skye escuchó con atención todo cuanto Walker le contó. Era como hacer una colcha de patchwork con distintos retales llenos de color; el dibujo iba formándose despacio, pero

si se buscaba, existía. Había una hebra común que lo mantenía unido, así como un innegable orden en el diseño. Y, aunque al principio parecía improbable, al final, los colores y los trocitos de tela formaban una rara armonía.

—Yo tenía cinco años cuando mis padres decidieron hacerse misioneros. Hasta entonces habíamos vivido con la madre de mi madre, en Beacon Hill.

Eso indicaba dinero antiguo, prestigio y aceptación en el estrato superior de la sociedad de Boston. Walker sabía que Skye lo entendería.

—El hermano menor de mi madre también vivía en la casa. En casi todos mis recuerdos de infancia aparece él de un modo u otro. Mi abuela era lo que todo el mundo entiende por una matriarca; absolutamente dominante: feroz, severa y fría. Yo no la veía casi nunca, porque era inflexible en cuanto al papel que los niños desempeñaban en un hogar. La regla principal era tratarlos lo menos posible… No puedo decir que me importara. En las raras ocasiones en que nuestros caminos se cruzaron, recuerdo haber sentido mucho miedo de ella. De hecho, sólo había un motivo para que supiera mi nombre: que era su único nieto.

Skye no creyó que exagerase. Despacio, siguió comiendo, pendiente de cada palabra.

—Mi padre y mi madre pasaban mucho tiempo metidos en cosas de la iglesia, y eso a la abuela no le gustaba demasiado. Ella creía en el deber dominical y en hacer generosas donaciones; su ética protestante tenía que ver con el trabajo y no con la fe. De hecho, borró a mis padres

de su testamento sólo horas después de que éstos le comunicaran su intención de montar una misión de China. Yo celebré mi sexto cumpleaños en Shangai.

—¿Y tu tío?

—Él tenía sus propios intereses y no quiso ir con nosotros. Sé que mi madre se lo pidió, pero creo que se sintió obligado a quedarse con la abuela, aunque no se llevaban nada bien. El dinero de la familia procedía de un negocio naviero, y mi tío era el primero en reconocer que carecía de todo sentido comercial. Cuando mi padre se retiró y mi tío no quiso dedicarse a él, la abuela se vio obligada a vender parte del negocio; ese dinero sostuvo los proyectos de mi tío durante años. Él siempre estaba trabajando en algo, pero nada de aquello le interesaba a la abuela; ella lo consideraba un derrochador y nada más, y me da la impresión de que incluso creía que estaba un poco loco. Me parece que la asombraba el hecho de haberlo traído al mundo.

En la voz de Walker, Skye percibió la certeza de que su tío era la persona menos loca que existía.

—Para saber tanto sobre él, debisteis de estar en contacto —comentó ella.

—Nos escribíamos; aunque, en el mejor de los casos, el reparto postal era irregular. Pasábamos meses sin saber nada de Boston y, de repente, el correo nos inundaba. A mí me importaban más las noticias de allí que a mis padres. Ellos estaban muy contentos con nuestra vida en Shangai, y la misión los ocupaba por completo. Se consideraban responsables de

más de dos mil conversos.

—Dos mil… —exclamó ella en voz baja—. Debían de sentirse muy satisfechos.

Walker alzó las cejas y meneó la cabeza.

—No cuando había millones de almas que salvar… Y eso, tan sólo en la provincia de Nanking. Mis padres sentían que el trabajo de sus vidas no se completaría nunca, pero eso no les impedía intentarlo. Ya por entonces, yo formaba parte del cuerpo diplomático —añadió con una sonrisa irónica—: a mi padre le gustaba considerarse embajador de Dios.

Skye sonrió porque él así lo esperaba, y también porque no querría su piedad. Imaginó que Walker se habría sentido más solo en Shangai, trabajando junto a sus padres, que en Beacon Hill, con su tío.

—¿No tenías hermanos ni hermanas?

—Vivos no —bajó la voz—. Que yo sepa, mí madre abortó al menos dos veces mientras estábamos en Shangai. Ella creía que era porque no se entregaba lo suficiente, y por eso no tardó en tomar la decisión de ir a la colonia de leprosos; fue su modo de expiar algún pecado imaginario.

—¿De modo que te dejaron en el continente?

—En teoría, yo tenía que volver a Boston, pero el dinero para el pasaje no llegó. Mi tío era un poco distraído a veces; imagino que se le olvidó que tenía que enviarlo.

—¡Un poco distraído! —exclamó ella en voz baja; estaba tan estupefacta por el hecho, como por la tranquilidad con que Walker lo aceptaba—. Pero si no eras más que un niño… ¿Cómo pudo olvidar su

responsabilidad hacia ti de esa manera?

—Cuando trabajaba se olvidaba de casi todo. Sentía una pasión por sus proyectos que rivalizaba con la de mi madre; sencillamente, su centro de interés era distinto.

—¿A qué clase de trabajo se dedicaba? —preguntó ella—. No me lo has dicho.

—¿Ah, no?

En ese momento, Walker tenía ante sí un surtido de quesos y fruta fresca. Eligió una rodaja de manzana y la masticó despacio mientras Skye esperaba una respuesta. Había llegado el momento.

—Era algo así como un mecánico de chapuzas —dijo.

—¿Un mecánico de chapuzas? —preguntó ella sin entender—. ¿Inventor quieres decir? ¿Como Jonathan Parnell?

—No como él —dijo Walker—: exactamente él.

Skye frunció el cejo.

—¿Cómo?

—Que mi tío es Jonathan Parnell.

* * *

Capítulo 14

El trayecto en coche hasta el Saint Mark se realizó en silencio. A Skye le costaba menos trabajo no hablar que hablar y plantear preguntas. Por su parte, Walker no tenía demasiada prisa por completar el relato. Se tomó su tiempo en la recepción, mientras, con cierto bombo y platillo y gesto algo triunfal, los inscribía a los dos como «señor y señora de Caine». El recepcionista era el mismo que había estado de servicio varias noches antes; el mismo con el que Skye había coqueteado. Ahora, Walker notó que su mujer hacía todo lo posible por evitar la mirada del pobre recepcionista; en cuanto a éste, parecía ser víctima de un picor en la garganta, porque carraspeaba sin parar. La suite estaba en el cuarto piso, y subieron en el ascensor a vapor con otros tres huéspedes del hotel y el ascensorista. La presencia de tanta gente impidió que Skye dijera lo que pensaba de la parsimonia de Walker en el mostrador de recepción, aunque no tuvo problema en comunicárselo con una mirada de reojo. Una vez en el umbral que daba a sus habitaciones, con el botones mirando y el ascensorista aún asomando la cabeza en el pasillo, Walker la tomó en brazos y la entró dentro. Su acción dejó a Skye completamente sin palabras, pero los ojos le brillaban.

El botones depositó sus maletas en el interior del dormitorio, y

mientras Walker le daba propina, Skye echó un vistazo. Jay Mac se había ocupado de que hubiera flores frescas en todas las habitaciones; además, había una cubitera con champán enfriándose sobre la mesita de noche y una caja de bombones en la sala. El cuarto de baño tenía una gran bañera de porcelana y todo un estante lleno de sales y perfumes. Las toallas limpias estaban apiladas junto al lavabo; sobre ellas, una rosa roja les transmitía su fragancia.

A pesar de que el dormitorio era grande, casi todo el espacio lo ocupaba la enorme cama. Skye no perdió tiempo en mirar cada detalle. Su mirada saltó por encima del lecho y se dirigió al balcón, y luego al ropero, el tocador, la mesa ovalada de caoba y las sillas estilo Reina Ana. Cada mueble relucía, y reflejaba las notas de color dominantes, burdeos intenso y crema, del papel de la pared, del cubrecama y el tapete.

La sala tenía varias zonas de estar, delimitadas por la disposición de los sillones de orejas, los sofás y una pequeña butaca. Después de quitarse el sombrero, los guantes y el abrigo, Skye se sentó en un sillón junto a la chimenea. Walker seguía charlando con el botones en la otra estancia; no imaginaba de qué hablarían, pero cuando cruzó la habitación para irse, al joven le costaba dominar la sonrisa.

—¿De qué iba todo eso? —le preguntó a Walker cuando él empezó a encender el fuego.

Él no le contestó. Cuando acabó, se sacudió las manos y se quitó la chaqueta. Los hilos plateados de su chaleco centellearon a la luz del hogar. Entonces dijo:

—¿Quieres champán?

—Quiero pensar con claridad —repuso ella.

—El champán es bueno para eso. —Fue al dormitorio y regresó con la cubitera y dos copas de cristal—. Esto sí ha sido idea de tu padre… Por si estabas pensándolo.

A continuación, descorchó la botella. Aunque estaba preparada para el taponazo, Skye dio un respingo. Cuando las burbujas se derramaron por el gollete de la botella, corrió a buscar una toalla y limpió lo que había caído en la mano y la manga de Walker.

—Tienes un poco justo aquí —le dijo, y le dio un toquecito en la mandíbula con el borde de la toalla; en seguida la apartó despacio, consciente de que los ojos de Walker se habían oscurecido y de que su cuerpo se había quedado inmóvil.

—Y tú tienes un poco aquí —respondió él en voz baja; inclinó la cabeza y le rozó la comisura de la boca con los labios.

Skye no se movió. Incluso contuvo la respiración. No respondió a su beso de una forma perceptible; sólo ella fue consciente del atormentado vuelco que le dio el corazón.

—Walker —empezó en voz baja—, no creo…

—De acuerdo —la interrumpió él.

Retrocedió un paso, sirvió el champán y le dio a Skye su copa. No hizo chocar la suya con la de ella; no tenía ni idea de cuál sería el brindis adecuado para aquella situación. Por un lado, dudaba que Skye fuera a brindar por su propia seducción, y, por otro, era prematuro brindar por

un matrimonio feliz…, no mientras su esposa había establecido unas reglas sobre no compartir la cama… Dejó el champán. Skye había regresado a su sillón, pero él optó por el sofá; se desabrochó un botón del chaleco, se subió las mangas y luego extendió sus largas piernas. De nuevo tomó su copa y bebió el champán.

—Tienes más paciencia de la que yo creía —le dijo.

—Me lo contarás a tu ritmo —contestó ella—. Eso ya lo he aprendido. No sé si me gusta, pero lo respeto.

Skye se acercó la copa de champán y arrugó la nariz cuando las burbujas subieron y le hicieron cosquillas. Después se frotó la punta y recogió las piernas para sentarse encima; metros de tela color verde oscuro se derramaron en torno a ella. Alisó la tela sobre su regazo y siguió esperando a que Walker hablara. Cuando al fin lo hizo, se dio cuenta de que no sólo iba a ser a su ritmo, sino también a su manera; su primer comentario no se refirió a Parnell en absoluto.

—Yo era libre de ir a casi todas partes donde quería —empezó él—; con mis padres entregados a la misión, en China tenía menos restricciones de las que había soportado en Beacon Hill. La mayoría de los extranjeros permanecían juntos y no se aventuraban por el país; con excepción de los misioneros, nadie se esforzaba demasiado por aprender algo de quienes eran sus anfitriones. Algunos países, como Inglaterra, incluso esperaban disponer de zonas de influencia.

Al ver que las cejas de ella se alzaban un instante inquisitivas, explicó:

—Son regiones geográficas en las que los extranjeros actúan según sus propias leyes y costumbres. Son lugares completamente al margen de la cultura y las expectativas chinas; en resumen, quiere decir que allí los extranjeros se gobiernan a sí mismos y los chinos no tienen control alguno. Los Estados Unidos en cambio no negociaron para obtener ese privilegio; no porque respetáramos especialmente a los chinos, sino porque queríamos mantener una puerta abierta para saquear todo el país.

Ella no hizo ninguna observación sobre su cinismo; creyó que debía de tener buenas razones para pensar de ese modo.

—Así que tenías el mundo a tus pies —se limitó a decir suavemente.

Walker sonrió al oírla, recordando.

—Algo parecido. Lo cierto es que yo sí satisfice mi curiosidad sobre casi todas las cosas chinas. Aprendí el idioma lo bastante como para mantener una conversación y hacer de intérprete de mis padres, que nunca acabaron de comprenderlo. Me pasé mucho tiempo observando cómo la gente realizaba la rutina de sus vidas: nacimientos, bodas, muertes… Los ritos y la religión me fascinaban. Asimilé todo cuanto pude —suspiró—, y con el tiempo empecé a comprender lo poco que mis padres valoraban a aquella gente a la que intentaban convertir. El concepto de un único Dios, por ejemplo, no es fácil de aceptar para los chinos; su historia religiosa abarca al Tao, Confucio y Buda. Comprenden la diversidad de las cosas, pero no una sola. Para mis padres, los chinos eran paganos; para mí eran profundamente

espirituales.

Se echó el pelo hacia atrás.

—En el pueblo había un hombre mayor que me permitía trabajar a su lado. No tenía hijos varones, sólo hijas, y las dos estaban casadas y vivían en otro sitio. A cambio de mi trabajo, me enseñó cosas…, y cada uno de nosotros pensaba que salía ganando con el arreglo.

Estaba clarísimo el cariño que Walker sentía por ese hombre.

—A tus padres no debió de gustarles eso —comentó Skye—. Estaban allí para salvar almas, no para perder la tuya.

—Me lo prohibieron.

—Pero tú lo hacías de todos modos.

Skye comprendió que ella y Walker compartían una naturaleza rebelde. Las prohibiciones que le imponían como hijo de misioneros no debieron de ser tan distintas de las que le impusieron a ella… Y entonces empezó a entender por qué la conocía tan bien.

Él asintió.

—Me escapaba siempre que podía para irme con Han-sheng. De haber sabido que mis padres estaban en contra de aquello, él no lo habría permitido, pero lo cierto es que nunca se le ocurrió que yo estuviera desobedeciendo a mi familia. Sencillamente, no lo habría entendido.

—Han-sheng —dijo ella en voz baja, repitiendo aquel nombre extraño—. *¿Y* aprendiste el tai chi de él?

—De él aprendí paciencia, disciplina y la naturaleza del orden. El tai chi es un modo de expresar esas cosas.

—Creía que era un modo de luchar.

Walker mostró una amplia sonrisa; la voz de Skye había sonado a decepción.

—El tai chi lo prepara a uno para la lucha; sus ejercicios reflejan los movimientos de la autodefensa china. Han-sheng la llamaba Kung-Fu.

—¿Y eso fue lo que te vi hacer en el parque?

—Eso fue lo que viste —le confirmó él—. Mis padres me dejaron creyendo que iba a volver a Boston, pero, como te he dicho, el dinero no llegó. Mientras esperaba noticias, seguí viviendo en la misión, aunque en realidad pasaba casi todo el tiempo con Han-sheng. Esa relación desagradaba a los sustitutos de mis padres más incluso que a ellos mismo, pero también tenían menos control sobre mí. Me aguantaban porque creían que era su deber, pero cuando se enteraron de que mis padres habían muerto, se sintieron liberados de cualquier promesa y me enviaron a un naviero norteamericano. La idea era que me ganase el pasaje de vuelta a Boston trabajando para él; comerciaba con opio y mano de obra culi para el ferrocarril Central Pacific. En lugar de eso, me fugué.

Skye estaba inclinada hacia delante en su sillón; en la mano, sostenía intacta la copa de champán. No tuvo que imaginar cómo debía de ser la vida en las calles de Shangai: Walker se lo contó. En su mente, empezó a formarse la imagen de un chico que se convirtió en un consumado experto en vivir del cuento, que abandonó las enseñanzas de sus padres y de su querido Han-sheng para robar, engañar y mendigar a los

comerciantes locales. Se untaba el hermoso cabello leonado con betún, vivía en los callejones y dormía con los perros. Tenía que defender su territorio y su botín de otros ladrones, y las peleas lo hicieron fuerte, listo y ágil. Pero su farsa no funcionó demasiado bien; incluso con el betún y una coleta, con ropa robada y la cabeza gacha, Walker resultaba demasiado extranjero para pasar por otra cosa. Fue lo bastante rápido y lo bastante inteligente como para esquivar a las autoridades durante casi seis meses, pero cuando lo atraparon, estuvo a punto de pagar caros sus delitos.

—Los convencí de que era británico —dijo, fingiendo un acento verosímil.

—¿Británico? Pero… —Skye se detuvo al darse cuenta de que ya tenía la respuesta a su pregunta—. La zona de influencia.

Él asintió con un gesto.

—Entonces les dio miedo tocarme y me llevaron a la embajada británica. Para los ingleses, era evidente que yo era un yanqui, pero no se lo tomaron a mal. Me dieron comida, ropa y cobijo, y también me echaron severos sermones; finalmente, me entregaron a William Elkins, el cónsul norteamericano en Shangai, que estaba ocupado en unas delicadas negociaciones con T'zi Hsi.

Al ver la expresión de Skye, le explicó:

—Por entonces, el emperador era un niño, y quien gobernaba era su madre. Aún conserva una gran influencia, pero en aquel tiempo su poder era absoluto, y el señor Elkins no tenía ni idea de cómo conseguir

su colaboración.

—Y tú sí —dijo Skye.

Walker había asimilado la cultura, la religión y el modo de pensar que representaban un misterio para Occidente; por supuesto, entendía lo que los dirigentes no comprendían.

—Y yo sí —le confirmó él—; de hecho, lo ayudé a establecer un provechoso tratado que le hizo ganar mucho favor con el presidente Grant. Y cuando se dio cuenta de que yo suponía más una ventaja que una carga, dejó de pensar en despedirme. Me quedé con él tres años; lo ayudé a que estableciera mejores acuerdos comerciales con los funcionarios del gobierno local. Yo lo escuchaba todo, y ninguno de los funcionarios chinos sospechaba que comprendiera el idioma, porque los extranjeros no se habían molestado nunca en aprenderlo. Para ellos yo era joven e insignificante, y cometían indiscreciones. Yo sabía quién admitiría un soborno y quién lo consideraría un insulto. Y, en ocasiones, cuando para negociar era preciso entrar en contacto con varias familias poderosas, solía actuar como mensajero entre ellas; confiaban en mí sencillamente porque me creían ignorante e inferior. —Walker meneó la cabeza, mientras esbozaba una sonrisa sarcástica y burlona—. Los chinos creían en su superioridad justo como el señor Elkins y otros como él creían en la suya.

—¿También sabías leer el idioma…? —preguntó Skye.

—No del todo —reconoció él—, pero sí bastante bien.

—Entonces eras el espía del cónsul.

Un rastro de humor tiñó la sonrisa de Walker, y ese gesto hizo resaltar más las motas doradas de sus ojos.

—Creo que se referían a mí como el segundo ayudante del asistente del cónsul.

—Eras un espía —repitió ella con firmeza.

Él se encogió de hombros y prosiguió:

—El señor Elkins recompensó mis servicios pagándome los estudios en West Point.

Skye abrió más los ojos y repitió:

—West Point…

—Sí —murmuró él; estaba disfrutando al ver cómo Skye intentaba comprender todo aquello—. Me preparaban para un puesto en el que aprovechar mis particulares dotes.

—Entre las que figuraban robar, mentir y pelear —amplió ella, irónica.

Walker no parpadeó.

—Quiero creer que se dieron cuenta de que tenía oído para los idiomas, me interesaban otras culturas, tenía iniciativa y había demostrado que sabía cuidar de mí mismo…, pero creo que robar, mentir y pelear lo resume bien.

Skye estuvo a punto de atragantarse con el champán; entonces decidió dejar la copa a un lado, aunque no estaba segura de si le convenía demasiado tener la cabeza despejada justo en aquel momento. Las revelaciones de Walker eran un poco más de lo que esperaba.

—Después de West Point, creí que volvería a China. El señor Elkins confiaba en ello, pero primero me destinaron a Washington; en concreto, a la Casa Blanca.

Skye no intentó ocultar su perplejidad.

—¿Has espiado para el presidente?

—He estado a las órdenes del presidente Grant —la corrigió él—. El trabajo no fue tan distinto del que había hecho para el señor Elkins.

Ella le hizo una mueca: Walker estaba pasándose con los eufemismos.

—Podrías llamar al pan, pan y al vino, pino…, es decir, espía —dijo; las palabras se le enredaban—. Quiero decir al pino, espía…, o vino… Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Eso: que deberías llamar a las cosas por su nombre.

Walker arqueó una ceja y le sonrió con expresión irónica.

—Sí, como mínimo debería hacerlo uno de nosotros.

Lo que quería era besarla. Skye tenía los labios húmedos de champán; su sabor y el de la bebida juntos debían de ser una mezcla embriagadora… Con cierta dificultad, refrenó sus pensamientos y continuó:

—Tal vez me hubiese quedado más en Washington, pero me mandaron a una misión especial en Nueva York.

Un detalle en la memoria de Skye la impulsó a decir:

—Logan Marshall.

—Exacto. En tu entrevista, Parnell te dijo que yo había trabajado para

el editor.

Con un tono levemente acusador, ella comentó:

—Tú no brindaste demasiadas aclaraciones.

—Entonces no tenías derecho a saber más —dijo él sin remordimientos; se detuvo un instante para dar un sorbo a su bebida, como si estuviera pensando. Al ver que él no decía nada más, Skye exclamó:

—Bruto. —Luego sacudió la cabeza y añadió:

—A lo mejor no quiero saberlo ahora…

En ese momento, Walker alargó la mano a través del espacio que los separaba y le tomó la muñeca; sin demasiada resistencia por su parte, la sacó de su sillón y la llevó al sofá, a su lado. Skye quedó encajada entre Walker y el brazo del sofá, un poco vuelta en dirección a él. Entonces Walker se inclinó hacia ella y apoyó la frente en la suya sólo un instante, mientras la miraba a los ojos.

—Te carcome la curiosidad —dijo.

Ella sabía que si decía sólo una palabra se encontraría besándolo… La salvó de perder su determinación que él se echara hacia atrás y prosiguiera con la historia.

—Trabajé brevemente para Logan Marshall cuando su mujer regresó a los escenarios. Ella recibió unas cartas amenazadoras, según resultó, de una actriz suplente; bastante gráficas en su descripción del daño que pretendía hacerle. No estoy seguro de cómo se enteró del asunto el mismísimo Grant; sé que admiraba a Kathy como actriz y la iba a ver

cuando ella actuaba en Washington, y, desde luego, el propio Marshall es lo bastante poderoso como para merecer la atención del presidente. Lo que sí sé es que fue Grant quien me recomendó a Marshall.

Un nuevo detalle se aclaró en la mente de Skye.

—Y así fue cómo me encontraste cuando te di esquinazo en la estación.

Él asintió.

—Si te sirve de consuelo, no fue fácil conseguir que Marshall te delatara. Sólo logré sacarle algo sobre ti porque me conocía.

Skye se preguntó si aquello era un consuelo. ¿Acaso lamentaba que Walker la hubiera encontrado tan fácilmente? Él no le había soltado la muñeca; sus dedos le rodeaban la piel como una leve sujeción… Y ella ni una sola vez había intentado apartarse.

—¿Y después de Marshall? —preguntó.

—Volví a Washington, luego fui a París y luego a Londres.

—Y vuelta a Nueva York.

—Exacto —confirmó Walker—. A causa de mi tío.

Entonces la soltó; le sorprendió ver que Skye le cogía la mano y entrelazaba sus dedos con los suyos.

—El dinero de mi pasaje de vuelta a Boston llegó seis meses después de que empezara a vivir con el señor Elkins. Me lo guardaron. A mi tío no le importó que yo decidiera quedarme, pero mi abuela confiaba en que cambiase de opinión; me parece que creía que podría obligarme a que me hiciera cargo del negocio naviero. De hecho, ese asunto fue una

manzana de la discordia hasta que ella murió.

—¿Cuándo fue eso?

—En mi último año de West Point —contestó él—. Poco después, mi tío compró la mansión Granville, en Baileyboro. Después de vender el negocio de la abuela tenía un poco de dinero, y también había logrado cierto éxito con varias patentes; al cabo de algunos años más, al fin se trasladó aquí. Yo le escribía con regularidad, y cada tres o cuatro cartas recibía respuesta. Lo vi en Nueva York en dos ocasiones, cuando yo trabajaba para Logan Marshall, pero él no salía mucho de Baileyboro; según me dijo, sabía que los del pueblo lo consideraban un solitario, pero no le importaba. En cierto modo, incluso le convenía: tenía un jardinero y una cocinera que cuidaba de la casa y de él, y nadie lo importunaba con interrupciones o preguntas. Su trabajo lo era todo.

Walker sonrió.

—Estaba tan contento como siempre.

—Jonathan Parnell nunca me ha parecido un hombre especialmente contento —comentó Skye.

—Eso es porque no lo has conocido.

Skye lo miró con extrañeza y escudriñó la expresión de su rostro.

—Quieres decir que no lo he conocido tan bien como tú —aventuró.

—No —dijo Walker—. Quiero decir que no lo has conocido en absoluto.

Ella frunció el cejo.

—Pero has dicho…

—He dicho que Jonathan Parnell es mi tío… Sin embargo, el hombre a quien tú conoces no es Jonathan Parnell.

Skye se limitó a mirarlo fijamente. Sentía que la inundaba un aluvión de preguntas, pero las palabras se negaban a salir de su boca. Aquello era demasiado pasmoso.

—¿Me crees? —preguntó él.

—Te creo.

Ni por un instante se le ocurrió no hacerlo.

—Recibí unas cuantas cartas de él cuando estuve en París. Mi tío siempre dirigía las cartas a Hsia To; en chino quiere decir: «un poquito de más». Es un nombre que, en broma, a veces se le da a una hija.

—Porque a las hijas no se las valora.

—Justamente. En mi caso fue porque, una vez, oí por casualidad comentar a mi tío que yo había nacido sólo porque mi madre había tomado un poquito de más. —Vio que Skye echaba una ojeada a su copa de champán y parecía aliviada de no haber seguido bebiendo—. Años más tarde, cuando comprendí su comentario, le puse ese nombre en el remite; la siguiente carta que me llegó, y todas las que la siguieron, iban dirigidas a Hsia To. Incluso empezó a usarlo en lugar de mi nombre al referirse a mí.

—Tu tío tiene un extraño sentido del humor.

Walker estaba seguro de que ella pensaba que había heredado aquel rasgo… A pesar de eso, sintió que le apretaba la mano, animándolo a seguir.

—Las cartas que recibí en París mientras yo estaba allí me preocuparon. Mencionaba bastante a la ligera algunas cosas que yo creía que merecían un examen más detallado. Supongo que, para entonces, me sentía muy protector hacia él… Pero yo mismo estaba embebido en mi trabajo y no le contesté. Cuando fui a Londres, la correspondencia se interrumpió por completo.

Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Con suavidad, Skye le acariciaba los nudillos de una mano con el pulgar; en la otra él sostenía la copa de champán. Se la dio para que la dejara en la mesa.

—No sé qué fue lo que me convenció de que algo iba mal. Ya antes había pasado meses sin saber de mi tío…, pero esa vez me preocupé.

—Así que regresaste.

Walker se quedó callado largo rato.

—Demasiado tarde —dijo al fin.

La mano de Skye apretó la suya. Aunque había estado esperándolo, en cierto modo, saberlo la conmocionó. Walker tenía las facciones tensas y la línea de la mandíbula nítidamente definida; un músculo le latía en ella.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Él asintió con un lento, casi imperceptible movimiento de cabeza, y cerró los ojos.

—Seguro de todo, salvo del lugar donde escondieron el cuerpo.

Walker ladeó la cabeza y miró a Skye; estaba pálida, pero resistía

bien.

—El jardinero y la cocinera —dijo ella.

—Exacto. Él se llama Morgan Curran; ella es Corina Curran.

—¿Esposa?

—Hermana; hermanastra, en realidad. Su apellido de casada es Reading; es viuda. —No le costó trabajo leer en los expresivos ojos de Skye—. No, no murió asesinado; por lo menos, no de forma evidente o que se sospeche. Bebía mucho.

—¿Una enfermedad del hígado?

Walker no tenía pelos en la lengua.

—Se ahogó en su propio vómito.

Ella palideció.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me dedico a esto, Skye: hago preguntas, observo, escucho, descubro… No es tan difícil, y casi nunca corro peligro siquiera. Es un trabajo que sólo exige paciencia y disciplina…, y un poco de suerte de vez en cuando.

Skye pensó que probablemente exigía mucho más que eso; alzó la mano y le tocó la cara para echarle atrás el cabello a la altura de la sien. Las serias líneas de sus facciones se suavizaron un poco.

—Llegué a Baileyboro en pleno verano —prosiguió él—, y en la estación de ferrocarril pregunté cómo se iba a la casa Granville; me señalaron a un hombre que iba de un lado a otro por el lado contrario del andén. Estaba esperando un coche que se acercaba, con los hombros

encorvados y las manos metidas en los bolsillos.

—Ese de allí es el señor Parnell —me informaron—. Vaya suerte, tropezarse con él así.

—Era Morgan Curran —dijo Skye.

Walker dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—En efecto. No se parecía en absoluto a mi tío, y, sin embargo, era evidente que nadie en Baileyboro dudaba de que fuera Jonathan Parnell. Más tarde, fui a la mansión Granville pero no me presenté; eché un vistazo a la finca, observé a la gente que entraba y salía, y oí que se dirigían a Curran como Parnell. Entonces supe que tenía que encontrar alguna forma de entrar en aquella casa, alguna forma para permanecer allí algún tiempo. No estaba seguro de que una sencilla inspección o un enfrentamiento directo fueran a revelar nada; además, la leve posibilidad de que mi tío siguiera vivo también suponía que tenía que actuar con rapidez. No se ofrecía ninguna colocación en la casa, así que no podía presentarme como si buscara trabajo: necesitaba otro plan.

La mano de Skye soltó la cara de Walker cuando comprendió la idea.

—¡Tú amenazaste a Parnell! —exclamó—, ¡Aquellos atentados contra su vida fueron obra tuya! Hiciste que creyera que alguien buscaba el motor, y que estaba en peligro.

—Culpable. —Walker pronunció esa palabra sin rastro de arrepentimiento—. Me contrató para que lo protegiera.

—Pero ¿cómo te encontró? Podría haber contratado a cualquiera.

—Me di a conocer en Baileyboro; con prudencia, desde luego, de

forma un poco misteriosa. Es un pueblo pequeño, y ése es precisamente el tipo de cosas que atraen la atención de todo el mundo. Después de recibir dos amenazas, Parnell me buscó. Fingí acudir a regañadientes, lo cual hizo que me buscara más. Yo llevaba referencias de personas en quienes podía confiar, y bastaron para impresionarlo.

—¿Cómo puedes llamarlo Parnell?

—Así es como pienso en él, como tengo que pensar en él; de otro modo, descubriría mi juego y yo podría cometer un error muy fácilmente. De todas formas, yo no llamaba a mi tío por su apellido, precisamente. Él era el tío Jo; Curran es Parnell.

—Y Parnell no es inventor —aventuró ella.

—No, no es inventor. Sólo juega a serlo; muy a conciencia, además.

—¿Por eso no te importó que yo hiciera un dibujo del motor?

—¿Sabías que yo lo había visto?

Ella asintió.

—Doblaste el papel de forma distinta; por eso supe que debías de haberlo mirado y que habrías decidido que podía quedármelo. Me pregunté por qué, y ahora lo sé. De todos modos, era un trozo de papel inservible.

Walker recordó de nuevo que eran las cosas fortuitas las que podían hacerlo tropezar; tuvo suerte de que fuera Skye quien lo había pillado.

—A tu padre le pareció interesante.

—Esas fueron las palabras exactas que dijo al verlo, pero no me dio más explicaciones. Después de lo que yo había pasado, supongo que

creyó que más valía no hacerlo.

—No eres del todo justa con él —replicó Walker—. El motor sí es un prototipo. Lo que ocurre es que lo que le enseñaste a tu padre es exactamente lo que Parnell le había enseñado cuando accedió a financiárselo; tu dibujo le demostró a Jay Mac que la primera versión del invento no era una impostura, pero también era una prueba de que no había habido avances.

—Porque tu tío está muerto —murmuró ella en voz baja.

—De lo contrario, no habría dejado de trabajar. No podía.

Skye se volvió y apoyó la cabeza en el hombro de Walker; sintió que él la abrazaba por la espalda y le frotaba el brazo.

—¿Lo supiste en seguida? —preguntó ella.

—A las veinticuatro horas de estar allí. No había ningún lugar donde pudieran haberlo escondido, y he estado en todos los sitios de la casa.

—Sin encontrar el cuerpo.

—Así es. He estado en los jardines una veintena de veces, pero no he encontrado nada que pudiese ser una tumba. Ahora que el invierno casi ha pasado, volveré a mirar; tal vez el terreno se haya asentado. Ésa quizá sea la única pista que tenga.

De pronto, Skye recordó la excursión de Walker al estanque de los cisnes con el niño de Annie.

—¿Has pensado en el estanque? —le preguntó.

Él asintió:

—Y en el río. No ha salido nada a la superficie.

Qué lúgubre debía de resultarle esa tarea, pensó ella, y se estremeció; entonces, él le apretó el hombro con el brazo, como si supiera qué le había provocado aquel escalofrío.

—¿Por qué lo has hecho solo? —preguntó—. ¿No puedes presentar el caso a las autoridades? Curran se hace pasar por tu tío y, según parece, lleva haciéndolo un tiempo, por supuesto desde que están en Baileyboro. Sin duda debería responder ante alguien.

—En su momento me lo planteé —explicó Walker—, pero sin el cuerpo no puedo demostrar que haya habido un asesinato; y según como fuera el asesinato, a lo mejor ni siquiera podría demostrarlo con el cuerpo. También existe la posibilidad de que el tío Jon falleciera de muerte natural… En ese caso, Morgan Curran habría visto la oportunidad de utilizar la identidad de mi tío y la habría adoptado, nada más.

—No creo entender qué ganan Parnell y su hermana asumiendo esa identidad. El motor no funciona, y Parnell no sabe hacer que funcione. ¿Te has fijado alguna vez en que al subir del taller tiene las manos limpias? Bueno, lleva una mancha de grasa aquí y allá, y se ha remangado las mangas; incluso parece un poco distraído y preocupado…, pero debajo de sus uñas no hay suciedad.

Él lo había observado, pero no sabía que ella también lo hubiera hecho.

—Eres asombrosa —dijo en voz baja.

Ella alzó la vista para mirarlo, sonriendo como si se burlara de sí

misma.

—No tan asombrosa; lo vi, pero sólo me di cuenta de su importancia cuando tú me hablaste de mis manos. —Apoyó la cabeza en él de nuevo —. Entonces, si no crees que vayas a encontrar el cuerpo de tu tío, ¿qué intentas demostrar contra los Curran?

—Estafa.

—¿Estafa? Pero ¿a quién…?

—A tu padre como mínimo. Parnell firmó un contrato con él para que lo ayudara a financiar su trabajo sobre el motor, pero también firmó un contrato con Rockefeller, Holiday y Westinghouse. Éstos son los únicos que sé con certeza, aunque sospecho que la lista es mucho más larga. Ha recibido miles de dólares de cada uno a cambio de la promesa de cederles los derechos exclusivos sobre la patente.

—Dios mío —exclamó Skye en voz baja—. ¿Lo sabe Jay Mac?

—Ahora sí.

Ella meneó la cabeza de un lado a otro, apenada por su padre.

—Pobre Jay Mac.

—Lo cierto es que no se ha puesto muy contento; él creía que era el dueño de Parnell.

Skye se quedó muy quieta.

—¿Cómo? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Qué has dicho?

—Que tu padre no se ha puesto muy contento.

Ella se enderezó y se apartó de Walker.

—No, lo otro.

—He dicho que creía que era el dueño de Parnell.

—¿Dijo eso Jay Mac?

Walker trató de recordar; era evidente que Skye lo consideraba importante. Lentamente, explicó:

—Fue la misma mañana en que Jay Mac vino al Saint Mark a buscarte. Yo fui a verlo después, y él me preguntó por mi trabajo; entonces se lo conté todo. Y fue entonces cuando surgió el asunto del contrato; incluso me enseñó una copia. —Se calló un momento, intentando recordar la conversación en detalle—. Sí, creo que ésas fueron sus palabras exactas.

A Skye no le costó trabajo creer que su padre lo hubiera pensado o dicho; era muy propio de él creer que el contrato de los derechos de una patente equivalía a la propiedad del propio inventor.

—Es probable que mi padre se lo escribiera así a Parnell al no obtener respuestas satisfactorias sobre el motor; eso debió de asustarlo. —Hizo una pequeña mueca—. Hasta la correspondencia de mi padre puede ser amenazadora.

—No estoy seguro de entender qué importancia tiene eso —dijo Walker.

Inquieta y ansiosa, Skye se levantó y se apartó del sofá; luego se alisó la cintura del vestido, antes de cruzar los brazos en un gesto protector.

—Ya te he hablado del intruso al que sorprendí en el estudio de mi padre.

Walker asintió.

—Lo recuerdo.

—Buscaba algo en la mesa de Jay Mac y cuando no lo encontró, preguntó por una caja fuerte. Antes de marcharse, dijo: «Dígale a Jay Mac que él no es mi dueño…» Pero cuando le di el mensaje a mi padre, no se preocupó.

—¿Estás segura?

—Jay Mac no habría mentido en eso, y menos si yo hubiese estado en peligro. De haber relacionado esas palabras con Parnell, no me habría enviado a Baileyboro. Y eso es lo que me hace pensar que, probablemente, se las escribió a Parnell. Una vez firmado el contrato, Jay Mac no tuvo ningún contacto cara a cara con él. —Se acercó más a la chimenea; no había forma de que entrase en calor—. Fue Parnell quien estuvo en mi casa aquella noche… Es él quien… —su voz se convirtió en poco más que un susurro—, quien me tocó.

Walker se puso de pie, pero no se acercó a Skye; pensó que en aquel momento, no debía ni rozarla siquiera.

—Esa noche él estaba en la ciudad —prosiguió ella—; me lo dijiste tú mismo. Y no estaba en la habitación del hotel cuando llegaste.

—Parnell fue a un burdel.

Ella meneó la cabeza.

—No lo encontraste en ninguno, ¿verdad? Es probable que ya estuviera en nuestra casa, en la finca, esperando sencillamente a que todos nos acostáramos. Buscaba el contrato porque quería cortar con mi padre. Jay Mac debía de estar dándole demasiados problemas,

pidiéndole demasiada información sobre el motor… Probablemente pensó que era demasiado arriesgado seguir en el negocio con él.

Walker evocó la noche en cuestión. Se recordó sentado en la habitación del hotel, muy parecida a aquella donde se encontraban, esperando a Parnell después de que la búsqueda por los barrios más sórdidos de Nueva York no revelara nada… Miró hacia la puerta e imaginó que entraba Parnell, igual que aquella noche…

Skye observó el cambio gradual de las facciones de Walker. La arruga que había entre sus cejas desapareció, y aquella expresión indefinida, distante, de ir recuperando el recuerdo, se desvaneció. Entonces, al caer en la cuenta de lo que fuera, también se borraron las duras líneas de tensión y los intensos destellos de sus ojos de motas doradas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Qué has recordado?

Walker siguió con la vista clavada en la puerta, como si su visión de Parnell se estuviera materializando.

—Tenía un lado de la cara enrojecido. Imagino que pensé que tendría que ver con algún encuentro con una prostituta. Parnell dijo que había estado con dos. —Se volvió a Skye—. Tú le dejaste esa marca.

—Creo que sí: le di una buena bofetada.

Él soltó un juramento por lo bajo y se recriminó no haberse dado cuenta antes. Tenía las pistas y no había sido capaz de encajarlas.

—Debí deducirlo cuando me contaste por primera vez lo del intruso; debí hacer la conexión. Ni siquiera cuando supe que era Parnell quien

entraba en tu cuarto, no…

—¿Lo sabías? —exclamó Skye afligida—. ¿Sabías que Parnell entraba en mi cuarto y no…?

Walker se acercó a ella, pero al ver que daba un paso atrás, se detuvo. Podía haber alargado los brazos para alcanzarla, cogerla…, pero mantuvo las manos a los costados.

—Skye, no lo supe hasta la noche en que me quedé contigo en tu cuarto. Entonces me golpearon en la cabeza, ¿recuerdas? Eso no lo hizo ningún fantasma… Y yo no sospechaba de ti. ¿Quién más podía ser?

—Pero no dijiste nada.

—Me aseguré de que pasaras el resto del tiempo conmigo en mi habitación; te dije que estaba protegiéndote. ¿Qué podía decirte, qué más podía hacer? Si te acuerdas, tú tampoco fuiste sincera conmigo. Yo no sabía por qué estabas en la mansión ni hasta dónde podía confiar en ti.

Skye levantó la barbilla y lo miró con ojos acusadores.

—Eso no te impidió acostarte conmigo —dijo.

Walker la miró con intensidad.

—Tampoco me impidió amarte.

Ella se quedó completamente quieta.

—¿Cómo?

El tono de crispación de él, áspero y profundo, cambió; su voz sonó ronca de sentimiento.

—No me impidió amarte.

—Nunca has dicho…

—Y tú tampoco.

Skye dejó caer las manos a los costados y procuró evitar que sus dedos retorcieran los pliegues de su vestido. Quería transmitir sangre fría, mantener la calma… En voz baja, dijo:

—No creía que fueras a recibir bien esa clase de confesión. Me daba miedo que pensaras que intentaba retenerte o atarte a mí.

—Me he casado contigo, Skye; en teoría, lo que nos ata es el amor. —Entornó los ojos e intentó ver más allá de la expresión inescrutable de ella—. ¿Estás segura de que no era a ti a quien no querías que te atara? Tú eres la que no quiere este matrimonio; tú la que quiere libertad para marcharte cuando te apetezca. Tú habrías sido mi querida, mi amante… Pero no querías ser mi esposa.

Ella no podía negar aquello, y menos del modo en que él se lo decía… Y sin embargo, él no lo entendía todo.

—Eso no quiere decir que no te quisiera —dijo Skye—. ¿O crees que yo sería la ramera de cualquiera?

Walker inspiró hondo. El tono de crispación volvió a su voz.

—Yo jamás te he tratado como a una ramera.

Skye tuvo la cortesía de desviar la mirada.

—Perdona, no he debido decir eso… —Alzó los ojos hacia él de nuevo—. Pero tú no hablaste de boda hasta que no supiste que era la hija de Jay Mac.

—Eso no quiere decir que no pensara en ello —repuso él—. ¿O crees que yo sí sería la ramera de cualquiera?

La cabeza de Skye se echó atrás como si la hubieran abofeteado. Cuando él fue a tocarla, retrocedió.

—Supongo que crees que me lo he merecido —dijo ella—; pero no pretendía acusarte. Sencillamente, exponía un argumento. Sé que no has aceptado dinero de mi padre, y sin embargo no entiendo cómo no iba a influir en tu proposición el hecho de que yo sea la hija de Jay Mac.

Walker suspiró. Su mano, que había tendido hacia ella, se quedó en el aire; se frotó la nuca y meneó despacio la cabeza.

—Influyó en el momento de plantearla, nada más. Si hubieras sido la hija de los Cavanaugh, habría sido lo mismo. —Sabía que ella quería creerlo, pero una vida sospechando de los motivos de los demás la hacía dudar—. No necesito el dinero que tú aportes a nuestro matrimonio; y no sólo no lo necesito, sino que no lo quiero. Yo gano un sueldo aceptable; no para los niveles de tu padre, pero suficiente para nuestras necesidades. Jay Mac me preguntó si yo podría cuidar de ti, y lo satisfice en ese sentido. ¿Cómo podría satisfacerte a ti?

—Ay, Walker… —susurró Skye; al principio dio un tímido paso hacia él, luego otro…, y luego el definitivo, que la situó a una distancia mínima. Entonces alzó unos ojos brillantes de lágrimas sin derramar—. Tú me satisfaces tan bien que me da miedo.

—No quería decir…

Ella alzó un dedo y se lo puso en la boca.

—Shhh. Sé lo que querías decir.

Apartó la mano y la posó en su hombro; luego apoyó la frente en su

pecho.

—Ten paciencia conmigo, Walker. Nunca he amado a nadie, y menos de esta manera… No contaba con ello; desde luego, no contaba con que fuera algo correspondido. —Sintió que sus manos le rodeaban la base de la espalda—. Parece que no sé ni cómo actuar…

La respiración de Skye terminó con un sollozo que ella no pudo contener del todo. Sus lágrimas fueron trazando un húmedo sendero en la camisa de él.

—Salvo en hacernos a los dos infelices; en eso estoy convirtiéndome en una experta.

Walker le apoyó el mentón en la coronilla y la abrazó acercándola más. En voz baja, dijo:

—Yo creía que sólo sentías curiosidad por mí; me daba miedo confundir tu interés con amor. Creía que, una vez tuvieras respuesta a tus preguntas, te aburrirías y terminarías con todo.

Skye buscó un pañuelo en el bolsillo de él y lo usó para secarse los ojos.

—Debes de creer que soy muy superficial.

—Creía que estabas encaprichada.

—Si estás tratando de sacar la pata de donde la has metido, no lo haces muy bien. —Volvió a meterle el pañuelo en el bolsillo—. Yo sé lo que es estar encaprichada, pero ni una sola vez lo he estado de ti.

Walker no supo si sentirse asustado o contento.

—Te amo —prosiguió ella levantando la cara; la hondura de su

sentimiento se traslucía en la gravedad de su voz, en las oscurecidas pupilas de sus melancólicos ojos—. ¿Cómo podría satisfacerte yo?

—Te lo mostraré.

Walker bajó la cabeza y posó la boca sobre la suya. El beso fue suave, profundo. Sintió la plenitud de su respuesta cuando ella se alzó de puntillas y se apoyó en él; luego, cuando le rodeó el cuello con los brazos, notó cómo sus pechos lo apretaban fuerte. Los dos entreabrieron los labios, y sus lenguas intercambiaron un roce, saboreándose. Él le quitó las pequeñas peinetas, y la fragancia de su cabello se liberó mientras se le derramaba por la espalda. Hundió los dedos en su melena sedosa y encendida; era como si una llama le lamiera la piel.

Sin dejar de abrazarla, Walker retrocedió un poco. La boca de Skye estaba húmeda e hinchada por el beso; su rostro se había ruborizado; sus negras pupilas tenían una expresión soñadora y perdida.

—Dime que no te arrepientes de este matrimonio —dijo él.

Ella estaba tan temblorosa que si él hubiera querido oír que el cielo era verde, lo habría complacido; era un consuelo saber que no iba a verse obligada a mentir. Con voz ronca contestó:

—No me arrepiento de este matrimonio. —Y le rozó los labios un segundo con los suyos—. Ningún remordimiento. —Volvió a besarlo de nuevo—: Ninguno.

Soltó los brazos de su cuello. Entonces él la tomó de la mano y la condujo hasta el dormitorio. La cama ya estaba abierta, y la lámpara de la mesa que había al lado, encendida. Alguien había sacado unas cuantas

flores del jarrón, y ahora descansaban en las mullidas almohadas. Skye miró a Walker de reojo y le preguntó:

—¿Ilusiones?

Él meneó la cabeza y respondió en tono solemne:

—Plegaria.

A ella le encantó que supiera hacerla reír.

Skye seguía riendo cuando él la tumbó boca arriba en la cama y la cubrió con su cuerpo. Entonces él le dio un empujoncito con la nariz en la suya, gruñó en voz baja y eliminó su regocijo con un beso enérgico y ardiente. Los cuerpos desnudos de los dos se retorcieron bajo las sábanas. La boca de él fue de los labios de ella a su mandíbula, y luego trazó una húmeda senda por su cuello hasta la base de su garganta; bajó más y le tomó un pezón. Ella se arqueó como si el fuego le irradiara desde el pecho hasta el vientre. Abrió las piernas en torno a él, que la penetró.

No se movió enseguida, y a ella le gustó su inmovilidad, su peso llenándola, su renuncia que le tensaba la cara y volvía más dulce la expectativa… Al final, fue Skye quien alzó las caderas, y ella quien estableció el ritmo del acoplamiento. Fueron sus manos las que le apretaron los hombros y lo abrazaron fuerte. Entonces le susurró al oído:

—Te amo.

El clímax de él fue intenso. Skye absorbió el estremecimiento que liberó la tensión y el placer, y su cuerpo palpitó a su vez. Su corazón aleteó vibrante, y la sensación le inundó los miembros en agitadas

oleadas. Sintió una ráfaga de sonido en los oídos y el delicioso sabor de la boca de él en la suya. Los besos de champán eran embriagadores.

Walker rodó para separarse y se quedó tumbado boca arriba, con la cabeza en su almohada; entonces se incorporó, sacó una flor aplastada de debajo y se la dio a Skye. Ella alisó los estropeados pétalos y se la metió detrás de la oreja. Walker deseó que se le hubiera ocurrido a él; el efecto era exótico y hermoso.

—Estás mirándome de hito en hito —susurró ella.

Walker pensó que lo haría durante el resto de su vida sin hartarse jamás. Se levantó sobre un codo cuando ella se recostó y dijo:

—Lo sé. Me gusta mirarte. —Depositó un beso en su boca; la fragancia de la flor se mezclaba con el aroma a lavanda de su cabello—. Vas a tener que hacerte a la idea.

—Tardaré mucho tiempo.

Eso a él le convenía.

—Te daré mucho tiempo —contestó—: años; montones de años.

Skye se volvió hacia Walker, que la acomodó deslizando un brazo bajo su cabeza.

—¿Cuándo tienes que volver a Baileyboro? —preguntó; sintió que él se tensaba—. ¿Pensabas que no sabía que tenías que regresar? Eso era lo que intentabas decirme esta noche; ahí era adonde querías ir a parar.

En ese instante, los dedos de él rozaban lentamente la curva exterior de su seno. Despacio, con aire pícaro, admitiendo que había tenido éxito a la hora de seducirla, ella aclaró:

—Bueno: parte de a donde querías ir a parar.

Él hizo una mueca.

—¿Soy así de transparente?

—Como el cristal. —Una de sus manos se deslizó bajo la sábana y le dio una palmadita en el pecho en gesto de consuelo—. Pero creo que es por eso por lo que te amo.

Walker tuvo que confiar en que lo dijera en serio; le tomó la mano y se la apretó con suavidad.

—Debería volver mañana.

Ella asintió.

—¿Por la mañana?

—No sé el horario de los trenes; si hay alguno por la tarde, esperaré hasta entonces. Parnell cuenta con que vuelvas conmigo —explicó—; eso no te lo he dicho. En teoría, yo debía seguirte, averiguar para quién trabajabas y llevarte luego de vuelta a Baileyboro. Parnell sospecha que las amenazas contra su vida tienen su origen en los contratos repetidos.

Skye se enderezó de repente, subiéndose la sábana hasta los pechos; la flor le cayó en el regazo, y ella la cogió y empezó a darle vueltas entre los dedos, usándola como si fuera una extensión de su mano para subrayar su razonamiento.

—Parnell sabe que trabajo para Jay Mac. Él estuvo en la casa, ¿recuerdas?, y creyó que yo era una criada cuando me dio el mensaje para mi padre. Yo no lo vi, pero él sí me vio. Cuando acudí a la mansión Granville, cuando entré en el salón para la entrevista, debió de empezar

a sospechar.

—Cuando tú entraste en aquella habitación, él te deseó: por eso te contrató, y por eso quiere que vuelvas. —Walker se sentó y se apoyó en el cabezal—. Estoy seguro de que te recordaba de aquella noche, porque no quiso admitir que yo dudara de que fueras un ama de llaves. No comprendí que él tenía pruebas que apuntaban a lo contrario.

Walker observó que el girar de la flor de Skye se hacía más lento; los pétalos dejaron de ser un borrón de color. Entonces prosiguió:

—Ahora sospecha que quien te envió allí fue Jay Mac, que el asunto tiene que ver con el motor…, y buena parte de eso es obra mía. Desde el principio intenté convencerlo de que suponías una amenaza.

—Pero ¿por qué?

—Para apartarte de allí; vi cómo te miraba. Él nunca molestaba a las otras criadas: Jenny Adams es demasiado mayor; las mellizas estaban siempre juntas… En la casa no vivía nadie salvo Corina. Sin embargo, yo había oído rumores sobre el ama de llaves que había habido antes; se marchó sin avisar, y no averigüé adonde se fue.

—¿Lo intentaste?

—Creí que a lo mejor sabía algo que me sirviera de ayuda, pero no lo intenté a fondo; no hubo mucha ocasión.

—No recuerdo su nombre.

—La señora Givens. Era viuda.

—Como Annie… —comentó Skye en voz baja—. ¿Crees que Annie corre algún peligro?

Él meneó la cabeza.

—La única que correría peligro serías tú… Es decir, si te llevara de vuelta.

Ella frunció el cejo.

—¿Si me llevaras de vuelta? ¿Es que no piensas hacerlo?

—No pienso nada en absoluto: lo he decidido. Tú te quedarás aquí con tus padres. Tengo un trabajo que encargarte.

Salió de la cama y, desnudo, fue hasta el ropero; lo abrió y sacó su batín. Se lo puso con rapidez mientras se agachaba y cogía su maletín del fondo del armario. Lo abrió y tomó la lista que ya había revisado con Jay Mac. Entonces se sentó en el borde de la cama, se la dio a Skye y observó cómo ésta la desdoblaba.

—Es una lista de asistentes al encuentro de ciencia y tecnología. Esos son quienes han indicado que piensan acudir a alguno de los actos del evento, que durará tres días. En el mejor de los casos, es una lista parcial; estoy seguro de que otros acudirán sin avisar previamente.

Ella fue recorriendo con el dedo la columna de nombres; se detenía un segundo cuando llegaba a alguno que estaba rodeado con un círculo.

—Quiero que vayas a visitar a cada uno de los asistentes marcados y averigües si tiene un contrato con Parnell; si te enteras de qué es lo que han financiado mejor. Pasa por alto los nombres que he señalado como comprobados: he oído a Parnell hablar con Corina de sus contratos con ellos.

—Los contratos están en su mesa de escritorio, en la biblioteca —

comentó Skye.

—Ya he mirado allí: no hay nada.

—Estoy segura de que están allí. ¿Qué otra cosa habría inquietado si no a Parnell cuando me encontró sentada a su mesa? Yo no estaba fisgoneando, entonces ignoraba que hubiera nada que buscar…, pero él no lo sabía. Encontré absurda su conducta, pero sé que no me lo imaginé. —Se dio unos golpecitos en la barbilla con la flor mientras pensaba—. Has mirado en los cajones secretos, ¿no?

—¿Cajones secretos?

Ella ladeó un poco la boca y lo miró por el rabillo del ojo.

—Supongo que eso quiere decir que no —suspiró—. El escritorio de Parnell es una copia de uno con el que estoy familiarizada: está plagado de cajones secretos. Ni siquiera son difíciles de encontrar si uno sabe lo que busca.

—¿Cómo has conseguido esa información?

Skye se permitió una sonrisa engreída.

—Te he dicho que he estudiado muchas cosas… Las antigüedades son una de mis aficiones…, como también lo es la historia de los Granville. —Dejó la flor sobre la mesita de noche y le devolvió la lista—. Tú me necesitas… Y Parnell me desea. Vuelvo contigo.

—No.

—Jay Mac hablará con todos los de tu lista, y lo hará mejor que yo. A él lo recibirán. A mí, aunque lo hicieran, no me creerían.

—No.

—No sólo se trata de un motor, Walker: se trata de un tesoro.

Esta vez, él no dijo que no, no dijo nada en absoluto. Eso hizo que Skye se animara. Se puso de rodillas, dejó que la sábana se le cayera y le deslizó los brazos en torno al cuello. La lista resbaló de los dedos de Walker. Entonces ella lo tumbó sobre la cama y le susurró al oído:

—Te lo contaré todo en el tren.

* * *

Capítulo 15

—Está todo aquí —dijo Skye.

Abierta en su regazo llevaba la historia de la familia Granville. El movimiento del tren sacudía el pesado volumen, y ella lo sujetó con dos dedos para que no se moviera. Ya habían dejado atrás West Point. Se había negado a abrirlo antes, temerosa de que Walker encontrara alguna excusa para hacerla bajar del tren; ahora le sería más difícil: a aquellas alturas, tenía que saber que iba a seguirlo.

—Enséñamelo —pidió él con voz seca. A Skye no parecía importarle que estuviera enfadado con ella, y tampoco le importaba el peligro. Valoraba mucho su capacidad para protegerla…, y él no estaba seguro de que toda aquella fe estuviera justificada—. ¿Qué querías decir con eso de que se trataba de un tesoro?

—Creo que Parnell y su hermana han leído este relato histórico de los Granville. Al principio hay información sobre un barco lleno de tesoros que Edward Granville abandonó en el río Hudson. Mi primera impresión fue que asaltaron el barco y luego se hundió, pero cuanto más leía, menos convencida estaba. Desde luego, al historiador de la familia le fascinaba la idea de que tal vez el barco se hubiera hundido con el tesoro a bordo.

—¿Hay pruebas, o es sólo una especie de mito familiar?

Skye estaba convencida de haber captado la atención de Walker; ahora sólo esperaba que él la escuchara con mentalidad abierta.

—Me temo que un poco de las dos cosas. Según parece, hasta la época de Hamilton Granville formaba parte de la leyenda familiar. La idea de que tanta riqueza pudiera estar sumergida bajo el agua… Bueno, ya imaginarás que les parecía fascinante. Es difícil saber a quién conmovió lo suficiente como para incitarlo a poner manos a la obra, pero fue Hamilton Granville…

—El fantasma de Granville.

—El mismo —confirmó ella—, quien le dio a su joven amante una joya excepcional. Entonces algunos miembros de la familia pensaron que procedía de aquel hundido barco del tesoro; era un collar fabricado con oro batido procedente de doblones españoles. En realidad, es más correcto decir que el collar estaba en posesión de la muchacha después de que Hamilton se matara, y que se supone que fue él quien se lo regaló. Desde luego, ella nunca se lo puso en público mientras él estuvo vivo; a su esposa no le habría gustado.

—¿Qué ocurrió con el collar?

—Cuando se descubrió que lo tenía, su amante, que era una criada, se fugó. El relato no lo dice, pero a mí se me ocurre que probablemente la acusaron de haberlo robado, porque la familia querría recuperarlo a toda costa. Ya entonces valía una fortuna, y los Granville pasaban por dificultades económicas; de hecho, al cabo de sólo dos generaciones

perdieron la propiedad de la casa y las tierras.

—Y las compró mi tío.

—No creo. Cuando yo era niña, mi familia veraneaba en el valle, y entonces no vivía ningún Granville en la casa… —Le dirigió una mirada de reojo—… Salvo el fantasma.

—Por supuesto… —asintió él con ironía—. Ojalá fuera así de sencillo. No es un fantasma quien nos está causando problemas.

Walker señaló el libro abierto en el regazo de Skye y preguntó:

—¿Se encontró algo más del tesoro?

Ella meneó la cabeza.

—Nunca. Y no porque dejaran de intentarlo. Nadie trató de recobrar el collar buscando a la amante de Hamilton, sino que, durante los cuarenta años siguientes, todos se pusieron a buscar la fuente del tesoro. Sus esfuerzos se concentraron a lo largo del Hudson. Como es natural, la historia no habla con demasiada claridad de dónde ni cómo exactamente, pero tengo la impresión de que se excavaron antiguos túneles que iban desde la casa hasta el río.

—¿Túneles?

—Sí. Al menos hay dos, ambos procedentes de los tiempos de la revolución, para proporcionar una salida a los Granville. Eran conservadores, ¿sabes?, y sus vecinos no los apreciaban demasiado debido a su postura política. Alojaban en su casa a soldados británicos —dio unas palmaditas al libro—, y este relato asegura que Benedict Arnold pasó una noche allí.

Walker se mostró escéptico, pero no descartó la idea.

—¿Crees que existen esos túneles?

—Es probable. Siempre he pensado que en esa casa había pasadizos secretos, de modo que no me sorprendería que hubiera túneles. Eso explicaría lo que Parnell hace todo el día en su taller.

—Cuando finge trabajar en un motor del que no sabe nada.

—Justo.

Walker se detuvo a pensar.

—Pero eso no explica sus manos limpias.

—Guantes y un cambio de ropa —respondió ella con sencillez—. Apuesto a que si registráramos el taller, encontraríamos los dos túneles; o al menos un pasadizo que llevara hasta ellos.

Bruscamente, él se volvió hacia ella y, en voz muy baja, dijo:

—No vuelvas a albergar semejante idea. «Nosotros» no vamos a registrar nada: lo haré yo solo.

—Walker… —empezó ella con suavidad, dispuesta a discrepar—. Creía que nosotros…

—No —atajó él.

Y no añadió nada más; por lo que a él se refería, no hacía falta.

Consciente de que había pasajeros por ahí cerca, Skye dijo:

—No pienso discutir de eso aquí.

—Pues yo no pienso discutir de eso en ninguna parte. —Walker cogió el libro—. ¿Puedo?

—Faltaría más —contestó ella con poca cortesía.

Él hizo caso omiso de su tono glacial.

—Háblame de esos pasadizos —le pidió—. ¿Cómo sabes que existen?

—No lo sé —admitió ella de mala gana—: lo sospecho. Quizá lo habría confirmado si me hubiera quedado más tiempo.

Walker frunció el cejo, evocando un recuerdo; de pronto comprendió.

—Por eso dibujabas los planos de la planta de las habitaciones…

—Bueno, sí… —reconoció ella despacio—. ¿Los viste?

Él se echó hacia atrás con gesto enérgico y soltó un juramento; lo que le faltó de volumen lo compensó su intensidad. Skye lo miró angustiada y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Walker?

—Encontré tus dibujos en el bolsillo de tu delantal, en el cuaderno que siempre llevabas… Y se los enseñé a Parnell. No comprendí su importancia. No puse en duda que fuera tu forma de realizar un minucioso inventario, pero le hice creer a Parnell que usabas el plano de la planta para memorizar su habitación, de forma que ni siquiera por la noche estaría seguro. —Cerró los ojos un instante y se frotó los párpados, pensando—. Si estás en lo cierto respecto a esos pasadizos, tal vez sospechara lo que estabas haciendo. Santo Dios… Él y Corina van a estar siempre vigilándote.

A ella le pareció casi oír lo que él estaba pensando, y dijo:

—No tengo intenciones de regresar a la ciudad. Esto no cambia nada. Y si me vigilan a mí, no te vigilarán a ti. No es un problema: es una oportunidad.

Él hizo una mueca y le dedicó una mirada irónica.

—Comprenderás que no lo entienda exactamente igual. —Volvió a sentarse derecho—. ¿Crees que Parnell empleaba un pasadizo para ir de su cuarto al tuyo?

—No hay pasadizo entre esas habitaciones; lo vi con mis dibujos y mis mediciones. Los cuartos encajan como dos piezas de un rompecabezas, o como un engranaje. Hay una puerta de comunicación que hace años que no se abre. Debía de entrar desde el pasillo… —vaciló—. O bien tendríamos que aceptar otra explicación.

—¿Hamilton Granville? —Walker meneó la cabeza—. No era un fantasma.

Skye bajó la mirada hasta su regazo; el leve rubor de su cutis daba muestra de sus afligidos pensamientos.

—Sería más fácil de aceptar —replicó en voz baja—. El modo en que él…, el modo en que me tocó…

Walker deslizó su mano debajo de una de las de Skye; entrelazó los dedos con los suyos y apretó suavemente.

—Fingir que no era del todo real… —prosiguió ella—. Eso sería mejor que aceptar las manos de Parnell sobre mí…

Su voz se desvaneció, y Skye se acercó más a Walker, buscando consuelo en su firme cuerpo. No vio los fríos destellos de sus ojos de motas doradas, ni lo distante de su expresión. Tampoco vio la forma de muerte que estaba planeando para Jonathan Parnell.

Parnell subió de su taller para encontrarse con Walker en el salón; su primera pregunta se refirió a Skye:

—¿Dónde está?

Walker observó que los comentarios de Skye eran exactos; Parnell no tenía las manos manchadas por el trabajo, sin embargo, en sus mangas había manchas de petróleo y grasa y, cuando Walker miró con más detalle, vio que incluso se vería una fina capa de polvo en torno al cuello de la camisa.

—La he mandado arriba, a su cuarto, hasta que habláramos.

—¿A su cuarto? —preguntó Parnell—. ¿O al cuarto de usted? ¿Aún es su ramera?

—Está en la habitación contigua a la suya —respondió él en un tono desprovisto de toda emoción.

Parnell se sirvió una copa, pero no le ofreció a Walker. Con un gesto le indicó que se sentara.

—Eso es interesante —comentó; entornó sus pálidos ojos azules al llevarse a los labios el vaso de licor—. Antes no la perdía de vista. ¿Qué lo ha hecho cambiar de opinión?

—Trabaja para Jay Mac Worth. —Vio la fugaz expresión de satisfacción de Parnell porque la esperaba; ese destello de reconocimiento le confirmó que Skye tenía razón sobre la identidad del intruso de su casa. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que, gracias a su comentario, Parnell depositaba más confianza en su capacidad y su

criterio—. La seguí desde la estación hasta la casa de Worth, en la esquina de la calle Cincuenta con Broadway. Pero no parece sorprendido.

—No —reconoció Parnell con firmeza—. No lo estoy. Worth ha apoyado mi trabajo, pero ese idiota se cree que es mi dueño… ¿Sabe por qué la ha enviado aquí?

Walker meneó la cabeza.

—No estoy seguro de que él la haya enviado, aunque si lo ha hecho, no ha sido con intención de hacerle daño. Tal vez desee obtener información sobre los avances que realiza usted en el motor; si ha invertido dinero en su trabajo, eso tendría lógica. —No le dijo que sabía que otros hombres también habían invertido dinero, o que hacía tiempo que lo sabía; quería tener pruebas antes de enfrentarse a Parnell—. ¿No le parece?

Parnell se encogió de hombros y dio otro trago a su bebida.

—¿Qué le hace pensar que Worth no está detrás de las amenazas contra mi vida?

—No encuentro pruebas de ello. Ni siquiera de que la señorita Dennehy trabaje para él de otra manera. Da la impresión de que el señor Worth no lleva los negocios así. La señorita Dennehy trabajaba como criada en su casa, como doncella, no como ama de llaves, y a esa colocación volvió al marcharse de aquí. La señora Worth fue quien la contrató y quien la readmitió.

Pero Parnell no tenía interés por saber nada de la esposa de Jay Mac.

—¿No es nada más de Worth? —preguntó.

—¿Su espía, quiere decir?

—Quiero decir su ramera.

Los ojos de Walker permanecieron inescrutables, y su expresión distante.

—No he oído que nadie lo dijera. En el transcurso de sus obligaciones, la señorita Dennehy rara vez veía a su patrón. He hablado con el ama de llaves y con el jardinero, y también con los criados de los vecinos. He sido discreto.

Parnell inclinó la cabeza levemente, reconociendo con irónico aprecio el trabajo de Walker; su sonrisa era tan leve como su sarcasmo.

—Por supuesto. —Volvió a llenarse el vaso—. Pero ella ha vuelto con usted… Y de buena gana, al parecer. ¿Cómo ha sido eso?

—Le dije que usted lamentaba su decisión de despedirla y que iba a ofrecerle más dinero si volvía a su puesto. Y también le brindé sus disculpas por el incidente del taller. —Observó que un color rubicundo se extendía por el rostro de Parnell; era evidente que creía innecesarias esas disculpas, que no debía haberlas ofrecido—. Además, ella también está escapando; en estos momentos le conviene estar fuera de la ciudad.

—¿Que está escapando? ¿De qué?

Walker guardó silencio un segundo para dejar que la imaginación de Parnell reforzara la mentira que estaba a punto de soltar.

—Tenía una relación con un hombre casado.

Con gesto pensativo, Parnell asintió, fijos los ojos en un punto

situado más allá del hombro de Walker.

—¿Marshall? ¿Turner?

—Trabajó para ellos; eso lo he confirmado al menos. El resto no lo he averiguado.

—¿Se lo ha preguntado a ella?

Walker meneó la cabeza.

—Usted quería que volviera, y no vi qué sentido tenía contrariarla con preguntas así.

Parnell lo atravesó con una mirada.

—¿Qué piensa usted de verdad, señor Caine? No me hable de pruebas: no quiero saber lo que dicen los criados de los vecinos. Dígame qué le dice ese instinto suyo sobre la señorita Dennehy.

—No se fíe de ella.

Parnell asintió, satisfecho.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Cuando Walker pasó a su lado por la escalera Skye le preguntó bajito:

—¿Te ha creído?

Él asintió y dijo:

—Ten cuidado.

Skye le tocó un instante la manga y siguió su camino hacia el salón; no sería una reunión fácil la que le esperaba con Parnell. Cuando hizo

girar el picaporte de la puerta, el corazón le golpeaba fuerte en el pecho y tenía la palma de la mano húmeda.

—Entre —ordenó Parnell al ver que se quedaba en el umbral—. No sabía si accedería a volver con el señor Caine; él me dice que usted ya había ajustado otro empleo.

—La señora Worth tuvo la amabilidad de readmitirme.

—No recuerdo haber visto a los Worth como referencia cuando la contraté.

—No los anoté. Llevaba poco tiempo trabajando allí y no tuve oportunidad de demostrar mi valía. Y ahora que he regresado aquí, dudo que vuelva; no tolerarán una segunda deserción.

Parnell alzó las claras cejas y la miró con actitud reflexiva.

—Entonces tendrá que hacerlo muy bien aquí.

—Esa es mi intención.

—Desde luego, se disculpará usted por aquella lamentable escena en mi taller.

A Skye se le secó la boca. ¿Que esperaba una disculpa suya? Ni aunque se le hubiera ocurrido algo que decir, habría conseguido pronunciar una palabra. Al fin, se las arregló para hablar.

—Yo… Yo creo que no lo entiendo…

—Usted me alentó —replicó él; ella siguió sin responder—. ¿Acostumbra hacerlo, Skye? Eso es lo que cree el señor Caine. Dice que usted tenía una relación con un hombre casado.

Skye se preguntó cómo respondería a aquella acusación, si estaría a

la altura de la tarea que suponía representar su papel… Sintió el calor que le subía por encima del cuello del vestido, seguía por la garganta y al fin le quemaba las mejillas. En un instante, las dudas que albergaba sobre su talento se desvanecieron.

—El señor Caine miente.

Parnell le dedicó una mirada casi compasiva.

—Me parece que no la creo. Usted no tiene el don de mentir: su rostro es demasiado expresivo. —Observó cómo se le acentuaba el rubor —. ¿Era el doctor Turner? *¿O* Logan Marshall?

—Nunca he tenido una aventura amorosa —repitió ella.

Él hizo un gesto despectivo con la mano.

—Da lo mismo. Esperaba algo distinto de usted, pero sé aceptar la decepción. Comenzará sus tareas inmediatamente. Walker dice que usted está en la habitación contigua a la mía, ¿es eso cierto?

Skye sintió que el corazón se le aceleraba de nuevo. Se frotó las palmas de las manos en los pliegues del liso vestido gris, y retorció sólo un poco la tela entre los dedos.

—Es correcto, pero…

Parnell, que estaba apoyado en el aparador, se enderezó y, con ese sencillo movimiento, la hizo callar. Luego avanzó un paso.

—Seamos sinceros, Skye: los dos sabemos el motivo por el que ha vuelto aquí. No es el dinero extra, aunque estoy seguro de que es lo bastante codiciosa como para valorarlo; tampoco es el trabajo, aunque creo que ha dado muestras de tener cierta aptitud para él… Y tampoco

creo que sea Walker Caine. Ha vuelto porque ha decidido que a lo mejor merece la pena perseguirme.

Skye no pudo evitar dar un pequeño respingo.

—Señor Parnell —dijo—, creo que se equivoca usted al…

—Hablaremos de ello esta noche —la cortó él.

Al darse cuenta de que la había despachado, Skye casi huyó de la habitación.

La reincorporación de Skye a su puesto no salió muy bien. Annie Staplehurst no ocultaba su decepción; aunque le dio de nuevo la bienvenida y la saludó con palabras amables, era evidente que se sentía dolida e infeliz. Rose y Daisy Farrow intercambiaron muchas risitas disimuladas; tenían sus propias ideas sobre el regreso de Skye Dennehy, y sus miraditas cómplices hablaban con más elocuencia que su silencio. Jenny Adams mostró su desaprobación de forma más abierta, chasqueando mucho la lengua cuando se inclinaba sobre su costura. Hank Ryder se mostró cortés pero reservado. La expresión de Corina Reading fue la que a Skye le costó más trabajo interpretar; aunque reaccionó de forma más comedida que los otros al volver a verla, de repente se advertía en ella un destello de desconfianza y cólera que daba idea de la emoción que estaba a punto de estallar bajo su fría superficie.

El único que se puso verdaderamente contento de verla otra vez fue el joven Matthew Staplehurst. Lo tuvo colgado de sus faldas todo el día

mientras dirigía la marcha de las tareas, pero también le proporcionó una oportunidad de salir de la casa y reunirse en privado con Walker, que se acercó a ellos junto al estanque de los cisnes. Entonces Skye le dio a Matt un puñado de mendrugos y le dijo que se los tirase a las elegantes y orgullosas aves blancas.

—Le he dicho a Annie que le llevaría a Matt —comentó él.

—¿Estaba enfadada?

—No.

Skye quiso tocarle la cara, sentir en el hueco de la mano la forma de su mandíbula… Pero temerosa de que los viera alguien, no se atrevió.

—Annie está dolida porque he vuelto; pensaba que tenía el puesto seguro. No esperaba que fuera a molestarse conmigo.

—No tenemos tiempo de hablar de Annie —le dijo Walker; miró a Matt, se aseguró de que estaba seguro en el borde del gélido estanque y volvió a centrarse en Skye—. ¿Cómo ha ido tu entrevista con Parnell?

—Cree que vuelto porque quiero ser su querida.

La boca de Walker se redujo a una línea. El viento lo despeinaba, y se echó atrás el pelo con los dedos con gesto impaciente.

—Está poniéndote a prueba, Skye. Espero que no dieras la impresión de sentirte demasiado halagada.

—¿Halagada? —Su voz subió un tono—. ¿Cómo puedes pensar que iba a sentirme halagada?

—No creo que te sintieras halagada; sencillamente, no sé lo que le diste a entender. Si pareces demasiado ilusionada, a lo mejor lo

encuentra extraño, dado que antes lo rechazaste.

—Antes lo amenacé con matarlo, y quizá vuelva a hacerlo. Espera que le dé una respuesta esta noche…, y creo que pretende venir a mi cuarto a por ella.

Walker se frotó la parte de atrás del cuello. Sentía la nuca tan en tensión que le dolía la cabeza.

—Esto no funciona, Skye; debiste quedarte en la ciudad. Debí de perder el juicio para dejar que volvieras aquí.

—Pues ahora no puedo irme —espetó ella—. Tiene que haber otra forma de solucionarlo.

—Ven a mi cuarto.

Ella meneó la cabeza.

—Convinimos en que eso no servía: si lo hago, siempre nos vigilarán. Tú no tendrás ocasión de explorar solo y yo tampoco. —Oyó un cisne a sus espaldas y alargó la mano hacia Matt—. Ven, Matthew. Vamos a volver ya a la casa.

El niño lanzó su último mendrugo de pan y acudió corriendo.

—Le diré que no —dijo Skye a Walker—, y tendrá que aceptarlo. Si de verdad está poniéndome a prueba, lo aceptará.

—¿Y si no?

—Tengo un arma.

Dio la vuelta, le dio la mano a Matt y empezó a caminar.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Walker; notó que Matt, inquieto, alzaba la vista hacia él, y se dio cuenta de que estaba

frunciendo el cejo—. Nunca has dicho nada de un arma.

Ella se encogió de hombros.

—Es de Parnell: la del corte en el arco del guardamonte con la que te apuntó. Tú la escondiste en tu vestidor y yo la encontré cuando hacía mi equipaje; la metí en mi baúl y la tengo desde entonces.

Sus hermosas facciones estaban tranquilas cuando volvió la cara hacia él.

—No te preocupes, Walker: sé cómo usarla. De verdad, soy muy buena tiradora. Pensé que era un adiestramiento adecuado para las aventuras —sonrió—. Por lo visto, llevaba razón.

A él no le hizo gracia el comentario.

—Tres días —espetó él en tono tenso—. Si no hemos conseguido nada al cabo de tres días, te envío de vuelta a la ciudad. En ese maldito baúl, si es preciso.

A Walker no le gustaba reconocerlo, pero la presencia de Skye había cambiado las cosas en lo que se refería a su búsqueda de pruebas. En los meses previos a que ella llegara a Granville, se había encontrado con demasiada frecuencia bajo la vigilante mirada de Corina, y la señora Reading no era fácil de distraer, aplacar o fascinar; vigilaba de cerca a su hermano, y todavía lo vigiló más de cerca a él. Walker no recordaba que tuviera una sonrisa para nadie, ni una mirada que no transmitiera desconfianza. Eso sí: le habría permitido que se la llevara a la cama; en el

pasado había habido proposiciones, y él incluso sintió tentaciones alguna vez… Pero al final no insistió en buscar sus favores, temiendo que después sería demasiado difícil escapar. En cambio, ahora Corina estaba demasiado ocupada vigilando a Skye como para prestar atención a sus movimientos por la casa, y a él ya no le preocupaba tanto que lo encontrara de improviso; su merodeo, ahora, iba dirigido a otra presa.

Walker entró a hurtadillas en la biblioteca sin que nadie lo advirtiera. Se planteó cerrar la puerta con llave, pero decidió que eso tal vez diera lugar a demasiadas preguntas: siempre existía la posibilidad de que alguien intentara entrar. Había pensado esperar hasta la noche y realizar su visita a la biblioteca cuando todos estuvieran durmiendo, pero eso encerraba sus riesgos; tendría que llevar una lámpara que a lo mejor habría despertado a alguien… A veces parecía que cuanto más a las claras se hiciera algo, más fácil era de ocultar. ¿Quién iba a sospechar que sería tan insensato como para registrar la mesa de Parnell a plena luz del día?

Skye le había descrito la mesa con todo detalle y le había explicado cómo acceder a los paneles que se deslizaban para descubrir los pequeños cajoncitos secretos. No se necesitaban herramientas especiales; la mesa era un trabajo exquisito, basado en muelles, pesos y contrapesos. Bastó un ligero toque en la esquina de la derecha para que el primer panel cediera. Walker reconoció para sí que no lo habría encontrado sin el asesoramiento de Skye; estaba tan seguro que no iba a tener más remedio que reconocérselo.

Contuvo el aliento mientras abría poco a poco el panel; el cajoncito tenía sólo unos cuantos centímetros de alto pero más de veinte de profundidad, y contenía dos documentos enrollados. Apenas había cerrado los dedos sobre uno cuando oyó pasos en el vestíbulo; pasos que se detuvieron justo delante de la puerta. Walker cerró de prisa el panel y abrió el libro que había cogido por si se producía una interrupción; cuando la puerta se abrió una rendija, estaba cómodamente sentado en el gran sillón de Parnell, con las piernas estiradas delante y todo el aspecto de ser un caballero dedicado a la vida ociosa.

En la abertura de la puerta aparecieron las facciones pequeñas y perfectas de Corina.

—No creía que fuera a encontrarlo —comentó; su mirada fue al libro que sostenía en el regazo, pero no dijo nada. Su desaprobación se traslucía en la frialdad de su voz—. Hank necesita que lo ayude en el establo.

—¿Ah, sí? —Walker cerró el libro y lo dejó al lado—. ¿Ha dicho por qué?

—No lo ha dicho, y yo no se lo he preguntado. Sólo me he ofrecido a buscarlo yo porque no quería que él fuera dejando estiércol del establo por mi cocina.

Walker se puso de pie.

—Supongo que disponer de unos cuantos minutos para mí era pedir demasiado.

Corina le dirigió una sonrisa forzada.

—Usted trabaja aquí, igual que todos nosotros. Lo justo es que se gane el salario.

—Eso es lo que hacía —contestó él con calma—. Lo que estaba leyendo es la historia de los Granville.

—Sé lo que es… No sé por qué de repente le interesa.

—Me interesa todo lo que represente una amenaza para el señor Parnell. —Le dedicó una sonrisa relajada cuando pasó junto a ella al salir —. Y eso incluye el fantasma de Hamilton Granville.

Jonathan Parnell examinó el programa del encuentro científico y tecnológico mientras tomaba a sorbos una copa después de cenar, pero no hizo ningún comentario hasta haberlo leído todo. Walker lo observó atentamente e intentó descubrir un asomo de pánico en su expresión; salvo por el hecho de que levantó el vaso con más frecuencia, no hubo nada destacado en su forma de reaccionar. Cuando acabó de leer, dijo:

—Ha sido muy amable al traer esto. Leí el artículo del *Chronicle* que me envió usted, por supuesto, pero esto cubre el acto de forma más completa. Es una reunión impresionante de verdad. Se encargará de disponer medidas de seguridad extra, ¿no?

—¿Qué tiene usted pensado? —preguntó Walker.

—Estaré muy expuesto, y tal vez haya otro atentado contra mi vida. Sé que hace meses que no hay ninguno, pero no creo que hayamos ahuyentado a nadie; es probable que en la ciudad planeen algo. —

Parnell dejó el programa a un lado—. Creo que lo indicado sería un cacheo de todos los que asistan a mi conferencia.

—¿Un cacheo? —preguntó él—. ¿De todos? ¿De esos hombres?

Walker siempre supo que Parnell pensaría en algún modo de evitar asistir al encuentro; lo sorprendió tan sólo que fuera tan listo a la hora de dar con un ardid…, y se preguntó en qué proporción habría intervenido Corina.

—No hablará en serio.

—¿Pretende decir que no puede organizarlo?

—Puedo organizarlo —le confirmó Walker—, pero dudo que vaya a conseguir la colaboración de nadie para realizarlo. ¿Imagina a alguien como Morgan o Rockefeller sometiéndose a un cacheo?

Parnell se encogió de hombros.

—Tendrán que hacerlo, ¿no? Si quieren oírme hablar, tendrán que hacerlo.

—Si insiste, naturalmente veré qué puedo hacer, pero creo que eso no tiene sentido; hablará usted a una sala vacía. Los que planeen asistir a su conferencia no tolerarán esa humillación.

—Es probable que tenga razón. —Parnell le dio vueltas al vaso entre las palmas de las manos—. En ese caso, tendré que cancelar el compromiso; no puedo hacer otra cosa.

Y no había más que hablar, pensó Walker. Parnell lo había utilizado para evitar con ingenio su comparecencia al encuentro. Si no hubiera puesto objeciones a la idea de hacer los arreglos pertinentes y hubiera

respaldado su ridícula idea, Parnell habría desconfiado, y con razón, de su actitud.

—Si me hubiera hablado antes de esa conferencia —se quejó él—, quizá habría habido algún modo de facilitar las medidas de seguridad sin recurrir a un cacheo individual de todos los participantes.

—Se me olvidó —replicó Parnell en tono despreocupado—. No se puede esperar que recuerde estas cosas cuando estoy metido en mi trabajo. Deberían haber mandado una nota de recordatorio.

Walker asintió.

—Por supuesto. Es una verdadera pena que no haya tiempo; de haberlo sabido, habría planificado algo. —Durante un segundo, el alivio apareció en los ojos de Parnell—. Adelante: envíe sus disculpas por no asistir, pero pensaré en el problema, y si hay algún modo de que acuda allí sin peligro, lo encontraré. Sé que está decepcionado.

Walker tuvo que templar su sonrisa al ver que un brillo de pánico se reflejaba en la expresión de Parnell. Cuando éste iba a decir algo, lo interrumpió un rasgueo en la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó con impaciencia.

Walker se levantó al ver aparecer a Annie Staplehurst en el umbral. Era evidente que se sentía incómoda; sus ojos gris pálido fueron rápidamente de Parnell a él.

—¿Qué ocurre, Annie? —le preguntó.

Ella no lo miró directamente a los ojos.

—Deseo hablar con el señor Parnell —dijo.

Este suspiró.

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

Ella no contestó en seguida, y Walker empezó a sospechar que él era el motivo de su malestar.

—Creo que Annie quiere decir que desea hablar con usted a solas. No hay problema: tengo que ir a ayudar a Hank. Se ha roto un eje del coche.

Antes de que Parnell se opusiera, se marchó.

—¿Y bien? —volvió a preguntar Parnell—. ¿De qué se trata, señorita Staplehurst?

Los dedos de Annie no paraban de moverse en los pliegues de su vestido. Carraspeó.

—No deseo parecer descarada, señor, pero he venido por algo que le concierne a usted.

Parnell le tendió el vaso vacío y, con un gesto despreocupado, indicó que se lo llenara otra vez; ella se apresuró a cogerlo.

—Hable con libertad —le dijo él—. No lo llene del todo; la mitad bastará.

Annie sirvió la bebida, aunque le costó trabajo, porque le temblaban las manos. Parte del licor le goteó en los dedos, y se los secó rápidamente en el delantal antes de devolverle el vaso a Parnell.

—He venido por una cosa que he sabido hoy —dijo—. Me ha parecido lo bastante importante como para que usted lo supiera.

Sintió los penetrantes ojos de Parnell fijos en ella y empezó a desear

no haber ido en absoluto.

—Creo que la señorita Dennehy tiene una arma —soltó de pronto, mirando a todas partes salvo a él—. He creído que usted querría saberlo.

Parnell enarcó de pronto una de sus claras cejas y preguntó:

—¿Una arma? ¿La ha visto usted?

—No, señor.

—¿No? Entonces ¿cómo ha conseguido esta información? ¿Se lo ha dicho la misma señorita Dennehy?

—Ah, no, ella no sospecha que yo lo sé. Me lo ha dicho Matthew.

Parnell la miró con expresión escéptica, y Annie se apresuró a proseguir para explicárselo.

—Sé que no es más que un niño, pero es listo como una ardilla, y oye y ve cosas que siempre me sorprenden. Supongo que así son los niños: nadie les presta atención, y de repente los oyes repetir lo que tú has dicho… —Se calló bruscamente al darse cuenta de que estaba divagando—. La señorita Dennehy se llevó a Matt consigo al estanque de los cisnes después de almorzar, y no mucho después, él empezó a decir tonterías sobre un arma. Al principio no le hice caso, pero cuando siguió con ello, empecé a escucharlo.

Parnell se sentó más erguido.

—¿De verdad dijo que la señorita Dennehy tenía una arma?

—Eso es lo que he entendido.

—Quizá debería hablar yo con el chico.

Annie se apresuró a menear la cabeza.

—No creo que a usted se lo diga —replicó—. Y, si lo hiciera, no creo que usted lo entendiera.

—Pero usted no ha tenido esa dificultad —comentó él en tono escéptico.

La respuesta de Annie fue contundente e irrefutable:

—Yo soy su madre.

Los platos de la cena seguían sobre la mesa; Parnell los hizo a un lado y apoyó el antebrazo. Mientras pensaba, fue siguiendo con las puntas de los dedos el dibujo bordado en el mantel de lino.

—¿Ha visto su hijo el arma?

—No lo sé. ¿Cree que la señorita Dennehy la lleva encima?

Parnell se abstuvo de responder a aquella pregunta.

—¿Estaba sola con su hijo?

Annie asintió.

—No estuvieron fuera más de veinte minutos. Yo estaba a punto de ir a recoger a Matt, pero el señor Caine se brindó a hacerlo por mí.

—El señor Caine… —repitió Parnell en voz baja—. De modo que él y la señorita Dennehy estuvieron allí juntos.

Annie tuvo la sensación de que Parnell no entendía; su objetivo no era implicar a Walker Caine.

—Sólo unos minutos. Él los trajo a los dos de vuelta.

Parnell ya había oído bastante.

—Gracias, señorita Staplehurst. Márchese… —Ella hizo una pequeña reverencia—. Y luego siga marchándose. Espero que se vaya tan pronto

como Hank y Walker arreglen el coche. Hank la llevará al pueblo; haré que la señora Reading lo organice todo.

Al oírlo, las impasibles facciones de Annie sufrieron una auténtica conmoción; sus ojos se llenaron de lágrimas, y su cutis pasó de rubicundo a ceniciento.

—Pero, señor, yo no he…

Él alzó una mano para interrumpirla.

—Ha traicionado usted a su amiga —dijo—. La señorita Dennehy fue la responsable de que usted consiguiera un puesto en esta casa y la ha tratado a usted con equidad. Ahora que ella ha vuelto, usted me ha demostrado que no sabe hacerle sitio. Y como no tengo intención de despedirla a ella, tendrá que irse usted.

—Pero ¡lo he hecho por usted, señor!

Parnell meneó la cabeza, haciendo una mueca burlona.

—No soy idiota, señorita Staplehurst: lo ha hecho por sí misma. —Se puso de pie—. Voy a prepararle una carta de recomendación, y además tendrá una indemnización por despido. La espero en la biblioteca en el plazo de una hora. Ambas cosas estarán esperándola. Procure no llegar tarde.

Dicho esto, se acercó a la puerta y la abrió para que Annie pasara; al salir la oyó sollozar.

Skye se puso tensa al oír unos pasos al otro lado de su puerta. Hacía

horas que el sol se había puesto, y todas las lámparas de la habitación parpadeaban encendidas. Las gruesas cortinas estaban corridas dejando fuera el cielo, oscuro como la tinta, y en la chimenea ardía un fuego, no sólo por el calor, sino también por la luz que daba. Se detuvo en su tarea de deshacer la maleta; el vestidor estaba abierto y medio lleno ya con las prendas que había sacado de su baúl.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Quién es?

No hubo respuesta. Dejó el vestido que tenía en la mano y se acercó más a la puerta.

—¿Hay alguien ahí?

Skye no identificó ninguna palabra, pero reconoció el gemido de alguien. Había puesto una silla para asegurar la puerta, ya cerrada con llave, y ahora la apartó. Tan pronto como abrió, Annie entró dando un traspié en la habitación. Skye la cogió por el codo y la sostuvo. El cuerpo robusto, aunque en cierto modo frágil, de Annie se apoyó en ella; sollozaba de forma incontrolable, con una pena tan profunda que Skye la sintió como una herida en su propio corazón.

—¿Qué pasa, Annie? —Dio unas palmaditas en los fuertes hombros de la recién llegada—. Annie, debe decirme qué ha ocurrido. ¿Es Matthew? ¿Le ha pasado algo a Matt?

La puerta se abrió más, y en ese momento el niño en cuestión entró en el cuarto; se apretaba contra las faldas de su madre, agarrándose a ellas con sus regordetes puños. Annie se enderezó y se apartó. Las lágrimas se le derramaron por las comisuras de los ojos, pero un

estremecimiento la ayudó a controlarse. Dio las gracias por el pañuelo que Skye le metió en la mano y se sonó la nariz.

Skye se arrodilló y separó con trabajo los dedos de Matt del vestido de Annie; estaba asustado por la aflicción de su madre y ésta no lo consolaba. El niño acudió a sus brazos sin que Skye tuviera que insistir mucho, y entonces ella alzó la vista hacia Annie.

—¿Puede decirme qué ocurre? —preguntó—. Sabe que si está en mi mano, la ayudaré.

Por motivos que no podía adivinar, su ofrecimiento provocó otro ataque de llanto. Sintió que Matthew se removía en su abrazo; ya estaba perdiendo interés por la situación, y quizá confiaba más en su aptitud para ayudar a su madre. Le dio una leve palmadita en el trasero y lo soltó. Él fue derecho a su escritorio y empezó a coger papeles. Annie lo miró por el rabillo del ojo y dijo:

—Va a desordenarlo todo.

—No se preocupe por Matt. Está bien. —Skye se levantó y la condujo hasta la cama para que se sentara—. Dígame por qué llora y qué podemos hacer.

Annie se llevó el pañuelo hecho una pelota a la boca y lo apretó para ahogar un sollozo.

—Él me ha despedido.

Sus palabras eran casi ininteligibles, y Skye se esforzó por entenderlas; frunció el cejo sin estar segura de haber comprendido bien.

—Annie, creo que no entiendo. Parece que dice que la han

despedido.

Annie afirmó con un enérgico movimiento de cabeza. De sus ojos fuertemente cerrados se escurrió otra serie de lágrimas, que se limpió con los nudillos.

—Dice que tengo que irme… Ahora mismo… Esta noche… He hecho una cosa horrible, Skye… —dijo con desconsuelo—. Una cosa terrible.

Skye no se explicaba qué conducta podía haber dado lugar al despido de Annie.

—Más vale que me lo cuente todo.

—Ha sido una traición. —Con los ojos, le rogó que la comprendiera —. Justo como dijo él. Yo no lo hice por él… Lo hice por mí. Ay, cómo he podido ser tan egoísta… Aunque usted me perdone, yo misma no me perdonaré.

Asustada, Skye le puso las manos en los hombros y le dio una pequeña sacudida.

—Dígame, Annie; ¿qué ha hecho?

—Le he contado lo de su arma… Sé que usted tiene un arma, me lo dijo Matt. Es verdad, ¿no? Matt no me habría mentido.

—Ahora eso no importa —contestó Skye; apartó las manos de Annie y se cruzó de brazos. De pronto sintió frío—. No me ha dado oportunidad para explicarme y ha ido directamente al señor Parnell. ¿Por qué no me preguntó a mí?

Observó que los ojos de Annie se apartaban como una flecha y que un rubor de dolorida vergüenza le teñía el cutis otra vez.

—Ay, Annie… —añadió con tristeza—. Creyó que él me despediría.

Annie asintió, y con un susurro dijo:

—Creía que me estaría agradecido por velar por él… En lugar de eso, me caló. Matt y yo tenemos que irnos, y usted se quedará. —Volvió a secarse los ojos con el pañuelo y se arriesgó a mirar a Skye—. Lo lamento, de verdad que sí. Debí aprender la lección la primera vez.

Skye seguía dándole vueltas a la cabeza, preguntándose cómo manejaría a Parnell cuando se enfrentara con ella… Porque era inevitable que lo haría. Tendría que mentir, y su mentira tendría que parecer verosímil.

—¿Qué quiere decir? —preguntó en tono distraído—. ¿Qué lección?

—Que usted siempre cae de pie.

Aquello no era lo que Skye esperaba que dijera. Frunció el cejo y preguntó:

—¿De qué está hablando?

—De la vez que usted fue al sótano, una de las primeras noches que estuvo aquí. Yo iba camino de la cocina y la vislumbré yendo en esa dirección. Creí que usted a lo mejor no deseaba compañía, de modo que no le dije nada y la dejé pasar. Cuando bajé un poco después, su cazuela de leche estaba caliente en el hornillo y usted no estaba por allí. —Sorbió por la nariz y se frotó la punta de la misma con el pañuelo—. Entonces la oí en el sótano. Usted sabía que no debía bajar allí, porque a todos nos lo habían advertido desde el principio. Y de repente se me ocurrió la idea, sólo un pensamiento que debí empujar hasta el fondo de mi mente…,

pero no pude.

En ese momento Skye supo lo que iba a oír; sin embargo, permaneció callada, dejando que Annie lo dijera.

—Cerré la puerta y eché la llave. Yo sabía que estaba mal, porque usted había sido muy buena conmigo, pero pensé que si conseguía su puesto, las cosas nos irían mejor a Matt y a mí.

—¿No hizo nada más? —preguntó Skye—. ¿Se lo contó a alguien?

Annie meneó la cabeza.

—No creía que tuviera que hacerlo; pensé que la descubrirían allí, y que el asunto se resolvería por sí mismo. Pero al día siguiente me alegré cuando me di cuenta de que usted había escapado. Tiene que creerme: me sentía fatal por lo que había hecho.

—No tan fatal como para dejarme salir.

—Pero no la traicioné cuando tuve ocasión… —Vio que Skye le dirigía una mirada inquisitiva—. Es que entonces llegó la señora Reading. Podía haberle contado adonde había ido usted, pero no lo hice.

—¿Preguntó por mí?

—Preguntó por la leche del hornillo.

Skye recordó que había puesto la leche a calentar. Iba a tomar «guiso de camposanto» para que la ayudara a dormir; el azúcar y la canela estaban sobre la mesa, y también había unos cuantos mendrugos de pan. Se había preparado lo mismo la noche anterior, la primera noche en la casa Granville, y la señora Reading la había observado.

—¿Le dijo usted que la leche era suya?

—Sí —confirmó Annie—, pero le dije que ya no la quería. Iba a guardarla, pero ella me dijo que la dejara.

—Y luego usted se marchó.

—Exacto. Podía haberle contado a ella dónde estaba usted… Digo yo que eso sirve de algo.

—Está bien, Annie. Lo hecho, hecho está. No tiene sentido que se ponga enferma dándole vueltas.

Le había quedado claro que la señora Reading no creyó lo que Annie le había dicho respecto a la leche. En aquel momento, Corina tal vez no se diera cuenta de que ella estaba en el sótano, pero sabía que había estado por allí hacía poco.

—Más vale que empiece a preparar sus cosas. Yo no puedo hacer nada por usted aquí: el señor Parnell no va a cambiar de opinión.

—Yo no quiero que cambie de opinión —replicó ella—, no he venido por eso. Quería que usted supiera lo que he hecho… Quería decirle cuánto lo lamento… Ojalá pudiera retirarlo.

Al ver la expresión escéptica de Skye, añadió:

—Y no porque haya perdido mi colocación. Es que éste es un lugar aterrador, Skye… Una parte de mí está contenta de marcharse. No duermo casi ninguna noche oyendo al fantasma de Granville ir de un lado a otro.

Skye no quiso oír sus historias sobre el fantasma y dijo con firmeza:

—Annie: si el señor Parnell le ha dicho que se vaya esta noche…

—¿Me perdona usted?

—Sí, la perdono. —Tomó las grandes y callosas manos de Annie entre las suyas, la miró a los ojos, le mantuvo la mirada y luego habló despacio y en tono sosegado—. Escúcheme: no estoy enfadada con usted, y por supuesto que la perdono. Quiero que haga el equipaje y vaya a Baileyboro. Compre un billete para Nueva York y preséntese en una casa, en la esquina de la calle Cincuenta con Broadway. Pregunte por la señora Cavanaugh.

Annie parecía indecisa.

—¿Qué clase de casa? —preguntó—. Usted sabe que no soy de las que…

Skye le estrechó las manos.

—Annie, no es un burdel: es una casa de familia, y allí me conocen. La señora Cavanaugh. ¿Lo recordará o se lo escribo? —Annie repitió el nombre—. Bien; lo hará bien. Dígales que yo quiero que tenga un trabajo allí. La acogerán y la dejarán quedarse, siempre que se porte bien.

—Ay, lo haré, lo haré —dijo; se inclinó hacia delante y abrazó a Skye —. Los otros creen que a usted le agradan las atenciones del señor Parnell, pero yo sé que con usted es distinto. Por eso creí a Matt con lo del arma…

Entonces se echó atrás y echó un vistazo alrededor.

—¿Adónde habrá ido?

Skye se dio la vuelta y buscó a Matt.

—Debe de haberse escondido, porque no ha salido de la habitación: la puerta sigue cerrada. —Se arrodilló junto a la cama y miró debajo;

Matt no se había metido allí gateando—. ¿Dónde estás, Matt?

Annie se puso de pie y miró detrás del sillón; luego probó en el baúl de Skye y levantó unas cuantas pertenencias de las que estaban más arriba. La cabecita rubia de su hijo no apareció.

—¡Matthew Staplehurst! ¡Sal ahora mismo!

Las dos escucharon. Ni siquiera una risilla reveló el paradero del niño. Con las manos en las caderas, Skye inspeccionó la habitación y dijo:

—Esto no tiene sentido. No puede haber desaparecido…

En ese momento, sus ojos se posaron en el ropero; la puerta seguía entornada, como en el momento de la interrupción. Entonces miró a Annie, se puso un dedo en los labios y se la señaló.

Annie comprendió y asintió; en silencio, se acercó de puntillas al ropero y abrió la puerta del todo. Sin previo aviso, metió la mano dentro. Su idea era salir con el niño agarrado…, pero en vez de eso sacó un puñado de ropa blanca arrugada. Se la quedó mirando y dijo:

—Mecachis. Estaba segura…

Skye también lo estaba.

—Yo la había doblado —dijo—. Ese diablillo travieso debe de haberse hecho un nido.

Skye se agachó delante del hondo ropero y se inclinó hacia dentro, buscando un tobillo o una muñeca que no estuvieran tan bien escondidos como el resto.

—Matt, sal… —Su voz se interrumpió bruscamente cuando su mano pareció atravesar la parte de atrás del ropero—. Annie, vaya al cuarto de

al lado, al de Parnell. Mire si Matt está allí.

—¿Por qué diablos…?

—Vaya, Annie.

Tan pronto como la oyó salir de la habitación, Skye se abrió paso empujando en el ropero y se metió en él a gatas, justo como estaba segura de que había hecho Matt. El panel trasero estaba ya abierto, girado hacia fuera y dando a la habitación de Parnell…, o más exactamente, al propio ropero de Parnell. La abertura era pequeña, pero podía atravesarse con facilidad a cuatro patas. A Skye no le fue difícil entrar por ella… Y en ese instante entendió que a Parnell tampoco le debía de ser difícil. Tiró del vestido, que se le había enganchado detrás, y luego hizo el resto del camino a empujones, hasta abrir las puertas traseras que daban al ropero de Parnell. Entonces esbozó una amplia sonrisa al ver a Annie sentada en la cama de Parnell, con Matthew en el regazo.

—¿Ve como lo ha encontrado? Tan pronto como he encontrado la abertura, he sabido que estaría aquí. —Tardó un momento en darse cuenta de que Annie no compartía su satisfacción; hasta Matthew parecía más calmado que de costumbre—. ¿Qué pasa?

Se dispuso a salir a gatas del ropero. Era un trayecto incómodo, y su vestido dificultaba el avance. De pronto, se sobresaltó cuando una mano firme la agarró por el pelo y se sintió arrastrada hacia arriba. Automáticamente se llevó las manos a la nuca para evitar que le arrancaran el cabello de raíz; luego, un fuerte tirón la puso de pie y la

hizo tambalearse hasta llevarla a chocar contra el propio Parnell. En sus finas y distinguidas facciones había un rictus de dureza; sus ojos azules eran como esquirlas de hielo que la quemaban con su frialdad. Entonces él le dio la vuelta para que su espalda se apoyara bien contra su cuerpo y le pasó un brazo con fuerza por debajo de los pechos, haciendo casi imposible el forcejeo. Su contacto hizo que Skye sintiera arcadas; por un instante, su visión se enturbió, y sintió que la oscuridad aumentaba. Se dio cuenta de que corría peligro de desmayarse, y en ese instante un extraño pensamiento le pasó por la cabeza: la idea de que sus hermanas se reirían de ella si se desmayaba en mitad de su primera aventura auténtica. Pensar en semejante oprobio fue como oler sales; en seguida, la oscuridad retrocedió.

—Quédese quieta —le susurró Parnell al oído; apretó más el brazo y los dedos en su cabello.

Skye hizo lo que le ordenaba, aunque no se relajó. Miró a Annie. ¿Estaba todo planeado? Annie comprendió la pregunta que había en sus ojos y supo que se merecía que dudaran de ella. Meneó la cabeza y dijo:

—Yo no he tenido nada que ver con…

—Cállese —espetó Parnell—. Dele el niño a Skye.

Annie abrió mucho los ojos, abrazó más fuerte a Matthew y no se movió.

—Se lo juro: la mataré a usted delante de él… —Vio que Annie se encogía—. Ahora, dele el niño a Skye.

Annie bajó de la cama y, despacio, se acercó a Skye y a Parnell. Le

pasó la mano por el pelo a Matthew, despeinándolo, y le susurró:

—Ve con Skye. Skye quiere cogerte.

Parnell soltó a Skye lo suficiente como para permitirle tomar al niño. Con todo, Annie se lo entregó con reticencia; en sus ojos había una expresión de angustia y con voz suplicante dijo:

—No entiendo. No…

—Vaya a su cuarto y prepare su equipaje. —La sonrisa de Parnell no mostraba ni rastro de compasión—. Sí, ya veo que desearía haberlo hecho en seguida… Pero ahora es demasiado tarde, y los remordimientos no solucionarán el problema. Venga ya. Recójalo todo. Las cosas del chico también. —Por si acaso, añadió—: Y no hable con nadie.

Cuando Annie salió a escape de la habitación, Parnell soltó a Skye y le dio un empujón en la base de la espalda para que fuera a la cama.

—Siéntese ahí.

Cerró la puerta y echó la llave.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Skye—. Annie iba ya a marcharse.

—No lo bastante rápido para mi gusto. Esto hará que se mueva, y además la mantendrá callada. —Metió la mano en el ropero y cerró de un tirón todos los paneles; si entraba alguien en la habitación de Skye, no sabría que había salido por allí—. Se me ocurrió que a lo mejor iba corriendo a verla a usted.

—Usted ha estado escuchando.

Él asintió.

—Desde la parte de atrás del ropero se oye muy bien. Ni siquiera hay que abrir el panel.

Skye se esforzó por mantener la calma.

—Matt debió de cogerlo por sorpresa.

Parnell no contestó; se apoyó en el armario cerrado y la observó en silencio. Su imagen con el niño en el regazo lo fascinaba; su cabello era como un aura cobriza en torno a su cabeza. La Virgen y el Niño, pensó… Una imagen falsa, desde luego. Hubo un tiempo en que quizá habría cometido el error de considerarla pura… Pero ya no. Matthew se retorció en el regazo de Skye; percibía su desasosiego a medida que el silencio se prolongaba. Ella le acarició la cabeza y sintió que Parnell entornaba los ojos al seguir el movimiento de sus dedos.

Cuando regresó Annie, pareció que hubiesen pasado horas, aunque, por el reloj de la repisa de la chimenea, Skye sabía que habían sido menos de veinte minutos. Parnell la hizo entrar en la habitación; luego le quitó el niño a Skye y se lo entregó a su madre. A continuación dijo:

—Quiero enseñarle una cosa, Annie. —Y sin más palabras, echó el puño hacia atrás y golpeó a Skye en el mentón; ella cayó en la cama inconsciente—. Y ahora, venga conmigo.

Parnell sacó a Annie y a Matt de la habitación, y cerró la puerta con llave al salir.

* * *

Capítulo 16

El toque era ligero pero extrañamente insistente. Skye se encogió de hombros, intentando esquivar la sensación que la acariciaba desde la garganta hasta el hombro. La propia fuerza de su pánico hizo que recobrara la conciencia. Abrió los ojos de golpe y se vio frente a Parnell. Estaba de pie junto a ella, sosteniendo un largo chal de seda en la mano; un extremo de la seda gris iba pasando despacio por su brazo desnudo. Él le sonrió; fue un frío saludo que se quedó en su boca sin llegar a los ojos.

—Su fantasma, me temo… —El comentario no sonó a disculpa; luego le pasó el chal por el brazo y lo hizo bajar un poco en la curva del codo —. Pero a usted le gustaba. Yo sé que le gustaba.

Skye se apartó rodando y se apresuró a incorporarse. Seguía estando en la cama de Parnell, y cuando ella intentó gatear hasta el lado opuesto, él le agarró la pierna y tiró hacia atrás. Tenía el vestido desabrochado hasta la cintura, y el bajo se le había enrollado hasta las rodillas; se vio agarrándose el cuerpo del vestido con las manos mientras daba inútiles patadas a Parnell. Entonces, él se puso a horcajadas sobre ella sin dificultad, le apartó las manos y le sujetó las muñecas junto al cabezal.

—Es usted más receptiva cuando está dormida —dijo.

—Drogada, querrá decir.

Él ignoró su comentario y la miró atentamente.

—Me gusta más cuando es usted dócil… Pero esto también está bien. Su miedo es muy satisfactorio.

—No le tengo miedo.

Parnell esbozó una débil sonrisa de desprecio.

—Debí tomarla la primera vez que la vi —dijo—. Fue en casa de los Worth, pero eso usted no lo sabía, ¿verdad?

Ella se limitó a fijar la vista en él; no quería hacerle el juego.

—Pero entonces no hubo tiempo. Yo tenía otros fines, y usted fue una interrupción —suspiró—. Y luego, cuando apareció aquí de improviso, Walker Caine siempre estaba por medio; a él le gustaba mirarla tanto como a mí.

Skye se retorció, pero no consiguió hacerlo caer; le apretaba tanto las muñecas que tenía los dedos entumecidos. Él la miró con intensidad, y sus ojos fueron oscureciéndose; era una mirada sexual y depredadora.

—Pero Walker ya no es un problema —prosiguió—: ya no nos mirará a ninguno de los dos. La tengo para mí sola…, tanto tiempo como yo desee…, y del modo que yo desee.

—¿Qué le ha hecho a Walker?

Parnell no tenía intención alguna de responder a sus preguntas. Inclinó la cabeza y, cuando su boca estuvo más cerca de la de ella, susurró:

—Puedo hacer que me desee. Puedo hacerlo, ¿sabe? Ya lo he hecho.

En ese momento, Skye le escupió. Parnell retrocedió vacilante, y su reacción fue instintiva. El golpe de su mano hizo que el dolor atravesara la cabeza de Skye, y la sumió en un olvido que anhelaba, que había pedido rezando.

Esta vez despertó quejándose de dolor; la mandíbula le dolía muchísimo. Tímidamente, Skye se tanteó los dientes con la lengua y experimentó un alivio momentáneo al ver que no había perdido ninguno. Más animada, intentó llevarse una mano a la cara y descubrió que era imposible: tenía las muñecas atadas con fuerza en la base de la espalda. Cedió a su primer instinto de tirar de las ligaduras, y los nudos de seda se apretaron aún más. Hizo girar los tobillos y descubrió que los tenía atados de modo parecido. Esta vez no intentó liberarse tirando; en lugar de eso, apeló a toda su fuerza de voluntad para controlar el pánico, relajarse y pensar. Se dijo que se había metido sola en aquel aprieto al enfurecer a Parnell, y que tenía que pensar que merecía la pena. Si iba a por ella otra vez, estaría preparada; si la tocaba lo mataría.

Una lámpara de queroseno daba una mala luz a la estancia. Skye echó un vistazo a su alrededor y no reconoció el lugar. Estaba tumbada en un catre no mucho más ancho que ella, que tembló un poco cuando dio la vuelta con torpeza hasta ponerse de costado para estar de cara a la luz. La nueva postura le alivió la presión de las muñecas, pero ahora la cabeza le quedaba en un ángulo incómodo y, además, la mandíbula

empezó a latirle con fuerza.

Se incorporó despacio y dejó caer sus piernas atadas por el lado del catre. La lámpara estaba en el suelo de tierra y proyectaba un pequeño círculo de luz. Una oleada de pánico volvió a invadirla al darse cuenta de que ya no llevaba puesto el vestido; la habían desnudado hasta dejarle sólo la lisa camisola blanca que se ponía bajo su traje de diario. Le habían quitado hasta los zapatos; las ataduras que le cortaban los tobillos eran sus propias medias.

Notó el suelo frío y húmedo en los pies descalzos y los levantó un poco. Al moverse, el catre crujió, y ella sintió que la lona cedía. Comprendió que no lo habían colocado allí especialmente para ella, sino que hacía mucho que amueblaba aquella habitación; la humedad había podrido la lona, y tendría suerte si no se rasgaba bajo su peso.

Su prisión tenía tres paredes de piedra encalada; el aspecto de mármol veteado de verde era producto de las manchas de moho y musgo que cubrían la superficie y que se habían metido por las grietas. La cuarta pared era de tierra, y tenía una abertura sostenida con vigas, como la entrada de una mina. La luz de la lámpara no llegaba hasta el túnel que había más allá, y la oscuridad era como otra pared, dura e impenetrable. Entonces no hizo acto de presencia el pánico, sino la desesperanza. Salvo por el catre, no había muebles, y salvo por la boca de la mina, no había salida; cuando se consumiera la lámpara de queroseno, no vería nada… Esta vez movió las muñecas con desesperación… Y las medias que había empleado Parnell se le

apretaron más.

Pensó en Annie y en Matt. ¿De verdad los habría dejado marchar Parnell, o estarían atrapados como ella en otro lugar de la mansión? La posibilidad de que estuvieran pasando por un trance igual de difícil hizo que dejara de compadecerse a sí misma.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente; más de unos cuantos minutos, estaba segura… Quizá incluso media hora. Casi parecía imposible que hubiera regresado a Granville aquella misma mañana… Parnell había actuado con rapidez. Skye se preguntó si la revelación de Annie sobre el arma lo había obligado a tomar una decisión, o si había obrado según un plan bien meditado. ¿Era cierto que no le cabía esperar ayuda de Walker, o Parnell había faroleado…? Descubrió que no quería pensar en la respuesta.

Con mucho cuidado, se puso de pie y probó a ver si podía mantenerse en equilibrio sobre sus pies atados. El mínimo tropiezo la haría caerse de bruces en el suelo. Se apartó poco a poco del catre en dirección a la boca de la mina y, empujando con los dedos de los pies consiguió darle un toquecito a la lámpara que tenía delante.

—¡Cuidado! Vas a prenderle fuego a tu camisola.

Skye estuvo a punto de caerse. El sonido de la voz de Walker en algún lugar situado a su espalda la hizo perder su precario equilibrio; por suerte, se las arregló para dar con la pared, y la utilizó como apoyo. El corazón le golpeaba fuerte contra el pecho, y por un instante le costó trabajo respirar. Sus ojos, ansiosos, recorrieron el cuartucho como una

flecha… Él no estaba allí. Y entonces pensó que el miedo empezaba a empujarla hacia la locura; había imaginado oír la voz de Walker… Esa crueldad hizo que no pudiera refrenar un sollozo.

—¿Skye?

Walker se dio cuenta de que no lo veía. Su sollozo lo hirió en lo más vivo e hizo que se maldijera por su falta de consideración.

—Aquí abajo —dijo en un susurro—. Debajo del catre.

Skye bajó inmediatamente la vista; en efecto, Walker estaba allí tendido, con las muñecas y los tobillos atados de forma parecida a los de ella. Mientras se abría paso poco a poco desde debajo del catre y se incorporaba, él le lanzó una sonrisa más parecida a una mueca. Skye se encorvó un poco contra la pared al darse cuenta del alcance del aprieto en que estaban. No esperaba encontrarse a Walker de aquel modo: su salvador necesitaba que lo rescataran… Y en su rostro se dibujó una expresión muy fácil de interpretar.

Walker esbozó una media sonrisa de burla hacia sí mismo.

—No soy lo que se dice un paladín sobre un blanco corcel, ¿verdad?

Con la mirada, se apresuró a examinar a Skye; aparte de una ligera hinchazón en la mandíbula, parecía estar ilesa. En realidad, estaba muy guapa: a sus mejillas había vuelto un toque de color, y su cabello suelto se le derramaba sobre un hombro. Ahora los ojos le brillaban con una mezcla de alivio y esperanza, y la camisola, completamente blanca, la hacía parecer espectral, casi etérea.

—Aunque cuando yo sueño con una doncella en apuros…

No terminó la frase. A Skye no le gustó en absoluto la comparación, y sólo dijo:

—Hmmmf.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó él en un tono de lo más familiar, sin rastro alguno de pánico.

Skye meneó la cabeza.

—La verdad es que no; imagino que en algún lugar cerca del taller de Parnell. Probablemente justo al lado. —Sin dejar de emplear la pared como apoyo, se agachó—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Acababa de terminar de ayudar a Hank con el coche cuando Parnell bajó a hablar con él de algo. Como no me necesitaban ni me querían allí, pedí permiso, me marché y fui a la casa. Al entrar en la cocina, Corina me ofreció tarta y café, y acepté. Eso es lo último que recuerdo.

Mientras hablaba, Walker empezó a cambiar de postura levemente; fue moviendo las manos atadas hasta ponérselas debajo de las nalgas y luego debajo de los muslos. Entonces se incorporó y dobló las piernas para acercárselas al pecho, de modo que la barbilla le tocara las rodillas. A continuación pasó las muñecas por debajo de las corvas, las pantorrillas y, por último, los pies. Cuando tuvo las manos ante él, cómodamente posadas en el regazo, se concentró en los nudos…, y todo ello, sin darse cuenta de la mirada de absoluta perplejidad que le dirigía Skye.

—He recuperado el sentido justo cuando has empezado a mover la

lámpara hacia esa abertura. —Sus largos y ágiles dedos hurgaron en la húmeda cuerda que amarraba sus muñecas; cuando sentía que forzaba los nudos, se relajaba y se ponía de nuevo a la tarea con paciencia—. No me gusta reconocerlo, pero al principio he creído que eras un fantasma; luego, al darme cuenta de que eras tú, sólo he podido pensar que ibas a arder como una antorcha si volcabas esa lámpara de queroseno… No pretendía asustarte.

Skye tenía los ojos clavados en las manos de Walker. Los nudos parecían desenredarse de forma espontánea, fundirse ante sus suaves toques. Cuando había movido sus manos atadas desde detrás hacia delante, todo su cuerpo poseía una excepcional fluidez, y cualquier rastro de tensión se disolvió ante sus elegantes contorsiones. Ahora sus dedos tiraban de los nudos, ya flojos, y Skye vio que deslizaba las manos por una abertura más pequeña que sus propias muñecas… Al quedar libre, estiró los dedos y empezó a apretar y abrir los puños. No tardó nada en desatar los tobillos, y entonces echó las cuerdas a un lado y acudió junto a Skye. Con dulzura, le tocó el lado de la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué ocurrió?

—Parnell. La primera vez no lo vi llegar.

Dejó que le diera la vuelta para poder encargarse de la media que le ataba las muñecas.

—¿La primera vez? —preguntó él.

—La segunda, lo provoqué yo; quería que me dejara tranquila.

No tuvo que dar más explicaciones; la tensión de Walker y su silencio le dijeron que había entendido.

—Y funcionó. —Añadió en voz baja—. Me trajo aquí contigo.

Walker recobró la voz despacio.

—Cuéntamelo desde el principio —le pidió.

Skye inspiró hondo tranquilizadora, más para Walker que para sí misma.

—Descubrió que yo tenía un arma. Esta tarde, Matt nos ha oído en el estanque de los cisnes e, inocentemente, se lo ha dicho a Annie.

—Quien, no tan inocentemente, se lo ha contado a Parnell… —La cólera crispó la voz de Walker—. Sólo se ha preocupado de sí misma.

—No la culpes: tiene que pensar también en Matt… Y, además, me temo que tal vez todo haya acabado mal para ella. Tenemos que encontrarlos a los dos —dijo Skye; luego, con rapidez, mientras Walker la liberaba, le contó que Annie la había encerrado con llave en el sótano y le explicó, asimismo, lo del ropero que se abría entre el cuarto de Parnell y el suyo—. Así es como él iba y venía. Entre las habitaciones no hay un pasadizo, al menos no en forma de corredor, pero los roperos están pegados a ambos lados de la misma pared; el mío está en mi vestidor, pero el suyo es tan grande que está en el dormitorio principal.

Walker le masajeó las muñecas una vez liberadas, y sintió como ella se encogía de dolor cuando volvió a correrle la sangre.

—¿Lo descubrió Matt?

Skye asintió.

—Por casualidad. Parnell se puso furioso. Estaba escuchando cómo Annie me contaba lo que había hecho, y cuando me di cuenta de adonde había ido Matt, nos cogió a todos. Hizo que Annie preparara el equipaje, y dio la impresión de que iba a dejar que ella y Matt se marcharan…, pero no sé si eso es lo que ha hecho.

—La encontraremos —la tranquilizó Walker—. Y también a Matt.

Volvió a darle la vuelta y esta vez se dedicó a sus tobillos.

—Pero lo primero es lo primero: debemos encontrar cómo salir nosotros… —Echó una ojeada a la lámpara—. Y no tenemos mucho tiempo; hay queroseno para treinta minutos como máximo.

—¿Qué crees que harán Parnell y Corina? ¿Vendrán a ver cómo estamos?

—Yo de ellos no lo haría —contestó él con frialdad—. Me parece que no somos prisioneros; en teoría, ésta es nuestra tumba. Cuando Parnell se dio cuenta de que Matt se había enterado de lo del arma por nuestra conversación, comprendió que yo seguía relacionado de algún modo contigo. Es difícil imaginar lo que sabe o lo que cree saber, pero está claro que decidió no correr riesgos, y que pensó que era hora de deshacerse de nosotros. Tal vez Corina lo haya animado.

—¿Se irán de la casa?

—Eso es más difícil de decir. —Le frotó los tobillos—. Depende de lo codiciosos que sean. Parnell y Corina tienen todo el dinero que han reunido con el timo del invento. He encontrado los contratos: están en el escritorio, donde dijiste que estarían. No he tenido tiempo de

examinarlos, pero estoy seguro de que eran eso. Es preciso que los cojamos antes de que los destruyan.

Ayudó a Skye a ponerse de pie y le echó un rápido vistazo. Su desnudez y el motivo que la había originado volvieron a despertar su cólera; era algo casi tangible, con calor y cuerpo. Skye le tocó el antebrazo y sintió la tensión que le agarrotaba los músculos.

—Él no… No pasó nada. Ya te he dicho que hice que se enfadara. Y esta vez no me drogó.

—¿Sabías que estaba dragándote?

—Lo sospechaba. Corina tenía ocasión y motivo, y lo hizo por él. —Se llevó la mano al lado de la cara—. Salvo por esto, él no me ha tocado.

Walker le colocó los brazos en torno a la cintura y se la acercó sólo un instante; con los labios le rozó la frente, y luego la ligera magulladura de la mandíbula.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Ayúdame a encontrar una salida. ¿Crees saber adónde lleva el túnel?

Skye se echó hacia atrás.

—A ninguna parte; si hubiera una salida en esa dirección, no nos habrían puesto aquí. Míranos: ninguno de los dos está muy sucio, lo que quiere decir que no nos han traído por ese camino. Creo que el taller de Parnell está al otro lado de una de estas paredes de piedra. Debe de haber un modo de entrar que no resulta evidente a primera vista, pero que está ahí si sabemos buscarlo. Este es el túnel en el que Parnell ha estado trabajando.

—¿El que lleva al tesoro?

—Más bien el que él cree que lleva al tesoro.

En ese momento, a Walker no se le ocurrió discrepar de la teoría de Skye sobre el tesoro, ni ponerse a discutir con ella sobre lo que pensaba Parnell. La mera existencia del túnel le hizo creer que había más realidad que fantasía en sus palabras.

—¿Merece la pena hacer indagaciones?

—Sólo si nos dividimos.

Él asintió. El problema era que sólo había una luz y dos direcciones; entonces echó una ojeada al catre y dijo:

—Será cosa de un momento.

No le costó trabajo hacer pedazos la cama; luego hizo tiras de la lona podrida y las envolvió en una de las patas de madera. Dividió las preciadas reservas de queroseno vertiendo la mitad a gotas sobre la lona y por fin la encendió.

—Usa tú la lámpara; yo cogeré esta antorcha. Da un grito si encuentras algo.

La besó fuerte en la boca y luego desapareció en el interior del túnel.

Skye empezó a buscar al instante, pasando las manos por las ásperas piedras encaladas, confiando en que una se moviera. Trabajó de forma metódica, de arriba abajo y de izquierda a derecha; empujó y tanteó con los dedos, con la base de la palma de las manos y, a veces, hasta con el hombro… Pero, salvo por los trozos de argamasa que se desprendieron y porque despegó parte del encalado, la empresa fue infructuosa. Cuando

completó las tres paredes, empezó de nuevo, esta vez más despacio incluso, y tiró de las piedras además de empujarlas.

La antorcha de Walker parpadeaba mientras él avanzaba por el estrecho pasillo. A intervalos regulares, el túnel estaba apuntalado con maderos, pero había suficiente tierra suelta en la base de las paredes como para decidir que, en el mejor de los casos, suponían un apoyo insuficiente. Caminó con cuidado, buscando alguna fuente de luz que no procediera de su antorcha. A menos de veinte metros de la entrada encontró las botas, los guantes y el guardapolvo de Parnell; junto a estas prendas había un pico y una pala, y en la punta del mango del pico estaba colgado un sombrero negro de fieltro, de ala ancha. Todo ello demostraba que Parnell se había tomado en serio los mitos de la familia Granville. Walker meneó la cabeza, tiró el sombrero y cogió el pico.

El túnel descendía en una suave pendiente, y a Walker casi le parecía sentir el peso de la tierra encima, presionando. No había ninguna posibilidad de subir cavando, y cuando el túnel se cortó de forma abrupta, a unos veinte metros de donde había encontrado el pico, se dio cuenta de que tampoco había esperanza de salir cavando. Si alguna vez el túnel había llegado más allá de aquel punto, ahora se había derrumbado; era imposible saber la cantidad del trabajo de Parnell que la tierra habría destrozado en su caída. Decepcionado, a pesar de que no contaba casi con ninguna esperanza de éxito, dio la vuelta y empezó a desandar sus pasos.

Nunca supo qué fue lo que hizo que mirara hacia abajo; tal vez fuera

la súbita blandura de la tierra bajo sus pies; tal vez el juego de la luz al bajar la antorcha…, o que el pico dio en una piedra al arrastrarlo. El caso es que Walker atribuyó a la casualidad su descubrimiento. Clavó el extremo de la antorcha en la blanda pared de tierra, levantó el pico en alto y empezó a cavar. Absorto en su tarea, casi no oyó acercarse a Skye.

—Quédate ahí —le advirtió.

Ella dio un rápido paso hacia delante, al tiempo que preguntaba:

—¿Walker? ¿Qué pasa? ¿Qué estás…?

Con gesto glacial y ojos fieros, él le repitió:

—Quédate ahí.

Y una vez más, balanceó el pico. Una serie de pegotes de tierra cayeron cuando lo sacó de un tirón y lo hundió en la tierra de nuevo.

—No hace falta que veas esto.

Pero Skye ya lo había visto. Gracias a las marcas del pico, el contorno de la tumba era evidente. Walker no había encontrado una salida: había encontrado a su tío. Entonces ella se apartó, regresó al cuartucho y esperó. Él apareció diez minutos después; de su antorcha ya sólo quedaban unos cuantos hilos de llama encendidos. Apoyó el pico en la piedra; en torno a las comisuras de su boca se reían unas profundas arrugas.

—¿Es…?

No tuvo que acabar la pregunta; Walker estaba asintiendo.

—Lo lamento —dijo ella en voz baja—. Sé que confiabas en que no fuera cierto.

Así era. En voz alta había dicho que sabía que su tío estaba muerto, pero en el fondo, en su interior, esperaba un resultado distinto. En voz baja, áspera, impregnada de emoción, dijo:

—Ocurrió hace algún tiempo. No creo que yo estuviera aquí por entonces. No creo que hubiera podido salvarlo… —Sus ojos de motas doradas se veían atormentados de dolor—. Nunca sabré…

Los brazos de Skye lo rodearon justo cuando la antorcha se consumió y se apagó.

—No —le dijo—. No te hagas esto. Tú has hecho todo…

Walker la apartó de él, y en un tono desprovisto de toda inflexión, le preguntó:

—¿Has encontrado algo?

—Walker…

En su rostro había una expresión sombría, de planos y ángulos muy marcados. Se pasó los dedos por el pelo para echárselo hacia atrás y repitió la pregunta. No había tiempo para disfrutar del consuelo de Skye, ni siquiera aunque lo admitiera.

—Nada —dijo ella—. No encuentro una salida.

Walker no quiso aceptarlo.

—Eso no es posible: ha habido una entrada.

Era esa certeza lo que había hecho que Skye siguiera trabajando tanto tiempo.

—He probado todas las piedras: no hay ningún resorte secreto, nada que gire ni que pueda manipularse. Y también he repasado el suelo.

Quizá había una salida por el túnel y Parnell la cerró con un desprendimiento de tierra.

—El desprendimiento es más antiguo; el polvo ya se ha asentado. Nos han metido por otro sitio, lo que pasa es que todavía no lo hemos encontrado.

Skye meneó la cabeza; luego levantó la cara y dijo:

—Dios lo sabe. Yo no.

En ese instante, a los dos se les ocurrió al mismo tiempo.

—No estamos detrás del taller de Parnell —dijo Walker.

Skye terminó su idea.

—¡Estamos debajo!

La lámpara chisporroteaba ya, pero ninguno de los dos le prestó atención. Walker alzó a Skye sobre sus hombros y trazó un meticuloso sendero en espiral empezando en el centro de la habitación. Ella fue empujando el techo de madera hasta que sintió que un tramo cedía un poco, aunque se negaba a moverse.

—Es imposible, Walker. Ha puesto algo encima. No puedo levantarlo.

—Sí puedes.

—Pero…

Iba a tener que hacerlo; el techo estaba demasiado alto para que Walker lo alcanzara solo, y Skye no podía sostenerlo a él, de modo que le tocaba hacerlo a ella. La lámpara ya no daba más que un destello de luz, y en la oscuridad tal vez no encontraran la trampilla otra vez.

—Súbete a mis hombros, Skye.

Ella reaccionó al tono de mando que había en su voz. Cuando él se agachó, se agarró a sus brazos alzados y se vio izada de pie sobre sus hombros. Luego Walker se levantó despacio, y Skye dobló las rodillas para no darse un golpe en la cabeza con el techo. Cuando estuvo directamente debajo de la trampilla, empezó a estirarse y a empujar con todas sus fuerzas, mientras Walker absorbía la presión de su peso. La trampilla apenas cedió medio centímetro. Skye sintió que el objeto que había encima se desplazaba un poco, y entonces empujó más fuerte, usando todo el cuerpo como palanca para forzar la abertura.

—Más, Skye —la animó Walker; la fuerza de su empujón casi le doblaba las rodillas, pero se mantuvo firme, agarrándola bien de los tobillos—. Vas a conseguirlo.

A Skye le pareció que la sostenía algo más que el cuerpo de Walker; creyó sentir su completa confianza. Él creía en ella tal vez como nadie había creído nunca. Empleó más fuerza e impulso, y se ayudó además con un gruñido nada propio de una dama, que habría horrorizado a su madre y habría hecho que Jay Mac meneara la cabeza, incrédulo. Con un áspero ruido, una de las patas de la mesa de trabajo que estaba arriba se apartó a la fuerza de la trampilla, y ésta se abrió de golpe, tan súbitamente que Skye se desplegó como un muñeco de resorte a través de la abertura. Entonces se apoyó en el suelo del taller y subió a pulso sin dificultad.

—Pásame la lámpara —dijo—. Seguro que hay otra aquí dentro.

Walker la alzó hasta ella; con su último hilo de luz, Skye encendió el farol que colgaba justo al lado de la puerta y luego lo llevó cerca de la abertura. Walker miró hacia arriba y vio su dulce rostro, mirándolo. Sonrió y dijo:

—Te amo.

Ella le devolvió la sonrisa con expresión plácida y repuso:

—Sólo por eso, voy a pasarte una escalera de mano.

—¿Hay una escalera de mano?

Skye asintió.

—Parnell debió de subirla después de acabar con ella.

Desapareció el tiempo suficiente para coger la escalera que estaba apoyada en la pared; después la bajó un poco hasta que Walker la agarró y la sostuvo. Luego, cuando él asomó la cabeza por el hueco, lo besó.

—¿De verdad creías que yo podría levantar la trampilla? —le preguntó mientras le echaba una mano.

—Desde luego —se limitó a decir él—. Tú puedes hacer cualquier cosa.

Con una amplia sonrisa, Skye cogió el farol.

—¿Y ahora qué?

—¿Dónde está esa arma?

—Estaba en mi baúl.

—Tenemos que cogerla. Si Parnell y Corina siguen en la casa, tal vez podamos subir por la escalera trasera sin que se den cuenta.

—Muy bien.

Skye salió del taller detrás de Walker. No intercambiaron ni una palabra mientras se abrían camino silenciosamente escaleras arriba hasta la cocina. En el último tramo, Walker se detuvo un instante y se quedó atento por si oía sonidos de conversación o movimiento; con una sola mirada a Skye le comunicó que no había riesgo en continuar. La escalera trasera también estaba desierta. Walker hizo que ella esperase en el descansillo hasta que se convenció de que el pasillo era seguro; cuando llegó a la puerta de la habitación de ella, le hizo una señal para que lo siguiera.

—¿Dónde están? —preguntó Skye, sólo moviendo los labios.

Él se encogió de hombros; rebuscó en el baúl y, al cabo de unos segundos, encontró el arma. Comprobó el cañón: estaba vacío. Entonces alzó las cejas y dirigió una elocuente mirada a Skye.

—Yo no he dicho que estuviera cargada —susurró ella—. Y tú no me lo has preguntado.

—Tengo cartuchos en mi cuarto.

Con señas, le indicó que esta vez ella debía ir primero y que él la cubriría. Skye dio un paso fuera del vestidor y de pronto se detuvo y se puso un dedo en los labios. Con la otra mano señaló el ropero: se oían voces que llegaban desde el otro lado. Walker se acurrucó delante del mueble mientras Skye se arrodillaba junto a él. Parnell y Corina estaban discutiendo; sus voces exaltadas y el tono áspero de sus palabras se oían perfectamente a través del fino tabique de madera.

—Y yo te digo que no nos quedamos más tiempo aquí —dijo Parnell

—. ¿No puedes conformarte con lo que hemos conseguido? Ya hemos tenido muchísimo éxito, más de lo que yo soñaba. ¿Por qué siempre quieres más?

—Porque tus sueños son ínfimos, por eso —espetó Corina enojada—. Yo soy quien nos ha traído hasta aquí.

—Y yo soy quien ha corrido los riesgos. Tú eres la cocinera, pero yo he estado suplantando a otro. Mi firma está en esos contratos.

Walker tocó la muñeca de Skye y, con una serie de gestos, le dijo que iba a cargar el arma y a coger los contratos. Ella debía quedarse donde estaba. Skye accedió y, por el rabillo del ojo, vio que Walker se iba; mientras tanto, siguió escuchando a escondidas la conversación de Parnell con su hermana.

—Si no quieres preparar tu equipaje, Cory, no lo hagas —decía Parnell—: tenemos dinero suficiente para que te compres un vestuario nuevo. Puedes viajar a donde quieras y hacer lo que te dé la gana. Setenta mil dólares te harán muy feliz si quieres.

En la pequeña y ovalada cara de Corina habían aparecido unas manchas de intenso color rojo.

—¡Eso no es nada comparado con el tesoro! —dijo con rabia—. ¡Nada!

—Y un tesoro que no existe vale exactamente eso: nada. —Él metió la mano debajo de su cama, sacó dos maletas y las colocó sobre el lecho—.

Llevo ya meses buscándolo, y soy yo quien busca. Allí no hay nada, Corina: ese túnel no se puede excavar. Parnell te lo dijo, y tú no quisiste escucharlo. Al obligarlo a cavar, enviaste a ese hombre a la muerte… Podría haber sido yo quien muriese enterrado vivo.

Por un instante, vio en los ojos de ella el fugaz deseo de que, en efecto, hubiera sido él, y le advirtió:

—Ten cuidado. Puedo meterte en ese sótano tan fácilmente como metí a los otros.

Corina soltó un bufido desdeñoso.

—No lo habrías hecho en absoluto sin mi ayuda. ¿O crees que Walker te habría seguido sin más hasta allí, como un cordero llevado al matadero? —Cruzó los brazos en actitud más impaciente que defensiva —. Tú me necesitabas; siempre me has necesitado. Porque soy yo quien aceptó el trabajo con Parnell; yo la que vio la oportunidad de los contratos; yo quien leyó la historia de los Granville y comprendió las posibilidades que había… ¿Qué has hecho tú, salvo complicar todos nuestros planes a causa de tus repugnantes necesidades?

Él echó la cabeza hacia atrás bruscamente a consecuencia de sus golpes verbales; un fuerte rubor le inflamó la cara.

—Cierra el pico, Cory…

Pero ella se negó a dejarse intimidar.

—Cediste a aquellas amenazas de muerte y contrataste a Walker Caine en contra de mis consejos. ¡En lugar de tener sencillamente unos cuantos criados de los que preocuparse, teníamos que vérnoslas con

alguien cuyo trabajo era vigilarte a ti! En todo el tiempo que ha estado aquí, apenas has adelantado en el túnel; estás casi en el mismo punto donde estaba Parnell cuando se produjo el corrimiento de tierra… Y luego la señora Givens.

—Cierra el pico, Cory…

—Cuando la asustaste, tuviste que buscar otra ramera… Estabas deseando tener a aquella zorra Dennehy, ¿verdad? ¡Y yo estuve drogándola desde el principio sólo para que la follaras!

—Yo no…

—Es eso, ¿verdad? ¡Tú no follas! Tú sólo tocas… Pero ¿qué clase de hombre eres?

Parnell alzó la mano, y los ojos de Corina centellearon.

—No vayas a pegarme —le advirtió con rabia—. ¡No te atrevas!

En lugar de dejar la mano flotando en el aire, Parnell se pasó los dedos por el pelo con gesto de cólera.

—Tienes que pagarles o drogarías y, a pesar de eso, no haces lo que hace un hombre de verdad. Esta noche también lo habrías intentado con ella si yo no te hubiera detenido… Y habrías vuelto a fallar.

—Ve a por tus cosas, Cory. Nos vamos de esta casa. Se acabó. Si es que alguna vez hubo un tesoro, no va a ser tuyo.

—Es porque aún me deseas, ¿verdad? —preguntó ella insistente, pinchándolo; su voz, ronca y baja se había convertido en un susurro gutural—. Igual que cuando éramos niños. Te he estropeado para otras mujeres… Pero entonces no sólo me tocabas. Yo te dejaba que hicieras

otras cosas… Te dejaba que lo hicieras todo.

¿Es porque soy tu hermana? ¿Eso es lo que lo hacía distinto para ti?

—Hermanastra —le recordó él en voz baja mi hermanastra.

—Lo sé; pero mamá decía que aquello estaba mal ¿Te acuerdas de cuando ella…?

Esta vez Parnell alzó las manos para ponérselas sobre las orejas.

—No te escucharé —dijo con firmeza.

—Qué niño eres —susurró ella—. No me extraña que me necesites para que te enseñe lo que hay que hacer.

Parnell se apartó y fue hacia el ropero.

—Me voy de aquí, Cory. Tú puedes irte o quedarte, como te plazca. Me llevo la mitad del dinero. —Abrió de un tirón la puerta del armario —. Y tú puedes quedarte…

Exactamente como Alicia a través del espejo, en ese momento Skye Dennehy cayó hacia delante por la abertura. Intentó escapar como pudo, pero Parnell fue más rápido: la cogió con los dedos por los hombros de la camisola y tiró fuerte. Para evitar que desgarrara la tela, Skye se vio obligada a avanzar de rodillas.

Corina levantó las manos; estaba a punto de romper a llorar de indignación. Sin embargo le preguntó a Parnell:

—Pero ¿es que no sabes hacer nada? ¡Creí que habías dicho que no podría salir de allí! ¡Debiste matarla! —Echó una rápida ojeada por encima del hombro a la puerta abierta de la habitación—. Sabes lo que significa eso, ¿verdad? Que él también ha salido.

Parnell movió la mano del hombro al cabello de Skye; entonces se lo retorció con los dedos y le dio un brusco tirón hacia arriba hasta ponerla de pie. Poco menos que gruñó:

—¿Es verdad eso? ¿Walker también ha salido?

Skye permaneció muda, pero Corina le espetó, furiosa:

—Claro que ha salido. Espero que hicieras mejor trabajo con Annie y su mocoso. —Su carnosa boca se redujo a una línea, luego esbozó un gesto de desprecio—. ¿O es que esperamos más compañía?

Parnell pasó el antebrazo por delante de la garganta de Skye mientras cerraba la puerta del ropero de una patada.

—Creo que cabe suponer con bastante seguridad que él no va a venir por aquí —le dijo a Corina.

La voz de ella subió una octava.

—¡Él no tendría que venir por ningún sitio!

—¿Tienes tu pistola?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues ve a cogerla.

—¿Y si él está ahí fuera? —preguntó—. ¿Y si está esperándome?

Parnell soltó una risa breve y desprovista de humor.

—No es tan fácil ser quien corre los riesgos, ¿eh? Pues bueno, querida hermana, yo tengo mi protección. ¿Qué protección vas a usar tú? Y piensa que a Walker Caine nunca le han interesado demasiado tus fríos encantos.

—Bastardo…

La presión que Skye sentía en la garganta hizo que cada palabra le costara lo suyo; con todo, le susurró a Parnell:

—Si la deja marchar, no volverá… Y no porque Walker la encuentre. Ella volverá a engañarlo.

El brazo de Parnell no se aflojó, sino que se apretó más sobre la garganta de Skye, como si así fuera a obtener respuestas. Luego miró a Corina entornando sus fríos ojos azules.

—Explícate —dijo—. ¿Qué traición es ésa?

Corina meneó la cabeza y le dijo:

—Está intentando ganar tiempo. Voy a por mi pistola.

Skye transmitió urgencia a sus palabras de aviso al dirigirse de nuevo a Parnell:

—No deje que se vaya: lo abandonará.

—Quédate donde estás, Cory. Quiero escuchar lo que ella tiene que decir.

Pero su hermana hizo caso omiso de él.

—Walker debe de estar en otro lugar —comentó—. Sólo trata de darle tiempo para que llegue aquí.

Y, tras titubear en el umbral y mirar a un lado y otro del pasillo, echó a correr hacia su cuarto.

—La ha perdido —susurró Skye con voz ronca. Subió las manos hasta el antebrazo de Parnell e intentó que él aflojara la sujeción de la garganta. Se las arregló para ladear un poco la cabeza e inspirar profundamente; una respiración que la revivió.

—Ha estado tomándolo por tonto. Usted debió sospecharlo.

Parnell le dio una pequeña sacudida antes de indicarle que caminara hacia la puerta. Luego le dijo:

—Cuénteme. —Y subrayó la palabra obligándola a ponerse de puntillas; si hubiera apretado más, sus pies no habrían tocado el suelo.

Skye buscó asidero en el antebrazo que la sujetaba a él; hundió los dedos en la camisa de Parnell y en el duro músculo que había debajo.

—Todo el tiempo que lo ha tenido cavando en el sótano, ella ha estado buscando el tesoro arriba.

—¿Dónde? ¿Aquí, en esta planta?

Skye sólo pudo decir dos palabras con voz ahogada:

—Más alto.

Mientras tanto, Parnell la llevó al pasillo, en dirección a la escalera principal. Cuando estaban ya sobre en el rellano, él se detuvo un instante, y ella contuvo el aliento, temerosa de que fuera a empujarla.

—En la planta de los criados. Subía allí por la noche… Cuando usted estaba…

—Con usted.

—Conmigo —reconoció—. Su hermana quería que usted estuviera conmigo. Tuvo la oportunidad de deshacerse de mí y no la aprovechó.

Supo que Parnell le prestaba toda su atención, porque su brazo se aflojó un poco para dejarla respirar.

—Corina me cubrió.

—¿De qué está hablando?

—Yo entré en el sótano. Annie me encerró dentro con llave, y Corina lo sospechó. Pero en lugar de desenmascararme, aquella noche me drogó la leche y luego volvió al sótano para cerrar con llave la puerta que yo había usado para salir. Y, además, no se lo contó a usted. Yo le convenía como elemento de distracción.

Parnell le puso una mano en la espalda y la obligó a bajar el primer escalón. Con la boca muy cerca de su oreja, le dijo en voz baja:

—Cory dice que no debí dejarle leer la historia de los Granville… Pero usted sabe por qué quise que la leyera.

Sí lo sabía; Parnell quería convencerla de que era el fantasma de Hamilton Granville quien la visitaba de noche en su habitación. La quería seducir por la idea del fantasma: un poco asustada, un poco intrigada…, y completamente esclava de él.

—¿Hizo usted lo mismo con el ama de llaves que tenía antes?

Él no respondió a su pregunta y de nuevo apretó el brazo, de modo que ya no pudo preguntar más. Fue un silenciador eficaz; era incapaz de lanzarle un grito a Walker, incapaz de advertirle de que se acercaban… Parnell la instó a que avanzara hasta el borde del siguiente escalón.

Skye no entendió en seguida qué intención albergaba. Al principio creyó que sólo pretendía sacarla de la casa usándola como rehén para escapar. Pero cuando la volvió en dirección a la biblioteca, se dio cuenta de su error; había olvidado el dinero, no había pensado en dónde tendría guardada la fortuna procedente de los inversores. Parnell no se la habría confiado a un banco, y menos cuando entre los hombres de negocio a

quienes había engañado se contaban varios banqueros. La había mantenido cerca de él para mirarla de vez en cuando; la había conservado cerca para poder disponer de ella al instante.

Las puertas de la biblioteca estaban cerradas, y Parnell le hizo abrirlas. El brazo que tenía al cuello le cortaba la circulación, por lo que sentía los dedos entumecidos y torpes; le parecía que ni siquiera pensaba con claridad. Debía encontrar un modo de advertir a Walker.

La habitación estaba vacía. Parnell se aseguró dando la vuelta con Skye en un lento círculo para examinar el terreno. Luego la empujó hacia la mesa y la obligó a sentarse en el sillón que había detrás; después empujó el sillón hacia delante, de modo que Skye quedó enjaulada entre el tablero de la mesa y los brazos del sillón. De pie, detrás de ella, fue dándole instrucciones para que abriera los paneles. Uno por uno, Skye accionó la apertura de los cajones secretos y cada uno, por turno, mostró que estaba vacío: los contratos y el dinero habían desaparecido. Las puntas de los dedos de Parnell se volvieron blancas al hundirse con fuerza en los hombros de Skye.

—¡Maldita! —exclamó—. ¡Se lo ha llevado todo! ¡Todo!

Skye soltó un grito ahogado de dolor, y sus manos resbalaron de la mesa y cayeron en su regazo. Desde su escondite debajo de la mesa, Walker puso un arma cargada en la palma de su mano, y Skye cerró los dedos en torno a ella. En ese instante, Parnell apartó con gesto brusco el sillón de la mesa y tiró de Skye hasta ponerla en pie de nuevo. Pero esta vez, al darle la vuelta hacia él, se encontró frente al cañón de su propio

Colt. Retrocedió un paso sin que Skye se lo indicara; le bastó ver cómo sostenía con firmeza el arma con las dos manos.

Mientras salía a gatas de debajo del escritorio, Walker le dijo a Skye:

—No dejes de apuntarle. Y si se mueve, dispara.

Entonces, se agachó a sus pies descalzos y le arrancó una tira del bajo de la camisola. Skye no se inmutó. Walker se enderezó después de arrancar una segunda tira y, con una en cada mano, dirigió su siguiente orden a Parnell:

—Dese la vuelta y ponga las manos a la espalda.

Al ver que titubeaba, añadió:

—Dispárale, Skye.

El movimiento de su dedo fue casi imperceptible, pero Parnell lo vio; en seguida giró sobre los talones y llevó las manos detrás de la espalda. Walker se apresuró a atarlo, y luego lo obligó a arrodillarse y añadió otro trozo que ataba las muñecas a los tobillos. Cuando hubo acabado, empujó a Parnell en el hombro, de modo que perdiera el equilibrio de costado. Mientras lo observaba trabajar, Skye se dijo que Parnell debía de estar pensando en los errores que había cometido a la hora de atarlos a ambos. El método con que Walker lo había amarrado hacía imposible que desplazara las manos hacia delante, como había hecho él.

—Voy a traer a Corina —dijo Walker—. Quiero que te quedes aquí.

Skye relajó la fuerza con que agarraba el cok.

—Lo necesitarás. Corina ha ido a por su arma.

Él meneó la cabeza.

—Quédatelo; y no vaciles en usarlo.

—No lo haré.

Pero no había sido Skye quien lo había dicho. Ella y Walker se volvieron a la vez hacia la puerta abierta: Corina Reading estaba allí. Sus pequeñas manos sostenían su arma con tanta firmeza como Skye, y con ella apuntaba directamente a Walker; más de cuatro metros y medio la separaban de su blanco. Sus delicadas facciones tenían una expresión severa, y sus ojos negros como la endrina lo miraban, fijos y fríos. Mientras seguía apuntando al pecho de Parnell, Skye observó el arma de Corina con ojo crítico.

—Es un revólver de bolsillo de un solo tiro —le explicó a Walker—; un Smith and Wesson del 32. Tiene buen alcance, pero poca precisión. Sólo dispone de un tiro. Ha de ser muy buena…, o tener muchísima suerte.

El estremecimiento que sintió Corina se concentró en sus ojos.

—Sólo quiero el dinero.

Skye no había cambiado de postura; incluso con su arma apuntada en otra dirección permanecía completamente serena. Entonces prosiguió:

—Tengo ventaja sobre ella.

La boca de Walker esbozó una leve sonrisa cuando clavó los ojos en los de Corina; sus palabras sonaron con el leve tono crispado de un desafío.

—Ya la ha oído, Corina: dice que tiene ventaja sobre usted.

Entonces, la mano de Corina se tensó. De un codazo, Skye apartó a

Walker y, en el mismo movimiento, giró y disparó mientras la bala de plomo del revólver de Corina cortaba el aire. Sintió el retroceso del Cok en forma de sacudida contra los músculos y de estremecimiento en los huesos y, además, la minúscula sensación de algo caliente y duro que le pasaba rozando la curva del hombro. Simultáneamente, vio que los pies de Corina Reading saltaban por el aire y que sus hombros se echaban hacia atrás. Una fuerza la arrojó contra la pared de enfrente del pasillo, donde se quedó pegada durante un segundo, mientras en sus facciones se pintaban tanto la sorpresa como el dolor. A continuación, se desplomó; el cuerpo se le dobló hacia delante como si fuera una muñeca de trapo y quedó tendida boca abajo en el suelo de madera.

El Smith and Wesson de un solo tiro resbaló de su mano y se deslizó veloz, rozando el suelo.

Todos se quedaron quietos y en silencio. Los miembros de Parnell estaban tensos contra sus ligaduras. Los brazos extendidos de Skye se habían bloqueado en el acto de disparar. El cuerpo de Walker permanecía medio en cuclillas, en la postura que Skye le había obligado a adoptar… Fue él quien reaccionó primero. Despacio, se enderezó, le quitó a Skye el arma de las manos y la dejó encima de la mesa.

—¿Estás bien?

Ella asintió; tenía la cara pálida, y el corazón le latía con fuerza, pero estaba de una pieza. En voz baja dijo:

—Me ocuparé de ella. Vigila a Parnell.

Skye cruzó la habitación hasta llegar junto a Corina y se arrodilló. La

sangre iba formando un charco en el suelo, cerca de su hombro, y Skye le dio la vuelta con suavidad. Le abrió el vestido y, con cuidado, se lo bajó por el hombro herido; después, tras desgarrar más aún su camisola ya hecha trizas, le vendó la herida.

—Tenemos que llevarla a un médico —dijo.

—¿Es una herida limpia?

—La bala la ha atravesado.

—¿Y Annie y Matt?

Skye miró a Corina; estaba lívida, pero su pulso era regular. El flujo de sangre se había hecho más lento y ya no suponía un riesgo.

—Hay tiempo. Esto no es mortal.

Corina gimió bajito, como para poner algún reparo, pero Skye no prestó atención a su representación y señaló a Parnell.

—Él te ayudará a encontrarlos.

Parnell se incorporó con dificultad y dijo:

—Hank los llevó a Baileyboro.

—Está mintiendo —afirmó Skye—. Oí que Corina decía que esperaba que no pudieran salir, y se pelearon por eso. Annie y Matt están atrapados en algún lugar de la casa.

—Me necesitan para encontrarlos —se apresuró a decir Parnell.

Walker hizo caso omiso de la interrupción y miró a Skye.

—¿Sabes dónde pueden estar?

Ella meneó la cabeza.

—Uno de los armarios cerrados con llave…, un corredor que no haya

tenido tiempo de examinar…, otro sótano… No los encontraría rápido. El pobrecito Matt… —Sus verdes ojos brillaron cuando las lágrimas se asomaron a ellos—. Y Annie estará tan asustada…

—Entonces, en efecto, necesitamos a este bastardo —dijo Walker.

Skye no miró a Parnell y se limitó a decir:

—Ten cuidado.

Parnell dio un tirón a sus ligaduras.

—Tendrá que desatarme; no pienso decirle nada si no me desata.

Walker se agachó a su lado; en sus fríos ojos había agudos destellos que transmitían su distante indiferencia. En voz baja, comentó:

—Puedo hacer que me diga todo lo que yo quiera. —Observó que en el labio superior de Parnell se formaba una gota de sudor; lo había convencido—. Sólo porque tenemos poco tiempo, dejaré que se ponga de pie.

—¿Es el dinero? —preguntó Parnell—. ¿Es eso lo que quiere?

Walker cogió un abrecartas de la mesa y lo usó para deshacer los nudos que sujetaban los tobillos de Parnell.

—Mi tío era Jonathan Parnell —contestó—; de eso se trata, señor Curran. Un hombre bueno y honrado está muerto y enterrado en una mala tumba, debajo de esta casa…, y usted tendrá que responder por ello.

Calló un segundo mientras soltaba los últimos nudos, y volvió a echar el abrecartas en la mesa; luego levantó a Morgan Curran de un tirón y añadió:

—¿Es suficiente explicación de lo que pretendo estando aquí?

El hombre que durante meses había sido conocido como Parnell estaba tambaleándose.

—¿Sabe quién soy?

—Siempre lo he sabido.

—¿Y las amenazas contra mi vida…?

—La única amenaza contra su vida soy yo.

Morgan Curran tenía la garganta seca, y no tuvo bastante saliva para escupir. Avanzó la barbilla en dirección a Skye.

—¿Ella es su compañera?

—Ahora sí.

—La muerte de su tío fue un accidente: el túnel se hundió.

Walker se quedó impasible.

—No tenía por qué estar allí dentro.

—Fue idea de Corina… Creía que la fortuna de los Granville estaba enterrada al final del túnel, como si fuera una maldita olla de oro al final del arco iris.

—Y usted siempre sigue las indicaciones de su hermana.

Curran parpadeó.

—Mi hermanastra —corrigió—. Pero sí, sigo sus indicaciones. Es una mujer muy fuerte. No es fácil de someter.

Entonces, intencionadamente, su vista se dirigió de nuevo a Skye. Ella le devolvió una mirada llena de odio, y un burlón gesto de desprecio acompañó la réplica de Curran.

—A algunas mujeres se las domina con más facilidad.

Skye no permaneció callada.

—¡Usted me drogó! —lo acusó—. Yo no lo habría dejado…

Se dio cuenta del peligro demasiado tarde. Walker se había distraído al desviar su atención hacia ella, y la conversación de Morgan Curran tenía un objetivo. Las ataduras de sus muñecas estaban ya flojas.

—¡Walker!

Walker esquivó la embestida de Curran, pero entonces se dio cuenta de que el blanco no era él: lo que pretendía era coger el arma. Los dos colocaron las manos en el Colt al mismo tiempo, y en su lucha por hacerse con él, resbalaron sobre la mesa y volcaron el sillón y una lámpara de queroseno apagada. Los vidrios rotos se clavaron en la espalda de Walker cuando cayeron de la mesa al suelo. Curran logró coger el arma y, como pudo, se puso en cuclillas. El pie de Walker lanzó una patada, pero Curran replegó la mano a tiempo. Entonces, disparó en dirección a Walker, pero falló por cuestión de centímetros cuando éste empujó el sillón caído hacia él y lo desequilibró, lo que dio a Walker tiempo suficiente para ponerse en pie. Curran reaccionó inmediatamente; cambió la trayectoria del Colt y apuntó a Skye para hacer que su contrincante se detuviera.

Aquello fue un error. La rabia de Walker estalló como una explosión controlada: en una fracción de segundo, pasó de una absoluta quietud a convertirse en un borrón de movimiento. Saltó con los pies hacia delante y golpeó la muñeca de Curran justo cuando éste disparaba y Skye se

aplastaba contra el suelo. Ella sintió un estremecimiento, aunque no procedía de su cuerpo, y oyó un grito, aunque no surgió de su garganta. Alzó la vista a tiempo para ver que el fuerte golpe de la mano de Walker hacía arrodillarse a Curran. Un segundo golpe, dado con el canto de la mano, empujó la cabeza de Curran hacia atrás, y sus hombros se estrellaron contra el suelo. Entonces, el pie de Walker entró en contacto con el pecho de Curran y, gracias a que se contuvo en el último segundo, sólo le rompió dos costillas en lugar de magullarle el corazón. Curran gruñó de dolor cuando intentó respirar otra vez.

Walker se quedó de pie junto a él, sin aliento, más por la intensidad de su cólera que por la pelea. Miró a Skye, que estaba arrodillándose y se ocupaba de Corina, no de sí misma. Preguntó:

—¿Ella está…? —Pero no tuvo que acabar la pregunta.

Skye bajó los ojos y asintió despacio con la cabeza; el mensaje estaba claro.

Walker oyó que Curran soltaba un angustiado gemido al comprender lo que no se había dicho. Entonces bajó la vista y, en tono indiferente, sin alzar su profunda voz, dijo:

—Annie y Matt.

Y cuando Walker, fiel a su palabra, hizo que Morgan Curran se lo contara todo, Skye lo escuchó y sintió que se calmaba su corazón.

* * *

Epílogo

Por segunda vez en el breve tiempo que llevaban casados, Walker Caine cruzó un umbral con Skye en brazos. Aunque en tono de protesta, pues ella insistió un poco en que aquello ya lo habían hecho, al decirlo le abrazaba bien el cuello y se acurrucaba contra él.

—No es lo mismo —dijo Walker—. La otra vez fue en el Saint Mark; éste es nuestro hogar.

A Skye le gustó cómo sonaba eso. Y cuando él la dejó en el suelo, en el vestíbulo de entrada de la casa Granville, le rozó la mejilla con los labios; Walker volvió la cabeza para que el beso se posara más plenamente en su boca, pero el contacto fue fugaz. Skye se echó hacia atrás, sonrió y, dirigiéndole una mirada de complicidad dijo:

—Por aquí.

—Estaba impaciente y un poco jadeante. Lo tomó de la mano y tiró de él hacia la amplia escalera.

Walker apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta con el pie.

La mansión Granville estaba desierta. Los leves pasos de Skye escaleras arriba sonaban vagamente a hueco, y cuando Walker intentó agarrarla desde atrás, su risa retumbó por todo el corredor. Claro que ninguno de ellos se fijó en ello; disponer de la casa para los dos solos

resultaba liberador, no inquietante. Durante los dos meses que duró la investigación sobre la muerte de Corina Reading y el juicio de Morgan Curran, Walker y Skye habían disfrutado de poca intimidad. Habría resultado más fácil si en la palaciega casa de granito de Jay Mac, en la esquina de la calle Cincuenta y Broadway, se hubieran acuartelado un par de regimientos. El incesante desfile de abogados, banqueros, inversores, periodistas y policías les desquició los nervios a todos… Aunque, como escándalo, mantuvo a la ciudad embelesada. No sucedía a menudo que hombres como Worth, o como Rockefeller, Gould y Carnegie resultaran embaucados. El público no escatimó regocijo y burlas a cuenta de aquellos hombres que dominaban imperios industriales y se habían dejado robar la calderilla por una banda de ladrones formada por un hermano y una hermana.

Durante el transcurso del juicio, a medida que los detalles salían a la luz y convocaban la atención y al ridículo públicos, sólo Jay Mac recibió más de ochocientas peticiones para que invirtiera en inventos, que iban desde máquinas que en teoría reproducían la voz humana, hasta modernos cierres para la ropa.

—Pero ¿qué hay de malo en los botones? —preguntó Jay Mac en más de una ocasión.

Skye se encargó de revisar las peticiones de dinero y distinguir realidad de ficción; era una tarea difícil, pero perfectamente apropiada para su imaginación admirablemente flexible. El invento, por su propia naturaleza, combinaba elementos de lo ya existente con lo que tal vez

llegara a existir, y a Skye la fascinaban esas posibilidades, de modo que se dedicó a separar las peticiones que merecían fondos y a hacer recomendaciones a su padre.

Cierta mañana, durante el desayuno, Jay Mac comentó:

—¿Por qué iba yo a dar a nadie ni siquiera una moneda de cinco centavos? —levantó la edición matinal del *Herald* y les mostró a todos el titular: «Roban a magnates desaprensivos»—. Justo aquí, dice que nuestra perdición fue la codicia.

—Ah, entonces debe de ser cierto —replicó Moira con ironía—. Si está en el periódico para que lo vea toda la ciudad…

Jay Mac soltó un bufido desdeñoso, pero al final tuvo que atender a razones. Por eso, aunque la misma montaña de peticiones también la recibían otros inversores a los que Morgan Curran había estafado de forma parecida, él era el único que respondía con respaldo financiero; eso sí: sólo a unos cuantos bien seleccionados.

—Siempre hay que correr riesgos —le había dicho Skye con un brillo en sus verdes ojos y con voz seria—: eso es lo que he aprendido de ti. El auténtico Jonathan Parnell tuvo una idea que habría provocado una revolución en nuestras vidas. Tú invertiste en una posibilidad, intentaste la cuadratura del círculo. Si las circunstancias hubieran sido sólo un poco distintas, tal vez ahora tendrías la patente de un motor que proporcionaría a miles de personas algo mejor de lo que tienen. Esta vez no ha funcionado, y todos somos un poco más pobres por ello. Pero ¿de verdad quieres dejar el juego por completo?

Cuando le expuso los hechos de ese modo, Jay Mac no se apresuró a responder; lo que hizo fue mirar a Walker.

—Ella gana muchas polémicas —dijo.

—Sí, señor.

—Tienes años de esto por delante.

Walker miró a Skye al otro lado de la mesa; en sus ojos de motas doradas había una sonrisa y un reto.

—Lo sé.

—A lo mejor crees que la has atrapado… —prosiguió Jay Mac—. Pero va a enredarte el resto de tu vida.

—Estoy deseándolo —contestó Walker.

Recordó sus propias palabras cuando Skye esquivó su agarrón al doblar la esquina del descansillo. Dejó atrás la alcoba principal, la que había sido de Curran, y luego pasó de prisa frente a la de ella. Por encima del hombro, le dirigió una sonrisa de sirena, y lo atrajo con una sensual mirada verde que contenía mucha picardía.

—Por aquí —le dijo con voz ronca—. Corre.

Eso le pareció muy bien a Walker; le parecía que había transcurrido poco menos que una eternidad desde la última vez que abrazó íntimamente a su esposa. Había pasado largas horas en el tribunal, primero ayudando a la acusación a preparar el caso contra Morgan Curran, y luego testificando. Aunque él no era responsable de indemnizar a las víctimas de Morgan y Corina, se sintió moralmente obligado a hacerlo en memoria de su tío. De la mesa de escritorio de

Curran se recuperó una considerable cantidad de dinero, y el propio Walker en persona procuró que cada inversor recibiera setenta y cinco centavos por dólar.

También hubo de atender al asunto de las disposiciones funerarias de su tío. Walker estuvo ausente de la ciudad una semana mientras se encargaba del entierro de Jonathan Parnell en el panteón familiar de Boston y, en su ausencia, Skye organizó un funeral como parte del encuentro científico y tecnológico. Quienes habían acudido a oír hablar a Jonathan Parnell guardaron un minuto de silencio en su memoria, y rindieron homenaje a aquel «mecánico de chapuzas» cuya comprensión de lo posible lo había situado en un lugar aparte. Walker llegó a tiempo de participar en el funeral, y se sintió inmensamente conmovido por la amabilidad de Skye y por las condolencias de quienes comprendían el alcance de la pérdida de un hombre como Jonathan Parnell.

—¿Adónde vas? —preguntó Walker.

Skye acababa de dejar atrás la puerta de la habitación que él había ocupado y que habían compartido durante poco tiempo. Ella volvió a sonreír y dobló un dedo en dirección a él; su mirada atrayéndolo era evidente en unos ojos que iban oscureciéndose… Y justo ante la puerta de la habitación de Corina Reading, Skye dejó que la atrapara. Walker la atrajo hacia él y la pegó bien a su cuerpo, besándola intensamente con un beso ansioso y urgente. A ella le costó trabajo recordar su objetivo.

—Ya habrá tiempo para eso —susurró contra su boca.

—¿Que ya habrá tiempo…?

La ronca y sorprendida respuesta de Walker se interrumpió cuando Skye abrió la puerta del cuarto de Corina y tiró de él hacia dentro. Él volvió a alargar la mano para alcanzarla, pero ella se zafó sin problemas de su abrazo y alzó una mano para detenerlo. Por primera vez, Walker comprendió que lo que su esposa tenía en la cabeza eran aventuras, no amores… Y, con cierta dificultad, refrenó sus pensamientos.

—¿Qué buscas, Skye? —Como si él no lo supiera—. ¿Todavía piensas en el tesoro?

Ella asintió, con una sonrisa sólo un poco culpable, y dijo:

—No es por el dinero…

Nunca estuvo en duda que Walker pudiera mantenerla. Con la muerte de su tío, cuanto quedaba de la fortuna familiar pasó a sus manos. La mayor parte de la riqueza no la constituía el dinero de la naviera, sino las patentes que Parnell tenía sobre sus incontables inventos. Mientras la abuela de Walker condenaba la pérdida de su compañía naviera y la falta de sentido comercial de su hijo, Jonathan Parnell había amasado en silencio una fortuna por la que nunca se preocupó. Una vez determinado el patrimonio, incluso Jay Mac se asombró de su envergadura… Y hubo muchas risas a cuenta de Skye, a cuenta de la idea de que, después de todo, sí era una aventurera.

—Sabes que el dinero no me importa —le dijo ella.

Walker mostró una amplia sonrisa.

—Es por el misterio. —Alargó la mano para coger la de ella y la atrajo el tiempo suficiente para besarla en la frente—. Me he casado con

una alma gemela. Muéstrame lo que piensas.

—Corina encontró un camino que llevaba desde esta habitación hasta las dependencias de los criados, arriba.

Mientras se lo explicaba, Skye empezó a mirar en torno a la habitación buscando algún labrado panel de nogal que se moviera bajo su mano; sin que tuviera que indicárselo, Walker empezó a hacer lo mismo.

—Mientras mantenía a su hermano ocupado, cavando debajo de la casa, ella aprovechaba la ocasión para mirar en otra parte; creo que estaba cerca de encontrar lo que deseaba cuando yo llegué aquí y traje a Annie conmigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por una cosa que Annie me dijo cuando me confesó lo del arma. Me contó que éste era un lugar funesto, que oía al fantasma caminar por la noche.

Skye descorrió las cortinas y las sujetó bien. El sol de la tarde puso un destello cobrizo en su cabello y la luz primaveral le iluminó la cara. La linde del bosque estaba llena de narcisos, y la brisa mecía suavemente las flores de un amarillo intenso. Al asomarse ahora, viendo la primavera y la luz del sol en el prado, costaba trabajo imaginar que las palabras de Annie fueran un hecho… Skye se volvió hacia Walker.

—No eras tú quien estaba arriba, y tampoco era yo. También sabemos que no era Curran a quien oía pasear de acá para allá.

Walker hizo una pequeña mueca. El único sitio al que Morgan

Curran iba era a la habitación de Skye. Lo confesó antes del juicio, en privado, solo a Walker; no se tardó mucho en conseguir su confesión. Corina Reading era cómplice de su hermano y, para asegurarse de que Skye estuviera disponible, le añadía un narcótico en la leche, lo que mantenía ocupado a Curran y le daba ocasión de buscar ella el tesoro.

—De modo que, si creemos que en realidad no era Hamilton Granville, pues…

—Pues tenía que ser Corina. Pero la presencia de Annie y Matt en el piso superior frustraba sus tentativas, por eso caminaba por allí arriba para asustar a Annie. Creo que por eso Annie iba al piso de abajo a buscar algo de comer o de beber en plena noche; estaba asustada por lo que oía.

Walker se agachó delante del ropero de Corina. Confiando en encontrar un panel como el del cuarto de su hermano, empujó en la parte trasera; era maciza.

—Maldita sea —exclamó en voz baja mientras retrocedía y se sentaba en cuclillas. Entonces miró en torno a la habitación. Nada se había tocado allí en casi dos meses. Sobre el tocador se acumulaba el polvo alrededor de los perfumes y los tarros de crema de Corina. Una delicada telaraña se había tejido desde la barra de la cortina hasta una esquina. La cama estaba hecha. Algunos de los trajes de Corina estaban esparcidos por el suelo, donde ella misma los había dejado en su prisa por buscar su arma. Los dos cajones de abajo del chiffonier seguían abiertos. En la repisa de la chimenea se apiñaban muchas figuritas y unas cuantas fotografías. Los

leños estaban bien apilados en la chimenea, listos para usarse. Los utensilios de la chimenea, de un negro mate, estaban en posición de «firmes» en su soporte. El hogar de mármol había perdido su brillo bajo una fina capa de polvo.

La atención de Walker vagó hasta los cuadros de la pared cuando Skye empezó a levantarlos uno por uno. Pero, aunque la observaba, sus pensamientos seguían volviendo a la chimenea; algo no encajaba, algo estaba allí fuera de lugar… De repente, se puso de pie como una bala al caer en la cuenta de lo que era.

—Es aquí, Skye.

Casi esperando ver una abertura enorme en la pared, ella se dio la vuelta…, y se quedó decepcionada al encontrarse sólo con Walker, de pie junto a la repisa de la chimenea, con aspecto muy ufano.

—¿Que es dónde?

—Aquí. ¿No lo ves?

—No te pongas presumido, Walker; y además, en teoría tendrías que haber dicho: «Eureka.»

Él se rió y se arrodilló delante del frío hogar.

—Hace dos meses aún hacía frío suficiente como para encender fuego en este cuarto; pero tú misma ya ves que, salvo por un poco de polvo, los utensilios están limpios, el suelo está limpio y el hogar está limpio. ¿Dónde están las cenizas? Incluso si Corina limpió el hogar y el suelo, los utensilios seguirían estando grises de residuos; no se habría tomado el trabajo de limpiarlos.

Para entonces, Skye ya se había arrodillado junto a él, sorprendida por su lógica irrefutable.

—¿Dónde deberíamos probar primero? —preguntó Walker.

—Los leños —dijo ella.

Sin preocuparse por el polvo, Skye avanzó de rodillas y lo ayudó a apartarlos. Cogieron la rejilla de hierro y los morillos entre ambos, y los apartaron; después Skye levantó el regulador de tiro. La basta pared de ladrillos del fondo del hogar se movió un centímetro. Intercambiaron una mirada, y luego, sonrisas idénticas. Un rápido beso de Walker interrumpió la alegre risa de Skye; a ella le habría gustado que durara un poco más, pero él lo truncó para empujar la pared, y ella aportó su ligero peso a la tarea de ayudarlo.

Skye fue la primera en entrar a gatas en el estrecho pasadizo que había detrás de la chimenea de Corina. Apartó con la mano unas cuantas telarañas, se puso de pie y luego tendió la mano para ayudar a levantarse a Walker; era un pasadizo demasiado estrecho para que estuvieran uno junto a otro y delante había una empinada escalera. La luz que llegaba de las ventanas del desván de arriba iluminaba lo justo para ver dónde se ponía el pie. Walker se quedó detrás de Skye para asegurarse de que no se cayera y se apoyó firmemente a ambos lados del corredor mientras subían.

Como Skye había previsto, el pasadizo llevaba a un pequeño desván, que estaba vacío salvo por unas cuantas herramientas y un farol que Corina había dejado atrás. Se inclinó sobre la palanqueta y el martillo, y

dijo:

—Al principio, Corina debió de pensar que el tesoro estaría en esta habitación. Mira: casi todas las tablas del suelo están sueltas y recolocadas; se ve que los clavos están torcidos y raspados.

Walker vio que Skye tenía razón. En su búsqueda Corina había aflojado también la mayor parte de la madera acanalada que revestía las paredes, y un examen en detalle del techo demostró, asimismo, que estaba movido.

—Sé que la señora Reading era de lo más meticuloso —dijo—. Pero no hay ni rastro del tesoro.

—Aquí no —reconoció Skye—. Y por eso quería deshacerse de Annie: creo que Corina empezó a sospechar que el tesoro estaba en el cuarto de al lado.

Walker la miró con algo muy parecido a la incredulidad.

—¿Estás diciéndome que, después de todo esto, vamos a terminar en el cuarto de Annie?

—Bueno, sí —se limitó a responder ella—. ¿Qué creías?

—Pues creo que podríamos haber tomado la escalera trasera desde el principio para evitar ir arrastrándonos por las chimeneas.

Skye soltó un suave y desdeñoso resoplido.

—¿Y qué gracia habría tenido eso? —lo consoló con una palmadita en el brazo—. Anda, ayúdame a encontrar un paso; seguro que lo hay.

Walker puso los ojos en blanco, pero ella hizo caso omiso de su gesto. Tan pronto como empezó a moverse, él estuvo a su lado de nuevo. Y esta

vez no fue la inteligencia la que provocó el descubrimiento, sino la torpeza. Skye dejó caer la palanqueta que estaba usando, y el golpe sordo y hueco que dio en la pared los ayudó a dar con una trampilla. Tras cruzar con cuidado por la abertura, entraron en el cuarto que se les había asignado a Annie y a Matt para su uso en Granville.

Allí no quedaba nada de Annie ni de su hijo: Annie se las había arreglado para recoger todo cuanto poseía cuando Morgan Curran le dio la oportunidad de hacerlo. Claro que entonces no comprendió que Curran no iba a dejarla salir de Granville. Walker los encontró encerrados en un armario del primer piso; el niño dormía profundamente en brazos de su madre; ella estaba aterrorizada. Después de pasar dos meses lejos de la mansión, los temores de Annie apenas se habían disipado, aunque, gracias a su nuevo trabajo en casa de los Worth, disfrutaba de los amables y pacientes cuidados de la señora Cavanaugh.

Skye echó un vistazo a su alrededor y se declaró muy satisfecha con los progresos que habían alcanzado; luego se sacudió la ropa y dijo:

—Vaya, es asombroso, ¿no crees? Esta es la habitación donde dormía la amante de Hamilton Granville… Y adonde él venía todas las noches a verla.

—Aunque no por la ruta que acabamos de tomar —dijo Walker con guasa—. Un hombre no tiene tantas fuerzas.

Skye observó que, a pesar de sus palabras, la miraba con un aspecto especialmente sugerente; sintió un escalofrío y, también, que su

resolución flaqueaba… Por si acaso, retrocedió un paso para alejarse del alcance de su brazo y del peligro.

—Aunque apuesto a que sí lo usaba para escapar —comentó—; y más de una vez, probablemente. Según se dice, su esposa era desconfiada, y hasta intentó pillar a su marido.

—Mmmm.

Su evasivo murmullo no engañó a Skye, que preguntó:

—¿Qué estás pensando?

Walker soltó una risilla.

—Estoy pensando en que si hubiera sido tan buena como tú, lo habría pillado al momento.

—Si hubiera sido tan buena como yo —repuso ella con frescura—, para empezar, él no se habría descarriado.

Walker no pestañeó.

—Te refieres a tu habilidad con un arma de fuego, por supuesto.

—Tonto… —dijo ella, sin ofenderse en absoluto—. Ya te enseñaré yo a qué me refiero…

Skye franqueó la corta distancia que los separaba y le rodeó la cintura con los brazos. Entonces alzó la cara.

—Creía que querías buscar tesoros enterrados —comentó él.

Como respuesta, ella le desabrochó dos botones de la parte de arriba del chaleco y tiró de los faldones de su camisa.

—Y eso quiero —respondió en voz baja. Con destreza, las yemas de sus dedos se deslizaron por debajo de la cintura de los pantalones; la piel

de él estaba tibia y suave, y la plana llanura de su vientre se contrajo un poco esperando su contacto. Skye se levantó de puntillas y acercó la boca a la suya.

—Y lo he encontrado.

El gruñido de Walker fue un susurro en sus labios. Sus bocas se fundieron, y el beso se hizo más profundo. Sin romper el íntimo juego, Walker la llevó en brazos hasta la pequeña cama donde en tiempos Hamilton Granville había yacido con su amante. La cama crujió con firmeza bajo el peso combinado de los dos; se quedaron quietos de pronto, esperaron un instante y luego compartieron una risa ronca al pensar en lo que podía ocurrir.

Él se alzó sobre los codos por encima de Skye y preguntó:

—¿Merece la pena correr el riesgo?

Sus ojos, que se oscurecían, provocaron a Skye, que ya estaba moviéndose para hacerle sitio; él no esperó otra respuesta. Pasó los dedos por la parte de delante de su vestido, soltando los botones y abriendo la tela. Sin demora, las ropas de los dos acabaron arrojadas a un lado o quitadas de en medio de un empujón. Entonces, ella deslizó los brazos en torno al cuello de él y sintió el calor de su boca en un pecho. El hermoso cuerpo de Skye desprendía un leve aroma almizclado, y su roja y brillante cabellera se desplegó sobre la descolorida colcha de patchwork donde apoyaba la cabeza. Contuvo un sonido de deseo cuando la boca de Walker rozó su piel, tomó el otro pecho y levantó el pezón con el húmedo y áspero borde de su lengua. Ella hundió los dedos

en el pelo, y el caliente lametón de su boca provocó un grito que ya no intentó reprimir. Walker la cubrió con su cuerpo, y ella se alzó para recibirlo; lo tomó en su interior con la pasión intensa y nada avergonzada que unía sus corazones y conmovía sus almas.

Después de hacer el amor, la respiración de los dos se calmó despacio. Los músculos de la espalda y los hombros de Walker tenían un tenue brillo; Skye recorrió con los dedos su delgada y fibrosa extensión, y sintió que el cuerpo de él se estremecía con una réplica del placer anterior. Él le besó la curva de la garganta; luego salió de ella y se puso de costado. La magnífica luz de la tarde cubrió sus cuerpos con franjas de sol. Si se hubieran contentado con eso, la cama quizá habría resistido… Pero fue el rebuscar y moverse de Skye para taparse con la colcha lo que colaboró a su hundimiento.

Primero, los listones de la cama se rompieron como pajas, y los dos cayeron al suelo con un fuerte golpe; un montón de motas de polvo se elevaron y se dispersaron en el aire. Luego se partió el armazón, y el cabecero crujió. Se quedaron mirándolo con recelo al ver que se tambaleaba un instante, pero al fin se inclinó hacia atrás, contra la pared, en lugar de caer sobre ellos. Entonces se miraron, y del interior de Skye brotó un torrente de alegre risa cuando Walker se le echó encima. Lucharon por la posesión de una colcha que, en realidad, ninguno de los dos quería y al final acabaron haciendo de nuevo el amor en medio de los listones rotos y el armazón hundido, a medias sobre el colchón y a medias fuera… Pero esta vez lo que crujió fue el suelo, no la

desvencijada cama.

—Dios mío… —dijo Skye, mientras se metía entre los brazos de Walker. Levantó la cara para mirar la de él. Las líneas de tensión que durante las últimas semanas se le verían en las comisuras de los ojos y de la boca ya no estaban allí. En sus ojos ya no había fríos destellos ni tampoco rastro de cansancio. Y cuando alzó la mano para echarse atrás un mechón de pelo, su movimiento no fue crispado ni inquieto. Ella se inclinó hacia delante y lo besó en la boca.

—Pareces un hombre muy feliz —susurró.

—Hmmm. —El roce de su boca fue suave; su murmullo, una caricia.

—Estas últimas semanas han sido difíciles para ti —continuó ella.

Skye había visto cómo lo irritaban las limitaciones que planteaba el juicio. Su extraordinaria paciencia se había visto puesta a prueba por los preparativos del tribunal y las exigencias de los inversores, que querían saber por qué no se había desenmascarado antes a Morgan Curran. Y no faltaron quienes no quedaron satisfechos con las indemnizaciones que Walker les pagó y exigían que les reembolsaran la totalidad de sus pérdidas.

—Debes de estar encantado con que todo haya pasado ya.

Walker alzó la cabeza y le tocó ligeramente la cara; su encendido cabello era como seda en las puntas de sus dedos.

—No más que tú.

—Yo no estaba tan… —Ella se interrumpió y renunció a su mentira —. Tenía tanto miedo de que no lo declararan culpable… Por la noche…

Él le puso un dedo en los labios y le dijo:

—Lo sé.

La había abrazado noche tras noche, cuando ella temía dormirse, temerosa de que Morgan Curran entrara en sus pensamientos indefensos y errantes con tanta facilidad como había entrado en su habitación. La había abrazado hasta que el agotamiento acababa por adueñarse de su cuerpo, ya que no de su mente… Pero sus ojeras habían ido borrándose desde hacía dos días: cuando Curran recibió su condena sin posibilidad de remisión. Con la punta del dedo, Walker dibujó el arco de su mejilla.

—No estaba seguro de que quisieras volver aquí. No teníamos que hacerlo.

—Yo sí.

Era típico de Skye enfrentarse a las cosas de frente, y su valor lo conmovió. Estaba completamente convencido de haber tomado la decisión correcta sobre su futuro juntos.

—Ya tengo mi próxima misión —dijo al cabo de un instante.

Skye se incorporó.

—¿Misión? —No estaba segura de lo que eso quería decir. Alargó la mano para coger su desechada camisola y se la deslizó por la cabeza; si iba a contarle una noticia horrible, al menos quería estar un poco protegida—. No me lo habías dicho.

Dolida, evitó la mirada de él; en cambio, no pudo hacer nada en cuanto al ligero temblor de su voz.

Walker se levantó y se puso los pantalones.

—Estaba esperando el momento adecuado. Hace una semana que lo sé.

—Una semana… —«Tanto tiempo…», se dijo; debía de estar pensando cómo contarle que se marchaba—. ¿Cuándo empiezas?

—Ya he reservado pasaje; el *Eastern Star* sale dentro de diez días.

Skye tragó saliva y se alisó la camisola sobre las caderas.

—¿El *Eastern Star?* Entonces la misión es en Oriente.

—Creí que te alegrarías.

Ella se encogió de hombros.

—Tendré tiempo para restaurar esta casa, supongo… Y para buscar el tesoro. Quizá mamá o Mary Francis quieran venir a pasar aquí una temporada.

Fue entonces cuando Walker la apoyó contra la pared; su trasero dio un empujón al cabezal, precariamente inclinado, cuando él le puso un brazo a cada lado de los hombros. A continuación, Walker inclinó un poco la cabeza y le hizo sentir toda la fuerza de su franca mirada.

—Tienes exactamente diez días para encontrar el tesoro, hacer el equipaje y despedirte de tu familia. No pienso darte ninguna elección en esto, Skye: te vienes conmigo.

Ella lo miró boquiabierta… Y entonces se dijo que emplear aquel momento para decirle que estaba comportándose de forma despótica era como tirar piedras contra su propio tejado. Tendrían que atravesar dos océanos…, y eso era tiempo suficiente para decirle lo que opinaba sobre el hecho de que no le hubiera consultado su decisión. Además, una pizca

orgullosa, se dijo que ella también tenía su secreto… Mary Francis había estado en lo cierto al referirse a la fertilidad de las Dennehy… Y en aquel mismo instante se lanzó a los brazos de Walker y le cubrió la cara de besos.

—Imagino que esto significa que te alegras —dijo él.

Skye se las había arreglado para pegarse a Walker como una lapa; las manos de él le agarraban el trasero, y los muslos de ella lo sostenían íntimamente.

—Creo que he sabido encontrar el momento adecuado.

Skye dejó que disfrutara de aquella idea; ya lo discutirían cuando estuvieran capeando las tormentosas aguas que rodean el Cabo de Hornos… Le daba la impresión de que aquello sí que sería adecuado… Y entonces hundió la cara en su cuello y la sonrisa contra su piel.

—Te amo —susurró; alzó la cabeza y escudriñó su cara con mirada solemne—. No te arrepentirás de esto.

—No hay ninguna posibilidad de que me arrepintiera —repuso él.

Ella sintió sus palabras como una fuerza física; el placer la estremeció entera y se apretó contra él otra vez. Su repentino movimiento puso a prueba el equilibrio de Walker, que retrocedió un paso, dio con el talón en el borde del colchón y, de rebote, se movió hacia delante, con lo que dio un golpe a Skye contra el cabezal. Con un sonido áspero y chirriante, éste empezó a resbalar por la pared. Con Skye todavía en brazos, Walker se las arregló para apartarse de un salto y protegerse los pies descalzos. En ese momento, el cabezal cayó al suelo con un sordo estrépito.

Ellos ni siquiera se dieron cuenta de que esa parte de la cama se había resquebrajado en el centro: tenían la vista clavada en un agujero en la pared, que llevaba tapado casi medio siglo. Se asomaron juntos a mirar; un fino rayo de sol dejaba ver el interior y reveló un cofre revestido de hierro. La tapa estaba abierta. Metros de polvorienta seda se arrugaban en una esquina, donde alguien había levantado la tela para dejar al descubierto el tesoro aún más grande que había debajo: la luz del sol centelleaba en la dorada superficie de un millar de doblones españoles.

—¡Eureka!

Ninguno de los dos se sorprendió al decirlo como si fueran una sola persona.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

JO GOODMAN.



Vive con su familia en Colliers, Virginia Occidental. Jo Goodman es una autora de novela romántica conocida internacionalmente. Entre su amplia bibliografía romántica destacan sus series sobre las hermanas Dennehy, la familia McClellan, los hermanos Marshall y la familia Hamilton, así como las novelas Passions Bride (1984), Scarlet Lies (1988) y Sweet Fire (1991).

En 2007 ha publicado If His Kiss Is Wicked que ganó los cuatro principales premios de la AAR Readers Poll Awards.

SIEMPRE EN MIS SUEÑOS.

Los pecados de un padre…

Skye Dennehy, hija menor de un financiero de Nueva York, no huye del peligro, sino que lo acoge de buen grado. Y ahora su poderoso padre le ha pedido que espíe a un solitario inventor cuya última creación podría cambiar el mundo.

Las pasiones de una hija…

Skye no contaba con un obstáculo que resultara tan infranqueable, inamovible… e irresistible. Su nombre era Walker Caine, y nada más

verlo supo que era el hombre que quería para el resto de su vida; o dos días, que era lo mismo.

El amor de un hombre…

Walker oculta su pasado a Skye, pero no su pasión. Y cuando un misterioso enemigo les acecha a ambos, colocando a Skye entre dos hombres peligrosos, ella sabe que debe arriesgarlo todo por un amor que podría resultar la aventura más peligrosa de todas…

SERIE HERMANAS DENNEHY

1. Dulce y salvaje - Wild Sweet Ecstasy

2. Amante y canalla - Rogue's Mistress

3. Siempre en mi corazón - Forever in My Heart

4. Siempre en mis sueños - Always in My Dreams

5. Eternamente mío - Only in My Arms

* * *

ítulo original: *Always in my Dreams*

Diseño de la colección: Laura Cornelias / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta Ilustración de la cubierta:

© Matthias Clamer / Getty Images Primera edición en Colección Booket: junio de 2008

Depósito legal: B. 22.951-2008

ISBN: 978-84-08-07956-9

Composición: Pacmer, S. A.

Impresión y encuademación: Litografía Roses, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España